

SAGA COMPLETA

*Caribbean
Girl*

SILVIA CRUZ

Caribbean Girl

Silvia Cruz

“¿Es sucio el sexo? Sólo cuando se hace bien”.

Woody Allen

“El [erotismo](#) es una de las bases del conocimiento de uno mismo, tan indispensable como la poesía”.

Anaïs Nin

“La lujuria merece tratarse con piedad y disculpa cuando se ejerce para aprender a amar”.

Dante Alighieri

Índice

[El mundo de los vivos](#)

[Mi amigo del hemisferio sur](#)

[Ilusiones](#)

[El cazador cazado](#)

[No sé decirte no](#)

[En la luna](#)

[Fiebre del sábado noche](#)

[Ignorancia: ¿virtud o defecto?](#)

[Destino](#)

[Quiero verte](#)

[Doctor, ¿qué me pasa?](#)

[Estás en todos lados, incluso... dentro de mí](#)

[Morir así](#)

[Dentro de ti](#)

[Insignificante](#)

[Ni contigo ni sin ti](#)

[Teoría y práctica](#)

[Posesión](#)

[Sin mirar atrás](#)

[Miedo a desnudarse](#)

[Apariciones](#)

[Lejos](#)

[Amar en silencio](#)

[Desconocidos](#)

[Locura](#)

[Miedos](#)

[Dolor](#)

[Desesperado](#)

[EPÍLOGO](#)

El mundo de los vivos

Hoy es mi tercer día de vuelta al mundo de los vivos. Después de dos años de ausencia mental y física, he decidido que es el momento de volver a despertar.

Entro en la clínica ginecológica de la que soy el propietario, “La Clínica Amber”, una de las más prestigiosas en Londres, aunque es pequeña, y saludo con pocas ganas a mi secretaria Ivonne. Siempre me ha puesto ojitos al entrar, pero ahora no sabe si hacerlo o no. Debo de tener un aspecto lamentable.

- Buenos días Doctor Bennett. – Me saluda Ivonne poniéndose en pie. Yo le hago un gesto con la mano. – ¿Le apetece un café antes de empezar la consulta?

- Sí, gracias Ivonne. ¿Ha llegado ya el Doctor Arthur Morris? – Ella asiente con un revoloteo de pestañas. ¿Debería invitarla algún día a cenar? No, Bennett, céntrate. El trabajo es el trabajo. – Estupendo. ¡Ah, Ivonne! Llama a la Doctora Bennett. Necesito que me ponga al corriente de los datos más importantes de las visitas que tengo para hoy. Si está localizable pásame la llamada a mi consulta.

- Sí, señor.

Obvio su sonrisa coqueta y entro en la consulta. Me pongo la bata blanca y me vuelvo a poner una nota mental de que necesito una talla más. Desde que he comenzado a hacer boxeo para aplacar la ansiedad mis espaldas y mis brazos han ensanchado bastante. Espero no parecer muy ridículo con una bata tan apretada.

Me siento en mi mesa, enciendo el ordenador y repaso la lista de nombres que tienen hoy cita conmigo. No me suena ni uno. ¿Tanto ha cambiado la clientela desde que no vengo? ¡Joder, sí que me suena uno! La estúpida de Agatha McMillan, la típica cuarentona con cirugía hasta las cejas que viste modelos imposibles con estampados de leopardo y sobredosis de joyas por doquier. ¡Maldita sea! ¡No me apetece una mierda ver a Plastic Woman ni aparentar sentirme alagado por sus incesantes coqueteos!

Mi colega de profesión y gran amigo Arthur entra en mi consulta.

- Buenos días, Superman. – Me dice. – Un día vas a reventar la bata. – Hago un mohín.

- ¿Estoy muy ridículo? Tal vez debería quitármela.

- Lo que deberías es buscar otra forma de desfogar. ¿Has probado a follar de vez en cuando? – Pregunta provocándome mientras toma asiento en la silla de los pacientes frente a mí. – Antes se te daba bastante bien...

- Ya empezamos. – Suspiro y pongo los ojos en blanco.

- ¡Sabes que tengo razón! ¡Se te va a olvidar cómo se usa la polla! Tanto boxeo y musculito está bien si sabes usarlo para algo provechoso. – Frunzo el ceño y apoyo mi barbilla en la mano pasándome el dedo índice por el labio, fingiendo interés. – Eres un puto guaperas, joven, rico y

trabajas viendo coños. ¿Qué narices te pasa? – Hago una mueca de disgusto ante su comentario.

- Debería aprender de ti. Eres la delicadeza en persona.

- Pues follo más que tú. ¡A ver! ¿Cuándo fue la última vez que me hiciste caso y echaste un polvo liberador?

- Pues mira, el viernes pasado. – Arthur abre la boca sorprendido.

- Coño, me has ganado.

- Sí, le hice caso a un maldito hijo de puta insensible y me follé a mi asistenta. Y ahora ella dice estar enamorada y como yo no quiero nada más, pues me he quedado sin asistenta. – Le digo a modo de regañina.

- Esa tipa estaba buena... ¿Estuvo bien al menos?

- Un desastre, Artie. – Sacudo la cabeza. – Parecía poseída por el mismísimo satanás y me resultó casi imposible concentrarme en la tarea. – Mi amigo suelta una carcajada tremebunda. Supongo que imaginándose la escena. No puedo evitar acabar riéndome yo también. – ¡No te rías, joder! Tenías que verla lanzando gritos y dando espasmos en cuanto se la metí. – Los ojos de Arthur comienzan a lagrimear por culpa de la abrupta carcajada. – Una bendita mierda. ¿Y todo para qué? Para quedarme sin asistenta.

- Ay, amigo. Qué cosas te pasan. Al menos estás de vuelta. – Hago un gesto parecido a una sonrisa. – No me mires así. Ya está bien de martirizarte, Jamie. La vida sigue. Tienes treinta y dos años, eres guapo, siempre has sido el ligón del grupo, eres un ginecólogo prestigioso y para colmo bailas bien. ¡Joder, eres un hijo puta! ¡Qué asco das! ¡Te odio! – Mi amigo me hace sonreír de corazón. ¿Qué habría sido de mí este tiempo sin él?

- Venga tonto, bésame. – Le pongo morritos y él comienza a actuar como la típica adolescente tímida.

- Ay doctor, me sonroja. – Hace un gesto muy femenino con la mano.

- Venga, no seas estrecha. – Me levanto de mi silla y me le agarro del cuello para plantarle un beso en la boca. Sé que jamás me dejará. Si hay algo que odie en este mundo son ese tipo de bromas. Por eso se las hago siempre que puedo.

- ¡James! ¡No me jodas, cabrón! ¡Suéltame! – Intenta soltarse de mí y lo consigue porque mi mesa se interpone entre los dos. En ese momento entra Ivonne y se queda de piedra. Arthur y yo nos aclaramos la garganta y nos sentamos en nuestros asientos con postura profesional. No se me escapa que Arthur se sienta más lejos de mí.

- Perdón, Doctor Bennett. La doctora Bennett está al teléfono. ¿Le paso la llamada? – Pregunta Ivonne sin atreverse a mirarme.

- Sí, por favor. – Asiente y sale de mi consulta. Arthur se ríe.

- Acabas de espantar un polvo y lo sabes. – Mi teléfono suena como muestra de que Ivonne me acaba de pasar la llamada que le he pedido. Le hago una mueca a Arthur para que se mantenga

en silencio.

- Hola Brigitte. ¿Qué tal estás?

- ¡James! Bien. ¿Tú cómo estás?

- Bien, bien. Sólo quería que me dijese si tengo que saber algo importante de los pacientes de hoy. ¿Te leo la lista?

- No es necesario. Me he apuntado en mi agenda todas tus visitas de este mes. Hoy son todo citologías rutinarias. Nada fuera de lo normal. Lo único diferente que tienes es la cita de una chica que quiere ponerse la inyección anticonceptiva. Es una clienta importante, James. Trátala con cuidado. Su empresa ha hecho un acuerdo con tu clínica para que todas las chicas sean atendidas allí.

- Joder, veo que has hecho un buen contacto. Muchas gracias por haberme cubierto todo este tiempo, Brigitte. ¿Cuál es su nombre?

- Suzanne Allen. – Suzanne... Sussie... Muchos recuerdos acuden a mi mente con ese nombre. – ¿Estás ahí?

- Eh... sí. Suzanne Allen. – Arthur abre los ojos como platos. Lo ignoro. – Clienta importante de la empresa...

- Caribbean blue. Lo tienes todo apuntado en la agenda rosa que tienes en el escritorio. – Echo un vistazo y veo la dichosa agenda. – Tranquilo, Jamie. Irá todo bien. Sólo tienes que amoldarte a tu rutina de nuevo.

- ¿No podías haber elegido otro color para la agenda, Brigitte? – Se ríe.

- Llámame si necesitas algo.

- Necesito una agenda nueva de otro color.

- Un beso. – Ríe. – Te veo el fin de semana.

- Adiós. – Suspiro y cuelgo.

- Vaya, parece que vas a conocer a una de las Caribbean girls. Espero que te quite la cara esa de lamer limones que me traes. – Se burla de nuevo de mí mi amigo.

- Artie, vete de una maldita vez a trabajar. No tengo ganas de que me lées con más estupideces. – Le despacho. Ivonne entra en ese momento con mi café. Le doy las gracias.

- Me voy ya, cari. – Me dice haciendo el tonto otra vez. Sacudo la cabeza. – Luego me dirás si eres capaz de serle indiferente a una de esas diosas. – Levanto una ceja, pero mi amigo me deja con la duda y se va.

¡Vamos, Bennett! ¡No te dejes enredar otra vez por este liante! Cada vez que le hago caso acabo maldiciéndome. No me niego a volver a intimar con una mujer, de hecho, me hace falta y de vez en cuando lo hago. Pero las que suele aconsejar mi buen amigo son como mínimo para encerrarlas en un psiquiátrico. Me rio yo solo acordándome de la escenita de mi ex asistente

durante el viernes pasado.

El día pasa más o menos rápido. Sólo han intentado flirtear conmigo hoy dos pacientes, sin contar a la arpía de McMillan, que he sorteado como buenamente he podido. Me estoy comiendo un sándwich, porque no me ha dado tiempo de almorzar todavía y creo que me iré a casa. La tal Suzanne no ha aparecido y ya sólo faltan quince minutos para cerrar. Así que por hoy ya estoy listo. Pero entonces me llama Ivonne para decirme que me he precipitado y que Suzanne al fin ha decidido hacer aparición. Odio las impuntualidades.

Me limpio las migas que han caído sobre mi bata blanca y doy un largo suspiro antes de salir a recibir a la paciente que me está esperando en la sala de esperas.

Abro la puerta y la veo. Está de espaldas mirando por la ventana, eso hace que no me vea ella a mí. ¡Oh, joder! Unos vaqueros muy ajustados me invitan a recorrerlos con el azul de mis ojos de arriba abajo. ¿Has visto alguna vez unas piernas como esas, Bennett? ¡Dios, y qué culo! Su larga, brillante y castaña melena apunta cual flecha hacia su precioso y prieto trasero. ¡Maldito Arthur, siempre acaba envenenándome de sus endiablados pensamientos! Espero que tenga la cara llena de verrugas y que esté bizca. Está hablando por teléfono y su voz suena seductora y con un pequeño deje extranjero que no reconozco. Carraspeo para hacerme notar.

- ¿Señorita Suzanne Allen? – Pregunto y me encuentro a mí mismo rogando para que no me corrija y no diga “señora”. Se gira y me cruzo con unos ojos verdes rasgados que me hacen dar un paso atrás. Unos labios carnosos se fruncen con una mueca de disgusto al verme. Tiene una nariz pequeña y respingona repleta de pequitas. ¡Maldita seas Artie, voy a tener que darte la razón! ¡Está tremenda!

- Sí, te veo luego. Ya te contaré. – Dice a su interlocutor y cuelga el teléfono. – Hola. ¿Dónde está la Doctora Bennett? – Me dice algo estresada mirando a su alrededor. Esto es una novedad. Mis pacientes me suelen poner ojitos, al menos en la primera consulta. Después se aburren de mí o pierden interés.

- Permítame presentarme, señorita Allen. Soy el Doctor James Bennett. – Me remango las mangas de la bata y le tiendo la mano. Sus felinos ojos recorren mi brazo mientras que sus gruesos labios se abren levemente con una expresión de admiración. ¡Mierda! ¡Me ha puesto nervioso! Su mano acaricia la mía para finalmente estrecharla con firmeza. Cuando su mirada vuelve hacia la mía siento una descarga interna que va directa a mi entrepierna. ¡Joder, Bennett, contrólate! ¡Pareces un maldito adolescente! – La Doctora Bennett me ha sustituido durante los últimos... meses (más bien dos años), pero a partir de ahora yo seré su Doctor. – Sonrío algo nervioso. Tiene una cara preciosa. Pero debe ser una cría. Aunque, ¿eso importa para echar un polvo? No, no, Bennett, recuerda que Brigitte te dijo que era una paciente importante, trabajadora de un cliente vip. Me he prometido a mí mismo que me voy a enfocar en mi trabajo y por fin retomar la seriedad que conlleva mantener el prestigio de mi clínica y eso haré.

- ¿No va a volver? – Pregunta algo afligida y con una voz bastante dulce e infantil que me encandila. Le indico con mi brazo el camino a seguir hasta mi consulta. Ella vuelve a mirar mi brazo y se lame el labio inferior. ¡Nena, para! Le digo con la mirada, pero ella no me mira, sólo a mi brazo. Mientras entra, me examino el brazo por si tengo algún churrete o algo y no me he dado

cuenta. Se sienta en la silla frente a mi escritorio y yo decido quitarme la ridícula bata y la cuelgo en el perchero. – Es una lástima que se haya ido su esposa, había conectado muy bien con ella. – ¿Mi esposa? ¿Por qué dice eso? ¿Quién es ella? La miro con el corazón tronando en mi pecho y mi rostro cubierto de espanto. Ella me sonríe a modo de disculpa porque ha notado mi malestar. – Brigitte era muy amable. – Me aclara y por fin dejo salir el aire de mis pulmones. Tomo aliento y me siento en mi silla frente a ella. La miro directamente a los ojos y esta vez no vacilo.

- Brigitte es mi hermana, no mi esposa. – Le aclaro con una sonrisa de disculpa por sacarla de su error.

- ¡Oh, siento la confusión! – Mis ojos se desvían involuntariamente hacia sus pechos, cubiertos por una simple camiseta blanca de algodón. Son perfectos. – Entonces, tendré que empezar desde el principio con usted, Doctor Bennett. – Me obligo a mirarla a los ojos cuando me doy cuenta de mi osadía. Carraspeo.

- Lo siento. Tendré que ponerme al día con mis pacientes. – Me disculpo. – Por lo que la Doctora Bennett me ha informado, viene a por la inyección anticonceptiva. – De pronto pienso que seguramente esta belleza tiene novio y por eso necesita dicha inyección. Siento una gran desilusión, a pesar de que no me plantearía nada con una trabajadora de un cliente importante. Además, parece demasiado joven para mí y muy inocente. Es... simplemente arrebatadora. ¡Joder Jamie, para ya! ¡Follaste el viernes pasado, hace cinco malditos días! ¡No deberías estar tan desesperado! Aunque no sé si a eso del viernes se le puede llamar exactamente follar.

- Pues... sí. Me han dicho que es bastante eficaz. ¿Usted lo ve bien? – Me pregunta y por un momento me doy cuenta de que estoy otra vez mirándole a las tetas y le respondo mentalmente “¿Que si están bien? Son perfectas, nena.”

¡Céntrate, Bennett! ¡Te está hablando de la inyección! ¿Qué me pasa? Bueno, es obvio que está buena. Tremenda. Pero hace dos años que no babeo de este modo por una mujer. Y creí que no lo haría nunca más.

- Pues es muy buena opción si tiene usted una pareja estable. – Le suelto con la esperanza de que me aclare ese punto.

- Bueno, no es el caso ahora mismo. – Me responde con una sonrisa coqueta.

¡Ahí está! ¡Al fin veo que coquetea conmigo! Intento dedicarle otra sonrisa del mismo tinte, pero acabo de darme cuenta de que se me ha olvidado cómo se ligaba. ¡Con lo que yo era! Aunque nunca lo he tenido realmente complicado en ese ámbito. Pocas mujeres se me han resistido.

- ¿Sexo esporádico entonces? – ¡Vaya! ¡¿He dicho yo eso?! Y he sonado hasta seductor.

Me doy una palmadita en el hombro mentalmente por lo orgulloso que estoy en este momento de mí mismo. Seguro que Artie también lo estaría.

Ser ginecólogo tiene sus ventajas; puedes ir directo al grano en materia de sexo sin que suene ofensivo ni entrometido. Ella vuelve a mirar mis brazos y se muerde el labio inferior. ¡No hagas eso, maldita!

- Para eso uso condón. – Me dice segura de sí misma y me sorprende.

A lo mejor no es tan inocente como parece. Al menos es sensata. Me enorgullece su respuesta, aunque no entienda el porqué.

- Bien hecho. – Sigue mirando mis brazos y yo comienzo a gesticular más con ellos. Tengo partes de mi cuerpo de las que me enorgullezco más que mis brazos, aunque ella no puede ver esas partes a simple vista, así que me concentraré en aquellas que por alguna razón han captado la atención de Suzanne. – Supongo entonces que lo querrás usar como garantía total frente a un embarazo no deseado. – Ella vuelve a mirarme a los ojos y asiente. – Bien, pues tendremos que concertar una cita para hacerte las pruebas pertinentes. – Ella frunce el ceño.

- ¿No me la va a poner hoy? – Mierda. Tenía la excusa perfecta para volver a verla. Si se la pongo ahora no la veré hasta la próxima inyección que será en tres meses. – Si necesita una citología puede hacérmela ahora. La verdad es que no quiero esperar más. – Se levanta con la intención de quitarse el pantalón. ¡Oh, no, no, no! ¡No me hagas esto ahora! ¡No estoy preparado! Y no llevo la bata puesta para esconder una muy posible erección.

- Bueno, ahora mismo estamos a punto de cerrar. – La freno. Me mira y se encoge de hombros.

- ¿Puedo venir mañana entonces? – Sí, por favor.

- ¿Mañana? Déjeme ver. – ¡Estupendo! ¡Intento hacerme el interesante revisando mi maldita agenda “rosa”! Pero al levantar la vista la veo concentrada de nuevo en mis brazos. Nota mental: venir mañana con mi jersey favorito y con las mangas remangadas. – Mañana a última hora me viene bien. – Digo, pensando en que así, si reúno la entereza suficiente, puedo invitarla a un café después. – Tengo un hueco de cinco a seis.

- ¡Me parece genial! – Dice contenta. – Así tendremos tiempo de intimar antes de que me lleve a la cama. – Me noquea con ese comentario y me deja una cara de tonto de película. Después señala la camilla de la consulta y me doy cuenta de que era una broma. Me río como hace tiempo que no lo hacía.

- Me alegra que estés tan dispuesta. – ¿Y ahora la tuteo? Pero ella me recompensa con una preciosa sonrisa y mordiéndose el labio. Es encantadora. Se dirige a la puerta. Se me va...

- Hasta mañana... James. – Dice tras recordar gracias a las paredes de mi consulta mi nombre de pila que encuentra en uno de los títulos de la Universidad de Medicina de Oxford.

- Hasta mañana, Suzanne. – Se gira y se va. Y yo me quedo un buen rato mirando la puerta. Como si con mi mirada pudiera gritarle que vuelva, se desnude y me permita hacerle un sinfín de travesuras que me vienen a la mente.

Después de no sé cuántos minutos mirando a la puerta, y tras ver que no regresa, miro a mi amigo alojado en el hemisferio inferior de mi cuerpo y compruebo lo que ya sé. Que ha despertado con ganas después de un largo letargo. Creo que voy a tener que hacer algo al respecto esta noche en casa, mientras me ducho, por ejemplo. Arthur entra de golpe y rompe la magia del momento que acabo de vivir. Yo me siento rápidamente para que no note mi terrible erección.

- ¡Ahora ten huevos de decirme que esa diosa que acaba de irse por la puerta no está para empotrarla en la camilla hasta la semana que viene! – ¡Será capullo! Espero que Suzanne no haya oído eso. Miro a sus espaldas con gran preocupación. – Ya se ha ido. – Me informa, cierra la puerta y se sienta frente a mí. – ¿Y bien? – Pregunta con cara de poli de interrogatorio.

- ¿Y bien qué? – Me hago el tonto. Sé que pronto comenzará a desesperarse y eso me hace mucha gracia.

- ¡No te hagas el imbécil! ¡Hasta las momias como tú reviven con semejante espécimen! – Señala la puerta por la que acaba de salir la cosa más bonita que he visto en mi vida.

- Está buena. – Le concedo haciéndome el interesante.

- ¿Buena? ¡Está cómo quiere! Mira, si tú has decidido seguir haciendo el lelo házmelo saber y me la tiro yo. – A veces no sé por qué cojones Arthur es tan buen amigo mío. Las cosas que dice son de lo más neandertales.

- ¡Claro, como si fuera elección nuestra correr tan grata fortuna! ¿Crees que esa chica no tiene que tener ya una lista de pretendientes deseosos de comérsela? Y seguro que más jóvenes y guapos. – Entristezco ante mis propios pensamientos. Es la verdad.

- Está claro que ella es quien elige, pedazo de lelo. Pero si no muestras un poquito de interés no serás jamás un digno aspirante. ¡Anda, vámonos a tomar unas cervezas en el Roadhouse! – La verdad en estos momentos preferiría ir a casa y hacerme una buena paja pensando en Suzanne.

- Mañana Artie. Hoy tengo cosas que hacer.

- Vale, pero mañana no te escapas. Tenemos que organizar la dichosa despedida de Tim y además, mañana viene Carl también.

- No me escaparé.

Mi amigo del hemisferio sur

No me puedo creer que haya atravesado medio Londres conduciendo mi coche completamente empalmado y aún continúe estándolo. ¿Qué me ha hecho esa bruja? Hacía mucho tiempo que no me sentía tan frustrado con mi cuerpo. En realidad, no recuerdo nunca haberlo estado tanto. Es pura lujuria, lo sé, pero ha venido a aparecer en mi vida cuando menos preparado estaba para ella.

Me siento como un adolescente cegado por las hormonas. Hasta he rebuscado en la ficha de Suzanne su dirección y su teléfono móvil y lo he apuntado en mi teléfono móvil. Jamás había hecho eso con una paciente. Jamás había estado tan desesperado por nadie.

Recuerdo que en el instituto procuraba follarme a todas las chicas que tuviera a mi alcance y, aunque al principio era demasiado torpe para ligar y se me daba bastante mal, con el tiempo me hice todo un donjuán y he de reconocer que cuando llegué a la universidad caían como moscas a mis encantos.

Aquella época pasó y, aunque continúe ligando bastante, ahora lo hago de forma involuntaria y sin saber exactamente cómo. Creo que tener un buen físico y una buena posición económica y laboral ayuda bastante.

Pero entre lo que ocurrió hace dos años y toda la tormenta emocional que he atravesado, me apena reconocer que todas las mujeres que han pasado por mi cama durante estos últimos meses se han convertido en un borrón confuso en mi memoria. Ni siquiera recuerdo el nombre de muchas de ellas, puede que ni su cara, y no me enorgullezco de ello. No ha sido mi intención usarlas para superar toda esa mierda. Al menos no creo haberlas usado como objeto, más bien he intentado rellenar de alguna forma ese vacío emocional que me consume desde dentro. No lo he conseguido, y el vacío se ha hecho incluso mayor. Por eso, desde hace dos o tres meses, he reducido el número de encuentros sexuales con mujeres. Al final todo acaba en lo mismo; al final siempre me siento el malo de la película por no poder ir a más con nadie. No estoy preparado, aún no. Todavía tengo toda esa mierda en mi cabeza y a veces no me deja ni respirar.

Pero hoy no consigo ni pararme a pensar en toda esa mierda. Aparco mi coche en el garaje de cualquier manera, entro en casa, tiro las llaves sobre la mesa y me voy directo a la ducha. Me espera una paja antológica.

El agua corre por mi cuerpo y yo cierro los ojos para imaginarme que ese contacto no está siendo provocado por el agua sino por sus dedos. Es tan real que casi puedo verlo con los ojos cerrados. Las manos de Suzanne dibujan mi cuerpo, mis hombros, mis pectorales, mis abdominales, hasta detenerse en mi polla. Intento imaginar, y de hecho lo consigo, que su mano está junto a la mía mientras me masajeo gustosamente mi enorme erección. ¡Es tan intenso! Todos los músculos de mi cuerpo se tensan y siento que el centro de mi cuerpo va a explotar. No tardo nada. Me corro en menos de dos minutos, y lo hago con una intensidad apabullante para ser una simple paja. Libero un gruñido que parece salido de las profundidades de mis entrañas. Estoy extasiado. Tanto que acabo arrodillado en la ducha y con las manos apoyadas en el suelo y con la

respiración entrecortada. Me siento en el suelo, apoyando la espalda en las baldosas de la pared y con la cabeza hacia atrás, mientras que recupero el aliento y el agua cae sobre mí de una forma acogedora. Como no abra los ojos me voy a quedar dormido...

No me queda más remedio que reconocer que esa chica me ha sacado de la rutina. No entiendo por qué ha captado tanto mi atención, he conocido muchas tías buenas en mi vida, muchísimas. Pero creo saber cuál es la diferencia entre Suzanne y el resto de tías buenas; las demás han demostrado abiertamente su interés o desinterés por mí desde el principio, sin yo tener que hacer nada al respecto, mientras que con Suzanne he sido yo quién ha comenzado el coqueteo y ella finalmente lo ha continuado, pero de forma muy sutil. No se ha puesto a la desesperada como hacen muchas, ni se ha mostrado ofendida como también me ha pasado alguna vez cuando he provocado a una mujer.

Se abre la puerta del baño y me levanto de un sobresalto. ¡¿Qué cojones?! Abro la mampara de la ducha y me encuentro a Chloe, mi ex asistente, mirándome con sorpresa. No se corta un pelo para hacer un escáner a toda mi anatomía.

- ¡Chloe! ¡Qué demonios haces aquí! – Cierro la mampara y me enfundo en mi toalla blanca. Ella hace una mueca de arrepentimiento mezclado con travesura.

- He venido a recoger mis cosas, James. – Su voz suena melosa. Ésta quiere otra cosa. Levanto una ceja.

- ¿Tienes algo en el baño? – Intento desmontarle su estúpido planteamiento. Ella mira alrededor cuando se da cuenta de que su excusa ha sido muy torpe. Después me mira a mí.

- A ti. – Se encoge de hombros.

En décimas de segundo la tengo rodeándome los hombros con sus brazos y la cintura con las piernas. ¿Cómo ha dado ese salto sin darme ni cuenta? La sujeto de la cintura y trato de no perder el equilibrio, por lo que pierdo el control de mi toalla, que cae al suelo y me deja desnudo y solo ante el peligro con esta loca.

- Chloe... ya hemos hablado de esto. – Intento hacerla entrar en razón mientras esquivo sus labios que buscan los míos. – Lo del viernes fue un error. Mezclar el trabajo con el placer nunca es una buena idea.

- Sé que te encantó tanto como a mí. – Me dice y yo me esfuerzo muchísimo en no soltar una carcajada. – Sé que te acabas de pajar en mí. No lo niegues. – Ahora la miro ofendido. ¿Me ha estado espiando? ¡Joder, esta es mi casa! ¡Y pensaba que estaba solo! Me deshago del abrazo de sus piernas y del de sus brazos y me agacho a coger mi toalla del suelo de nuevo.

- Creo que estás muy confundida, Chloe. Lo que pasó fue un error por mi parte. Te pido perdón si te ofendí, no fue mi intención. Pero nunca quise ir a más contigo. Fue un momento de debilidad. – Le confirmo colocándome la toalla de nuevo para tapar mi desnudez. Por su gesto sé que está ofendida. Pero yo también lo estoy. Ha entrado en mi casa sin avisar de que vendría y ha usurpado mi intimidad sin tener derecho alguno a ello. – Creo que ya me disculpé en su momento contigo, Chloe. Creo que di la cara y que tuvimos una conversación larga y profunda de lo que

ocurrió y ambos llegamos a la conclusión de que lo mejor era frenarlo ahí. – Salgo del baño y me dirijo a mi habitación para vestirme rápidamente. Ella me sigue. ¿Por qué es tan ridícula? ¿No entiende que lo menos atractivo del mundo es una persona que se arrastre por ti? Eso nunca produce el efecto deseado en el contrario, más bien produce más repulsión.

- Por favor, Jamie, dame una oportunidad. Estoy completamente enamorada de ti. Sé que te atraigo y que has obviado todo este tiempo un acercamiento conmigo porque estabas mal. Pero al fin me buscaste y... ahora... que te tengo tan cerca... no puedes decirme que lo nuestro se acaba aquí. – Escucho toda su parrafada sin sentido mientras me pongo una camiseta y unos pantalones de chándal a toda prisa. Esta mujer está mal. Después me vuelvo exasperado hasta ella.

- Chloe, no hay nosotros. La realidad es que nunca me he fijado en ti de esa manera. Pero la soledad y mi estúpido amigo Arthur y sus estúpidas teorías me han jugado una mala pasada. Eso sumado a que tú últimamente te paseabas por casa con diminutas minifaldas y blusas transparentes... He sido un imbécil, te vuelvo a pedir que me perdones por no tener en cuenta tus sentimientos. Simplemente, el viernes no tenía la cabeza para caer en la cuenta de que podían existir. Había bebido más cerveza de la cuenta, había estado hablando de sexo con mi amigo y tú te insinuaste mucho, bastante. No fui fuerte y caí. Pero de ahí a que pienses que tú me gustas para algo más... déjame sacarte de una vez de ese error, Chloe, y nos evitaremos ambos más quebraderos de cabeza. – Le suelto con toda la tranquilidad que puedo almacenar en mi gesto. Aunque por dentro tenga ganas de sacarla de un puñado de mi jodida casa. Ella agacha la cabeza y comienza a llorar. Yo pongo los ojos en blanco. ¡Por favor! ¡¿Va a seguir con la escenita?!

- Está bien, me voy. Ya no volveré a molestarte. No volverás a saber de mí. – ¿En serio? ¡Ufff, qué alivio! Pero no. Me mira con profundidad y creo que con su comentario ha intentado asustarme.

- Vamos, te acompaño a la salida. Te daré dinero para un taxi. – Le digo mientras la llevo agarrada del brazo hasta la puerta de casa. Cojo el teléfono de casa, llamo a un taxi, saco de mi cartera un billete de cincuenta libras y se lo tiendo. Lo coge con mala cara. – No te preocupes si se ha quedado alguna pertenencia tuya aquí. – Intento decir con cordialidad. – Te la enviaré a tu casa si veo algo. Cúdate Chloe. – Digo y cierro la puerta enfurruñado.

¡Vaya manera de joderme un momento tan liberador cómo el que estaba viviendo en la ducha! Sacudo la cabeza para sacar el pensamiento de la tonta de Chloe de mi cabeza y vuelvo a centrarme en el recuerdo de la chica que me ha puesto más cachondo de lo que jamás había estado.

Voy a la cocina y abro el frigorífico con la esperanza de encontrar algo comestible. Decido terminarme la ensalada de atún que tengo tapada en un bol y me abro una botella de vino. Mientras cenó en la mesa de mi salón decido ojear mi Facebook. Tengo algunas invitaciones de mujeres que no conozco. Siempre paso de ellas, pero hoy las ojeo una por una, por si encuentro la invitación que inconscientemente estoy esperando, pero no está. Sé que mucha gente usa un nombre falso en Facebook, así que por eso me detengo en todas y cada una de las invitaciones que tengo hoy, para ver si me dan alguna pista de que pudiera tratarse de Suzanne alguna de ellas. Pero ninguna lo es.

Al final, y sintiéndome avergonzado de mí mismo, decido probar suerte poniendo en el

buscador todas las combinaciones que se me ocurren de su nombre. Nada. ¡Mierda! ¡Joder! ¡Voy a tener que esperar hasta mañana!

Bueno, será mejor que me vaya pronto a la cama y tenga buena cara para cuando esa jovencita vuelva a aparecer por mi mundo para ponérmelo patas abajo de nuevo.

En la cama vuelvo a tener una erección de espanto. Me miro la polla y no me lo creo.

- ¿Otra vez, capullo? ¿Vas a estar complicándome la vida tú también ahora? – Le digo a mi amigo del hemisferio sur de mi cuerpo. – ¡Está bien! – Grito irritado. – ¡Te haré caso sólo porque eres tú! ¡Y por todo el cariño que te tengo! ¡Pero hazme el maldito favor de comportarte mañana o tendremos una conversación muy seria tú y yo!

Después de hacer el imbécil hablándole a mi polla, cierro los ojos y todos los poquitos recuerdos que tengo de Suzanne comienzan a volar por mi cerebro, completados con otros recuerdos que no existen y que son mero producto de mi imaginación. La imagino sentada desnuda, frente a mí, sobre la mesa de mi consulta y con las piernas abiertas. Mirándome con esa mirada verde felina y acercándose a mí para quitarme la bata blanca y mi jersey favorito. Después la imagino sentada sobre mí. Abriendo sus tesoros a mi vista, restregándose sobre mí. Sus gruesos labios recorren mi torso y sus delicadas manos desabrochan mis pantalones... mi mano coge velocidad en esos momentos aferrada a mi miembro y me corro otra vez de forma monstruosa, sin tan siquiera haber llegado a imaginarme dentro de ella. ¡Ufff! ¡Esto va a ser una dura prueba para mí!

Limpio todo el desastre que he formado en mi cama y me echo a dormir. ¡Suzanne, eres una maldita! Estoy deseando volver a verte...

Ilusiones

El dichoso jueves está pasando demasiado lento en la consulta. Hoy he conocido a otra de las chicas del Caribbean Blue, la empresa de nuestro gran cliente para el que trabaja Suzanne, y debo admitir que está buenísima la chica, Mary es una rubia alta y esbelta de ojos muy azules, muy guapa, pero mi mente sigue haciendo de las suyas con la endiablada Suzanne. Qué exótica es... Qué buena está... Qué ganas tengo de que lleguen las cinco y poder verla otra vez...

He tenido cuidado y no he seguido el coqueteo que Mary ha usado conmigo, que no era nada del otro mundo, incluso puede que sólo fuese amabilidad, pero por si las moscas. Es compañera de trabajo de Suzanne, y todos sabemos ya que entre mujeres se lo cuentan todo. No quisiera espantar a Suzanne antes de intentarlo. Sí, porque voy a intentarlo. No tengo muy claro si su respuesta va a ser positiva ni si realmente ayer coqueteó conmigo o no. Hoy todo son dudas. Puede que me lo imaginara yo solito todo...

¡A la mierda! ¡No me voy a quedar preguntándome qué hubiera pasado sin intentarlo! Esta mañana me he vuelto a levantar empalmado porque estaba soñando con ella. Y de verdad que no me puedo creer que mi cuerpo esté actuando de esta manera. Jamás, nunca, en la vida, he estado así por una mujer.

Ivonne está más que rarita también hoy. Busca constantes excusas para entrar en mi consulta.

A las dos de la tarde tengo un hueco y voy a la consulta de mi amigo Arthur, que está al fondo del pasillo de la clínica. Al menos sé que el capullo de Arthur me hará la espera más amena. Entro sin llamar y me lo encuentro con los pies sobre la mesa y cotilleando algo en su ordenador. Nada bueno por la cara que pone cuando me ve y yergue su posición de inmediato.

- No te cortes por mí. – Le digo. – Vengo a comer contigo. Veo que tú también tienes un hueco.

- Sí, ya tengo listas las analíticas de sangre de esta semana y los resultados de las citologías. – Me informa. Su trabajo es ese, es el analista del laboratorio. Yo soy el que trata directamente con los pacientes. – ¿Qué es ese olor? – Dice con mal gesto cuando yo me acerco. Pongo los ojos en blanco. – ¿Te has puesto dos botes de perfume y tres tarros de ambientador encima?

- Qué exagerado eres. – Sacudo la cabeza. ¿Tanto me he pasado?

- Alguien quiere follar... – Dice con retintín. Intento replicar, pero me frena. – ¡No me lo digas! Es una de las Caribbean Girls, ¿a que sí? – Está entusiasmado con su nuevo jueguito. Me encojo de hombros para que se quede con la duda mientras sonrío ante su entusiasmo. – Me apuesto el cuello que es la de ayer. Aunque cualquiera de ellas está para que a uno le dé un infarto.

- No están mal. – Digo haciéndome el interesante y me rio ante la cara de desesperación de mi amigo. Arthur es un capullo la mayoría del tiempo, pero se preocupa por mí, es un gran amigo, y consigue lo que nadie ha conseguido de mí durante los últimos dos años; que me ría de corazón.

- ¡Pues siento informarte que hoy no vas a follar, Superman! ¡No sólo porque la bata esa te queda ridícula, sino porque has quedado con Tim, Carl y conmigo! – Me miro la bata y suspiro. Mejor me la quitaré.

- Tranquila cariño, no me perdería nuestra cita por nada del mundo. – Le digo acariciándole la cara. Me da un manotazo.

- Guárdate tu ataque de testosterona para un pibón de esos y a mí no me toques más que lo justo. La verdad es que te estás escaqueando de lo de la despedida de Tim de lo lindo. Pero no te creas ni por un segundo que no vendrás. – Me apunta con el dedo.

- ¿Qué habéis pensado? – Pregunto resignado. No sé si quiero saberlo. Pero tendré que ir haciéndome el cuerpo.

- Iremos a un club de punto de cruz. ¿Tú qué crees? ¡Es una jodida despedida de solteros, James!

- Pareces mi madre, Artie. Siempre me llamas James cuando estás en modo regañón. Así que Timmy se nos casa...

- Es un imbécil, sí. Pero es el más centrado de los cuatro. Así que tampoco es de extrañar. – Le echo una mirada cómplice a mi amigo. – Tranquilo, nos irá bien a nosotros también. Sólo que nuestra vida será más entretenida. – Me da una palmada en el hombro. Sé muy bien a qué se refiere y agradezco su complicidad. – Por cierto, sé que no te gusta mucho el Roadhouse, si quieres podemos ir a...

- ¡No, no, Roadhouse está bien! – Le digo demasiado apresurado. Ayer husmeando en la ficha de Suzanne, descubrí que vive por Covent Garden. Arthur me mira extrañado por mi efusividad.

- Bueno, pues allí iremos. – Se retrepa en su asiento y me mira examinándome de arriba abajo. Este cabrón me conoce demasiado bien. – A ti te pasa algo...

- Me voy, que ya me toca consulta. – Digo mientras me levanto.

- ¡Te lo sacaré, Bennett! ¡Sabes que con tres o cuatro cervezas eres fácil! – Suelto una carcajada mientras salgo de su consulta.

Por el camino a la mía me voy peleando con la bata para quitármela y me acerco al mostrador de Ivonne, que me dedica una mirada de admiración.

- Ivonne, por favor, ¿podrías hacer que me trajeran una bata de un par de tallas más grande? – Ivonne me hace un repaso con la mirada. Soy consciente de que llevo mi jersey favorito que marca mis músculos bastante. Eso hace que me sienta incómodo con esa mirada. Pero, al menos, ya sé que estoy aceptable para recibir a mi Caribbean Girl.

- ¡Claro, doctor! Enseguida llamo a la empresa de suministros y se la pido.

- Muchas gracias. Voy a mi consulta. Pásame las llamadas hasta las cinco. Después de las cinco no me pases ninguna. A no ser que sea Suzanne Allen. – Me mira con gesto de sorpresa. –

Tengo cita con ella a esa hora. – Le aclaro.

Las dos horas siguientes siguen siendo lentas y resacasas. Mi mente está cansada de darle vueltas al inminente encuentro. Tengo sobredosis de tantas hipótesis diferentes que me he montado. Son las cuatro de la tarde. ¡Joder, que pase ya esta maldita hora! El teléfono fijo suena y suspiro antes de contestar.

- Doctor Bennett. – Contesto con poca emoción.

- Hola James. – Mi corazón da un vuelco. Reconozco ese acento. Aunque no sepa de dónde sea.

- ¿Suzanne? – Pregunto y estoy tan nervioso que hasta me pongo de pie y comienzo a dar paseos por la consulta.

- Sí. – Responde con ternura y oigo su sonrisa al otro lado del teléfono. – ¿Cómo va el día? – ¡Dios! ¡Que me convierta en monja ahora mismo si esto no es una buena señal!

- Muy bien, señorita. Esperando su visita. – Me envalentono. – A no ser que me llame para anularla...

- Ains. – Suspira. – La verdad es que tengo muchas ganas de ir. Pero me va a ser imposible hoy. Me ha surgido un problema y... no creo que me dé tiempo a llegar. – Su voz suena casi tan triste como lo estoy yo en estos momentos. – Por favor, dime que tienes un hueco para mí mañana viernes. – Maldita sea, los viernes suelen estar repletos de citas.

- Claro, no te preocupes. Podemos dejar la citología para otro momento. Vente mañana cuando puedas y te hago un hueco para colocarte la inyección. Te urge ponértela, ¿verdad?

- Sí, eso también. – ¿Eso también? Es por eso que quiere venir, ¿no? ¿Será que también quiere verme? – ¿A qué hora tienes el descanso para almorzar? – A la hora que tú quieras.

- Pues, normalmente a la una.

- Perfecto, a la una estaré ahí entonces. – Bueno, parece que mañana no almorzaré, porque pienso retenerla aquí todo el tiempo que pueda. Vuelvo a estar feliz. Aunque su voz sigue sonando triste.

- Estupendo. Te espero a la una. ¿Estás bien? – Me aventuro a preguntar a sabiendas de que me puede contestar que no es asunto mío con toda la razón del mundo. Entonces se echa a llorar. ¡Mierda! ¡Qué le pasa! El corazón se me va a salir del pecho. – Oye, ¿qué te ocurre? ¿Necesitas algo? – No contesta. – Dime dónde estás. – Le ordeno decidido mientras voy en dirección a la puerta de mi consulta para ir en su busca.

- Estoy bien. No pasa nada. Estoy con una amiga, pero me he escapado un momento al baño para llamarte. – No me deja nada tranquilo, pero decido quedarme. No puedo competir con una amiga. Conmigo no tiene confianza. – Gracias por hacerme un hueco mañana. Y... por preocuparte. – La escucho sorberse los mocos un poco más tranquila y me relajo un poco.

- En mi super agenda rosa siempre tendrás un lugar cuando lo necesites. – Trato de darle un

toque cómico a la cosa. Ella se ríe con fuerza a la vez que continúa llorando. En mi cara también se refleja una sonrisa. Hacía mucho que no hacía reír a una mujer y es una sensación de lo más... mágica. – Oye, sé que estás con una amiga, pero anota mi teléfono personal por si necesitas un super hombre al rescate. – Se vuelve a reír.

- Vale, dámelo. – Le dicto mi número.

- Oye, lo digo en serio. Si te ocurre algo y no tienes a quién acudir, no dudes en llamarme.

- Te lo agradezco de corazón. ¿Eres tan atento con todas tus pacientes? – Me ha pillado.

- No. – Mi respuesta es simple. No digo nada más. A buen entendedor...

- Me alegro. – ...Pocas palabras bastan. Y yo también acabo de pillar tu mensaje Suzanne. – Te veo mañana, superhombre.

- Sí, mañana... – Contesto con una sonrisa bobalicona en la cara. Mi amigo del hemisferio sur también está contento. Estamos los dos muy contentos, ¡sí señor! – Adiós Suzanne.

- Adiós James.

El cazador cazado

El Roadhouse está hasta los topes cuando Arthur y yo llegamos. Tim y Carl nos hacen un gesto con la mano para indicarnos en la mesa en la que están. Antes de llegar al bar he hecho un reconocimiento de toda la calle por si veía a Suzanne por alguna parte. Ella vive por aquí. Pero no ha habido suerte.

Carl vuelve de su viaje por Australia con unas pintas de lo más cómicas. Se ha dejado la melena rubia larga. Yo antes también la llevaba así, en el instituto. Ahora ya no soy tan rubio como antes, pero Carl sigue teniendo el pelo clarísimo. Si no fuera por la camisa de flores de colores chillones que lleva me fijaría más en su pelo. Tim es el pelirrojo más atractivo que he visto nunca para ser pelirrojo. Y Arthur parece más español que otra cosa, como su madre, que sí que lo es.

- ¡Bennett! – Carl me da unas palmadas en la espalda para acentuar el saludo y yo se las devuelvo. Hacía mucho que no estábamos los cuatro en el mismo lugar a la vez. – Joder tío, ¿estás haciendo pesas?

- No, boxeo. ¿Qué pasa Timmy? – Saludo al pelirrojo y futuro esposo.

Me bebo unas pintas de cerveza con mis amigos y comenzamos a recrearnos en nuestros buenos recuerdos de la adolescencia. Siempre que nos juntamos contamos las mismas hazañas.

Como la vez que perdimos una apuesta Carl y yo en un bar de copas de Candem Town y tuvimos que salir a la calle en calzoncillos hasta la estación del metro más cercana. Ese día estaba nevando... Carl estuvo una semana con fiebre en la cama y yo pillé un catarro bueno también. Nos reímos mucho recordando aquello.

O como la vez que nos hicimos pasar por franceses para ligar con unas chicas. Todos teníamos el acento bien aprendido, menos Arthur que hablaba raro y ponía la mano como los italianos. Al final las chicas pensaron que Arthur era retrasado mental y fue el único que se volvió al apartamento de estudiantes que compartíamos sin acompañante. Se pasó la noche gritándonos que dejásemos de follar medio lloriqueando. Recuerdo sufrir un ataque de risa mientras estaba en mitad del polvo con la chica que había conseguido seducir aquella noche. Ella pensó que yo también era retrasado, seguro.

Las horas pasan y gracias a mis amigos y a nuestras historias juntos consigo dejar de pensar en Suzanne. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Mis amigos me hacen darme cuenta de lo afortunado que soy de tenerlos, aunque otros aspectos de mi vida sean lamentables, ellos son un gran aliento para mí.

- ¡Joder, son las dos de la madrugada! – Digo impresionado al mirar el reloj. ¿Por qué cojones el tiempo pasa tan rápido cuando te lo pasas bien y tan espesísimamente lento cuando estás aburrido o ansioso? – Tíos, me tengo que ir. Mañana entro temprano a la clínica. ¡Y tú también Arthur!

- Venga Bennett. Lo estamos pasando bien. Tómate la última. – Me insiste Carl.

- Eso, nos tomamos la última y nos vamos. Mañana es viernes de todos modos, podremos descansar. – Añade Arthur.

- Sí, y los viernes también se trabaja, pedazo de flojo. ¡Para eso te pago de lunes a viernes!
– Le regaño sin ganas realmente de irme. – Bueno, a esta ronda invito yo. – Me acerco a la barra y espero una eternidad hasta que algún camarero me ve y me pregunta qué quiero.

Ahora me toca esperar otra eternidad hasta que me lo sirvan. Miro mi móvil para ver la hora una vez más y veo que me entra un whatsapp. ¡Hostias, hostias, es de ella! **“Estás muy guapo con ese jersey”** me dice Suzanne. Mi corazón da un vuelco y miro para todos lados ¿Dónde estás diabla? No la veo. Vuelvo a mirar a mi teléfono sin saber qué decir. Se supone que no sé que es ella. Ella no me ha dado su número, lo he robado de su ficha personal. Su estado de whatsapp indica que está escribiendo y yo aguardo hecho un flan a ver qué es lo siguiente que me va a escribir. **“Lo siento superhombre, no sabrás quién soy. Aquí Suzanne, la damisela en apuros”** Sonríe como un tonto. El camarero viene y me entrega las bebidas. Le pago rápidamente para poder tener tiempo de escribirle algo a ella antes de volver con mis amigos o sé que comenzarán a volverme loco con sus preguntas. **“Hola damisela. ¿Piensas dar la cara para que puedas admirar mi jersey más de cerca o tendré que hacerme el interesante mientras babeas observándome desde la penumbra?”** Bromeo. Ella contesta rápidamente. **“Estoy con mi hermano mayor, que es un grano en el culo. Así que creo que tendrás que seguir haciéndote el interesante mientras me recreo desde la distancia en ese maravilloso jersey”**. ¡Joder! Ahí viene otra erección, seguro. ¡Voilà! ¡Otra vez puesto en evidencia por ese monstruo vive en la parte baja de mi cuerpo y que se ha vuelto insaciable! Decido contestarle de nuevo antes de volver a la mesa. **“Pues me debes una sesión de acoso visual. Te veo mañana damisela.”**

Cojo las bebidas y me concentro en andar todo lo virilmente que puedo hasta la mesa de mis amigos. Ellos me regañan por haber tardado tanto y yo les sonrío triunfalmente. Después me remango las mangas del jersey, pues recuerdo lo ensimismada que estaba Suzanne con mis brazos, espero que me esté observando, aunque me ponga más que nervioso simplemente de pensarlo.

El bar está atestado de gente y de vez en cuando trato de adivinar de donde puede proceder su mirada, pero no la veo. Tampoco me quiero poner a mirar a la desesperada por todos lados. Si está observándome y le gusta lo que ve le dejaré disfrutar un ratito, a pesar de que me muero de ganas de poder recrear mi vista en ella también.

- Bueno, ¿nos tomamos ésta rápido y nos vamos? Ya que estás en modo protestón... para variar... – Me dice Arthur metiéndose conmigo.

- No, está bien. Mañana es viernes y podremos descansar. – Digo mientras doy un largo trago a mi cerveza y veo cómo mis amigos me miran como si me hubiesen salido tres ojos. – ¿Qué? – Inquiero. Sacuden la cabeza y siguen con la charla como si tal cosa.

Menos mal. Un interrogatorio ahora no me haría sentir mejor. Aunque Arthur me mira con cara rara y sé que en el coche me va a poner la cabeza como una pelota de playa.

Una hora después estamos saliendo del bar y no he visto a mi damisela por ningún lado. No obstante, siento su presencia y eso me produce una cálida sensación en el pecho.

Vamos en mi coche Arthur y yo y sé que me mira fijamente mientras yo conduzco. Lo ignoro.

- ¡Venga ya! ¡Suéltalo de una vez! ¡No te hagas de rogar! – Me dice al fin. – Llevas un día de lo más raro y no sé qué carajos te pasa.

- No es nada, Artie. Es sólo que creo que por fin estoy de vuelta. – Le digo con una sonrisa.

- ¡Joder, tío, nada me gustaría más! – Me da una palmada en la espalda. – Sé que no quieres hablar del tema ese, pero ya me tenías muy preocupado, Jamie. Te has pasado dos años sumergido en la mierda más pestosa, fustigándote y castigándote por todo. – Hago una mueca de dolor y trago saliva. Estoy mejor, sí, pero todavía no estoy preparado para hablar del tema. Aprieto con fuerza el volante y Arthur nota mi tensión. – Bueno, bueno, ¡lo que importa es que mi gran amigo James Rompebragas Bennett ha vuelto! – Hace que me ría y olvido toda tensión de nuevo, pues su comentario ha hecho que piense otra vez en cierta señorita que está tremenda. – Ahora hazme el maldito favor de follarte a todo lo que se menea, Bennett.

- No pienso hacer tal cosa, Artie. Follaré si puedo, claro está, pero con criterio. Ayer mismo vino la loca de Chloe, mi ex asistente, a mi casa sin avisar y me pilló en la ducha justo después de hacerme una paja y sé que me oyó. ¿Te lo puedes creer? ¡Eso me pasa por hacerte caso y follar sin criterio! ¡Esa mujer está loca de atar!

- ¡Ja! ¡No me jodas! Deberías pedirle la llave de tu casa, Jamie. – Asiento. Tiene razón, no se me ocurrió hacerlo ayer porque quería despacharla con rapidez. – Bueno, yo me bajo aquí. – Me dice cuando ya hemos llegado a su casa. – Nos vemos en unas horas, jefe.

- Procura descansar algo, mañana nos espera un día ajetreado. – Hace un gesto militar para indicarme que me hará caso y se va.

Cuando llego a casa lo primero que hago es desnudarme y meterme en la cama con el móvil en la mano. Quiero escribirle a Suzanne algo. La sorpresa es ver que ella me ha escrito también, hace un rato, cuando salí del bar. Abro su whatsapp y lo leo con la ilusión palpitándome en el pecho.

“Doctor, se me acaba de ir una buena distracción por la puerta con un jersey muy bonito”, me muerdo el labio mientras leo su primer mensaje.

“Perdona mi atrevimiento, estoy borracha ??”, escribe en el segundo y el emoticono que usa me hace reír. No lo sientas, nena, me estás haciendo olvidarme por un rato de todos mis males.

“Doctor, ¿está seguro que no hace falta que me haga una citología? Seré una paciente complaciente”, ¡Joder, joder! Me incorporo en la cama de un salto. Se me ha puesto durísima al instante. Ese es su último mensaje. ¿Qué cojones le escribo ahora? Sólo se me ocurren guarradas y dice que está borracha. Si me paso a lo mejor cuando lo lea mañana se arrepiente y no quiere volver a la consulta por vergüenza. Después de escribir y borrar cinco mensajes le envío finalmente uno.

“Serás una paciente complacida ??”, le doy a enviar y automáticamente se pone en línea. Está tecleando algo. ¡Dios mío, el corazón se me va a salir del pecho!

“Ahora mismo soy una paciente visualmente complacida”.

“¿Sigues en el bar? Si te emborrachas mucho mañana olvidarás que tienes una cita en la consulta de un superhombre”. Le escribo.

“Ya estoy en la cama. Había pasado sólo a tomarme una cerveza después del trabajo, pero un jersey muy bonito me distrajo y he llegado más tarde a casa de lo que esperaba”. Sonríe como un tonto. ¿Debería ponerme el jersey mañana?

“Entonces, ¿vas a dormir ya?”, pregunto sin saber cómo despedirme. La verdad es que no quiero hacerlo, pero mañana voy a tener una cara de espanto si no consigo dormir un poco. Suzanne está escribiendo su respuesta.

“Sí, soñaré con jerséis bonitos llevados por hombres atractivos”, ¡Dios, cómo me pone esta mujer! Creo que no lo voy a tener tan complicado para llevármela al huerto. Al menos, espero que mañana siga con el mismo interés.

“Duérmete ya o voy a tener que ir a ponerte una inyección de las mías. ¡No me provoques más! Mañana te veo damisela.” Le doy a enviar siendo consciente de que con este mensaje supero la barrera de lo políticamente correcto con una paciente. En este momento me da igual. Esa mujer me ha puesto tan cachondo que ya no tengo el control. Y sin apenas haberla visto más que unos míseros minutos.

“Hasta mañana, superhombre X.”

“Hasta mañana, preciosa X.” Y lo es. Es preciosa. Curioso su foto del whatsapp y me muerdo el labio hasta casi hacerlo sangrar de imaginarme a semejante mujer debajo de mí, sometida a mi cuerpo. ¿Se hará realidad? Parece que sí. Pero bien puede ser un simple coqueteo. Espero que no sea tan cruel. Ella debe saber bien cuál es el efecto que crea en los hombres. No la conozco, pero parece bastante perspicaz.

Me quedo dormido mirando esos ojos felinos verdes con el móvil en la mano. Mañana será un gran día. Ha de serlo. Ya toca.

Ojalá todo salga como lo tengo planeado en mi mente. Sería una muy buena forma de regresar al mundo de los vivos. Una buena dosis de acción y lujuria.

No sé decirte no

La mañana del viernes no ha pasado tan lenta, por fortuna, debido a la gran cantidad de consultas que he tenido. Me he tenido que tomar dos cafés bien cargados, pues anoche apenas dormí cuatro horas, pero no tengo mala cara, o eso creo. Estoy tan ilusionado como un niño pequeño el día de navidad.

A la una menos cuarto suena el teléfono de mi consulta. Lo miro fulminándolo con la mirada. Espero que no sea otra vez ella anulando la cita. Me he dado toda la prisa del mundo para poder acabar con las consultas de la mañana a tiempo para que cuando llegue ella tengamos un rato a solas. Contesto a la llamada.

- Doctor Bennett.

- ¡James, hijo! ¡Llevas tres días sin llamar a tu madre! ¿Ya te has olvidado de mí? – Pongo los ojos en blanco.

- Hola mamá. Estoy bien. Igual que hace tres días. – Bueno, igual no. Estoy como un adolescente con las hormonas en ebullición. Sin embargo, sé que no es eso lo que quiere escuchar mi madre.

- Hijo, estás muy solo. Al menos permite que tu madre se preocupe por ti.

- Mamá, no estoy solo. Y estoy bien. Y no tengo quince años, mamá. Tengo que dejarte, estoy en el trabajo. ¿Por qué narices no me llamas al móvil? Para eso te regalé uno último modelo para tu cumpleaños.

- No sé usar el trasto ese. Si tuvieras un ratito para tu madre y me enseñaras a usarlo...

- ¡Mamá, me pasé una tarde entera explicándotelo! – Levanto los brazos exasperado.

- ¡Pues se me ha olvidado! Además, cada vez que te llamo al móvil nunca contestas. ¡Hazme el favor de no evitarme, James! – La puerta de mi consulta se abre y me quedo con la boca abierta al ver a la diosa de mis sueños aparecer. Lleva un sencillo vestido de flores, la castaña melena hacia un lado cayendo en suaves ondas sobre su pecho, unas preciosas y prietas piernas caminan hacia mí y unos seductores ojos verdes sonríen al verme. – Hazme el favor de venir a verme, James, o voy a tener que ir a tu casa sin avisar para que no me evites.

- ¡Ni se te ocurra, mamá! – Le grito desesperado gesticulando exageradamente con los brazos.

Suzanne oculta una risa como puede al comprender que está siendo testigo de una discusión entre mi madre y yo. Deja una bandeja de sushi sobre mi mesa y una botella de vino blanco. Levanto una ceja y sonrío ante su gesto. Ella se encoje de hombros y me sonrío de vuelta. Mi madre está soltándome el rollo, pero no la escucho. Sólo tengo ojos para Suzanne. Hasta que oigo lo que me temía.

- ¿Qué pasa, James? ¿Tienes una novieta? Si es así tengo que conocerla. – Es una

entrometida y un maldito grano en el culo.

- Mamá, iré a verte. ¡YO! Adiós. – Y cuelgo. Suzanne me mira divertida desde el asiento que está frente a mi mesa. – Buenas damisela. ¿Divertida por la actuación? – Le digo con una sonrisa tímida.

- Hola superhombre. Lamento la intromisión. Eres intenso cuando discutes. – ¿Intenso? ¿Yo? Intensa esa mirada que me estás echando, brujita. – Espero que te guste el sushi. – Dice señalando la bandeja que ha colocado en mi mesa.

- Me encanta. – Contesto con voz grave sin mirar la dichosa bandeja. No puedo desconectar mi mirada de la suya. Hace un gesto tímido, aunque es más osada de lo que intenta demostrar. Lo sé.

- ¿Quieres vino? – Pregunta abriendo la botella y vertiendo el dorado líquido en dos vasos de plástico. Ya tiene toda mi atención y lo sabe.

- Sí, aunque te advierto que el vino me vuelve facilón. – Ella se ríe y se me ensancha el pecho al escuchar esa risita provocada por mí. – ¿Estás hoy mejor? – Pregunto porque realmente me interesa. Ayer parecía bastante afligida cuando me llamó para cancelar la cita. Me mira y agacha la mirada.

- Sí, estoy tratando de resolver algunas cosas y... estoy de mudanza. Por eso no pude venir ayer. Por eso fui después de trabajar al Roadhouse para hablar con mi hermano y pedirle ayuda hasta que encuentre dónde ir. – Eso suena a que ha discutido con quien fuera el o la afortunada con quien compartía piso.

Me muerdo la lengua para no decirle que se quede conmigo. Al fin y al cabo, no nos conocemos, y no es la mejor opción para conocernos. Además, maldita sea, es una paciente, ni siquiera debería estar planteándome llevármela a la cama, pero simplemente no quiero otra cosa más en el mundo ahora mismo. Bueno puede que sí que haya otra cosa más que deseo con todas las malditas fuerzas de mi corazón, pero no puedo permitirme pensar en eso ahora que estoy encontrando el camino de regreso a la luz.

- Espero que se resuelva pronto. Si necesitas que hable con algún colega que comparta piso...

- No, no te preocupes, he hablado con mis compañeras de trabajo Mary y Megan y ellas también van a buscar un piso nuevo, así que lo compartiremos las tres. – Creo que se refiere a la Mary que vino ayer que era compañera de trabajo de ella. De repente me mira con otro gesto. Su mirada se ha llenado de determinación y debo decir que me asusta. Trago saliva. – ¿Llevas ese maravilloso jersey? – Me pregunta y no me salen las palabras. Pero sigo lo suficientemente vivo como para quitarme la bata y mostrarle que sí. Sus ojos recorren mi torso y me siento mareado de tanto erotismo. Me remango las mangas y sus ojos se vuelven más oscuros cuando se concentran en mis brazos. – Deberíamos comer. – Me dice cambiando el rumbo de sus ojos hasta los míos. Creo que evitando distraerse. Asiento. No sé qué cojones decir ni hacer. Esta mujer me desarma. – Mira prueba este. – Se levanta, coge una pieza de sushi y se agacha sobre mi mesa para inclinarse hasta mí introduciéndomela en la boca. Mis labios se abren y obedecen en el acto. Mientras mis

ojos siguen hipnotizados por los suyos. – ¿Te gusta? – Asiento.

- Delicioso. – Mi voz suena tan grave que me cuesta reconocerla. – Sobre todo viniendo de tus dedos. – Me premia con una sonrisa lasciva. Miro la bandeja y cojo una pieza, me pongo en pie y me acerco hasta ella, que sigue sentada en la silla de los pacientes. – Este es mi favorito. – Le digo mientras se lo llevo a la boca. Ella atrapa mi muñeca para inmovilizarme la mano y se introduce la pieza de sushi y mis dedos hasta el fondo de su garganta, lamiendo mis dedos con agonizante erotismo hasta deslizarlos por sus carnosos labios y soltarlos al fin. ¡Joder! Eso lo he sentido como si estuviese lamiendo la parte favorita de mi cuerpo. El pantalón comienza a apretarme y molestarme. – Eres mala...

- Sólo estoy haciendo el almuerzo más apetecible. – Dice y se levanta para ponerse frente a mí y me coloca otra pieza de sushi en los labios. Le sujeto la muñeca con fuerza con la intención de devolverle la jugada. Ella abre los ojos sorprendida por la fuerza con que le agarro y se relame el labio cuando chupeteo cada uno de los dedos de su mano sin dejar de mirarla con fervor. – James... – Susurra y da un paso atrás. Sabe que ha ido muy lejos con su atrevimiento. Pero ahora mi mente ya está nublada y sé que no voy a ser capaz de pensar con claridad.

- ¿Qué pasa, Suzanne? – Me acerco a ella hasta pegarme a su cuerpo. Sus ojos me miran con miedo.

- ¿Te gusto? – Vaya, directa al grano.

- Me encantas. – Digo con toda sinceridad.

- ¿Quieres follarme? – Trago saliva. Joder.

- Sólo si tú quieres. Pero no te voy a negar que ahora mismo estoy bastante... tenso. – Confieso mirando a mi pantalón. Ella se ríe.

- Sólo si yo quiero... – Repite y parece incrédula. Se lo reafirmo con un gesto de cabeza y nuestras miradas echan chispas. – Y lo quiero. – Confirma con una voz cálida y seductora.

¡Joder! Sin pensarlo más me abalanzo sobre sus labios y la atrapo por la cintura hasta pegarla contra mi erección. De sus labios sale un gemido que me posibilita asaltarle la boca con mi lengua. Una corriente eléctrica me recorre el cuerpo cuando la suya se enreda con la mía. Sus manos se enredan en mi pelo y sus dedos se aprietan con fuerza a él. Jamás me habían besado así, jamás había besado a nadie así. Mis manos se aferran a su culo y la levanto del suelo para sentarla en mi mesa. Ella abre sus piernas para dejarme espacio que uso para restregarme contra su cuerpo. Estoy volando. Estoy desesperado por perderme en esta mujer que ni conozco.

- Suzanne... – Consigo medio pronunciar perdido en ese beso desgarrador. – Necesito hacerte mía. Ya. – Rodeo uno de sus pechos con mi mano y con la otra mano me aferro a su melena. ¡No lleva sujetador! Eso me permite pellizcar su pezón. Ella gime en mis labios. Es una jodida diosa.

- Y yo. Pero no aquí. – Mierda. No me hagas esto.

Pero tiene razón. En cualquier momento alguien puede entrar y pillarnos infraganti y no puedo hacer eso con mi reputación de médico serio y responsable. Acopio todas las fuerzas que

puedo reunir en un momento de tan intensa debilidad para separarme de ella, aunque no me separo mucho. No puedo.

- Perdón. Tienes razón. – Ella alarga su mano hasta acariciar la mía y va ascendiendo por mi brazo con sus dedos y con su mirada.

- No hay nada que perdonar. Yo he venido a por esto. Quería saber qué tienes para hacerme creer que no me arrepentiría de nada. Quería saber hasta dónde estoy dispuesta a llegar contigo. – Me agarra del cuello del jersey y tira de él hasta pegar de nuevo mis labios a los suyos. – Besas como un dios. – Y vuelve a atacar mis labios. Gruño. La sensación de su húmeda lengua acariciando la mía es deliciosa y me hace la boca agua.

- Suzanne. No me hagas esto, te lo suplico. – Imploro pegando mi frente a la suya. – Casi no puedo refrenarme y créeme que lo estoy intentando con todas mis fuerzas.

- Llámame Sue. – Me pide en un suspiro. Mis ojos suplicantes buscan los suyos. Ojalá me suelte antes de que pierda los estribos por completo. Tengo la respiración tan agitada que se escuchará a kilómetros de distancia.

- Sue, para, por lo que más quieras. – Tengo que cerrar los ojos cuando noto su mano sobre mi sexo, por encima del pantalón. – No hagas eso... no podré aguantar. – Entonces me suelta la erección, me da un casto beso y me separa un poco de ella.

- Sólo quería hacer una breve inspección. – Me informa con cara de inocente. ¡A mí no me engañas, arpía! – Eres un buen... espécimen. – Comenta chistosa refiriéndose al tamaño de mis ganas por ella.

- ¿Especimen? – Pregunto divertido haciéndome el ofendido. Ella me regala una mueca inocente de nuevo, pero esta vez está realmente ruborizada. Es... impredecible. Tan pronto se vuelve una gata salvaje, tan pronto se convierte en una inocente joven. Decido ruborizarla más. Me divierte. – ¿Te parece bonito ponerme así para después soltarme? – Aprieto mi erección contra su muslo. Ella agacha la mirada y aguanta una risita. Sigo sin poder respirar bien y con una erección de campeonato. Se ríe al fin.

- Podría haber sido al revés. Piénsalo. Podría haber sido yo la que estuviera sobre esa camilla, desnuda y con tus dedos en mi interior. Tú habrías disfrutado de lo lindo con la vista y yo me habría vuelto a casa de mi hermano más que frustrada. – Pensándolo así... tiene razón.

- ¿Y no lo estás? – Trato de acercarme a sus labios de nuevo y me frena con su mano.

- Mucho. Pero no te acerques más o la frustración para ambos será terrible. – Me paso la mano por el pelo. ¿Cómo se supone que debo encontrar las fuerzas para separarme?

- Será mejor que me siente en mi silla y me aleje de ti, despiadada. – Bromeo mientras vuelvo a mi asiento con todo el dolor de mi alma, separándome por completo de ella, pero no de su embrujo. – Al menos la mesa me protegerá de tus oscuras tretas de seducción. – Ella vuelve a sentarse y me mira mordiéndose los labios. – ¿Qué? ¿Qué piensas?

- Hacía mucho que no estaba tan fascinada por un hombre. – ¿En serio? ¡Bennett, eres un crack!

- A mi jamás me habían sacado tanto de mis casillas. Eres lo más seductor que se me ha cruzado en la vida.

- Es sólo atracción sexual, James. Se perderá el encanto cuando hayamos... intimado. – Me sorprende su crudeza, aunque es lo que suele pasar, ¿no? No quiere engañarse ni engañarme. Me lo está dejando muy claro.

- Eso no hace que lo desee menos. – Le digo con seriedad. Y es cierto. No me estaba planteando otra clase de relación. ¡Por el amor de dios, si no la conozco de nada!

- Ni yo. – Suspira. – Bien, doctor. ¿Me he ganado ya mi inyección? – Sonríe.

- Yo diría que sí, aunque para la próxima dosis el precio se elevará. – Sonríe y sacude la cabeza. Me levanto y me dirijo al armario en el que tengo las dosis de toda clase de anticonceptivos. Saco la jeringa y la lleno del líquido que convertirá a esta diosa en un arma letal para practicar sexo con quien desee. Los celos me consumen de repente mientras me voy acercando a ella con la jeringa en la mano. Ella me mira de una forma extraña. – ¿Vamos? – Asiente con la cabeza, pero su mirada intenta analizarme. – ¿Qué?

- ¿En qué piensas? – Pregunta mientras acaricio su brazo para indicarle dónde le voy a aplicar la inyección.

- En que debes recordar usar el condón con las relaciones esporádicas, Sue. – Le clavo la aguja y ella ni se inmuta. Dejo que el líquido entre por completo en sus venas y se la retiro. Después beso el trozo de su piel que he maltratado. Joder, que bien huele. – Ya estás. – Me mira intensamente y sus ojos se vuelven oscuros de nuevo.

- Nunca follo con extraños. – Me dice y parece enfadada. Me doy cuenta de que puede que la haya herido con mi comentario.

- No he dicho que lo hagas. Es sólo mi deber como médico recordártelo. – Me agacho hasta quedar a la altura de sus ojos. Sigue enfadada, pero no lo comprendo. Conmigo quiere mantener sexo y no me conoce de nada. Es joven, guapa, sexi... es lógico que me haga pensar que se follaría a cualquier donjuán que trate de seducirla, ¿no? Mierda, eso escuece. Este es mi juego ahora mismo. Ella es mi juego de seducción, el juego más intenso que he tenido en las manos en toda mi vida, y no quiero que se acabe todavía. Si follamos se acabará... eso asegura ella. Yo no tengo tan claro que con un solo polvo me cansara de ella. – Perdóname. No quise ofenderte. – Le pido acariciando su mejilla hasta rozar sus labios con mis dedos.

- Está bien. No tienes por qué pensar algo diferente de mí. – Se levanta y coloca su bolso en su hombro. Maldita sea, está enfadada, y no quiero que se vaya así. Me quedo petrificado en el sitio sin saber qué hacer. Antes de que llegue a la puerta despierto del trance.

- ¿Nos vemos esta noche? – Se gira y me mira con el ceño fruncido. – No follaremos si no quieres. Sé que soy un extraño para ti y no follas con desconocidos. – Intento deshacer como sea el daño. Suspira. No sé qué hacer.

- Hoy tengo trabajo.

- ¿Y mañana? – Mi voz suena tan desesperada como lo estoy en realidad.

- También. – Me dice todavía sería. Me acerco un poco a ella y pongo cara de perrito abandonado.

- ¿El domingo? – Intenta no reírse, pero fracasa un poco.

- Lo siento, también trabajo. – Mierda. Me está dando largas. La he cagado. Hundo los hombros y suspiro resignado.

- Está bien. Bueno. Tienes mi número. Si necesitas algo házmelo saber, por favor. Sea el día que sea. – Y ahora me sonrío. Se acerca y me da un tierno beso en los labios. Muerde mi labio inferior.

- Nos veremos pronto. – Se gira y se va. Eso ha sonado a despedida definitiva.

Otra vez me quedo mirando la puerta como un estúpido. No creo que vuelva a verla pronto. ¿Qué cojones ha pasado? No entiendo nada. Todo iba sobre ruedas... me desea... estoy seguro... o... eso creo... Mierda, mierda, Bennett eres un capullo. Me pellizco la base de la nariz y lanzo cincuenta tipos diferentes de maldiciones a todos los miembros de mi familia que han intervenido en que un ser tan estúpido como yo exista.

En la luna

Después de que Suzanne se marchase así de mi consulta me quedé bloqueado. La tarde del viernes ha sido ajetreada en la consulta, sin embargo, no consigo recordar qué hice ni a quién atendí después de que ella se fuera. Me quedé tratando de analizar la situación con esa mujer del infierno intentando comprender algo y llegué a una conclusión; cuánto más pienso en todo lo que sucede entre ella y yo menos lo entiendo.

Creo que ha sido ella la que me ha buscado y provocado, pero no lo tengo claro. Lo que sí está claro es que ella no me desea tanto como yo a ella, pues yo no habría tenido las fuerzas de irme así, sin más, sin saber si tendremos oportunidad alguna de intimar en el futuro. Por más que le doy vueltas a mi comentario, no logro ver la ofensa por ningún lado. Sólo estaba tratando de ser profesional. Estaba trabajando. Es mi deber informar de ese tipo de cosas. Aunque ahora que lo pienso, ella ya me informó en la primera consulta que le realicé que ella siempre usa condón en los encuentros esporádicos. Quizá el hecho de que yo se lo repitiera le hiciera pensar que esa es la impresión que tengo de ella. Pero, ¿qué impresión se supone que debo tener?

¡Yo que sé! ¡Me estoy volviendo loco!

Cuando llego a casa me sirvo una copa de vino y me pongo a ver una película en el salón. Pero le presto la misma atención que a las consultas que he tenido esta tarde. Cuando ella se fue...

Arthur me llama al móvil y no se lo cojo. No tengo ganas de hablar con nadie ahora mismo. Tengo un calentón del quince y muy pocas probabilidades de resolverlo de la forma en que a mí me apetecería. Por lo tanto, también estoy cabreado, ¡mucho!

No consigo sacarme a Suzanne de la cabeza y eso hace que me cabree todavía más conmigo mismo. No sólo por lo que sea que yo hiciera para espantarla, sino también por no ser capaz de dejarlo estar y pasar página. Las pocas mujeres que me han dado largas han sido más específicas. Me han dejado claro que yo no les gustaba o que simplemente tenían una relación que valía más la pena que un affaire de una noche.

Me bebo una botella de vino yo solo y me quedo medio muerto en el sofá.

Cuando me despierto miro la hora en mi móvil y son las cinco de la madrugada. Mejor me voy a la cama. ¡Me duele la cabeza una barbaridad! Tengo whatsapps de 3 personas. De camino a la cama abro la aplicación del whatsapp y... ¡Me ha escrito Suzanne! Me llevo la mano al pelo. También tengo un mensaje de Chloe, mi ex asistente y algunos del chat de Machotes, el que tengo con Carl, Tim y Arthur.

Decido dejar para el último el de Suzanne, por si es algo negativo. No quiero pagarla con nadie más.

Chloe me pregunta si podemos quedar para tomar un café, que necesita hablar conmigo. La ignoro. ¡Qué pesada es la condenada! ¡Es el polvo más caro de la historia!

En el chat de Machotes los chicos hablan de salir mañana a bailar. Tal vez me venga bien

despejarme un poco. Sobre todo, si el mensaje que tengo que leer de Suzanne es para decirme lo capullo, estúpido, insensible y gilipollas que soy. Escribo a mis amigos para decirles que cuenten conmigo. Lo leerán mañana.

Bien, ahora me toca leerte a ti, Sue. Me siento en la cama y apoyo mi espalda en el cabecero. Observo el móvil y trato de mentalizarme de que, sea lo que sea que vaya a leer, no puede afectarme tanto. Pero lo hará. Este juego se ha convertido en algo muy importante para mí y para recuperar la fe en mi existencia.

No digo que no haya más chicas ahí fuera que resulten interesantes, atractivas y deseables, pero la cuestión es que a la que quiero con todas mis malditas ganas debajo de mi cuerpo es a ella, a ella solamente, a la mierda el resto de tías buenas. ¡A la mierda sus estúpidos juegos de seducción aburridos y predecibles! Por fin he encontrado algo diferente, emocionante y embaucador al máximo. Cada día que pasa desde que la conozco es una aventura que no tengo forma de saber cómo va a acabar. Y no quiero que acabe aún, sin haber llegado al fondo de su deseable piel. Así que... ¡Sea lo que sea lo que me vas a decir, maldita bruja del infierno, prepárate porque no he acabado contigo! ¡Sí, sé que soy un enfermo que está gritándole a su estúpido teléfono móvil! ¡Pero esto no ha hecho más que empezar!

Después de gritar abro su mensaje. ¿Cómo? Es una canción de Sia. Es un mensaje, sin duda. Pincho en el enlace y escucho la canción con atención.

Breathe me...

No estoy seguro de entender lo que dice. ¿Sé mi amigo? Yo no quiero ser su amigo, bueno sí. Pero ya sé lo que significa que una mujer te llame amigo. Te conviertes realmente en eso, un amigo, y deja de verte como un hombre para siempre. Consigues acostarte con ella todas las veces que te apetezca, pero nada que no sea dormir sucederá entre ambos. Sólo en tu imaginación. No quiero que me pase eso con ella. No. Le dejaré que me cuente todo, lo que ella quiera, pero mientras follamos. No le voy a permitir que deje de mirarme con deseo.

La canción suena como una llamada de ayuda. Necesita un abrazo. Eso puedo dárselo. Puedo darle todos los que quiera. Pero no quiero renunciar a su piel sin haberla saboreado. Tendrá que pedírmelo ella, y entonces sí, si así lo hiciera, mi emocionante juego se habrá acabado, porque insistir sería una pérdida de tiempo.

Me ha enviado la dichosa canción a las tres de la madrugada. ¿Estará aún despierta? Probaré suerte enviándole otro mensaje en una canción. Y tengo la canción perfecta: "Close" de Nick Jonas.

Quiero que sepa que la quiero cerca, pegada a mi piel. Necesito que lo sepa. No le daré espacio si es por miedo, sólo se lo daré si no siente estás malditas ganas que yo siento de perderme en ella.

No contesta, estará dormida. Suelto el teléfono en la mesita de noche y descargo varios suspiros tumbado en mi enorme cama mirando al techo. Cierro los ojos y trato de volver a dormir. La vibración del móvil me hace abrirlos de repente. ¿Será ella? Cojo el móvil. ¡Es ella!

"Me encanta tu canción." Escribe simplemente. Entonces, ¿me quieres cerca? ¿Vas a dejar

de huir? ¿Me permitirás saborear tu cuerpo? ¿Cuántas noches más tendré que cerrar los ojos imaginándome dentro de ti? Todas esas preguntas acuden a mi mente y no sé por dónde empezar.

“Me estás volviendo loco.” Escribo al fin.

“No me conoces...” Lo sé. Créeme que lo sé. Y es lo más exasperante.

“No. Y aun así no puedo sacarte de mi mente.” Confieso. No debería sonar tan desesperado, soy consciente. Pero simplemente es la jodida verdad. Ahora la espantaré y me dirá que mejor será que la olvide. Veo como en su estado del whatsapp aparece que está escribiendo y me preparo para la estocada final. No quiero mirar. Mi delicioso juego está a punto de irse al garete porque no he sabido callarme las endiabladas ganas que le tengo.

“Ni yo a ti de la mía”. Pestañeo un par de veces para verificar que lo que estoy leyendo es real.

“Perdóname por lo de hoy, por favor... Quise ser profesional cuando menos debía serlo.” Le pido, antes de nada. No quiero que piense que la estoy prejuzgando antes de conocerla. Ella no tiene la culpa de ser la criatura más bella que exista en la tierra y sólo por eso no debe ser menospreciada, más bien todo lo contrario.

“Perdóname tú a mí. No estoy acostumbrada a hombres como... tú.” ¿Tan capullos como yo? Bueno, eso no es un alivio. La verdad es que hace mucho que no estoy en este juego de la seducción y he perdido toda práctica, pero eso no se lo voy a decir. Tampoco soy tan imbécil de mearme encima. Ya bastante la he cagado hoy.

“Vente a mi casa.” Pruebo suerte. **“Te compensaré por mi estupidez.”**

“¿Estás loco! Son las cinco de la madrugada ¡Jajajajaja!” Responde. Sí que estoy loco, o al menos estoy empezando a estarlo.

“Estoy loco por tenerte cerca, cerquísima, tanto que no pueda ni respirar. Así que o vienes tú o voy yo.” Le digo y creo que estoy convencido de hacerlo. De hecho, me acabo de levantar de la cama y me estoy poniendo los pantalones vaqueros y un jersey. La pantalla de mi móvil se enciende como muestra de que ha contestado. Leo su mensaje.

“No puedo. Estoy quedándome con mi hermano. Si salgo ahora mismo llamaré a la policía para buscarme y si vienes te cortará los huevos por tu atrevimiento.” ¡Me cago en satanás! Vuelvo a tirarme a la cama vestido y todo y me tiro del pelo sin saber qué hacer. Vuelve a escribirme. **“Nos veremos pronto. X”** ¡Qué jodida es! ¡Si cree que mandándome un beso lo va arreglar es que no me conoce!

“¿Cuándo?!” Le exijo saber.

“Te buscaré un hueco. Lo prometo. Lo prometo. Lo prometo. XXX” Ahora me manda tres besos.

“¿Tengo que creerte?”

“Lo siento, James, estoy en un momento muy convulso con el trabajo y la mudanza.”

Pero te prometo que haré lo que esté en mis manos.” Suspiro de nuevo al ver su último mensaje. Bueno, parece que dice la verdad.

“¿Qué pasa con tu trabajo?” Pregunto. Está en línea, pero no contesta. **“¿Sue?”**

“Creí que lo sabías...” ¿Qué? ¿Que sabía qué? Su jefe es cliente mío, ella trabaja para él, pero ahora me doy cuenta de que no tengo ni remota idea de qué narices va su trabajo. ¡Con lo obsesionado que he estado con esta mujer y ni siquiera me ha dado por averiguarlo!

“¿Me lo vas a contar tú o tendré que averiguarlo yo solito?” Espero que no suene a amenaza, pero no creerá que ahora me voy a quedar tan tranquilo sin tratar de averiguar.

“James” Dice solamente.

“Sue, llámame Jamie. ¿Qué sucede? Preferiría que me lo contaras tú.” Creo que es lo mejor. Sí. Ya he visto que tiene mucho temperamento y si saco alguna conclusión errónea la puedo ahuyentar de nuevo.

“Eres maravilloso, Jamie ¿lo sabías?” Ahora me deja a cuadros por completo. Menos mal que no ve la cara de imbécil que me deja. No comprendo nada. **“Te lo contaré mejor en persona. Gracias por dejarme hacerlo yo. XXX”** Y más besos. Vale, aguantaré la curiosidad.

“Te veo mañana. Puedes contestar lo que quieras, porque pienso verte mañana digas lo que digas. Así que me desconecto. Si eres tan amable, dime a qué hora te viene mejor que te llame. X” Le digo y me desconecto para que no me dé largas de nuevo. Sé que ha contestado, no obstante, no estoy dispuesto a leer una negativa así que lo ignoro. Me tapo la cabeza con la almohada y trato de relajarme para volver a conciliar el sueño. Como es imposible, acabo haciéndome otra paja en su honor. Y aunque es igual de placentera que las que me he hecho las demás veces pensando en ella, sigo cabreado después de correrme. Cabreado con ella, conmigo, con la situación, con el poco o nulo control que tengo de todo lo que va a suceder entre esa mujer y yo. Pero surte efecto y me quedo dormido enseguida.

Fiebre del sábado noche

El sábado me levanto a las once y media de la mañana. Sorprendido por haber dormido hasta tan tarde, pero lo necesitaba. Tenía bastante cansancio mental de darle vueltas a todo lo relacionado con Suzanne, sumado con la cantidad de trabajo que tuve el viernes y lo poco que dormí la noche anterior.

Me levanto optimista. Hoy me va a oír. Esa loca testaruda y escurridiza me va a dar la cara y pienso sacarle una respuesta. O me da la oportunidad de acercarme a ella o la mandaré a paseo. ¡No voy a seguir haciendo el imbécil de este modo! Esto no es sano. Aunque... si lo pienso bien, lo que realmente era insano era como estaba antes de que ella apareciera en mi vida. ¡Da igual! ¡Me va a oír!

Miro mi móvil. Su mensaje de las 5:13 que me negué a leer anoche sigue esperándome. **“Está bien, loco. Te veo mañana sábado a la una de la tarde en el Starbucks de Piccadilly. No tardes. XXX”**. ¡Joder, joder, sólo tengo una hora y media! Salgo corriendo hacia la ducha.

Mientras me ducho a toda prisa escucho el teléfono de mi casa sonar. Sólo puede ser una persona y no le pienso contestar. Vuelve a sonar. Y otra vez. Y otra. ¡Maldita sea! Salgo de la ducha, me enfundo en mi toalla y voy a coger el teléfono con una mala hostia indescriptible.

- ¡¿Qué quieres mamá?! – Ni me molestos en preguntar quién es.

- James, hijo. Vente a comer hoy a casa. Tu hermana viene con Mat a pasar el fin de semana.

- No puedo, pasáoslo bien. Te veo en otra. – Voy a colgar, pero escucho su lloriqueo.

- Hijo mío, ¿qué te he hecho para que no quieras saber nada de mí? – ¿Son todas las madres igual de coñazo o es sólo la mía?

- ¡Mamá, no digas tonterías! ¡No me pasa nada contigo! ¡Tengo una vida, soy adulto y te agradecería que me dejases vivirla! No tengo tanto tiempo libre como me gustaría y cuando lo tengo lo invierto como buenamente puedo para poder seguir adelante con todo lo que me ha tocado vivir. Sé que estarás siempre ahí por mí, y yo por ti, mamá. Pero las demás cosas importantes de mi vida necesitan que me ocupe de ellas, y eso sólo lo puedo hacer yo, mamá.

- Está bien hijo. Te entiendo. – ¿De verdad? Bueno, ahora no tengo tiempo de averiguarlo. Me queda poco más de una hora para llegar a Piccadilly.

- Te llamo en estos días, mamá. Un beso.

- Un beso hijo.

Cuelgo y me voy a toda prisa a mi vestidor. Esta maldita casa sigue siendo demasiado grande para un hombre solo como yo. Recuerdo que cuando la compré tenía otras perspectivas para su uso, y eso me entristece. Pasa de esa mierda, Bennett, ve a por la chica que ahora mismo te inspira.

Pero, ¿qué cojones me pongo? Otra vez el mismo jersey burdeos no. Rebusco en mi vestidor y encuentro uno que me regaló mi hermana de color azul oscuro. Ella decía que ese color resalta el color de mis ojos. Las tías entienden de esto, así que le haré caso. Bien, pues este será. Me pongo mis Levi's preferidos y unos zapatos deportivos Adidas azul oscuro también. Tengo que dar una apariencia de lo que realmente soy; un joven alegre. Aunque lo de alegre es una sensación que acaba de reaparecer por mi vida y que había estado desaparecida en mí mucho tiempo.

Cojo mis gafas de sol y mi cazadora de cuero negra y salgo pitando a coger un taxi. Son ya las doce y media y como haya mucho tráfico no llegaré a tiempo si no salgo ya.

El taxi me deja en la puerta del Starbucks a la una en punto. Inhalo todo el aire que me cabe en los pulmones y entro. Escaneo con mis ojos todo el establecimiento con las gafas de sol aún puestas. Me hacen sentir más protegido. Y la veo. OH. DIOS. MÍO.

Está sentada en un taburete alto y lleva un minúsculo y entallado traje rojo que marcan unas curvas de infarto. ¿Ese cuerpo es posible? Respira Bennett, acaba de verte. Disimula. Aparenta normalidad. Me sonrío tímidamente. Respira, acuérdate de respirar. Me acerco a ella con media sonrisa. Menos mal no lleva tacones o me daría un infarto ahora mismo.

- Hola Sue. – Le digo quitándome las gafas de sol. Sin saber cómo ha pasado la tengo entre mis brazos rodeando mi cuello. ¡Ay dios, esta mujer va a acabar conmigo!

- Jamie, has venido. – ¡Pues claro! ¿Es que había otra opción? Le acaricio el rostro con la yema de mis pulgares.

- He venido. Sí. Me he dado cuenta de que me queda todavía un poco de cordura para que la destroces. – Sujeto su barbilla y le doy un solo beso en los labios, pero lento y suave, para poder recrearme un poco en esos maravillosos labios carnosos. Ella cierra los ojos y me lo devuelve. Es una droga, toda ella. Me separo antes de que mi amigo del hemisferio sur de mi cuerpo decida ponerme en evidencia en medio del puñetero Starbucks de Picadilly y veo que sus ojos echan llamas. Es la cara más bonita que he visto en mi vida. Lo es. No tengo la menor duda.

- ¿Quieres un café? – Pregunta y suelto un bufido. Le agarro del cuello para hablarle al oído y que nadie más escuche lo que voy a decirle.

- Lo que quiero es llevarte al maldito hotel más cercano y follarte como un salvaje hasta el mes que viene. – Ella llena sus pulmones de aire y acerca sus labios a mi oído.

- ¿Te confieso algo? Yo también deseo eso, pero en un rato tengo que irme a trabajar y tendré que volver a irme con las ganas. – Dice con su sensual acento y yo tengo que cerrar los ojos para controlarme.

- Entonces tomaré un café mocha. – Contesto fingiendo indiferencia y poniendo mueca de resignado. Ella se sienta frente a mí y sonrío. Sonrío como nunca y su sonrisa me ilumina el día. – ¿De qué te ríes, arpía del infierno? – Ahora suelta una carcajada que hace que todavía se vea más bella.

- No eres el único que está frustrado. Vamos a pedir. – Me coge de la mano y me lleva hasta el mostrador. Pide su café y el mío y nos peleamos por pagar el dichoso café.

- ¡No seas terca, ya me invitaste a sushi ayer, déjame pagar esto a mí!

- ¡Son sólo dos cafés, Jamie! – Se queja. No voy a ceder. Que mujer más cabezota.

- Cariño, o me dejas pagar los cafés a mí o dormirás en el sofá esta noche. – Bromeo porque parecemos un jodido matrimonio. La chica que nos atiende se ríe a carcajadas y ella también. – Lo digo en serio, y además no te haré eso que tanto te gusta que te haga. Así que tú misma. – Me encojo de hombros.

- ¡Oh, no juegues con eso, cariño! – Ella me sigue el juego. Pone pucheros y me deja al fin pagar.

- Así me gusta. Cóbrese de aquí el café de mi señora y el mío. – Le tiendo la tarjeta de crédito a la chica que me sonrío creo que divertida por la actuación.

- Sí, señor Bennett. – Lee mi nombre de mi tarjeta. – Señora Bennett, déjele pagar. Es usted una afortunada por tener un marido así. – Me sorprende la chica con su comentario y más aún por la mirada que me echa.

- Lo sé, es un marido estupendo. Y es mío. – Dice Suzanne dándome un beso en la mejilla y poniendo a la dependienta en su lugar. Le miro divertido y ella me pone ojitos.

- Eres un peligro. – Le digo al oído. Volvemos a sentarnos en la mesa con nuestros cafés en la mano.

- Estás guapísimo hoy. – Confiesa casi sin mirarme. – La dependienta creo que piensa igual. Te ha dado un repaso mientras volvíamos a la mesa.

- Sólo tengo ojos para mi esposa. – Le digo haciéndome el romántico. Ella me mira esta vez y suspira.

- ¿Aunque no la conozcas de nada?

- Aunque no la conozca de nada. – Le aseguro. – Pero eso puede resolverse.

- Puede que lo que tenga que contarte no te guste. – Ahora me pongo serio.

He pensado en ello. He pensado en el misterio de su trabajo y debo decir que me he mentalizado de lo peor. Nada de lo que me diga puede ser peor para un hombre que pensar que la mujer por la que suspira puede ser compartida por otros hombres. Y aun así estoy aquí. Estoy aquí porque quiero escuchar lo que me tiene que decir ella sobre el tema y, aunque no haya querido que averigüe nada por mi cuenta y le he hecho caso, no ha podido impedir que yo haga mis cábalas en mi mente. Estoy seguro de que ella es consciente de eso.

- Puede que no me guste en absoluto. – Le confirmo sin poder mirarle a los ojos. ¡Venga Bennett! ¿A qué viene tanta tristeza? Sólo quieres follar. Y, como ella dice, puede que después toda la magia se vaya y no sufrirás por lo demás. – Puede que sea duro de oír, pero quiero oírlo de ti. Escuchar tu historia. – Se hace el silencio.

- Pues mírame. – Me dice al fin. Y lo hago. Sé que estoy mostrándole mis miedos a través de mis ojos. Aguanto la respiración y aguardo a que siga. – No soy una puta. – Confiesa y suelto

todo el aire de mis pulmones. – ¡Oh, venga ya! ¿Habías pensado eso? – Se enfada.

- ¡¿Qué?! ¡¡No!! – Me defiendo.

- ¡No me jodas, Jamie! ¡Lo he visto en tu cara! ¡Si quieres la verdad deberías empezar por decírla tú también!

- ¡Coño, Sue! ¡No he pensado eso de ti! Pero inconscientemente he venido preparado para lo peor.

- Y, aun así, has venido...

- Sí...

Nos quedamos en silencio, pero diciéndonos infinidad de cosas con los ojos. Sí, Sue, he venido porque te deseo como no he deseado a nadie en toda mi vida. Porque no quiero perderte antes de poder tenerte, aunque sea una mísera vez entre mis brazos. Porque no quiero ser yo quien te diga que no eres merecedora de hacerme perder el control, la cordura y todo lo que tenga que perder por tenerte. Te dediques a lo que te dediques. Sea cual sea tu historia.

- Me gustaría que me conocieras siendo la que soy ahora mismo antes de llegar a todo lo demás. – Me pide. – Sólo así evitaré que me prejuzgues y me condenes.

- Sue, no voy a condenarte por nada. Las personas somos lo que nos deja la vida ser. A veces las situaciones se interponen entre nuestros sueños y la realidad. – Me mira obnubilada. – Pero eso no nos hace mejor ni peor, sólo humanos. Y eso somos los dos, ¿no? – Ella asiente. – Pues todo lo demás es instinto de supervivencia, nada más. Cada cual lo hace lo mejor que puede y sabe y, según sus circunstancias.

- Tú eres un prestigioso ginecólogo, tremendamente rico y atractivo. No creo que sepas lo que es la desdicha. – Me dice y me siento herido.

- ¿Eso crees? – No dice nada. – Pues te equivocas. Pero la verdad es que yo también prefiero que conozcas al James Bennett que tienes ahora mismo frente a ti antes de conocer otros aspectos de mi vida. – Ladea la cabeza y me mira sorprendida. – Sí, esposa mía. No eres la única que tiene cosas de las que no se enorgullece. – Bromeo y se ríe de nuevo. Me gusta mucho más cuando se ríe. – Empecemos por algo fácil, ¿vale? – Asiente y parece curiosa. – ¿De dónde es ese acento tan sensual? – Pregunto.

- Francés. – Me informa. – Mi madre era francesa y yo me crié con ella.

- ¿Era? – Su cara se vuelve triste. – Mierda, no debí preguntar eso.

- No pasa nada. Murió. Ya está. No hablemos más de ella.

- Perfecto. Pues dime tu comida preferida. – Vuelve a sonreír.

- La pasta.

- ¡Genial! Ya sé dónde llevarte para celebrar nuestro aniversario. – Vuelve a reírse. – ¿Lo ves? Podemos hacer que este matrimonio funcione. – Se ríe a carcajadas y me hace sonreír como

un tonto. – ¿Vas a soltar algo de tu trabajo? ¿Prefieres que lo averigüe yo solo? Dime algo, anda.

- Te llevaré a verlo en persona cuando sea el momento. – Me dice y bebe de su café, creo que como excusa para no mirarme. Yo la miro fijamente.

- Vale, una sorpresa. Intentaré ser bueno y no investigar. – Le digo para convencerla y convencerme.

- ¡No lo hagas! – Dice alzando la voz. – Te recompensaré enormemente si no lo haces. – Bueno, bueno. Eso suena más que bien.

- ¡Que me aspen si lo hago! – Levanto las manos haciéndome el inocente.

- De verdad, prométemelo Jamie.

- Lo prometo, nena. Pero no se te ocurra hacerte la loca con la recompensa. – Le señalo con dedo acusador.

- No te arrepentirás. – Me guiña. – Me tengo que ir ya, esposo mío. – Me dice de repente.

- ¡¿Ya?!

- Sí, lo siento. – Se levanta y me abraza. Sus labios buscan los míos y nos damos un beso que se nos va de las manos. – Mmm, me encanta como besas.

- Otra vez te vas y me dejas con la tensión a punto de romperme los pantalones. – Gruño. Me besa y se ríe en mis labios. – Mmm, nena, ¿cuándo te tendré para mí un buen rato? – Pregunto desesperado aferrado a su espalda, sin querer soltarla.

- El lunes por la noche descanso. Si te apetece...

- ¡Sí! – Contesto antes de que acabe la frase. Me mira divertida. – Me apetece muchísimo.

- ¡Si no has escuchado lo que iba a proponerte!

- ¡Me da igual! ¡Te follaré como un salvaje donde quiera que me lleves! ¡Como si me llevas a la casa de tu abuela!

- Ay, loco... Te veo en el Roadhouse a las nueve.

- Allí estaré. – Vuelvo a besarla con ganas. No quiero que se vaya.

- Tengo que irme. – Dice ella con las mismas pocas ganas de irse que yo tengo de que se vaya.

- Pues vete, malvada.

- Adiós, superhombre. – Me da un rápido beso y se me vuelve a escapar de las manos. Pero esta vez en condiciones favorables. La observo salir del establecimiento con cara de idiota. Todavía huelo a ella. Tiene un olor increíble.

Cuando salgo a la calle agradezco el frío londinense en mi piel. Decido llamar a Arthur. Tengo que contárselo. Sé que no debería. Pero si no hablo con alguien del tema voy a explotar. Me

invita a comer en su casa y decido ir.

Ignorancia: ¿virtud o defecto?

Llevo dos horas en casa de mi amigo Arthur contándole con pelos y señales cada una de las horas vividas desde que Suzanne se cruzó por mi vida. Él todavía no ha pronunciado palabra al respecto. Sigue con la boca abierta desde que empecé.

Me da igual que no diga nada, no sabe lo liberador que está siendo para mí simplemente el hecho de poner en palabras todos los sentimientos que se han agolpado en mi pecho y en mi entrepierna en tan poquísimas horas. Ahora entiendo por qué los psicólogos te cobran tanto por sólo escucharte. Es realmente liberador.

- Y ahora estoy aquí, esperando otra vez como un capullo a que llegue el lunes para por fin tenerla para mí. – Concluyo con mi relato. Arthur sigue con la boca abierta. Ni siquiera se ha comido la deliciosa comida que ha hecho Nana, su cocinera desde que Arthur tenía 5 años de edad. – ¿Vas a hablar o me tengo que volver a casa como he venido, Artie?

- ¡Qué coño vas a volver a casa! Hoy salimos, ¿recuerdas? – Al fin reacciona. – Y creo que por fin podré salir contigo sin temer que me quites el ligue. Por lo que veo, tu mente está demasiado ocupada con cierta tía buenísima del infierno. – Suspiro.

- Pues... sí.

- ¿Y qué es eso de que no quiere que sepas su trabajo? Yo creo que su trabajo la hace todavía más deseable... al menos a mí me encanta.

- Claro... tú sabes de qué va. – Arthur asiente. – Ella dice que prefiere que lo vea. Y yo... no sé, amigo. Éste se ha convertido en un juego intenso y emocionante para mí. Ni siquiera he pensado en... bueno tú ya sabes, desde que la conocí.

- ¡Joder, eso es fantástico Jamie! – Mi amigo se levanta y me da un abrazo. Jamás es tan eufórico con hombres, me quedo perplejo. – Pues no seré yo quien rompa la magia de tu juego. – Me dice. – Pero eso sí, quiero que cuando te la lleves al huerto me presentes a alguna de sus amigas. – Sonríe y sacudo la cabeza. – ¡No me jodas, James! ¿No serás tan egoísta de querer follártelas a todas tú solito?

- Arthur, no creo que eso esté en nuestras manos. Esas tías son sacadas de una revista de tías buenas. Ya veremos si corremos tanta suerte. Por ahora, me conformo con esa bruja despiadada.

- Te tiene loco, ¿verdad?

- No sabes cuánto, Artie. – Suspiro y dejo de comer. Ya no me entrará nada más.

Paso la tarde con mi amigo que me anima a seguir persiguiendo a Suzanne, aunque yo ya sé cómo acaban siempre los consejos amorosos de Arthur, esta vez le haré caso con gusto.

En realidad, no tengo otra opción. Ya no me cabe en la cabeza dejar este juego a medias.

Cada día es más emocionante y eso es precisamente lo que necesitaba mi vida; emoción.

Por la noche Carl y Tim nos avisan para vernos en Candem Town para echar unas cervezas y unos bailes. A mí, que siempre me ha gustado mucho bailar, me resulta una buena idea. Hace mucho que no bailo, porque mi ánimo me lo impedía, y es un buen momento para volver a recordar que todavía soy joven y sé moverme.

El bar está atestado de gente y yo estoy dándolo todo en la pista de baile. Algunas chicas se acercan a mí sigilosamente y me hacen sentir gigante. Sigo siendo atractivo para el género femenino en este ámbito.

Menos mal que he conseguido convencer a Arthur de veniros en taxi, porque estoy más que borracho y sé que mis amigos también. Estamos, de hecho, dándolo todo en mitad de la pista de baile con la canción de AC/DC “Highway to hell” como si fuésemos cuatro rock stars. Me siento lleno de vida y no me había sentido nunca igual. ¿Es por ella? No lo sé... Pero no quiero que esta sensación se me escape de las manos, ni ella tampoco.

Comienza a sonar la canción de “She Wolf” de Sía y recuerdo que alguien me ha dedicado una canción de esa cantante últimamente. Mi mente regresa a Suzanne como si estuviese realmente frente a mí. Casi puedo olerla y tocarla. Casi puedo sentir la deliciosa caricia de sus besos. Joder Suzanne, lo que te haría ahora mismo si estuvieses delante...

Creo que mi cuerpo destila tanta sensualidad como mis pensamientos porque cuando abro los ojos tengo a tres preciosas chicas bailando de forma muy seductora para mí.

Arthur me dice al oído que haga el favor de llevarme a alguna a mi casa, pero le ignoro y me dedico a bailar con todas ellas y disfrutar de mi momento de protagonismo.

No voy a follar por follar. Tengo un proyecto en mente mucho más ambicioso, intenso y emocionante.

Cuando salimos del bar, para irnos finalmente a casa, no sólo tengo una borrachera de campeonato, sino que también tengo el número de teléfono de cinco chicas. Arthur me maldice una y otra vez por desperdiciar de una forma tan estúpida mi oportunidad de llevarme a una o puede que a más chicas a la vez a la cama. Yo no paro de reírme. Tengo una borrachera deliciosa.

Cuando el taxi llega a mi casa, Arthur me despierta a codazos para que salga del coche. Le dejo un billete de cincuenta libras y me voy dando tumbos para mi casa. Tras varios intentos infructuosos, finalmente consigo meter la dichosa llave por la cerradura y abrir la puerta. Me voy riendo solo de mí mismo hasta que llego a mi habitación. Me tumbo en la cama y como si fuese un televisor, me apago por completo.

El domingo me levanto completamente desubicado y con un dolor de cabeza de campeonato. ¡Joder, la una de la tarde! Debería ir a ver a mi madre, aunque no tenga cuerpo más que para pasar el puñetero día en cama, pero así a lo mejor evito que sea ella la que venga a verme a mí. Mi madre siempre tiene el don de la oportunidad y es capaz de aparecer cuando esté en mitad de la faena con Suzanne. ¡Si hace eso soy capaz de estrangularla! Jamás debí haberle dado las llaves de mi casa. Pero hasta no hace mucho no habría comido ni existido si no hubiese sido porque ella venía a diario a mi casa a cuidar de mí.

Me meto en la ducha y me quedo bajo el caño de agua caliente durante un buen rato. Esperando a que haga un milagro en mí y consiga darme ganas de ir a ver a mi madre. Espero que esté todavía allí mi hermana Brigitte, al menos ella es divertida.

Me meto en el coche y conecto el Bluetooth de mi móvil al equipo de música de mi Audi. Busco en mi lista de reproducción la canción que le dediqué a Suzanne y la pongo en reproducción automática para que se repita una y otra vez. Es como si ella estuviera en el coche conmigo y así me resulta más placentero conducir para ir a ver a mi madre.

Cuando llego al quinto infierno, que es donde vive mi madre, me alegra ver que el coche de Mat, el novio de mi hermana, está aquí. Se habrán quedado a pasar el fin de semana.

Mi madre tiene una señora mansión en las afueras de Londres, como yo, pero la mía es un poco más modesta. Aunque me resulta un lugar frío y demasiado alejado del mundo real. Salgo del coche y Brandon, el perro de mi hermana que es un precioso Golden Retriever, me saluda echándose sobre mí y meneando el rabo.

- ¡Eh! ¡Qué pasa campeón! – Le sacudo la cabezota y me premia con un asqueroso lametazo en toda la boca. – Joder, Brandon, deberías lavarte los dientes antes de morrearne. – Sigo acariciándolo y se vuelve loco de contento, hasta el punto que me tira al suelo el condenado perro. – Sí, sí, yo también me alegro de verte. ¡Deja de lamerme, perverso! – Escucho una risa muy escandalosa. – Brigitte, llama a tu chuchito antes de que me viole. – Mi hermana está completamente muerta de risa.

- ¡Brandon, ven aquí! – El perro obedece en el acto para mi gran alivio.

- Hola tú. – Le digo a mi hermana que me mira extrañada.

- ¿Quién eres tú y qué has hecho con el triste de mi hermano? – Le pongo cara de no saber qué decir. – Creo que tienes algo que contarme...

- ¡Jamie! ¡Mi pequeño ha venido! – Mi madre aparece en escena y me hace un recibimiento como si viniese de la guerra. Me abraza con fuerza y me despeina con su maldita manía de sacudirme la cabeza como si fuese un perro.

- ¡Mamá, que me despeinas! – Me quejo.

- ¡Pero si siempre vas despeinado!

- No es verdad, cada mechón está totalmente estudiado y colocado a propósito para que parezca que estoy despeinado, pero en realidad no lo está. – Mi madre me mira raro. – Da igual, dale de comer a tu hijo. – Me dirijo a la casa de mi madre.

Por el camino me va maldiciendo por no haber avisado y por almorzar tan tarde. La ignoro mientras saludo a Mat y me dirijo a la cocina para asaltar su frigorífico. Los frigoríficos de las madres son una auténtica gozada. Ni un supermercado tiene tanta variedad. Comienzo a engullir un poco de cada cosa que veo en él mientras mi madre me va dando manotazos para que pare. Brigitte sigue mirándome completamente extrañada. Ella me conoce bien y sabe que algo me debe ocurrir para no ser la persona gris que he sido hasta hace poco.

Mientras como como un cerdo, porque no hay comida que se le pueda igualar a la de tu madre, me atiborran a preguntas sobre el maldito trabajo. Respondo con monosílabos y sigo comiendo hasta que estoy a punto de reventar.

Después, mi madre se disculpa “unos minutos” para hablar por teléfono con mi tía Rose Mary, su hermana del alma, y ya sé que estará pegada al teléfono hasta que se vaya a dormir.

Me siento en el banco-columpio del jardín mientras observo corretear a Brandon para traerme el palo que le lanzo. Mi hermana no tarda en aparecer, yo sabía que lo haría. Estaba esperando el momento apropiado. Se sienta a mi lado y me observa mientras lanzo el palo.

- ¿Y bien? – Me pregunta. Intento ocultar mi risa.

- ¿Y bien qué? – Digo sin mirarla.

- ¿Cómo se llama? – La miro anonadado. ¿Ya sabe que es por una chica? ¡Si apenas he hablado!

- ¿Cómo se llama el qué? ¿Necesitas clases de ginecología?

- ¡Ay, no te hagas el interesante! ¿Cómo se llama la chica que te tiene así! Y hablando de ginecología. Me las he apañado muy bien yo solita en tu clínica estos dos años y recién salida de la universidad.

- Sí, lo sé. No sabes cómo te agradezco que te ocuparas de ella. Te estaré eternamente agradecido.

- No te molestes. Ha sido una bendición para mi currículum, ahora tengo cuatro buenas ofertas que estoy estudiando detenidamente. – Se encoge de hombros y yo sonrío. Es una grandísima mujer. Ya tiene veintiséis años y va a ser una gran ginecóloga. Mucho mejor que yo. Se me llena el pecho de orgullo. – Bueno, canta ya. – Suspiro. No quiero decirle quién es. Recuerdo que Suzanne me dijo que había conectado muy bien con mi hermana cuando ella le trataba como ginecóloga y estoy seguro que mi hermana sabe a qué demonios se dedica. Yo aún no, y no quiero saberlo. Porque algo me dice que me supondría un inconveniente para llevármela a la cama después de averiguarlo y no quiero más inconvenientes.

- Se llama Sue. – Digo fingiendo desinterés. – Pero no sé nada más de ella. No es lo que crees, Brigitte, no estoy enamorado. No, no es eso. Además, apenas la conozco, pero me ha devuelto la ilusión. Ya sabes, me ha hecho sentirme vivo de nuevo.

- Entonces es un polvete liberador, ¿no? – La miro con mi mirada fiera.

- Haré como que mi hermanita pequeña no ha dicho eso.

- ¡A ver si te crees que tu hermanita pequeña con veintiséis años no folla!

- ¡Brigitte! ¡No quiero saber eso! – Me tapo los oídos como si fuera un niño enfurruñado.

- ¡Venga ya! ¡No seas machista!

- ¿Qué me has llamado, enana mocosa? – Comienzo a hacerle cosquillas donde sé que es su

punto débil.

- ¡Ahhh, para! ¡Sabes que sí! Si yo fuese tu hermano pequeño verías genial que follase con todo bicho viviente.

- No es verdad...

- Ah, ¿no? ¿Te sienta tan mal cuando Artie te cuenta sus polvos?

- ¡Pues sí! – Me cruzo de brazos, enfadado con su comentario. – Entre otras cosas porque es un puerco hablando de esas cosas de una manera que no te imaginarías. Pero tiene gracia, el cabrón. – Sonríe en pensar en las brutalidades que Arthur suele soltar por la boca.

- Bueno, pues yo también follo, que lo sepas. – Me sigue chichando pellizcándome la nariz.

- ¡Estupendo! ¡Me parece genial! Pero no me apetece visualizarlo, Brigitte, por dios. – En ese momento mi móvil vibra en mi pantalón y lo saco mientras mi hermana se levanta y se va sin dejar de tocarme los huevos porque asegura que soy un machista de mierda. ¡Bien! Es un whatsapp de Sue.

“Ojalá estuvieras aquí...” Se me infla el pecho.

“Dime dónde demonios es ese aquí y voy para allá ahora mismo” respondo convencido.

“No podría verte, estoy a punto de empezar mi trabajo”, miro el reloj, son ya las siete de la tarde. Muy tarde para empezar una jornada laboral... Eso significa que no terminará temprano y mañana me toca madrugar.

“Mustang Road 8” Le escribo y espero a su respuesta.

“¿Qué es?”

“Mi dirección. Cuando quieras venir a ver mis jerseys serás bienvenida ??” Digo convencido.

“¿Sea la hora que sea?”

“Sea cuando sea, la hora que sea, cómo sea. Tendrás un hueco en mi cama, nena.”

“Lo tendré en cuenta. Tengo que entrar a trabajar. Nos vemos mañana a las nueve, no lo olvides.” ¿Que no lo olvide? ¡Si estoy contando las horas!

“Ni aunque quisiera, nena. Te tengo demasiadas ganas. Que vaya bien. X”

Ella me contesta con tres besos. ¡Putra mierda de besos de whatsapp! ¡Yo la quiero a ella de verdad, en mi jodida cama, YA!

Por otro lado, sus mensajes me han hecho volver a pensar en su trabajo. ¿Qué carajos será?

Destino

El lunes me levanto de un salto de la cama. Lo primero que hago es mirar el móvil. No tengo ningún mensaje de la responsable de mi actual y dulce tortura mental. Espero que la cita siga en pie.

Llego a la consulta y repaso la agenda. ¡Bien! No tengo muchas visitas hoy y si todo sale bien y acabo pronto iré un rato al gimnasio a dar unos pocos puñetazos al saco de boxeo. Siempre voy los lunes y miércoles, pero el miércoles pasado se me olvidó porque apareció por mi vida cierta señorita despista hombres.

Como nuestra cita no es hasta las nueve, al menos tendré media hora para desfogar un poco tanta tensión acumulada en cierta parte de mi anatomía.

Ivonne está hoy más rara que de costumbre. Entra en mi consulta una vez para preguntarme que si quiero café. Le digo que después. Aparece al rato con un café que no le he pedido y creo que me pone ojitos, aunque apenas la miro. Al cabo de varios minutos vuelve a aparecer con mi bata nueva, la que le pedí. Después vuelve a aparecer con una revista de salud en la que nombran a mi clínica como un lugar de prestigio en Londres. Poco rato después entra en mi consulta de nuevo con un sándwich que ha hecho ella y que le ha sobrado para el almuerzo, por si me apetece a mí. Vuelve otra jodida vez para preguntarme que si quiero algo de beber.

Esta última vez al fin la miro exasperado y me doy cuenta de que... ¿se ha puesto tetas? Y lleva los labios pintados de rojo fuerte. Mmm, ¿está buscando mi aprobación? Yo odio las tetas de plástico. No sé por qué, siempre pienso que se me van a reventar en la boca de un mordisco. Además, me parecen bastante vulgares.

Lo siento Ivonne, mi mente está ahora en otra parte.

Salgo de la consulta cuarenta y cinco minutos antes de la hora normal y sin decirle nada a Arthur o me freirá a preguntas y no me dará tiempo a pasarme por el gimnasio. Sé que mañana me puteará por irme así, pero le recompensaré con una intensa historia de un tórrido encuentro sexual entre Sue y yo, o eso espero.

En el gimnasio mi entrenador, Joe, se ríe de mí porque dice que golpeo como un principiante. Siempre hace lo mismo cuando falto algún día. Pero hoy me toca los cojones más que de costumbre. Quiero impresionar a esa mujer y flaquear en mis destrezas no es un buen comienzo. Media hora después le muestro mi dedo corazón y me voy para casa mientras le escucho reírse a carcajadas por mi tremendo enfado.

Ya me he duchado, afeitado y puesto mi perfume de triunfador. Ahora sólo me queda decidir qué cojones me pongo para esta noche. Es la primera vez que me veo en un dilema como este. Normalmente me importa una mierda la ropa, cojo lo primero que pillo y listo. Pero hoy no. Tanta expectación me está volviendo un majara indeciso.

Al final opto por mis Levi's favoritos y una camiseta negra de Armani que marca mis músculos. Encima me coloco una americana del mismo azul que mis vaqueros.

Vuelvo a optar por calzado deportivo.

Estoy en la puerta del Roadhouse. Suzanne no me ha escrito en todo el día y yo tampoco. No quería darle oportunidad a que cancelase la cita. Así que ahora mismo debe estar ahí dentro esperándome o a punto de llegar.

Entro y recorro con mis ojos el local sin ver a mi diosa por ningún lado. Me dirijo a la barra y pido una pinta de cerveza mientras espero que llegue. Cinco minutos después estoy desesperado y decido escribirle para indicarle donde estoy, por si entra y no me ve entre tanto barullo de gente.

Pero en cuanto saco mi móvil del bolsillo una aparición divina capta mi atención. Enfundada en un vestido negro, sencillo pero elegante, ceñido a la cintura y con falda voluptuosa, sobre unos tacones de vértigo, con una coleta que se mueve al compás del vaivén de sus caderas al andar, viene hasta mí la diosa de la belleza. Hasta la mismísima Afrodita se moriría de tristeza al ver cómo ha sido cruelmente reemplazada por esta maravilla de la creación. Me sonrío tímidamente mientras se acerca hasta a mí.

Quiero hablar, pero no puedo, y ella simplemente no me deja. Me agarra del cuello de la camiseta y me planta un magistral beso en los labios que hace que se me olvide respirar por unos minutos.

- Estás increíble. – Suspiro en sus labios.

- Tú estás increíble. Me encanta que hayas decidido ponerte una camiseta de mangas cortas. – Con sus manos recorre mis brazos y los mira con admiración. Yo simplemente estoy todavía tratando de convencerme de que finalmente la tengo aquí, para mí. Una noche para mí. – Me vuelven loca tus brazos, ¿lo sabías? – No digo nada. Suponía que le gustaban y lo único que hago es agarrarle la cara con mis dos manos y le como la boca con rabia.

- ¡Vámonos a mi casa! ¡YA! – Se ríe.

- Acabamos de llegar... Pensaba que me invitarías a bailar un rato o algo. – Suspiro y gruño a la vez.

- Puedo intentarlo al menos. Pero no te prometo nada. Puede que a los cinco minutos te cargue en mis hombros y te lleve a mi cama en un abrir y cerrar de ojos. – Ella vuelve a besarme. Sus besos son una despiadada delicia.

- Quiero una copa primero. Llevo todo el día con la maldita mudanza y necesito algo de relajación mental. – Se acerca a la barra a pedir y yo me pego a ella por detrás y la rodeo con mis brazos apoyados a la barra.

- ¿Ya has encontrado piso? – Pregunto besando su cuello. Su piel se eriza ante mi contacto, lo noto.

- Sí, te llevaré un día. Si no nos cansamos el uno del otro después de hoy. – Echa su cabeza hacia atrás para pegarse más a mí.

- Dudo mucho que con estas ganas que te tengo me conforme con una noche. – El camarero

le sirve una copa a ella y un chupito a cada uno que ella ha pedido. – Y haré lo posible por que tú tampoco.

- Por más noches entonces. – Me hace brindar.

- Por más noches contigo. – Brindo y nos tragamos el chupito de una sentada.

- ¿Cómo ha ido tu día en el trabajo? – Pregunta y no sé si lo dice con retintín. ¿Es porque no le he escrito?

- Bien, ha sido un día muy normal.

- Muchas mujeres desnudas, entonces. – Un momento, ¿esto son celos? ¡Ja! Y lo bien que le sientan. Está preciosa con esa cara enfurruñada.

- Sí, pero todavía no he pasado consulta a la única que me interesa. – Le dedico mi mirada de cazador y ella se muerde el labio. Se bebe la copa de un tirón y me quedo perplejo.

- Bébete tu cerveza. Vamos a bailar antes de que te meta en el baño conmigo, y este sitio está demasiado concurrido para eso además de que tienen vigilancia en el baño. – Obedezco sin rechistar, me pongo la chaqueta y ella su chaquetón y tira de mí hasta llevarme a la calle.

- Pues tú me llevas. – Me encojo de hombros.

- Conozco el lugar perfecto. – Sus ojos brillan.

- Soy todo tuyo.

Me guía, con sus dedos entrelazados a los míos, a un bar que no había pisado en mi vida, pero que es perfecto. Es íntimo, oscuro y no hay mucha gente. Pago el guardarropas para guardar nuestros abrigos. Nos bebemos dos chupitos cada uno nada más llegar en la barra y comenzamos a bailar, aunque ella más bien está dando saltitos de alegría al reconocer una canción que le gusta. Primero bailamos una canción animada, después algo más lento y sensual.

Sus manos comienzan a deslizarse por mi espalda y yo no sé cómo aguantar las odiosas ganas de sacarla de una vez de aquí y llevármela a casa. Su mirada está llena de puro deseo y apuesto a que la mía también. Como por arte de magia comienza a sonar la canción de “Close” y me mira.

- Nuestra canción. – Me susurra en el oído y su voz llega hasta mi polla.

- Cerca.

- Muy cerca, así te quiero, ahora. – Me suplica al oído.

¡A la mierda! ¡No puedo más! Tiro de ella y la llevo hasta el baño de chicas. Entramos en uno de los habitáculos y cierro con pestillo. Ella me mira con la respiración acelerada. Mi mirada es fiera. Quiero estar dentro de ella, no aguanto más.

- Tendremos que conformarnos con uno rápido por ahora. Pero no voy a esperar un minuto más. – Me lanzo a por sus labios con desesperación y meto mis manos por debajo de su vestido hasta alcanzar sus bragas. – Oh, nena, estás muy húmeda. – Me agacho hasta quitarle las bragas sin

dejar de mirarla a los ojos y me las guardo en el bolsillo de mis vaqueros.

Es la pura imagen de la diosa de la lujuria. Me levanto y ella me desabrocha el pantalón con prisa hasta liberar mi polla de tanta presión. La mira extasiada. No puedo más. Le beso de nuevo con rabia, la levanto entre mis brazos y ella se enrosca en mi cintura, yo apoyo su espalda contra la pared y se la meto hasta el fondo de un solo movimiento.

- ¡Ahhhh! Jamie! – Gime con fuerza en mi oído. – Para, déjame que me acostumbre. ¡Dios! – No sé cómo lo consigo, pero me apiado de ella y consigo refrenarme hasta que se acostumbre al tamaño de mi intromisión en su delicioso cuerpo.

Además, estoy a punto de correrme de tanta explosión de pasión. Es deliciosa. Su olor, su ronca voz en mi oído. Gime muerta de placer y me muevo un poco sin poder evitarlo. Hacia afuera y volviendo a entrar en ella. No quiero que se acabe, pero voy a aguantar poco. Lo sé.

- Tú me dices, nena. – Le pido.

- Sigue, por dios, sigue.

- Oh, será un placer. – Salgo y entro esta vez con un ritmo más vivo. – Oh, por favor, eres una delicia. – Me tira del pelo y me besa con pasión.

Siento su humedad y los latidos de su corazón alrededor de mi miembro. Está palpitando de emoción como yo. Me retiro y entro esta vez más rápido. Mordiendo sus labios. Y de pronto ya no puedo controlarme y comienzo un ritmo atronador en su interior. Ella gime sin poder articular palabra.

- ¡Dios, Jamie, me voy a correr ya! – Me informa en mis labios.

Oh, sí, eso es una magnífica noticia que me hace ponerme todavía más cachondo. Sigo mi ritmo implacable en su interior y ella comienza a mover las caderas sobre mí de una forma divina. ¡Mierda, mierda, cómo hace eso! ¡Me corro! Aprieto los ojos para refrenarme como pueda.

- Ahhh, Sue, para o me corro. – Suplico.

- Córrete, hazlo conmigo. – Y exploto en su interior y me vuelvo loco mientras sigo moviéndome implacable y ella contoneándose sobre mí. Como si ninguno quisiera renunciar a esta sensación tan placentera, aunque hayamos culminado al fin.

Se deja caer como un peso muerto sobre mí y yo la sujeto mientras la deposito en el suelo. Nuestras respiraciones están más que agitadas.

- Esto sólo ha sido el principio. – Le advierto. Ella sonríe tímidamente y me mira mordiéndose el labio. – Ni se te ocurra pensar que he tenido bastante de ti.

- Eso espero. – Le ayudo a ponerse las bragas, que yo tenía en mi poder, me levanto y la beso con fuerza.

- Bueno, ahora podemos bailar un rato tranquilos. – Se ríe a carcajadas mientras la saco de la mano del baño de chicas. Dos chicas nos miran sorprendidas al salir. Jamás había hecho una locura como ésta, pero jamás nadie me había vuelto tan loco.

Vamos a la barra, pido una copa para cada uno y me la llevo de nuevo al centro de la pista de baile para hacerla feliz, puesto que ella quiere bailar. Y ahora ya estoy un poco más relajado para poder complacerla.

Para mi sorpresa, cuando hemos llegado a la pista de baile, ya se ha bebido la copa. ¡Está loca! Pero voy yo y hago lo mismo. Soltamos los vasos en una mesa alta y Suzanne se pega a mi cuerpo sin dejar nada de espacio entre nuestros cuerpos. Apoya su cabeza entre mi hombro y mi pecho y me abraza con fuerza del cuello. Yo le rodeo de la cintura y le doy un beso en la coronilla.

Dos copas después decido que ya está lo bastante borracha para parar o lo lamentará su cabeza al día siguiente. Especialmente cuando me aclara que no está acostumbrada a beber y la muy majara hoy ha bebido mucho y muy rápido.

Arrastra las palabras al hablar y sus filtros sobre lo moralmente correcto y lo incorrecto se están volviendo borrosos. Me mete mano en el paquete cada vez que ve la ocasión perfecta y contonea de una manera jodidamente sensual su trasero contra mi polla. Estoy volviendo a tener una erección de campeonato.

- Bueno, ya ha habido bastante baile por hoy. – Le espeto y la cargo sobre uno de mis hombros. Ella grita ante la sorpresa y comienza a reírse como una colegiala. Es cómico y me hace reír. Me acerco al guardarropas con ella sobre mi hombro y la suelto en el suelo para ayudarle a ponerse su chaquetón. Ella me asegura que puede sola, pero lo cierto es que no puede. Mmm me parece que mi gran polvo se me va a volver a escapar de las manos. La llevo de la mano hasta la calle y la meto en el primer taxi que veo. En dirección a mi casa me mira y se ríe. Menuda borrachera lleva.

- ¿A dónde me llevas? – Me pregunta echando la cabeza sobre mi hombro.

- A mi casa, por supuesto. – Levanta su mirada hasta toparse con la mía.

- Mañana tendré que irme a la una como muy tarde. – Me informa. – Tengo que resolver un papeleo. – Y cierra los ojos.

- ¡No vayas a dormirte ahora! No te preocupes por la hora. Yo tendré que salir a las ocho de la mañana para la consulta. Te llamaré por teléfono desde allí para despertarte.

- Vale. – Se acomoda aún más sobre mí y sé que sus ojos ya le pesan demasiado para continuar despierta. Suspiro y pongo los ojos en blanco.

Llegamos a mi casa, pago el taxi y tengo que sacar a la endiablada Suzanne en brazos del taxi. Está completamente aniquilada. Tengo que ingeniármelas para sacar la llave de mi casa y apagar la alarma con ella en brazos. No sé cómo lo consigo, pero lo hago, y, acto seguido, me la llevo a mi dormitorio y la recuesto sobre mi cama con cuidado de no despertarla.

Intento averiguar cómo demonios se desabrocha su bonito vestido y desisto de hacerlo al décimo quinto intento. Me desvisto frente a mi bella durmiente mientras le echo una buena regañina por dejarme otra vez con las ganas. Ella sigue profundamente dormida y ni se inmuta. Al menos he conseguido echarle un polvo en el baño y, aunque ha sido el mejor y más loco polvo que he echado en mi vida, no cubre ni la mitad de mis expectativas con ella. Esta belleza merece que

le dedique una buena y larga sesión de erotismo y lujuria. Sólo así sentiré que he cumplido mi objetivo con ella y podré dejar de sentirme tan hechizado por esta mujer.

Me quedo en calzoncillos, me pongo mi camiseta desgastada favorita para dormir y me tumbo junto a ella. La observo dormir y me quedo obnubilado. ¿No debería gustarme un poco menos ahora que la he tenido en mis brazos? Aunque, si todavía me gusta tanto, puede ser por la brevedad de nuestro encuentro sexual.

Tengo que hacer que vuelva a quedar conmigo. Le doy un beso en la frente y trato de dormir. Ya son las dos de la madrugada y mañana me toca madrugar y trabajar en la clínica.

Me duermo con una enorme sonrisa en los labios cuando siento como sus bonitas piernas y sus brazos se enroscan a mi cuerpo. Ha sido una gran noche, al fin y al cabo. Tengo que acordarme de darle las gracias al destino por ponérmela en el camino. Lo último que recuerdo es besar su mano que tiene atada en mi cuello y después pierdo la conciencia.

Quiero verte

Me despierto y me olvido del cansancio y de la resaca en cuanto veo que mi bella durmiente sigue completamente dormida a mi lado. ¿No es la cosa más bonita que has visto en tu vida, Bennett? Sonrío. No, no lo es... Me respondo con tristeza y sacudo la cabeza para apartar ese pensamiento de mi mente. Ahora no es el momento. Este es otro momento. Es un momento dulce y placentero. No dejes de vivirlo.

Le doy un beso suave en los labios y me levanto sigilosamente para no despertarla. Me doy una ducha rápida y trato de convencerme a mí mismo de que no debo despertarla para aplacar mi erección. Debe estar hecha polvo. ¡Joder, qué frustrante es estar continuamente empalmado por culpa de esa mujer! ¡Jamás había estado tan revolucionada esa parte de mi cuerpo! Al menos, no lo recuerdo.

Entro con cuidado a mi habitación para ir al vestidor y veo que sigue dormida como un bebé, pero esta vez abrazada a mi almohada. ¡Madre mía, qué piernas tiene! Es una jodida pena que no haya podido admirar su cuerpo desnudo, pero tengo que idear un plan para poder hacerlo.

Entro en el vestidor y me pongo ropa limpia, salgo con sigilo y cierro la puerta para que pueda continuar durmiendo. Me preparo un desayuno reparador y me acuerdo de que no me vendría mal encontrar una sustituta a Chloe en las tareas domésticas. Apenas llevo unos días sin asistenta y ya está todo hecho un desastre. Además, tendría que hablar con ella para que me devuelva las dichas llaves de mi casa.

Preparo el desayuno para dos, para que cuando doña bella durmiente despierte pueda echarse algo a la boca, seguro que lo agradecerá. Dejo un billete de cincuenta libras en la mesa y le escribo una nota.

Buenos días preciosa,

Te dejo algo de desayuno para que no me maldigas demasiado por levantarte con mal cuerpo. Anoche lo pasé genial, eres maravillosa. Pero no creas ni por asomo que te librarás de mí con un simple y rápido polvo en el aseo de un bar. Te quiero para mí durante una noche entera, y... consciente. De todos modos, no puedo negar que me encantó saborearte y reír contigo y bailar contigo y... dormir contigo.

Por favor, acepta las cincuenta libras para pagarte un taxi y que te lleve sana y salva a casa. Te llamaré a las doce de todos modos, por si no has despertado aún.

P.D. Quiero volver a verte. Pronto. XXX.

Después de dejarle la nota sobre la mesa junto al desayuno y el dinero, me pongo mi chaqueta y salgo de casa para ir al trabajo.

Arthur ya está esperándome en mi consulta cuando llego y eso me hace reír.

- No te rías y cuéntame, desgraciado. ¿Te la follaste? – Asiento mientras me coloco la bata y me siento en mi lugar, frente a él. – Maldito cabrón con suerte. ¿Y qué tal?

- Bueno, corto pero intenso. – Arthur me mira fijamente y eso quiere decir que necesita más información. Decido proseguir. – Me llevó a un bar muy íntimo. Bebimos mucho y muy rápido. Nos pusimos cachondos, muy cachondos, en mitad de la pista de baile y, no aguanté más y me la llevé al baño. Allí le eché un polvo salvaje, pero ninguno de los dos duró mucho. Después me la llevé a casa y fin. – Resumo la historia todo lo que puedo.

- ¿Y fin? ¿No follasteis más?

- No, Sue tenía una borrachera de órdago y se quedó dormida en el taxi de camino a casa. La he dejado de hecho durmiendo allí, completamente inconsciente. – Digo encogiéndome de hombros.

- Pues vaya...

- Ha sido genial, a pesar de todo, Artie. Me divertí muchísimo, me excitó muchísimo, me hizo reír, bailar, echamos un polvazo, aunque corto, pero intenso y, me ha dado motivos para pensar que mi juego con ella no se ha acabado aún. Eso es lo mejor. Puedo seguir soñando con este juego y avanzar al siguiente nivel.

- ¿Que es...?

- ¡Joder, qué va a ser! Echar una noche entera follándomela como un loco.

- Ah, creí que te estabas pillando.

- No... vamos, no me he planteado eso. No creo que esté preparado para empezar algo serio. Y menos si no sé nada de ella ni ella de mí. No voy a cometer otra vez ese error. – Decido zanjar la conversación antes de que se ponga más insistente y me pongo a repasar la agenda con las citas del día.

- Genial, me parece sensato. Pues te dejo con tu super agenda rosa. – Le miro con la ceja alzada, pero Arthur sale de mi consulta y veo que tengo unos minutos para mí.

Decido emplearlos en llamar a Chloe.

- ¡James! – Me contesta enseguida.

- Hola Chloe, ¿qué tal? – Pregunto por cortesía.

- Pues... ahora que te oigo bien. – Maldita sea. Sé claro Bennett.

- Te llamaba sólo para recordarte que aún tienes las llaves de mi casa. Me gustaría que me las devolvieras, las necesito. – Ella se queda callada. – ¿Chloe?

- ¡Eres un capullo insensible! ¡¿Lo sabías?! – Suspiro.

- Chloe... son las llaves de mi casa, entiende que las necesito. Ya hemos hablado de lo que pasó. Te vuelvo a pedir disculpas por haber...

- ¿Por haberme follado como un loco? – Yo no lo recuerdo así. A mí me parece que la única loca era ella. Pero no quiero herirle más los sentimientos.

- ¿Me perdonas?

- ¡No!

- Bueno, pues aun así necesito mis llaves. Por favor, hagámoslo por las buenas y como adultos.

- ¡Te llevaré tus jodidas llaves! ¡Ahora mismo! Te las dejaré encima de la jodida mesa donde me follaste como un salvaje, ¿vale? – Oh, mierda. Ahora mismo está Suzanne en mi casa.

- No hace falta que sea ahora mismo...

- ¡No me jodas más y déjame en paz! – Cuelga. Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda. No me fio de esa puta loca ni un pelo.

¿Qué hago? ¿Llamo a Suzanne? No, no, a lo mejor tengo suerte y no se despierta hasta que Chloe se haya ido. A lo mejor ninguna se da cuenta de la presencia de la otra. ¡Oh, me cago en mi suerte!

Intento llamar de nuevo a Chloe, pero tiene el puñetero móvil apagado. O quizá está ya en el metro, o yo qué sé. Comienzo a pasearme por la consulta sin dejar de pasarme las manos por el pelo, completamente desquiciado. ¡Me va a joder todo, lo sé! ¡Esa maldita loca me va a espantar a Suzanne!

Entra mi primera consulta y tengo que centrarme en lo que me toca. La despacho rápidamente y no dejo de mirar mi móvil mientras lo hago. Ojalá Sue me llame si algo sucede. Ojalá me dé la oportunidad de explicarle.

La segunda consulta también pasa rápido. Aunque la tercera es algo más serio y tengo que hacer el esfuerzo de recordarme a mí mismo que es mi obligación como médico atender a mis pacientes como corresponde. Justo cuando sale de mi consulta dicha paciente mi teléfono móvil empieza a sonar. Es Suzanne. Antes de contestar salgo y le digo a Ivonne que no me pase más pacientes hasta nueva orden.

- Hola. – Contesto a su llamada bastante asustado.

- Hola. – Su voz suena dulce, no parece enfadada.

- Oye, tenía muchas ganas de empezar esta conversación agradeciéndote la maravillosa noche que pasé ayer contigo, pero me temo que tengo que advertirte de la posible intromisión de una jodida loca que...

- ¿Chloe? – Me pregunta interrumpiéndome.

- Vaya... ya la has conocido...

- Sí. – Dice y se calla. ¡Ay, dios, qué le habrá dicho esa tarada!

- Dime que no te ha ofendido o que no ha hecho alguna locura delante de ti o la mataré.

- Bueno, no ha sido muy amable conmigo... ¿es tu novia? – Pregunta y parece triste. – Si hubiese sabido que tú... bueno que tienes...

- ¡No! ¡No! ¡Cómo se te ocurre! Chloe ha sido mi asistente durante dos años, me acosté con ella una vez y fue un tremendo error. He tratado de explicárselo mil veces, Sue, pero está chalada. Por favor, perdóname por la incómoda situación. – Sueno desesperado. Estoy desesperado. No quiero que se estropee todo ahora. La deseo más que nunca.

- Entonces... ¿no te enfadarás si te confieso que la he puesto celosa y que la he espantado bruscamente? – Abro los ojos.

- ¿Celosa? ¿Qué has hecho, pequeña víbora? – Pregunto divertido.

- Te lo diré si prometes que no te enfadarás conmigo.

- ¡Jamás! Yo te he puesto en esta incómoda situación. Cuéntame, qué has hecho.

- Le he dicho que ahora yo soy tu novia y que no se le ocurra acercarse a ti o lo lamentaré. Después le di una bofetada y la eché de tu casa. – Me río. Me da por reírme.

- Eres un peligro... Entonces, ahora no somos matrimonio sino novios. Pues, perdóname que te diga, pero primero tendríamos que empezar por follar como es debido. – Se ríe.

- ¿No te has enfadado? Pensé que te molestaría que te ahuyentara un polvo.

- Nena, un polvo fue lo que echamos tú y yo anoche, no eso que me pasó con esa pirada. – Vuelve a sonreír.

- Sí, estuvo muy muy bien. – Confiesa con voz seductora.

- Quiero más. – Declaro sin tapujos.

- ¿Quieres repetir?

- Nena, no he tenido suficiente de ti ni por asomo. Me lo pasé muy bien anoche.

- Yo también...

- ¿Tú también te lo pasaste bien o tú también quieres repetir? Por favor, dime que podré verte otro día.

- Yo también me lo pasé bien. – Maldición. – Y... yo también quiero más. – Ufff. – Gracias por el desayuno.

- No tienes que darlas. – Digo pletórico y feliz.

- Tienes una casa impresionante. Eres muy valiente por meter a una desconocida aquí y dejarla sola.

- Puedes robarme lo que quieras menos la Xbox, ¿entendido? – Se ríe a carcajadas y me contagia. – Bueno, lo que quieras si me dejas verte otra vez.

- No te robaré nada, pero necesito un pequeño favorcito. – Me dice con voz de inocente.

¡Cómo saben las mujeres salirse con la suya! Soy incapaz de decirle que no a esa voz.

- Lo que quieras. Dime.

- Tú ex asistenta loca se ha llevado las cincuenta libras que dejaste para el taxi y yo no encuentro mi cartera por ninguna parte. No tengo cómo llegar a casa. ¿Podrías venir por mí? Porfa, porfa, porfa.

- ¡Maldita sea! Se debió caer en el taxi cuando llegamos a casa. Llamaré a ver si te la encuentran. ¿Tenías mucho dinero?

- No, no mucho.

- Bueno, tranquila, voy para casa y te llevo a donde quieras. Ahora te veo, brujita.

- Gracias superhombre. – Cuelgo y siento que el corazón se me va a salir del pecho. Me quito la bata y salgo de la consulta.

- Ivonne, cancela todas las consultas de hoy. Tengo un problema importante que tengo que resolver. – Ivonne me mira sin comprender.

- ¿Está bien, doctor Bennett?

- Sí, sí, pero me tengo que ir. Dile a Arthur que se ocupe de las visitas que pueda, dile que se lo pagaré. – Ella asiente confusa. – Gracias Ivonne. – Le premio con un guiño. Jamás había sido tan extrovertido con ella. Pero es que es la primera vez que me resulta útil.

Por el camino, en el coche, Arthur me llama preocupado. Me invento una historia de que tengo que llevar a mi madre a urgencias porque se siente mal.

También llamo a la central de taxis y me informan de que tienen la cartera de Suzanne. Es una buena noticia.

Y pienso. Me paso el camino pensando. No recuerdo haber dejado nunca mi consulta desatendida, y mucho menos por una mujer. Bueno, tampoco recuerdo haber vivido una situación tan rara como la de hoy. Además, tampoco puedo dejar a Sue allí en casa sin tener cómo volver a la suya. Cuando falta poco para llegar a mi casa me entra una llamada de Chloe por el manos libres.

- Vaya, hola. – Respondo y sueno tan molesto como lo estoy realmente.

- ¡James! ¡¿Quién es esa puta que está en tu casa?!

- ¡Mira Chloe! ¡Si se te vuelve a ocurrir insultar a... mi novia te las vas a ver de verdad conmigo! ¡He sido muy paciente contigo, demasiado, pero ya me estás tocando los cojones!

- ¿Tu novia? ¿Acaso ella te ama como yo? – Comienza a lloriquear y yo comienzo a estrangular el volante como si fuese ella. Menos mal no la tengo en frente. – ¿Acaso ella se ha tragado durante dos malditos años todos tus llantos y tus preocupaciones? ¡No, eso lo he hecho yo!

- Escúchame bien Chloe. Sólo porque yo te guste no tienes ningún derecho a obligarme a sentir lo mismo. Yo no tengo la culpa de no verte como me ves tú a mí. Tienes que dejarlo estar de

una maldita vez o vas a conseguir cabrearme de verdad.

- ¿Gustarme? ¡Yo te amo, James! ¡Y esa mujer no puede sentir lo mismo que yo por ti si apenas te conoce! – Miro al cielo. Dame fuerzas.

- No sé si ella me ama como tú o no. Ni siquiera me importa eso. Lo que me importa es que quiero estar con ella, no contigo. Ella no tiene la culpa de eso, tampoco tiene la culpa de no conocerme, todavía, ni de no haber estado cuando yo era un puto alma en pena. Ni ella ni yo tenemos culpa de habernos cruzado en el camino del otro ahora y estar viviendo una jodida maravilla a pesar de tanta locura alrededor. Y permíteme decirte que tú tampoco la conoces ni tienes derecho para opinar si nos merecemos o no seguir viviendo lo que hay entre nosotros.

- ¡Eres un cabrón! – Y cuelga. Y, mucho me temo que esto todavía no ha acabado. Al menos no ha conseguido espantar a Suzanne, o no todavía.

Llamo a Suzanne.

- ¡Hey!

- Señorita Allen. Su “novio” está a punto de llegar. ¿Estás lista?

- Sí, cariño. – Responde en tono bromista. – Salgo.

- Genial, te espero fuera. – En seguida la veo salir y viene hasta mi coche dando saltitos, enfundada en un pantalón mío de chándal y una sudadera que le quedan enormes. Entra y me premia con una gran sonrisa. Me llena el pecho. Menos mal que la mongola de Chloe no ha conseguido asustarla, más bien ha sido al contrario. – Hola, cariño. – Me da un beso que pretende ser rápido, pero yo lo hago más duradero aferrándome a su cuello. – Hasta con mi chándal estás preciosa. – Se sonroja. – Tienes el pelo mojado...

- No encontré ningún secador. No importa, en el piso nuevo me lo seco. Por cierto, perdón por el desfase de anoche. – Me dice mientras pongo el coche en movimiento. Se acerca a mi oído y me susurra. – Te premiaré la próxima vez que nos veamos. – Suspiro y la miro de reajo.

- ¿Cuándo será eso?

- ¡Qué impaciente! – Se burla de mí. – Por cierto, tienes una cama comodísima.

- Estoy dispuesto a compartirla si no me haces esperar mucho. – Digo sin poder mirarla por estar concentrado en la carretera.

- ¿Eso quiere decir que si te hago esperar me mandarás a casa después del polvo? – Se hace la ofendida. Sonrío.

- No, te dejaré que duermas en la caseta del perro. – Me golpea en el hombro y me hago el herido.

- ¡Si no tienes perro!

- ¡Pues me compro uno! – Ella se ríe con fuerza y después suspira y mira al frente. – ¿Qué pasa? – Me mira de reajo. – Dímelo. Y si no te importa, dime dónde narices está tu nueva casa. –

Ella acciona el navegador e introduce su dirección en él. En seguida la voz de esa mujer del infierno comienza a sonar por los altavoces de mi coche diciéndome que permanezca por la misma carretera 5 kilómetros más. – Genial, ahora dependo de dos mujeres. – Me burlo y ella se ríe.

- A mí también me gustaría verte pronto, pero lo cierto es que estas dos semanas siguientes sólo tengo libres los lunes. – Me informa afligida. – He tenido que pedir muchos días en el trabajo el mes pasado y ahora tengo que recompensar por las horas. He tenido... un mes difícil.

- ¿Es por eso que te fuiste precipitadamente con tu hermano? – Ella me mira raro. Agacha la cabeza. – No tienes hermano, ¿verdad? – Niega con la cabeza y me mira asustada. Como si yo fuese a regañarle por mentirme. Entiendo que no me haya contado nada sin conocernos. – ¿Algún ex capullo? – Me mira otra vez asustada. – Oye, no voy a reprenderte por nada, sólo quiero que sepas que, si necesitas cualquier tipo de ayuda, puedes contar conmigo, ¿vale?

- No es un ex. Sólo nos hemos acostado tres veces, y porque él insistió mucho.

- ¿Tanto como yo? – Ella pone los ojos en blanco.

- ¡Contigo es diferente!

- ¿Por qué? – Quiero saber.

- Pues, entre otras cosas, porque ha habido atracción sexual entre los dos desde el principio. – Mi sonrisa tonta amenaza con salir. – Además, he sido yo quien te ha buscado a ti. Así que no te hagas. Albert ha estado siempre encandilado conmigo. Pero siempre habíamos sido buenos amigos, tanto que compartíamos piso, y nunca había rebasado la barrera de intentar ir más allá. Alguna vez se me insinuó, pero simplemente yo lo frenaba en seco. Pero una noche, llegué a casa muy enfadada por algo que me había pasado en el trabajo, él me propuso bebernos una botella de vino para olvidar las penas, y no recuerdo más. Ya te he dicho que no suelo beber. A la mañana siguiente estaba en su cama, desnuda y él a mi lado de la misma forma.

- ¡¿Me estás diciendo en serio que ese hijo de puta se aprovechó de que estabas borracha como una cuba?! ¡Dime quién coño es ese cretino! – Suzanne agacha la cabeza. – ¡Sue! ¡Eso que me estás contando es un puto delito! – Se encoge de hombros. – Mierda. ¿Y qué pasó?

- Me desperté, él estaba a mi lado, me miraba ilusionado y con los ojos llenos de lágrimas. Me dio las gracias por darle la oportunidad y yo... no supe qué hacer, Jamie. ¡No recordaba nada! Y me dejé llevar durante unos días. Hasta que... llegué a la conclusión de que eso que habíamos empezado no llevaba a nada, porque yo nunca lo vería a él así. Hablé con él. Le dije que todo fue un error. Que volviésemos a ser como antes. Pero él encolerizó. Se volvió muy agresivo y un obseso. Me seguía a todos lados. Interfería en mi trabajo, en mis amistades... Y después te conocí a ti y me di cuenta de que tenía que apartarme de él si quería hacer mi vida.

- Entonces, ¿estos días has seguido quedándote con él? – Sue agacha la mirada y se encoge de hombros. Supongo que no tendría otro lugar donde ir y me arrepiento de no haberle propuesto en su momento que se quedara conmigo. – ¿Te tocó después de eso, Sue? – Ella enfoca la vista en la ventana y no dice nada. ¡Qué desesperante! – Sue, mírame. ¿Te tocó? ¡¿Ese cerdo se atrevió a tocarte después de que le dijeras que no?! –

- ¡Eh, cálmate, por favor! Te estoy contando esto para que entiendas por qué estoy tan liada. No pretendo que te tomes molestias que no te atañen. No tienes que fingir ser mi novio en la vida real... – Joder, qué cruda.

- ¡Vaya, gracias! ¡Pero si mal no recuerdo, tú has sido la que le has dicho a un ex polvo mío que eras mi novia y hasta le has dado una hostia! – Me mira y se ríe. Pero a mí no me hace ni puta gracia lo que me acaba de decir. – ¿Significa eso que tú si te puedes meter en mis asuntos y yo, si veo que hay un gilipollas que intenta propasarse contigo, no? ¡Pues olvídale! Sé que no eres mi novia, pero eso no implica que no me preocupe si algo te pasa. Si hay un imbécil que intenta hacerte algo, quiero que me lo digas, ¿me oyes? – Suelto un bufido. Me da igual lo que me diga, si veo a ese bastardo le rompo la cara por haberle hecho algo así. – ¡Ni que yo fuera un robot sin conciencia! – Me está mirando como si yo fuera un marciano. Me está poniendo nervioso. Lo que acabo de decir es completamente coherente y no tiene nada de raro. No soy un insensible, soy humano y tengo unos principios y unos valores muy bien asentados. – ¡Qué! – Ella se quita el cinturón de seguridad y me planta un beso en la mejilla.

- Perdón. No quise decir eso. Ya veo que no eres un insensible, pero no estoy acostumbrada a hombres como tú y... no sé, me resulta raro. Sólo quería mantener mis pensamientos a raya. – Sé a qué se refiere. Esto cada vez se parece más al comienzo de algo. Pero ni ella sabe nada de mi pasado y yo no quiero hablar de ello. Ni yo sé prácticamente nada de ella.

Tampoco estoy preparado para dar carpetazo a ciertos asuntos y, sin duda alguna, meterme en una relación con alguien como ella, que me resulta tan adictiva, haría que desplazase a un segundo plano a ciertos asuntos que no creo que me pueda permitir. No sé qué decirle y me mantengo callado. Ella también.

- Tu destino está a la derecha. Has llegado. – Me informa el GPS.

- ¡Mierda, Albert! – Dice Suzanne y me saca del trance. Miro automáticamente por la ventana y veo a un tipo con mal aspecto merodeando por unos edificios.

- ¿Es ese? – Me quito el cinturón de seguridad con la intención de ir a partirle la cara.

- ¡No, por favor! Para un poco más adelante. – Me dice sujetándome del brazo para detenerme. La miro dudando si hacerle caso. Pero su gesto de pavor acaba por convencerme– Por favor...

- Esta bien, pero voy a esperar aquí a que se vaya. – Le digo enfadado y avanzo unos metros más para parar mi coche en un lugar menos visible.

- ¡Gracias! – Me da un beso sensual y delicioso y yo me pierdo en sus labios. – ¿Sabes que estas muy sexi cuando te enfadas?

- No juegues sucio. – Le advierto y le devuelvo la misma pasión en el beso. Con la diferencia de que voy más allá y meto mi mano por debajo de la sudadera mía que lleva puesta hasta dar con su pecho. ¡Joder, y qué pecho! – Ufff, nena. Déjame subir un rato a tu piso. – Me voy haciendo mieles al ver que ella no sólo no me frena, sino que agarra mi polla por encima de los pantalones.

- Estarán mis compañeras...
- Me da igual.
- Creí que preferías que te dedicara una noche entera. – Gruño. Así es.
- Bueno, esperaré aquí hasta que se vaya el imbécil ese. ¿Necesitas que te lleve a algún otro lado? ¿Al trabajo? – Pregunto con la esperanza de pasar más tiempo con ella. He dejado mi clínica de lado para estar con ella sólo unos minutos.
- ¿Podrías? ¿No tienes que trabajar? – Me pregunta y me alegra el día.
- Dime dónde quieres que te lleve y te llevaré. Para eso soy tu novio, ¿no? – Se ríe.
- Aparca ahí. – Me señala una plaza de parquin libre. – Sube conmigo y luego te indico. – Sin pensarlo le hago caso y aparco el coche.
- ¿No te preocupa que me vea contigo el gilipollas ese?
- No. Pero no te metas en líos. – Dice mientras sale del coche.
- ¡Y lo dices tú, ahuyenta polvos! – Salgo yo también del coche.
- Esa mujer con esa cara de amargada no tenía pinta de buen polvo. – No puede tener más razón. Pero no se lo pienso admitir. – Te he hecho un favor y lo sabes.

Doctor, ¿qué me pasa?

Suzanne me coge de la mano para tirar de mí y así evitar que me detenga a enfrentarme a ese canalla. El tipo se percató de nuestra llegada y comienza a lanzarle miradas envenenadas a Sue, que ni le mira. Ella simplemente agacha la cabeza y tira de mí con fuerza, especialmente cuando nota que he ralentizado mis pasos justo al pasar por delante de ese sujeto. Ambos nos matamos con la mirada. Pero algo me preocupa más que su odio hacia mí; ese tipo está drogado. Se nota en sus ojos. Vuelvo a posar mi mirada en Sue asustado, muy asustado. Podría asaltarla cuando vaya sola y podría hacerle daño.

- ¡Sue! ¡¡Sue!! ¡Tenemos que hablar! – Grita el individuo cuando ya hemos pasado de largo de su figura. – ¡Me las vas a pagar, una a una! – Llegamos al portal de Suzanne y ella saca de una bolsa que tiene con sus pertenencias su bolso y rebusca en él la llave. Está histérica.

- Vamos, vamos, dónde estás llave del infierno...

- Sue, deberías llamar a la policía. – Digo mientras la observo aterrado. Esa cara angelical, esa diosa que tengo frente a mí puede ser frágil y puede estar en peligro y yo me siento tentado de llevármela a mi casa ahora mismo. Me ignora.

- ¡Aquí estás! – Le dice a la llave. Abre la puerta y sigue sin mirarme. – ¿Vamos? Te presentaré a las chicas. – Habla sonriente. Entro tras de ella después de echarle un vistazo de nuevo a ese gilipollas que está dándole patadas a todo lo que se le cruza por delante. Ella vive en la planta baja del edificio, así que al entrar en el portal nos topamos de frente con la puerta de su apartamento. Abre. – ¿Hola? ¿Mary? ¿Megan? Vengo acompañada. – Canturrea. Una mujer que reconozco asoma su cabeza tras la puerta de lo que creo que es la cocina.

- ¡Hola! Soy... Mary. ¿Doctor Bennett? – Sí, es la chica que atendí el otro día. Me acerco y le tiendo la mano.

- Hola, soy el marido de Sue. – Le digo muy serio y ella abre la boca al tiempo que me estrecha la mano.

- ¿No quedamos en que sólo éramos novios? – Me indica Suzanne apoyando su barbilla en mi hombro a mis espaldas.

- No cuando hay imbéciles merodeando por aquí. – Digo enfadado. La tal Mary se echa a reír al comprender al fin la broma.

- Ah, ya has conocido a nuestra mascota, Albert.

- ¡Ese tipo está drogado y deberíais llamar a la policía! – Vuelvo a intentarlo. A ver si hay alguien con sensatez en esta casa.

- Sí, ya lo hemos hecho durante tres noches seguidas. Pero preferimos llamar a la policía cuando nos lo encontramos de madrugada, al volver del trabajo. No sé cómo lo hace, pero siempre lo dejan salir al día siguiente. – Me informa Mary y parece que ya se ha acostumbrado

también a ese maniaco. No me deja nada tranquilo. – Bueno chicos, yo me tengo que ir, he quedado con mi novio. Un placer, esposo de Sue. – Me da un beso en la mejilla. – ¿Nos vemos luego, Sue?

- ¿Tú no trabajas hoy?

- No.

- Pues te veo esta noche, cuando vuelva de trabajar. – Sue besa a su compañera y ésta se va.

Luego tira de mí hasta meterme en la que dice es su habitación. Echo un vistazo y hay posters y fotos de muchas referencias al mundo del circo. Lo demás son cajas y más cajas de la mudanza que aún no ha abierto. Mmm... qué raro... el circo.

- ¿Te gusta el circo?

- Sí, mucho. – Se pone junto a mí para observar la preciosa foto que estoy mirando. Pero al tenerla al lado, sólo tengo ojos para ella. Especialmente al ver esa cara de admiración. Podría pasar el día observando ese bello rostro. Me mira al fin. – Me voy a secar el pelo y a vestirme. ¿Me esperas aquí? – Asiento. – Perfecto. Ponte cómodo. – Dice y se acerca hasta una cajonera para buscar algo de ropa.

¡No me jodas! Saca un modelito de ropa interior de encaje rojo que me hace estremecer y lo coloca sobre la silla, después sigue rebuscando. Yo, como si estuviera hipnotizado me acerco a ella por la espalda y le clavo mi erección sobre su trasero. Ella da un respingo y se pone recta. Aprovecho para rodearle la cintura con una mano y con la otra alcanzo su pecho por debajo de mi sudadera.

- Mmmm. – Gruño en su oído. Ella echa la cabeza hacia atrás y entonces deslizo la mano que tengo sobre su cintura hacia su sexo, por debajo de mis pantalones de chándal. ¡No lleva bragas! – Quiero follarte. Ahora.

- Jamie... – Dice en un suspiro. – Creí que querías una noche entera de sexo. Apenas tengo unos minutos ahora mismo. – Sé que ella también lo quiere. Gira su rostro para buscar mis labios y le beso con deliberada lentitud mientras continúo apretando su pecho, introduzco dos dedos en su sexo y clavo mi erección contra su culo.

- Sólo será un anticipo. – Susurro en sus labios y bajo un poco los pantalones del chándal hasta dejar al descubierto su maravilloso culo. Acaricio sus manos y las guío hasta que quedan apoyadas en la pared que hay frente a nosotros. – Abre las piernas. – Susurro. Y gracias al cielo ella lo hace y además levanta su culo para facilitarme la tarea. Está jadeando y aún no se la he metido. Me desabrocho los vaqueros con un pulso terrible.

- James... – Jadea cuando restriego mi sexo liberado de la presión de los pantalones por su trasero.

- ¿Qué nena? ¿No quieres? – Pregunto con voz seductora en su oído.

- Sí... – Gira de nuevo su cara y nuestras lenguas se encuentran mientras me voy introduciendo lentamente en su interior. Está resbaladizo, suave y caliente, muy caliente. ¡Oh,

joder! ¡Qué sensación! No puedo evitar gruñir de placer.

- ¡Dios, Suzanne! Eres una droga. – Vuelvo a rodearla con una de mis manos en su sexo y la otra en su pecho. Ella gime fuerte y aprieta su trasero contra mí, provocándome para subir el ritmo. – ¿Más fuerte? – Le pregunto en el oído, ella asiente sin poder hablar.

Me voy a morir de placer. Es la viva imagen de la pasión. Hasta con mi chándal que le queda enorme me parece el ser más hermoso de la tierra. Subo el ritmo y ella me acompaña con movimientos a contrarritmo. Haciendo que nuestros cuerpos choquen en el momento de la penetración total. ¡Dios, cómo se mueve! Creo que su otra compañera de piso ha llegado, porque la escuchamos canturrear el nombre de Suzanne. Pero nada ni nadie me va a detener en este momento, dentro de ella, muy dentro. Le doy una estocada con todas mis fuerzas y ella grita.

- ¡Dios!

- Shhhh. – Le digo en el oído y traspaso la mano que tengo en su pecho a su boca para amortiguar sus gritos. No sé cómo puedo contener los míos, pero lo hago. Simplemente para que no nos descubran y no nos arruinen el momento. Ella muerde mis dedos y eso me aviva más. – Me vuelves loco, joder. – Siento su respiración más acelerada y veo que aprieta los ojos. – ¿Te vas a correr? – Asiente con la cabeza. Bien, Bennett, déjate llevar. – Pues vamos juntos al centro de la hoguera, nena. – Me muevo con ímpetu en su interior.

Ella agacha la cabeza y arquea el cuerpo hacia adelante como síntoma de que se está dejando llevar. Ya no me preocupa que oigan nuestros gemidos. Estoy en ese punto de no retorno en el que lo único que le pido a la vida es que me permita alcanzar la culminación de tanto placer. Me aferro a sus caderas y me dejo ganar por su hechizo. Estoy llegando. Estoy a punto. Y todo se precipita más cuando escucho el grito seco de Suzanne y comienzo a sentir sus músculos apretándose alrededor de mi polla haciéndome perder el control y proporcionándome el placer más intenso de mi puñetera vida. Me vacío en su interior y gimo con fuerza. Ella está derrotada, pero acepta los coletazos finales de mi eyaculación con gusto.

- James...

- Maldita sea, Suzanne. Vas a acabar conmigo. – La incorporo y la abrazo de frente para poder ver su rostro.

- Tú vas a hacerme creer que me gustas de verdad. – Me dice sonriente y me doy cuenta de que quiero gustarle de verdad. Y eso tiene un motivo.

- Tú me gustas de verdad. – Le beso tiernamente.

- Voy a arreglarme. – Dice sacudiendo la cabeza y separándose de mí. No te alejes. La veo desaparecer por la puerta, supongo que en dirección al baño, mientras yo me vuelvo a cerrar los pantalones.

Cuando vuelve a aparecer sonrío contento al ver que la ropa que lleva al trabajo son unos simples vaqueros ajustados y un suéter blanco roto. Se ha secado la maravillosa melena y se ha colocado una boina del mismo color del jersey que le queda espectacular. Mi parisina. Con un

simple “Vámonos” me saca del trance y volvemos a salir a la calle, diciéndole adiós a una chica de pelo cobrizo que nos mira intrigada desde el salón de su apartamento. El imbécil de antes ya no está. Al menos no lo veo por ningún lado. Avanzamos tranquilos hasta mi coche.

Pero no es hasta que llevamos unos minutos en el coche que me doy cuenta de que está muy seria y muy callada.

- ¿Estás bien? – Pregunto confundido. Ella asiente sin mirarme. – No lo parece. ¿Te he molestado con lo que ha pasado en tu apartamento? Si es así, lo siento... pensé que tú también querías. – Mi corazón empieza a latir con fuerza. ¿Y si la he obligado a hacer algo que no quería y eso hará que huya de mí y no me dé la ansiada oportunidad de tenerla una noche entera para mí? – Dime algo, Sue, por favor.

- No me ha molestado en absoluto lo que ha pasado en mi apartamento. – Dice solamente. Pero, aunque eso me alivie, necesito saber por qué está así.

- Dime entonces qué te pasa. – Me mira. – Porfi. – Le pongo cara de niño bueno. Ella se ríe sin fuerzas.

- ¿Quieres que nos volvamos a ver? – Pregunta.

- ¡Claro!

- Sería nuestro tercer encuentro sexual. Y me asusta que no nos hayamos cansado. De hecho, yo ahora mismo quiero más. – Me confiesa con toda la sinceridad del mundo.

- Yo también. ¿Qué hay de malo? – No lo pillo. – Simplemente hemos tenido dos anticipos. Pero aún no hemos llegado al punto adecuado. Quiero tener la libertad de hacerte todo lo que mi mente ha estado imaginando hacerte, Sue. Y hasta ahora no he podido hacer ni la mitad de lo que me gustaría contigo.

- ¿Y cuándo lo hagas qué pasará? – Ahora me mira fijamente esperando una respuesta que sé bien a qué se refiere.

- ¿Tú qué quieres que pase? – Escurro el bulto.

- ¡No te hagas! ¡Yo te he preguntado primero! – Me apunta con el dedo.

- ¿Así que de esto va la cosa? ¿No quieres ser la primera en admitir que te gusto? ¡De hecho no lo eres! Yo te he dicho en tu apartamento hace unos minutos que me gustas de verdad.

- Y me gustaría saber qué significa exactamente eso. – Me inquiere. Mierda. ¿La habré asustado con eso? A lo mejor piensa que voy a ser otro colgado obseso que la va a perseguir por ahí.

- Bueno, para follar nos tenemos que gustar, ¿no? – Eso ha sonado muy estúpido y prepotente, Bennett. Y la risa de incredulidad que ha soltado Suzanne me advierte de que la acabo de cagar. – Lo que quiero decir es que...

- ¡Sé exactamente lo que quieres decir! Por mi parte yo ya he tenido suficiente sexo con usted, doctor Bennett. – Sentencia. No... No me digas eso, nena.

- Oye Sue, no quise decir que...

- No quisiste, pero lo has hecho. – Sus bonitos y rasgados ojos verdes echan chispas. Maldita sea, la ha cagado bien.

- No, pero yo...

- Déjalo, James. – Se cruza de brazos. – Para aquí, ya hemos llegado. – Paro y aprieto los labios.

- Sue, por favor, no te vayas así. Perdóname, perdona mi torpeza. No es lo que pretendía decir, yo...

- ¡Ya, para! Estás perdonado, ¿vale?! – Me quedo mirándole sin saber qué hacer para arreglarlo. Sé que no estoy en absoluto perdonado. – Es simplemente que ya he tenido suficiente de sea lo que sea que haya pasado entre los dos. – Dice apartándose la mirada.

- ¡Pero si me acabas de decir que quieres más! – Me desespero. – ¡Y yo también, Sue! Mírame, por favor. – Le sujeto de la barbilla. Me mira con esos bonitos ojos llenos de miedo. – Me gustas, me encantas, me vuelves loco. No quiero que desaparezcas, Sue.

- Alguno de los dos lo hará. ¿No es mejor hacerlo cuanto antes? – Suelto todo el aire de los pulmones.

- Yo no quiero que tú te alejes.

- Ya... prefieres ser tú quien lo haga. Así tu bonito ego no saldrá malherido...

- No quiero decir eso, Sue. Yo tampoco quiero desaparecer. – Ahora me mira cómo si me hubiesen salido dos cabezas. – No, Sue, no quiero. Pero no quiero agobiarte ni acosarte. Tampoco quiero precipitar algo para lo que no sé si estoy preparado o no. – Suelta un bufido y trata de salir del coche. La freno agarrándole del brazo. – ¡Escúchame, terca! ¡No tiene nada que ver contigo! – Tira de su brazo y consigue escaparse de mí, saliendo del coche. – ¡Ehh!

- No eres tú soy yo, ¿eso es lo que quieres decir, James?

- No, yo...

- Gracias por traerme, doctor Bennett. – Da un portazo, se gira y se va. Aunque la llamo a pleno pulmón, ella decide ignorarme y dejarme hecho un mar de miedos y dudas.

Cuando constato que ha desaparecido de mi campo de visión, sin volver la vista atrás ni una mísera vez, piso con fuerza el acelerador de mi Audi y decido irme a toda prisa con un enfado monumental.

¿Quién cojones entiende a las mujeres?! ¡Acabamos de echar un polvazo, le digo que me gusta de verdad, que quiero más con ella y ella me deja porque piensa que le he dicho totalmente lo contrario! ¿Qué demonios ha pasado y por qué?! ¡Que le jodan! ¡Vá a acabar por volverme loco! Y yo estaba muy bien antes de que ella apareciera para hacerme lo que sea que me está haciendo...

Ni de coña, Bennett, no te lo crees ni tú. Antes de Suzanne eras un despojo humano y ella te ha devuelto la luz en la mirada.

Conforme más distancia pongo entre los dos más miedo voy sintiendo y mi enfado acaba por ser olvidado. ¿La habré perdido para siempre? ¡Pero qué se supone que debía haber contestado para que eso no hubiera sucedido! ¡No tengo ni idea! Quizá tenga más que ver con la parte de ella que no me ha contado porque quería que la conociera primero a ella sin sus circunstancias. Exactamente igual que yo. ¡Claro! ¡Es eso!

Llego a mi casa, abro una botella de vino y me sirvo una copa. Acto seguido decido mandarle un whatsapp. Vamos, Bennett, trágate tu ego, la chica te gusta y mucho. No recuerdo haberme encandilado tanto en tan poco tiempo con alguien.

“Sue, quiero verte otra vez, y otra, y otra, no me importa lo demás, créeme por favor”, le envío y espero lo que me parece una eternidad hasta que la veo en línea y lo lee. Vamos nena, dime algo. Dime que ya estás más tranquila. Se desconecta sin contestar. ¡Serás cabezota! Le escribo otro whatsapp. **“Sue, nena, ¿qué pasa? Oye... no quiero ser un pesado. Si no contestas entenderé que te molesto y que no querrás saber nada más de mí. Pero la verdad es que eso me escocería bastante. De hecho, me entristecería, mucho.”** Vuelve a leerlo y a desconectarse sin contestar. Está bien, lo capto, soy historia para ella.

Le doy un manotazo al jarrón que tengo sobre la mesa y se desmenuza en el suelo.

- ¡Joder, Bennett! ¡Eres un estúpido! ¡Qué coño has hecho! ¡Has perdido a lo único que te hacía sentir vivo!

Está claro que no quiere hablar conmigo y yo sé que lo peor que puedo hacer es insistirle. Ya sé cómo acaban estas cosas. No quiero ser una Chloe para ella. No, yo lo que quiero es ser alguien especial para ella. Quiero ser importante, quiero que sepa que puede contar conmigo, quiero que me desee y que se siga riendo con mis tonterías. Quiero hacerla feliz.

Y no sé cómo...

Si ella hablase conmigo y me explicara qué le sucede de verdad podría intentar tranquilizarla. No he buscado aprovecharme de ella. Sólo quería disfrutar con ella y hacerle disfrutar conmigo.

Paso la tarde con una angustia creciente en el pecho. Ya está, la he perdido. Y me acabo de dar cuenta de una cosa; me estoy enamorando de ella. Hala, ya lo he dicho. No quería verlo, pero era más fácil de esquivar cuando estaba entretenido en pensar todo lo que le haría cuando la viera. Ahora que sólo me queda lamentar su pérdida la realidad se hace más evidente.

De todos modos, no dejo de mirar el móvil. Aún no he perdido del todo la esperanza.

Me paso horas escuchando la canción de Rihanna “Love on the brain” y pensando en ella, en todos los minutos que he pasado con ella. Estoy jodido.

A las diez de la noche, en vista de que no tengo noticias de Suzanne, decido llamar a mi hermana y pedirle un favor.

- Hola, tú. – Me saluda mi hermana.
- Brigitte, ¿podrías cubrirme mañana en la clínica? No me siento bien.
- Joder, Jamie, me pillas en Bristol en una conferencia. ¿Qué te pasa? – Maldición.
- Nada, nada, que me siento un poco mal, pero no importa, ya iré yo.
- Pero, ¿qué te pasa? – Me insiste y escucho que me está entrando otra llamada. ¡Es ella!
- ¡Nada, nada, tengo que colgar! ¡Un beso, idiota! – Le cuelgo sin dejarle despedirse y contesto la llamada de Suzanne. – ¡Hey!
- Jamie, antes no podía contestarte. – Suspiro un poco más tranquilo. Entonces quizá no ha decidido dejarlo del todo. Aunque prefiero ser precavido.
- Nena, dime qué te pasa, anda. No sé qué te ha molestado tanto y me gustaría saberlo para que no vuelva a repetirse.
- Jamie, pues que me gustas, mucho, y... no quiero. – Me froto la frente estresado buscando la mejor respuesta.
- ¿Por qué no? Tú a mí me encantas. Y también tengo miedo, como tú, pero estamos los dos en el mismo bando, nena.
- James, sólo te traeré problemas.
- No me llames así, no seas distante. No me importan los problemas si vienen contigo. Tampoco yo soy un regalo. La verdad. – Creo que está llorando. – ¡Eh! ¡No llores, pequeña, por favor! ¿Tan grave es? ¿Por qué no intentas al menos contármelo? Quizá tú estás haciendo una montaña de un grano de arena.
- No quiero que me mires de otra forma. Cuando me miras, me siento alguien especial. No quiero que dejes de hacerlo.
- Sue, nena... – Comienzo a dar vueltas por el salón de mi casa con los nervios en la garganta. Tengo que intentar convencerla de que lo mejor para los dos no va a ser nunca dejar de estar juntos. La necesito. Joder, me estoy enamorando. – ¿Recuerdas en el Starbucks?
- Sí.
- ¿Recuerdas qué pensé de tu trabajo?
- ¡Pensaste que yo era una puta! – Dice con rabia.
- Sí, lo admito, se me pasó por la cabeza. Pero, ¿cambió en algo la forma en que te miraba? – Se queda callada. – Interpretaré por tu silencio que sabes que no. No creo que sea algo peor que eso, ¿a que no?
- Sólo querías follarme.
- ¿Eso piensas de mí? – Pregunto con tristeza.

- Sí. – Responde flojito.

- Y, aun así, ¿me sigues viendo de la misma manera?

- Sí...

- Pues ya somos dos. ¿Ves? Estamos en el mismo barco. Puede que al principio pensase sólo en satisfacer la necesidad primaria, pero, como ves, ya hemos tenido sexo dos veces, me has mandado a paseo y sigo aquí, desesperado por volver a verte. – Se queda en silencio. – No me castigues por algo que sólo existe en tu mente, Sue. No voy a convertirme en otro Albert y perseguirte día y noche para ver cómo, si te acoso, cambiarías la pasión que tienes cuando me miras por hastío.

- Puede que te vea el lunes.

- ¿El lunes? ¿Y me vas a dejar así? Eso es cruel. Quedan seis malditos días para el lunes, Sue.

- Si decido verte te lo contaré todo. Si no pues será mejor que te olvides de todo.

- Sue, nena. No voy a esperar hasta el lunes. – Sé que puedo arrepentirme de esto. Pero si espero hasta el lunes sé que va a encontrar más y más motivos para distanciarse definitivamente de mí. – Vente esta noche a mi casa.

- Jamie, termino a la una de la madrugada de trabajar. Y eso con suerte.

- Te esperaré. Si no vienes es que soy yo quien no te importa una mierda. Me gustas, Sue. Ya te lo he dicho.

- No estoy preparada para hablar de todo hoy...

- No lo hagas. Tienes hasta el lunes para pensar si me quieres contar lo que te asusta o no. Para pensar si estás mejor conmigo o sin mí. Eso lo acepto. Pero quiero que lo pienses a mi lado, no alejándote de mí.

- Eres un terco. – Se ríe.

- No más que tú. Dime que vendrás.

- Yo... joder, tengo que colgar. ¡Sí, sí, ya voy! – Le grita a alguien.

- ¡Sue, contéstame!

- ¡Chao Jaime! – Y me cuelga. Miro al teléfono y expulso humo por los orificios nasales.

- ¡Qué hago contigo! – Le grito al teléfono y lo tiro al sofá.

Y cómo soy un ridículo, como todos los enamorados, decido esperarla quedándome en el salón viendo en la tele alguna película.

Va a venir. ¡Tiene que venir! Dice que le gusta mucho. Si eso es cierto tiene que venir.

Pasa una hora...

Porque cuando a mí me gusta mucho alguien hago lo que haga falta. Así que tiene que venir. No es tan difícil. Se lo he pedido yo. No tiene por qué pensar que se está arrastrando.

Pasa otra hora...

¿Y si no viene? ¿Debería escribirle para decirle lo mal que me hace sentir su estúpida idea de dejarme? ¡Ni de coña! ¡Ya no pienso escribirle más! ¡Ni buscarla! ¡Si no viene que me olvide! Ya hecho todo lo que está en mis manos. Si no viene se habrá acabado.

Es la una de la madrugada...

Voy a escribirle. Ya habrá salido de trabajar. Sí, tampoco será arrastrarme. Le escribiré una vez más y si no contesta, entonces sí, a la mierda. ¡Mañana mismo me busco a otra para follar! ¡No estoy enamorado! ¡No! Sólo he creído estarlo porque me tiene todo el tiempo en tensión. Pero el amor no puede existir sin conocernos.

Voy a escribirle.

“Espero que hayas decidido venir”.

Cuarenta y cinco minutos después, y sin respuesta alguna, me meto en la cama, me hago una maldita paja vengativa sin pensar en ella, bueno, no mucho, al menos, no todo el rato. En fin, ¿qué más da si lo he hecho? Por lo menos me ha servido para quedarme completamente relajado y me quedo dormido en menos de dos minutos.

Estás en todos lados, incluso... dentro de mí

Es miércoles. El despertador de mi móvil suena con los minutos contados para ducharme e irme a trabajar. Anoche lo puse para poder dormir más, por si venía Suzanne. No lo hizo y, aunque tengo unas estúpidas ganas de llorar por ello, me controlo. Sólo recuerdo haber llorado por un motivo en mi vida y sí que fue algo duro de verdad. Aunque, esto también lo es, a pesar de que me cueste admitirlo. Para mí significa que todo mi maravilloso sueño con ella que me hizo revivir acabó. Puedo estar enamorándome de ella, porque sí, no lo voy a negar más, estoy jodido y enamorado de esa bruja, pero no me voy a dejar pisotear de esa manera.

Me va a costar un mundo olvidarla y sin apenas conocerla. De hecho, ahora mismo tengo su dulce olor en mi cerebro. Me va a costar la vida. Si me pongo poético, podría decirse que estábamos hechos el uno para el otro. Fue magia lo que me guiaba hasta ella. Ha hecho que mi pecho estalle en una pirotecnia de emociones preciosas a su lado o incluso con el mero hecho de imaginármela a mi lado. Ya no veré más esos bonitos ojos verdes... ni esas pequitas en su pequeña y preciosa nariz... no oiré ese acento cálido y sensual en boca de esos carnosos labios mientras pronuncia mi nombre...

Miro mi móvil. Ni un mensaje. Se acabó. Bloqueo su número de teléfono del whatsapp y también sus llamadas con un nudo en la garganta. Esto ya no tiene sentido y ya no quiero que me busque y me vuelva a hacer sentir este asqueroso vacío en el pecho. No creo merecer esta respuesta. Mierda, casi no tengo tiempo. Me giro en la cama para incorporarme y pego un grito cuando me encuentro a alguien durmiendo en mi cama.

- ¡Coño! ¡Me cago en...! ¡¿Sue?! – Sue está dormida como una marmota junto a mí, en mi cama. ¿Cómo coño ha entrado? Estoy perplejo. Se mueve un poco y se queja.

- Déjame dormir.

- ¿Cómo coño...?

- Tu ex polvo lamentable dejó ayer una copia de tus llaves, se me olvidó dártelas. – Contesta sin abrir del todo los ojos. Sonríe.

- Ésta me la vas a pagar... ¿Por qué no me contestaste?

- Jamie, tengo prohibido atender llamadas en el trabajo. – Dice pestañeando mucho porque le molesta la claridad. – Me escapé un momento para llamarte. Déjame dormir... porfa...

- Dime al menos cuándo llegaste.

- Terminé a las tres. – Se gira y se sube el nórdico hasta los ojos.

- Vale, te dejo dormir. – Le doy un beso en la coronilla y me levanto. – Te vas a librar porque me tengo que ir ya. – Ella gruñe. Sonríe como un estúpido mientras la veo dormir en mi cama, cual capullo de mariposa. Menos mal que no me ha dejado. Algo plateado en el suelo llama mi atención. Lo levanto con los dedos examinándolo con curiosidad. Tardo unos segundos en

darme cuenta de que son unas minúsculas bragas. – Un momento, ¿estás en mi cama sin bragas? – Me tiro encima de ella que pelea para que no le destape entre risas.

- ¡James, déjame dormir! – Dice divertida.

- Nena, acabo de darme cuenta de que todavía no he podido ver tu maravilloso cuerpo desnudo. – Le replico con voz seductora y mirada pícaro acariciándole su nariz con la mía.

- Tendrás que esperar hasta el lunes. – Me contesta divertida y haciéndose la interesante.

- ¿Me vas a tener hasta el lunes a base de pajas?

- Eres un romántico, ¿lo sabías? – Se burla de mí.

- Sólo contigo, nena. – Le beso en los labios y ella me responde igual.

- Y un sinvergüenza. – Muerde mi labio inferior.

- Sólo contigo también. Me tengo que ir. Espérame aquí a que vuelva, porfa. – Frunce el ceño.

- ¿Y qué hago todo este rato? ¿Para eso querías que viniera?

- Si me hubieses despertado cuando llegaste te habría follado toda la noche, pero como estás en modo interesante...

- ¡Vete ya, idiota! – Me aparta de un manotazo y vuelve a tirar de mi nórdico para taparse hasta arriba.

- ¡Vale, vale!

Si le hago caso es porque no tengo tiempo y no he avisado con antelación en la clínica de que llegaría tarde. Así que, con todo el dolor de mi corazón, me ducho a toda prisa, cojo un donut del armario de la cocina y me lo voy comiendo por el camino a la clínica.

Antes de entrar al trabajo quito el bloqueo de las llamadas y whatsapps de Sue y ya me siento otro hombre.

Saludo con una enorme sonrisa a Ivonne, que se queda perpleja.

- Hola, buenos días señorita. ¿Me puedes traer un café solo y cargado a la consulta?

- Claro que sí, doctor Bennett. – Sonríe de oreja a oreja.

- Perfecto, muchas gracias.

Atiendo las consultas de por la mañana con alegría y entusiasmo y, por primera vez en mucho tiempo, la mañana no se me está haciendo horriblemente pesada. También hago algunas llamadas a varias personas que veo que se anuncian como asistente en casas. Concierto alguna cita para el martes y también para el miércoles siguiente. De aquí hasta el lunes sólo tendré pensamientos para Suzanne, mucho me temo.

He investigado un poco en la ficha de Suzanne para averiguar qué edad tiene. Me sorprende

que ninguno de los dos nos hayamos preguntado eso todavía. Ella debe saber que tengo treinta y dos, y ahora ya sé que ella tiene veinticinco. Siete años de diferencia... no es mucho, ¿no? Ya sabía yo que era bastante joven cuando la vi por primera vez, pero ahora ya no me cabe duda. Aunque su expresión en la de alguien que ha vivido mucho, eso se nota, a pesar de que sus facciones sean las de un ser inocente y lleno de juventud, tras esa mirada verde se esconde mucho misterio y mucha intensidad. La intensidad es algo que se gana cuando uno vive de esa manera, intensamente, y las situaciones más complicadas nos convierten en personas complicadas a la vez. Ella lo es, es complicada de narices. Sé que le gusto y, sin embargo, a veces es como si quisiera huir de mí y escurrirse de mis brazos. Me encantaría que se dejase llevar simplemente, pero eso haría también que nuestro juego dejase de ser tan intenso.

A la una menos cuarto tengo una cita con una tal Megan y, tras haber leído su historial, me doy cuenta de que es la otra compañera de piso de Sue.

Cuando se abre la puerta de mi consulta veo al idiota de Arthur haciendo un ridículo gesto de cortesía caballeresca a la chica. Le abre la puerta y le hace una reverencia indicándole el camino de entrada a la consulta. Lo miro y me muerdo los labios para no reírme.

- Doctor Bennett, cuide a esta preciosidad. – Dice mi amigo.

- Descuide Doctor Morris. – Le contesto fingiendo seriedad. La chica le pone ojitos a Arthur y entra.

- Adiós preciosa. Estaré en la consulta del fondo, por si estás en apuros. – La chica se ríe y yo permanezco impasible contemplando la escenita.

- Gracias, lo tendré en cuenta. – Arthur cierra la puerta con gran esfuerzo y finalmente quedamos Megan y yo frente a frente. – Hola, Doctor Bennett. – Me tiende la mano para saludarme. – Es un placer conocerlo al fin oficialmente.

- Eh... sí, disculpa que ayer me fuera tan precipitadamente del apartamento.

- No pasa nada. Me alegra que Sue tenga una nueva motivación. Estaba pasando por un mal momento. – Me dice la chica y le regalo una de mis mejores sonrisas. Es también muy guapa, aunque nada de la belleza salvaje de Suzanne. Es una pelirroja de pequitas simpáticas y ojos muy azules. Una belleza juvenil y angelical. Bonita, pero no tiene nada que hacer con mi Sue.

- Sí, algo me ha dicho... bueno, dime, ¿qué te trae por aquí?

- Pues verá, doctor...

- Por favor, llámame Jamie. Si tengo suerte con tu amiga, nos veremos más asiduamente. – Ella sonrío contenta.

- ¡Oh, eso sería genial! Bueno, lo digo por Sue, no por mí... en fin. – Sacude la cabeza. – Me he notado un bulto en el pecho y me he asustado.

- Tranquila, déjame echarle un vistazo. Pasa detrás de ese biombo, quítate la parte de arriba y ponte el batín verde con la apertura hacia adelante. – Megan hace lo que le digo sin pestañear y yo me levanto para coger unos guantes de látex de mi armarito. Me vuelvo y ya la tengo de pie con

el batín puesto. Me acerco y examino de cerca el pecho. – Dime dónde te lo has notado. – Ella señala con el dedo la zona y comienzo a palpar concentrado en encontrar el bulto. En seguida lo encuentro. Es pequeño, pero es notable al tacto. – Aquí está.

- Jamie, dime que no van a tener que cortarme una teta, por favor.

- Tranquila, no tienes de qué preocuparte, siempre que se mueva no es nada peligroso. Mira, tócatelo tú misma. – Le pongo la mano sobre el bultito y la guío para que la mueva. – ¿Lo ves? Se mueve. – Ella asiente conforme. En ese momento se abre la puerta de mi consulta.

- ¿Estás ya de descanso...? – Sue acaba de entrar y pone una cara de espanto que no es normal al verme tocándole las tetas a su amiga. Está guapísima, con unos vaqueros ceñidos, un top blanco, una chaqueta americana negra y taconazos negros. ¡Guau!

- Sue, nena, ¿qué haces aquí? – Me incorporo dando la vuelta hacia ella. – ¿Ivonne te ha dejado pasar? – Esa Ivonne es mongola la pobre. Le tengo dicho que está totalmente prohibido dejar pasar a nadie en mi consulta cuando estoy atendiendo a una paciente.

- La rubia esa ha ido un momento al bar porque decía que era la hora del descanso. Pensé que tú también estabas de descanso. Pero si interrumpo me voy.

- ¡Sue! ¡No te vayas! – Dice Megan. – La que se va soy yo. – Megan se quita el batín delante de mis narices y comienza a vestirse de nuevo. – Jamie me ha dicho que no tengo de qué preocuparme. Muchísimas gracias. – Me dice amable. Yo trato de contestarle igual, aunque no se me escapa la cara de incomodidad de la señorita Suzanne. Le tiendo la mano, pero Megan me da un beso en la mejilla y me deja descolocado.

- Un placer, Megan. – Digo cortés.

- Sue, nos vemos luego. – Le planta un beso en la mejilla a Sue, que ni la mira y se va. Veamos como toreo ahora a la bestia.

- Qué enorme alegría verte aquí. – Me acerco y le beso cálidamente. Está muy tensa. Procuero no reírme, porque sé que eso no puede ser otra cosa que celos. Y me siento muy alagado.

- ¿Ya te llama Jamie? – ¡Pum! Directa al grano. No va a disimular ni un poquito.

- Se lo he pedido yo. – Me remango las mangas para ver si así la distraigo y parece que funciona. Se enfoca en mis brazos mientras acaricio su rostro. – Le he dicho que si todo va bien contigo me tendrá que ver a menudo y es mejor tratarnos con confianza.

- No vayas tan rápido, James.

- No te pongas otra vez a la defensiva, Suzanne. – Le dedico una mirada tan fiera como la suya.

- No tiene nada. – No entiendo a qué se refiere. – Esa estúpida no tiene nada en las tetas. Ha venido sólo a comprobar que estás tan bueno como le dije.

- ¿Le dijiste que estoy bueno? – Mi sonrisa no cabe en mi rostro.

- ¡No te pongas tan contento! ¿Has oído lo que he dicho? Megan siempre hace lo mismo. Se levanta los chicos de las demás, es su deporte favorito. Va con esa cara de mosca muerta por ahí y todos la consideran inocente, pero no. – Comienza a gesticular y a fruncir el ceño. Ay, mi niña celosa.

- Sí que tenía. Tenía un bulto, lo he palpado, pero no era nada importante. Fin. – Le agarro del rostro para que me mire y vea que soy sincero.

- Sí, ya te he visto empleado en sus tetas. – Aguanto la risa estoicamente.

- Si lo que querías es que te tocara las tetas a ti, deberías haberme despertado anoche, cuando llegaste. – Acaricio con mi nariz la suya.

- No intentes hacerme ver que son celos tontos míos. Yo sé cómo se las gasta esa.

- Creí que erais amigas...

- Colegas. Hay una diferencia.

- Bueno, pues aun así a mí sólo me interesan tus tetas. ¿Has venido para enseñármelas? – La provoco y la beso.

- ¡No! – Me da un manotazo. – Sólo quería comer contigo. Me aburría en tu casa sola. Además, tengo que volver a mi apartamento. – Ufff, otra vez quiere huir de mí.

- De modo que no me esperarás en casa... – Pongo cara de niño abandonado. Al fin se ríe.

- Jamie, no tengo ni bragas limpias.

- Vamos, te invito a comer por ahí. – Me quito la bata, la cuelgo y salgo de mi consulta con ella de la mano. Al pasar por el mostrador de Ivonne, veo que nos mira con muy mala cara y noto como Sue se pone tensa otra vez. – Ivonne, me llevo a mi chica a comer. Luego vengo. – Ivonne se queda con la boca abierta, así como Sue y yo sigo mi camino con Sue de la mano.

- ¿Mi chica? – Se ríe.

- Sí, eso he dicho. ¿Te apetece italiano? – Sue se cruza de brazos y me mira entre divertida e irritada. – ¿Qué? – Sonríe ahora más nítidamente.

- Nada. Me apetece italiano. - ¡¡¡Sí!!! ¡Ha colado! Ahora es mi chica y ella lo ha aceptado.

- Muy bien, conozco uno genial. No está lejos, podemos ir andando. – Comienzo a avanzar por la calle cogido de su mano. De vez en cuando la miro y me alegra verla sonriente. Llegamos al restaurante, abro la puerta y la invito a pasar. – Mademoiselle.

- Merci beaucoup, mais cet endroit est italien, pas français. – Me chulea con su perfecto francés.

- No sé qué has dicho, pero suena muy sexi. Me lo apunto para el gran polvo. – Entra muerta de la risa. Nos sentamos en una mesa junto a un gran ventanal.

- He dicho que este lugar es italiano, no francés.

- Sólo quería ponerte a prueba. Pensaba que no podías ser más sexi, pero lo eres. – Suspira.
– Y eres mi chica. – Me mira sonriente. – Sí, no me mires así. Tú misma lo has aceptado y yo estoy muy contento de ello.

- He ido perdiendo escalafones contigo. Primero era la señora Bennett, después tu novia, ahora tu chica... Y todo en poco más de una semana. ¿Mañana me darás la patada? – Ambos nos reímos.

- No, ahora toca avanzar otra vez hacia adelante, no hacia atrás.

- Pero, déjame saborear cada rango un ratito más esta vez.

- Me parece justo. Me esperaré entonces un mes para volver a hacerte la señora Bennett. – Ella sacude la cabeza, divertida. – Háblame de ti. – Me mira con curiosidad.

- ¿Qué quieres saber?

- ¿Y tú familia?

- Sólo tengo a mi tío aquí. Ayer me llevaste a su casa.

- Pensé que ibas a trabajar.

- Él es mi jefe. Trabajo gracias a él. Él me lleva siempre y por el camino vamos discutiendo mis tareas diarias. – Vaya, eso debe ser bueno. Un hombre nunca pondría a su sobrina en algo muy escabroso o peligroso para ella. Llega el camarero y nos pregunta qué queremos beber.

- ¿Quieres vino? – Ella se encoge de hombros.

- No suelo beber mucho alcohol. – Me río al recordar la noche que la tuve que llevar en brazos a mi casa, completamente borracha.

- Déjame matizar. Bebes todo el alcohol de un mes en un solo día. Tomaremos un Ribera, por favor. – Le pido al camarero. – ¿Qué quieres para comer?

- ¡Lasaña! ¡Me encanta! – Comienza a dar palmitas como una niña pequeña. Me encanta verla así.

- Bien, una lasaña para esta preciosa mujer y unos espaguetis al pesto para mí. – El camarero toma nota y se va.

- Me estás empezando a caer bien. – Me dice.

- Si hubiese sabido el efecto que tiene la lasaña en ti te habría invitado antes. Bueno, dime, ¿y tu padre? – Sus ojos se apagan un poco.

- En Cuba.

- ¿Quieres hablar de ello?

- No me importa. Ya no. Él dejó a mi madre cuando le diagnosticaron el cáncer. Se fue a Cuba y ya no volvió.

- ¿Te dejó a ti también? – Ella asiente intentando mostrar indiferencia. ¡No me lo puedo creer! ¡Dejar a una hija tan maravillosa atrás! ¡Con una madre enferma! ¡Sola! ¡Me llevan los demonios! – ¿Qué edad tenías?

- Trece. – El camarero llega con las copas de vino y ella da un largo trago para aplacar la ansiedad. Yo me estoy poniendo muy nervioso con ese relato. No me puedo creer que haya tipos así. – Pero no pasa nada. Mi tío es su hermano. Él ha sido más un padre para mí que mi propio padre.

- ¿Hablas español también? – Decido cambiar el foco de la conversación, aunque por dentro estoy que ardo con la información que acaba de darme.

- Ajá, mi padre y mi tío son cubanos y me han hablado siempre en español. Y también hablo italiano bastante bien. – Hace una mueca victoriosa que me hace sentirme orgulloso de ella. Es una caja de sorpresas y cada minuto me gusta más. – Vivimos unos años en Italia cuando yo era niña. – Dice recordando esa época con melancolía.

- ¡Joder, nena! ¡Hablas cuatro idiomas! ¡Eres una joyita! – Se sonroja. – Eso está bien. Podemos follar en cuatro idiomas. – Casi escupe el vino que está bebiendo de la risa.

- ¿Sólo piensas en lo mismo? ¡Eres un perverso!

- Te voy a confesar una cosa, pero no se la digas a nadie, ¿entendido? – Me pongo serio. Pero el camarero llega con la comida y me tengo que esperar a que nos sirva para continuar. Sue me mira con toda su atención. Cuando se va el camarero prosigo. – Lo que te iba diciendo. Nunca me ha atraído tanto una mujer como tú. – Le digo mirándola fijamente a los ojos. – Puedes pensar que es algo meramente sexual, pero hay mucho más que eso en lo que me guía a ti. Es como un imán. Como si fueras mi fuerza gravitatoria.

- Qué poético.

- No te rías de mí, niñata. – Le apunto con el dedo.

- ¿Qué hay de tu familia, Jamie? – Me pregunta.

- Pues, mi padre falleció de un infarto hace dos años. – Digo masticando la comida. Aunque recordar aquella situación que vivimos mi familia y yo hace dos años me produce un nudo en la garganta. – Mi madre es una vieja cascarrabias y pija, muy pija, ya la conocerás. Y a mi hermana ya la conoces. – Me encojo de hombros.

- ¿Me vas a presentar a tu madre? – Parece escandalizada.

- Pues, si no queda más remedio... No es que me haga especial ilusión, pero es muy pesada. Y cuando sepa de ti me montará un numerito de película para conocerte.

- ¡Oye, esto está muy bueno! – Dice masticando con gusto su lasaña y cerrando los ojos para saborearla. Qué bonita es.

- Sue, no me pongas cachondo. – Le advierto.

- ¿Te pone cachondo verme comer lasaña? – Vuelve a reír. Cada vez me gusta más esa

sonrisa.

- Me pone cachondo tu cara de placer. Y me estoy poniendo celoso de la lasaña.

- Eres un bobo.

- Vale, lo soy. ¿Vas a contarme algo de tu trabajo ahora que nos estamos sincerando? – Le doy un trago a mi copa de vino y trato de parecer natural, aunque por dentro ya me estoy comenzando a impacientar por saber qué es lo que le pone tan nerviosa del tema.

- ¿Es estrictamente necesario hacerlo ahora que por fin me estoy sintiendo más que cómoda contigo? – Se tensa.

- Pues... no. No es necesario. – Digo rápidamente y casi sin pensarlo. No quiero volver a pelearme con ella y que me vuelva loco como anoche. Al menos hoy, dejemos la fiesta en paz. – Ya me lo contarás, espero. – Le digo continuando con mi plan de fingir naturalidad mientras sigo comiendo.

- Prefiero que lo veas.

- Perfecto. – Me encojo de hombros, continúo comiendo y le sonrío. Ella sonrío y suspira. Ha dejado la tensión aparte de nuevo. – No te relajes todavía. – Levanta una ceja. – También quiero decirte algo que te va a hacer gruñir.

- ¿El qué? – Bennett, piensa bien las palabras que vas a usar o puede ser utilizado en tu contra.

- Nena, me encanta que vengas a la clínica a verme. Por favor, hazlo las veces que quieras. Me haría mucha ilusión poder comer contigo todos los días. Pero no vuelvas a entrar en la consulta mientras yo esté con pacientes. Me podrías poner en una mala posición. – Me mira avergonzada.

- Lo siento. Pensé que estabas solo.

- Lo sé, y por esta vez no tiene importancia porque estaba con una amiga tuya y hay confianza. Pero imagínate que fuera una vieja setentona abierta de piernas sobre la camilla. – Vuelve a escupir el vino.

- ¡Jamie, por dios, no me hagas imaginar esas cosas cuando estoy comiendo!

- Ya ves que mi trabajo puede ser muy duro. – Sonrío. – De verdad te digo que puedes venir cuando quieras. Me encanta que hayas venido hoy.

- A mí también. Ayer pensé que no volvería a verte más. – Se me vuelve a hacer el nudo en la garganta.

- ¿De veras ibas a desaparecer para siempre? – Es radical. Me mira con firmeza. Sí, estaba convencida de dejarme. – No me hagas eso nunca más. – Le advierto apuntándole con el dedo. – Si algo te asusta, te disgusta o te preocupa habla conmigo.

- Jamie, si quieres que siga adelante con esto no me hagas más pensar en lo que sucederá

con el tiempo. Por fin alguien me gusta lo suficiente como para ignorarlo, por ahora.

- ¿Ignorar qué? ¿Qué sucederá con el tiempo, Sue? – Ahora sí que me pongo serio. Necesito comprender qué le pasa.

- Que desaparecerás. Que te irás y me abandonarás. Como han hecho todos. – Su cálida mirada se ha vuelto fría y pétrea. Ya veo qué es lo que te pasa, mi niña.

Tu padre te abandonó cuando más lo necesitabas. Dejó a una niña de trece años asustada con una madre muriéndose. Después su madre murió y apuesto mi carrera a que también se sintió abandonada por ella cuando eso sucedió. Suele pasar. Lo he leído en manuales de psicología. Las personas más importantes de su vida la han dejado de una manera u otra a su suerte.

No puedo ni imaginar qué clase de calamidades habrá pasado. Quizá por eso no se valora a pesar de ser una belleza monumental, hablar cuatro idiomas y tener mucha personalidad. Quizá por eso tiene tanto miedo a sentirse ninguneada por mí, porque yo sí tengo un puesto de prestigio en esta puta sociedad.

Necesito que sepa que yo no seré una más de la lista de las personas que la han abandonado a su suerte, sin mirar atrás. Aunque lo nuestro no saliese bien, yo no soy así y le ofrecería mi apoyo sin duda. Sé lo que es el sufrimiento y sé empatizar con él como nadie.

- ¿Sabes una cosa? No me voy a ir a ninguna parte si tú no quieres. Y no estoy aquí sólo para follarte, que también. – Sonríe. – Pero también para borrar tus lágrimas y hacerte reír. Para escucharte y darte consuelo si lo necesitas. Incluso si no quisieses seguir viéndome como hombre, cosa que trataré por todos los medios que no suceda, puedes contar conmigo para lo que necesites, Sue, quiero que lo sepas.

- Eres demasiado bueno para ser real. – Al fin vuelve a mostrar su dulzura inherente en el rostro.

- No, Sue, tú eres demasiado buena para ser real. Yo sólo soy otro simple humano más encandilado de una diosa como tú.

- No te hagas el interesante. Sabes que tienes a las mujeres derretidas por ti.

- Quisiera que TÚ te derritieras por mí.

Cuando salimos del restaurante ha vuelto a ser la chica pizpireta y segura de sí misma que irrumpió en mi vida el martes pasado, aunque ahora ya sé que tras ese muro se esconde un enorme sufrimiento.

Vamos cogidos de la mano, pero ella decide que le apetece más meter la suya en el bolsillo trasero de mis vaqueros para agarrarme el culo y yo me dejo.

Casi nos matamos cuando, al dar un paso en falso, a Sue se le rompe un tacón y nos hace a ambos perder el equilibrio. Decido llevarla a mis espaldas, como si fuese una mochila, hasta que encontremos una tienda donde comprarle unos zapatos nuevos.

Ella va todo el camino riéndose. Es divertido.

No nos peleamos por pagar porque ella sigue sin su cartera, que es donde tiene su tarjeta de débito. Así que no le queda más remedio que dejarme pagar a mí, aunque me asegura que me saldará la deuda. ¡Es muy terca! Le explico por activa y por pasiva que puedo permitirme pagar un par de zapatos, pero como no se rinde, al final opto por decirle que se lo cobraré en especies.

Nos despedimos en la entrada del metro con un largo y bonito beso. El día no hace más que mejorar.

Morir así

Sue me ha prometido que esta noche volverá a mi casa. Esa chica trabaja muchísimo y yo también. Además, siempre nos pisamos los horarios. Cuando yo descanso ella trabaja y viceversa. Yo lo que hago hoy es acostarme temprano y así cuando ella llegue a casa estaré un poco más descansado. Le he hecho jurarme que me despertará. No paso todo el tiempo que me gustaría con ella y quiero disfrutar de su presencia todo lo que pueda.

De camino a casa, después del trabajo, me paso por la oficina de objetos perdidos y recojo su cartera, que sigue intacta esperándome. Supero la tentación de abrirla y examinarla para ver si me dice alguna nueva pista sobre ella, pero en realidad, no quiero ser así de entrometido. Tengo que respetar sus tiempos si quiero llegar más allá con ella, y es lo que quiero. Así que la guardo sin más.

A las nueve de la noche ya estoy en la cama y poco después me quedo dormido. Siempre ha sido una virtud que tengo. Si quiero dormirme soy capaz de hacerlo hasta encima de un árbol y en décimas de segundo.

Tengo un sueño liberador, en donde mi niña y yo estamos juntos, divirtiéndonos. Hacía mucho tiempo que no soñaba algo así. Pero de pronto todo cambia. Tengo a Sue sobre mí, restregándose contra mi cuerpo y yo comienzo a hiperventilar.

¡Espera un momento!

Abro los ojos y esa brujita está...

- ¡Joder Sue! Mmmm...¡Hola, nena! ¡Ahhh! – Ha llegado a casa y me está haciendo la felación más maravillosa que me han hecho en mi insulsa vida. Qué estupenda forma de despertar... Arqueo las caderas más para introducirle mi polla más y me aferro a su melena. – Dios... nena... sí...

- Esas manos quietas. – Me dice incorporándose y sentándose sobre mi duro sexo.

- Vale, vale, pero sigue.

- Hoy mando yo. – Me exige y no estoy en capacidad de llevarle la contraria. Me agarra las manos y las pone a ambos lados de mi cabeza. Yo me dejo. Pero de pronto noto algo metálico. ¡Qué coño! ¡Me ha atado a dos esposas que ha colocado en mi cabecero antes de que yo despertara! – Hoy me toca violarte a mí. – Su rostro es puro fuego.

- Parece que no tengo elección. – Levanto mis caderas y la levanto a ella con mi movimiento. Su boca choca con la mía y nos besamos. – Quítate el jersey, quiero verte. – Le suplico en los labios con la respiración acelerada.

- Me verás. A su debido tiempo, doctor Bennett. – Hago una mueca de disgusto. Pero ella comienza a contonearse de una forma sobrehumana sobre mí y me olvido del jersey y de todo. Siento su humedad en mi entrepierna. ¡Quiero entrar ahí! ¡Ya! Vuelvo a presionar con mis caderas,

pero no consigo entrar. – Sue...

- ¿Sí? ¿Quieres suplicar? – Resbala sus manos sobre mis brazos esposados. Uno de sus dedos se desliza después sobre mis labios y lo muerdo suavemente, baja por mi barbilla hasta mi cuello, mi esternón y mi vientre. Sin dejar de mirarme con esa mirada incendiaria.

- Sue... – Se agacha, con la mirada clavada en la mía y veo cómo su boca cada vez está más cerca de la punta de mi polla. Uffff. Sonríe. ¡Es una maldita! Tiro de las esposas, pero no tengo nada que hacer. – Sue... por lo que más quieras. – La punta de su lengua roza mi sexo. Sonríe. No deja de mirarme. Está disfrutando de lo lindo. – Sue, joder. Ahhhhh. – Aprieto los ojos cuando noto como se la mete en la boca. Pero me obligo a abrirlos de nuevo para contemplarla en todo su esplendor. Desliza su lengua desde la base hasta la punta, aferrándola con la presión adecuada con su mano. Voy a explotar. – Dios nena, eres increíble. – No dice nada, está muy concentrada en su tarea. De pronto se incorpora un poco, coge su móvil y yo la observo intrigado. De su teléfono comienza a sonar la canción de “Distractions” de Sia, parece que le gusta esa cantante. La verdad es que la música es sugerente.

- Con música es más erótico. – Me informa mientras masajea la parte de mi cuerpo que aglutina toda mi sangre en estos momentos. Aprieto los ojos y gruño con fuerza. Es una tortura de lo más deliciosa.

- No creo que pueda con más erotismo, nena, voy a explotar.

- Claro que puedes. – Vuelve a chuparla y me estremezco. Y esta vez aviva su ritmo. Mis caderas se mueven solas. Pero vuelve a frenar justo cuando estoy a punto.

- No te corras, “papito”. – Me dice esto último en español.

Es de las pocas cosas de español que comprendo y me pone todavía más cachondo escucharlo en su boca. Y de repente se introduce todo mi miembro dentro de su sexo. Ambos echamos nuestras cabezas hacia atrás y gemimos. Voy a morirme. No puedo más. Especialmente cuando comienza a mover las caderas en círculos sobre mí, conmigo dentro. La observo aturdido. No he visto a nadie moverse así. Es la caricia más espectacular que he sentido y la siento como si llegara a mi interior. Muy dentro de mí.

- ¡Sue! ¡No puedo más! – Sia comienza a cantar “I love you” a voz en grito y me invade una sensación tan diferente a todas las anteriormente vividas... tan apabullante, tan bestial y tan delirante que exploto.

Me corro como nunca antes. Gritando su nombre y ella explota a mi alrededor, sin dejar de contonear las caderas, aminorando poco a poco el ritmo y dejando caer el peso de su cuerpo hacia mí. Ambos sin alientos. Boca sobre boca. No puedo creer lo que acabo de vivir. No puedo creer hasta dónde me ha hecho volar.

- Ya he vuelto a casa, “papito”. – Dice con la respiración aún acelerada y me besa.

- Ya veo. Y no sabes cómo me alegro. – Besa mi barbilla, mi oreja, mi frente y después me desata las manos al fin. Casi no tengo fuerzas para moverlas. Pero uso las pocas que tengo para abrazarla y acurrucarla sobre mi pecho. – Eres impresionante. – En décimas de segundo se ha

quedado dormida.

Miro el reloj de mi móvil. Es la una de la mañana. Hoy no ha llegado tan tarde. La canción de Sia vuelve a sonar desde el móvil de Sue. Le presto atención. ¿Ha querido decirme con esta canción lo que yo creo?

- Tú me quieres y no quieres admitirlo. – Le digo a su cuerpo inconsciente. Me abrazo a ella y me duermo pletórico y feliz.

La alarma de mi despertador suena. Abro los ojos y veo una maraña de manos y piernas sobre mí. Apago el despertador con cuidado de no despertar a Sue y me vuelvo para observarla. Parece un ángel cuando duerme. Nada que ver con la traviesa diabla que anoche me poseía. ¡Ufff! Me estremezco al recordarlo. Fue impresionante. Y, por supuesto, quiero más.

Sue abre los ojos y me sonrío.

- Duerme nena, es muy temprano. – Le digo con ternura besando la punta de su nariz.

- No, me iré contigo si no te importa. Ayer me traje ropa limpia para cambiarme. Tengo que arreglar algunos papeles en el banco para que me renueven las tarjetas y eso... Además, tengo cosas importantes que resolver.

- Tengo tu cartera. – Le digo. Ella abre los ojos y se le corta la respiración. – Ayer cuando volvía del trabajo pasé por objetos perdidos para ver si estaba y tuve suerte. – Me levanto, camino hasta mi chaqueta que está colgada de la silla y rebusco en su interior. Saco la cartera de Sue y se la tiendo. – Toma, echa un vistazo por si te falta algo. – Ella la coge y me mira con mucho miedo. – Eh, cambia esa cara, no la he mirado. – Abre la cartera y la examina.

- Está todo. – Dice al cabo de unos minutos.

- Genial. – Sonrío. – ¿Te duchas conmigo? – Le tiendo la mano.

- Dúchate tú primero, por favor. – No puedo esconder la desilusión en mi mirada. ¿Por qué no quiere que la vea desnuda? ¿Se nota que tiene un cuerpo espectacular! ¿Tiene algún complejo? A mí, llegado este punto, me da igual cualquier defecto que pudiera tener, eso sólo la haría más humana y menos diosa y yo dejaría de sentirme poca cosa para ella. – Tengo que hacer varias llamadas. – Me aclara.

- Está bien. – No insisto. Respeta sus tiempos, Bennett. – Pues voy a ducharme yo entonces.

Me meto en la ducha con el ánimo un poco desinflado. Algo está pasando aquí que se me escapa. Sue es la mujer más preciosa que he visto en mi vida y diría que no estoy exagerando ni un ápice. Pero, a pesar de que lo es, me doy cuenta de que en los tres encuentros sexuales que hemos tenido, ella jamás ha querido desnudarse para mí y eso me preocupa. No porque desee ver su precioso cuerpo y poder acariciarlo con libertad, que también, pero sobre todo porque pueda haber algún tipo de daño psicológico tras todo eso, y eso sí que es más jodido.

Tendré que tratar de averiguar qué se esconde tras esa cortina. Y tendré que hacerlo con

mucho tacto, por si es lo que me temo.

Salgo de la ducha, me paseo desnudo por la casa, para ver si así voy añadiéndole naturalidad a la cosa y veo que Sue me mira con ojitos juguetones cuando llego a la habitación. Está sentada en mi cama contemplándome con picardía mientras habla por teléfono. Me agacho y le beso con dulzura. Ella continúa la conversación enfocando su vista en mi zona más viril. Me hace sentirme orgulloso.

- Sí, señor Morris. – Le dice a su interlocutor. ¿Morris? ¿Está hablando con Arthur? ¡No, imposible! Hay cientos de miles de Morris en todo el mundo, Bennett. – Sí, sí, gracias por darme esta oportunidad. No, no le defraudaré. Sí, entiendo. Es lo más justo, claro. – No tengo ni idea de qué va esa conversación, sólo sé que de pronto los ojos de Sue buscan los míos. – Sí, sí, es lo mejor. ¡No, claro que no quiero estafarle! – No deja de mirarme. – Perfecto, el sábado entonces. Sí, señor Morris, será un placer. – Cuelga.

- ¿Del trabajo? – Ella asiente. No quiere hablar. – Bien, señorita Allen, su turno para la ducha. – La levanto tirando de ella y la estrecho entre mis brazos.

- Me gustas mucho. – Declara mirándome a los ojos. Me deja sin palabras. Se me encoge todo por dentro.

- Tú a mí más. – Respondo con la misma sinceridad.

- Bésame, abrázame, me gusta estar entre tus brazos. – Me pide y lo hago con gusto. Aunque, como siempre, cada vez que me enredo con su lengua, una sensación de escalofrío me recorre de arriba abajo y necesito perderme en ella.

- Sue, como no te separes ahora mismo voy a perder el control. – Gimo en sus labios.

- Está bien, seré buena. – Acaricia mi mejilla y me da un último y casto beso antes de desaparecer por la puerta de mi habitación.

Me visto y voy a la cocina. Preparo para desayunar algunas tostadas y dejo fuera la mantequilla y la mermelada de fresa. También saco algunos donuts, y galletas, por si le apetece otra cosa.

Casi escupo el café cuando la veo aparecer. Lleva unos pantalones ajustados de cuero negro y una americana blanca de rayas diplomáticas negras que se entalla a la cintura y deja poco a la imaginación con respecto al escote que muestra. Lleva también una coleta baja y unos tacones de vértigo. ¿Y va a estar todo el día de allá para acá con esa pinta tan apetecible?

- ¡Mermelada de fresa! – Dice entusiasmada y se sienta feliz a mi lado para desayunar. Yo aún no he recuperado el habla. – Me encanta. – Dice con la boca llena mientras mordisquea su tostada. – Mi madre siempre me daba cruasán con mermelada de fresa para desayunar. – Alega feliz.

- ¿Café? – Consigo decir con la cafetera en la mano. Ella asiente mientras engulle su tostada. Qué bonita eres, arpía. No puedo dejar de mirarte. Vierto café en su taza. Ella echa un poco de leche y tres cucharadas de azúcar. Tomo nota mental de cómo le gusta el café.

- ¿Tienes planes para el fin de semana? – Pregunta. Entonces me acuerdo de que mañana es viernes y el sábado creo que tengo algo, pero se me escapa.

- Me gustaría seguir follándote. – Contesto aturdido. ¡Mierda, Bennett! ¡Va a volver a creer que la quieres sólo para eso! Pero es que no lo puedo evitar... es lo que quiero. – Y conociéndote. – Lo arreglo. Ella sonríe. – Me gusta estar contigo.

- Y a mí contigo. – Suspiro. – Pero tengo mucho trabajo este fin de semana. – Hago una mueca de disgusto. – Aunque seguro que puedo encontrar la forma de que nos veamos. – ¡Bien! – El sábado por la noche intentaré salir antes de trabajar si no tienes planes...

- ¡Vale! – Digo entusiasmado. ¡Oh! ¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! – Joder, no puedo. Es la despedida de soltero de uno de mis mejores amigos. – Me froto la frente estresado. La cara de Sue cambia. – No puedo fallarle, Sue. Ellos siempre han estado ahí por mí cuando los he necesitado. Me había comprometido antes de conocerte y...

- No te preocupes. ¿El domingo entonces? – Me ofrece con la voz cargada de desilusión.

- El domingo cuando tú quieras. – Le cojo de la mano. Me mira.

- ¿Qué vais a hacer el sábado? – Me sorprende.

- No lo sé. – Suelta un resoplido. – De verdad, no lo sé. No me he ocupado de esa mierda. Mi amigo Arthur lo hizo todo, yo sólo me dejo llevar.

- Supongo que lo típico...

- ¡Eh! Lo cambiaría con gusto por estar contigo. No me apetece nada hacer ninguna de esas bravuconadas de críos. Pero tengo que al menos hacer acto de presencia, Sue. Uno de mis mejores amigos se casa y, si yo me casara con la mujer de mis sueños, me gustaría poder compartir toda esa alegría con ellos. – Me mira como si hubiera dicho una locura.

- ¿Te gustaría casarte? – Inconscientemente doy un respingo y me doy cuenta de en dónde me estoy metiendo. Cambia de tema, Bennett.

- Bueno, uno tiene que dejar que la vida le sorprenda. Pero, respecto a lo del sábado, por favor, no quiero que pienses que va a pasar nada conmigo y con otra mujer. Yo jamás te haría eso.

- No tienes por qué darme explicaciones. – Se vuelve distante. – Yo no te las he pedido.

- Ahora estoy contigo. Me las pidas o no, quiero que mi chica confíe en mí.

- Entonces, ¿lo decías en serio? – Frunzo el ceño.

- ¿El qué? ¿Que tú eres mi chica? ¡Claro! ¡Oye Sue! ¡No dudes de mí y de mis intenciones! ¿Es que acaso tú no quieres intentarlo conmigo? – Siento el corazón a mil por horas.

- No sé si es lo mejor. – Se encoje de hombros. Su declaración me enfada, y mucho.

- Pues te agradecería que lo decidieras ahora mismo. Yo tampoco quiero que jueguen con mis sentimientos. – Me pongo a la defensiva y me distancio de ella también con mi gesto, prestando toda mi atención a mi desayuno, aunque se me han quitado las ganas de comer.

- Jamie...

- ¡Qué!

- Mírame. – Le miro con hostilidad. – Sí.

- ¡¿Sí qué?!

- Sí quiero. Quiero estar contigo. Intentar que esto funcione. Lo quiero tanto que me asusta.

- Joder, Sue, me gustaría que por un momento te centraras en todo lo bueno que nos rodea ahora mismo en lugar de en tus absurdos miedos. ¿Crees que yo no los tengo? ¡Claro que sí! Siempre existe el miedo cuando algo te importa de verdad. Pero me da más miedo que se me escape de las manos lo que siento cuando estoy contigo. – Ella sonrío.

- Tienes razón. – Me acaricia y me besa. – No pensaré en todo eso.

- No creas que soy tan tonto de pensar que lo olvidarás. He visto que eres una terca y que te cierras en banda cuando algo te asusta. Me gustaría hablar largo y tendido de eso contigo. – Ella agacha la cabeza.

- Hablaremos el domingo por la noche, ¿vale? Cuando vuelva a verte después de lo que quiera que vayáis a hacer tus amigos y tú el sábado y compruebe que sigues deseándome.

- Sue, me da igual lo que hagamos el sábado. Te garantizo que nunca he deseado a nadie como a ti. Eso no va a cambiar por muchas tetas de plástico que me restrieguen por la cara. Que además las odio. – Ella se ríe.

- ¿No te gustan las mujeres operadas? – Niego con rotundidad.

- No, nada de nada. Me resultan vulgares.

- Vulgares... – Repite ella ensimismada en algún pensamiento.

- No te montes una película porque sé que las tuyas no son operadas. – Le advierto. Me mira.

- Ah, ¿no lo son? – Levanta una ceja.

- ¡No! Ya las he tocado, ¿recuerdes? Porque yo atesoro cada momento juntos en mi mente. Aunque por alguna estupidez no me dejes verte desnuda por ahora. – Ahora se ofende.

- Para ti todo lo que viene de mí son estupideces, ¿no? Quiero pensar que es porque no conoces mis motivos. – Me deja noqueado. Es más lista que yo.

- Touché. Tienes razón. El domingo hablaremos entonces, ¿no?

- Sí. – Dice todavía cortante. – Pediré un permiso en el trabajo para salir antes.

- ¿Quieres que te recoja? – Me mira.

- Vale. – Mastica su comida. ¡Vaya! ¡Voy a poder recogerla en su trabajo! Al fin parece que entiende que no la voy a ningunear por tener una posición laboral inferior a la mía.

- Estupendo, tú me dirás a qué hora. ¿Nos vamos? – Le tiendo la mano. Me la da después de observarla unos segundos. Tiro de ella y la aprieto contra mí. – Voy a seguir aquí, para ti, lo creas o no. – La beso y ella poco a poco se va deshaciendo en ese beso, hasta acabar por enredar sus manos por mi pelo y yo le aprieto ese duro y prieto trasero que tiene. – ¿No crees que vas demasiado sexi para ir sola por ahí? – Abre la boca incrédula.

- Espero que eso no me lo estés diciendo en serio... tú vas a ir de despedida de solteros el sábado. – Vuelve a noquearme.

- Era broma. – No, no lo era. Pero no es justo que le marque el terreno en ese ámbito. Yo sólo me siento demasiado poca cosa para esta mujer, y ella no tiene la culpa de mis inseguridades. – De hecho, me encanta verte sexi. – Pero solo yo. Aunque eres libre, nena, no obstante, me muero de celos.

Por el camino, en mi coche, vamos cogidos de la mano. La dejo en su nuevo apartamento y, después de dar un repaso a la zona y ver que no está el gilipollas ese del otro día, decido que es seguro que baje. Pero me quedo observante desde el coche hasta comprobar que entra sana y salva. He de admitir que hipnotizado por el contoneo de su maravilloso culo, que se ve demasiado seductor con ese pantalón de cuero. Trago saliva y trato de recordarme a mí mismo que a ella le gusto yo. Que si no fuera así no habría accedido a estar conmigo.

Dentro de ti

Ayer jueves se me pasó el día rápido y agradable. Sue me llamó a la hora del almuerzo para decirme que me echaba de menos. Se me infló el pecho. Yo le escribí cuando me fui a la cama para decirle que también pensaba mucho en ella y que me gustaría que volviese esa noche a dormir conmigo, pero yo sé que los jueves y los fines de semana lo tiene más complicado.

Ella me contestó a las tres de la madrugada, mandándome una foto de ella en la cama con un infantil pijama de conejitos rosas. Hasta con esa cosa está preciosa. Me gustó despertarme en mitad de la noche con su fotografía, aunque nada superará a la forma en la que me despertó la noche anterior.

Cuando me dijo que me echaba de menos otra vez y que ojalá estuviese allí con ella, no me lo pensé. Cogí algo de ropa, me subí al coche en plena madrugada y me puse en dirección a su apartamento. Lo que ella no sabe es que hoy viernes no tengo que ir a la clínica, mi amigo Arthur se dedicó ayer a cambiar todas las citas de hoy viernes para que tengamos más tiempo para descansar para la despedida de soltero de Tim.

Al llegar al apartamento de Sue, di una pequeña vuelta por el edificio y localicé la ventana que da a su dormitorio. Ella estaba en la cama leyendo un libro, con esa cara de ángel caído del cielo. Golpeé el cristal y ella se asustó dando un respingo. Pero la cara que puso al verme allí no tiene precio. Salió a la calle en su infantil pijama y me abrazó como si llevase años sin verme. Después le hice el amor en su cama con el nórdico de Sue cubriéndonos por completo, y de nuevo ella sin desvestirse su torso, aunque yo intento achacarlo a que su apartamento es bastante frío. Nos quedamos dormidos abrazados.

Sue se despierta antes que yo y me despierta de un sobresalto.

- ¡Jamie! ¡Jamie! ¡Despierta!

- ¡Qué! ¡Qué pasa! – Doy un bote y me desperezo.

- ¡Son las diez! – Aguanta la risa mordiéndose el labio. – Vas a llegar tarde a la clínica.

- ¿Y te hace gracia, malvada? – La tiro de nuevo a la cama y me subo sobre ella. Comienzo a hacerle cosquillas y me sorprende darme cuenta de que es bastante sensible a ellas. Se ríe con fuerza. – Sí, la señorita se ríe por hacerme perder el control, ¿no es así? – No puede hablar del ataque de risa.

- ¡Para! ¡Para! – Me suplica y me apiado de ella. La veo recuperar el aliento debajo de mi cuerpo.

- Eres preciosa, ¿lo sabías? – Le beso con deliberada lentitud. Ella comienza a contonearse debajo de mí. – ¿Pretendes que llegue más tarde al trabajo?

- Pretendo que te vayas con un calentón. – Abro la boca haciéndome el escandalizado. – Ya que no te voy a ver hasta después de tu ansiada fiesta de despedida de soltero de tu amigo, al

menos así me garantizaré que no te olvidas de mí este tiempo. – Vuelve a contonearse y abraza mi cintura con sus piernas. Me acerco a su boca para besarle, mientras presiono con mi entrepierna su sexo.

- ¿Sabes una cosa? – Digo en sus labios.

- ¿Qué cosa? – Responde con voz sensual.

- Hoy no tengo que ir a trabajar. – Confieso pegado a sus labios y muerdo el inferior. Su cara de decepción me alegra el día. – ¡Ohhh! ¡La señorita Allen se ha quedado perpleja! ¿No es así? Acabo de frustrar tu plan de dejarme con las ganas, ¿verdad? – Le beso aguantando la risa.

- ¡Pero es viernes!

- Ajá, pero mi amigo y compañero Arthur ha cambiado todas las citas de hoy. – Le informo mientras recorro su cuello con mis labios y mi lengua. – Así, que podemos terminar lo que has empezado. – Me agarra del cuello y no sé cómo lo consigo, pero con sus pies atrapa el elástico de mis calzoncillos hasta hacerlos bajar. Ella continúa vestida de cintura para arriba, pero para mí más profunda satisfacción, anoche se quedó dormida antes de ponerse de nuevo el pantalón ni las bragas. Sin dejar de mirarla me voy introduciendo lentamente en ella. – Mmm, esto me gusta más que ir a trabajar. – Salgo despacio y vuelvo a entrar en ella.

- ¿Le gusta doctor? – Asiento con la respiración acelerada. – A mí también. Mmmm. Me encanta. – Vuelvo a salir de ella y al entrar ella me recibe apretándose contra mí. – De hecho, podría acostumbrarme a que llegases tarde a trabajar. – Dice la muy canalla.

- O podría llevarte yo al trabajo, conmigo. – Digo gruñendo mientras doy una estocada en su interior más fuerte. Ella grita. – Podría tenerte bajo mi mesa. Shhh, no grites.

- Ahhhh

- ¡Nena, shhhh! – Sigue aumentando los gemidos mientras avivo mi ritmo en su interior. Decido callarla yo con besos.

Y me pierdo. Me pierdo en sus gemidos. En la forma en que se aferra a mis brazos. En como tira de mi pelo y araña mi espalda. Me vuelve loco todo en ella. Sus gritos aumentan cuando se va a correr, y es entonces cuando doy vía libre a mi cuerpo para liberarme. Explotando en su interior. La deseo tanto que me duele.

- Ahhh, Jamie. Dios, eres increíble. – Dice completamente rendida.

- Me encantas, Sue. No puedo cansarme de ti. – Le beso con todo mi corazón en ese beso y me tumbo sobre ella. Sue me acaricia el pelo. Es tan relajante que podría volver a dormirme.

- Quédate a desayunar. – Me pide. – Yo no tengo que irme hasta las cinco. – Me incorporo y la miro obnubilado.

- Me quedaré hasta las cinco si quieres...

- Sería genial. – Su sonrisa me llena el pecho. – Así podrías conocer mejor a mis amigas también. – Eso es buena señal. Si quiere introducirme en su grupo de amigas, definitivamente es

muy buena señal. – Pero nada de tocarle las tetas, ¿eh? – Me río.

- No hay nada de placentero en tocarle las tetas a una paciente, Sue.

- Yo soy una paciente. – Me increpa.

- Tienes razón. Pero yo no te toco las tetas para pasarte consulta, mis intenciones son más animales contigo.

- Bueno, vamos. – Tira de mi brazo. – Hoy me toca a mí hacerte el desayuno. – Me levanto feliz.

Me pongo los vaqueros y una camiseta interior y Sue se pone sus pantalones holgados de conejitos rosas. La verdad es que me sorprende que una mujer tan atractiva elija esa indumentaria para dormir. Pero me gusta. Me gusta que pese a ser una mujer indiscutiblemente fuera de lo común, decida verse con sencillez.

En la cocina está su compañera Mary con mala cara, preparándose el café. Saluda con poco ánimo, sin mirarnos. Yo me siento en un taburete alto que hay junto a la barra de desayuno y observo cómo esas dos amigas se saludan. Creo que estoy interrumpiendo un momento íntimo.

- ¡Eh! ¡Qué pasa! – Le saluda Sue abrazando a su amiga por la espalda. Mary no tarda en desmoronarse ante ese gesto y abraza con fuerza a mi chica echándose a llorar como una niña.

- Le he dejado, Sue. Ya no podía más.

- ¿Otra vez por lo mismo? – Mary asiente. Yo no sé dónde meterme. No debería estar aquí empapándome de los problemas personales de esa chica que apenas conozco. – No te merece, amiga. Ese cabrón es un egoísta y posesivo incapaz de empatizar con nadie ni ponerse en tu lugar. – Mary se separa, se seca las lágrimas con las manos y parece que se llena de determinación.

- Sí, lo es. No pienso gastar más lágrimas por ese imbécil. – Mary se gira, me mira y yo pongo cara de imbécil mientras le saludo con la mano. – Ay, hola, perdona.

- No pasa nada. – Digo sonriente.

- Sí, sí pasa. – Me dice. – Pasa que todos los hombres sois una mierda. ¿Puedes explicarme qué demonios tenéis en la puta cabeza? – Ay, dios... ya sabía yo que iba a salir apaleado de ésta por pertenecer al sexo contrario. Sé que ella está intentando bromear solamente para quitarle dramatismo al amargo momento que está viviendo, así que sonrío, me encojo de hombros y me hago el inocente. Veo a Sue riéndose de mí.

- Yo no creo que esto sea una guerra de sexos, Mary. – Le digo tratando de defenderme.

- Ah, ¿no? Pues dime entonces, ¿el problema es mío?

- Mary, él no sabe nada de lo que... ya sabes, te pasa. – Le aclara Sue, aunque me ha sonado más bien a advertencia para que no me cuente más de la cuenta.

- El problema no es tuyo. – Intervengo. – Si el tío ese es un imbécil y no sabe valorar a una gran mujer que está claro que se ha involucrado bastante en la relación, entonces el problema es

de él. Pero no por ser hombre, sino por ser imbécil. Y tú ahora mismo no lo ves, pero te ha hecho un gran favor.

- ¿Sí? ¿Cuál? – Dice con ojos llorosos.

- Te ha dejado libre para que conozcas a alguien que realmente te valore, te respete y te haga sentir mujer de verdad. – Parece que Mary sonrío. Sue sonrío desde luego y me mira encantada con mi respuesta.

- Sue, qué suerte tienes, eres una guarra con suerte. – Dice refiriéndose a mí. – Pues aplícate el cuento, doctor amor. – Me dice Mary esta vez más tranquila. Sonrío y asiento. – Lo digo en serio. Como se te ocurra hacerle daño a mi Sue te las verás conmigo. – Me alegra mucho que Sue tenga una amiga de verdad, que se preocupe por ella.

- Solo la escucharás quejarse de mí porque no tenga piedad con ella al hacerle el amor. – Digo levantando las manos haciéndome el inocente. Sue y ella se miran con las bocas abiertas.

- Oh, Sue, creo que sobre eso no tenemos ninguna objeción, ¿verdad, amiga? – Sue niega con la cabeza haciendo un teatro muy gracioso.

- No, ninguna, amiga.

- Además, si ya habéis repetido más de un par de veces es que el chico se las maneja bien en la cama. – Joder, es la primera vez que veo a unas mujeres hablar tan abiertamente del sexo delante de un hombre, sobre todo de un hombre implicado con una de ellas. ¡Me gusta! Miro a Sue esperando su respuesta. – Conociéndote a ti, no habrías llegado al tercer polvo si así no fuera y te gustase de verdad, Sue. – Esto se está volviendo interesante. Miro a Sue con la cabeza apoyada en mi mano que tengo sobre la encimera. Ella me mira y se sonroja. Mary también la mira. Sue no dice nada. ¡Di algo mujer! Estoy deseando saber cuál es mi valoración en la cama. – Y Sue calla... – Comenta su amiga. – ¿Qué le has hecho para que esté tan avergonzada? – Me increpa su amiga con un tinte de diversión en la voz.

- Eso mismo estoy deseando saber. Sue, nena, sácanos de dudas. ¿Tan terrible he sido en la cama para que no quieras ni comentarlo? – Sue se encoje de hombros. ¡Qué cabrona!

- Como dice Mary, si repito será por algo... – Se da la vuelta y comienza a preparar el desayuno.

- Será por algo... – Repito. Mary me guiña. Quiere que la siga provocando. Haré caso a su amiga, que la debe conocer mejor que yo. – Entonces, ¿me das el aprobado? – Me levanto del taburete y me acerco a su espalda, muy muy cerca. Sue da un respingo al notarme detrás y trata de hacerse la indiferente.

- Sí, aprobado sin duda.

- Aprobado sin duda... – Repito en su oído con voz seductora. – ¿Qué clase de aprobado? Hay una extensa gama que va desde el 5 al 10. – Sé que está escondiendo una risita mientras trata de enfocarse en el desayuno. También sé que le empieza a temblar el pulso.

- Me guardo la valoración hasta la evaluación final. – Me contesta provocativamente.

- Entonces, ¿me hará ir al examen de evaluación final, profe? – Retiro el pelo su cuello y le beso lentamente. Su piel se eriza y suspira.

- ¡Cabrones, me estáis poniendo cachonda! – Replica Mary y me doy cuenta de que estoy siendo bastante desconsiderado con ella y su dolor. Así que me aparto de Sue.

- Tranquila, Mary. Sólo quería saber si estaba aprobado por la profesora de ciencias sexuales. – Vuelvo a mi taburete. Mary me mira con una gran sonrisa.

- Me gustas. Me gustáis los dos. La verdad es que me gustáis tanto que me dais asco. – Sue se gira y se ríe, después me mira a mí y suspira. Viene hacia mí con algo en las manos, pero yo sólo tengo ojos para mirar los suyos que son maravillosos y alegran el día a cualquiera.

- Su desayuno, doctor Bennett. – Su voz suena sensual, como una caricia. Deposita un plato frente a mí junto con una taza de café y yo sigo hechizado por su mirada verde, limpia y cálida como el mismísimo mediterráneo.

- Oh, gracias, es mi desayuno favorito. – Digo sin dejar de mirarla.

- Oye, ¿sabes dónde está Megan? – Pregunta Mary sin darse cuenta de que acaba de romper un momento mágico entre su amiga y yo.

- No. – Contesta Suzanne mientras muerde un cruasán sin apartar los ojos de mis brazos. – Anoche no trabajó, creo.

- Habrá dormido fuera entonces... ¡Mierda! ¡Otra vez el imbécil de Albert! – Dice Mary y yo me tenso. ¿Todavía sigue insistiendo ese imbécil? Me levanto y miro en dirección a donde miran los ojos de Mary. A través de la ventana veo al individuo del otro día dando vueltas por los alrededores. Intenta pasar desapercibido, pero no lo consigue. – Ese estúpido no se va a cansar nunca.

- Pasa de él. – Añade Sue. Yo me giro y la miro cargado de rabia.

- ¿Qué cojones dices? ¡Ese tipo es un peligro y alguien tiene que ponerlo en su lugar! – Gruño señalando hacia la ventana. Sue se acerca a mí y acaricia mi brazo hasta hacer que lo baje. Le dedico una mirada encolerizada. Es una imprudente si piensa dejarlo estar. – Voy a ir a hablar con él, Sue, te guste o no.

- Jamie, sólo está pasando un mal momento. – ¿Ahora se apiada de él? – Me da lástima. Déjalo estar.

- ¿Lástima? ¡Está acosándote! ¡Y eso nena, es un delito!

- No me hará nada, Jamie. Y si lo intentara sé defenderme.

- No lo dudo, pero no voy a darle la oportunidad de que tengas que defenderte. – Sue mira hacia la ventana en dirección al tipo ese y su rostro se vuelve lleno de tristeza. – ¿Qué pasa, Sue? ¿Te gusta el tipo ese? – Ella abre la boca y me mira incrédula.

- ¡¿Qué?! ¡¡No!!

- Entonces, ¿por qué tanta consideración? ¿Acaso él la está teniendo contigo y con tu vida privada?

- Bueno... yo me voy a mi cuarto. – Dice Mary y yo me enfado más todavía. Eso quiere decir que ella opina lo mismo que yo. Miro a Suzanne lleno de rabia, ira y mil emociones más que no sé descifrar.

- Te gusta...

- ¡No seas ridículo!

- Soy un imbécil. – Comienzo a pasearme por la cocina maldiciéndome por haber pensado que esta diosa sólo tenía ojos para mí. – Debería irme.

- ¡Jamie, por favor! ¡Estás diciendo tonterías! – Me agarra del brazo y me obliga a mirarla. No sé qué veo en sus ojos. Todas las inseguridades del mundo abrazan mi cabeza en este momento y no sé detenerlas. – Albert ha sido un gran amigo, eso es todo.

- Te lo follaste tres veces. – Le acuso con el dedo. – Mary dice que nunca llegarías al tercer polvo si no sintieras nada por alguien. – Ella pestañea confundida, gesto que yo interpreto como que he dado en el clavo. – Mierda, Sue. – Me giro de nuevo y me sujeto el pelo con nerviosismo.

- Técnicamente sólo me lo follé dos veces. – Me dice abrazándome desde la espalda. Sus manos acarician mi pecho por encima de la camiseta. – De la primera vez que lo hicimos no guardo ningún recuerdo. – Trato de serenar mi respiración con la ayuda de sus caricias. Puede que sea como ella dice, pero ese gilipollas tiene que desaparecer de nuestras vidas. – No sabes cuánto me gustas, ¿verdad? – Ahora mi respiración se detiene. – Albert es parte de mi pasado. Mi presente eres tú. No dejes que me lo arrebate. – Su mano desciende hasta colarse por la parte superior de mis vaqueros. Noto sus dedos enredados en mi vello púbico y comienzo a hiperventilar. – Te quiero cerca, ¿recuerdas? Como la canción que me dedicaste. Necesito que creas en mí. – Me gira y la miro de nuevo hipnotizado. Hipnotizado por su cálida mirada, por su dulce voz, su sensual acento, por su olor, por el tacto de su piel en la mía. Me siento como una fiera domesticada cuando hace eso que sólo ella sabe hacer conmigo.

- Voy a hablar con él, Sue.

- Vale. – ¿Cómo? Bueno, al fin parece que razona. Decido ir antes de que se arrepienta.

Me giro en dirección a la puerta de la calle. En cuanto estoy en la calle me doy cuenta de que estoy en camiseta de tirantes y hace bastante frío, pero a lo mejor así intimidado más a ese tipo si ve que soy bastante fuerte. Sé que Sue debe estar detrás de mí, preocupada, pero no me giro a mirarla. Veo al tipo. Está hablando solo. Ha visto algo detrás de mí y ha hecho que cambie su cara.

- ¡Sue! – Dice el tipo. Me giro y ella efectivamente está detrás de mí. – Amor mío, al fin te veo. Deja que hable contigo. Sé que estás asustada, pero yo... – Pasa junto a mí sin percatarse de mi presencia, pretende ir directo a Sue, pero se lo impido agarrándole del brazo.

- ¡Eh! ¡Déjala ya! ¡¿Me oyes?! – Le increpo. Me mira y frunce el ceño.

- ¡¿Quién cojones eres tú?! – Escupe con rabia.

- ¡Soy el novio de Sue y te sugiero que te alejes de ella! ¡No me hagas decírtelo de otra forma más cruda!

- Albert, por favor. Déjalo ya. – Sue se acerca y le habla con un tono dulce. – Entre tú y yo no debería haber pasado nunca nada.

- Sue, cariño, sabes que nadie podrá comprenderte como yo. – Suplica el estúpido. Le agarro esta vez del cuello.

- ¡Escúchame, imbécil, ella está conmigo! ¡Déjala en paz o lamentarás haber nacido! – Veo que se mueve para zafarse de mí. Lo suelto, pero estoy encolerizado. ¿Qué es eso de que nadie puede comprender a Suzanne como él? ¿Qué sabe él de mi chica que yo no sé?

- Dejémoslo ya, Jamie. – Me pide Sue entrelazando sus dedos en los míos. Sabe cómo calmarme y decido hacerle caso.

Pero un movimiento me llama la atención de repente. Agradezco ahora más que nunca mis clases de boxeo, porque puedo esquivar con facilidad un puñetazo de ese bastardo. Empujo a Sue hacia atrás y me cubro, dispuesto a golpear cuando ese imbécil muestre un punto débil.

- Has fallado, imbécil. – Le provocho para que la rabia le ciegue y dé un paso en falso. Como buen imbécil que es, se deja llevar por la rabia y comienza a dar puñetazos al aire que esquivo sin ningún problema. – Qué mala puntería. Con razón Sue no está complacida contigo. – Continúo con la provocación. El idiota sigue intentando golpearme y yo me concentro en esquivar y defenderme.

- ¡Arrrg! ¡Hijo de puta! – Me grita el tipo.

- ¡Déjalo ya, Albert! – Grita Sue. En un despiste le doy un puñetazo en las costillas que lo deja sin respiración y cae de rodillas al suelo.

- ¿Has tenido bastante? ¿O quieres más? – Le escupo con rabia.

- Vámonos, Jamie, por favor. – Sue está llorando. Mierda.

- Nena, no llores, no ha sido para tanto. – El tipo se pone en pie.

- Sue, este imbécil te abandonará como todos, lo sabes. Nadie puede entenderte como yo. – Lo vuelvo a mirar encolerizado. Trata de golpearme de nuevo y vuelvo a esquivarlo. Aunque escuchar el llanto de Suzanne me está poniendo nervioso y sólo quiero que este baile termine para consolarla.

- ¡Déjalo ya, Albert! ¡Me he enamorado de él, ¿vale?! ¿No puedes simplemente alegrarte por mí y dejarme ser feliz? – Me quedo atónito. Mi corazón se detiene y caigo en un abismo. ¿He escuchado bien? ¿Se está enamorando de mí? De pronto caigo al suelo. El imbécil me ha dado. Me ha pillado distraído. Pero me da igual. Sue se pone delante de mí. – ¡Si vuelves a tocarlo te mato, Albert! – Grita. – Y si vuelves a acercarte a mí haré que te metan preso de verdad, ¿me oyes? – Está fuera de sí.

- Sue... no me hagas esto. – El tipo también llora y agacha la cabeza. – Yo te amo con todo mi ser. – Y por un momento consigo apiadarme de él. La ama de verdad. Como yo. Yo también estaría perdido si ella me dejara. Pero... me ama. ¡Dios! ¡Me ama!

- ¡Vete de una vez y déjame vivir!

- ¡Él no sabe nada de ti! ¡No lo entenderá! – Lloro. Ese hombre está roto. ¿Que no la entenderé? Haré lo que haga falta en la tierra por entenderla porque... me ama, y sólo con eso soy el hombre más feliz.

- ¡Me arriesgaré! – Dice mi niña valiente entre lágrimas. Al fin me levanto y me repongo un poco del shock que ha supuesto oírle decir esas palabras.

- Yo no voy a dejarte, Sue. – Digo a sus espaldas y siento su tensión, aunque no me mire.

- Eso ya lo veremos. – Dice aún de espaldas a mí. – Pero, aunque lo hagas, voy a arriesgarme esta vez. Y tú, Albert, desaparece.

- Pero yo... – Intenta replicar ese desgraciado.

- ¡Ahora! – Grita Sue encolerizada.

- Tú nunca me has hablado así, Sue...

- Albert vete. ¡Desaparece! ¡¡Déjame de una maldita vez!!! – El chico se gira con los hombros hundidos. No se gira más, pero se nota a simple vista que va hecho un mar de lágrimas. – Sue se queda mirándolo con tristeza.

- Nena...

- Ya está, ¿no? – Me increpa enfadada y con la cara llena de lágrimas. – ¡Pues dejemos ya el temita! – Intenta alejarse y refugiarse en su casa, pero le freno cogiendo su mano.

- ¡Nena!

- ¡Qué! – Me exige de frente.

- Te quiero. – Su cara se queda petrificada. – Te quiero.

- James, no tienes que hacer esto... – Sacude la cabeza y agacha la mirada. Le sostengo la barbilla para obligarle a mirarme de nuevo.

- No me llames así, no te distancias. Me has oído perfectamente. TE. QUIE. RO. – Su mirada me dice que está perdida y entonces la abrazo. Sus manos se elevan lentamente y, finalmente, responde a mi abrazo. – Me quedaré contigo. – Beso su cabello. Ella levanta de nuevo la vista.

- ¿Mañana? – ¿Cómo? Uff, la despedida.

- No seas chantajista. Te dije que no puedo faltar. – La beso. – Pero, aunque mi cuerpo no esté, estaré contigo en mente.

- Tienes sangre en el labio. – Me informa acariciándolo con uno de sus dedos. – Eres un

loco insensato. – Sonríe.

- Te quiero. – Cuantos años sin decir esas palabras tan bonitas y duras a la vez para mí. Pero no puedo dejar de decirlas ahora que mi alma las ha escupido frente a la única persona que ha cubierto de luz mis sombras.

- Jamie. – Se ríe. – ¿Estás seguro?

- Segurísimo. – Asiento con ahínco.

- Pues yo también te quiero. – Me besa con pasión. – Dios, me vuelves loca. ¿Vamos a casa? – Su invitación esconde algo más. Digo que sí con la cabeza impaciente. Me agarra de la mano y tira de mí, pero una voz conocida me detiene.

- ¡James! ¡Cómo tú por aquí!

- ¿Arthur? – Mi amigo aparece con la tal Megan de la mano. ¿Se la ha follado? Parece que no soy el único encandilado con una Caribbean girl. – Me he quedado a dormir con mi chica, ¿y tú?

- ¿Tu chica? – Me mira extrañado. Megan me saluda y saluda a Sue. Sue saluda con poco entusiasmo a Arthur y coge de la mano a Megan. Las chicas van hacia dentro del apartamento, mientras Sue le va contando a Megan lo que ha pasado con Albert. Mary también las espera desde la puerta del portal para saber todo. Vuelvo mi atención a mi amigo. – ¿Vais en serio?

- Sí, ¿por?

- ¿Te ha hablado ya de lo de su trabajo?

- No Artie. Pero nada cambiará lo que siento por ella. Me estoy enamorando de ella y con más fuerza que nunca. – Las chicas nos llaman desde la puerta del portal y les hacemos un gesto para indicarle que tardaremos unos minutos. – El domingo hablaremos de todo eso.

- El domingo...

- Sí, eso me ha dicho ella. – La cara de amigo denota preocupación. – ¿Tan grave es, Artie?

- No, no, para nada. Sólo es algo para lo que debes ser... abierto.

- Sabes que soy abierto, Artie. Si hace falta lo seré más por ella. Pero dime que piensas que lo nuestro puede funcionar, porque lo necesito de verdad. Creo que puedo superar toda mi mierda gracias a ella.

- ¡Claro que sí, amigo! – Arthur me abraza y yo le devuelvo el gesto. – Te irá bien. ¿Le has hablado ya de Sussie? – Mi respiración se corta. Sussie...

- No. – Rompo en seco y me separo.

- Jamie, tranquilo. Ya habrá tiempo para que ambos os sinceréis.

Entramos al apartamento de Sue y paso la mañana con ella y con las chicas, incluyendo a

Arthur. Sue parece una nueva mujer después de haberle confesado mis sentimientos por ella. Me regala besos, miraditas y caricias a cada instante.

Para almorzar, Arthur y yo decidimos invitarlas a comer a un restaurante argentino y llamamos también a nuestro amigo Carl para que nos acompañe, que accede encantado.

Creo que Carl y Mary hacen buenas migas durante el almuerzo, pero no estoy seguro, porque me paso la comida entera haciendo tonterías con Sue. Pero harían una buena pareja de rubios.

Sue me da de comer como si fuera un niño. Se divierte con mi cara. Le gusta provocarme para que abra la boca y llevarse el trozo de carne finalmente a la suya. Pasamos un bonito rato juntos que termina con una despedida hasta el domingo cuando las chicas nos informan que se tienen que ir para arreglarse para ir al trabajo.

Los chicos y yo nos quedamos un rato más y planeamos cómo va a ser el secuestro de Tim en su casa. Ya hemos hablado con Liz, su prometida, y todo está en orden. Lo único que no sabemos es a dónde iremos. Esa información sólo está en poder de Arthur. Pero Carl y yo insistimos tanto que al final nos lo cuenta.

- Vamos a ir al "Poisoned Apple". – Nos dice. ¡Joder! – He reservado una limusina para ir y volver.

- ¿Vamos a ir a un maldito prostíbulo? – Pregunto indignado.

- No es sólo prostíbulo, James. – Me dice con su dedo acusador. – Nosotros iremos a la zona de espectáculos eróticos, sólo eso. Apuesto a que no sabes que hay uno.

- Mmm, pues no. No voy a esos sitios, Arthur.

- Pues ya sabes. Espero que por ver un buen par de tetas y un chochito desnudo no te vayas a escandalizar como un puritano en apuros. – Me increpa molesto.

- ¡No soy un puritano en apuros! ¡Me parece genial ver a una tía desnuda, gilipollas! Pero no me pienso follar a una puta, Artie.

- ¡Te he dicho que vamos sólo a la carpa de espectáculos eróticos! Además, tenemos hecho un buen precio. – Levanto la ceja y voy a preguntarle cómo cojones lo ha conseguido, pero me calla. – No preguntes más, James. – Decido callarme. – Pues nos vemos mañana a las siete de la tarde en casa del marica de Tim. – Carl y yo asentimos.

Después me voy a casa con la mente puesta en Sue y en todo lo que hemos avanzado en tan poco tiempo. El domingo va a tener que hablar conmigo. Si no quiere hablar del trabajo se lo concederé porque yo también tengo información que retengo en mi posesión porque no me siento preparado para compartirla. Pero me va a tener que explicar qué cojones le pasa con su cuerpo y su desnudez.

Me ducho, veo una peli, ceno y me acuesto mirando la foto de Suzanne en mi móvil.

Insignificante

La cara de mi amigo Tim no tiene precio cuando nos metemos en su casa sin previo aviso, lo metemos en la ducha y le damos una ducha entre todos, con enjabonamiento de sus partes íntimas incluido. Le lavamos el pelo. Lo sacamos, lo secamos y lo vestimos. Tim se muere de la risa mientras contempla el traje negro con rayas diplomáticas plateadas que hemos preparado para él. Los demás vamos también de traje y con corbata, pero la corbata es lo único plateado que llevamos, el traje nuestro es negro. Lo sacamos a la fuerza de la casa y prometemos a Liz que lo devolveremos sano y salvo.

Estoy pletórico y feliz de haber venido finalmente. A pesar de que lo he dudado en varias ocasiones por Sue, pero va a ser una gran noche entre amigos y puedo asegurar que no engañaría a Sue con ninguna mujer de la faz de la tierra.

En la limusina canturreamos algunas de las canciones más tontas de nuestra adolescencia y nos tomamos un par de copas cada uno. Sólo un par de ellas, aunque pierdo la cuenta de los chupitos que llevamos al quinto que engullimos.

Llegamos al “Poisoned Apple” y la boca de todos se abre hasta desencajarse. Es una mole espectacular llena de lucecitas rojas sugerentes. Me alegra constatar la cara de sorpresa que también pone Arthur, significa que tampoco ha venido aquí antes. Pasamos por la recepción, en donde damos nuestros nombres, nos buscan en una lista y nos hacen pasar hacia la carpa de la izquierda. A todos se nos va los ojos unas cuantas veces por culpa de alguna mujer escasamente vestida de una forma muy sugerente.

Y, de repente, aquí estoy. Frente a la enorme carpa de espectáculos eróticos. Y no, no estoy alucinando. Sé leer perfectamente y ahí pone Caribbean Blue. Miro a Arthur. Él me mira y me evalúa. ¡Él lo sabía! Y... Ella también. ¡Habló con él el otro día! ¿Lo han acordado? Ella sabía que hoy sería el día que lo averiguaría... Por eso insistió en hablar de todo mañana domingo. Estoy en shock. Quiero y a la vez no quiero saber lo que voy a ver ahí dentro. Lo único que guía mis pasos es que se lo debo a Tim porque es su despedida de soltero y también que ella quería que lo viera con mis propios ojos para evaluar la situación. Y tengo que hacerlo. Confío en ella y confío en Arthur. Aunque también recuerdo que Sue quería evitar por todos los medios que yo viniera a esta despedida. Tiene miedo... porque, me quiere. No quiere perderme y tengo que demostrarle que yo hablaba en serio cuando le dije que no huiría cuando lo averiguara. Sé lo difícil que ha sido la vida para ella también y no quiero juzgarla sin conocer toda la historia por completo. Me armo de valor y entro hasta la recepción cuando veo a todos mis amigos entrar y mirarme extrañados de que no avance en mis pasos.

En recepción nos informan de que gracias a Sue tenemos un buen descuento y no sé si eso ha salido realmente de ella, porque realmente quería que viniese con mis amigos y destapase de una vez sus miedos para enfrentarlos, o es que Arthur la ha amenazado para que me lo cuente de una vez, porque él me conoce bien y sabe que me estoy pillando por ella, y mucho.

- ¿Vamos? Las chicas estarán en la barra, seguro que querrán invitarnos a alguna copa. –

¿Ella es camarera? Bueno, eso podré soportarlo, ¿no? Trago saliva, asiento y entramos los cuatro juntos.

Unas tetas que no conozco nos guían hasta una mesa en primera línea y yo elijo el asiento que está más en la penumbra. No sé cómo va a afectarme lo que voy a ver. Mis amigos están pletóricos y haciendo bromas sobre el asunto. No saben nada de mi estado de confusión, sólo Arthur. Yo miro a todos lados, especialmente hacia la barra, para buscar a mi chica y no la veo por ningún lado.

Otra mujer se acerca a nuestra mesa. ¡Oh, joder, es Megan! Vestida con un mini vestido transparente negro, pezoneras del mismo color y un minúsculo tanga. Me tenso. ¡No le mires a las tetas, Bennett, por lo que más quieras! Me digo mientras nos sirve champán en nuestras copas. Consigo no mirarle las tetas, pero todo se me va de las manos cuando se agacha frente a mí para decirle algo al oído a Arthur y me planta ese culo en la cara. ¡Joder, cómo está! ¡Cierra los ojos, Bennett! Imposible... Arthur le da un cachete en el culo y ella se va entre risitas. ¿Es eso lo que hacen los clientes con mi chica? Me tenso aún más y continúo con la expedición al local con la vista. ¡Dónde cojones está! ¡Me estoy poniendo nervioso! ¿No va a saludar siquiera?

- ¿Estás bien? – Me pregunta Arthur. Asiento mientras doy un gran trago a mi copa de champán. – Bien, vamos a disfrutar de la actuación entonces.

Las luces se apagan y yo trato de buscar a Sue tras la barra una vez más, ya que ahora está llena de camareras en paños menores. No la veo por ningún lado. Al fin enfoco mi mirada en el escenario que hay frente a mí cuando escucho unos silbidos del público.

Cuatro focos blancos enfocan a cuatro chicas, dos a cada lado del escenario, cada una sentada sobre una gigante copa de Martini llena de agua ataviadas con un minúsculo vestido blanco, pero pomposo, tipo cabaret. Rápidamente las estudio de arriba abajo y estoy prácticamente convencido de que ninguna de ellas es mi Sue. Me relajo un poco, pero sigo preguntándome qué demonios hace ella entonces en este lugar.

Un hombre con acento caribeño se planta en mitad del escenario para darnos las buenas noches. Yo pienso en que debe ser el tío de Sue. Nos hace un breve resumen de lo que serán las actuaciones comunes y que, según él dice, después podremos disfrutar de actuaciones privadas aquellos que tengan un reservado en la zona subterránea. Miro a Arthur instintivamente. Necesito saber si tenemos un reservado de esos. Mi amigo asiente sin tener que preguntarle y yo suspiro con fuerza.

No sé qué sentir ante todo esto. ¿Me lo esperaba? Pues no. Me preparé para lo peor cuando la conocí, y no fue tan duro porque estaba convencido de que sólo quería sexo con Sue y que, después de tenerlo, ella seguiría su camino y yo el mío. Pero ahora estoy totalmente involucrado con ella. Y, aunque decidiera dejarla después de lo que vaya a ver esta noche, seguiría preocupándome por ella porque ya forma parte de mí, de mi piel y de mi vida. Aunque alguno de los dos se alejara del otro, ella ya ocupará un capítulo muy importante en el libro de mi vida. De hecho, ya le pertenece el capítulo que he titulado “De vuelta al mundo de los vivos”. Porque eso ha significado ella para mí. Volver a creer en la vida. Y yo quiero una vida que poder vivir... junto a ella. Y soy muy consciente de que también podría dedicarle el capítulo de “Los

mejores polvos de mi vida”, a pesar de que todavía guardo ciertas expectativas con ella en ese aspecto.

Pero no estoy seguro ahora mismo de que todo eso sea posible. Ella no quería que la juzgara por su trabajo y yo la convencí de que no lo haría. Pero inconscientemente lo estoy haciendo. Bueno, no. No pienso nada diferente de ella. Sigue siendo la misma para mí. Es sólo que, la perspectiva de todo ha cambiado. Ahora que miro el paisaje de Sue en panorámica me doy cuenta de que va a ser jodidamente complicado para mí hacer como si nada con ella.

Comienza a sonar una música sugerente. Está bien, Bennett, relájate. Ella es sólo una camarera, seguro. Y no es ninguna de las cuatro chicas que está ahí, sobre el escenario. Así que no es tan grave, hombre. Disfruta del espectáculo. Esas tías están como quieren.

La música de un violín y un violonchelo envuelven el ambiente y las chicas empiezan a contonearse de una manera muy sensual sobre sus respectivas copas de Martini mientras se van quitando lentamente la ropa. ¡Guau! ¡Es muy erótico verlas mojarse en el líquido! Su piel se vuelve resbaladiza y sus manos se frotan por todo su escurridizo cuerpo. Me hacen imaginar mis manos en su lugar. ¡No, no, no! ¡Estoy a medio camino de una erección! ¡Bennett, respira! Así, eso es, así. Ya está controlada. La música acaba con las cuatro chicas completamente desnudas cada cual con una pose sexi y femenina en el interior de sus copas y yo estoy muy orgulloso de que mantengo a mi polla a raya.

Aplaudo. Me estoy relajando, sí. Este sitio es un deleite para la vista y los sentidos en general. Arthur me mira y me guiña. Yo le sonrío. ¡Estoy bien! ¿Ves? ¡Puedo con esto, capullo! Mi chica estará por ahí sirviendo copas en paños menores, pero no es una de esas cuatro que acaparan toda la atención y, aunque lo fuera, son cuatro y se reparten el protagonismo. Además, ha sido más artístico de lo que me imaginaba que sería un espectáculo erótico. Sólo una tiene tetas de plástico, y son bastante elegantes en sus movimientos.

Estoy bebiendo un trago de mi copa de champan cuando otro foco nos guía la atención hacia el techo del escenario. ¡Joder! En un aro enorme hay una chica sentada. No, no es una chica, esa es mi chica, es Sue. Está preciosa. Vestida con un corsé y una falda voluptuosa de volantes de color carne. Guantes de encaje beige y medias a medio muslo del mismo color. Ella está mirando hacia el suelo. ¡Dios mío! ¿No hay red? ¡Qué coño hace a esa altura sin protección! ¡Tendrá al menos un arnés! No, no lo tiene. Me tenso mucho, muchísimo. Y todavía está quieta. Ella debe saber que estoy aquí, entre el público. ¿No le pondrá nerviosa? Concéntrate nena. Espero que sólo esté sentada ahí mientras algún tipo de mecanismo la baje hasta el suelo. Y espero que no tarde mucho en hacerlo o me va a dar un ataque de verla ahí, tan alto, sin ningún tipo de protección.

Reconozco la versión de Muse de “I’m feeling good” cuando empieza a balancearse. Su rostro parece sereno y está guapísima. La miro extasiado. Parece como si flotara en el aire. Sus preciosas piernas se mueven, danzan por el aire y se enredan a dos largas telas que penden desde el aro sobre el que está ella colgada en las alturas hasta el suelo, mientras la parte suave de la canción suena y de repente, justo cuando la canción rompe, cae desde una altura de no menos de cinco metros en picado. Ahogo un grito y me levanto instintivamente, pero me doy cuenta de que ha sido un gesto ridículo cuando su caída se frena en seco gracias a las telas y a la fuerza que ella ejerce en ellas. Disimulo mi nerviosismo y vuelvo a mi asiento, carraspeando la garganta.

Mi diosa comienza a trepar por las telas moviéndose con movimientos sensuales hasta la locura, trepando hasta lo más alto de nuevo. Sus preciosos pies se enredan en esas dos largas telas y se abre de piernas con toda la facilidad del mundo, después se cierra, se enrolla en las telas todo el cuerpo y sólo puedo ver esas piernas de vértigo mientras ella va quitándose las medias poco a poco, lenta y provocativamente. Todos los hombres silban. Sí, es lógico, no hay piernas como esas en todos lados. Ella dedica una coqueta mirada a la audiencia mientras tira al suelo sus medias. ¡Qué sexi es! ¡Estoy cachondo como un perro en celo y lleno de rabia a la vez! ¡Le partiría la cara ahora mismo a todos los que lo están también al contemplar a MI chica!

Sue cae en picado de nuevo y doy un respingo en mi asiento, pero nada pasa. Vuelve a quedarse enganchada en las telas con su cuerpo enganchado por los brazos a ellas. ¡Mierda! Su corsé cae al suelo y su pecho queda cubierto sólo por un minúsculo sujetador gris de seda. ¡Dios, qué torso! ¡Por qué cojones no quería mostrarme esa maravilla! Está suspendida de las telas como si estuviese crucificada. Con sujetador y la pequeña falda voluptuosa de volantes. Se contonea desprendiendo llamaradas de sexo como el animal exótico que es. Me estoy poniendo malo. Si la deseaba antes, esto ya me va a hacer enloquecer. Quiero follármela hasta que alguno de los dos se rompa. Salvajemente. ¿Le estará provocando eso mismo a los demás? No puedo mirar a mi alrededor para comprobarlo, no puedo despegar mis ojos de ella. Mi control, mi lado racional y mi parte respetuosa por cualquier espécimen vivo cae en picado en dirección al mismísimo centro de la tierra. Ahora estoy dominado por completo por mi instinto animal. ¡Ay Sue! ¡Qué voy a hacer contigo!

Vuelve a subir enrollando las telas a sus piernas, quitándose los guantes por el camino. Es una puñetera diosa. De pronto se abre de piernas suspendida en el aire y su falda cae al suelo de nuevo. Ahora ya sólo le quedan el tanga gris y el sujetador del mismo color, y casi se confunden con su piel. Duele mirarla. Es tan perfecta que hace que me sienta el bicho más insignificante de la maldita tierra. Y se mueve. Se mueve de una forma sobrehumana suspendida en el aire. Una sirena del aire. Una diosa del viento. Todos los allí presentes gritan envueltos en furor por ella... por mi chica. Por mi diosa, más bien. No voy a estar jamás a la altura de un ser así. Pero, de repente, me acuerdo de que ella me ama y mi pecho entra en ebullición también.

Lentamente se deja caer hasta el suelo, o más bien hacia el interior de otra copa de Martini que está en el centro del escenario. Con un movimiento de caderas que siento como palpitations en mi polla baila dentro de su copa. Está mojada, está resbaladiza. Desliza sus manos por sus tetas, por su sexo ahora húmedo. ¡Joder, joder, se le transparenta todo! Su larga melena esparce agua por todos lados mientras se mueve seductoramente. Me va a dar un infarto.

Sale del agua y se acerca hasta el borde del escenario toda mojada y con mirada felina, y entonces me doy cuenta de que siguen las cuatro chicas del principio allí, pero simplemente, ni me había percatado de ellas. Aunque estén desnudas. Sólo Sue brilla de esa forma tan sobrenatural.

Las chicas comienzan a sobar el escultural cuerpo de Sue, una de ellas incluso introduce la lengua en la boca de la mujer que me está poniendo cachondo a niveles insanos. Y justo cuando la canción está a punto de terminar, las cuatro mujeres que toquetean a mi chica, tiran de su ropa interior haciéndola añicos y dejándola completamente desnuda. Sus tetas perfectas y su cuerpo de vértigo provocan una ovación en el público. ¡Menudo dolor de polla tengo! Esta imagen se me va a quedar grabada en la retina para toda la vida, lo sé.

Las luces se apagan, gracias a dios, y ya no se ve nada. Necesito una puta copa. Algo fuerte. Arthur me mira y sé por cómo lo hace que tengo que tener mala cara. Ahora mismo no sé si es porque lleve mal el trabajo secreto de Sue, ahora mismo no puedo pensar, toda la sangre de mi cuerpo está agolpada en una parte de mi cuerpo y no es la cabeza precisamente.

Antes de que Arthur me diga nada me levanto y me voy a la barra. No tengo ganas de hablar, estoy en shock y me da completamente lo mismo que todo el mundo vea mi tremenda erección. Estoy completamente seguro que no soy el único que se ha empalmado viendo a Sue, aunque sea el único que tenga verdaderos motivos para hacerlo. Ella es mi novia, joder.

En la barra una morena muy guapa y con unas tetas de plástico me pregunta qué quiero beber y me guiña. Le pido un whiskey doble con hielo, con una sonrisa falsa pintada en la cara y escucho sin querer una conversación que se está produciendo entre dos hombres junto a mí.

- Ha sido brutal. – Dice uno de ellos. – La morena esa me ha puesto tan cachondo que casi me corro sin siquiera tocarme. – Sé que está hablando de Sue. He de admitir que ha sido espectacular. Pero lo que escucho me deprime. Estoy a punto de decirles que están hablando de mi novia y que se metan sus comentarios por el culo, pero en lugar de eso, intento escuchar más. – Tenemos que averiguar cómo se llama y pedirnosla para el reservado. – ¡¡¡Qué!!! ¡Ni hablar! La camarera llega con mi copa y le pago las jodidas treinta y cinco libras que me cobra rápidamente.

Tengo que evitar que Sue se vaya a algún reservado con algún asqueroso de estos.

Cojo mi copa y doy un largo trago mientras voy rápidamente hacia la entrada de la carpa, hacia la recepción. Una vez allí un chico cachas me mira sonriente y me pregunta qué quiero.

- Quiero a Suzanne Allen en mi reservado después. – Exijo.

- Señor, he de informarle que la señorita Allen es la más cara de todas las artistas. – No me sorprende.

- Me da igual. Lo que sea lo pagaré. ¿De cuánto estamos hablando?

- Dos mil libras, señor. – ¡Joder! – Y la tendrá a su disposición una hora entera. – A mi disposición... o a la disposición de cualquiera que pueda pagar esta pequeña fortuna. Asiento tratando de que no se me note el nudo que tengo en la garganta. – Dígame a qué nombre está su reservado, señor, y la apuntaré para que su reserva quede lista.

- Arthur Morris.

- ¡Ah, sí, aquí está! Mmm, pues tiene descuento especial por ser cliente vip. – ¿Cliente vip? ¿Será cosa de Sue? El tipo me mira sonriente, pero al ver mi cara de entierro se vuelve a poner serio. – Serán entonces mil quinientas libras. ¿Pagará con tarjeta?

- Eh, sí, aquí tiene. – Saco mi tarjeta. Una música comienza a sonar y las luces se vuelven a apagar. Miro hacia el escenario y suspiro.

- Estupendo, señor... Bennett. – Dice leyendo mi nombre en mi tarjeta. – Disfrute de su espectáculo. Me temo que tendrá que esperar una hora más para disfrutar de la señorita Allen en privado. – Dice encogiéndose de hombros. Yo sólo asiento impasible. Siento un pequeño vacío en

mi interior que comienza a crecer a marcha forzada. – Tome asiento. Ahora viene la mejor parte del espectáculo general. – ¿La mejor parte? No sé qué puede hacer mi novia ya para superar el haberse desnudado delante de todos estos tiburones. Y automáticamente vienen a mi mente muchas más ideas mucho más escabrosas. Sacudo la cabeza para intentar alejarlas de mi mente.

- Gracias, adiós. – Vuelvo a mi asiento.

- ¡Eh! ¡Dónde estabas! – Preguntan Arthur y Tim a la vez cuando llego.

- Reservando a la artista que acaba de actuar para que luego nos alegre la vista en nuestro reservado. – Les informo. Arthur me mira raro. Tim aplaude contento. Sé que él no sabe nada de mi historia con Sue. Y Carl no dice nada. Ni siquiera creo que la haya reconocido. Sólo la ha visto un rato ayer mientras comíamos.

- ¡Joder, gracias tío! – Dice Tim. – Espero que me haga un desnudo integral solo para mí. ¡Cómo está la cabrona! ¡Me la ha puesto durísima! – Aprieto los labios y se me arruga el corazón, pero no digo nada. Le muestro una sonrisa falsa y asiento.

- ¡Tío, no seas así! – Le regaña Arthur y yo le freno con la mano indicándole que todo está bien.

- Vamos Arthur, Tim tiene razón. La chica es mona y sabe moverse. – Digo indicándole así a Arthur que no quiero que nombre nada de mi historia con Sue ahora mismo. Es la despedida de nuestro amigo y no es justo jodérsela.

- ¿Mona? ¿Moverse? – Dicen Carl y Tim a la vez. – ¡Está tremenda! – Los focos sobre el escenario nos hacen saber que el espectáculo continúa. Nos callamos para observar en silencio.

Una rubia hace aparición en el centro del escenario y yo, por primera vez desde que entré en la dichosa carpa Caribbean Blue, me relajo, y lo hago porque simplemente no es Sue. Ahora que la miro bien es Mary. ¡Oh vaya, la voy a ver a ella desnuda! En fin, verla a ella exhibirse así me da igual. Comienza a sonar la canción de “All that jazz” del musical Chicago y Mary comienza a contonearse sobre una silla. No lo hace mal, pero nada que ver con Sue, para mi desgracia.

Aparecen más chicas a ambos lados de los escenarios y las examino automáticamente de forma minuciosa. ¡Ufff, no está Sue! Con suerte ya no saldrá más. Si es así, no ha sido para tanto. Apenas unos segundos de desnudo. Eso es Bennett, alégrate anda, ya está, es sólo un desnudo breve y el resto de su actuación la verdad es que ha sido muy artística. Claro que lo ha sido. Ahora que lo pienso, ella tiene su habitación llena de fotografías con temática circense. Me dijo que le gustaba el circo. Quizá es eso lo que le seduce de un trabajo como éste y no ser el objeto sexual de inspiración de tanto hombre hambriento por llevársela a la cama. ¡Para, Bennett! ¡No vayas por ahí!

Las chicas van desnudándose mientras bailan sobre sus sillas. Es erótico, pero no me la ponen tan dura como me la ha puesto Sue.

- ¿Estás seguro de querer que sea ella la que nos haga el striptease en el reservado? – Me pregunta Arthur en el oído.

- No quiero que se lo haga a otros desconocidos que yo no pueda controlar. – Respondo

serio, tenso y sin mirar a los ojos a mi amigo.

- Vale, lo entiendo. Pero que sepas que ella va a tener que hacer su trabajo completo, James.

- No voy a poner objeción alguna, Arthur. No te preocupes por eso. – Le tranquilizo todavía sin poder mirarlo.

- ¿Estás bien, Jamie? – Al fin lo miro.

- No te preocupes por mí. – Siento una vibración en mi pantalón. Es mi móvil. Lo miro con el pulso tembloroso por si es ella. Y lo es.

“Hola”. Me escribe simplemente. Me quedo observando su mensaje sin saber qué hacer.

“Hola”. Decido contestar cuando soy consciente de que puede estar mirándome desde algún sitio en la penumbra y sabe que he leído su mensaje. Rápidamente veo que está escribiendo algo más.

“¿Qué tal estás?” Suspiro y miro al cielo. No sé qué contestarle, ni siquiera he podido responderme a esa pregunta a mí mismo.

“Estoy viendo un espectáculo interesante”. Contesto. Ella vuelve a escribir.

“Eso lo sé. Me refería a cómo te sientes”

“Me siento... insignificante. Creí que no podías usar el móvil en el trabajo.” Contesto y ya estoy completamente centrado en la conversación con ella. Aunque tenga a cinco tías buenas desnudas y mostrando todos sus dotes sin pudor alguno sobre el escenario.

“Y no puedo, pero... me he querido arriesgar. ¿Me vas a dejar?” Su pregunta es como una bala que va directa al centro de mi corazón. Ahora comprendo sus miedos perfectamente. Pero, la cuestión es, ¿la voy a dejar? Me vuelve a escribir mientras yo miro la pantalla del móvil sin saber qué contestar. **“Aunque lo hagas te querré”**. Una gota de agua cae en la pantalla de mi móvil ¿Qué cojones es esto? ¿Estoy llorando? ¡Vamos Bennett, la conoces desde hace menos de dos semanas! Jamás he llorado por una mujer. Pero esta historia con Sue ha traspasado las barreras de lo intenso.

“Yo también te quiero, nena. Vente esta noche a mi casa. Hablaremos mañana mejor”. Contesto sin pensarlo. Necesito hablar con ella. Necesito hacerle el amor y luego follármela a lo bestia, o al revés, y besarla, sentirla... la necesito en privado y en intimidad para mí, para darle todo mi amor y mi pasión, aunque duela, aunque sea una maldita vez más.

“Vale. Tengo que dejarte. Me toca salir. Te quiero. XXX” Oh, no. Va a volver a salir. Acaricio con mi dedo pulgar los tres besos sobre la pantalla y me guardo el móvil.

Todo el mundo está aplaudiendo así que me uno al aplauso. Se vuelven a apagar las luces y doy un largo trago a mi whiskey, con la tonta ilusión de que eso me ayude a estar preparado para lo siguiente que haga Sue.

Ni contigo ni sin ti

El foco la ilumina a ella y, aunque no hubiera foco, su propia luz lo iluminaría todo. Va vestida con un traje rojo y negro de encaje. “El tango de Roxanne” versionado por Moulin Rouge comienza a sonar y ella comienza a bailar un apasionado tango con una barra de pole roja con incrustaciones de brillantes. Primero desde el suelo y con ropa, sensualmente acariciando la barra, le mordería los labios esos entreabiertos ahora mismo, me da igual el público. Después, cada vez con menos ropa, comienza a dar giros imposibles desde lo alto de la barra, hasta quedar en ropa interior. Otra vez siento mis pantalones explotar al verla moverse así. Se desliza lentamente hasta caer al suelo y me doy cuenta de que tengo la boca hecha agua. Dos hombres salen al escenario, interpretando una pelea por ella. Me siento impotente mientras le arrancan las bragas y el sujetador y desaparecen del escenario para dejarle de nuevo el protagonismo a ella. Completamente desnuda, salta sobre la barra y queda suspendida en el aire con el único apoyo de sus manos sobre la barra. Gira, se abre de piernas, ¡dios, se le ve todo! Aprieta sus muslos alrededor de la barra, como si se la estuviera follando. Su culo, ¡joder, qué culo! Ese culo se mueve de forma diabólica y recuerdo ese mismo movimiento sobre mí cuando me la follé en el baño de aquel bar por primera vez. Otra vez una erección de espanto. Se tira al suelo y se restriega. ¡No! ¡No te abras de pier... mierda! Se toca, su cara es la cara del maldito placer y su respiración acelerada por el esfuerzo, es demasiado deseable. Me revuelvo incómodo en la silla. ¿Me estoy tocando? No, sólo estoy intentando bajar como sea este bulto. Sue se levanta de nuevo, salta y se engancha a la barra y gira. Gira como un diablo de lujuria y sexo ardiente. Se restriega con la barra mientras sube, y sube, y sube y... de repente, se deja caer desde una altura considerable para frenar su caída en seco justo antes de darse contra el suelo. Yo grito y no es por el susto. ¡Acabo de correrme en los putos pantalones!

Esto es demasiado. Menos mal que están todos demasiado conmocionados con lo que acaban de ver y nadie se ha dado cuenta de mi desfase. Las luces se apagan. Dios, estoy sudando. Necesito otra copa. ¿Qué hago con los pantalones? ¡Al carajo! Tengo cosas más serias de las que preocuparme.

Después de esta actuación no apta para personas con problemas de corazón, otra actuación o puede que dos más acontecen ya sin Sue. No sé cuántas son, porque simplemente no presto atención. Estoy intentando respirar con normalidad. Me tomo otro whiskey solo y después nos indican que es hora de ir a nuestro reservado. La tortura aún no ha acabado. Pero quiero ir. Necesito ver en qué consiste todo esto hasta el fondo del asunto. Sólo así podré saber bien a qué me enfrento.

Nos llevan a una pequeña habitación, toda de rojo y llena de espejos. Con unos asientos pegados a la pared y... ¿una cama? ¡Ay, no, no, no! Me está doliendo el pecho. Hay una barra en medio de pole dance. El chico que nos ha traído nos informa de las reglas.

- Acomódense a su antojo. Recuerden, está prohibido tocar a la artista, salvo petición expresa de la misma. – ¡Al fin una puta buena noticia! Mis amigos asienten. – Sólo pueden mirar y disfrutar de la vista de la forma que quieran. Si van a masturbarse, por favor, usen las toallitas que

hay en esa mesa. – Joder... voy a llorar. ¡Me cago en la puta! – Y, ante todo, nada de hacerlo sobre la artista. Hay cámaras de seguridad y el espectáculo se interrumpiría en el acto. Tienen incluido en el precio del show todo el champan que quieran durante la actuación. Bien, que lo disfruten.

Cierran la puerta y yo me voy directamente a la botella de champan. ¡Qué duro está siendo esto! También está siendo excitante, no lo puedo negar, pero más duro que otra cosa. Me llevo la copa de champan conmigo y me siento en una silla. Arthur se sienta en el asiento más cercano a mí.

- Tranquilo Jamie. Sólo serán un par de bailes o tres y como ves no podemos tocarla. – Lo miro pidiéndole que cierre el pico. – ¡Eh! ¡No me mires así! Por favor, trata de abrir la mente, de relajarte y disfrutarlo. Por Tim y por ti.

- Arthur, te aseguro que estoy haciendo más que un esfuerzo por conseguir todo eso. Por ahora no he montado un numerito ni nada por el estilo. Pero no te voy a negar que me estresa mucho, ¡muchísimo! que mi novia se desnude y se mueva de esa manera ante la mirada hambrienta de todos estos cabrones.

- Ya, entiendo, pero al final el único cabrón que se la folla eres tú.

- ¡Ya! ¡Lo sé! Es a lo único que puedo aferrarme. – Me masajeo la frente.

- ¿De qué habláis tíos? – Pregunta Carl acercándose.

- Nada, ponte cómodo. – Le digo. Tim decide sentarse sobre la cama y yo lanzo bocanadas de aire por la boca para tratar de serenarme.

Una música entra por el hilo musical. ¡Ja! “Love on the brain” de Rihanna. He pensado en Sue escuchando esta canción estos días atrás. Se abre la Puerta y ahí está ella. Mi Sue, la mujer por la que podría morir. Y la verdad es que ahora mismo estoy en medio de una sensación de caída libre al abismo por su culpa. Entra sin decir nada y se va directamente a la barra. Pero me mira. Sólo a mí. Y decido pensar por un rato que no hay nadie más en la habitación, tan sólo ella y yo, y que está bailando sólo para mí. Con un minúsculo camisón de satén rosa.

Qué bonita es. Mueve su melena como una ninfa peleando contra el viento. Se enrosca en la barra y sus sensuales movimientos consiguen hipnotizarme por completo y dejar mi estrés a un lado. La quiero, joder, la quiero. Y no puedo evitarlo.

Quiero que me quiera sólo la mitad que yo la quiero a ella. Me sigue mirando, únicamente a mí. Eso es, nena, tú y yo. Esta unión tan fuerte no es sólo cosa mía. Existe. Estamos embrujados por el mismo hechizo y, aunque las circunstancias no nos acompañen, lo superaremos. Tenemos que hacerlo.

La canción termina y ella sigue con el camisón puesto. Bien. Comienza a sonar “Partition” de Beyoncé y sé que con este ritmo no será tan benevolente. Y no me equivoco.

Se agacha dejando su precioso trasero a la vista, ¡otra erección! Se acaricia las piernas mientras mueve su melena como una fiera dominada por la pasión.

Se acerca a Arthur y le pide con la mano que le baje un tirante del camisón. Suspiro y

Arthur le obedece. Después se acerca a Carl y le pide que le baje el otro. Lo hace gustoso. El camisón se mantiene en su sitio aún tan sólo por el sustento que suponen sus perfectas tetas. Ahora lo puedo decir, tiene unas tetas de infarto.

Se aproxima a Tim que está sentado en el borde de la cama con la boca abierta y le hace un gesto para que tire de su camisón hacia abajo. También obedece como es normal. Y ahí está esa fiera; en tanga y sujetador de encaje negro transparente. Me esfuerzo por mantenerme sentado en la silla y no abalanzarme sobre ella. Y si lo consigo es porque es ella quien viene hacia mí.

Se acerca y se abre de piernas para bailar sobre mí. Moviéndose como ella sabe que lo tiene que hacer para volver a un hombre loco. Su cara es la cara de la lujuria. Se me hace la boca agua. Levanto la mano. Necesito tocarla ya. Pero con su dedo me dice que no. Es verdad. Tiene que ser ella quien acceda a que le toque.

Creo que estoy empezando a disfrutar de este juego y me cuesta admitirlo.

- ¡Eh! ¡Yo soy el de la despedida! – Grita Tim. Ella me acaricia el mentón con el dedo hasta llegar a mis labios. Estoy embrujado.

- Te quiero. – Gesticula con su boca carnosa. Se gira y va hacia Tim. No... no te me alejes.

Hace sólo un movimiento breve sobre Tim, otro sobre Carl y otro sobre Arthur, para volver a subirse sobre mí, pero esta vez de espaldas. Tengo su culo moviéndose con rabia en mi cara y me estoy olvidando de respirar.

Vuelve a por Tim y pone las manos de mi amigo sobre su sujetador, exactamente sobre sus senos. Gruño. Pero le hace soltarle enseguida. Se va hacia Carl y le pide que le desabroche el sujetador, que con placer la obedece.

Con el busto al aire contonea un poco las tetas frente a Arthur. Creo que me estoy empezando a relajar y a divertirme de verdad, sobre todo al ver la cara desencajada que ponen todos. La desean, pero ella es sólo mía y eso, contra todo pronóstico, me divierte y me excita todavía más.

Carl se está tocando por encima del pantalón y aguanto la risa. Esta despiadada mujer nos está desquiciando a todos.

Sue vuelve a estar delante de mí y de espaldas. Mueve las caderas con golpes secos y coge mis manos para ponerlas sobre sus nalgas. El contacto es tan ardiente que siento fuego salir de mis manos. Introduce mis pulgares en la minúscula goma de su tanga y me pide que tire de él hacia abajo. Sabe lo que me está pidiendo. Si accedo será prueba superada. Si no lo hago, tendremos una barrera insalvable. Pero quiero hacerlo. Por encima del miedo que tengo a que todos los aquí presentes la deseen tanto como yo, tengo una necesidad aún mayor de desnudarla con mis propias manos. Tiro de su tanga hasta el suelo y ella se agacha abriendo sus piernas frente a mí, dejando todo su sexo expuesto a mi vista. Trago saliva. DIOS. No. Puedo. Más. Termina la canción y se separa, volviendo a la barra de baile.

- Vuelvo en unos minutos, chicos. Relajaos. – Y sale de la habitación como dios la trajo al mundo.

Estoy hiperventilando. Tengo otra erección de campeonato. Todo me da vueltas y creo que estoy disfrutando de todo este desasosiego interno de una forma rara que no logro comprender.

- Jooooooder. – Clama Carl. – Estoy a punto de hacerme una paja antológica.

- Aguántate las putas ganas, perverso. – Le grita Arthur. – No me apetece ver tu polla de rubio melenudo y que me baje la libido al suelo. – Me río. Arthur me mira. – ¿Y tú de qué te ríes? ¡Este se quiere pajar con tu novia y te da la risa?!

- ¡Coño! ¡Ese puto bombón es tu novia?! ¡Dime que no es cierto! – Me suplica Tim.

- Es mi novia. – Me hago el digno. Ahora por fin me siento relajado. Ahora estoy empezando a disfrutar del show despiadado que está dando la jodida de mi novia.

- ¡El hijo de puta! – Grita Tim.

- Sí, es un puto cabronazo con suerte. – Añade Arthur.

- ¡¿En serio?! ¿Ésta es la de ayer? – Pregunta Carl y yo asiento. – Mierda, tío, perdona, no la había reconocido...

- Lo sé. – Digo para tranquilizarlo.

- A mí me gustó la rubia. Creo que ha salido antes en una actuación. – Me informa Carl. – Voy a intentar ligármela.

- Tíos, y entonces, ¿nos vamos a seguir poniendo cachondos con la novia de éste? A mí ya me ha cortado eso el rollo. – Dice Tim.

- ¿Por qué no dejamos que terminen el show Bennett y su novia del infierno y luego entramos los tres con otra chica? – Sugiere Arthur. – Así todos estaremos complacidos y este imbécil se podrá ir ya con la jodida de su novia a follar y desahogarse de una vez, porque, ¡Joder, Bennett, vas a sacarle un ojo a alguien con ese bulto! – Me señala la entepierna y me río de mi querido amigo. La verdad es que sería genial. Todos asienten convencidos ante su idea. Joder, al fin Sue sólo para mí. – Pues vamos a elegir a otra. ¡Yo sugiero una con tetas operadas! – Se levantan todos y salen discutiendo sobre cómo quieren las tetas.

¡Está siendo una despedida intensa en toda regla! Me quedo sentado y me estiro el cuello. Necesito sólo un poquito más de relajación, todavía hay mucha tensión dentro de mí, y no lo digo sólo por mi erección.

La canción de “Sunburn” de Muse comienza a sonar por el hilo musical y me preparo para su aparición. Ella entra desnuda, pero con un camisón de tul negro que no esconde nada su desnudez. Mira a todos lados y luego me mira confundida.

- ¿Dónde están todos? – Pregunta.

- Estamos solos, nena. – Digo encogiéndome de hombros y sin moverme, obedeciendo las normas. Ella mira a la cámara de seguridad.

- Eddie corta la cámara. – Ordena.

- ¿Seguro Sue? – Se escucha una voz masculina por el hilo musical.

- Sí, corta. – Guau. Solos de verdad. Veo que el pilotito rojo de la cámara se apaga y ella pulsa un botón en el equipo de música. Después se acerca lentamente hasta mí. Mirándome con cautela. – Espero que te guste esta canción, porque va a sonar hasta que acabe con nuestro show.

- Me encanta Muse. Me encantan las musas. – Digo deseándola también con mis palabras. Me sonrío con picardía.

Se acerca y se abre de piernas sobre mí. Bailando y acariciando su cuerpo sobre mí. Su boca está muy cerca de la mía, casi puedo rozarla. Se pellizca los pezones y me tenso.

- ¿Quieres hacerlo tú? – Asiento desesperado. – Pues hazlo. – Me coloca mis manos sobre su pecho y los aprieto con desesperación.

Mierda, me aprieta mucho el pantalón. Ella gime. ¡Oh, por todos los santos! ¡No puedo más! Comienza a rozar su sexo contra mi erección y gimo con fuerza. Con sus labios rozando los míos. Gimo, no puedo parar de gemir. Me voy a correr otra vez.

- Joder, Sue. – Y me besa. Me besa como jamás en mi puta vida me han besado y enredamos nuestras lenguas sedientas del otro. – Ahhh, Sue, me estás matando.

Sonríe y se levanta rompiendo nuestro precioso contacto. Se quita el camión y la contemplo en todo su esplendor frente a mí. Mis ojos no pueden creer lo que ven, es una maldita preciosidad. Tira de mis manos y me pone de pie.

- Tú llevas mucha ropa. – Me quita la chaqueta y me dejo. Después la corbata, la camisa y comienza a besar mi pecho. Cierro los ojos y trato de serenar mi respiración que está disparada. Cuando los abro está de rodillas frente a mí. Desabrocha mis pantalones y los baja junto con mi ropa interior.

- ¡No hagas eso! – Me ignora y se mete mi sexo en la boca. – ¡Maldita sea! – Le agarro con fuerza del pelo y aprieto los ojos loco de placer. Ella me chupa con fuerza. – ¡Para, por lo que más quieras! – Y lo hace. Se levanta y se tira sobre la cama, llamándome con el dedo.

Le sigo intentando quitarme torpemente los zapatos y los pantalones. Me tiro sobre ella hambriento, cegado por las enormes ganas de meterme en su más profundo interior. Y lo hago de golpe, entro en su cálido y húmedo interior apoyando mis codos a ambos lados de su cara y sin parar de mirarla. Gritamos a la vez. – Ahhhh. Sue, no voy a aguantar. Eres una maldita.

- Vamos, hazme morir de pasión contigo en mi interior. – Me pide. Ufff. Concéntrate Bennett. Puedes hacerlo. La embisto con toda la rabia de mi ser y ella grita, grita de pasión y placer. Es mía. ¡Mía! – Te quiero. – Me obliga a abrir los ojos ante su confesión y le muerdo los labios.

Nos besamos con rabia. Me giro para colocarla sobre mí, deseando que sea ella la que lleve el ritmo y no lo haga tan fuerte como mi cuerpo me está obligando, así al menos aguantaré un poco más. Pero ella se mueve como jamás he visto a nadie moverse. Estoy en completa tensión tratando de aguantar un orgasmo que va a estallar de un momento a otro de una forma descomunal. Me siento para estar frente a ella. Me besa y me tira del pelo. Ufff. Vamos, un poquito más

Bennett. La escucho gemir con fuerza. Sube el ritmo, comienzo a ayudarla empujando de mis caderas hacia ella y besándola como un loco obseso de su piel que soy.

Sue grita fuerte al notarme en lo más profundo de sus entrañas. Echa la cabeza hacia atrás y sé que va a correrse.

- Vamos nena, córrete conmigo. – Y con un movimiento magistral suyo de caderas me arranca de las profundidades de mi ser el orgasmo más brutal que haya podido tener jamás un hombre. Le aprieto contra mí. Ella grita mi nombre cuando también se corre. ¡Dios! No puedo respirar. Me tiro sobre la cama y sigo sintiendo los últimos espasmos de mi tremendo orgasmo, todavía en su interior. Siento su cuerpo caer sobre el mío. Estoy exhausto.

- Ha sido bestial. – Me dice. Asiento con la cabeza, aún no puedo hablar. Comienza a besar mi cuello y mi pecho y yo sigo tratando de recuperar la noción del espacio y el tiempo. Luego me da unas servilletas para limpiarme y se separa de mí. Yo todavía estoy muy sensible por culpa del monstruoso orgasmo que acabo de tener.

- Dime que puedes venirte ya a casa conmigo. – Consigo decir y la observo esperando su respuesta.

- Sí, he cancelado todos los demás shows.

- ¡Oh, gracias al cielo! Pues vamos, pediré un taxi. – Me levanto y recopilo mi ropa que anda por el suelo para después colocármela. Miro a Sue. – Dime que tienes algo digno que ponerte para ir a casa.

- ¡Claro! Voy por mis vaqueros y mi jersey. Espérame aquí. – Se acerca y me besa con ternura con la intención de marcharse.

- ¡Espera un momento! – Le agarro del brazo.

- ¿Qué?

- Ponte esto, por favor. – Le tiendo mi chaqueta que recojo del suelo. Ella me mira y sonrío. Yo hago una mueca rara.

Sí, ya sé que todo el maldito mundo ha visto a mi chica desnuda en este lugar, pero si ya ha terminado de trabajar podemos dejar ya por hoy de ponerme en tensión. Ella hace caso, se coloca la chaqueta y sale de la habitación. Ufff, ahora estoy más aliviado.

Han sido muchas emociones para una sola noche. Emociones que algunas no sé ni cómo calificar. Algunas creo que son positivas y otras sin duda no lo son.

Tengo que esperar para analizarlo todo con perspectiva.

Me visto mientras la espero y mis amigos entran en la habitación cuando ya estoy colocándome la camisa por dentro del pantalón. Todos me miran esperando a qué cuento qué he hecho.

- Sí. – Les digo a todos sin esperar a que me pregunten si he consumado mis ansias de devorar a mi chica. Me miran como si fuese alguien digno de admiración.

- Joder, este cabrón es el único que se va a ir a casa hoy relajado. – Comenta Tim.

- En casa tienes a Liz esperándote, Timmy. No tienes que sentirte desesperado. – Carl y Arthur me dan la razón.

- Yo le he escrito a Megan, por si quiere volver a repetir. – Dice Arthur.

- Yo lo voy a intentar con Mary. – Me dice Carl. – De hecho, la hemos elegido a ella para el show. – Sue aparece completamente vestida por la habitación. Todos mis amigos comienzan a felicitarla por el show que ha dado. Me siento raro. Le hablan como si fuese una super estrella.

- Bien, vámonos Sue. – Apremio. Ella me sonrío y salimos de ese siniestro lugar.

Teoría y práctica

En el taxi ambos estamos muy callados. Yo miro por la ventana intentando no pensar en nada que no sean las luces de la ciudad, los árboles del camino, la luna brillando sobre nosotros... pero es muy complicado.

Sue está aferrada a mi mano con la suya y me acaricia de vez en cuando los nudillos. Yo presiono con fuerza sus dedos entrelazados a los míos. Pero no la miro. Todavía no.

- ¿En qué piensas? – Escucho su voz más suave que nunca. Está asustada.

- En nada en concreto. – La miro al fin y trato de reflejar serenidad. Sus ojos me miran preocupados.

- Háblame, por favor.

- Sue, ahora no es el momento. – Miro en dirección al taxista. – Cuando lleguemos a mi casa, te lo prometo. – Le acaricio el rostro para serenarla.

Cuando llegamos a mi casa ella insiste en pagar el taxi y yo no peleo por ello. Estoy agotado mentalmente y creo que un poco borracho. Así que lo dejo estar.

Entramos juntos y sé que ya no hay más dilación. Tengo que enfrentar todo lo que acabo de vivir. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo.

- ¿Y bien? – Se planta frente a mí en la puerta de la entrada justo después de entrar. No quiere esperar ni un momento más. – Dime de una vez qué piensas. – La miro embobado tratando de encontrar la respuesta. La respuesta primera que me viene a la mente es que no quiero vivir sin ella. Al menos no ahora mismo, que estaba empezando a saber lo que es vivir.

- No lo sé. – Contesto con sinceridad. – Sólo sé que quiero hacerte el amor. – Ella suspira y enlaza sus manos en mi cuello.

- Pues házmelo. – Me besa dulce y lentamente. Yo cierro los ojos y me dejo llevar. Apretándola con fuerza contra mí.

Sus dedos se concentran en desabrochar mi camisa y yo la dejo observando su bonito rostro. Después me quita los zapatos, el pantalón y los boxers. Cuando estoy completamente desnudo se quita la ropa frente a mí, pero de una forma natural y tranquila, no como en su trabajo. Miro su cuerpo y no me creo que sea para mí.

- ¿Vas a pestañear, al menos? – Me pregunta.

- Eres tan perfecta que duele. – Digo y sueño a traumatizado.

- Jamie, ya has comprobado tú mismo esta noche que no lo soy. Ni siquiera sé si soy digna de alguien como tú, pero voy a intentar estar a la altura si me dejas. – No me esperaba ese comentario. Me acerco a ella, pegando mi cuerpo contra el suyo, aplastándola contra la puerta de la casa y pego mi frente a la suya.

- Yo sólo quiero que seas para mí. – Y me dejo llevar por el sentimiento tan grande que me invade cuando estoy a solas con ella.

Me aferro a su pelo y le beso los labios desesperadamente, aunque trato de refrenar mi sed. Ahora no quiero follarla, quiero hacerle el amor. Quiero algo muy diferente a lo que existe en ese lugar en el que la mujer de mis sueños trabaja. Algo que sólo me pueda dar a mí. Y yo sé que ella también quiere lo mismo cuando corresponde a mis besos con la misma calidez.

Acaricia mi rostro, mis hombros mi espalda y mis brazos y se me eriza la piel. Yo la tomo en mis brazos y la llevo hacia mi habitación, sin separar mis labios de los suyos en el trayecto.

Está tumbada sobre mi cama y yo la observo con cuidado mientras voy colocándome sobre su cuerpo. Quiero guardar en mi memoria cada centímetro de su cuerpo. Y algo llama mi atención cuando me centro en su rostro; ella se siente expuesta ante mi análisis. ¿Teniendo el trabajo que tiene y ahora se siente así? Se mueve nerviosa debajo de mí.

La observo fijando mi mirada en la suya. Quiero ver qué sucede en el interior de esa cabecita.

- Jamie... – Pronuncia mi nombre.

- ¿Qué? – Pregunto introduciéndome con una lentitud agónica en su interior sin dejar de mirarle a los ojos.

- No me dejes. Ahhhh. – Me suplica en un gemido largo e intenso que conecta con algún lugar oculto de mi cerebro y me reactiva de golpe para volver a perderme en su pasión.

- ¿No quieres que te deje? – Pregunto entre gruñidos mientras salgo y entro de su piel con la mirada fija en su expresión. Ella está aturdida por la intensidad y echa su cabeza hacia atrás.

- No... ¡Ahhhh! Por favor, no.

- ¿Me deseas, Sue? – Vuelvo a preguntar mientras me muevo en círculos en su interior.

- ¡Dios, sí! – Se aferra a mis bíceps con fuerza.

- ¿Me quieres, nena? – Le doy un embiste intenso.

- Mmmm. ¡Sí! ¡Sí! ¡Te quiero, Jamie! ¡Joder! – Vuelve a echar la cabeza hacia atrás.

- ¿Serás sólo para mí? – Vuelvo a trazar círculos en su interior y mi respiración se hace muy ruidosa.

- ¡Tuya! ¡Siempre tuya! – Siempre mía... esas palabras son mi perdición y me dejo llevar por el sentimiento que producen en mí. Acelerando el ritmo en su interior con un amor inmenso por esta mujer creciendo en mi pecho hasta casi asfixiar.

- Te amo, Sue. Te amo, nena. – Acelero. Ella está completamente perdida y grita al llegar al orgasmo. Segundos después y gracias a la imagen de la diosa del amor que tengo frente a mí llegando al orgasmo por su pasión por mí, me uno a ella y gruño vaciándome en su interior. Me desplomo contra su pecho. – Ufff, es demasiado intenso. – Pienso en voz alta.

- Lo es. – Me confirma jadeante. La miro.

- ¿Dejarías tu trabajo, Sue? ¿Lo harías por mí? – Ella se tensa y traga saliva.

- No puedo.

- ¿Qué? ¿Por qué? Si es por el dinero yo puedo...

- ¡No! – Me silencia poniendo un dedo sobre mis labios. Pero no puedo callarme. Todo lo que necesitaba era hacerle el amor como dos personas normales para poder salir del estado de shock en el que llevo inmerso toda la noche. – No puedes pedirme que dependa de ti.

- No, nena, no te estoy pidiendo eso. Te estoy pidiendo que no me hagas sufrir innecesariamente. – Su cara cambia y hace un gesto para apartarme de encima suya. Creo ver su mirada vidriosa. – ¿Estás llorando? – Me siento en la cama frente a ella. – Dime por qué piensas que no puedes dejarlo. Necesito comprenderlo, Sue.

- Tengo una deuda inmensa que pagar, Jamie. Sólo podría hacerle frente con un trabajo como éste. Todas las chicas que trabajamos allí, o casi todas, estamos en una situación complicada.

- ¿Qué clase de situación, Sue? – Me alarmo. – Y, sobre todo, ¿Por qué tu tío no hace nada para ayudarte? – Sueno enfadado, estoy enfadado. – Sue, dime cuánto necesitas y yo te lo daré. – Le ofrezco cuando veo la desesperación en su rostro.

- No, Jamie. No puedes hacer eso. Tú y yo acabamos de conocernos y aún ni tú ni yo sabemos a dónde nos llevará esta relación. Mi tío tampoco puede hacer otra cosa porque yo soy su mayor fuente de ingresos. Si me fuera el Caribbean Blue, dejaría de tener los ingresos que tiene. – Lo que dice tiene mucho sentido. He sido testigo del poder de atracción de Sue sobre un escenario.

- ¿Puedo saber al menos qué clase de deuda tienes? ¿Has hecho algo que no debieras, Sue? – Mi pecho palpita fuerte tras esa pregunta. Podría estar en un lío gordo, podría estar en peligro de muerte y eso sí que me preocupa. Tanto que acabo de olvidar mi temor a que se muestre desnuda a los demás.

- Ufff, está bien, te lo contaré. – Toma una bocanada profunda de aire y enfoca la vista en algún punto incierto de la habitación. – Mi madre nos endeudó hasta las cejas para pagar su tratamiento contra el cáncer, no quería dejarme sola por nada del mundo. Fueron cinco años de dura lucha, de locura, de desgaste... Viajamos por todo el mundo en busca de los mejores especialistas. – Me desgarran su relato. Continúa con la mirada clavada en el suelo. Se me encoge el corazón. Mi pobre niña. – Al final ya estábamos tan desesperadas las dos que incluso acudimos a un curandero. – Al fin me mira con una triste sonrisa, encogiéndose de hombros y vertiendo sus lágrimas por su bello rostro. – Nos estafó.

- Sue, mi amor... – La abrazo con fuerza. – Lo siento tanto. – Me aprieta y se deshace en lágrimas en mi hombro. ¿Qué debo hacer? No puedo soportar verla así. No puedo soportar su dolor. No quiero que sufra. – Tranquila. – Le acaricio y la dejo llorar. Eso a veces ayuda.

- Además, tengo que pagar el curso, aunque ni he ido a clases últimamente. – Me dice entre

lágrimas sin soltar nuestro abrazo. ¿El curso? ¿Está estudiando? Me siento orgulloso de ella. La verdad es que cada día que pasa me doy cuenta de lo poco que sé de su vida y todo en ella me seduce, hasta su diabólica forma de afrontarlo todo. – Y con toda la pasta que me saco en el Caribbean, Jamie, que es muchísima, apenas me da para sobrevivir después de todo eso. No me pidas que lo deje, por favor, no puedo. – Lloro amargamente.

- Sue, pequeña, mírame. – Intento soltar el abrazo para mirarle a los ojos, me cuesta mucho, no quiere soltarme. Poco a poco lo hace. – Eso es, mírame. Estoy aquí, puedo ayudarte. Déjame hacerlo. – Ella sacude la cabeza. – ¿Por qué no? No seas tan dura. No estás sola, Sue, ya no.

- Jamie, sé que piensas que ayudarme económicamente es lo mejor para mí, pero no lo es. No cuando no nos conocemos apenas. Aceptar tu ayuda, dejar un trabajo y una fuente de ingresos como el Caribbean Blue y depender de ti para que luego lo nuestro no funcionase, supondría vérmelas en apuros aún mayores.

- Sue, cómo tengo que decirte que yo no...

- ¡No! – Me sella la boca con sus dedos. – No digas que no vas a dejarme. No lo sabes. He visto tu cara en el Caribbean, Jamie, estabas pasando un momento muy difícil. Te pregunté si me dejarías después de averiguar mi trabajo y no me contestaste. Hemos venido todo el camino en el taxi juntos y ni siquiera has sido capaz de mirarme durante todo el maldito trayecto. No me digas que no vas a dejarme porque sé que te lo has planteado. – Agacho la cabeza. No puedo negárselo.

- Es duro. Ha sido un shock verte y... sobre todo ver cómo todo el mundo te deseaba. – La miro derrotado. – Sue, me he corrido viéndote, sin que siquiera me tocaras, ¿vale? Eso ha sido muy fuerte para mí. Jamás me había pasado antes. Y no lo he disfrutado. Sólo pensaba en si habría alguien más en esa sala a quien le hubiera pasado lo mismo contemplando a mi chica.

- Para que un hombre se masturbe pensando en ti no hace falta desnudarse para él, Jamie. – Eso es cierto. Yo lo hice pensando en ella el primer día que la conocí en mi consulta.

- Pero tú lo provocas. Eres consciente de que lo hacen. No es lo mismo que hacerlo desde el anonimato.

- Como tú mismo has visto, no pueden tocar, sólo mirar. – Me coge de las manos buscando mi comprensión.

- Sí. Y me aferré a esa idea hasta que llegamos al dichoso reservado y me explicaron que podía masturbarme frente a ti y... tocarte sólo si tú me das permiso. Dime Sue, ¿le has dado permiso a otro hombre para hacer lo que hicimos tú y yo en ese reservado? – Su silencio me mata por dentro. – Ya veo...

- Han sido poquísimas veces, Jamie y... desde que te conozco no lo he hecho. – Me levanto de la cama y empiezo a pasear por la habitación bastante nervioso. A veces desvío mi mirada a ella, que sigue sentada en la cama con los brazos abiertos buscando mi consentimiento a toda esta locura. ¡Maldita sea mi suerte! He vivido la que será sin duda la experiencia sexual más intensa de mi vida en esa habitación roja y ahora sé que para ella sólo ha sido una experiencia más, pero... ¿con quién?

- Ese Albert... ¿lo has hecho con él allí? – La respiración de Sue se acelera.

- Jamie, no sigas por ahí, no va a volver a pasar. No mientras esté contigo. Te lo he dicho. No soy una puta. No tengo que hacer lo que no quiero. No pienses cosas que no existen.

- Pero has querido otras veces... ¿Has querido hacerlo allí con él? – Me lo niega con la cabeza, pero no habla. Me mira asustada. – Pero lo hiciste. – Agacha de nuevo la cabeza. – No sé qué pensar, Sue.

- Ven a la cama conmigo, por favor. No te alejes, Jamie. – Se levanta y viene hacia mí. Tira de mis brazos y me dejo llevar. – Es mejor que descansemos y hablaremos de todo mañana más tranquilos.

Me acuesto en la cama y ella se enrosca en mi cuerpo, por primera vez está completamente desnuda en mi cama. Ahora ya sé por qué. Aunque ya hablaré de todo eso cuando haya intentado digerir toda la información y haya descansado. Estoy agotado física y mentalmente y, muy perdido.

Hago un tremendo esfuerzo. No sé a qué hora lo consigo, pero al final me duermo abrazado al cuerpo de Sue, la mujer que más loco me ha vuelto. Más que nadie... sí. ¿Qué voy a hacer?

Posesión

... Sue está colgada de unas telas doradas, se contonea de esa forma endiablada que sólo sabe ella y el público enloquece. Yo observo lo que sucede desde un lugar en la penumbra, sin ser visto. Pero lo veo todo. Veo cómo todos esos hombres hierven en deseos de follársela, veo a algunos incluso tocándose mientras el precioso cuerpo de mi niña, desnuda, frágil, se ofrece sin reservas a los ojos de todos esos depredadores. Sue desciende lentamente hasta el suelo del escenario, en donde dos voluntarios del público la esperan. Uno de ellos chupa el pecho de Sue con desesperación y el otro introduce su mano por su sexo. ¡Por dios, no! Quiero gritar con todas mis fuerzas, pero entonces, miro la cara de Sue y ella... ella está muerta de placer...

Me despierto de golpe. Ha sido una puta pesadilla. Y lo peor de todo, es que estoy empalmado con esa monstruosidad que mi mente acaba de elaborar para mí. Miro a mi lado y veo a Sue dormir plácidamente, tranquila, serena y desnuda. Yo también estoy desnudo y empalmado como un adolescente.

Cierro los ojos y trato de calmarme. Pero, en lugar de eso, mi mente decide recrear el polvo que eché con Sue anoche en aquel cuarto rojo y mi sangre comienza a bullir. Nunca, jamás, me había excitado tanto. No podía ni imaginar que una persona podía llegar a ese nivel de excitación. Fue el polvo más explosivo que he experimentado en la vida. Y me deprime la idea de pensar en todos los polvos que Sue habrá vivido con esa intensidad. ¿Querrá seguir haciéndolo de esa manera? Porque yo no estoy seguro de querer volver a ese lugar. Aunque, por otro lado, mi cuerpo me pide que lo haga, que vuelva a experimentar ese monstruoso orgasmo gracias a toda esa endiablada carga erótica. Mi alma está dividida y también herida. Aunque la comprendo. Comprendo sus motivos, sin embargo, esos motivos pueden hacer que ella se acostumbre a una vida y a una clase de personas muy diferentes a mí. Yo no creo poder estar a la altura de semejantes circunstancias. ¿Puedo yo ser suficiente para ella? ¿Puede nuestra relación ser bastante motivo para que ella renuncie a ese sexo salvaje con los demás? Porque es sexo, aunque no la toquen.

La vuelvo a mirar. Así, dormida, parece un ángel. Aunque ya sé bien que no lo es. Y no ha sido por libre decisión, sino más bien las circunstancias y la vida misma las que le han empujado a esta situación. Se mueve un poco, acercándose a mí, pero sigue dormida. Yo le recojo un mechón de pelo en la oreja para poder contemplar mejor su rostro. Me encanta.

No puedo decidir nada. No puedo mientras la tengo delante. Me ciega, me vuelve débil y dependiente de su piel. Ahora mismo se lo haría como un salvaje sin esperar a que se despertara siquiera y me diera su consentimiento.

Me giro hacia ella y me aprieto más contra su cuerpo. Mi erección le roza el vientre. Huele tan bien... es tan hermosa... Introduzco mi cabeza entre sus brazos y consigo atrapar un pezón entre los dientes, después lo succiono. Ella gruñe en sueños. Me excito más. Vuelvo a presionarla con mi miembro y agarro una de sus piernas para colocarla sobre mí. Ahora tengo

camino libre para resbalar mi erección contra su sexo.

Parpadea y abre los ojos sin comprender y su boca se entreabre porque su respiración se ha acelerado. Aprovecho para introducir mi lengua en ella. Y la beso, apretándola contra mi cuerpo y gruñendo de placer.

- Mmmm, buenos días. – Pronuncia en mis labios con una sonrisa.

- Buenos días, nena. – Tiro de ella y la monto sobre mí.

- Eres insaciable. – Me dice. Yo asiento con gesto serio mientras aferro sus muslos con mis manos y me abro camino en su interior.

- Cuando se trata de ti, sí. – Ella me acepta gustosa, aunque hace un pequeño gesto de dolor. – ¿Estás bien? – Le suelto.

- Sí. – Susurra mientras me besa y se mueve lentamente sobre mí. Tan lentamente que parece una caricia suave en mis entrañas. Cierro los ojos y la saboreo. – Es sólo que estás muy bien dotado y eres muy impetuoso. No estoy acostumbrada. – Abro los ojos de golpe, sujeto su rostro y la miro.

- ¡Cómo puedes decir que no estás acostumbrada con lo que he visto con mis propios ojos! No juegues conmigo, jovencita. – Trato de sonar natural, aunque por dentro hiervo de celos de pensarla con otros.

- Es la verdad, Jamie. No he tenido tanto sexo como crees, y jamás con desconocidos. Te lo dije, yo no soy así. Y las poquísimas veces que lo he hecho en el trabajo ha sido por imposición. No pienses más en eso. – Vuelve a moverse sobre mí para indicarme que dejemos el tema aparte.

- ¿Por imposición? – Me tenso y creo que estoy desconcentrándome de la tarea que tenemos entre manos. Trato de sentarme, pero Sue me frena.

- Shhh, ahora mismo estamos a lo que estamos. – Me susurra en el oído y luego desliza su lengua por mi lóbulo y baja por mi cuello. Vuelvo a ponerme cachondo. Sus movimientos sobre mí se encrudecen y comienzo a hiperventilar.

- Mmmm, qué bien sabes despistarme, señorita Allen. – Le beso con pasión.

- Precisamente lo que trato de hacer es evitar que se despiste, doctor Bennett.

Y lo consigue. Consigue que me deje llevar por ella y acabamos echando un buen polvo mañanero en el que llegamos al clímax los dos a la vez.

- Quédate hoy conmigo. – Le pido mientras acaricio su espalda mientras ella sigue recostada sobre mí.

- No puedo. Sabes que los fines de semana estoy muy pillada. – Gruño. – Jamie, aunque lo hiciera, tendría que volver al trabajo tarde o temprano.

- Mañana libras. – Digo enfurruñado.

- Pues mañana me quedo contigo. – Dice sonriente como una niña pequeña.

- ¡Mañana trabajo yo! – Protesto.

- Pues no vayas. – Levanto una ceja.

- ¿Perdona? – Me levanto haciendo un gesto exagerado de estar ofendido. – Señorita, ¡Yo se lo he pedido primero!

- Pero tú eres tu jefe. Tú sí puedes hacerlo.

- ¡De hecho ya lo hice! – Me levanto de la cama y le apunto con el dedo. – Por si no lo recuerdas, tuve que dejar mi clínica desatendida para llevarte a tu apartamento y después a tu trabajo. – Ella aguanta la risa. – ¿Le hago gracia, señorita Allen? – Ella estalla en una sonora carcajada.

- La verdad es que así, desnudo y gruñón sí.

- ¿Desnudo y gruñón? ¡Pues veamos si esto te hace tanta gracia! – La cojo en brazos y ella comienza a reírse. Tiene bastante agilidad y consigue escaparse con un giro de piernas que no sé cómo ha conseguido hacer. – ¡Serás escurridiza! – La vuelvo a atrapar y la someto a base de cosquillas porque ya sé que son su punto débil. Al fin consigo inmovilizarla en mis brazos y me la llevo al baño, la meto en la ducha y abro el grifo del agua fría. Comienza a gritar y a moverse como una culebra. Riendo a la vez.

- ¡Ahhh! ¡Está fría! – Intenta escaparse, pero le taponó el paso.

- ¡Perfecto! ¡Así te bajaré los humos, pequeña arpía!

- ¡No, para, para! – Su piel se eriza y aguanto la risa al verla chapotear como una niña. Apago el grifo.

- ¿Has entrado ya en razón? Dime que te quedarás conmigo hoy. – Me mira entre enfadada y divertida.

- ¡No! ¡Eres un capullo que...! ¡Ahhh! – Vuelve a gritar cuando vuelvo a abrir el grifo del agua fría. – ¡Para!

- No hasta que accedas por las buenas. De lo contrario pillarás un resfriado y de igual forma no podrás ir a trabajar. – Pongo cara de autosuficiente.

- ¡Está bien! ¡Pero que sepas que voy a perder tres mil malditas libras por tu culpa, celoso posesivo!

- Perdona, soy TU celoso y posesivo novio. No un posesivo celoso normal y corriente. – Abro el grifo del agua caliente y ella suspira agradecida al notar el calor de nuevo en su piel. Aunque está tiritando. – Ven aquí, anda. – Intento abrazarla, pero me empuja.

- ¡Quita!

- ¡No! Te daré las tres mil libras de hoy, pero tú te quedas. – Al final acepta mi abrazo y se restriega contra mí para entrar en calor.

- No quiero tu maldito dinero. – Me dice aún enfurruñada.

- Pues tendrás que aguantarte, porque te lo daré. Considéralo un acuerdo laboral privado conmigo. – Le beso y me alegra ver que ella tampoco puede resistirse a mis besos. – ¡Pero quiero mi striptease!

- Ah, ¿sí? Al final vas a acabar por admitir que te gusta mi trabajo. – Me abraza y me sonrío con picardía.

- Cuando lo haces para mí es una gozada, nena. Déjame limpiarte. – Le pido y le doy media vuelta. Ella suspira resignada. Comienzo por enjabonarle el pelo. – ¿Dónde aprendiste todo eso? – Quiero saber más de ella.

- ¿A desnudarme? No es tan difícil. – Resoplo y pongo los ojos en blanco.

- ¡Hablo de las piruetas, impertinente! – Le hago cosquillas y ella grita.

- Mis padres trabajaban en el circo. Allí se conocieron. – Me aclara con un tonito irritante.

- Ajá. Eso explica mucho.

- Yo también participé en algunos números con mi madre. – Su voz se vuelve triste y me invade la compasión por ella. Beso su hombro. – Seguro que si viviera se moriría de pena por ver cómo he acabado...

- ¿Lo dices por mí? – Intento distraer su tristeza. – No me consideraba tan mal partido. – Consigo que se ría y su risa me hace sentir muy orgulloso. Soy consciente de lo mucho que habrá sufrido con todo, es por eso que sigo a su lado y trato de comprenderla.

- No seas bobo. Tú eres un regalo. – Se gira y me mira con esos ojos verdes tan espectaculares chispeantes.

- Ah, ¿sí?

- Sí. – Me besa con dulzura.

- Estate quietecita y déjame que termine de enjabonarte. – Me agacho y comienzo a enjabonar sus pies, recorriendo su pantorrilla y su muslo después. No hay un solo gramo de grasa en ese precioso cuerpo. Y al fin puedo admirarlo en todo su esplendor. – Es verdad que soy un bobo. – Digo envuelto en mis pensamientos. – Pensaba que tenías algún tipo de complejo físico y que por eso no te desnudabas del todo frente a mí. – Me incorporo y le enjabono ese vientre liso y terso y esas increíbles tetas tan perfectas. Ella me mira seria. – ¿Qué?

- Lo tengo.

- ¡Venga ya! ¡¿Te has visto bien?!
- Sí...

- Sí...

- Pues no comprendo nada, Sue. No puedes ser más perfecta. – Niego con la cabeza.

- Siempre me han querido por mi físico o por lo que pensaban que podía hacer en la cama.

Soy mucho más que eso, Jamie. O eso me gustaría creer.

- Lo eres. – Digo convencido.

- Y llegaste tú y me demostraste que la atracción física no es tan mala. – Dice serenamente mientras recorre con su dedo mis pectorales hasta la base de mi polla. – Estás tan bueno... y a la vez eres tan ingenioso, alegre, inteligente y una bestia en la cama... – Ha conseguido sonrojarme. Le agarro la mano para no seguir más allá, porque sé que está dolorida y yo voy a acabar estándolo con esta mujer también.

- Me has robado la descripción que tenía en mi mente de ti. – Le confieso. – Estamos hechos el uno para el otro.

- Por eso no pienso aceptar que pagues por quedarme hoy contigo. – Da un giro en la conversación.

- No seas terca. Es tu trabajo y te vas a ausentar por mi culpa.

- No vas a pagarme, Jamie, olvídale. – Niega con rotundidad.

- Ayer pagué con gusto las mil quinientas libras que me costaste. No entiendo por qué no puedo hacerlo hoy. – Se separa y me mira sorprendida.

- ¿Lo pagaste tú?

- Sí, ¿por?

- Pensé que había sido Arthur... ¿por qué pagaste por mí? Sólo tenías que haberme pedido que fuera. Estaba deseando hacerlo.

- Pues... pagué porque no quería que atendieras a nadie más. No se me ocurrió pedirte. Dime una cosa, Sue...

- ¿Ajá? – Pregunta distraída mientras se desprende del jabón bajo el agua de la ducha, frotándose sin piedad. ¿Lo hace a propósito para despistarme? – Dime.

- ¿Qué es eso de que has tenido sexo en el trabajo por imposición? – No me mira. Sigue en silencio enfocada en su tarea de enjuagarse el pelo. – Mírame, Sue. Dímelo. – Me tenso. ¿Pensaba de veras que iba a pasar por alto ese comentario?

- Sólo han sido dos veces. No me gusta hablar de ello. – Dice con los ojos cerrados.

- Créeme que a mí tampoco, pero me lo vas a contar. – Apago el grifo y al fin me mira.

- Tenemos clientes que son de la policía. A veces nos ofrecen acuerdos para no cerrar el negocio por múltiples motivos.

- ¿La policía te chantajea por sexo? – Estoy escandalizado.

- No a mí. A mi tío y sus socios. Yo sólo soy una moneda de cambio. – Siento como sale humo por mis orificios nasales. Ella lo nota y me acaricia los brazos. – No volverá a ocurrir. Te lo garantizo.

- ¿Y cómo podrás esquivar un chantaje como ese, Sue? – Comienzo a caer en picado de nuevo. ¿Así va a ser siempre con ella? De pronto soy el hombre más feliz, de pronto el más angustiado. Ella me acaricia la cara.

- Confía en mí. Es lo único que te pido. Bueno, también tengo que pedirte otra cosa. – Me mira con precaución.

- Veamos...

- No me dejes nunca. Jamás había sentido lo que siento por ti, Jamie.

Me besa y deja su petición en el aire. Yo tampoco había sentido algo así de intenso por una mujer. Ha hecho que me olvide de lo demás. Mi mundo gira ahora en torno a ella.

Después de la ducha desayunamos juntos y acabamos tonteando con la comida. Al fin llama a su tío y finge estar enferma para evitar tener que ir a su dichoso trabajo. Yo no puedo estar más feliz. Es un primer paso. Poco a poco conseguiré convencerla de quedarse más días, hasta que se quede para siempre, hasta que elija lo nuestro por encima de esa locura.

Soy un tipo con dinero, podré ayudarla económicamente, sólo tengo que darle un poco más de tiempo para que acepte mi ayuda. Apenas nos estamos conociendo.

Arthur me llama al medio día para interesarse por mi estado, pero ya tenía en conocimiento que Sue ha pasado la noche conmigo, pues él la ha pasado en el apartamento de Sue tirándose a su compañera Megan.

Dice que se sorprende de lo bien que llevo la situación. Y la verdad es que la llevo bien ahora mismo porque Sue está aquí, conmigo. Cuando la distancia inevitable se interponga entre los dos porque alguno tenga que acudir a su trabajo será otra cosa.

Arthur me cuenta que anoche acabaron desfasando bastante. Según él, Mary fue la encargada de amenizarles en el cuarto rojo después de que Sue y yo nos viniéramos a casa y Carl acabó follando a Mary delante de Tim y Arthur. Me masajeo la frente mientras escucho lo que Arthur me dice y pienso que eso podía haber pasado con Sue. Lo pienso mientras la observo moverse por mi cocina, canturreando y cocinando algo en la vitrocerámica. Parece una chica tan adorable cuando está así...

Me despido de mi amigo y me acerco a ella por la espalda.

- Huele bien. – Susurro en su oreja.

- Espero que sepa bien también. Me gusta cocinar.

- ¿Sabes que necesito una asistenta? – Confieso besando su cuello.

- No pienso ser su asistenta, doctor Bennett.

- ¿Por qué no? Podría premiarte con sobresueldos. – Susurro en su oreja mientras masajeo su pecho.

- ¡Estate quieto! Siempre que empiezas con esas me convences. – Me restriega un poco de

la salsa que está preparando en la nariz, se ríe y luego lo lame.

- Si no recuerdo mal, creo que tu evaluación final sobre mí ha sido que soy una bestia en la cama. – Le provoco subiéndola a la barra americana. Después la beso apasionadamente. Ella gime.

- Sí, pero aún no sé cómo eres en las barras de las cocinas. – Me tienta.

- Eso puede resolverse. – Levanto la camiseta mía que lleva puesta y miro con detenimiento. – Veamos que tenemos aquí. Mmmm, unas tetas muy bonitas, sí señor. – Succiono una de ellas, después la otra. El teléfono de mi casa suena. Mierda, sé quién es. Decido ignorarlo.

- Doctor, lamento interrumpir su reconocimiento médico, pero le están llamando.

- Que esperen. – Le quito la camiseta y vuelvo a emplearme en sus labios. Ella, con sus endiablados movimientos, enreda sus piernas en mí y tira con los dedos de sus pies de mis boxers hasta hacerlos bajar. – Mmm, me encanta esa técnica tuya. – Digo mientras cuelo mi mano por debajo de sus bragas. Vuelve a sonar el maldito teléfono.

- Soy muy hábil. – Responde juguetona. – Tu amante sigue insistiendo, doctor.

- Sé quién es y es muy pesada. – Ella me aparta y me mira mal. ¿Qué pasa?

- ¿Es una mujer? – Me pregunta.

- Oh, sí, es una tremenda mujer. – Digo chistoso. Vuelve a sonar el teléfono. Mierda, no va a parar hasta que conteste. Y, sin darme cuenta, Sue se ha escapado de mis brazos y está atendiendo la dichosa llamada. – ¡No! ¡Sue! – Maldita sea, demasiado tarde.

- ¿Quién es? – Contesta de mal humor. Decido observar la escenita entretenido. Su cara se pone roja como un tomate. – Oh, señora Bennett. Sí, su hijo está aquí. Sí, le paso. – Se acerca a mí abochornada y me tiende el teléfono. – Tu madre. – Me informa con vocecita de inocente y encogiéndose de hombros. Me muerdo los labios para no reírme.

- Muy bonito. – Le digo en voz baja. – ¡Hola mamá!

- Hijo, ¿estás bien? Llevas una semana sin llamarme. – Pongo los ojos en blanco.

- Sí, mamá, perfectamente.

- ¿Quién era esa?

- Mamá, has tenido el placer de hablar con mi novia, Suzanne. – Sue no sabe dónde meterse y me muero de la risa. Mi madre ahoga un pequeño grito.

- ¿Tu novia? ¿He escuchado bien?

- Perfectamente.

- ¡Tengo que conocerla! ¿Cuándo me la presentarás?

- En otra ocasión, mamá. Hoy tengo planes más privados con ella.

- Hijo, no hace falta que me des detalles... Me alegro mucho de oír que al fin estás rehaciendo tu vida, James.

- Sí, mamá, lo sé. Ahora tengo que dejarte. Vamos a comer. Te llamaré.

- Un beso hijo. Salúdame a Suzanne de mi parte. ¡Qué buena noticia!

- Sí, mamá. Un beso. – Cuelgo. Sue está mirándome mordiéndose las uñas. Me acerco a ella. – Mi madre te saluda.

- Lo siento, no sabía...

- No pasa nada. Ya veo que te sientes cómoda en mi casa. Nada me resulta más placentero que eso. ¿Comemos? – Asiente con una risita en los labios y yo me la llevo de la mano hasta el comedor.

Después de comer una deliciosa comida que Sue ha preparado, decidimos ver una película en mi gigante plasma. Por fin va a tener otro uso que el de jugar a la Xbox, porque últimamente, aunque he puesto películas, no le he prestado la menor atención. Elegimos, o más bien Sue elige, una película española; Chico y Rita, que a pesar de ser de dibujos, acaba sorprendiéndome mucho la historia y hasta encuentro algún pequeño paralelismo con nuestra historia.

La pena es que no sé cómo acaba la historia de la película, porque al final, después de meterle mano por todos lados en el sofá, acabamos haciendo el amor otra vez.

He llamado a mi hermana para que se haga cargo de mis consultas mañana. Lo que Sue y yo necesitamos ahora mismo es pasar tiempo juntos y conocer realmente qué clase de relación tenemos para aprender a valorarla si la cosa se tuerce, porque estoy seguro de que, con estas circunstancias tan enrevesadas, tenemos muchas papeletas para que todo se tuerza.

Sin mirar atrás

Por la tarde, Arthur me llama para ir a la bolera con él y con los chicos. Cuando le explico que estoy con Sue propone invitarla también.

Ella al principio está reacia, pero después habla con su compañera Mary, que le llama desde el trabajo para decirle que ha habido una redada de la policía y han cerrado por hoy todo el complejo del “Poisoned Apple”, incluido el “Caribbean Blue” y que, por lo tanto, estarán de vacaciones unos días hasta nueva orden. Así que ella accede a venir si también invitamos a sus amigas. Por mí no hay ningún problema. Siempre y cuando pueda seguir disfrutando de su compañía.

Primero, por petición de Sue, pasamos por su apartamento para que pueda hacerse con algo de ropa limpia, además, ella prepara una pequeña mochila con más de sus pertenencias para poder pasar unos días en mi casa sin preocuparse de no tener nada a mano. Para mí es una gran noticia.

Inspecciono disimuladamente por las ventanas del apartamento los alrededores del apartamento de Sue para ver si el gilipollas ese de su “amiguito” sigue dando el coñazo. Me alegra mucho comprobar que no. Mary llega al apartamento poco después que nosotros y se une al plan entusiasmada. Parece muy contenta de verme de nuevo con Sue. Parece una chica bastante simpática. Si no fuera porque sé que ayer se folló a un amigo mío delante de mis otros dos amigos diría que es una chica muy normal. Pero esa información me tensa, porque me hace pensar en que mi chica haya podido cometer alguna vez una monstruosidad de esas. Pero he decidido no pensar sobre ello hoy. Ni mientras Sue esté conmigo y yo me sienta tan feliz.

Vamos en mi coche en dirección a la bolera Mary, Sue y yo. Las chicas hablan entre ellas con respecto a lo sucedido en el trabajo.

- No sé quién narices ha sido ahora quién ha mandado la inspección, Sue, pero te aseguro que esto es una trampa. – Comenta Mary. – Jamás he visto a los de seguridad drogarse, ¡sí ni siquiera fuman tabaco! Y, de repente, encuentran en sus taquillas kilos de cocaína. ¿No te huele raro?

- La verdad es que sí... Pero, ¿quién querría jodernos de ese modo? – Escucho decir a Sue. – Si nos cierran el Caribbean mucho tiempo estamos jodidas.

- Yo no sé tú, pero si lo cierran más de una semana pienso tirar de mi lista de contactos. – Me tenso al oír eso, pero no digo nada. – Las fiestas privadas están muy bien pagadas, Sue. – Noto la mirada de Sue en mi dirección, sin embargo, no hago ningún gesto de aprobación o desaprobación. Lo único que hago es estrangular el volante.

- Bueno, no pensemos en eso. – Finalmente Sue cambia el rumbo de la conversación. Menos mal. Si me tensa pensarla en aquel ambiente donde al menos está vigilada y protegida, no quiero ni pensar cómo reaccionaría yo de saberla en una fiesta privada, desnuda y con todos esos borrachos descontrolados a su alrededor. – ¿Qué tal terminó la despedida de solteros de los chicos el otro día? – Pregunta Sue alegremente y yo vuelvo a tensarme. No le he dicho nada de lo

que hizo su amiga Mary con Carl. – ¡Oye! ¿A qué viene esa cara, Mary? ¡Cuéntamelo!

- Me follé al tal Carl. – Confiesa la tipa entre risitas. Sue se ríe también y me mira. Yo hago una mueca parecida a una sonrisa.

- ¿En serio? ¡Qué bien! ¡Me alegra que tu ex sea cosa del pasado! ¿Y qué tal? – ¿En serio tengo que escuchar cómo folla mi amigo de la infancia?

- Pues, los otros dos aplaudieron, así que creo que a él le gustó.

- ¿De verdad te lo tiraste delante de sus amigos? ¡Eres una jodida loca! Pero dime, ¿a ti te gustó?

- Pues en confianza Sue, si aquí tu doctorcito está tan bien dotado como el rubiales ese de su amigo, es que debes estar muy contenta. – Sue se ríe y yo carraspeo. No me gusta que Sue hable del miembro viril de otro, ¡y menos del de mi amigo de la infancia!

- Jamie está más que bien dotado. – Reconoce dándome un beso en la mejilla. ¡Vaya, eso me ha gustado! Tengo que tratar de esconder mi sonrisa de satisfacción. – Y además folla muy bien. – Esto no me está pasando... me siento orgulloso de lo que dice, pero, no sé si me apetece hablar de nuestro sexo privado con una desconocida.

- Eso es genial, amiga. Al final vas a conseguir que un tío haga que te corras. – Abro los ojos de par en par. ¡Qué me aspen si Sue no se ha corrido conmigo siempre! Además, es bastante escandalosa cuando lo hace y he sentido los espasmos de sus músculos a mi alrededor. Miro a Sue con una ceja levantada, pero ella está enfrascada en la conversación con su amiga y me ignora.

- De hecho, me he corrido con Jamie siempre. – Me siento invisible en estos momentos. Esas dos arpías están cuchicheando sobre mi sexualidad como si yo no existiera. Pero me alegra que lo que tenga que decir Sue sea positivo, al menos.

- ¡Sí señor! – Mary da palmitas muy ridículas. – Y, ¿te ha hecho un cunnilingus ya? – ¡Joder! ¡Bueno, vale ya!

- ¡Eh! ¡Hola! ¡Estoy aquí! ¿Recordáis? – Alzo la voz y gesticulo con mi mano. Me están poniendo de los nervios con tanto análisis sexual. Las dos estallan en una risa sonora. – En resumen; Sue y yo estamos bien, follamos bien y todo es genial. ¡Dejad ya de evaluarme tan minuciosamente! ¡O al menos, esperad a que yo no escuche! – Esas dos siguen muertas de la risa y yo me desespero. – Ufff, menos mal que ya hemos llegado. – Aparco mi coche en una plaza de parquin y salimos el coche.

Sue se acerca a mí, todavía riéndose, no sé si conmigo o de mí. Lo que sé es que me encanta verla así de alegre. Me da un beso en la mejilla y se coge de mi brazo.

Entramos los tres en la bolera y el bombo de la música electrónica retumba en la boca de mi estómago. Las luces de neón hacen que el local parezca una nave espacial.

Veo a mis amigos en la barra, Carl, Tim y Arthur ¿con Megan? Los ojos de Carl hacen chiribitas al ver a Mary y se saludan con fervor. También parece que todos se alegran de ver a mi chica y le saludan como si fuese la estrella de moda del momento.

- ¿Qué quieres beber, nena? – Pregunto a Sue.

- Un zumo de piña. – Me contesta y yo sonrío. Pido su bebida y un refresco para mí. Tampoco tengo muchas ganas de alcohol hoy.

Decidimos echar una partida de hombres contra mujeres, aunque a mí eso de la guerra de sexos no es algo que me apasione, pero todo se vuelve más interesante cuando nos apostamos que el equipo que pierda hará un striptease para el equipo contrario.

Espero no perder, la verdad. Ya he sobrevivido a que mi chica haga un striptease delante de mis amigos y he comprobado que no ha sido para tanto porque son amigos de verdad y han respetado a Sue y la relación que tenemos con gran entereza y con todo el cariño que sé que me tienen. Pero no me quiero ni imaginar tener que ser testigo de cómo esos tres se contonean con todo su arsenal al aire. También tengo que añadir que me sentiría muy ridículo teniendo que hacer algo así y sobre todo delante de las amigas de Sue. Pero como mis amigos no tienen vergüenza, ni la han conocido jamás y las chicas están entusiasmadas con la idea, no he podido hacer nada para evitar la dichosa apuesta.

Cuando la partida ya ha comenzado y compruebo que vamos ganando me relajo. Me acerco a Sue cuando está cogiendo su bola y colocándosela entre los dedos y susurro en su oído.

- Cuando te desnudes lo harás bailando y mirándome sólo a mí, ¿entendido? – Digo para provocarla. Funciona. Me echa una mirada de lo más venenosa.

- ¿Quién ha dicho que vamos a perder nosotras? – Levanto las manos haciéndome el inocente.

- Sólo lo digo por si acaso. – Bufa. Se agacha y veo en su mirada la determinación de hacerlo lo mejor que pueda.

Mi rostro se queda petrificado cuando veo que consigo hacer un strike y derriba los diez bolos de un solo lanzamiento. Ella parece tan sorprendida como yo. Comienza a dar saltitos emocionada por su hazaña y las chicas se abrazan con ilusión. Es muy divertido verlas así.

- Tío, concéntrate. – Me dice Carl. – Porque si acabamos haciendo nosotros el striptease vamos a conseguir espantarlas. Y preferiría dejar ese tema a las profesionales.

- Creí que a ti ya te habían hecho uno completo anoche. – Me burlo pellizcándole la mejilla. – ¿No has tenido suficiente?

- La verdad es que no me han echado un polvo como ese en toda mi vida, Jamie. – Dice emocionado. – Y, aunque fue un verdadero desfase, la verdad es que la chica me gusta. Quiero seguir viéndola.

- ¡Eh, vamos! – Se une Arthur a la conversación. – ¿Qué somos, hombres o ratas? – Carl y yo nos reímos.

- ¿Tú también quieres repetir con Megan? – Pregunto.

- La verdad es que me gustaría cambiar. – Me tenso. – Tranquilo, James. Ya sé que tu chica

es intocable. Lo digo por la amiga. La rubia esa está tremenda...

- ¡No me jodas, Artie! – Le increpa Carl. – ¡Mary es para mí!

- Eso habría que preguntárselo a ella, ¿no crees?

- Artie, no toques los huevos. – Me meto porque me parece que se está pasando. – Mary se está viendo con Carl.

- ¿Otro que se ha dejado pillar por una fulanita de esas? – Oh, no. Ese comentario ya ha ido muy lejos. Me enfado de verdad con mi amigo y me acerco a él con mirada fiera para que nadie más oiga lo que tengo que decirle.

- No se te ocurra volver a llamar a mi chica “fulanita” porque olvidaré los veinte años de amistad que nos unen, Arthur, ¿entendido? – Estoy hecho una furia, aunque sé que no podría enfadarme con él por mucho tiempo porque ha sido el mejor apoyo que jamás he tenido, esta vez se ha pasado de la raya.

- ¡Colega, tranquilo, estaba de broma! – Levanta las manos. – Ya sabes como soy. Además, yo he contribuido a que sepas toda su mierda porque me preocupo por ti y lo sabes.

- Sí, fue la mejor manera de enterarme. Llevarme allí en la despedida de nuestro amigo. Sabiendo lo chocante que sería para mí. Guárdate tus bromitas, Artie.

- Bueno, ¿qué? – Se acerca Tim. – ¿Vas a tirar hoy, Bennett, o prefieres dejarle ganar a tu novia?

- No estaba en mis planes hacer tal cosa. Ya voy. – Le dedico una mirada furtiva a Arthur y tiro. Como estoy desconcentrado lo hago de pena y derribo sólo tres bolos. Me toca un segundo turno.

- Pareces un abuelo tirando. – Me dice Sue a mis espaldas. Me vuelvo y finjo una risa irónica y malhumorada.

- ¡Ja! ¡Ja! ¡Muy graciosa! Cuando me concentre verás. Vas a tener que hacerme el puñetero baile más sensual que tengas en tu repertorio.

- No creo que tu corazón de abuelito pueda soportarlo. – ¡Será jodida! ¡Ahora quiero ver ese dichoso baile!

- ¡Será un placer desmontarte tu hipótesis, “jovencita”! – Le reto mirándola de frente. – Veremos si eres capaz de llevar mi ritmo tú cuando te lleve a la cama tras el baile.

- O también podemos hacerlo en otro lugar menos clásico, más adecuado a mi juventud salvaje. – ¡Cuánto disfruta provocándome! Su sonrisa no cabe en su cara. – La cama está bien para los abuelitos.

- Tomaré nota, jovencita. Ahora, no me desconcentres. Tengo una apuesta que ganar. – Le doy un rápido beso y me concentro para tirar. Consigo derribar cinco bolos. No ha sido tan desastroso al final.

Después es el turno de Mary y mis amigos y yo nos enfurruñamos cuando vemos a Carl tratando de enseñarle cómo debe colocarse y apuntar. Le gritamos todo tipo de improperios. ¿Qué quiere este imbécil, que perdamos? De hecho, la chica aprende rápido el truco y nos cuela un strike tras otro. ¡Mierda vamos perdiendo! ¡Voy a matar a este tonto!

- ¡Eres un aguafiestas! – Le digo enfadado. Las chicas no hacen más que provocarnos haciendo bailes sensuales frente a nosotros. ¡Es irritante!

- Sólo quería una excusa para acercarme a ella, Bennett. – Me dice arrepentido. – No pensé que pillaría el truco tan rápido.

- Pues espero que lleves calzoncillos limpios. – Bufo. – Desde que te has vuelto un hippy greñudo quién sabe...

- ¡Mierda! – Replica él. Levanto una ceja al mirarlo. – Tío, si lo hacemos en tu casa déjame unos tuyos.

- ¡Joder, Carl!

- ¡Tío, te los compro! ¡No seas así! – En ese momento noto mi móvil vibrar en mis pantalones. Lo miro y pongo los ojos en blanco cuando veo que es un mensaje de Chloe. ¡¿Otra vez la pesada esta?! ¡No pienso leer lo que quiera que sea que me ha escrito!

- ¡Mi amor, estamos ganando! – Sue se acerca y me abraza para luego darme un beso precioso en los labios. Es la primera vez que me llama mi amor. Está tan feliz que apenas me molesta tener que perder la dichosa apuesta. Bueno, sí que me molesta, pero menos. – Y tú sonrías... no sabes las ganas que tengo de verte haciendo un striptease para mí.

- No seas cruel, nena. Te lo haré a ti en privado. – Le beso con pasión y noto mi móvil vibrar de nuevo. Lo ignoro. Esta vez creo que es una llamada.

- ¡Ni hablar! ¡Creo que va a ser la experiencia más divertida de toda mi vida, Jamie! – Sin duda lo será. Por la cara de diversión que pone sé que está entusiasmada. Me va a costar horrores hacer algo así.

- ¿Y si te prometo tres orgasmos seguidos? – Susurro en su oído apretando su culo para acercarla todo lo posible a mí.

- ¡Oh! – Sus ojos se iluminan.

- ¡¿No piensas contestarme el puto teléfono?! – Escucho la chirriante voz de Chloe y al separarme de Sue compruebo que está junto a nosotros.

- Chloe, ¿qué tal? – Saludo con pocas ganas. Sue le dedica un gesto desafiante y encolerizado. La ha reconocido. – Lo siento, estaba muy distraído besando a mi novia. – Digo con cara de pocos amigos. A ver si así lo capta.

- Sí, ya veo. – Escupe sus palabras mirando con asco a Sue. – Tú eres la nueva diversión, ¿verdad?

- Chloe, hazme el puto favor de desaparecer de una vez. ¡Tú y yo hemos intimado una

maldita única vez y créeme que me arrepiento horrores de haberlo hecho! – Bramo hecho una furia.

- ¡Eres patética! – Le suelta Sue. – Te he dicho que te alejes de MI novio. Te lo dije por las buenas. No me hagas decírtelo por las malas. ¡Pedazo de loca!

- Déjala Sue. Vamos a lo nuestro. – Tiro de su brazo, pero Sue está que lanza fuego por la boca y los ojos.

- ¡Tú no sabes nada de este cabrón! – ¡Oh, no! ¡Cómo se le ocurra soltar algo de mi pasado entonces sí que va a lamentar haber nacido! – ¿Acaso sabías que...?

- ¡¡¡Métete en tus putos asuntos y desaparece, Chloe!!! – Grito envuelto en furia. – ¡¿Qué coño quieres de mí?! ¡Déjame vivir, maldita sea!

- ¡Eh, tranquilo! – Me calman Tim y Carl. Arthur coge a la loca de Chloe y la saca del brazo del local. Yo la miro con ganas de asesinarla mientras desaparece gritando y llorando mi nombre y diciendo que me ama entre lamentos. – Ya está, Bennett, tranquilo. – Mi cuerpo tiembla. No puedo estar tranquilo. Esa maldita loca ha estado a punto de acabar conmigo, lo sé. Entonces me estremezco al pensarlo y miro a Sue. Está petrificada. Observándome asustada.

- Nena...

- ¿De qué hablaba, James? – Mierda, ya está en modo distante.

- De nada, de una mala época que pasé y ya terminó. – Ella se cruza de brazos. No la he convencido. Me levanto y la miro con seriedad. – ¿No confías en mí? Esa mujer está loca, Sue.

- Está enamorada...

- Está obsesionada. Y yo sólo tengo ojos para ti. – Le acaricio el rostro y cierra los ojos buscando serenarse. – Estamos conociéndonos, Sue. Esa estúpida no puede marcarnos el ritmo. Déjalo estar. No le hagas caso. Te recompensaré con un gran striptease. – Entonces su gesto por fin cambia. Me sonrío y me pone ojitos.

- Vas a tener que hacerlo muy bien.

- Nunca voy a estar a tu altura, pero lo intentaré.

Miedo a desnudarse

Al final perdimos...

Hemos terminado la dichosa partida de bolos mis amigos y yo con cara de entierro. Las chicas, sin embargo, están entusiasmadas.

El capullo de Tim se consigue librar del castigo porque alega que está a punto de casarse y su prometida no sabe nada de la apuesta, por lo tanto, no es justo para ella.

Le dejamos escabullirse porque la verdad es que tiene razón y valoramos mucho su lealtad a su prometida, Liz.

Pero Carl, Arthur y yo estamos jodidos.

Tras debatirlo durante unos minutos, hemos decidido cumplir con el castigo cuanto antes y por unanimidad hemos elegido mi casa para hacerlo. Puesto que está situada a las afueras de Londres y es un lugar bastante tranquilo en donde no molestaremos a vecinos ni nada por el estilo.

Carl, Arthur, Mary y Megan van en el coche del hombre de calzoncillos sucios, o sea, Carl. Sue y yo vamos en el mío. Ella va todo el maldito camino lanzándome miraditas y conteniendo una risita nerviosa y expectante.

- ¡Estarás contenta! – Gruño.

- ¡Mucho!

- Si nuestra relación sobrevive a lo que va a pasar esta noche es que deberíamos casarnos inmediatamente, nena. – Digo en tono bromista. Me encanta verla disfrutar de esa manera, aunque sé que yo no lo voy a disfrutar en absoluto.

- ¿Te casarías conmigo? – Pregunta y parece conmocionada. Mierda. Era una broma. Ahora toca arreglarlo.

- Primero tendré que sobrevivir a tu mirada de decepción.

- Te he visto desnudo mucho y créeme que no decepcionas en absoluto. Y a las demás que te han visto parece que tampoco. – ¿Lo dice por Chloe? Creo que sí. Se ha puesto muy seria de repente.

- Ya, pero no sé moverme. No puedo ser perfecto. – Me encojo de hombros.

- Sí que sabes moverte. ¿Te has follado también a tu secretaria? – Me deja sin palabras.

- ¿Yo? ¿Follarme a Ivonne? ¡No! – Aunque no le voy a admitir que me he planteado alguna vez pedirle una cita. Ya no, ahora con esas tetas anti-gravedad no me atrae lo más mínimo. En realidad, no me atrae otra mujer que no sea Suzanne. – ¿Por qué preguntas esa tontería?

- He visto cómo te mira. – Se encoge de hombros, haciéndose la indiferente. ¿Está celosa? Decido presionar un poco para comprobarlo.

- Es guapa... pero no sé, nunca he pensado si podríamos conectar.

- ¡Es una ridícula! ¡No me gusta! – Me resulta casi imposible contener la risa, sin embargo, lo consigo.

- Pero es muy guapa... y tiene un cuerpazo.

- ¡Eres gilipollas! – Me golpea en el brazo enfadada. Aparco el coche frente a mi casa, me desabrocho el cinturón y la miro esta vez sin esconder mi risa.

- Tú eres la boba. – Le señalo con el dedo.

- ¡Si quieres tirártela adelante! ¡No pondré impedimento! ¡Me olvidaré de que existes y será cómo si nunca me hubieras conoci...! – Le callo agarrándola por el cuello y dándole un intenso beso. Al principio pelea, pero cae rendida a mi beso enseguida.

- Es una ridícula. Como tú. Por creer que pensaría en estar con otra mujer teniendo un tesoro como tú en mi poder.

- Ahora intentas arreglarlo... – Me mira con esa cara tan bonita y tan enfadada. Con los brazos cruzados.

- Jamás había sentido algo tan intenso y de una forma tan rápida por alguien como contigo, Sue. – Me sincero. Ella evalúa la sinceridad de mis palabras en mi mirada.

- Yo tampoco. – Susurra.

- Me resulta desconcertante que te muestres tan celosa con esas mujeres que no significan nada para mí y que no comprendas lo que yo siento cuando sé que te dedicas a lo que te dedicas.

- Es sólo un trabajo. No tiene nada que ver con mi vida real. No tiene nada que ver con lo que siento ni lo que soy. Pero si tú dices que te atrae una persona normal, que puede darte un tipo de relación y de estabilidad que yo no puedo darte, entonces es algo mucho más peligroso, ¿no crees? – Se defiende. Es lista. Me acaba de dejar sin palabras.

- Nada de lo que pueda ofrecerme Ivonne me seduce, Sue. Nada de lo que me han ofrecido me atrapa tanto como lo has hecho tú. – El claxon del coche de Carl nos informa que ya han llegado. – Parece que ya ha llegado la hora del espectáculo. Vamos. Salgamos del coche. – Salimos y nos dirigimos a mi casa cogidos de la mano. Doy un largo suspiro al imaginarme haciendo un striptease delante de tres de las chicas más explosivas de Londres. – ¿En serio tengo que hacer esto? – Intento por última vez apelar a su piedad, que no estoy seguro de que la tenga. Ella asiente gustosa. – Es increíble que te pongas celosa de las miradas de Ivonne y no te importe que muestre todos mis dotes masculinos a tus amiguitas.

- Ya te he dicho que Ivonne pertenece al mundo real, no al de la ficción. Y lo que vas a hacer ahora lo harás conmigo. No es lo mismo.

Entramos todos juntos en mi casa. Ofrezco una copa de vino a mis improvisados invitados y todos aceptan. Yo necesito una botella para mí solo.

Si me hubieran dicho hace tan sólo unas semanas que me iba a ver en una situación como

esta y que accedería a hacer tal cosa, pensaría que no pueden estar hablando de mí.

Me tomo una copa de vino de una sentada y ataco la segunda.

Los chicos y las chicas charlan distendidamente en el salón. Ellas están más que pletóricas. A su edad yo también lo estaría. Al fin y al cabo, en algo se nota la diferencia de edad. Siete años de madurez te dan para adquirir muchos nuevos miedos e intensificar algunos antiguos. Muchos dicen que te vuelves más sensato con la edad, yo más bien creo que te vuelves más asustadizo y menos aventurero.

Carl me pregunta que donde tengo mi ropa interior y le doy las indicaciones. Desaparece un momento para prepararse para el combate.

Cuando vuelve pactamos que cada uno se va a concentrar en su chica. Les haremos sentarse en sillas distanciadas y, a ser posible, con orientación que les dificulte enfocarse en lo que está pasando a su alrededor.

Y eso hacemos.

Me bebo de un solo trago mi tercera copa de vino y por fin siento que mis miedos se destensan un poco.

Bien. Vamos allá.

Cojo el mando a distancia del equipo de música, busco la canción que tengo en mente y, una vez que cada uno de nosotros se ha colocado frente a su chica, le doy a reproducir y la sensual voz de Marvin Gaye comienza a cantar “Lets get i on”. Comienza el baile.

Lo primero que hago es quitarme la chaqueta y tirársela a la cara a Sue, que me mira más que entretenida. Grita ante la sorpresa. Sonrío. Después me remango las mangas de mi jersey y acaricio su cara. Parece que funciona. Se enfoca en mis antebrazos y los acaricia con sensualidad. Sin querer miro hacia un lado y veo a Arthur hacer un ridículo movimiento de caderas. Aprieto los ojos y sacudo la cabeza para sacar esa imagen de mi cerebro. Me vuelvo a Sue y me quito el jersey. Ahora mismo estoy en vaqueros y camiseta blanca de tirantes. Como no sé bailar decido simplemente repasar mis pectorales y mis abdominales con mis manos, levantando un poco la camiseta para mostrárselos un poco, mirándola como si fuese un depredador acechando a su presa. Ella abre un poco los labios y levanta su mano en dirección hacia mí, quiere tocarme. Está funcionando.

Me resisto a su llamada y me quito los zapatos con los pies. Aunque me tengo que agachar un poco para quitarme los calcetines. Maldición, estoy perdiendo sensualidad. Sin querer miro a Carl y me divierte ver que ya está desnudo. ¿Ya? ¡Si acabamos de empezar! Vuelvo a mirar a Sue. Me quito la correa de los pantalones y golpeo con ella el suelo como si fuese un látigo. Ella da un respingo. Me desabrocho muy muy lentamente cada botón de los vaqueros y sonrío al ver esa cara tan bonita y tan concentrada en lo que esconden mis pantalones. Ya están desabrochados, me acerco a ella y coloco sus manos a ambos lados de mis caderas, invitándola a bajármelos. Lo hace mientras descarga un suspiro.

Ahora estoy con mis calzoncillos de Calvin Klein blancos y mi camiseta blanca interior. Me

acercó a Sue, me agachó y la besó con sensualidad. Ella me aprieta contra ella aferrándose a mi cuello.

- Shhh. – Le indico con el dedo que se frene. Miro a la cocina y veo mi jarra del agua. Se me ha ocurrido algo. Quizá no sea tan malo en esto. Cojo la jarra y un vaso. Vierto un poco de agua en él y se lo acerco. – Te veo muy sedienta, bebe. – Abre la boca y yo, en lugar de darle de beber, vierto el agua en su pecho y su escote. ¡Ahora estamos a un nivel más cercano! Su vestido beige se transparenta gracias al agua y puedo ver su precioso sujetador de encajes tras él. Mi polla responde a lo que ve. Su boca se abre formando una O y se levanta. – ¡Eh! ¡Siéntate! ¡Este es mi espectáculo! – La empujo de vuelta a la silla y vierto un vaso de agua desde mi cabeza. Se agradece el frescor. Me acerco a ella y le dejo que pose sus manos sobre mi pecho mojado. Me masajea los pectorales entusiasmada y yo me quito la camiseta.

- ¡Estás tan bueno! – Me dice y sonrío. De repente un ruido capta mi atención. ¡Carl está follando con Mary en mi sofá! ¡Este hombre se está volviendo un degenerado! Sue me agarra de la cara para que vuelva a concentrarme en ella. Tiene razón.

Me levanto y voy bajando mis calzoncillos con la ayuda de sus dedos, para dejar mi miembro liberado justo frente a su bonito rostro. Y le acaricio el rostro, me agacho para besarla y me arrodillo frente a ella. Meto las manos por debajo de su vestido y alcanzo sus bragas.

- Levanta. – Le ordeno y hace caso. Le quito las bragas y, sin dejar de mirarla acerco mi boca al interior de sus muslos.

Ella da un respingo cuando alcanzo su sexo con mi lengua y aprieta las piernas con mi cabeza entre ellas. Yo le abro un poco más con mis manos para poder acceder con facilidad a su deliciosa humedad. Gime con fuerza. Déjate llevar, nena. Tú me estás haciendo que haga cosas que jamás habría imaginado que haría y quiero premiarte por darle tanta pasión a mi vida.

Introduzco dos dedos en su interior, mientras mi lengua se centra en su clítoris. Gime aún más fuerte y se tensa. Finalmente se deja llevar echando su cabeza hacia atrás y apretando mi cabeza con sus manos enredadas en mi pelo. Tira con fuerza de mi cabello y yo me enciendo ante su ardor, sus gemidos y su intensa humedad. Sabe a sexo y pasión. Sabe de maravilla. Levanta sus caderas en busca de más. Está vencida por el deseo, y yo lo he provocado. Estoy muy orgulloso de mí. Y de repente estalla en un fuerte orgasmo entre gritos. ¡¿Ya?! ¡Pues no se me ha dado nada mal!

Levanto la vista y la veo rendida al placer. Con la mirada entrecerrada, el pelo enmarañado y toda mojada. Es lo más bonito que he visto nunca. Los dos degenerados de mis amigos están ya en medio de la acción, pero yo prefiero algo de privacidad con mi chica. Tiro de su mano y la pongo en pie. Ella me besa loca de pasión.

- Ha sido alucinante. – Confiesa emocionada.

- Todavía no he terminado contigo. Vamos. – La subo a mi cuerpo y ella me abraza con sus bonitas piernas. – Te llevo a la cama, nena.

- Sí, señor. – Me dice de camino a mi habitación con voz sensual.

- ¿Ya no soy un abuelo? – Sacude exageradamente la cabeza. Me río. – Me alegro.

- Ha sido increíble, Jamie. Tanto que voy a recompensarte ahora yo.

- ¡Eso suena genial!

Llegamos a mi habitación y la tiro sobre la cama. Mi erección es de grandes dimensiones. De fondo Marvin Gaye canta “Sexual Healing” y se escuchan también los gemidos de los indecentes de nuestros amigos.

Sue se quita el vestido sin que se lo pida. Está tan impaciente como yo. Me mira hambrienta de más. Y yo sólo quiero perderme en ella. Se quita el sujetador y, para mi grata sorpresa, decide colocarse a gatas de espaldas a mí.

- Mmmm, qué buena vista... ¿Estás preparada? – Pregunto. Ella asiente girando su cabeza para mirarme y se muerde el labio.

Me introduzco en ella hasta el fondo y libero y gruñido intenso y que sale desde mis entrañas. Está tan mojada y tan caliente que la siento como la caricia más placentera del mundo. Me muevo en círculos en su interior, sé que eso le vuelve loca, y no me equivoco. Sus alaridos de placer suben de nivel y me encienden más todavía. Vuelvo a salir y a entrar. ¡Dios! Si no me controlo me voy a correr demasiado pronto.

Aprieto los ojos para concentrarme, pero de pronto noto un movimiento extraño que me hace abrirlos de repente. ¿Cómo cojones ha hecho eso? Se ha abrazado con sus piernas a mi cintura, con los codos aún apoyados en el colchón y se contonea sobre mi polla de una forma devastadora. ¡Joder! ¡Para, me voy a correr! No puedo creer lo que mis ojos ven. ¿Es que no hay postura en este mundo que se le resista a esta mujer?

Me está volviendo loco con ese movimiento y, para controlarme, me aferro con dureza a sus nalgas y gruño tratando de encontrar un punto de concentración que me permita seguir. No puedo. Esto es demasiado. Me siento arder por dentro. Es casi asfixiante. Finalmente opto por no controlarme más sino más bien lo contrario. Daré rienda suelta al monstruo que Sue acaba de despertar. La vuelvo a poner a gatas sobre mi cama y la embisto con toda la fuerza que dispongo. Grita. Grito. Auya. Gruño. Siento sus espasmos. Se está corriendo y me dejo arrastrar por su orgasmo a uno de los más intensos.

Lo siguiente que recuerdo es que caigo fulminado en la cama, que Sue me abraza y me acaricia el pecho, y todo lo demás es una nebulosa rara que no sé desentramar.

Caigo en un sueño profundo, en el que mi pasado y mi presente se mezclan. No sé cómo interpretarlo. Es posible que sea porque sigo teniendo miedo a desnudar mi alma a Sue del todo. Hoy he pasado verdadero miedo por culpa de Chloe. Sé que algún día tendré que sentarme a hablar con Sue de todo, pero ahora mismo no creo que sea el momento. Aún nos estamos conociendo y tengo la esperanza de que poco a poco vaya dejando ese trabajo suyo y confíe en mí para ayudarla con todo. Pero, para que confíe en mí, tengo que apartar ciertas cosas ahora mismo de nuestra historia hasta que llegue el momento. Tampoco creo que añadir más tensión a la ya inevitable existente sea lo mejor. O puede que sólo me esté poniendo excusas porque estoy muerto de miedo de volver a hablar de ese tema, sobre todo con Sue.

Apariciones

Es lunes. Pero no tengo que ir a trabajar. Mi hermana me va a cubrir hoy. Qué bien sienta no tener que ir a trabajar un lunes. Me despierto al notar los dedos de Sue explorando el vello de mi pecho. Abro los ojos y está mirándome. Le sonrío.

- Buenos días, nena.

- Bueno días. – Sonríe y me premia con un bonito beso. – Anoche nos dormimos los dos rápidamente.

- Fue un día muy intenso. Me pregunto si nuestros decentes amigos se habrán quedado o no. – Me incorporo de la cama con la carcajada de Sue tras de mí.

- La verdad es que fue un momento muy... curioso el de anoche. – Busco un pantalón de chándal para cubrir mi desnudez y poder salir y abro los ojos al recordar a mis amigos en todo su esplendor en el salón de mi casa.

- Curioso se queda corto. ¿Tienes hambre? Anoche ni siquiera nos acordamos de cenar.

- ¡Estoy hambrienta! – Levanto a Sue de mi cama tirando de su brazo y la rodeo con los míos.

- Pues levanta, perezosa. Vamos a desayunar. Ponte algo. – Ella se coloca una de mis camisetas y sus bragas y salimos sigilosamente hacia el salón por si todavía hay intrusos. – ¡Maldita sea! ¿Qué han hecho estos bastardos? – Mis amigos y las chicas ya no están, pero está todo hecho un desastre. Cojines tirados por todos lados, la mesa de la cocina ha sido barrida y todo lo que había en ella está rodando por el suelo, el suelo lleno de agua... aunque esto último es culpa mía. Y mi ropa tirada en el suelo también. – Necesito una asistente. Menos mal que mañana haré algunas entrevistas.

- Por ahora tendremos que encargarnos nosotros. – Dice Sue encogiéndose de hombros. Yo frunzo los labios. Odio limpiar. Lo odio con todo mi ser.

- Desayunemos primero.

Después de desayunar y de pasar prácticamente toda la mañana limpiando con Sue me siento en el sofá con un enfado de cojones. ¡Vaya manera de pasar un día libre!

Sue recibe una llamada de alguien de su trabajo, o eso creo y parece tensa. Sale al jardín trasero de mi casa para hablar con privacidad y yo decido respetársela. Sólo espero que no sea el capullo ese de su “amiguito” o me voy a enfadar de verdad.

Decido llamar a un restaurante para que nos traigan el almuerzo a casa mientras tanto. Pido lasaña para ella y una pizza para mí. Sigue al teléfono... ¿Qué narices pasará?

Arthur me llama desde la clínica y decido prestarle atención para evitar pensar en la conversación de Sue que no quiero espiar.

- Hola, tortolito. – Me saluda ese impresentable.

- Hola, destructor de casas. – Digo en modo regañón.
- No te hagas. Tú también te pusiste las botas anoche.
- Pues sí...
- Y puede que esta mañana también. Mientras yo estoy aquí, trabajando para el gilipollas de mi jefe.
- Pues esta mañana no me he puesto las botas porque he estado limpiando el desastre que dejó en mi salón el impresentable de mi empleado.
- ¡Eh, Carl también contribuyó!
- Lo sé, lo sé, ya hablaré con él.
- Oye, Jamie, te llamo porque han llamado a la clínica preguntando por ti.
- ¿No está Brigitte para contestar a mis pacientes? – Me alarmo.
- Sí, pero esta llamada no era de una paciente.
- ¿Entonces?
- No sé por qué Ivonne me la pasó a mí, pero mejor. Oye, ¿te has dado cuenta de que se ha puesto tetas?
- No te distraigas, Artie. ¿De quién era la llamada?
- Ah, pues, es el detective privado ese que tú estás pagando para lo de... bueno eso de lo que no quieres hablar. – Me tenso y se me corta la respiración. – Norton, ¿no era así?
- ¡¿Qué ha dicho?! ¡Dímelo! ¿Se sabe algo?
- A mí no me ha dicho nada. Dice que lo llames para ver si podéis concertar una cita para esta tarde. Llámalo. Pero, por favor Bennett, tranquilo. – Siento mi corazón a mil por hora.
- Sí, sí. Voy a llamarlo.
- Bennett, lo digo en serio. Sepa o no sepa algo de Sussie tienes que seguir con tu vida como lo estás haciendo. – Miro hacia el jardín trasero de mi casa y veo a Sue merodear por ahí enfrascada en su conversación telefónica. Ella ha sido mi gran motivo para volver a recobrar las fuerzas. – Si vas a volver a reiniciar la búsqueda tienes que hacerlo con la convicción de que, si sigue sin ser provechosa, tienes que volver a ser tú otra vez, James.
- Lo sé, Artie. Pero aún no sé si lo que tiene que decirme Norton es bueno o no. – Casi no me sale la voz.
- Sea lo que sea estaré aquí, recuérdalo. Y si hace falta que viaje contigo lo haré, ¿entendido? – Casi me emociono al oír algo así.
- Artie esos lugares no son seguros. Créeme, lo he visto con mis propios ojos.

- Sussie también es parte de mí, James. Y de todos los que te queremos. – Mierda, se me ha escapado una lágrima y no puedo flaquear. Es cierto, Sussie era un rayo de sol. Menos para Sue, que no sabe ni que existe. Tengo que tener esa conversación ya con ella. – Deberías explicárselo a tu Caribbean girl, James.

- Sí, lo haré, en cuanto hable con Norton y sepa qué es lo que ha averiguado.

- Está bien, te volveré a llamar. Suerte, amigo.

- Gracias. – Respondo con un nudo en la garganta. Cuelgo.

Me quedo mirando el móvil y una sensación muy conocida que me ha acompañado durante dos años me recorre la espina dorsal. Siento la misma presión en las sienes, la boca seca y los latidos de mi corazón golpean mi esternón con fuerza. Marco el número de Norton y espero lo que me parece una eternidad a que me conteste mientras observo el techo y descargo un largo y denso suspiro. Al tercer tono contesta.

- Sr. Bennett, ¿qué tal está?

- Bien, Norton, o eso creo. Me ha dicho mi compañero que querías hablar conmigo. Dime. – Suplico a media voz.

- Preferiría tener la conversación en privado, ya sabe, por motivos de seguridad.

- Claro, dígame cuándo le viene bien.

- ¿Podría venir a mi despacho hoy a las seis y media? – Vuelvo a mirar en dirección a Sue. Lo siento nena, tendrás que concederme un rato hoy. Ya veré cómo sorteo la situación y la excusa que me invento.

- Allí estaré. – Confirmo.

- Estupendo. Nos vemos entonces. Hasta luego.

- Adiós.

Cuando cuelgo voy directamente hasta donde está Sue. Abro la puerta de cristal que conduce al jardín trasero y la observo hablar. Parece nerviosa. Da vueltas de un lado a otro y creo que está hablando en español. Su voz suena diferente en ese idioma; más grave y aterciopelada. La miro embobado y me relajo al pensar que estará hablando con su tío de lo sucedido en el trabajo y no con el idiota ese de Albert. Me mira y me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Al fin cuelga con un simple chao y se acerca hasta mí.

- ¿Qué te pasa? – Me dice y me sorprende. Parece que ya me va conociendo.

- Nada. Te contemplaba hablar en suajili. – Bromeo y ella descarga una de esas risitas que tanto me gustan de sus labios. – Suenas muy sensual.

- Voy a tener que salir un rato después de comer a resolver algunos asuntos. – Me informa preocupada. Para mí es un alivio porque yo también tengo que hacerlo. – No te enfades. – Me pide abrazada a mi cuello y besándome deliciosamente.

- No te preocupes. Te llevaré donde quieras. – Respondo a su beso. – ¿Volverás aquí esta noche? – Pregunto y no sé si es buena idea. Sé que voy a volver a casa hecho un estropajo porque sea lo que sea lo que Norton tiene que decirme me afectará. Pero prefiero pasar ese trago con el aliciente de sus besos en mis labios.

- Si me dejas... volveré. – Me dice con un tonito inocente.

- Tienes la llave, ¿no? – Ella asiente y me mira con profundidad. – ¿Qué?

- Estás muy raro. Tus ojos se han oscurecido. ¿Te preocupa algo? – Me siento expuesto de repente.

- Pues sí, tu trabajo. – Trato de desviar el foco. Además, es algo de lo que apenas hemos hablado. Ella suspira y se retira un poco.

- Creí que habíamos hablado de eso, James.

- Creo que más bien yo he intentado hablar del tema y tú has zanjado la conversación siempre demasiado pronto. – Me mira con tristeza.

- No puedo dejarlo aún.

- Eso ya me ha quedado claro. – Digo seriamente. Ese punto tendré que afrontarlo poco a poco y hacer estómago mientras tanto.

- Entonces, ¿de qué quieres hablar? – Le indico que entre en casa con la mano y nos sentamos en el sofá. Ella lo hace y comienza a acariciarse las manos mientras aguarda a mis preguntas para calmarse. Yo me aclaro la voz y trato de ser lo más preciso posible con mis preguntas.

- Quiero saber qué, cómo, cuándo y por qué has tenido que practicar sexo en tu trabajo. – Ella suspira y mira al techo. – Sue, mírame a mí. Creo que si tengo que tragar con ciertas situaciones es justo que al menos comprenda el porqué de su existencia. – Traga saliva y asiente.

- Sólo ha sido con dos personas. Y, créeme Jamie, no fue porque yo lo deseara y no fue nada parecido a lo que hicimos tú y yo allí el sábado. – Eso me alivia en parte. Pero necesito ahondar.

- ¿Quiénes fueron? – Prosigo antes de que me vuelva a cortar la conversación. Ahora ella mira al suelo.

- Un alto cargo de la policía y...

- Albert. – Culmino su frase cuando veo que no es capaz. Asiente. – Dime cuál es el poder que ese tipo se cree que tiene sobre ti, Sue. – Me mira pidiendo clemencia y, aunque me cueste forzarla, necesito saberlo. – Dímelo, por favor. – Le agarro de la mano para proferirle confianza.

- Él... me ayudó a conseguir dinero y... trabajaba conmigo. Era compañero en ciertos shows. – Siento un nudo en la garganta.

Recuerdo esos tipos en el escenario tirando de sus ropas hasta dejarla completamente desnuda. Recuerdo alguna caricia indebida a mi novia. Pero no lo recuerdo muy nítidamente,

porque todo eso sucedió cuando me estaba corriendo por culpa de la excitación que sentí al ver su show.

- ¿Qué hacíais?

- Ya sabes, shows de striptease. – Se encoge de hombros como diciéndome que ya lo he visto.

- ¿Sólo te desnudaba? – No me creo que esté preguntando eso. Como si no fuese suficiente...

- Bueno...

- ¡Sue, cuéntamelo! – Me estoy impacientando. Ella se encoge un poco al notar mi nerviosismo.

- Jamie, me siento muy violenta hablando contigo de esto, la verdad.

- ¡Bueno, soy tu novio y tengo derecho a saberlo, ¿no crees?! – Bennett, cálmate, la estás asustando.

- Sí, lo sé. Pero no he tenido novio desde que trabajo allí y nunca he tenido que enfrentar esta clase de interrogatorio. – Suspiro.

- ¿Tú quieres seguir con lo nuestro, Sue? – Me mira como si le hubiera ofendido de verdad.

- ¡Claro! ¿Acaso no lo he demostrado?

- Pues si queremos que esto parezca una relación con un mínimo de normalidad tenemos que saber ambos a qué nos enfrentamos, ¿no? – Sé que no estoy siendo justo. Yo omito información bastante importante a mi respecto.

- ¿Qué más da eso ahora, James? – Se levanta enfadada. – La cuestión es que se pasó y mi tío le echó. Después conseguí mudarme con las chicas y Albert ya pertenece al pasado. No tiene ni tendrá ya nada más que ver conmigo.

- ¿Se pasó por qué? – Insisto de nuevo. – ¿Qué hizo para que tu tío le echara? Porque no me creo que sólo fuera por liarse contigo si tu tío es conecedor y consiente que un poli haya abusado de ti. – Me levanto yo también y sé que sigo bastante tenso al hablarle. Ella me mira aterrada. Sus ojos están vidriosos. Está controlando el llanto. – Sue, no llores. Sólo cuéntamelo. Necesito comprenderte si quieres mi apoyo en esto.

- Me acosté con Albert ese día que te dije en casa, pero no fue la primera vez. – Le dejo continuar y controlo mis ganas de asesinar a alguien como puedo. – Antes, seis meses antes más o menos, hicimos un show juntos en una de las salas rojas y tuvimos sexo frente a los clientes. – Joder, esa información es bastante desgarradora. – Pero yo no fui consciente de ella hasta meses después.

- ¿Cómo?

- No lo supe hasta que Eddie, el chico que controla las cámaras de seguridad, me lo dijo.

Entonces comprendí que podía haber sucedido porque Albert me hubiera drogado. – Palidezco. – Pero me convencí de que mi buen amigo no haría eso y pensé incluso que Eddie se lo inventó. Tampoco le pregunté si había visto algo así alguna vez antes. Me daba miedo la respuesta. Pero el día que pasó eso en casa... comprendí que no había bebido tanto para perder el conocimiento y todo empezó a encajarme. Durante unos días le hice creer que éramos novios, pero en realidad lo que intenté fue recopilar pruebas de que había estado drogándome para aprovecharse de mí. – Estoy atónito. – Cuando reuní las pruebas suficientes se lo mostré a mi tío y lo echó.

- ¡Ja! ¡Es gracioso que a tu tío le moleste que alguien se aproveche sexualmente de ti! ¡Él mismo lo hace!

- Jamie, lo verdaderamente peligroso era que me drogara. Yo hago números de verdadera complejidad acrobática y si hago un mal movimiento... puede ser nefasto.

- ¡Joder, Sue! ¡¿Por qué cojones no lo has denunciado?!

- Albert tiene suficiente información para joderme la vida, Jamie. Sólo necesitaba perderlo de vista. Eso es todo. Con respecto al policía ese, también mantuve relaciones con él un par de veces sin ser consciente de ello y coincidió con las veces que sabía que Albert me había drogado. Después de eso no podía negarme tan fácilmente cada vez que él pedía un show conmigo. Además, es amigo de Albert y saben cómo sabotearnos el negocio.

- ¡Esto es alucinante! – Digo con tono irónico y muy frustrado. – ¡¿Y va a volver a aparecer ese imbécil para solicitar tus “servicios”?!

- ¡No me trates como una puta, James!

- ¡Perdona! ¡Pero necesito saber qué harás si aparece, Sue!

- ¡No lo sé! – Dios. Sue se tapa la boca, pero ya es muy tarde, lo ha confesado. No sabe si podrá o querrá decirle que no a ese estafador. – Quiero decir... mi tío intenta siempre impedirle la entrada con algún argumento fácil, pero es complicado. – Lllaman al timbre y me alejo de ella gracias a esa llamada. – Jamie... no te alejes...

- Sólo voy a abrirle al repartidor de comida. – Abro y pago el recibo. Vuelvo a entrar en casa evitando mirar la cara de desolación de Sue. Pongo la comida en la mesa y comienzo a comer. Aunque no tengo ni pizca de hambre. Pero no me apetece seguir urdiéndome esa herida que yo solito acabo de abrirme y me sirve como método de huida.

- Jamie... – Oigo su súplica a mis espaldas mientras como tratando de ignorarla. – No me hagas esto. No me dejes, por favor. – Consigue connoverme.

- Sue, estoy aquí. – Contesto sin mirarla. – Come, por favor. Después nos iremos.

- No puedo cambiar el pasado...

- Lo sé. – Suspiro. Al fin me vuelvo a mirarla. Tiene sus bonitos ojos verdes llenos de lágrimas. – No quiero dejarte, Sue. Pero tendrás que entender que esto es duro para mí y no sé si yo soy capaz de...

- ¡Por favor! ¡No te alejes tú también! – Sue se tira a mis brazos y me abraza con fuerza. Me quedo bloqueado y me invade una enorme tristeza. No quiero vivir sin esta mujer. Pero, ¿cómo lo hago? Su piel calma en cierto modo mi desasosiego, aunque tengo una nube muy gris alojada en mi cerebro que me empaña todo. – Te quiero, Jamie. Confía en mí, por favor. – Finalmente la abrazo y siento como se deshace en llanto entre mis brazos.

- Yo también te quiero. Demasiado. Y tengo la sensación de que aún no sé la mitad de todo.

- ¿Me dejarás quedarme entre tus brazos y hacerte feliz a pesar de todo? – Me dice acariciándome el rostro y rozando su nariz con la mía. Yo me pierdo en la preciosidad de sus facciones. Es un ángel. Un ángel maldito. Mi ángel maldito.

- No sé decirte que no. – Sonríe con su bonito rostro lleno de lágrimas y nos besamos con nuestras almas rozándose con nuestras lenguas.

Finalmente acabo haciéndole el amor sobre la mesa de la cocina. Dejándome llevar y arrastrar una vez más por la pasión que sólo ella ha podido levantar en mí. Vaciando un poco más de mí en su interior. Estoy jodidamente enamorado de este bello, salvaje y depredador animal.

Lejos

Voy de camino en mi coche con Sue. Sé que ella me mira de reojo y que le preocupa mi silencio. Pero lo cierto es que la realidad al fin ha venido a vengarse de tanta felicidad vivida en los últimos días. He intentado obviarla, pero al final se ha colado en mi cerebro y me martillea constantemente.

Creí que sería suficiente con saber que Sue siente algo parecido a lo que yo siento, pero no. Y en el fondo yo sabía que mi verdad aparecería en cualquier momento para recordarme que me he aventurado demasiado creyendo que podría hacer una vida normal con ella. Además, ahora tengo que sumar la realidad de Sue.

Sé que ella piensa que sólo tengo mi estúpido ego masculino herido por la naturaleza de su trabajo. No es sólo eso. Ella es la persona que más me ha importado en mucho tiempo y temo por su integridad. Tengo la impresión de que aún me oculta cosas y sé que lo hace para protegerme, no obstante, lo que consigue es asustarme más.

- Es aquí. – Me dice cuando llegamos a la dirección a la que me ha guiado. Despierto de golpe. Llevaba todo el camino pensando en lo mucho que siento por esta mujer y el miedo que me da todo. Miro a mi alrededor. Estamos en Notting Hill, uno de los mejores barrios de Londres. La miro confundido. – Jamie, ¿estás bien?

- Eh, sí. – Ahora que te miro a los ojos un poco mejor. – ¿Qué tienes que hacer aquí? – Pregunto extrañado. Ella se tensa y parpadea rápido. Está buscando una respuesta. ¡Oh no! – ¡No se te ocurra mentirme! – Le apunto con el dedo.

- Mi tío me pidió que viniera a hablar con un cliente por si sabe...

- ¡¿Vienes a ver a un cliente?! ¡¿Tú sola?! ¡Ni hablar!! – Pongo de nuevo en marcha mi Audi.

- ¡James, por favor! – Tira de mi brazo. – ¡No voy a hacer nada! ¡Sólo vengo a hablar! – Rujo y vuelvo a frenar el coche. Me vuelvo hacia ella echando humo por los orificios nasales.

- ¡De qué cojones tienes tú que hablar con un cliente, sola, Suzanne!

- Tengo que averiguar si sabe algo del porqué se ha cerrado el “Poissoned Apple”. – Contesta con cara de cordero degollado.

- ¡Pues que lo averigüe tu tío! ¡Es su jodido negocio!

- Me lo ha pedido a mí...

- ¡¡Por qué a ti!! – Agacha la cabeza. – No me lo vas a decir...

- No quiero pelear contigo. – Maldita sea. Tengo la cita con el detective privado en veinte minutos y no puedo hacer nada para detenerla. – Dime que no es con el poli ese. – Sue suspira, pero no contesta. – ¡¡Joder Sue!! – Grito exasperado. Ella me mira aterrada. ¿Qué cojones hago?

- No haré nada, sólo hablar, mi amor. – Me llama “mi amor” y consigue ablandarme con su chantaje emocional.

- Vas a acabar con la poca cordura que me queda. ¡Haz lo que demonios sea lo que vas a hacer! – Le digo y vuelvo a poner el coche en marcha. Pero ella no se mueve. Se queda mirándome. – ¡Ve de una maldita vez, Sue! – Le digo encolerizado.

- No mientras esos ojitos azules no me vuelvan a mirar con amor. – Me pide.

- ¡Sue, precisamente es el amor que estoy empezando a sentir por ti lo que me está volviendo loco de preocupación por ti! ¿No lo ves? – No sé por qué cojones decide que es un buen momento para acariciarme y besarme tiernamente. Mi corazón sigue disparado a mil por hora.

- Te quiero. – Susurra en mis labios. – Te veré esta noche. – Vuelve a sonreír y sale de mi coche. Y yo me quedo con cara de gilipollas. No despego mis ojos de ella hasta que veo a que casa se dirige y hasta que no veo la cara del capullo que le abre. ¿Ese es el poli corrupto? Ya sé dónde vives y quién eres.

Veinticinco minutos después estoy en el despacho de Norton con ganas de asesinar a alguien. Espero que este tipo tenga buenas noticias para mí o voy a enloquecer. Tengo a Sue en la cabeza y cientos de imágenes de ella imaginándomela en la peor de las situaciones con ese poli rondándome constantemente.

Norton entra en su despacho donde yo ya le estoy esperando sentado y me ofrece un trago, que acepto con mucho gusto. Es un tipo alto, corpulento y muy moreno, pero tiene aspecto de buena persona.

- Bien Señor Bennett, me alegro de verle. Espero no haberle interrumpido demasiado en sus quehaceres.

- No se preocupe Norton. Por favor, dígame qué ha averiguado. Dígame que por fin tiene una pista fiable. – Digo casi en una súplica.

- La verdad es que es la pista más fiable que hemos tenido hasta ahora. Pero no sé si le va a gustar. – Me incorporo en mi asiento.

- ¿Le ha pasado algo a Sussie?

- No, que sepamos. Relájese. Es posible que podamos dar con su paradero.

- ¡Dígame qué sabe!

- Su mujer al fin ha hecho un movimiento en falso. Sacó dinero de un cajero de la cuenta que comparten usted y ella. 500 libras para ser exactos. – Mi corazón comienza a tronar con fuerza. No digo nada. Quiero que me cuente todo antes de volver a pronunciar palabra, por si me rompo. – La hemos situado en el Líbano, señor Bennett, cerca de la frontera con Siria. – Joder. – Suponemos que se encuentra en una zona sometida por el Estado Islámico. – No puedo hablar, pero lo intento con todas mis fuerzas.

- Por favor, dígame que hay alguna manera de traerme a Sussie de nuevo junto a mí. Pagaré lo que haga falta. Haré lo que sea. No quiero que se quede allí y... la destrocen.

- Puedo mandar a un contacto a buscar a su mujer y tratar de emprender una negociación, señor Bennett. Pero eso será costoso. Quiero que lo sepa.

- ¡Me da igual! ¡Tráigamela de vuelta! – Me pongo en pie.

- Siéntese, señor. Relájese. – Vuelvo a sentarme y me tomo la copa de whiskey de un solo trago. Norton vuelve a llenármela. – Necesitamos gestionar papeles falsos y proferirle una estancia protegida a mi contacto.

- Dígame cuanto y se lo daré.

- Veinte mil libras.

- Mañana mismo le extenderé un cheque. – Digo con convicción. – Dios... ¿cree que podrá hacerlo? – Mi pecho vuelve a sentir unas esperanzas que había perdido hace mucho tiempo.

- Sí, señor. Pero no sé cuánto tiempo tardaremos. – Me dice con amabilidad. ¡Joder, joder! ¡Cuánto tiempo soñando con escuchar esto! Aunque no me quiero hacer ilusiones. Puede que todo se desmorone al final, como siempre me ha pasado. – Hizo usted muy bien en no pedir el divorcio. Todo eso facilitará la tarea. – Asiento y trago saliva. Sí, sigo siendo su marido. Al menos a efectos legales. Entonces vuelve a mi mente Suzanne y sé que todo se volverá todavía más complicado entre nosotros cuando lo sepa. Pero no voy a cambiar mi estado civil. No puedo hacerlo hasta que toda esta pesadilla haya concluido.

- Mañana me pasará entonces para extenderle el cheque, señor Norton. – Me levanto y le doy un apretón de manos. Quiero salir ya de aquí. Necesito ir a buscar a Sue. Al volver a pensar en ella he vuelto a imaginármela en brazos de ese poli y no soporto más esta sensación.

- Estupendo. Pásese a la hora que guste.

Salgo a la calle y siento que todo me da vueltas. Suspiro una y otra vez. ¿Puede ser verdad que vuelva a tener a Sussie entre mis brazos? Dios, casi no puedo ni respirar. ¿Y Sue? ¿Entenderá ella mi situación? Es demasiado enrevesada, lo sé. Si no se lo he explicado todavía es porque no pensé nunca que volvería a recuperar alguna vez las esperanzas de encontrar a Sussie con vida. Pero ya es un hecho. O puede que no. ¿Debería decírselo y arriesgar lo poco o mucho que tenemos? Porque la verdad es que también puede suceder que todo vuelva a torcerse de nuevo y me quede de nuevo sin más noticias de Sussie.

Actúo sin pensar y me meto en el coche. Comienzo a conducir y me concentro sólo en no romper a llorar. Pero, ¡malditas sean las ganas que tengo! El destino se estará riendo de lo lindo conmigo y con mi vida.

Sin darme cuenta he vuelto a Notting Hill. Y estoy bajando del coche con la determinación de pegar en la puerta de ese tipo, para comprobar que Sue no sigue allí sola, con ese asqueroso. ¡Seguro que ha tratado de aprovecharse de ella! Le pienso partir la cara en cuanto lo vea. ¡Sue es mía!

- ¿Jamie? – Me sorprende a mis espaldas. – ¿Qué haces aquí?

- Venía a recogerte. – Miro alrededor de mi chica y no veo a nadie más. – ¿Y el tipo ese? ¿Dónde está? – Sue me sujeta de la cara para que la mire a ella.

- Ya está todo solucionado. Mañana volverán a abrir el “Poisoned Apple” y el “Caribbean Blue” y podré volver al trabajo. – Mi cara debe mostrar de todo menos alegría y alivio. – Ya veo que no te pone muy contento. – Me besa. – Pero necesito trabajar, mi amor.

- Sue, no me llares mi amor para hacerme entrar en razón. ¡No me hace la más mínima gracia que vuelvas a ese sitio y te expongas como una mercancía!

- ¡James, por favor! ¡Estoy endeudada hasta las cejas! – Me suplica desesperada.

- Ya te he dicho que yo puedo ayudarte con eso.

- Y yo ya te he contestado que no quiero. No quiero depender de nadie más. Éste es mi problema y soy yo quien tiene que resolverlo. ¿Vas a apoyarme en esto o no, James? – Rujo.

- ¡¿Qué otra opción me queda?! – Levanto las manos al aire.

- Puedes decidir renunciar a lo nuestro. – Pronuncia a media voz, con el pánico en la mirada. Pero lo ha dicho. Siempre me ha suplicado que no la deje y... yo no puedo hacerlo. Estoy tan enamorado de este ser que me duele el pecho al oír lo que acaba de decir. La miro intentando convencerme que no me ha planteado la posibilidad de dejarla. Que eso no puede, simplemente no puede pasar. – Lo entendería, aunque me doliese. – Agacha la mirada.

- Eso no va a pasar. Entra en el coche. – Digo con sequedad mientras le abro la puerta del copiloto. Ella entra y eso me hace relajarme un poquito. Entro y me siento en el asiento del conductor, suspiro y arranco.

- James, por favor, trata de relajarte un poco con esto. No va a pasar nada...

- ¡No, está claro que no vas a tener relaciones con otro hombre porque no quieres que yo enloquezca y mate a alguien! ¡¿A que no?! – Le digo mirándole seriamente. Ella asiente asustada. – Pero dime una cosa, Sue. ¿Cómo has conseguido que tu amiguito te ayude?

- ¡No he hecho nada con él si es lo que estás insinuando! – Responde y parece dolida. Pero a mí no me va a convencer con una treta tan femenina como esa.

- Dime entonces cómo ha sido.

- Pues... hemos hablado. Al parecer ha sido una trampa que le tendió a uno de los chicos del local porque le prohibió la entrada varias veces. Le he prometido que no se le prohibirá más la entrada y listo. Ha sido muy comprensivo.

- ¡¿Comprensivo?! ¡Ja! ¡Le has dado vía libre para volver a ese sitio y llevarte de nuevo a un reservado para follarte, Sue! ¡¿Y quieres que yo me relaje con esa noticia?! –

- ¡James, no vayas tan deprisa! – Sin darme cuenta he pisado el acelerador en exceso. Levanto un poco el pie y modero la velocidad. – Y ya te he dicho que eso no va a pasar. Le he

dicho que tengo novio y que lo que pasó esas veces fue porque estaba drogada por culpa de Albert. Él se ha escandalizado con eso.

- ¡Oh, sí, seguro que no sabe qué clase de tipo es su amiguito Albert! Tú misma me has dicho que son amigos. Seguro que fue pactado entre ambos.

- ¡No creo que Albert quisiera compartirme con nadie, Jamie!

- Ya... porque está tan enamorado de ti...

- ¡Para ya! – Sue comienza a gesticular. Se la ve verdaderamente estresada. – ¡No puedo hacer esto sin ti! ¡No puedo hacer esto yo sola! ¡Te he dicho que te quiero, que quiero estar contigo! ¡¿Qué más necesitas?! – La miro de reojo y me callo. Lo que necesito es algo de normalidad en mi vida y, mire por donde mire, no hay nada de eso por ningún lado. – Habla, James. Dime qué tengo que hacer para que te relajes de una vez y seas tú mismo conmigo.

- Ahora mismo necesito una maldita copa y follarte como un salvaje.

Amar en silencio

Entramos en mi casa de nuevo y tiro mi chaqueta, las llaves y la cartera en el primer sitio que veo. Me desabrocho los primeros botones de la camisa y me sirvo un trago de whiskey.

- ¿Quieres un trago? – Pregunto a Sue, que me mira con precaución. Asiente. – Toma. – Le tiendo su vaso y procuro dedicarle una mirada más amable. Estoy demasiado tenso y no todo es por su culpa. De hecho, ella no tiene la culpa de nada. Sólo intenta sobrevivir. – No bebas rápido. Tú dices que no estás acostumbrada a beber.

- Para hacer lo que hago en el escenario tengo que estar fresca y concentrada. – Dice mientras da un trago pequeño y me mira. Quiere que me relaje de una vez al hablar de su trabajo.

- Me imagino. – Trato de contestar lo más sereno que puedo. – Eres muy buena con las acrobacias.

- Al fin una palabra generosa sobre lo que soy. – Me sonrío con tristeza.

- Tú eres mucho más que eso. – Le acaricio la cara y me pierdo en su verde mirada. – Eres viva, fuerte, alegre y sobre todo mía. – Se ríe esta vez de verdad.

- Eso lo sé. ¿Lo sabes tú? – Doy una bocanada de aire.

- Lo sé. No te voy a dejar escapar. Me ha costado un mundo volver a sentirme vivo. – Le beso con desesperación. Siento su gemido en mi boca y pierdo la noción del tiempo y del espacio.

- ¿Qué te ha pasado antes para que un hombre como tú se sintiese desdichado en el amor? – Pregunta entre beso y beso.

- Que no tenía a alguien como tú. – Zanjo la conversación y comienzo a desvestirla. – Definitivamente eres un regalo del cielo. – Mis palabras reflejan la misma admiración que mis ojos cuando la contemplo desnuda. Es preciosa. Ella comienza a desabrochar mi camisa con lentitud mientras me mira.

- Tómame.

Sin pensarlo dos veces le beso con rabia mientras la levanto del suelo y la llevo hasta el salón, donde la siento en el respaldo de mi sofá. Ella se arquea hacia atrás mientras le beso el cuello y saboreo sus duros pezones. Mueve sus caderas en círculos creando un rozamiento provocador contra mi polla que sigue atrapada en los pantalones, pero que lucha por traspasar la tela y empalarla. Mis manos recorren su torso y con una mano comienzo a trazar círculos en su delicado clítoris, mientras que con la otra me voy desabrochando la bragueta.

Verla así, retorciéndose de placer por el roce de mis dedos, verla gemir, suspirar y clamar mi nombre, me vuelve loco de pasión y, en cuanto libero mi sexo de la barrera de tela que se interpone entre ella y yo, la empalo hasta el fondo aferrándome a sus caderas. Ambos gritamos a la vez. Es tan gloriosa la sensación que me moriría así mismo. Jamás me he vuelto tan loco con alguien en mi vida. Sólo Sue.

Ella grita más fuerte cuando acelero el ritmo en su interior. Y cuando siento el abrazo de sus piernas mientras que comienza a hacer círculos sobre mí conmigo en su interior, creo que voy a desfallecer de placer.

Rujo, gruño, grito y me deshago de toda la tensión que llevo acumulando durante este largo día. Siento su orgasmo potente a mi alrededor, pero yo no me detengo hasta que siento esa descarga tan liberadora en su interior. Echo mi cabeza hacia atrás y me dejo ir, descargando todas mis malas vibraciones también.

Después cenamos algo más tranquilamente y relajados. Decimos ver una película juntos, mientras cenamos, y elijo una película de misterio “Marrowbone”. No sabía que Sue era tan asustadiza y me divierte muchísimo verla así. Tapándose la cara con la mano, pero abriendo al mismo tiempo los dedos para poder ver y no perderse detalle. Le doy algún que otro susto atizándole con el dedo entre las costillas y provoco que dé un brinco y grite cada vez que lo hago.

- ¡Imbécil! ¡Estate quieto! – Comienza a darme manotazos en una de las veces que la asusto. Yo estoy muerto de la risa. – ¡No tiene gracia! – No puedo parar de reír y ella sigue golpeándome.

- ¡Vale, Vale, ya paro! – Levanto las manos en señal de rendición.

- ¡Como me dé un infarto por tu culpa voy a volver en forma de espíritu y me las vas a pagar todas! – Me amenaza apuntándome con el dedo. Aguanto la risa como puedo.

- Sabes que siempre serás bienvenida a mi casa, nena. – Le guiño. – Aunque te prefiero en carne y hueso. Podemos hacer más cosas.

- ¡Pero no asustarme!

- Está bien. Ven aquí.

Le abrazo y la dejo por fin ver la película tranquilamente bajo mi abrazo. Ella pasa el resto de la película aferrada a mis brazos y acariciándolos haciendo circulitos con sus dedos. Parecemos una pareja tan normal ahora mismo... Me entenece mucho verla llorar al final de la película. Al final de cuentas, es tan humana como cualquiera y es una persona sensible y compasiva. Eso me relaja a la hora de pensar que sí que puedo confiar en ella y en lo que dice sentir por mí.

Cuando nos vamos a la cama se acurruca sobre mí. Busca mis labios y mi mirada cómplice constantemente. Al final consigue encenderme de nuevo y acabamos haciendo el amor otra vez, pero de forma más tranquila y sosegada. Puede decirse que tiernamente. Jamás había sido tan tierno con alguien en la cama, de hecho. Pero lo que siento ahora mismo en mi pecho me pide hacerlo en estos momentos así con ella. Tras llegar al orgasmo los dos a la vez, nos quedamos completamente dormidos.

Desconocidos

La mañana del martes comienza bastante mejor, a pesar de que tengo que ir a trabajar y que la maldita de Sue también volverá hoy a su trabajo. Pero he decidido no pensar en eso.

Mi despertador suena y lo apago antes de que la despierte a ella. Sue gruñe cuando me separo de su bello cuerpo durmiente y parpadea para comprobar que me alejo.

- Duerme nena. Tienes que descansar para esta noche estar en forma. – Le doy un beso en la frente y ella me dedica una sonrisa de lo más bonita. Creo que aliviada por mi comentario.

- Te quiero. – Dice simplemente. Busca mis labios para besarme y me obligo a separarme de esa bruja o acabaré enredado de nuevo.

Me ducho, desayuno y cojo mi coche para dirigirme al trabajo.

Por el camino pienso en todo lo que mi vida ha cambiado en unas semanas. Tengo una sensación agrisada en la boca. Por un lado, jamás me había sentido tan vivo, jamás había experimentado tanta pasión y ese torrente de sensaciones todas tan poderosas como desde que conocí a mi endiablada Caribbean Girl. Pero por otro, tengo la sensación de estar en una montaña rusa y a ciegas, donde cada giro, sentimiento, sensación y acontecimiento está sujeto al azar y no tengo forma de saber cómo gestionarlo.

También está Sussie. Quiero creer que volveré a verla y quiero pensar que no será un obstáculo para mantener cualquier tipo de relación que tenga con Suzanne. No sé cómo catalogar mi relación con ella, pero, simplemente no quiero que se acabe. “Nunca”, me digo en voz alta y automáticamente me estremezco por la profundidad de mi deseo. No sé qué voy a hacer. Si Sussie vuelve... será todo más complicado, lo sé, pero, ¿volverá? Por favor, si hay alguien ahí arriba que me prometa que lo hará. Esto también lo digo en voz alta y mirando al cielo.

La clínica está como siempre e Ivonne y sus miradas también. La saludo cordialmente, pero distante. Aun así, se levanta y me muestra así su modelito entallado en el que está embutida.

Me meto en mi consulta y pocos minutos después aparece Arthur por allí.

- ¡Buenos días, follador empedernido! – Me saluda el muy bribón. Sacudo la cabeza y me río.

- Hola tarado. ¿Qué pasa? ¿Ya te has cansado de Megan? – Arthur se sienta en la silla que hay frente a mi escritorio, la de los pacientes y me hace un mohín raro.

- No es muy interesante la chica... Además, sólo hace preguntarme por ti. – Frunzo el ceño. ¿Qué? ¿Por mí? – Si alguna vez te cansas de la tigresa de Sue puedes follarte a Megan sin problema. – Me informa y yo hago un gesto de disgusto. No me apetece para nada ese juego de adolescentes ahora mismo.

- Dudo mucho que me canse de Sue y dudo mucho más que me liara con su compañera de piso si eso sucediera. Además, seguro que pregunta por mí por interés sobre los típicos chismes

de mujeres que viven juntas, así como tú y yo estamos chismorreando de ellas ahora mismo. – Digo con convicción mientras enciendo el ordenador y ojeo las visitas del día. ¡Mierda, la pija de Agatha McMillan otra vez!

- ¿Qué te pasa?

- Que me toca otra vez Plastic Woman hoy. ¿Qué narices querrá ahora? Ya le hice una revisión detallada la última vez.

- Ya te estás acostumbrando a chochitos bonitos y jovencitos y lo demás te molesta. – Comenta el garrulo de mi amigo y yo suelto una carcajada.

- La verdad no me importaría tener que estar pasando consulta a las Caribbean Girls todo el día. – Arthur me dedica una sonrisa de complicidad.

- Seeeeh... qué buenas están. – Dice ensimismado en sus pensamientos. – ¿Vas en serio con Suzanne? – Me pregunta esta vez más serio. Yo carraspeo nervioso.

- Me gustaría pensar que tengo una oportunidad con ella. – Mi mente se imagina directamente un futuro con Suzanne en mi cama día tras día, con sus besos, sus caricias y su sonrisa por todos los rincones de mi casa.

- Ya veo. Y... ¿Qué quería Norton de ti ayer? – Arthur me saca de mi ensoñación con su pregunta. Lo miro y de repente me quedo sin palabras. – ¡Qué! ¡¿La han encontrado?! – Se yergue en su silla nervioso. Asiento un poco. Ambos nos miramos con los ojos muy abiertos.

- Eso creo, amigo.

- ¿Esa jodida de tu mujer ha dado señales de vida? ¡No me lo puedo creer! ¿Qué ha hecho? ¿Ha llamado? ¿Se ha puesto en contacto contigo? ¿Con Norton?

- Ha sacado dinero de nuestra cuenta en común. No mucho, sólo 500 libras, pero ha sido localizada en el Líbano. Norton piensa que en la frontera con Siria es donde está escondida.

- ¿Vas a ir? – Sacudo la cabeza.

- No. Norton va a mandar un agente secreto. Después de la consulta tendré que ir a pagarle veinte mil libras para el papeleo y para pagar al agente especial. No voy a moverme hasta que sepa que es seguro y que puedo hablar con ella sin peligro. La última vez que lo intenté cuando fui a Irán a buscarla tenía uno de sus amiguitos apuntándome en la sien con una metralleta y a ella se la llevaron enseguida, no pude hablar de nada con ella. Sé que si estoy vivo es por puro milagro, porque esos tipos tenían cara de querer reventarme los sesos. Me volví con las manos vacías y a mi padre le dio un infarto al saber todo lo que mis ojos vieron en ese lugar. – Me da un repelús al recordar la muerte de mi padre justo en el momento más complicado y duro de mi vida. Él ya nunca sabrá que Sussie está bien, o al menos viva. Él la adoraba tanto como yo...

- ¡Dios! ¡Joder! ¿Qué le dirás si vuelves a verla?

- No sé qué decirle. Pero tengo que hacer que confie en mí, tengo que hacer que vuelva a casa. ¡Dios! ¡No lo sé, joder! – Me paso las manos por el pelo, desesperado. No había vuelto a

imaginarme que volvería a tener a mi mujer alguna vez de frente. Ahora mismo no sé qué va a pasar. No tengo nada pensado. Porque es muy posible que nada de eso ocurra, como las miles de veces que lo he intentado.

- ¿Has hablado ya con Suzanne del tema? – Niego con la cabeza con cara de culpable.

- No puedo. ¿Y si es otra falsa alarma? Me cargaré lo único que me mantiene vivo ahora mismo.

- Sí, es verdad. Tranquilo amigo. – Arthur posa su mano en mi hombro en señal de complicidad. – Pase lo que pase estaré aquí. Y seguirás con tu vida. Al menos tienes a esa mujer que está como le da la gana y te estás dando el lote de follarte de tu vida. ¡Eh! ¡Eres un cabrón con suerte! – Arthur vuelve a intentar hacerme reír y al menos consigue que sonría. – Me alegro que su trabajo no sea un inconveniente para ti. – Ahora vuelvo a tensarme.

- De hecho, lo es. Pero tengo algo en mente para intentar alejarla de todo eso. – Arthur frunce el ceño.

- ¿Que es...?

- Necesito encontrar la fórmula de que acepte mi ayuda económica y tengo un plan. – Ivonne llama a la puerta de mi consulta y me informa que mi querida Plastic Woman ya ha llegado.

Arthur pone un gesto de desagrado y sale pitando de mi consulta. Le digo a Ivonne que la haga pasar. Enseguida me llega a las fosas nasales los tres litros de perfume caro y empalagoso que se ha echado cuando la veo aparecer con su coqueta sonrisa. Intento que mi sonrisa parezca verdadera.

- ¡James! ¡Buenos días! – Me saluda enfundada en leopardo. Me tiende la mano y yo me levanto para tenderle la mía.

- Buenos días, Agatha. Siéntate por favor. Dime a qué debo tu grata visita hoy. – Le indico que se siente con mi mano y me siento después que ella en mi asiento.

- Quería... bueno, la verdad es que mi visita no es por temas de ginecología. – Me dedica una sonrisa que intenta ser tímida e inocente, pero que en su inexpresivo rostro repleto de bótox queda extraña.

- Dime entontes en qué puedo ayudarte. – Me cruzo de brazos sin comprender.

- Quería invitarte a comer un día de estos en la mansión de mi gran amigo Joe Monroe, ya sabes, el grandísimo dueño de la clínica ginecológica Bio Nature. – ¡Joder! ¿Es esto una cita? Joe Monroe es el dueño de la cadena de clínicas ginecológicas más grande de toda Europa. Sería una gran oportunidad para conocerlo en persona.

- No sé qué decir... – Es la verdad. No quiero darle falsas esperanzas, pero es una gran oportunidad para presentarme y explicarle mi currículum. Mi clínica va muy bien, pero no descartaría jamás un puesto de importancia en Bio Nature. El equipo de investigación que tiene es el más talentoso del mundo en ese sector y la tecnología con la que cuenta es de lo más avanzada. – No quisiera que hubieran malentendidos entre tú y yo, Agatha. Eres una gran clienta a quien

aprecio mucho.

- Sé muy bien que tu política es no mezclarte con clientes, James. – Vuelve a ponerme ojitos. – Por eso mismo nunca te has lanzado conmigo. – Aguanto la risa como puedo y asiento, llevándole la corriente. – Y es una pena, porque la atracción es mutua. Pero quería sólo presentarte a mi amigo en esta ocasión. Le he hablado maravillas de ti e insiste en conocerte.

- En ese caso será un placer para mí acompañarte. – Digo sonriente.

- ¡Genial! El almuerzo está programado para el domingo de la semana que viene. – Haciendo un planing mental, los domingos Sue tiene mucho trabajo en el inmundo lugar ese. Aunque espero que de aquí a ese domingo haya podido convencerla de dejar su maldito trabajo. – Esta es la dirección. – Me pasa una tarjeta que cojo y guardo en mi cartera, evitando mirar los corazoncitos que ella misma ha dibujado en la tarjeta junto a algún mensaje que no quiero mirar. – ¿Nos vemos allí a las doce?

- ¡Allí estaré! – Contesto contento.

Si puedo conseguir ese trabajo mi sueldo será mucho mayor de lo que ya lo es y así podré hacerme cargo de la maldita deuda de Sue y los gastos de la investigación de Sussie sin problemas. Además, podría mantener mi vida cómodamente como hasta ahora después de hacer frente a todos esos gastos.

Plastic Woman se levanta para despedirse y por primera vez en mi vida le sonrío de corazón mientras me despido de ella. Mi teléfono móvil suena y es Sue, pero prefiero no contestar hasta que Plastic Woman se haya ido, no quiero que sepa que tengo novia todavía. Puede ser feo, pero acabo de darme cuenta de que necesito ese trabajo. Y mi clínica podría llevarla mi hermana. ¡Sería genial para ella! Y así podría seguir manteniéndola a la par.

- Nos vemos entonces, James. – Plastic Woman me guiña y le devuelvo el gesto. Aunque no le devuelvo el beso que me manda desde la puerta de mi consulta. Eso ya es demasiado. Cuando ya se ha ido decido llamar a mi chica. Más contento que nunca y deseando oír su voz. contesta enseguida.

- Lo siento, Jamie, ¿te he pillado ocupado? – Me dice.

- Hola nena. No te preocupes. Te echo de menos. ¿Sigues desnuda en mi cama? – Su risita traviesa penetra mi piel desde el otro lado del teléfono.

- Mmm, sí. Y muy solita.

- Te desayunaría enterita si estuviera ahí contigo.

- Ainsss... vente... – Su seductora voz me la consigue poner durísima.

- Mierda, no puedo. ¿Por qué no me haces una visita por la consulta? Tengo que inspeccionarte bien, señorita Allen. – Vuelve a reírse.

- ¡Doctor Bennett! ¡No se ponga cachondo si tiene que pasar consulta a varias mujeres semidesnudas! – Me regaña. Me muerdo el labio. Me pone muchísimo cuando está celosa. Me

hace sentir gigante. Una diosa como ella sintiendo celos por mí. – ¡Un momento! ¡No será por culpa de la que se acaba de ir que estás así!

- Nena, si vieras a Plastic Woman no se te ocurriría insinuar algo por el estilo. – Contesto divertido. Ella sonrío con su preciosa voz aterciopelada de recién levantada. – ¿Vas a venir? Te guardo el hueco del almuerzo y te almuerzo a ti. Anda sí...

- Muy tentador, pero no puedo. – Dice con voz apenada. – Tengo que entrenar y calentar bien para el show de hoy.

- Mierda. – Mascullo en voz alta sin querer. Resoplo y miro al techo mientras ella me suelta un discursito.

- Mi amor, necesito ese trabajo y el dinero. Porfi, no te pongas así. Te necesito a ti tanto como a mi trabajo para vivir.

- ¡No seas chantajista, Sue! – Bufo.

- Te haré un pase especial para ti cuando vuelva a tu casa el jueves. – Me dice con voz infantil y traviesa.

- ¡¿Qué coño dices del jueves?! ¡Te quiero de vuelta a mi cama esta noche! ¿Me oyes?

- Jamie, tengo que volver a casa. Tengo muchas cosas que hacer y...

- ¡¿Qué cosas?!

- Pues la colada, limpiar, estudiar...

- ¡Puedes hacer todo eso en mi casa! – Hablo como un niño pequeño enfurruñado. Ella vuelve a reírse. A mí no me hace la más mínima gracia. Ahora que sé en qué trabaja sé que lo voy a pasar de pena en mi casa solo imaginándomela en un reservado con otro u otros... No, dios santo...

- Mi amor, volveré el jueves, te lo prometo. No podría estudiar contigo a mi lado. – ¿Qué hago para convencerla? Nada... no puedo hacer nada sin agobiarla y asustarla por mis miedos.

- Prométeme que no te meterás en un reservado. – Pido simplemente.

- Mmmmm, no lo haré hoy.

- ¡¿Hoy?! ¡No lo harás más! – Está vez si estoy enfadado. Mi próxima cita entra y tengo que controlar mis malditas ganas de estrangular a alguien mientras termino la conversación con Sue.

- ¡James, los reservados son lo que más dinero me dejan!

- Sue, dime cuánto debes de tu deuda, por favor. – Le suplico en voz baja intentando mantener la conversación con discreción delante de la chica que acaba de entrar en mi consulta.

- James...

- Por favor, nena, dime. Sólo quiero saber cuánto tiempo más me espera así.

- Debo un millón seiscientas mil libras. – Dice resignada en un suspiro. ¡Joder! Muchísima pasta. – ¿Me entiendes ahora?

- Sí, nena. – Le digo con dulzura. Sé que ha debido de pasar grandes penurias por la deuda que le dejó la enfermedad de su madre. – Lo resolveremos. – Prometo. Si consigo un buen puesto en la clínica Bio Nature podré hacerlo, aunque me vea en apuros un tiempo.

- Este es un problema mío, Jamie. No quiero tener que deberle nada más a nadie. – Suspiro. Ya buscaré la manera de que no piense que me debe nada por querer ayudarla.

- Tengo que dejarte nena. – Le informo apenado, pero no puedo hacer esperar más a mi clienta. – Te quiero. – Digo sin pensar y con todo mi corazón.

- Yo también te quiero. Demasiado. Sé bueno. – Me pide y sonrío mientras sacudo la cabeza.

- Lo seré y prométeme que tú también.

- No podría imaginarme con otro que no seas tú. – Me dice y me ilumina el día con eso. – No sabes todo lo que significas para mí. Un beso. Chao. – Me dice algo más en francés que no tengo ni idea de qué es, pero suena sensual.

- Eso me lo dirás el jueves a la cara. – Ríe con fuerza y me cuelga.

El resto del día pasa con la mayor de las normalidades. Hablo con mi hermana que me pregunta de nuevo por mi ligue y decido contarle quien es. Ahoga un gritito al comprender de quién se trata y me confiesa que está sorprendida de que un machista como yo trague con algo como el trabajo de Sue. Yo le grito a pleno pulmón que no soy un machista y ella se ríe de mí. Lo único que le pido es que no le cuente nada a mamá o la matará de un susto y ella me promete que no lo hará. Me alegra que al menos mi hermana no juzgue mal a mi novia por su trabajo, pero para mí va a ser muy complicado. ¡Y no soy machista! Pero este mundo lo es y ella es demasiado apetecible para tanto lobo suelto.

También hablo un rato con mi madre y le prometo que el domingo iré a verla con Sue para almorzar. Aunque no sé cómo conseguiré convencer a mi chica de conocer a esa pesadez de mujer a la que amo con todo mi ser, pero eso no me impide reconocer la verdad de lo pesada que es.

Locura

Son las diez de la noche. Al salir de la clínica me he pasado por mi joyería preferida de la que soy cliente desde hace años y he comprado algo que tenía en mente. Después me he pasado por la oficina de Norton y le he pasado el cheque que me solicitó ayer. Más tarde he atendido a varias citas que tenía concertadas para contratar a una nueva asistente y me he decantado por Roberta, una joven madre soltera que parece necesitar el dinero bastante y que me ha asegurado que hará las cosas con todo su esmero. Empezará mañana. Menos mal, porque tengo todo hecho un desastre.

Mientras he estado entretenido no he pensado en lo que sabía que iba a ser inevitable; el trabajo de Sue. Pero ahora, solo en casa, mi cabeza no para de imaginársela en situaciones de lo más desagradables con otros hombres.

Miro el lado de la cama en donde ella suele dormir y me encuentro con su vacío, pero su olor sigue impregnado en las sábanas. Ojeo el móvil y no tengo ningún mensaje de ella. Le escribo yo uno.

“Por favor, avísame cuando llegues a casa. Da igual la hora que sea.” Lo envió, pero no lo lee. Estará en mitad de la dichosa actuación. Y otra duda me asalta. ¿Cómo volverá a casa?

Doy vueltas en la cama tratando de dormir y lo consigo dos veces, pero un par de pesadillas me despiertan cuando sueño con Sue en brazos de otro hombre, del policía ese para ser más exactos. ¡Maldita sea! Son las dos de la madrugada y no puedo dormir. Me entra un mensaje de texto.

“Ya he terminado por hoy, mi amor. Voy para casa.” Lo leo y, sin pensarlo mucho, me levanto y me visto. Tengo que ver si vuelve sola a casa. Esta agonía me está matando. No sé cómo voy a poder llevar todo esto si sigo así de desquiciado.

En el coche piso el acelerador. Quiero llegar antes que ella. No quiero que me vea allí, no obstante, necesito verla llegar. Necesito quitarme esta maldita sensación de mierda que tengo en la cabeza.

Veinte minutos después estoy aparcando en un lugar poco visible de su barrio. Me pongo la capucha de mi chaqueta de chándal y me escondo tras un portal cercano. Un Ferrari rojo brillante ruje al parar frente al portal de Sue. ¡Me cago en mi vida! ¡Es Sue en el coche del poli ese de mierda! Me escondo, pero sin perderlos de vista. Ella parece feliz y risueña con el tipo, sale del coche y vuelve a introducir la cabeza para darle un tierno beso en la cara, aunque el tipo intenta dárselo en los labios. ¡Lo voy a estrangular! Me aguanto como puedo y observo como ella se deshace de sus brazos entre risas, pero esquivando el contacto. ¡Esto me está superando! Ella se pone en dirección al portal mientras el cretino ese le grita que tiene un buen culo. ¡Voy a matarlo! Menos mal que ella no mira, pero al final le sonrío desde el portal. No me gusta nada lo que estoy viendo.

Ahora que sé que está en casa debería irme a la mía. Pero no puedo. No quiero separarme

de ella estando así. Necesito saber que sigo siendo su hombre, el único hombre.

Me obligo a meterme en el coche y ponerme en dirección de nuevo a casa. Ahora ya se supone que podré dormir. Aunque la verdad es que sé que no podré. Así que finalmente me doy la vuelta y una hora después estoy junto a la ventana de su habitación, observándola estudiar, aunque no sé el qué. La miro sin ser visto y muero por dentro. Estoy tan enamorado que roza la locura, lo sé. Me estoy volviendo todo lo que siempre quise evitar ser; un controlador posesivo y obsesivo. Pero jamás había sentido algo tan intenso por ninguna mujer. Ella apaga la luz y se dispone a dormir. Me pongo camino a mi coche de nuevo cabizbajo, sin embargo, me paro justo delante de la ventana de su cocina. Está abierta... Esto es una idiotez, pero estoy entrando por ella y después la cierro. Me dirijo a su habitación. Sabiendo que estoy cometiendo un delito, pero esa mujer es mía y la necesito y la quiero ahora mismo junto a mí. Quiero que ella sepa lo que yo ya sé; que me pertenece sólo a mí.

Entro en su habitación y la observo dormir. Sobre la silla que hay junto a su escritorio hay un conjunto de lencería demasiado atrevido tendido. Será el que habrá usado hoy. Me excito sólo de imaginármela con él puesto. Me quito la ropa y me tiendo junto a ella, que sigue dormida, y entro en la cama con mi cinturón en la mano. Cojo las suyas y las ato con el cinturón en el cabecero de su cama. Ella abre los ojos asustada y acallo su grito con mi mano.

- Shhh, no despiertes a las demás. – Le digo mientras levanto su pijama de conejitos rosas hasta enrollarlo por encima de su cabeza. Después mordisqueo uno de sus pezones.

- James... ¿qué haces aquí? – Pregunta entre confusa y excitada. – Mmmm. – Gime intentando morderse el labio para no gritar.

- Tenía ganas de ti. – Digo levantando la vista para mirarla a los ojos. Ella sonrío con sus manos atadas y yo me enciendo aún más. Le bajo los pantalones hasta quitárselos. – Necesito perderme en ti para dormir bien. – Me coloco entre sus piernas y ella las abre para dejarme paso.

- Estás loco. – Dice, pero no es una reprimenda sino más bien lo contrario.

- Tú también lo quieres, lo sé. – Pronuncio mientras me hundo lentamente en su carne sin dejar de mirarla fijamente.

- Ahhhh, dios mío. Esto es celestial. – Susurra entre gemidos.

- No grites mucho o tus amigas llamarán a la policía. – Se ríe y yo acallo su risa saliendo y entrando bruscamente de ella. – Mmmm, así está mejor. Sin risitas. – Sue se retuerce bajo mi cuerpo y acalla un grito de placer mordiéndose los labios. Me mira y vuelve a reírse. Yo le dedico una sonrisa malévolamente. – ¿Quieres más? – Pregunto con voz ronca por la excitación. Ella asiente divertida. Le doy otra estocada brusca y está vez grita a pleno pulmón. – Shhh, nena, calla. – Vuelvo a entrar y salir con vigor de su interior. Vuelve a gritar y echa su cabeza hacia atrás. Yo me vuelvo loco de pasión al verla así, sometida a mí. Vuelvo a repetir el mismo gesto y gemimos los dos a la vez cuando alcanzo el punto más profundo de Sue. Le agarro del mentón para que me mire. – Nadie más estará aquí dentro, ¿me oyes? – Asiente sin poder hablar mientras acelero el ritmo en su interior. Me mira y sé que está perdiendo el control. – Sólo yo.

- Soy tuya. – Me promete y yo me descontrolo por completo. Pero no quiero correrme, no

todavía. Siento su explosión a mi alrededor y me cuesta un mundo contener la mía, pero lo consigo. – ¡Ahhhh, dios! – Grita al correrse.

- Puedes llamarme Jamie. – Bromeo haciendo acopio de todo el autocontrol que poseo para no dejarme llevar por su orgasmo.

- ¡Jajaja! ¡Bobo! Desátame. – Niego con la cabeza. – ¿Qué? ¿Por qué?

- Yo aún no he acabado. Después te dejaré descansar. – Ella abre los ojos y yo salgo poco a poco de su interior mientras veo como hace una mueca de placer extremo. Le doy la vuelta y la coloco bocabajo.

- ¿Qué vas a hacer? – Pregunta confundida.

- Lo quiero todo de ti. Quiero estar aquí. – Digo en su oído mientras paso un brazo por su cintura y alcanzo su sexo. – Y aquí también. – Le digo acariciando su trasero con la otra mano.

- ¡Eh! ¡James! ¡No! – Se encoge entre mis brazos y yo frunzo el ceño.

- ¿Por qué no? ¿No te gusta? – Quiero saber. Aunque creo que la respuesta es que no y no puedo evitar sentirme decepcionado.

- Yo... no lo sé...

- ¡¿Cómo?! – ¡Oh, no puedo tener tanta suerte! ¿Nunca ha tenido sexo anal?

- No lo he hecho nunca. – Pronuncia en un gemido mientras me concentro en darle placer con la mano que tengo sobre su sexo, acariciando su clítoris haciendo círculos sobre él y con la otra mano voy poco a poco abriendo camino en su hermoso culo con mi pulgar. – Ahh. Tengo miedo...

- Pues yo te escucho más bien gemir de placer. – Le provoco en un susurro sobre su cuello e introduzco mi pulgar en su bonito y prieto culo sin dejar de estimular su clítoris.

- ¡Ahhh, dios, Jamie!

- Relájate y disfruta, nena. Seré yo quien te haga sentir las sensaciones más intensas que hayas imaginado. – Continúo mi invasión y trazo círculos en su interior. Siento que sus paredes se destensan y noto como aprieta su trasero contra mí, en busca de más. Está extasiada de placer y yo libero un sonido ronco y grave de éxtasis al verla así. – No puedo más. Quiero entrar aquí. – Vuelvo a presionar con mi dedo en su interior y ella se aprieta contra mí. – ¿Me dejas, nena? – Pido con voz suave.

- Sí, sí, sí. – Cierro los ojos y saboreo su rendición. Es lo que necesito. Que se rinda a mí. Que me pertenezca en cuerpo y alma. Que sea mía y sólo mía, en todos los sentidos que me permita la vida. Resbalo mi polla por su sexo y lo lubrico con sus fluidos para poco a poco adentrarme en su prieto trasero. No se resiste y poco a poco entro hasta el fondo.

- Mmmmm, ¿estás bien? – Casi no puedo hablar de placer. Ella tampoco y sólo asiente. – Voy a moverme, nena. – Le informo y salgo un poco de ella para volver a entrar sin dejar de acariciar su sexo con mi mano. Sé que así se relajará más y concentrará más placer. – ¿Otra vez?

- Sí, sí...

- Muy bien, mi diosa. – Avivo el ritmo y me dejo llevar cuando veo que disfruta y que ella también viene a mi encuentro en busca de más.

¡Es la mejor sensación que he experimentado en mi vida! También la más loca. Me estoy volviendo un loco depredador de esta mujer, pero, simplemente, cada vez quiero más de ella. Más. Mucho más. No tengo suficiente. Me descontrolo cuando ella comienza a moverse de esa forma que sólo ella sabe buscando que el embiste sea más duro y más profundo. No puedo evitar gritar de placer ni ella tampoco. Estoy a punto de correrme, pero quiero esperarla. Necesito que ella se corra conmigo. Que sea su primera vez así y que sea completa.

Creo que está cerca cuando su cuerpo comienza a temblar y de repente libera un grito desgarrador y siento las paredes de su culo apretar mi sexo y exprimirlo. Grito tan fuerte que creo que he despertado a todo el vecindario al llegar al orgasmo. Unos intensos espasmos se apoderan de mi cuerpo y descargo todos mis miedos, anhelos y deseos en forma de semen en su interior. Estoy exhausto.

- Dios, Jamie, ha sido... ha sido... – No tiene palabras y yo tampoco puedo hablar. Salgo de ella lentamente mientras ambos gruñimos y me tumbo a su lado, sin aliento, y la desato.

- Lo sé. Es lo que me haces sentir. – Digo al fin y la acuno contra mi pecho. Ambos estamos sudorosos y respiramos con dificultad.

- ¿Para esto has venido? ¿Querías sólo poseerme? – Me pregunta curiosa y creo que asustada. Yo también lo estaría si fuera ella. Me estoy volviendo un irracional con esta mujer.

- Quería también decirte que mi amigo Tim me llamó para invitarte a su boda. – Le informo. – Será el sábado de la semana que viene. No sé si podrás venir por tu trabajo...

- Iré. – Responde con una gran sonrisa y me hace sentir un alivio inmenso. Al menos ese día la tendré alejada de aquel lugar. – ¿Sólo eso has venido a decirme? ¿A estas horas? Si me hubieras llamado mañana te habría contestado que sí igualmente. – Deja un reguero de besos por mi pecho.

- También quería darte un regalo que espero que aceptes y quiero que lo lleves en la boda. – Le informo mientras me levanto para coger la cajita que tengo guardada en mi chaqueta. Ella me mira sin comprender y su boca forma una O perfecta cuando ve la palabra Cartier sobre la caja. – Ábrela. – Le pido emocionado. Ella lo hace con pulso tembloroso y sus ojos se abren como platos al ver la gargantilla y los pendientes de diamantes que hay en su interior.

Entiendo su estupor y no voy a informarle que me he dejado unas doscientas mil libras en su regalo, pero es la única forma que se me ocurrió de que acepte mi dinero sin que piense que es para ayudarlo económicamente. Simplemente podrá venderlos si alguna vez le hace falta el dinero de forma urgente. Ella vuelve a cerrar la caja y me mira asustada.

- No puedo aceptar esto. – Me devuelve la caja y yo ya sabía que lo haría.

- No voy a aceptar un no. Son tuyos y quiero que los lleves el sábado para la boda. Después de la boda te follaré y llevarás sólo eso. – Le digo para desviar la atención.

- James...

- Suzanne. Me han hecho muy buen precio y quiero que lo aceptes. – Le imploro sentándome de nuevo a su lado y cogiéndole de las manos. – Sólo son unas joyas y yo soy tu novio. Quiero que entiendas que quiero tener detalles con mi chica y que es todo un placer para mí. – Le acaricio el rostro.

- Pero...

- Sólo tienes que decir gracias y prometerme que los llevarás ese día. Después puedes hacer lo que quieras con ellas.

- Es demasiado.

- No lo es para mí. – Cojo la caja de las joyas y la guardo en el cajón de su mesita de noche, después me vuelvo a recostar a su lado y la abrazo contra mí. – Ahora a dormir. – Ella me mira desconcertada y yo cierro los ojos.

- Jamie...

- Vamos, nena, duerme. Mañana tengo que levantarme temprano y voy a ser un zombi por tu culpa. – La abrazo más fuerte y me acomodo junto a su cuerpo. Cierro los ojos y noto como poco a poco su respiración se va calmando hasta quedarse completamente dormida en mis brazos.

Miedos

Hoy en la clínica soy un despojo humano por las pocas horas de sueño que he conseguido conciliar. Además, llevo una ropa demasiado informal y no estoy ni afeitado. De todos modos, Ivonne me sigue poniendo ojitos. No se va a cansar jamás. Sonrío y le pido un café doble solo. Ella accede gustosa a complacer mis peticiones.

Menos mal que hoy no tengo mucho trabajo, porque está cayendo una nevada de narices y la gente no se atreve a moverse mucho así. Lo malo es que empleo el mucho tiempo libre que tengo en darle vueltas al coco. Pienso en Sussie. Antes de llegar al trabajo Norton me ha llamado y me ha dicho que ya está de camino el agente secreto en dirección al Líbano y que me mantendrá informado de toda la negociación, si es que llega a producirse.

Después pienso en la locura que se está convirtiendo mi vida de nuevo. Sí, me he vuelto a enamorar. Y sí, soy feliz cuando estoy con Sue. Pero no lo soy cuando no está junto a mí y no sé qué está haciendo y con quién. No puedo pensar con claridad cuando sé que ella está en su trabajo y que otro hombre puede estar degustando lo que es mío. Y no puedo seguir así. No puedo escaparme de madrugada a ver cómo y con quién llega a casa cada vez que no duerma conmigo, porque tengo un trabajo que atender y así no podré hacerlo como es debido por mucho tiempo. También tengo que enfocar mis fuerzas en recuperar a Sussie y, con el huracán de Suzanne a mi alrededor sé que me fallaran las fuerzas y las energías si dejo que esta situación me consuma.

Pero tampoco puedo alejarme de ella. La experiencia de anoche fue simplemente tan cautivadora como loca. Jamás había deseado tanto a alguien. Es posible que sea por lo compleja que es ella y todo lo que le rodea, porque es la relación más complicada que me podría haber imaginado. Más incluso que mi relación con mi todavía mujer. ¿Es eso lo que me atrae de las mujeres? ¿Lo enrevesado de lo que las envuelve? ¿No puedo fijarme en una mujer normal que sea tranquila y sencilla?

Dios Sue, ¿qué hago contigo? Vas a acabar por quitarme la poca cordura que me queda, si es que aún me queda.

Cierro los ojos para serenarme mientras bebo mi café, no obstante, es imposible, mi mente se encuentra invadida de imágenes mías poseyendo a Sue en mi cama, en mi cocina, en su habitación, en el cuarto rojo del Caribbean Blue... Dios, aquello fue increíble. No sé si es sólo sexo lo que me lleva hacia ella como un imán, pero si sólo es eso, es el sexo más poderoso que haya experimentado en mi vida. Pero no, no es sólo sexo. Yo la quiero. De alguna forma extraña y fulminante me he enamorado de ese endiablado ser y simplemente no contemplo mi vida ahora mismo sin ella, aunque no sé si con ella. ¡Arggg me estoy volviendo loco!

Tengo que hacer que deje su trabajo.

Cuando llego a casa estoy derrotado. Veo que mi nueva asistente, Roberta, ha hecho un buen trabajo y ha dejado todo impecable. Le compenso con una buena propina porque sé que ha tenido trabajo extra y no quiero que se sienta explotada.

Cuando Roberta se va me abro una botella de cerveza y me siento en el sofá a beber observando la televisión apagada. Esta casa sigue siendo demasiado grande para un hombre solo como yo. Ahora mismo me siento así, solo.

Tim me llama para que le confirme que Sue irá a su boda y su prometida, Liz, parece bastante contenta de saber que tengo al fin acompañante. Consigue contagiarme de su alegría por un momento.

Después me llama Carl.

- ¡Eh! ¡Me debes unos calzoncillos Calvin Klein! ¡Limpios! – Le digo en tono de broma.

- ¿Qué tal estás Bennett?

- No muy mal. Un poco cansado. – Digo dando otro buche a mi cerveza. – ¿Qué quieres tú de un ginecólogo a estas horas?

- Una revisión de mamas. Si estás solo voy a visitarte. Prometo llevar calzoncillos limpios. – Intento no atragantarme con la cerveza al escuchar sus tonterías.

- Está nevando mucho. Dejemos la exploración para otro día. Me ha costado un mundo llegar a casa, no lo vas a tener fácil para volver a tu casa si consigues llegar hasta aquí, y no pienso compartir mi cama contigo Carl, ni lo sueñes.

- Ya, tampoco es el plan que más me apasiona en estos momentos, Bennett. Sé que estás bien dotado y eso, pero francamente, amigo, tienes pocas tetas para mi gusto. – Me río a carcajadas. – Te he llamado por otra cosa. – Ahora su tono suena más lánguido.

- ¿Qué sucede, Carl? – Me deja preocupado.

- Es Artie.

- ¿Le ha pasado algo? – Me levanto rápidamente del sofá. – Lo dejé en la clínica y estaba bien.

- No le ha pasado nada a ese mamón.

- ¿Entonces?

- Está rondando a Mary. – Dice solamente y ya entiendo a mi amigo. Arthur es muy buen amigo cuando quiere y, sobre todo conmigo, pero puede ser un cabrón cuando se cruza un par de tetas bonitas por delante.

- ¿Estás seguro?

- Sí, colega. – Suena triste de verdad. Yo mataría a Arthur si se pasara con Sue. – La ha llamado varias veces mientras ella estaba conmigo y lleva dos noches que no quiere quedar conmigo. Sé que ese hijo de puta se la está trabajando.

- Puede ser que sea porque Mary está trabajando estos días más de la cuenta.

- No, Bennett. Hemos quedado otras veces que ella ha trabajado y nunca ha puesto

inconveniente.

- Carl, Mary acaba de salir de una relación, a lo mejor tienes que ir más lento.

- Lo sé, lo sé. Pero parecía tan contenta conmigo...

- ¿Cómo llevas lo de su trabajo? – Pregunto con cautela. Me gustaría saber si existe la posibilidad de llevar todo eso con normalidad.

- Bueno, es un trabajo como otro cualquiera...

- ¡No exageres, Carl!

- ¡Tú trabajas viendo coños! – Resoplo.

- ¡No es lo mismo! Créeme que algunos coños no merecen ser vistos. – Carl se ríe.

- Mary tiene dos hijas que el estado le quitó y necesita conseguir dinero, una casa y regularizar los papeles de la custodia de sus hijas para recuperarlas. No voy a ser yo quien la juzgue por querer recuperar a sus pequeñas, Bennett. – Suspiro.

- Joder, no lo sabía...

- Supongo que no será fácil para ellas tampoco exponerse así y si lo hacen es porque hay alguna razón de peso para hacerlo. – Me dice mi amigo. Tiene razón. Pero eso no me calma. No quiero compartir a Sue. No quiero. No quiero. No quiero. La quiero sólo para mí cuerpo y sólo para mis ojos.

- Ajá...

- Bennett, ¿estás ahí? ¡No te he llamado para hablar de su trabajo! ¡Eso me da igual! Quiero que Artie se quite del medio de mi relación con Mary o voy a acabar a hostias con él. Sé que tú eres quien más relación tiene con Arthur así que por favor, amigo, adviértele que se deje de tonterías. ¿Lo harás?

- Sí, Carl, tranquilo. – Digo todavía evadido en mis pensamientos.

- Gracias amigo. ¿Te apuntas mañana a unas copas en casa de Timmy? Hemos quedado a las ocho.

- Mañana he quedado con Sue. – Contesto todavía con la mente en las nubes.

- Tráela. Yo llevaré así a Mary si quiere venir. Tendré una excusa perfecta.

- Bien, se lo diré. Adiós Carl. – Me despido precipitadamente cuando veo que me entra una llamada de Sue. Cuelgo a mi amigo sin escucharle decirme adiós. – ¡Eh! ¡Hola nena!

- Hola violador nocturno. – Sonrío. – ¿Qué tal ha ido el día con la nevada?

- Bueno, yo llevo todo el día calentito pensando en nuestro encuentro nocturno. – Ella se ríe. Me encanta su risa. Me encanta su exótico acento. Me encanta el terciopelo de su voz. – ¿Tú vas a trabajar con este tiempo? – Creo que mi voz suena inocente. Ella vuelve a reír.

- Sí.

- Mmmm. – Otra vez mi cabeza en las nubes.

- ¿Sabes que te quiero, James?

- Sí, supongo. – Contesto abatido.

- No estés así. ¿Mañana te veré? Dime que sí. O si quieres volver a violarme esta noche...

- Esta noche debería dormir de verdad, arpía del infierno. Así no voy a llegar a los cuarenta.

- Está bien, abuelo. Mañana entonces.

- Sue... no me tientes. – Se ríe a carcajadas.

- Me encantó lo de anoche, Jamie. – Suspiro y gruño. – ¿Qué? ¿A ti no? – Parece decepcionada. – No tengo mucha experiencia por ese terreno, pero si me dejas, podremos seguir investigando.

- ¡Sue! ¡¿Cómo puedes pensar que no me gustó?! ¡Llevo todo el día pensando sobre lo de anoche y empalmado como un adolescente!

- Entonces, ¿por qué gruñes? ¡Eres un gruñón!

- ¡Porque me estás poniendo cachondo y te vas a trabajar y no te veré hasta mañana! ¡Por eso! Por cierto, ya he confirmado tu asistencia a la boda de Tim y Liz, están muy felices de que vengas.

- Tengo muchas ganas de ir, contigo. – Suena tan alegre y juguetona como siempre. – Te escribiré cuando llegue a casa. Te quiero.

- Y yo...

Cuelga y yo vuelvo a suspirar y miro al techo con la botella de cerveza en mi mano. Me la bebo de un buche y abro otra. Después otra. Al final caigo dormido sin darme cuenta en el sofá, borracho perdido.

Otra pesadilla me despierta de golpe a la una de la madrugada. Otra vez lo mismo. He vuelto a soñar a Sue en los brazos de ese poli, pero esta vez también de Albert y de otros hombres. Yo gritaba y ella me ignoraba. Me voy a volver loco. Miro mi móvil y tengo una llamada perdida de Norton y un mensaje de voz. Le doy a reproducir antes de nada.

“Señor Bennett, el agente especial ha localizado a su esposa en la zona del Líbano colindante con Siria. Vamos a iniciar el protocolo de diálogo y negociación para traer a Susan de vuelta. Le mantendré informado.”

Aprieto los ojos con fuerza y respiro hondo una y otra vez. Le doy a reproducir una y otra vez hasta que me aprendo el mensaje de memoria. “Vamos a iniciar el protocolo de diálogo y negociación para traer a Susan de vuelta”, repito en voz alta.

¡Tengo que hablar con Sue! Si le explico lo complicado de mi situación a lo mejor acaba entendiéndolo y no se asusta demasiado. Pero, ¿Y Sussie? Traerla de vuelta a mi lado es todo lo que he anhelado en mi vida y, aunque ahora también anhele el cuerpo de Suzanne, tengo que hacerme cargo por fin de mis responsabilidades. Por eso me casé. Por ella, sólo por ella. Para que nunca le faltara de nada. Por estar siempre a su lado para protegerla. Tengo que hablar con Sue. Tengo que priorizar. No esperaba volver a reunirme con Sussie cuando conocí a Suzanne y por eso me adentré en esta aventura en sus brazos, pero, ahora todo ha cambiado y, aunque la ame con toda mi alma, mi cuerpo, mi piel y mi corazón, Sue no es la prioridad en estos momentos. Si no entiende lo que tengo que contarle, entonces la dejaré ir, sin más. A pesar de que me rompa en millones de pedazos y no vuelva a sentirme tan vivo como me siento a su lado.

Doy vueltas en mi cama y sé que no volveré a dormirme. Es imposible. No con todo este estrés emocional. Le escribo un mensaje a Sue. Si hablo con ella al menos me relajaré un poco.

“Sue, nena, llámame cuando termines. Necesito oír tu voz.” No lo lee y sé que estará en esa endiablada habitación roja exhibiendo su precioso cuerpo ante cualquier lobo hambriento. Tengo unas inmensas ganas de llorar.

“Bueno, en algún momento lo leerás. No quiero que pienses que estoy desesperado o loco. Puede que lo esté, pero es sólo porque te necesito conmigo en estos momentos. Sólo escríbeme cuando puedas.” Vuelvo a enviarle.

Como sigue sin contestar, finalmente me levanto de la cama y me sirvo una copa de whiskey, que acaban siendo cuatro. Mi teléfono suena dos horas después y yo estoy borracho como una cuba. Me caigo del taburete al oírlo sonar y corro como puedo a atender la llamada.

- ¡Sue! ¡Nena!

- ¿Jamie? ¿Estás bien?

- Ehhh, sí, sí. Vente a casa.

- ¿Estás borracho? ¿Qué sucede? ¿De verdad estás bien?

- Estoy bien. Vente a casa nena. Necesito dormir contigo. – El silencio reina y de repente oigo una voz masculina llamar a mi chica. Es el poli. Tiene que ser él. Mi corazón se desboca. – ¿Estás con ese cabrón? ¡Voy para allá ahora mismo y me va a oír!

- ¡Jamie, tranquilo! Ya he terminado de trabajar y voy a casa. Mañana te llamo mejor. Tú estás borracho y no debes conducir y yo no tengo quién me lleve a tu casa. Mi tío me llevará a la mía.

- ¿Tu tío? ¡Ja! – Me río como el borracho penoso que soy.

- Mi amor, relájate. ¿Qué ha pasado para que estés así? Háblame, por favor.

- ¡Que me estás volviendo loco, Sue!

- ¿Yo? ¿Por qué dices eso, mi amor? Yo... te quiero. No me dejes, por favor. Ten un poco de paciencia. – Me da la impresión de que empieza a llorar, pero no me amedrento. Yo sí que tengo

ganas y motivos para llorar y estoy aguantando el tipo como puedo. Aunque muy mareado a causa del alcohol, pero sigo de una pieza.

- ¡Tú! ¡Sí, tú y todo lo que me rodea!

- James, tranquilízate, ¿vale? Mañana por la mañana iré a la clínica a la hora de comer y hablaremos más tranquilos. Pero no dudes de mí, te lo suplico.

- ¡Sí, sí, estupendo! – Cuelgo el teléfono y lo estrello contra el suelo.

¡Mierda, lo he hecho añicos! Intento volver a encenderlo, pero no hay manera. ¡Joder! ¡Quiero hablar con ella ahora! ¡Y verla! ¡Y poseerla! ¡No voy a esperar a mañana! Me levanto como puedo del taburete, me coloco mi abrigo y cojo las llaves del coche.

El frío gélido me golpea la cara al salir de casa y casi lo agradezco porque me quita un poco la borrachera tan horrenda que tengo encima.

En el coche pongo música relajante para tratar de aplacar los ánimos, pero al final me enfado con la música también. Así que la apago a golpes. Estoy corriendo más de la cuenta, pero es que necesito verla ahora mismo. No estoy siendo racional. No me estoy comportando como un ser sensato y maduro, pero me da igual. ¡Quiero verla! Y sobre todo quiero que ese hijo de puta no sea el que la lleve de nuevo a casa o montaré una escenita. Y yo que pensaba que el tal Albert ese era peligroso... Este poli cabrón sin duda le gana. Sé que la ha extorsionado a ella y a su tío para follársela. Sé que él debía saber que Sue estaba drogada cuando se la folló y le dio igual. ¡Es un cerdo cabrón!

Aparco de nuevo en un lugar poco visible de la calle de Sue, me acerco a su ventana y me alegra saber que no ha llegado. Así la veré venir y comprobaré si me decía la verdad cuando dijo que era su tío quien la traería de vuelta.

Pero en seguida veo el Ferrari rojo aparecer rugiendo por la calle y mi ánimo se desploma hasta los pies. Ni siquiera reacciono a tiempo para esconderme, pero no importa. Sue ni me ve al abrir la puerta de ese bicho rojo. Sólo tiene ojos y sonrisa para ese desgraciado. Estoy casi al lado de ellos y oigo lo que dicen.

- Gracias por traerme otra vez. – Le dice ella.

- Es un placer casi tan grande como tenerte sólo para mí en un reservado. – Contesta el tipo y yo aprieto mis ojos y mis puños al oír eso. Me va a dar un ataque.

- Nico, debes recordar que no puedes tocarme más sin mi consentimiento. – Sue le regaña, pero yo no encuentro muestra alguna de reproche en su tono de voz. ¿Le ha tocado ese canalla sin su permiso? Me acerco un par de pasos más y sigo sin ser visto. Están tan tranquilos dentro del coche con la puerta abierta.

- Me portaré bien mañana. – Promete él. ¿Mañana? ¿Es que va a ir a verla todos los días? ¡Por dios, es mi novia! ¡¿De dónde cojones saca ese poli tanta pasta para ir todos los santos días a ese local?! – Buenas noches, mi diosa del aire. – El tipo la agarra del cuello y le planta un beso de película en los labios. ¡Con lengua y todo! ¡¡¡SE ACABÓ!!! ¡¡¡ME VAN A OÍR!!!

- Me alegro que tu tío te traiga a casa, cariño. – Digo y ambos se separan de golpe girándose hacia mí, que estoy justo al lado de la puerta abierta. Los ojos de Sue se abren como platos. Yo la miro con rabia y asco. – ¿Has terminado de manosear a mi novia, maldito cabrón? – Bufo y no sé cómo me controlo para no matarlo. Quizá sea el bloqueo emocional que estoy sintiendo en estos momentos.

- ¡Jamie, mi amor! – Sue sale disparada de su asiento y se abalanza sobre mí, me agarra del cuello y me suplica con la mirada. Yo la miro con toda la frialdad del mundo. – Ha sido él, yo no...

- Tal vez tendrías que dejar a esta hermosura libre si no eres capaz de entender que ella es de todo aquel que pague para verla menear esas preciosas tetas y ese culito. – Me vacila el muy bastardo y yo aparto a Sue de un manotazo de mí. Ella cae al suelo ante el impulso y me grita para que no haga lo que voy a hacer, pero yo ya estoy fuera de sí. Abro la puerta del conductor y le saco agarrándolo por el cuello de la mierda de jersey que lleva.

- ¡Ella no es tuya ni lo será jamás! ¡Aléjate de mi chica o te mataré! ¡¿Me oyes?! – El muy estúpido se ríe.

- ¡Para, Jamie! – Me grita Suzanne desde el suelo. La ignoro. No quiero ni mirarla.

- ¿Vas a matar a un poli? ¡Ja! ¡Adelante! ¡Vamos! ¡Pégame y dame un maldito motivo para enchironarte! – Lo fulmino con la mirada, pero no puedo hacer más. El muy maldito tiene razón. Lo suelto y lo tiro al suelo y me doy la vuelta hacia mi coche con el corazón destrozado.

- ¡Jamie! ¡Jamie! ¡Escúchame mi amor! – Escucho a Suzanne a mis espaldas, pero no me vuelvo. No quiero escuchar nada más. Ya he tenido suficiente de esta locura. – James, te lo suplico. – Lloro y me agarra del brazo, pero me libero de su agarre con un tirón.

- ¡Vamos, Suzanne! ¡Ese tipo es un cobarde! ¡Déjalo ir! – Se burla de mí el poli a mis espaldas. Lo ignoro. Aunque por dentro desearía matarlo. Sin embargo, el muerto soy yo. Suzanne acaba de terminar con mi vida. Lo sé.

- ¡Vete de una vez, Nico! – Le grita ella enfadada. Demasiado tarde. – Jamie, por favor. Yo no he hecho nada, ha sido él. – Vuelve a suplicarme cuando llego a mi coche y vuelve a intentar agarrarme del brazo. Me zafó.

- ¡Que me dejes! – Le grito en la cara encolerizado. – ¡Déjame en paz! ¡No quiero volver a verte en mi vida! ¡¿Me entiendes?! ¡Vas a volverme loco y no puedo permitirme ese lujo! – Mierda, ¿estoy llorando? Yo nunca lloro... sólo por Sussie.

- Mi amor, mi vida, te lo imploro. Créeme. – Sue está envuelta en llanto. – Ha sido él quien me ha besado, no yo.

- Pero tú te has desnudado para él hoy, y ayer. Has dejado que te toque. – Señalo en dirección al Ferrari que acaba de irse.

- No...

- ¡¿No?! ¡¿Tienes el valor de negármelo?! ¡Lo he oído, Sue! ¡No puedo más!

- Por favor, Jamie, te lo suplico, te amo, por favor. – Se arrodilla frente a mí y se aferra a mis rodillas. Yo la miro completamente bloqueado. No quiero dejar a esta mujer, pero me está matando quedarme a su lado, sobre todo desde que sé a qué se dedica. – No me dejes... lo prometiste. – Me aprieta con fuerza.

- No puedo seguir, Sue. – No sé de dónde he sacado las fuerzas para decir lo que he dicho, pero lo he hecho. Me mira hecha un mar de lágrimas y me rompo todavía más al verla así, por mí. – Levántate, por favor. – La levanto de mi mano y ella clava sus ojos asustados en los míos apagados por la tristeza.

- No me dejes. – Dice sacudiendo la cabeza.

- Lo siento. – Un gemido inesperado sale de mi garganta. Un gemido de dolor profundo. – No puedo perder la cabeza de esta forma, y tú me has dejado claro que no piensas dejar tu trabajo por mí.

- No me dejes. – Vuelve a repetir y sus palabras se clavan como un puñal en mi corazón. Agacha la cabeza y llora amargamente. – Te amo demasiado. No me dejes.

- Sue, no me hagas esto, por favor. Yo también te amo, pequeña. – Me mira de nuevo sin saber si creerme. Mis ojos llenos de lágrimas me impiden grabar la imagen del ser que más pasiones ha levantado en mí en toda mi vida por última vez. – Pero si es esto lo que me espera cada vez que vayas a trabajar... no puedo. Lo siento. – Me vuelvo porque soy incapaz de mirarla a los ojos y decirle que yo también la abandono, después de prometerle por activa y por pasiva que no lo haré.

Pero me ha superado todo. Y... si no tuviera esperanzas en que Sussie pueda volver a mi lado, quizá lo olvidaría todo, porque estoy tan desesperadamente enamorado de Suzanne que separarme de ella es como arrancarme el corazón con el puño.

Me meto en mi coche, aniquilado, destrozado y roto de dolor. Ella se ha quedado petrificada junto al vehículo. Por el retrovisor veo su rostro lleno de lágrimas y su mirada de angustia mientras arranco el motor. Suspiro y me obligo a pisar el acelerador. Tengo que huir. Lejos. Muy lejos de lo que ella me hace sentir. “Te amo, Sue.” Digo sólo para mí mientras pongo distancia entre los dos. La observo caer de rodillas al suelo y llevarse las manos al rostro mientras se deshace en llanto.

Ojalá sea feliz. Aunque sea sin mí. No le deseo nada malo. La amo demasiado para hacer algo así. Aunque me duela más de lo que podría haber imaginado que duele perder un amor. Pero no acabará conmigo, ¿verdad? Nadie muere de amor, ¿no es así? Aunque yo no sabía lo que era amar de esta manera hasta que la conocí.

Dios... Sue... te me has colado en la piel de una manera enfermiza. No me odies. No puedo, simplemente, no puedo con esto.

Salgo del coche y aporreo la puerta de mi amigo Arthur, sin importar que sean las seis de la mañana. No puedo volver a casa así.

- ¡¿Quién cojones es a estas horas?! ¡Coño, Bennett! ¡Qué te pasa! – Yo no puedo hablar a

causa de un amargo llanto. Arthur me hace pasar en su casa y me prepara un té relajante mientras yo me vuelvo loco del dolor en su cocina. – Por favor, dime que pasa. ¿Le ha pasado algo a Sussie? – Niego con la cabeza. – ¿A Suzanne? – Vuelvo a negar. – ¡Joder, habla de una vez! – Me suplica poniendo el té en mis manos.

- La he dejado. – Digo al fin. Me concentro en aguantar el llanto mientras le narro lo sucedido.

- ¡James, joder, la chica no ha sido quien besó al gilipollas ese! ¡No seas tan radical! – Me dice mi amigo y yo le dedico una mirada de rencor. ¿Se va a poner de su parte?

- ¡¿Es que no me has oído que me está volviendo loco todo lo que sé que ella hace allí?!

- Pero tú decías que lo llevabas bien...

- ¡Pues no lo llevo! Artie, jamás me había enamorado de alguien de esta forma. Me está volviendo loco todo. No puedo alejarme de ella desde que sé a qué se dedica. Y si cada vez que lo haga va a pasar algo como lo de esta noche, voy a acabar por cometer una locura con el poli ese, o el tal Albert, o cualquier estúpido que se encapriche de ella.

- Bennett. Tú novia está muy buena. ¡Es normal que haya tipos que se la quieran tirar! ¡Yo mismo me la tiraría!

- ¡No me jodas, Arthur! – Le apunto con el dedo.

- ¡Quiero decir si no estuviera contigo! – Me levanto encolerizado y lo fulmino con la mirada. – ¡Idiota, no me la pienso tirar! ¡Deja ya esos celos enfermizos a un lado! Ella te quiere a ti, además. ¿No lo ves? Sólo que tiene una deuda de cojones que no puede afrontar de otro modo.

- ¿Tú cómo narices sabes eso? – Lo miro ceñudo.

- Me lo ha dicho Mary. – Suelta de forma distraída.

- ¡No! ¡¿Te has follado a Mary?! – Me mira aterrado sin saber cómo lo he averiguado. – ¡Joder, Arthur! ¡Esto es una mierda! ¿Vamos a acabar peleados todos por esas mujeres? – Arthur se aclara la garganta.

- Me gusta de verdad. – Dice con voz de inocente.

- ¡A ti no te gusta nadie de verdad! – Bufo.

- Mary sí. – Dice convencido. – Sé que Carl me odiará un tiempo, pero acabará entendiéndolo.

- ¡Maldita sea, Arthur! – Levanto las manos en dirección al cielo.

- James, esto es problema mío. Lo solucionaré. Tú tienes que hablar con Suzanne. No puedes dejar esto así, por ese imbécil. – Lo miro cansado. – Os queréis. Lo sé. Mary me lo dijo.

- ¿Qué te dijo? ¿Te hablo de lo que siente Suzanne? – Me intereso.

- Me dijo que ella jamás había estado enamorada hasta que te conoció. – Suspiro.

- Es joven. Volverá a amar. – Digo mirando a la nada mientras bebo el té que mi amigo me ha hecho.

- ¿Vas a dejarla de verdad? – Me quedo callado. – ¡James! ¡Si me despiertas a las putas seis de la mañana que sea por lo menos para que me cuentes qué cojones vas a hacer con este culebrón que tienes entre manos!

- Ya la he dejado, Arthur. – Respondo sin mirarlo. – No puedo con esto. Me está consumiéndome por dentro. Ella no va a dejar su trabajo y yo no puedo aguantar una noche más así. Ella no es tan inocente, Artie. Ella me mintió. Me dijo que volvía a casa con su tío y no era así. Ha jugado con ese tipo para que siga yendo a verla, lo sé. – Respondo y me asombro de mi frialdad.

- Le dejará mucha pasta...

- ¡Yo también puedo hacer eso! – Le digo esta vez mirándolo a los ojos. – ¡Pero ella ha preferido coger la pasta de ese canalla antes que aceptar mi ayuda! Fin de la historia. – Arthur me mira y creo que al fin comprende cómo me siento. Me levanto y tiro lo que queda de té en el fregadero. Suspiro. Ya está. Se acabó. Sue ha antepuesto todo su mundo de locura a nuestra historia de amor. Es así de simple. No soy tan importante para ella. – Ella no ha pensado en ningún momento en cómo me sentiría yo sabiendo que está en una de esas habitaciones con cualquier otro hombre llenándole los bolsillos de billetes en lugar de dejarme a mí hacer eso, que soy su novio. – Digo con tristeza mirando al fregadero, con la cabeza gacha.

- Tienes toda la razón, amigo. Te entiendo. – Me dice al fin mi amigo. Me giro y lo miro. – Ahora te entiendo bien lo que estás pasando.

- ¿De verdad? – Él asiente. – Tengo que evitarla, Arthur. Si viene en mi busca sé que no seré capaz de decirle que no. Tienes que ayudarme. – Le suplico. – Tiene más poder sobre mí del que me gustaría admitir, pero es la verdad.

- Quédate aquí unos días. Yo me haré cargo de la consulta por ti estos días. Tenemos predicción de tempestad de nieve durante una semana y ya sabes que la gente no va a la consulta cuando nieva. Intenta evitarla, es lo mejor. En unos días Suzanne habrá pasado a la historia, Bennett, y te sentirás mejor.

- Gracias. – Le digo de corazón agarrándolo de los hombros. – No puedo verla ahora mismo. Me destrozaría por dentro. No puedo negarle nada de lo que me pida. Soy demasiado débil con Sue. – Agacho la cabeza y mi amigo me levanta la cara para que lo mire.

- Lo haré sólo porque quiero que estés bien otra vez. No para que te martirices, ¿me oyes? Enfócate ahora en traer a Sussie de vuelta. – Asiento. – Esa será tu prioridad y te sentirás feliz de nuevo, Jamie. – Suspiro y siento mis pulmones arder. ¿Podré olvidarla en unos días?

Dolor

Jamás pensé que sacarme a Sue del corazón fuese tan complicado y tan doloroso. Llevo tres días sin dormir. El jueves le pregunté por activa y por pasiva a mi amigo si había tenido noticias de Sue cuando volvió de la consulta, porque yo estoy sin teléfono móvil y Arthur me ha confiscado las llaves de mi coche para evitar que salga de su enorme casa, también a las afueras de Londres. Además, ha cortado la línea telefónica de casa, no se fía de mí y hace bien, siento demasiada tentación en ir a buscarla, pero trato de ser fuerte. Sólo quiero saber si ha preguntado al menos por mí. Pero Arthur no me dijo nada, nada de nada, ni mencionó a Sue siquiera a pesar de que no paré de preguntarle por ella. ¿Será porque las noticias que tiene para mí son malas y ella no ha ido a buscarme? Simplemente me contestó con evasivas. ¿Estará bien? ¿Me habrá olvidado ya?

El jueves por la noche, en casa de Tim, todos mis amigos evitaron el tema de Sue también, aunque pregunté miles de veces por ella. Todos hacen como si ella no existiera. Carl no trajo a Mary y tampoco pude hablar con ella. Durante un momento de debilidad quise huir y salir en su búsqueda, pero mis amigos lo evitaron agarrándome y haciéndome entrar en razón. Dicen que, debido a mi estado de angustia y de estrés mental, es mejor dejar pasar unos días hasta que consiga serenarme y hablar con ella como adultos, sin dejarme llevar por este arrebatado de locura y contradicción que siento. Dicen que primero tengo que aclarar bien lo que quiero y siento, antes de hablar y llegar de nuevo a un punto con Sue en el que no sepa gestionar mis emociones y me pierda aún más de lo que ya lo estoy.

El viernes abro mi correo electrónico desde el ordenador de Arthur aprovechando que está fuera, en la consulta, y veo que tengo un mensaje de Norton, pero nada de Sue. Ella no sabe mi correo electrónico, pero si quisiera averiguarlo lo habría hecho, ¿no?

Abro mi Facebook y vuelvo a buscarla con todas las combinaciones que se me ocurren con su nombre y nada. Ni siquiera en la página del Caribbean Blue veo nada de ella. Sólo una foto que no estoy seguro que sea de ella, pero debe ser si sale colgada de un aro desde lo más alto del escenario. Acaricio la pantalla con su foto de fondo. Necesito ver esos ojos verdes una vez más. Necesito perderme en ella. Pero no puedo.

En el correo de Norton, me informa que las negociaciones con los que tienen retenida a mi mujer van viento en popa y en esos momentos me doy cuenta de que, si quiero recuperar lo que un día perdí, tengo que mantener a Sue alejada de mi vida para encontrar la calma y la paz necesarias.

El sábado, como ya estoy más calmado en apariencia y consigo convencer a Arthur de ello, éste decide reestablecer su línea telefónica y llamo a Roberta, mi asistente, para explicarle que estoy de viaje de negocios y por eso no estaré por casa. Mi corazón se dispara cuando me dice que una chica muy guapa ha ido por casa preguntando por mí y que parecía muy afligida. ¡Sue! ¿Has venido por mí? ¿Te cuesta tanto respirar como me cuesta a mí desde que me alejé de ti? Pero mi corazón se desgarró cuando Roberta me informa que en la última ocasión que apareció por allí fue para dejar la copia de las llaves de mi casa, una nota y algo más, y me supongo que será en señal de despedida. No puedo leerla ahora mismo. Si me dice que me olvidará y que se

alejara de mí para siempre caeré en el abismo de nuevo. Tengo que protegerme de esto que siento por ella. A lo mejor ha llegado a la misma conclusión que yo y sabe que es lo mejor. Tengo que evitar enfrentarme de nuevo a su dolor y al mío.

Mis amigos me convencen con mucho esfuerzo de ir a salir por la noche. Yo no tengo ganas, pero tengo que convencerme como sea que puedo salir de este hoyo. Que puedo vivir sin Sue.

Salimos y tomamos unas copas. Yo he perdido la cuenta de las que llevo. Sólo hago pensar en Sue. Pensé que alejándome de ella sería más fácil llevar esta situación y no lo es. La verdad es que no sé vivir ya sin ella y todo lo que me hace sentir. Una vez que has probado su potente droga y has experimentado el torrente de sensaciones que te produce esa adorada adicción a su piel, tu cuerpo siempre te seguirá reclamando una dosis aún mayor de Sue.

La imagino con otros hombres cuando duermo y cuando no. Pienso que estará buscando olvidarme de esa forma. Y, cuando todos están despistados dándole todo en la pista de baile, yo aprovecho para salir sigilosamente y a escondidas del local en el que estamos y pedirme un taxi. Tengo que verla.

El taxi para frente al “Poisoned Apple” y yo, borracho y desaliñado, pago la carrera y salgo del vehículo. Suspiro al ver la mole frente a mí. Las luces rojas por todos lados me dañan los ojos. Avanzo y entro en el primer local. Ya sé el camino hasta la carpa Caribbean Blue. El chico de la entrada a la carpa parece reconocerme a pesar de mi barba de tres días y mi aspecto marchito. Me invita a pasar con una sonrisa y, de repente, tengo las tetas de Megan frente a mí.

- ¿Doctor Bennett? ¿Ha venido a ver a Sue? ¿Quiere que la avise? – Me pregunta. Me tambaleo un poco debido a mi embriaguez y niego con la lengua y mi cabeza.

- No, tú calladita. – Me pongo el dedo índice en la boca indicándole que quiero que guarde silencio.

- ¿Viene sólo a mirar entonces? – Asiento. – Le acompaño a una mesa y le invito a una copa. – Sonríe de oreja a oreja, ella me pasa su brazo por la cintura, porque ve que casi no puedo andar.

- Me gusta tu modelito transparente. ¿Son de verdad? – Pregunto agarrándole una teta. Sé que mañana me maldeciré por hacer esta tontería. Pero es lo que tiene el alcohol. Ella se ríe y me quita la mano de encima.

- Un día te las mostraré en privado. – Me guiña.

- De hecho, ya lo has hecho en mi consulta.

- Sí, y también las has palpado con total libertad, así que esa pregunta está de más, doctor Bennett. – Me dice haciéndose la ofendida, aunque en realidad está divertida de verme en este estado.

- ¡Cierto es! ¡Y constato que son de verdad! – Afirmo con una voz ridícula levantando el dedo índice. Megan se ríe y me ayuda a sentarme en una mesa.

- Te traeré una copa. ¿Qué quieres?

- Whiskey, preciosa. – Le guiño.

- Estás muy guapo con la barba. – Me dice coqueta, me guiña y se va a por mi copa. Yo me levanto de nuevo y voy a recepción antes de que se me olvide cómo hablar. Cuando llego el chico me mira sonriente.

- ¿Qué desea señor Bennett?

- Quiero a Suzanne Allen en un reservado para mí, después de la actuación principal. – Balbuceo.

- Lo siento, la señorita Allen no está disponible hoy.

- ¡¿Qué?! ¿Se la ha vuelto a pedir el poli ese?

- Señor, baje la voz. no me está permitido revelar los motivos. Siéntese y disfrute de la actuación común. – Me vuelvo de nuevo a mi mesa soltando todo tipo de maldiciones por el camino.

Cuando llego a la mesa ya está Megan con mi copa.

- Gracias nena. – Le guiño. Ella se va riéndose de mí.

Las luces se apagan y el que creo que es el tío de Sue anuncia que va a comenzar el segundo pase. ¿Segundo pase? Mierda, me he perdido el primero. Pide la colaboración de alguien del público y yo levanto mi mano con rapidez. Me señala a mí y a otro hombre más. ¡Bien! Me bebo mi copa de un solo trago y me dirijo al escenario arrastrando mis pasos.

Me sientan en una silla de terciopelo azul. Una horterada. Intento sentarme sin mostrar mi estado de embriaguez y creo que lo consigo. De repente un foco ilumina la parte alta del escenario, justo por encima de mi cabeza y... allí está ella. Mi diosa del viento, la mujer por la que estoy a punto de perder el norte. Con los ojos vendados y enfundada en unas mayas semitransparentes y llenas de pedrería azul cubriendo sus zonas más nobles.

Puedo contemplarla en primera fila sin ser visto. Es una perdición. Es mi perdición. Y la quiero tanto... tanto que me quema el pecho. La canción "I know you" de Skylar Grey comienza a sonar y mi diosa comienza a girar con la ayuda de las telas enredadas en su precioso cuerpo sobre mí, por el aire, por el aire que yo mismo respiro, bajo sus pies. Danza en el aire como si pudiera flotar y yo la observo extasiado. Deleitado con cada movimiento. A pesar de tener los ojos vendados acomete cada movimiento con toda la gracia del mundo. Es preciosa. Quiero tocarla. Está tan cerca...

Desciende un poco y levanto mi mano, casi la puedo tocar. El tipo que está sentado en el escenario conmigo, frente a mí, le grita que quiere verla desnuda ya y yo le dedico una mirada envenenada. Pero el rostro de mi niña del aire no muestra nada. Es inexpresivo. ¿Estará pasando el mismo calvario que yo?

Vuelve a subir trepando por las telas y se enrolla en ellas para dejarse caer de repente

justo por encima de mí. No puedo evitar dar un brinco del susto y mucho menos puedo evitar levantar mi mano para tocar su hermoso rostro cegado por una venda plateada. Sigue sin expresar nada a pesar de mi gesto. Vuelve a subir poco a poco, se enrolla en las telas y vuelve a descender sobre el tipo que me acompaña en el escenario, que vuelve a gritarle una guarrada. Me revuelvo nervioso.

Sube de nuevo y se abre de piernas en el aire. Da un giro mortal y vuelve a caer, esta vez posando sus pies en el escenario, entre ese estúpido hombre y yo. Se contorsiona en el suelo, frente a mí y la miro adorando cada detalle de ella. Se acerca hasta a mí y busca mi mano. ¡Dios! ¡Vuelvo a tocarla! Siento una corriente eléctrica al rozar sus dedos. La miro embobado. Coloca mi mano sobre su pecho y me hace tirar de sus telas, dejándole el pecho al descubierto. Ese pecho que podría adorar por el resto de mi vida.

Se acerca a nuestro otro acompañante del público y repite la misma operación con las telas que tapan su sexo y su trasero. Ahora las mayas que lleva dejan a la vista de todos sus más preciados tesoros.

Ella coge al espectador y a mí cada uno de una mano, nos lleva al centro del escenario y nos coloca nuestras manos sobre su cuerpo para que la saboreemos con las yemas de nuestros dedos mientras ella se contonea al compás de la música. El otro hombre no pierde oportunidad y le estruja las tetas con poco tacto, liberando una risita muy desagradable. Yo, sin embargo, le acaricio el rostro con ternura y, por un momento, creo que me ve a través de la tela que cubre sus ojos cuando gira su rostro hacia donde yo estoy.

Se quita la banda que le cubre la visión y me encuentro con sus bonitos ojos verdes de frente. Las lágrimas no tardan en acudir a sus ojos ni a los míos.

- Jamie...

- Sue... – Ella mira aturdida a su alrededor y ve al tipo que está junto a nosotros toqueteándola sin pudor alguno. Vuelve a mirarme a mí, sabe lo que estoy sintiendo y sabe que estoy aguantando el tipo.

- No te vayas. – Me pide.

- No puedo, Sue. – Sacudo la cabeza. – Pero quería verte. Una vez más. – De repente se echa a mis brazos y me besa con angustia y con todo su corazón frente a todos los espectadores de la sala. Yo le respondo con las mismas ansias.

¡Qué doloroso es separarme de ti, nena! Pero, no puedo con esto. La aprieto con todas mis fuerzas contra mí. Me duele tanto perderte. Me duele tanto decir adiós a tus ojos, tus besos, tus caricias.

- ¡Bueno, bueno! – Su tío interrumpe nuestro beso en mitad del escenario y se la lleva de mi lado tirando de su brazo. Ella me mira aturdida. – ¡Ha sido una actuación muy intensa! ¡Un aplauso a nuestros voluntarios, por favor! – Pide para que se cierre el espectáculo. Después se lleva a Sue del brazo que me llama todo el camino a gritos y con su mano en dirección a mí. Su tío le dice algo intuyo que en español mientras las luces se apagan y yo voy como hipnotizado tras ella.

- Señor, no la regañe. – Le digo a su tío. – He sido yo.

- ¿Y quién demonios eres tú? – Me grita ahora a mí.

- Él es mi novio, tío. – Dice Sue. El hombre me mira y yo no sé qué decir.

- ¿Tu novio? ¡Sabes muy bien que no puedes traer novios aquí para que arruinen el espectáculo, Suzanne! – Le dice esta vez en inglés para que el mensaje me llegue también a mí.

- Ha sido mi culpa, señor. – Vuelvo a decir. – No volverá a ocurrir. Me marchó.

- ¡No! – Grita Sue cuando me he girado y me freno en seco. – No te vayas, por favor. Habla conmigo. – Me suplica. La vuelvo a mirar. Después miro a su tío para que nos de privacidad. Resopla, pero lo hace y me escondo entre bastidores para hablar con ella. Con miedo. Porque sé que no soy tan fuerte para decirle otra vez que no. Cuando ella ve que su tío se ha marchado por fin vuelve a mirarme. – Me dijiste que no me dejarías. – Pronuncia con rabia y con los ojos vidriosos. – Pero no lo has dudado ni una sola vez. ¿Dónde has estado?

- Sue, dame tiempo para recomponerme. – Le acaricio de nuevo. – No desapareceré del todo. Podrás contar conmigo para lo que necesites. Si tienes cualquier problema, si necesitas cualquier cosa...

- ¡Te necesito a ti! – Escupe con rabia y llora. – Necesito que me hagas el amor como me lo has hecho sólo tú. Que me quieras, que me dejes amarte. – Ahora me acaricia ella.

- Te amaré siempre. Pero en la distancia. No sabes lo duro que es para mí decirte esto, Sue, pero te quiero demasiado para hacer como si nada. No puedo. Los celos me consumen y sé que te sabotearía tu jodida forma de subsistir. Sé que no aceptas más opción que esta y que renuncias a mi ayuda y no puedo hacer nada para obligarte. Pero para mí esto es demasiado, Sue. No puedo dormir, no puedo comer, no puedo pensar en otra cosa que no sea en ti con otros hombres. – Ella agacha la mirada y sacude la cabeza. – No te abandonaré como amigo, pero...

- ¿Cómo amigo? – Ríe y llora a la vez. – ¿Crees que tú y yo podemos ser amigos con todo lo que nos hemos dicho? ¿Con todo lo que hemos vivido juntos? – No puedo creer que entonces la vaya a perder del todo. No puedo. Duele demasiado.

- ¡Deja entonces todo esto! ¡Te lo imploro! – Me arrodillo frente a ella y la abrazo por la cintura descargando un amargo llanto sobre su vientre. – Por favor, deja que te ayude con la maldita deuda, Sue.

- ¿Y así podrás confiar en mí cada vez que un hombre se me acerque? – Sé la respuesta y no me gusta. Ya he traspasado la barrera de esa locura con ella y no sé dar marcha atrás. Ahora cada vez que se le acerque un hombre pensaré que quiere follársela y que ella dirá que sí porque está en su naturaleza. – Responde James. – La miro sin encontrar una respuesta. – Ya veo. Me ayudarás hasta que vuelvas a sentir que esto es demasiado para ti y me volverás a dejar tirada. – Su rostro refleja un intenso dolor, casi tan intenso como el mío.

- Ahora mismo no puedo pensar con claridad. – Agacho la mirada. Ella se arrodilla frente a mí y me sujeta del rostro.

- Te he querido demasiado. Y no sé cómo lo haré, maldita sea, pero te arrancaré de mi corazón para siempre. – Me dice y me besa por última vez. Yo la devoro con hambre e intento con mi beso que se arrepienta de lo que acaba de decir. Pero se separa de mí. – Adiós James.

- Sue...

Digo su nombre por última vez y la veo desaparecer entre las telas del escenario envuelta en llanto. ¿Qué carajos estoy haciendo? ¡Si no puedo vivir sin ella!

- ¡Sue! – Grito cuando reacciono, pero ha desaparecido. – ¡Sue! ¡Suzanne! – Un tipo grande viene y me saca de allí a la fuerza, mientras yo sigo llamándola a pleno pulmón. – ¡Suéltame! ¡Soy su novio! ¡Sue, joder, ven aquí! ¡Perdóname! ¡Por favor! – El tipo me ignora y me saca del local.

- Ya ha estado bien. Vuelva a casa, señor. Y mañana estará en condiciones de hablar con ella.

Le miro y sé que ya no podré volver a entrar. ¡Maldita sea, y sigo sin móvil! Pido un taxi y le doy la dirección de Sue. Pienso esperarla allí y pedirle que me perdone. No puedo hacerle esto yo también. No puedo hacerme esto a mí. Si no soy nada sin ella. Si ella me ha devuelto la vida cuando pensé que no quería seguir viviendo.

Las horas pasan en el portal de ella y Sue no vuelve a casa. Yo ya estoy tiritando de frío. ¿Se habrá ido con el poli ese? No puede ser...

A las ocho de la mañana desisto de seguir esperando y paro otro taxi en dirección a mi casa. Donde me quedo recluido durante todo el domingo sin coger llamadas, sin abrir la puerta, sin comer, sin dormir y sobre todo sin dejar de pensar en Sue.

Estoy hecho un mar de dudas y no quiero hablar con nadie. Soy yo quien tiene que resolver el revoloteo de nubes negras mezclados con rayos de sol que tengo en mi cabeza.

Escucho el teléfono de casa sonar y sé que será mi madre, pero no quiero hablar y menos con ella. Escucho llamar al timbre de mi puerta y después escucho el aporreo de mi amigo Arthur y me mantengo en la misma posición que llevo todo el día; tumbado en mi cama mirando al techo.

Sue, maldita sea, no sé cómo olvidarte. No sé cómo aborrecerte, cómo arrancarte de mi ser. Pero debería hacerlo, ¿o no? No lo sé. No sé qué estoy haciendo. No sé si me arrepentiré de no ir a buscarte durante el día de hoy, pero simplemente no tengo fuerzas para levantarme con todos mis demonios internos y hacer frente a tu mirada de rabia y dolor por mi culpa. Tú me lo advertiste. Me dijiste que huiría cuando lo supiera todo y eso he hecho. He huido muerto de miedo porque lo que siento por ti es tan apabullante que me desborda, me sobrepasa y me enferma. Tengo que serenarme. Tengo que hacerlo por Sussie. Ella tiene que volver a mi vida para darme la calma que necesito. Sólo ella puede dárme. Sí. Tengo que desterrar cualquier sentimiento nocivo que me domine y lo que siento por Sue es nocivo. Nocivo por lo intenso y lo irracional que es.

Cuando al fin me siento un poco más decidido a continuar con mi alejamiento forzoso de la vida de Suzanne me levanto y decido comer algo. Ya es de noche. Voy hasta la cocina arrastrando mis pasos y me encuentro con una nota sobre la mesa, la copia de las llaves de Sue, la caja de

Cartier con las joyas que le regalé y un pen drive. Sue...

Poco a poco me dirijo hasta la nota, la abro y la leo.

Jamie,

Me prometiste que te quedarías y has huido a la primera de cambio, sin dejarme hablar, sin dejarme decirte lo muchísimo que te quiero y lo destrozada que me está volviendo tu ausencia tan devastadora y cruel. Y yo... me estoy volviendo loca, Jamie, te necesito. Sé que suena ridículo, pero no sé vivir sin ti, James. Por favor, te conozco James, tú eres la mejor persona con la que me he cruzado jamás en mi vida, eres lo más valioso que tengo ahora mismo. No me hagas esto tú. Sé que no te merezco, pero haré lo que haga falta. Yo tampoco quiero ser una loca que se arrastra bajo tu ventana para que acabes odiándome o asqueándote de mí, así que te dejo tus llaves y tu precioso regalo. No quiero nada de eso, sólo te quiero a ti. Por favor... No me dejes. Te amo.

Sue.

Casi no puedo terminar de leer su carta por culpa de mis lágrimas. ¿Otra vez llorando, Bennett?! ¡Te estás volviendo un estúpido! Acaricio su nota y cojo el pen drive que me ha dejado sobre la mesa, ignorando las llaves y el regalo que le hice. Me duelen demasiado. Significa que no quiere nada de mí. Lo que quiere es a mí y no he estado a la altura. Lo he visto en su rostro al terminar la función. La he decepcionado. Y ahora la que huye es ella.

Abro mi portátil y enchufo el pen drive en él. Sólo hay una canción. La misma canción que usó ayer en su espectáculo "I know you" de Skylar Grey. Significa que en su actuación estaba pensando en mí. ¿Por qué se puso la venda en los ojos? ¿Era para poder imaginarse que eran mis manos las que le tocaban y no la de unos extraños? Pongo la canción en modo repetición y escucho su mensaje una y otra vez con los ojos cerrados y la cabeza echada sobre el respaldo del sofá.

Pasó así la noche y la mañana del lunes. Roberta se extraña de verme en casa y yo sólo le digo que estoy enfermo. El teléfono de casa no deja de sonar y le pido a Roberta que conteste simplemente eso, que estoy enfermo y no quiero hablar con nadie.

Le hago un interrogatorio sobre lo que le dijo Suzanne las veces que vino a buscarme mientras yo estaba en casa de Arthur. Ella sólo me dice que parecía apenada y angustiada y que necesitaba hablar conmigo. Estoy siendo un cobarde, lo sé. Pero es que me da tanto miedo lo que esa mujer genera en mí que me siento arrollado y aniquilado.

Y sin embargo no aguanto más sin saber de ella. De modo que al medio día me visto y me voy a buscarla a su casa de nuevo. En algún momento tiene que volver. Pero antes de pasarme por su apartamento me paso por la tienda Apple y me compro un nuevo móvil, puesto que el mío acabó hecho trizas. Recupero los contactos gracias a la copia de seguridad y, cuando estoy de nuevo en mi coche, llamo a Sue, pero tiene el teléfono apagado y mucho me temo que no la voy a encontrar en su apartamento.

Por ese motivo llamo a Norton, mi detective privado, y le pido que investigue sobre Suzanne Allen. Quiero saber todo de ella. Todo. Por muy malo que sea. Y, sobre todo, quiero saber dónde puede esconderse.

Como ya me esperaba, Sue no está en casa. Megan y Mary me abren la puerta y se apiadan de mí al ver mi estado. Mary me ofrece una taza de té que acepto por si puedo sonsacarles alguna información sobre el paradero de Sue. Mary sólo sabe que ha pedido unas vacaciones en el trabajo y que ayer domingo no fue a trabajar ni volvió al apartamento en todo el día. ¡¿Dónde cojones estás Sue?! ¡Sabes que tarde o temprano tendremos que enfrentar esta situación!

Salgo del apartamento con la amarga sensación de que minuto a minuto estoy perdiendo a Sue más y más. Decido ir a casa del poli. Intentaré no ser muy brusco con él.

Estoy frente a la puerta del desgraciado ese y aporreo la madera hasta que al final abre con mala cara. Y mucho peor se le pone al verme a mí allí.

- ¡¿Qué quieres, imbécil?!

- ¿Dónde está Sue? – Pregunto cortante.

- ¡Y yo qué mierda sé! Estará desnudándose para cualquier pavo que le pague. – Aprieto el puño para aguantar la rabia que siento al escucharle decir eso.

- ¿No está aquí?

- ¿Aquí? ¡Que va! ¡Me ha prohibido acercarme a ella! Mira, déjame en paz. La chica está tremenda y me encantaría tirármela alguna que otra vez, pero no tengo ganas de novios obsesos ni de movidas raras. Tengo bastante con lo mío. – ¿Qué es lo suyo?

- Por favor, si pudieras decirme algo que me ayudara a dar con ella... – Suplico con pocas ganas, sin embargo, se me acaban las opciones.

- Olvídalo, no soy una hermanita de la caridad. – Me cierra la puerta en las narices y me vuelvo de nuevo a mi coche con un peso enorme sobre los hombros.

Comienzo a conducir sin rumbo fijo y trato de pensar en dónde estará cuando una llamada de un número desconocido me entra por el bluetooth del coche.

- Bennett. – Contesto.

- ¿Qué coño le has hecho para que esté así, hijo de puta? – Me dice la voz de un tipo que no conozco.

- ¿Perdona? ¿Quién eres? ¿De qué hablas?

- ¡Sabes muy bien de qué hablo! ¡Le dije que nadie la entendería! ¡Le dije que la dejarías! ¡Eres un cabrón!

- ¿Albert? – Pregunto temeroso. – ¿Eres tú?

- ¡Aléjate de ella, te lo advierto!

- ¿Dónde está, Albert! ¡Necesito hablar con ella!

- ¡¡¡Olvídala!!! ¡Yo sí que estaré siempre para ella y no le fallaré! ¡Aléjate de ella!

- ¿Tú estarás para ella para drogarla y violarla? ¿Es eso lo que piensas hacer por ella?

Ella me ama a mí, Albert, y ninguna droga podrá hacer que lo olvide así como así. Así que, si de verdad te preocupas por Sue, déjame hablar con ella y arreglar esta situación. Por favor. Pásamela.

- Ella no está aquí. Me prohibió llamarte.

- ¿Dónde está? Dímelo, por favor.

- Adiós. – Me cuelga.

- ¡No, joder, no cuelgues! – Le doy a rellamada, pero me corta la llamada enseguida. Lo intento cinco veces más y nada. – ¡¡¡Joder!!! – Grito frustrado y golpeo el volante. – ¡Mierda, Sue, ¿te has ido directamente a los brazos de ese desgraciado?! ¡Maldita sea!

Durante el resto del día intento todo lo que está en mis manos para verla; voy al Caribbean Blue y hablo con su tío, que con mala cara me atiende unos breves minutos, pero me jura y me perjura que sólo sabe que está de vacaciones unos días, también hablo con Eddie, el de las cámaras, pues creo que le tiene aprecio, y tampoco sabe nada de ella. ¿Se la ha tragado la tierra o qué?!

Sigo mi búsqueda por Facebook. ¿Tiene que tener uno, ¿no?! ¡Todo el mundo tiene uno hoy en día! Pero ni rastro.

Paso la noche tratando de llamarla y sigue con el jodido teléfono apagado.

Desesperado

El martes por la mañana vuelvo a la consulta con peor cara que nunca. Ivonne ni siquiera me saluda, creo que está asustada por mi estado. Arthur entra en mi consulta y me hace un interrogatorio y yo lo ignoro por completo. Ni siquiera cuando me grita un par de veces que tengo que olvidarme de Suzanne le presto la más mínima atención. Al final desiste de seguir intentando hablar conmigo y, enfadado, da un portazo al salir de mi consulta y se recluye en la suya. No vuelvo a verlo en todo el día.

Paso consulta tras consulta y no paro de mirar el teléfono. Trato de volver a llamarla en varias ocasiones y su teléfono sigue apagado. ¡Maldita seas, Sue! ¡¿Estás con el tipo ese?! ¡¿Me estás olvidando con él?!

El miércoles igual. Todo exactamente igual. Lo único que cambia es que mi dolor sigue agrandándose día tras día, en lugar de hacerse más pequeño todo sucede al revés. Ahora sólo caben en mi cabeza los maravillosos momentos que he atesorado junto a Sue y su distanciamiento.

Pero el jueves, harto de esperar una respuesta que nunca llega y no creo que vuelva a llegar, decido hacer una estupidez que creo que me ayudará a volver a tomar las riendas de mi vida. Me he vestido con mi jersey favorito, me he afeitado y me he puesto mi perfume favorito. Entro en la clínica y me paro frente al mostrador de Ivonne.

- Buenos días, doctor Bennett.

- Ivonne. ¿Quieres salir conmigo mañana? – Ella abre los ojos y la boca sin creerse lo que oye.

- ¿Cómo? – Dice en un hilo de voz.

- Que si te apetece tener una cita conmigo mañana. – Repito con poco entusiasmo.

- ¡Vale! – Responde finalmente a mi proposición contenta.

- Bien. Te recogeré donde tú me digas a las nueve. – Me giro y veo a Arthur con los brazos cruzados y el ceño fruncido tras de mí.

Lo ignoro y me meto en mi consulta. Me pongo la bata y me siento.

- ¿Hoy también me vas a ignorar?

- Artie, no tengo ganas de sermones, déjalo ya. – Digo sin mirarlo, tratando de concentrarme en lo que tengo en la pantalla.

- ¡No te estoy sermoneando! ¿Vas a follarte a Ivonne?

- ¡Pues sí! – Le miro desafiante. – ¿Algo que objetar?

- ¿Esto es por Sue?

- ¡No! ¡Es porque me pica la polla! ¡¿Te vale?!

- Vamos Bennett, a mí no me la cueles. No te ha picado la polla en dos años y te viene a picar ahora mismo que la has cagado con tu chica.

- ¡Pues sí! ¡Precisamente porque la he cagado con ella, porque ha salido huyendo de mí y ha corrido a los brazos del amiguito que la drogó y abusó sexualmente de ella lo hago! ¡Y porque me apetece follar!

- No vas a olvidarte de ella así.

- ¡¿Y tú qué sabes?! No has estado en tu jodida vida enamorado, vas a venir a darme lecciones del amor a mí.

- No la pagues conmigo, Bennett, sólo me preocupo por ti.

- ¿Sí?

- ¡Sí!

- ¡Pues dime dónde cojones está Sue si tanto te preocupas por mí! ¡Dime dónde demonios tengo que ir para recuperarla! – Arthur suspira.

- Hablaré con Mary. Haré que me diga lo que sabe. – Lo miro con sorpresa.

- ¿Lo harás?

- ¡Claro que lo haré! ¡Cualquiera te aguanta así! Lo mejor será que la jodida esa vuelva contigo y te quite tanta amargura. – Le dedico una triste sonrisa. – ¡Pero no te folles a Ivonne!

- Sólo he quedado con ella. Ya veremos qué pasa.

- Bueno, te dejo. Si tengo alguna noticia de Sue te lo haré saber. – Me dice y se dispone a salir de mi consulta.

- Artie...

- ¿Qué? – Se gira hacia mí al llegar a la puerta.

- Gracias, amigo. – Me guiña y se va.

El viernes por la tarde, harto de darle vueltas al coco y todavía sin noticias de Sue y después de que Arthur me constatará que ella no quiere saber nada de mí según le informó Mary, me arreglo y me pongo en dirección a la casa de Ivonne para recogerla. Ella lleva un modelito nada discreto cuando aparece atravesando la puerta de su portal, pero casi no me fijo en su agraciada figura. Sé que estoy haciendo esto cegado por la rabia y la impotencia que siento sumado a los absurdos celos que me devoran desde dentro. Creo que Sue se está quedando con Albert y eso me está matando.

Llevo a Ivonne a cenar a un restaurante chino, charlamos de estupideces y después ella me ofrece tomar una copa en su casa, a lo que accedo enseguida.

En cuanto pongo los pies en su casa me lanzo a su cuello y la abordo en el hall de la

entrada. Le arranco las bragas de un solo tirón y la empotro contra la pared en un acto salvaje y lleno de orgullo y rencor. No siento lo más mínimo por esta chica, pero siento que así me estoy vengando del abandono y el olvido de Sue. Ivonne grita y no sé si es de placer o dolor, pues estoy siendo implacable con ella. Lo necesito. Necesito arrancar el dolor de mi pecho a base de embestidas. Aunque, en cuanto me corro, me vuelvo a sentir vulnerable y extraño demasiado los brazos y las caricias de Sue. Me disculpo con Ivonne y le digo que me tengo que ir sin más. Sé que ella está desconcertada y que estoy siendo ruin, no obstante, no quiero quedarme. No puedo quedarme.

De camino de vuelta a casa me pongo a llorar como un niño. ¿Qué cojones estás haciendo Bennett? ¿Te ha servido de algo esta idiotez? Sólo para sentirme peor conmigo mismo.

Arthur me llama.

- Hola. – Contesto limpiándome las lágrimas con la manga de mi chaqueta.

- Hola. Sue está bien.

- ¿Qué? ¿Está con él?! ¡Dímelo!

- No. Por lo visto sólo se encontró con Albert por la calle cuando él la perseguía. Creo que él vio vuestra discusión desde algún lugar a escondidas por donde ella vive.

- ¿Sigue espiándola y asediándola? Estúpido pendejo. ¡Pero, entonces, ¿dónde está ella?!

- Ya ha vuelto a casa. Con las chicas. Ha pasado unos días con una tal Lola, una mujer amiga de su madre que trabajaba en el circo también.

- ¡Voy a verla!

- No, Bennett. Déjala por hoy. Deja que vuelva y se relaje. Mary va a hablar con ella. Mañana hablarás con ella.

- ¡Mañana es la boda de Tim! ¡No puedo esperar a mañana!

- Deja a las mujeres que saben lo que hacen. Mary la conoce bien. La hará entrar en razón.
– Suspiro. – ¿Estás en el coche? ¿Vas a algún lado? No vayas, Bennett. Confía en Mary. Ella también quiere que solucionéis lo vuestro.

- Vengo de estar con Ivonne. – Admito arrepentido.

- ¡¿Te la has follado?! – Me quedo en silencio. – ¡Vaya, Bennett! ¡Has venido a convertirme en un picha brava en el momento más idóneo! – Aprieto los labios. Tiene razón.

- Estaba muy cegado por la rabia.

- No hagas más estupideces. Mañana te veo en la boda.

- Sí.

En casa me sirvo una copa y me siento un poco más relajado al saber que Sue está bien, que ha vuelto y que pronto tendré la oportunidad de hablar con ella. No sé qué voy a decirle, pero

sé que volveré a ver esos maravillosos ojos verdes. Y... que la quiero con todo mi ser.

EPÍLOGO

Miro a mi amigo Tim, tan feliz, en el altar, esperando a su chica para convertirla en su mujer, y siento unos terribles celos por él. Aunque me alegre en el alma de su dicha, lo que me duele es reconocer que yo nunca me sentí así, como él se muestra de feliz, cuando me casé con mi todavía mujer.

También sé que sería el hombre más dichoso de este jodido planeta si fuera Suzanne la que me acompañara de la mano en el altar. La extraño demasiado... Necesito volver a sentirla. Sus besos, sus caricias, su mirada, que me vuelva a decir que me ama... ¿me amará todavía?

La casa de los padres de Tim es una preciosidad. Han arreglado hasta el más mínimo detalle para que esta boda sea inolvidable y un deleite para los sentidos. Y, además, hace un bonito día soleado de primavera, nada de frío, precioso. Lo único frío aquí es ahora mismo mi alma triste y sola.

Miro a mi lado, donde mi amigo Arthur está sentado observando la misma escena que yo, junto a éste está Mary y junto a Mary está Carl. ¡Estos tres tienen un gran enredo entre manos! Pero no es asunto mío. Ahora mismo sólo quiero que termine la ceremonia para hablar con Mary y que me diga algo de lo que habló ayer con Sue. ¡No puedo más! Sé que estuvo todo el día hablando con la que ha sido la mujer más intensa de mi vida intentando hacerla entrar en razón de lo nuestro y de que me dé otra oportunidad. Necesito saber qué dijo Sue al respecto.

Arthur me dedica una sonrisa para tratar de serenarme, pero no puedo.

Y entonces ahí está. La veo. Ha llegado tarde, pero ha venido. ¿Ha venido? ¿O es una alucinación? Enfundada en un precioso traje de pedrería azul oscuro y un recogido muy sensual, mi diosa del aire hace aparición y toma asiento en la misma línea de sillas en la que estoy yo con mis amigos sentados, pero en el otro extremo en el que yo estoy. Me remuevo nervioso. Más que nervioso. ¡Histérico! ¡Sue! Quiero ir a su lado, pero Arthur me agarra y me pide en el oído que me espere y no le sabotee la ceremonia de boda a nuestro amigo. ¡Vamos, Bennett! ¡Puedes aguantar unos minutos más! ¡Ya la tienes aquí!

No paro de mirarla, no obstante, ella sólo mira en dirección al altar. Sin embargo, sus preciosos ojos verdes le traicionan durante unos segundos y me mira. ¡Mi niña! Esos dos del altar podríamos ser tú y yo algún día, nena, si me perdonas... le digo con mi mirada. Ella me observa impasible y vuelve a girar la vista hacia el altar. Pero suspira. La he visto suspirar. ¿Lo tengo todo perdido con ella? Espero que no...

Pero, si volvemos, ¿estaremos en la misma situación de paranoia emocional? No quiero eso.

Norton me ha informado esta mañana que mi mujer al final está entrando en la negociación y su séquito de soldados afines al ISIS también. Parecía que nunca iba a llegar este día, pero creo que al final toda esta locura también podría tener arreglo y podré poner al fin en orden mi vida y mi estado civil. Podré recomponer los pedazos del pasado y tratar de encajar en ellos los pedazos del presente. Aunque no sepa si eso puede ser posible. No sé si podré incorporar a Sue en todo

eso que tengo en mente.

Da igual. Al menos tengo que hablar con Sue. Si me alejo de ella que al menos entienda mi porqué. Que entienda que no he dejado de amarla y dudo mucho que deje de hacerlo algún día. Ella será mi amor platónico para el resto de mi vida. La relación más loca, intensa, placentera y emocionante que he experimentado. Y nadie ocupará nunca su lugar en mi corazón.

Vuelvo a mirar al altar y sacudo la cabeza. No adelantes acontecimientos, Bennett. Mis ojos se desvían sólo un par de veces más en su dirección y recorren la piel de sus brazos y de su espalda que están al aire. La necesito una vez más entre mis brazos. Sí, eso. Sólo una vez más. Después, que sea lo que el destino quiera hacer con dos pobres enamorados que han perdido la cordura como nosotros.

Tim y Liz dan el sí quiero y todos aplaudimos mientras mi amigo besa a su ya mujer entre ovaciones y gritos de vítores.

La wedding planner nos indica con su mano a dónde nos tenemos que dirigir para tomar los aperitivos y cócteles y yo decido ir al fin en busca de Sue, desesperado por al menos oír su voz.

Ella está hablando con algún invitado que le está regalando algún piropo y yo me pongo verde de celos.

- Sue, ¿podemos hablar? – Interrumpo a su espalda. Ella se gira y me mira asustada por mi cercanía. Y más aún cuando ve la cara de entierro que le dedico al tipo que habla con ella.

- Perdóname. – Le dice al tipo que, con una sonrisa de resignación, se va. Ella se gira hacia mí y mis azules ojos se chocan con el verde de los suyos. ¡Te extraño tanto, nena! – Dígame doctor Bennett. – Me responde marcando la distancia. Suelto una risa de incredulidad.

- ¿Doctor Bennett? ¿Vas a tratarme así?

- ¿Cómo quiere que le trate, doctor? – Su gesto es serio, frío y distante, pero en sus ojos hay mucho más. Hay dolor, angustia y miedo.

- Perdóname. – Le pido con seriedad. No quiero mostrarme desesperado.

- ¿Y qué cambiará si lo hago? – Me inquiere. – ¿Podrás confiar en mí y tener una relación normal conmigo?

- Sue, lo he intentado. Sabes que no es fácil. – Me ablando un poco.

- Sí, sé que lo has intentado, pero el resultado ha sido negativo y no lo has conseguido. Lo que has conseguido es dañarme y romperme el corazón. Y... de camino, volvernos locos a los dos. – Suena enfadada. Muy enfadada. Suspiro.

- Yo también me siento así. – La miro con cara de niño perdido.

- Entonces, ¿para qué intentarlo de nuevo y hacer esta herida aún mayor, James? – Joder, tiene razón. Pero no puedo dejarla. No puedo pensarla con otro. Me mataría.

- Te echo de menos. – Digo en forma de súplica.

- Eso no contesta la pregunta, James.

- Suzanne... yo...

- Yo también te echo de menos. Pero sobreviviremos, ¿verdad? – Me da un beso en la mejilla y siento que ahoga un gemido de dolor en su gesto para intentar separarse y alejarse de mí. La sujeto del brazo para impedirlo.

- Sue, por favor...

- Déjalo así, Jamie. No quiero odiarte ni que me odies. Y al final terminará sucediendo alguna de las dos cosas si continuamos con esto. Eres y has sido demasiado importante para mí para permitir que eso suceda. – Se zafa de mi agarre y la veo perderse entre la muchedumbre en busca de Mary.

Pero sigue aquí. Sigue estando cerca y la fiesta aún no ha terminado. Me tomo dos copas de un solo trago mientras invento alguna fórmula de volver acercarme a ella. Tengo que volver a sentirla. Una jodida vez más.

CONTINUARÁ...

Caribbean Obsession

Silvia Cruz

“La mejor manera de librarme de la tentación es caer en ella”
-Oscar Wilde-

“Vamos a darnos indiscriminadamente a todo lo que sugieren nuestras pasiones y siempre seremos felices. La conciencia no es la voz de la naturaleza, sino solo la voz de los prejuicios...”
-Marqués de Sade-

ÍNDICE

[No sabes decirme que no](#)

[Te extraño](#)

[¿Puedo ser más estúpido?](#)

[Cambios](#)

[Mi sangre arde por ti](#)

[Y la vida tiene vida propia](#)

[Alineando planetas](#)

[Nada después de ti](#)

[¿Y qué hay de nosotros?](#)

[Volver](#)

[Prisionero](#)

[Feliz](#)

[El miedo roba tu libertad](#)

[Los demás](#)

[El túnel](#)

[Si odio es porque amo](#)

[Errores](#)

[Renacer](#)

[La huida](#)

[Se acabó](#)

[EPÍLOGO](#)

No sabes decirme que no

- Enhorabuena por el enlace. – Le digo a Tim y a Liz mientras les beso en la mejilla. Se les ve radiantes. – Espero que seáis muy felices.

- ¡Gracias Jamie! – Me dice Liz emocionada.

- Sí, gracias amigo. ¿Cómo estás tú? Lo siento, no pude evitar que viniera Sue. Ya la había invitado e insistió en venir. – Mis ojos van directamente en busca de la jodida de Sue y la miro con suspicacia mientras ella habla alegremente con un par de invitados, creo que primos de Liz. ¿Has insistido en venir, mala pécora? ¿Quieres vengarte de mí? ¡Pues juguemos!

- Estoy más que bien. – Digo irguiendo la postura y colocándome bien la corbata. – No te preocupes por esa arpía del infierno. Caerá de nuevo en mis redes, le guste o no. – Tim esconde una risa ante mi comentario.

- Las bodas son el mejor escenario para levantar pasiones. – Dice mi amigo. – Discúlpame, Jamie. – Me dice Tim cuando la wedding planner le informa en el oído que tiene que comenzar el baile nupcial. Yo me aparto sin más.

Wendy, una amiga de la infancia de Liz, se acerca hasta mí para saludarme mientras contemplamos el baile de los novios. La saludo más eufórico de la cuenta, porque no me olvido que Wendy y yo tuvimos una aventura hace muchos años, aunque sólo fue una historia de tres noches, cuando nos fuimos un gran grupo de amigos de acampada. Pero si Sue va a jugar a darme celos en la boda de uno de mis mejores amigos yo también sé hacer eso.

- ¡Bennett, cuánto tiempo! – Me da un beso en la mejilla.

- ¡Vaya, Wendy! ¡Me alegro de verte! ¡Estás muy rubia y muy guapa! – Ella se sonroja. De reojo veo a Sue dedicándome una mirada de rencor y aguanto la risa.

- Gracias, tú también estás guapísimo. ¡Se me hace raro veros a todos de esmoquin! – Se ríe y me río con ella. – Una boda preciosa. – Me dice tratando de continuar con la conversación.

- Sí, a partir de hoy hay un soltero menos en el mundo y otra hada muerta en fantasía. – Wendy se ríe a carcajadas.

- El matrimonio no es tan malo. – Me dice. Creo que ella no sabe que yo me casé hace algo más de cuatro años. Hace al menos seis años que no veo a Wendy. – Míralos. ¡Se les ve felices!

- Sí, es cierto. – Suspiro y al fin consigo alegrarme de verdad por mi amigo. El baile nupcial termina y los invitados empiezan a salir a la pista de baile. ¡Mierda! ¡Uno de los primos de Liz saca a Sue a bailar! – Me las vas a pagar. – Pienso en voz alta.

- ¿Qué? – Me dice Wendy.

- Nada. Baila conmigo. – Le ordeno y la arrastro hasta la pista de baile. Ella accede muerta de la risa y suelta su copa en una mesa. Sue me mira sin importarle ser tan descarada y se abraza

al cuello de su acompañante como respuesta.

- Bailas muy bien, Bennett. Eres una caja de sorpresas. – Le sonrío con una de mis sonrisas seductoras y me encojo de hombros.

- Gracias. – De pronto en la pista de baile se produce un momento tenso. Arthur, que está bailando con Mary, tiene un pequeño roce con Carl que se interpone entre ambos para quitarle su compañera de baile. ¡Mierda! ¡No la jodáis, imbéciles! Me tenso, pero me alegra ver que Arthur se rinde y se separa de Mary sin más. Va en dirección a Sue y se la arrebató de los brazos al primo de Liz. ¡Gracias amigo!

- Cuéntame algo de tu vida. – Me pide Wendy y trato de devolverle a ella mi atención.

- No mucho. Me doctoré en ginecología y tengo mi propia clínica. Arthur trabaja para mí. Él lleva el tema de laboratorio.

- ¡Guau! ¡Suena interesante! – ¿En serio? Mi vida ha sido de lo más aburrida y lineal hasta que Sue llegó a mis brazos.

- ¡Cambio de parejas! – Dice la voz del animador por el micrófono. No me había dado cuenta de que había un animador. Wendy pone cara de decepción y yo me giro. Justo detrás nuestra tenemos a Carl y a Mary. Le abro los brazos a Mary que suspira aliviada de bailar conmigo y huir por un momento de la situación tan incómoda que vive con Arthur y Carl.

- ¿Madame? – Le digo a Mary que me sonrío. Carl se acerca a Wendy con pocas ganas.

- ¡Mi héroe! – Me dice Mary al oído.

- Ya sé que tienes una situación difícil. ¿Qué piensas hacer?

- No lo sé, Jamie. – Suena desesperada mientras bailo con ella por toda la pista. – Sé que suena a disparate. Pero me gustan los dos y no sé qué hacer.

- Tienes que elegir, Mary, o se montará una gorda.

- La verdad, Jamie, es que me gusta mucho más Arthur, pero creo que no puedo fiarme de ese tipo. ¡Es un mujeriego, se ve a leguas! – Tiene toda la razón. – Sin embargo, Carl es mucho más atento, calmado y estable.

- Pero tienes que elegir a quien te haga sentir de verdad. – Ella me mira con la ceja alzada.

- ¿Aunque sea un peligro para mí? – ¿Por qué me mira así? ¿Lo está diciendo con segundas por lo que Sue representa para mí? Asiento.

- Aunque sea un peligro. Aunque sea una jodida locura que te haga perder los papeles. – Mis ojos vuelven a buscar a Sue que ahora baila con el padre de Tim muerta de la risa. Esa risa tan bonita.

- Tienes que hablar con ella, Jamie. – Me dice Mary y la miro.

- Lo he intentado, pero se cierra en banda.

- Tiene miedo. Sólo eso. Pero está muerta de amor por ti. – Suspiro y lleno mis pulmones de aire.

- ¿De verdad lo crees?

- Lo sé. Pero mucho me temo que ahora vas a conocer la versión de “Sue en modo autoprotección”.

- Mierda, eso suena a complicado.

- Ella es complicada. – No hace falta que me lo jure. Sonrío y sacudo la cabeza. – Le has hecho daño, Jamie. – Vuelvo a mirar a Mary a los ojos y me maldigo por dentro.

- Yo... no quise...

- Pero lo has hecho.

- ¡Mary, esto es jodidamente complicado para mí! ¡Ella tiene que entenderlo! Me he muerto de celos cada noche que ha ido a trabajar cuando ya sabía a qué se dedicaba. ¡Me he vuelto casi loco!

- Jamie, nuestro trabajo no es fácil para nosotras tampoco, y mucho menos con las cosas que hace Sue. Nos arriesgamos, ponemos en peligro nuestra integridad física y emocional casi a diario. Y si lo hacemos es porque no tenemos otra salida. – Es cierto.

- ¡Pero yo le ofrecí otra salida!

- No. Le ofreciste que se sometiera a ti sin apenas conocerte. Sue ha vivido una vida llena de abandono y soledad por todas partes. Está acostumbrada a sobrevivir sola. Y tú le estabas pidiendo que dejase de ser ella misma y lo único que sabe ser por amor.

- No, le estaba pidiendo que dejase de ofrecerse a otros tipos. – Intento convencerla y convencerme.

- No, le estabas pidiendo que dependiera de ti. – Descargo un suspiro.

- Porque la quiero y me preocupo por ella.

- Entonces comprende que lo que le pides es demasiado arriesgado y difícil para alguien como Sue.

- También esto lo es para mí.

- Pues, querido, creo que me comprendes bien. Tienes que elegir.

- ¡Cambio de parejas! – Vuelve a gritar el animador. Yo me quedo flotando como en una nube con las palabras de Mary y me giro sin poder centrarme en seguir bailando. Pero cuando me giro me encuentro con los ojos verdes de Sue. Me mira aterrada y creo que quiere escapar. La agarro con fuerza de la cintura antes de que lo haga.

- ¡Señorita Allen! Baile conmigo. – Guío sus manos hasta mi cuello y ella sigue mirándome con miedo. Le sonrío. – ¿Te he dicho que estás preciosa? – Ella suspira, pone los ojos en blanco y

apoya su cabeza en mi hombro para no seguir mirándome.

Su bendito olor me embriaga hasta marearme. El calor de su cuerpo me enciende a esos niveles que sólo ella puede encenderme. Acaricio la piel de su espalda con mis dedos y siento como se estremece bajo el roce de mi piel. La deseo tanto...

- ¿Le has dicho lo mismo a la rubia esa con la que bailabas antes? – Interrumpe mis pensamientos y me muerdo los labios. Aguanto la risa.

- Sí. – Se tensa y yo la aprieto con más fuerza contra mí para evitar que se escape. – Pero sólo para quedar bien.

- ¿Y cómo sé que no me lo dices a mí por el mismo motivo? – Vuelve a mirarme enfadada.

- Porque sabes que tú sí que tienes el poder de ponerme a cien con sólo mirarte. Nadie más.

- ¿Ah sí? ¿Cómo puedo yo saber eso? – Ahora parece más relajada y curiosa.

- ¿No notas el bulto de mis pantalones? – Le pregunto con una mirada pícaro. Ella no puede evitar reírse con fuerza y esconde su mirada de la mía apoyando su frente en mi pecho.

- No tienes solución...

- Sí la tengo. Busquemos un lugar privado y solucionemos esto. – Me mira de nuevo levantando una ceja. – Como adultos. – Le aclaro y vuelve a reírse.

- Seguro que lo que tienes en mente es del todo sensato y adulto.

- Sue, llevo once días sin tocarte y no se me ocurre nada más sensato que hacerte el amor como un salvaje ahora mismo.

- ¿Y después de hacerme el amor qué?

- ¡Nena, no seas tan exigente! Después tendrás que dejarme unos minutos para que vuelva a hacerte el amor. – Aguanta la risa.

- ¿Y después de hacerme el amor por segunda vez?

- Después te dejaré que me lo hagas tú a mí. – Al fin parece más relajada y no deja de reírse. – No sé hacerlo mejor, Sue. – Me pongo más serio y ella también. – Sólo sé que te quiero, te deseo y me cuesta muchísimo estar sin ti.

- No pienso volver contigo hasta no oír lo que necesito oír de ti. – ¿Cómo? ¿El qué? Al menos ya sé que no está todo perdido. Sólo espera oír de mí algo.

- Nena, ya te he dicho que te quiero. Con todo mi ser. – Acaricio con mi nariz la suya. Ella cierra los ojos ante mi contacto.

- No me refiero a eso.

- También te he pedido perdón. – Beso la punta de su nariz.

- Tampoco es eso lo que necesito oír. – Me mira suplicándome con la mirada que le diga lo

que está esperando de mí. Pero no sé qué cojones es.

- Ayúdame. – Le pido con sonrisa de inocente y encogiéndome de hombros.
- Lo dirás si alguna vez llegas a sentirlo. – Me dice decepcionada.
- Quiero follarte. – Digo sin pensar. Ella da un respingo.
- Jamie...

Ambos nos miramos mientras nuestros pies siguen danzando al compás de la música. No puedo más. Me duele la entrepierna. Me duele el corazón. Mi lengua comienza a enjugar más de la cuenta al imaginármela surcando su boca. Ella no ha dicho que no y mientras siga dudando su respuesta aprovecharé ese preciado tiempo.

Tiro de su brazo y la saco de la pista de baile. Ella parece aturdida, pero sigue sin decir que no ni poner impedimento. La llevo a la parte trasera de la casa y la atrapo entre la pared y mis brazos, para después besarla de una forma desesperada. Ella libera un gemido profundo ante el contacto y yo aprovecho para colar mi lengua en su boca. Nuestras lenguas se tocan y se funden. Mi cabeza da vueltas. Aprieto mi duro miembro contra sus caderas y ella comienza a hiperventilar al sentir el tamaño de mi hambre por ella queriendo atravesar la tela de mi pantalón y de su vestido.

Sé que se ha rendido al fin cuando enlaza sus dedos por mi pelo, tirando de él y agarrándolo con fuerza.

- Sue, mi Sue... te necesito. – Digo sin aliento en sus labios. Beso su cuello y ella gime de placer, después desciendo mis labios por su hombro y le bajo uno de los tirantes para descubrir uno de sus pechos. ¡Dios, ese pecho! Mordisqueo el pezón que he liberado y ella se retuerce bajo mis manos, apretando sus caderas contra las mías. – Quiero estar dentro de ti. – Le digo mientras levanto su vestido, le arranco el fino tanga que lleva y ella desabrocha mis pantalones con una risita preciosa y traviesa. Ninguno de los dos está pensando con claridad lo que estamos haciendo. Pero ambos necesitamos sentirnos. Cuando ya ha liberado mi miembro la levanto entre mis brazos y entro en su delicioso cuerpo gruñendo de placer, mientras ella me abraza con sus piernas y echa la cabeza hacia atrás muerta de éxtasis. – Oh Sue. Dios, te necesitaba tanto. – Salgo y entro en ella. Es tan deliciosa que no puedo controlarme. – Dime que me perdonas, mi diosa. – Beso sus labios y ella me vuelve a apretar del pelo. No puede hablar, solo gime y gime loca de pasión y placer. – Dímelo, nena. Dime que eres sólo mía. – Avivo el ritmo en su interior. Escucho la risita de algunos invitados que nos han pillado infraganti, pero eso no me detiene de seguir devorándola. – Ahhhh. ¡Dímelo! – Me vuelvo más implacable en su interior.

- Dime tú lo que quiero oír. – Me pide. Paro por un momento y me quedo dentro de ella, observándola. Quiero que me diga qué narices quiere oír. Me mira al ver que paro. – No pares, por favor. – Me suplica. Sonrío. Vuelvo a salir y a entrar en ella con un movimiento rápido y profundo. – Ahhhh, síiiiiii.

- ¿Me deseas, Sue?
- Síiiiiii

- ¿Me amas, nena?

- Síiiii. – Sus ojos reflejan la lujuria. Y sé que estamos hechos el uno para el otro.

- Y yo a ti, pequeña. – Vuelvo a entrar con fuerza en su interior. Gemimos los dos a la vez. Vuelvo a subir el ritmo en su interior.

- ¡Sí, Jamie, no pares, me voy a correr! – Me informa y yo le beso con toda la pasión del mundo mientras me dejo llevar por el salvajismo que Sue me provoca. Estoy a punto. Siento mi polla a punto de explotar de lo dura que se me ha puesto. Sue grita en mis labios y yo en los suyos cuando nos corremos a la vez. Los últimos latigazos de mi fortísimo orgasmo se siguen descargando en su interior mientras nuestras bocas siguen pegadas y besándose. Lentamente la voy soltando en el suelo.

- ¿Ves lo loco que me vuelves? ¿Cómo voy a separarme de ti con todo lo que me haces sentir?

- Aún no has dicho lo que necesito oír. – Me dice, aunque no separa sus brazos de mi cuello. Acaricio sus brazos y los beso con cariño.

- Haría lo que fuera por recuperarte. – Confieso. – Me da igual tu trabajo Sue. Me da igual el mundo entero. Te quiero en mi vida. Encontraré las palabras que necesitas oír si me das la oportunidad de decírtelas. Pero no te separes de mí. Si te alejas de nuevo no podré decírtelas, aunque tú estés deseando oírlas y yo decírtelas. – Ella suspira.

- Estoy aquí, ¿no? – Sonrío.

- Sí. Y sé que has venido por mí y por lo nuestro.

- ¡Pero no pienses que con esto que acaba de ocurrir tú y yo hemos vuelto y aquí no ha pasado nada! ¡La has cagado conmigo y no voy a volver así, sin más! – Me advierte. Trago saliva y asiento.

- Lo arreglaré. – Ella sacude la cabeza y al fin me suelta para irse. La agarro del brazo. – No te vayas.

- Necesito un trago. – Me dice. Decido soltarla. Al menos he tenido un poco de mi dosis de Sue. Mi cuerpo asiente satisfecho. Pero yo sé que pronto me volverá a pedir más de ella, más de Sue.

Te extraño

Dos horas después de nuestro tórrido encuentro, Sue ha pasado por todas las fases imaginables en una mujer: Primero ha coqueteado con todo bicho viviente y, lejos de ponerme celoso, me ha causado bastante gracia, porque ha dejado a la mitad de los invitados masculinos más cachondos de lo que podrían imaginar y luego los ha dejado a todos con las ganas.

Después se ha hecho la interesante ella sola en la barra bebiendo cócteles sin medida. Me acerqué a ella en una ocasión, pero me respondió con evasivas, seguramente porque ha visto que Wendy se ha vuelto a acercarme a mí en alguna ocasión.

Ahora está en la fase de darlo todo en la pista de baile junto a su amiga Mary, y yo hago lo mismo con mis amigos. La sorpresa es que ella me tienta a mí y sólo a mí de vez en cuando, meneando su precioso trasero contra mí. Me sonríe y me busca en la pista de baile. ¡Me siento pletórico! Al principio me hago el interesante y bailo con ella brevemente, pero ya está consiguiendo ponerme malo con tanto frotamiento y ha conseguido captar por completo mi atención. Está muy borracha, puede que por eso no se esté cortando un pelo para buscarme y provocarme, pero, aun así, lo ha conseguido por completo.

Tiene una borrachera deliciosa. Y ahora mismo está con sus brazos enredados en mi cuello y contoneándose como la bruja maldita rompecorazones que es. Me hace sonreír de oreja a oreja.

- Sue, me la estás poniendo dura otra vez. – Le digo al oído y ella suelta la carcajada más enorme que le he visto soltar. – Ya veo que eso te hace feliz. ¿Me vas a dejar a dos velas como a los demás?

- Creo que tú eres el único al que le he regalado mi cuerpo hoy. – Dice de forma seductora acercando sus labios a los míos. Le robo un beso y ella se tambalea. Le agarro de la cintura para evitar que se caiga.

- Pero quiero más. – Aprieto su cuerpo contra el mío. Ella se ríe y vuelve a restregarse contra mí. – Sue... para...

- ¿O qué? – Me provoca.

- O te llevo ahora mismo a cuestras a la parte trasera de la casa. – Se muerde el labio inferior y doy un salto al sentir su mano en mi paquete. – ¡Sue! – Se ríe y me echo a reír con ella. De pronto se me escapa de las manos y se dirige a la barra a por otro cóctel. Voy corriendo tras ella. – Nena, para de beber, ya estás muy borracha. – Le digo y la muy loca se traga el cóctel de un solo trago.

- ¡No me llames nena, no hemos vuelto! – Me regaña con el dedo acusador.

- ¡Vale, vale! – Levanto las manos en son de paz. – ¡Pero deja de beber!

- ¡Llévame a bailar! ¡Me encanta esta canción! – Tira de mi mano otra vez hasta la pista de baile. Suena “Ayo Technology” de Milow y Sue y yo nos convertimos en un nudo de brazos y

movimientos sensuales en la pista de baile. Esta canción nos viene al dedo.

Se me olvida que estamos rodeados de gente y comienzo a devorarle los labios con poco tacto. Ella vuelve a tambalearse al cerrar los ojos y la sujeto.

- Creo que es hora de que te lleve a casa. Estás demasiado borracha. – Me convenzo de esto último cuando veo que comienza una pelea entre Carl y Arthur no muy lejos de nosotros. – ¡Mierda! – Suelto a Sue y me dirijo hacia mis amigos. Pero tengo que volver a por ella cuando veo que se cae al suelo. – Sue, no bebas más. – La cojo en brazos y la suelto en una silla mientras ella se ríe a carcajadas. – ¡No te muevas de aquí!

- ¿A dónde vas? – Pregunta arrastrando las palabras. – ¿Vas a por la rubia esa?

- No, tonta. Voy a separar a esos dos capullos. – Le señalo a los dos tontos que se están encarando por su amiguita Mary y ella se vuelve a reír tapándose la boca. – Tú no te muevas. Ahora vengo a por ti. – Le doy un rápido beso y me acerco corriendo hacia donde está Carl intentando golpear a Arthur. – ¡Eh, ya vale! ¡¿Qué cojones hacéis?!

- Este hijo de puta le ha metido boca a mi chica. – Grita Carl fuera de sí y Mary trata de sujetar a Arthur entre lágrimas para que no golpee a Carl, pues Arthur parece que está bastante cabreado y tiene el labio partido. – ¡Mary! ¡Ven aquí ahora mismo!

- Carl, tío, estás borracho. Vamos. Te vienes conmigo y te llevo a casa. – Le digo porque sé que Mary acaba de elegir y es mejor que me lleve a Carl de la escena para que no siga montando el numerito. – Voy a llamar a un taxi y te vienes tú y Sue conmigo.

- ¡Pero Mary se viene también! – Dice tambaleándose y señalándola. Tim aparece también en la escena preocupado. Joder, le están jodiendo la boda.

- ¿Qué pasa Carl? – Pregunta Tim.

- Timmy, tranquilo, me lo llevo ya. Sólo está más borracho de la cuenta. – Tranquilizo a Tim que asiente a mi proposición y luego me dirijo a Carl. – Deja a Mary que se divierta. Ella puede continuar con la fiesta, tú no. Tim, ayúdame a llevarlo al taxi. – Vuelvo a dirigirme a Tim al ver que Sue está con la cabeza entre las manos y dando vueltas sobre la silla. ¡Joder, está peor de lo que pensaba! – Yo voy a cargar a Sue. – Tim asiente, se lleva a Carl hacia la puerta de salida y llama a un taxi por el camino. Me acerco a Sue y la cojo en brazos.

- ¿Qué haces? – Pregunta sin poder evitar que la coja. Es peso muerto.

- Llevarte a casa. – Le informo. Ella asiente, se agarra a mi cuello y entierra su cabeza en mi cuello con los ojos cerrados. Wendy vuelve a aparecer al ver que me voy con Sue en brazos.

- ¿Te vas? – Me pregunta afligida.

- Sí, me llevo a mi chica a casa. – Aclaro para que no se haga ilusiones. Wendy mira a Sue incrédula.

- No soy tu chica. – Balbucea Sue en mi cuello. Me río. Es una maldita aguafiestas hasta borracha.

- Lo serás. Lo siento Wendy, tengo que irme. Me alegra haberte visto de nuevo. Cuídate.

- Sí, y tú. – Dice con aspereza.

- ¿Lo has escuchado? – Levanta Sue la cabeza de repente y se dirige a Wendy. – Dice que seré su chica. No tú. – Carraspeo y le dedico a Wendy una sonrisa de disculpas.

- Perdónala, está borracha. – Me giro con rapidez con Sue en mis brazos para que no siga poniéndome en un aprieto.

- Estoy borracha, pero no tonta. Esa rubia te quiere llevar al huerto. – Vuelve a decir en mi cuello con una voz muy chistosa.

- Bueno, ya me la has espantado. Así que tranquila, no me llevará al huerto. – Fuera está ya el taxi esperando y Carl ya está sentado dentro. De hecho, está ya roncando dentro. Yo me siento junto a él con Sue en mi regazo medio dormida también.

No quiero separarme de ella. Le doy la dirección de Carl primero al taxista. Por el camino me dejo llevar y acaricio los brazos y la espalda desnuda de Sue mientras la observo. No está del todo dormida porque levanta su mano y acaricia con ella mi mejilla. La beso y me devuelve el beso de sus cálidos labios de forma lenta y sensual.

- Siempre has besado muy bien. – Me dice en un susurro pegada a mis labios.

- Te besaría toda la vida si me dejaras. – Muerdo su labio inferior.

- No vayas tan rápido, James. – Suspiro. Llegamos a la casa de Carl y comienzo a darle codazos para que se despierte.

- ¡Eh! ¡Carl! ¡Despierta!

- Mmmm. ¡Qué pasa!

- Estás en casa. Vamos, entra. Esperaré aquí hasta ver que entras bien. – Me dedica una sonrisa de borracho y se baja del taxi. Tras varios intentos consigue meter la llave en la cerradura. Sue se muere de la risa al verlo.

- Qué borracho está...

- ¡Y lo dices tú?! – Le digo, me mira y ambos nos reímos. Le doy mi dirección al taxista.

- ¿Me llevas a tu casa? – Pregunta Sue con el ceño fruncido. Asiento con precaución. – ¡No hemos vuelto! – Me vuelve a recordar con el dedo acusador y yo pongo los ojos en blanco.

- ¡Ya me lo has dejado claro, Sue! Pero tú me echas de menos y yo a ti también. Dame esta noche al menos. – Vuelvo a besarla para convencerla.

- Vale. – Susurra de forma seductora mientras responde a mis besos. – Sólo esta noche. – Enreda su lengua con la mía y sus dedos en mi pelo. Me está poniendo malo otra vez.

- Sólo esta noche... ya veremos...

El taxi llega al fin a mi casa. Pago la carrera y me alegra ver que Sue sale por su propio

pie del taxi. A lo mejor no está tan mal y podemos tener un segundo round de sexo. No sé cuándo volveré a tener la oportunidad de tenerla así de nuevo.

Sue llega hasta la puerta de mi casa tambaleándose bastante y, cuando llego yo a su lado para abrir la puerta, veo que me está mirando los brazos con fuego en la mirada y mordiéndose el labio inferior. Siempre le gustaron mis brazos. Sonrío.

- ¿En qué piensas? – Pregunto curioso.

- En que llevas mucha ropa puesta. – Susurra acercando su rostro al mío. Contengo la respiración. – Y yo también. – Se desabrocha la cremallera del vestido, se baja los tirantes y, con un agraciado movimiento de caderas hace que el vestido caiga al suelo, entrando desnuda a mi casa, vestida tan solo con unos altísimos tacones plateados. Pues yo antes, en la fiesta, rompí la poca ropa interior que llevaba.

Mi boca se abre y comienzo a salivar observándola petrificado desde la puerta. Después miro a mis espaldas y me alegra ver que el taxista ya se ha ido. Recojo su vestido del suelo de la entrada de mi casa y la sigo como un perro faldero.

Está abriendo la nevera y la tenue luz que el aparato emana rebota en su cuerpo desnudo dejándome ver la curva de su cintura, la tersa piel de su vientre y sus preciosos pechos. Vuelvo a tragar saliva.

- ¿Qué buscas? – Pregunto pegándome a ella por la espalda y besando su cuello. Ella echa su cabeza hacia atrás para dejarme paso libre por su cuello. Rodeo su pecho con mis manos y me embriago de su olor.

- Estoy muy mareada.

- No deberías haber bebido tanto, Sue. – Digo dejando un reguero de besos por su cuello y su hombro.

- Si no hubiera bebido tanto no estaría ahora mismo aquí, contigo. – Se gira y se enfrenta a mi mirada. – Estoy realmente enfadada contigo. – Suspiro. – Pero te echo de menos.

- Dime qué quieres oír de mí para que todo esto se arregle y te lo diré. – Le pido sujetando su rostro y resbalando mis dedos pulgares por sus labios, deseando bebérmelos otra vez.

- ¡Ni lo sueñes! ¡Quiero que lo averigües tú! – Me río y le muerdo el labio inferior. Ella gime. – ¿De qué me servirá que lo digas si soy yo quien te dice lo que quiero oír? – Suspira.

- Estás tan borracha que olvidarás que me lo has dicho tú y así lo solucionaremos sin problema. Anda. Dímelo. – Ahora le beso con ansias. No puedo separarme de sus labios. Saben demasiado bien. Ella me sigue negando la ansiada respuesta en mis labios entre gemidos. Tiro la chaqueta de mi esmoquin al suelo. Ya se lo sonsacaré. Sus manos se deslizan por encima de mi camisa blanca desde mi pecho hasta llegar al cierre de mis pantalones. Siento sus delicados dedos investigar por el borde de mis pantalones jugando con mi vello púbico y acariciando la punta de mi fuerte erección. – ¡Oh, dios, Sue! ¡Me vuelves loco! – Me aferro a su pelo con fuerza y devoro sus labios, todavía más sediento de ella mientras noto su deliciosa caricia. Pero, de repente, se zafa de mis brazos y comienza a tambalearse con fuerza. – ¡Eh! ¿Qué te pasa?

- Estoy muy... – No termina la frase y comienza a vomitar por todo el suelo de la cocina. ¡Mierda! La sujeto para que no se caiga y dejo que descargue un poco.

- Joder, Sue. – Ella sacude su cuerpo con fuertes arcadas y, cuando puede controlarlas, se dirige directamente al grifo del agua para enjuagarse la boca. – ¿Estás bien? – Pregunto observándola a sus espaldas. Ella asiente.

- Un poco mejor. – Se gira un poco y ve el estropicio en el suelo. Aprieta los labios. – Lo limpiaré. – Dice acercándose.

- No, siéntate. Ya lo limpio yo. – Le doy un taburete alto para que se siente y decide hacerme caso.

No puedo describir cómo me siento limpiando el suelo mientras la tengo a ella, desnuda, sentada sobre mi taburete con sus tacones plateados y abierta de piernas frente a mí. Mueve la cabeza hacia atrás haciendo círculos evaluando su estado de embriaguez. Y, hasta borracha como una cuba, es el animal más erótico y bello que mis ojos hayan visto alguna vez. Lo mejor es que no se da cuenta de ello. Cuando ya está el suelo más o menos decente me levanto, me coloco en medio de sus piernas y aprieto su trasero para pegarla a mi cuerpo. Me mira cuando siente que la he levantado y la llevo en brazos.

- ¿A dónde me llevas? – Pregunta seductoramente.

- Hora de un baño, señorita Allen. Tengo que despabilarte un poco. – Se ríe y la llevo hasta la ducha. – Agárrate al tubo este para no caerte. Voy a quitarte los zapatos. – Le informo cuando ya la he soltado en la ducha.

- ¿Tú no te duchas conmigo? – Me hace un mohín al verme todavía vestido. La miro desde abajo, pues ya estoy agachado a sus pies para quitarle los zapatos.

- No, puede que me duche después de haberte follado hasta perder el sentido, si es que me quedan fuerzas para ello, pero ahora mismo la prioridad es quitarte un poco de esa borrachera que llevas. – Ella frunce el ceño y veo que dirige su mano hasta el grifo. – ¡Sue! ¡No hagas... eso! – Digo demasiado tarde. Ya ha abierto el grifo del agua fría y el caño nos cubre a ambos. Ella se ríe como si fuese una niña. Yo gruño y me levanto colocándome frente a ella, empapado. – Podías haber esperado a que me quitara el traje, bruja del infierno. – Ella no para de reírse al verme así. Yo al final acabo sonriendo como un tonto y negando con la cabeza. – Abre un poco de agua caliente, nena. – Le pido mientras me quito los zapatos torpemente y la camisa.

- ¡No me llares nena! – Vuelve a regañarme mientras ella se encarga de quitarme los pantalones. – ¡No estamos juntos, recuérdalo! – Asiento llevándole la corriente. – Además, puedes calentarnos tú. Se te da muy bien. – Dice seductoramente mirándome desde abajo. Como no me hace ni caso, lo hago yo y abro un poco de agua caliente para que no acabemos con una pulmonía. Y, de un segundo a otro, siento la caricia de su cálida lengua sobre mi polla.

- Ahhh, Sue. – Me aferro a su pelo. – Joder... echaba de menos esto. Te echaba de menos. – Siento que todo me da vueltas. Es delicioso. Qué bien conoce ya a mi cuerpo. Se separa y se pone en pie.

- Lo siento, sigo mareada. – Me dice y vuelve a tambalearse. Pero yo ya estoy sin control sobre mi cuerpo y me abalanzo sobre ella sin pensarlo más.

La levanto y la coloco sobre mi miembro mientras apoyo su espalda en los azulejos del baño sin separar mis labios de los suyos. Ella coloca cada una de sus rodillas por encima de mis brazos y me besa con todas sus ganas. Siento su humedad cuando rozo mi sexo por el suyo y suspiro. Con un movimiento ágil ella presiona su cuerpo contra mí y siento como mi carne llega hasta el fondo del cuerpo de Sue.

- Ahhh, dios... Sue. Muévete. – Le pido y ella hace lo que tan bien sabe hacer, contoneando sus caderas conmigo dentro haciendo que cada embestida sea más dulce y más placentera, mientras besa mis labios y acaricia mi rostro. Mientras me mira con devoción. Sus labios y los míos se abren al salir y entrar de ella. Estamos hechizados por este magnífico momento. Quisiera que durara toda la vida. – Dime que me deseas tanto como yo a ti. – Le pido.

- Sí, ¡ahhh! Te deseo. Maldito cabrón. – Mmm, no era eso exactamente lo que pensaba oír, pero me vale. No digo nada más y vuelvo a salir y a entrar en ella cada vez con más fuerza. – Quieres... ahhh Jamie, quieres volverme loca. Y lo estás consiguiendo.

- Quiero que me quieras. Sólo a mí.

- Voy a... Mmmmmmm. – Echa la cabeza hacia atrás retorciéndose de placer. Es una maravilla verla y tenerla así.

- ¿Qué, nena? – Pregunto con mucho esfuerzo.

- Voy a correrme. – Me dice mirándome a los ojos con lujuria. Menos mal esta vez no me ha corregido al llamarla nena. Sonrío.

- Pues vamos juntos. – Comienzo a moverme implacable en su interior apretando fuertemente sus nalgas y mi pasión se eleva de categoría cuando siento su lengua enredada en la mía y sus gemidos vertidos en mi boca. Ella estalla primero y en décimas de segundo me uno a ella en nuestra locura. Su cuerpo cae lánguido tras el potente orgasmo y se queda colgada de mi cuello. Yo aguanto su peso como puedo. – ¡Eh, nena, no te duermas aquí! – Le susurro al oído. Ella sólo me dedica un gruñido. – Mierda, Sue. – Apago el grifo y la saco en brazos del baño, sentándola sobre la tapa del inodoro. Está k.o. – Sue, abre los ojos nena.

- Mmmm. – Suspiro y comienzo a secarla como puedo.

- Joder, Sue, tienes el pelo muy mojado. – Le froto bien con la toalla y ella se queja. – ¡No te quejes y ayúdame un poco!

- ¡Quiero dormir! – Brama. La ignoro y prosigo con mi tarea de secarla hasta que ya está lista.

Vuelvo a cargarla, esta vez en mi hombro y ella ni se inmuta. La suelto sobre mi cama y le tapo bien con el nórdico. Mientras le observo dormir como una niña me seco yo frente a ella. Después me tumbo a su lado, sin dejar de mirarla y una enorme sonrisa se dibuja en mi cara cuando siento sus piernas y sus brazos buscar mi contacto y enredarse en mí. Beso su frente y dejo que el sueño por fin llegue a mí. Llevo once días en los que he dormido demasiado poco por culpa

de esta bruja a la que amo con locura.

¿Puedo ser más estúpido?

El teléfono de casa me saca de mi ensoñación divina y me despierta. Sue está a mi lado sin siquiera inmutarse. Rodeándome con sus piernas y sus brazos, dándome su calor corporal. No me quiero despegar de ella. Que suene el maldito teléfono. Será mi madre otra vez.

Acaricio el rostro de mi bella durmiente y le beso con dulzura en los labios. Estás aquí, otra vez, y, aunque sea una locura y me vuelva loco con la forma que tienes de sobrevivir y lidiar con tus problemas, no me pienso alejar más de ti, Sue.

Le hablo con mis pensamientos y vuelve a sonar el dichoso teléfono. Ella hace una mueca de disgusto. ¡Qué pesada es mi madre, maldita sea! Al final me levanto para evitar que otra llamada pueda despertarla finalmente. Mientras me dirijo desnudo hacia el teléfono de casa lanzo todo tipo de maldiciones. Descuelgo.

- ¡Hola mamá! – Contesto bruscamente. – ¡Estoy vivo y estoy bien!

- Hola hijo. ¿Vas a venir hoy a verme? – Dice con tonito inocente.

- No puedo, mamá. Tengo una comida importante. ¡Oh, joder, me cago en la puta, son las doce! ¿Cuántas horas he dormido? – Digo cuando veo la hora en el reloj del horno.

- ¡Hijo, no seas tan mal hablado! ¿Cuándo vas a presentarme a la novia esa tuya? Tengo que conocerla. – Suspiro. En ese momento Sue llega a la cocina donde estoy yo, con el pelo enmarañado y desnuda. ¡Qué preciosa es! Lleva mi móvil en la mano y dice que tengo una llamada. Le digo con la mano que conteste ella mientras despacho a mi madre y lo hace.

- Mamá, en otro momento. Tengo un almuerzo importante hoy con uno de los ginecólogos más prestigiosos del mundo y pretendo formar parte de su enorme empresa si me da la oportunidad. – Entonces veo que la cara de Sue palidece ante algo que le están diciendo a través de mi móvil. – Tengo que colgar. Adiós mamá. – Cuelgo precipitadamente y me acerco a Sue que me mira con la cara pálida. – ¿Quién es?

- Vaya, Ivonne, pues lamento mucho que no te haya llamado ese cabrón después de haberse acostado contigo el viernes. – Le dice a su interlocutora mirándome con rabia y la mirada vidriosa. ¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! Aprieto los ojos. – Sí, se lo diré, Ivonne.

- Sue, nena... yo... no quise. – Le digo quitándole el teléfono. Cuelgo la llamada de Ivonne y dejo el aparato sobre la mesa de la cocina. Levanto mi mano y ella se aparta. – Oye...

- ¿Te la follaste? ¡Eres un maldito cerdo! – Grita encolerizada y con la respiración acelerada.

- No... yo... estaba muy perdido sin ti. Nena...

- ¡¡¡No me llames nena!!! ¡Aléjate de mí! – Se cubre con sus manos para protegerse y alejarse de mí y se gira en dirección a mi habitación en busca de su ropa. Sé que quiere marcharse. Tengo que impedirselo. Corro tras ella.

- ¡Sue! ¡Fue una idiotez! ¡Lo sé! ¡Perdóname mi amor! – Le cojo del brazo y ella me mira con una enorme tristeza y decepción mostrándose a través de sus ojos. Me parte el alma. Me siento horrible. – Tú me habías dejado. Me llamó Albert y pensé que estarías con él. Lo hice como venganza y admito que fue un error, porque lo único que conseguí fue sentirme aún peor y más ruin. – Unas amargas lágrimas visten su rostro. Me aferro a su rostro y le obligo a mirarme. – Mi amor, perdóname, te lo suplico. – Ella llora. Le abrazo y la aprieto contra mi pecho con fuerza.

- ¿Y soy yo la fácil aquí y la que regala su cuerpo a los demás? – Sus palabras son un puñal. Pero el cuchillo que me está taladrando el interior de mi corazón lo he afilado yo mismo. No sé qué decir. – Suéltame. – Me pide. Me mira mientras seca sus lágrimas. – Bravo James. Ya has conseguido que te odie. – Se gira y me deja allí, clavado, destrozado, muerto.

- No... – Vuelve a aparecer dos minutos después y yo sigo en la misma posición y sin poder respirar. Ha vuelto a ponerse el vestido de pedrería de ayer y su pelo ahora cae en una maraña sobre sus hombros y su pecho. Se cruza de brazos frente a mí. – Sue, por favor, no...

- Me voy, James. – Sus ojos vuelven a inundarse de lágrimas. Muerdo mis labios. ¡Joder, Bennett! ¡Qué manera de cagarla! – No me busques, por favor. – Niego con la cabeza.

- No puedes pedirme eso.

- ¡¿Que no puedo?! – Abre los brazos incrédula por mi petición. – ¡Tú eres quien no puedes venir a mi vida, decirme que me quieres y que me apoyarás en todo, para después dejarme y hacerme sentir como una cualquiera mientras tú vas follándote a cualquier estúpida de tetas ingravidas que se te cruza por el camino! ¡¿Así pensabas arreglarlo?! – Un gemido se le escapa de los labios y se aplasta las manos contra ellos para evitar romperse frente a mí.

- Me habías dejado... – Intento defenderme en vano. No tengo perdón y lo sé. Tiene toda la razón en lo que dice.

- ¡No! ¡Tú me habías dejado, ¿recuerdas?! ¡Desapareciste sin darme una maldita oportunidad a explicarme! ¡Sólo porque ese estúpido de Nico me robó un beso! Dime una cosa James, ¿qué hubiera pasado si me lo hubiese follado como tú hiciste con esa calentapollas? – Se cruza de brazos y me mira encolerizada. Sabe la respuesta bien. Que me habría vuelto loco.

- Perdóname Sue. Te lo suplico. – Me arrodillo y apoyo mi frente en sus muslos. – Estaba fuera de control. Estaba desquiciado. No pensé con claridad. Te quiero tanto...

- Ya veo. – Se separa de mí y se dirige a la puerta de la casa. Corro de nuevo tras ella.

- ¡Sue no! – Taponó la puerta de la calle. – No te vayas así. Déjame explicarte cómo me he sentido sin ti. Déjame que te muestre lo importante que eres para mí. – Ella ni siquiera me mira sólo expulsa el aire por sus orificios nasales con fuerza.

- Déjame salir, James.

- No, mi amor, no te vayas así. Te amo, Sue. Por favor. – Me mira con desprecio. ¡Joder, cómo duele verla mirarme así! Pero lo tengo merecido. – Perdóname, te lo suplico. Haré lo que haga falta.

- Olvídalo. Lo nuestro acaba de morir aquí y ahora para siempre. – Maldita sea. Parece decidida.

- Sue... yo te amo. ¡Nos amamos los dos, joder! – Apelo a sus sentimientos que sé que tiene por mí de forma desesperada mientras sujeto sus hombros.

- ¡¿También me amabas el viernes mientras te la follabas a ella?! – Me grita. Me cuesta respirar.

- No significó nada. Salí corriendo de su casa tras aquello. Ya has visto que ni siquiera la he llamado.

- James, yo sería incapaz de estar con otro hombre que no seas tú. – Me dice con toda la convicción. Joder, estoy acabado.

- Estaba enfadado. Muy enfadado. Preferiste aceptar la pasta de ese poli de mierda antes que mi ayuda.

- No James. Preferí ganarme yo mi jodida pasta como fuera antes de tener que pedírtela a ti ni tener que empararte de mis jodidos problemas. Es muy diferente. – Me aclara. – Y si estabas enfadado por eso, lo siento mucho. Pero ahora la que está enfadada soy yo. ¡Y escúchame bien! – Me amenaza con el dedo. – Yo también sé follar para descargar mi rabia. – ¿¿¿Qué??? ¡¡¡NO!!! Abre la puerta de la calle y yo sigo persiguiéndola a pesar de estar desnudo.

- ¡No vas a hacer tal cosa! ¡¡Sue, para, joder!! – Le grito agarrándola del brazo.

- ¡Que me sueltes! – Me grita.

- ¡No!

- ¡James, estás en la calle desnudo! ¡Vas a hacer que llamen a la policía!

- ¡Que llamen a quien quieran llamar! ¡Tú no te vas a ir así! ¡Ni hablar!

- ¡Pues tú mismo! ¡Si no me vas a dejar irme vas a tener que tragar con toda mi rabia y mi odio! ¡Porque no pienso perdonarte esta, maldito cabrón! – Comienza a pegarme en el pecho con sus puños y yo le dejo descargarse de toda esa rabia que la está consumiendo. También me da una bofetada en la cara que acepto sin mostrar rencor por ello. – Maldito, maldito... – Sus fuerzas van aminorando hasta que simplemente su rabia se va y deja espacio a su tristeza. Comienza a llorar y, precavidamente, consigo abrazarla sin que se zafe de mí. Lloro en mi pecho.

- No volveré a defraudarte nunca más. De verdad. – Ella llora y niega con la cabeza todavía hundida en mi pecho. Beso su pelo. – Ha sido todo demasiado intenso para mí, no estaba preparado, Sue. Ahora sí lo estoy. Estaré a la altura. – Sigue llorando sin mirarme.

- Llévame a casa, por favor. – Me pide. Al menos me deja llevarla yo.

- Vale, pero déjame arreglar esto. Aunque sea poco a poco. – Le levanto la barbilla para que me mire. Se sorbe la nariz y no sabe qué decir. – Por favor Sue. Eres lo más importante de mi vida.

- Llévame a casa y hablaremos cuando esté más tranquila. – Me ofrece. Es mucho más de lo que merezco así que acepto.

- Voy a vestirme, espérame dentro. Hace un frío hoy del infierno. – La llevo dentro cogida de mi mano. En menos de dos minutos ya me he vestido y me alivia ver que ella me sigue esperando en la cocina, mirando a la nada por la ventana. – Ya estoy. – Me mira y recorre mi cuerpo con sus tristes ojos, pero los aparta en seguida de mí.

- Bien, vamos. – Dice. Yo le tiendo una chaqueta mía para que se proteja del frío y gracias al cielo la acepta. Bennett, tienes que usar estos minutos para convencerla de que no huya de ti. Salimos, abro el coche y ella entra evitando chocarse con mis ojos. Por el camino mira por la ventana para seguir rehuyendo de mi mirada.

- Sue, para mí no hay otra mujer que no seas tú. – Vuelvo a insistir en el coche. Ella suspira, pero ahora no tiene opción de salir huyendo de mí. – Desde el momento en que te vi supe que te colarías muy dentro de mí.

- James, déjalo ya. – Dice, y su voz suena más calmada.

- ¿De verdad quieres que me aleje de ti para siempre, Sue? – Al fin me mira. No dice nada. – Escucha, sé que he cubierto mi cupo de cagadas contigo. Déjame arreglarlo. Respetaré tus decisiones y trataré de no desquiciarme con ellas.

- Jamie, sabes que no lo vas a conseguir. – Al fin parece más relajada.

- Sí lo haré. Lo haré por ti, por lo nuestro.

- ¡Casi le pegas a un poli por besarme! ¡Y me dejaste! ¡Sólo por un maldito beso robado!

- Sue, ese poli abusó sexualmente de ti y estoy seguro de que sabía que estabas drogada cuando lo hizo. – Comienzo a enfadarme de veras al pensar en eso, pero consigo controlarme cómo puedo. – Tú también me mentiste, Sue. – Me mira ceñuda. – Sí, me dijiste que te llevaría tu tío a casa y te fuiste con ese tipo. ¡Y el día anterior también! – Abre los ojos. – ¡Sí! ¡Os vi! No podía dormir y fui a tu casa. Quise volver a mi casa cuando vi que habías entrado al fin a tu apartamento, sola, pero no pude y a mitad del camino me volví para colarme por tu ventana. ¡Vamos, compréndeme! ¡Ese tipo consiguió que cerraran el “Poisoned Apple” porque te deseaba a ti y quería volver a tenerte en un privado! ¡Y no me digas que no porque no soy tonto! Escuché muy bien que estuviste en un reservado con él esa noche que os vi en su coche y el día anterior. Y que te tocó sin tu consentimiento. – Ella agacha la cabeza y suspira. – ¿Cómo querías que me sintiera después de escuchar eso y verle metiéndote su asquerosa lengua frente a mí?

- No deberías haberme seguido...

- ¡No pude evitarlo, Sue! ¡¿Y sabes por qué?! ¡Por lo mismo que te llevo repitiendo desde que te vi ayer! ¡Porque te quiero y me preocupo por ti!

- Sólo te preocupa tu estúpido ego masculino malherido. – Me acusa. Suelto un bufido.

- ¿Tú te habrías sentido mejor en mi lugar? ¿Qué habrías hecho tú, a ver? – Se calla.

- No deberías haberme prometido que no huirías de mí antes de saberlo todo. – Replica.

- No he huido, Sue. Estoy aquí.

- ¡Jamie, desapareciste durante días!

- ¡Porque estaba cagado de miedo! – Suspira. – Y aún lo estoy. Pero sigo aquí. – Suelto una mano del volante para agarrar la suya que tiene sobre su muslo. No se aparta de mi contacto. – Podemos hacerlo. Intentémoslo de nuevo.

- No lo sé, Jamie. – Vuelve a mirar por la ventana para huir de mi mirada. – Me has hecho mucho daño. Tengo que pensarlo bien. – No es un no. Llegamos a su apartamento. Se me acaba el tiempo. Se quita el cinturón de seguridad cuando paro y abre la puerta. Antes de que salga le sujeto del cuello y le beso con desesperación. Me responde al beso por unos segundos, después se aparta. – Te llamaré cuando esté más tranquila y sepa qué hacer contigo.

- Está bien. – Digo resignado. Ya no puedo arrastrarme más. Al menos no por hoy. – Hazme sólo un favor, Sue. – Me mira extrañada. – Acepta mi regalo, por favor. Ahora más que nunca necesito que lo aceptes. – Vuelvo a depositar la caja de Cartier con las joyas que compré para ella en sus manos. Ella la mira dubitativa. – No quiero que pienses que quiero comprar tu perdón. Me perdones o no quiero que las aceptes, como muestra de lo valiosa que eres para mí. – Me mira suspira y guarda la cajita al final en su bolso.

- Gracias. – Me da un beso en la mejilla y sale del coche. La veo alejarse de nuevo de mí.

Se gira una sola vez a medio camino a su portal, vuelve a sonreír y a sacudir la cabeza.

Cuando la veo entrar en el portal pongo rumbo a la dirección que me dio Plastic Woman para ir a conocer en persona al prestigioso Joe Monroe, dueño de Bio Nature, mi gran opción para poder hacerme cargo de la deuda de Sue y de la negociación para traer a Sussie de vuelta al mundo de los vivos.

Cambios

Llego a la dirección que me dejó escrita Agatha o Plastic Woman en la tarjeta que me dio. Ahora que la veo bien me doy cuenta de que ha dejado escrito de su puño y letra en la tarjeta su número de teléfono y varios corazoncitos. Sacudo la cabeza y me da por reírme. ¿En serio piensa que siento algún tipo de atracción por ella? No puede estar más equivocada.

La mansión que indica el GPS como la correcta es alucinante. En mi vida había visto algo similar. Llamo al portero electrónico y una mujer con acento del este me pregunta mi nombre, se lo doy y la enorme verja de hierro se abre.

Paso por un caminito de baldosas blancas hasta que llego al porche delantero en el que está toda la alta sociedad londinense o gran parte de ella reunida. Yo entro con paso tímido y con las manos metidas en los bolsillos. En seguida veo a Agatha, es inconfundible con tanto leopardo encima y tanta joya excesivamente brillante. La saludo con la mano y una sonrisa y ella viene corriendo a por mí.

- ¡James! ¡Por fin has venido! – Me da un beso muy pijo en la mejilla y me coge de la mano para guiarme hacia el centro del cotarro. – Ven, precisamente estaba hablando con Joe y su mujer de ti. ¡Joe! ¡Éste es el joven ginecólogo prodigio del que te hablé! – Le dice a un tipo muy elegante de unos cincuenta años con barba blanca y abundante pelo canoso.

- ¡Ah tú debes ser James Bennett! – Me tiende la mano. – ¡Al fin tengo el honor! He escuchado muy buenas críticas de ti.

- Oh, el placer es mío señor Monroe.

- Por favor, llámame Joe. Ella es Janina, mi mujer. – Me presenta a la preciosidad que tiene al lado y que yo absurdamente pensé que sería su hija. Es una morena de ojos avellana y no tendrá más de mi edad. Me recuerda un poco a Sue, pero en versión estirada y pija.

- Es un placer, señora. – Le tiendo la mano a ella que me regala una sonrisa muy bonita.

Muy pronto me introducen en sus conversaciones y Joe Monroe me presenta a grandes figuras del mundo de la medicina, jamás me había sentido alguien tan importante. Discutiendo con todas esas eminencias de medicina y de ginecología...

Sorteo durante la comida como puedo los coqueteos de Agatha, pero siempre con una sonrisa. No quiero que se sienta ofendida.

Y al final de la comida sucede lo que estaba deseando... Joe Monroe se acerca a mí con el jefe de recursos humanos de su majestuosa empresa, un tal Steve Green.

- ¡James, muchacho! Antes de que te vayas me gustaría comentarte que estamos buscando un nuevo jefe en el departamento de citología y mamografía en la empresa, Pues Michael Brown, nuestro antiguo jefe, está a punto de jubilarse y necesitamos sabia nueva en la empresa, pero que cuente con la experiencia que tú tienes. Me gustaría que considerases formar parte de Bio Nature.

¿Qué dices, muchacho?

- ¡Oh, señor Monroe! ¡Sería para mí un honor! – Contesto eufórico.

- Muy bien hijo, pero llámame Joe, por favor. Te dejo con Steve para que discutáis las condiciones. Vas a tener que disculparme a mí, porque tengo que despedir al resto de invitados.

- Sí, sí, claro. Gracias Joe. –Janina, su mujer, me dedica una sonrisa contenida, pero que me hace ponerme nervioso. Después me recorre con su mirada. Intento apartar mis ojos de ella. Le tiendo mi mano a Monroe. – No se arrepentirá de contar conmigo. – Monroe me sonrío y se va.

Steve me está explicando que mi sueldo será de cincuenta mil libras al mes y más detalles de mi trabajo y yo me siento algo mareado y sin poder creerme de verdad la enorme oportunidad que se abre frente a mí. Asiento a todo lo que dice, me pasa su tarjeta y me dice que me espera el lunes de la semana siguiente en la oficina para que revise el contrato con él, porque estarán unos días en Boston Monroe y él para una conferencia. Bien, al menos tengo una semana para ir gestionando mis cosas. En ese momento me entra una llamada telefónica de Arthur.

- Discúlpame. – Le digo con la intención de colgarle a mi amigo, pero él me lo impide.

- No, está bien, atiende la llamada. En una semana hablaremos mejor del tema. – Me tiende la mano mientras yo pulso la tecla de descolgar a la llamada de Arthur.

- Bien, nos vemos mañana. Un placer conocerle. – Steve se va y me centro en la llamada. – ¡Eh, Artie! ¡No te vas a creer con quién he quedado para el lunes de la semana que viene! – Le digo a mi amigo radiante de felicidad. Sé que con este trabajo mi Sue jamás volverá a tener que pasar miserias y Sussie tendrá la oportunidad de vivir una vida digna que le han querido arrebatarse. – ¿Estás ahí o es que Mary acabó contigo anoche? Por cierto, deberías hablar con Carl. Lo está pasando mal por ella, y es nuestro amigo. Me preocupa verlo así. ¿Arthur? ¿Me oyes? – Miro la pantalla de mi teléfono y la llamada sigue activa. – ¿Oye?

- ¿Con quién has quedado el lunes? – Reconozco la voz de Sue y me sorprende que me llame desde el móvil de Arthur.

- ¿Sue? Eh... Pues me han ofrecido un cargo importante en una clínica ginecológica de mucho nombre. – Le digo extrañado de hablar con ella.

- Ahh, me alegro mucho por ti.

- Gracias nena... digo... Sue. – Rectifico y oigo su risa.

- ¿Ya no vas a ser mi ginecólogo? – Pregunta con un tono travieso.

- De las primeras cosas que pensaba hacer es llevarme tu historial conmigo a donde sea que me vaya. – Sonrío y me hace sonreír.

- ¿Te vas fuera de Londres? – Parece apenada.

- No, no.

- Ah, bien. Oye, te llamo porque creo que me he dejado mi móvil en tu casa. ¿Podrías

traérmelo? Lo necesito. – Me pide con voz dulce. ¡Perfecto! ¡Una buena excusa para verla!

- Sí, claro, estaré ahí en una hora. – Digo mirando la hora. Son ya las seis de la tarde.

- Mmmm, en una hora estaré en el trabajo. – Dice con miedo.

- Pues te lo llevaré al trabajo.

- ¿Al trabajo? No creo que sea buena idea...

- ¿Por qué no? A mí me parece una idea estupenda.

- ¡No, Jamie, no vengas! – Parece asustada. ¿Qué ocurre? ¿Otra vez el poli ese la está asediando?

- ¡Eso Bennett! ¡Vamos a echar un rato allí! ¡Yo voy contigo! – Escucho a Arthur gritar al fondo. Sue comienza a pegarle y a insultarle diciéndole que ni se le ocurra mientras yo me despido con la mano de Agatha y me meto en mi coche.

- Tranquila Sue. No voy a ponerte en un aprieto en el trabajo. Te prometo que no montaré el espectáculo. He decidido respetar tu mundo. De hecho, me gustaría que me dejaras llevarte a un reservado esta noche. – Ella ahoga un grito.

- ¿Estás loco?

- ¿Por qué?

- ¡James, te he dicho que no hemos vuelto! ¡No pienses que vas a tener ese poder sobre mí! ¡Lo de anoche pasó porque yo estaba muy borracha y tú me provocaste!

- ¡¿Qué yo te provoqué?! – Brama. – ¡Ja! ¡Qué cara tienes! Además, no voy a ir en calidad de tu novio, sino de cliente. Así que quiero que me trates como tal. Mi dinero vale tanto como el que más. ¿O no? – ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Si me la llevo yo al reservado varias veces en semana la estaré ayudando económicamente y no tendré que compartirla con nadie más. – Así que si no me lo confirmas tú llamaré ahora mismo a la recepción del Caribbean Blue y haré yo la reserva.

- ¡Ufff! ¡Está bien! ¡Pero ya sabes que no puedo ir al reservado hasta que no acabe la actuación común! ¡Y eso es entre las once y las doce de la noche! Mañana tienes que madrugar, ¿no?

- No te preocupes, he dormido muy bien esta noche. Tú preocúpate de dejar a este cliente satisfecho.

- Sí... descuida. Y tú recuerda que no puedes tocarme sin mi consentimiento. – Ese tonito amenazante no me gusta ni un pelo. Ya veremos lo que tiene en mente.

Quando Sue me cuelga entre resoplidos conecto mi móvil al bluetooth del coche y llamo a mi hermana.

- Hola tonto. – Me saluda.

- Hola tú.

- ¿Cómo va tu mal de amores? – ¿Y ésta cómo lo sabe? ¿Tanto se me ha notado?

- Ya te contaré las posturas que usé anoche con Sue en otro momento, ahora tengo que pedirte otra cosa.

- ¿Qué cosa?

- Quiero que te hagas cargo de mi clínica. Te pagaré ocho mil libras al mes. ¿Qué me dices? A no ser que te hayas encontrado un trabajo mejor.

- ¡Joder! ¿Mejor que directora de una clínica? ¡No! ¿Pero y tú? ¿Qué pretendes hacer? – Le explico la oferta tan suculenta que me ha caído del cielo a las manos y ella se emociona. – ¡Hermanito! ¡Lo que me cuentas es genial! ¡Por supuesto que acepto!

- Bien, pues mañana empiezas, directora Bennett.

- ¡Síiii! Voy a llamar a mamá para decírselo. Porque seguro que tú no piensas llamarla.

- Ahórrame tú la conversación.

- Tienes que ir a verla, Jamie, es tu madre...

- Sí, sí, lo sé. Pero estoy muy liado, Brigitte.

- ¿Sólo por una mujer guapa vas a dejar de ir a ver a tu madre?

- No es sólo por eso. Han encontrado a Sussie en la frontera del Líbano con Siria y estoy en trámites para traerla de vuelta. – Le suelto con un profundo suspiro.

- ¡¿Qué?! ¡No me jodas! ¿De verdad? ¡Pero eso es estupendo! – Creo que mi hermana comienza a llorar. – ¿Qué piensas hacer entonces con Sue?

- No voy a renunciar a Sue, la amo, Brigitte. Sólo tendré que explicarle mi situación y rogar al cielo para que lo entienda. Por favor, no le digas nada de eso a mamá hasta que no sea algo factible del todo. No quiero otro drama familiar.

- No, no, descuida. ¿Te veré mañana por la oficina?

- Sí, tengo que ponerte al día.

- ¡Vale! Hasta mañana tonto.

- Adiós bicho. Te quiero.

- ¡Y yo! – Me manda un sonoro beso y cuelga.

Yo me pongo en dirección a mi casa a buscar el móvil de mi bruja rompecorazones y a ponerme bien guapo para la ocasión. Hoy serás mía Suzanne Allen. Nos veremos de nuevo las caras en el reservado. Y esta vez no me vas a pillar desprevenido, pienso ir preparado para todo.

Mi sangre arde por ti

Cuando llego a mi casa no veo el móvil de Suzanne por ningún lado. Así que la llamo desde el mío para ver si escucho su sonido por algún lado de la casa. Finalmente lo encuentro tirado en una esquina en la entrada de mi casa. Lo cojo y pulso la tecla de desbloqueo. Está encendido. ¡Y se ha desbloqueado!

La tentación de mirar en él es demasiado grande y al final lo hago. Sue me va a matar... pero necesito alguna pista de que estoy haciendo lo correcto al apostar por ella, a pesar de que ya tengo en trámites el regreso de Sussie a mi vida.

Miro su whatsapp y tiene varios mensajes de Albert sin leer. Así que sólo puedo leer la mitad del último en el que le suplica que le hable. También tiene mensajes leídos del tal Nico ese, el jodido poli. Entro en el chat sin pensarlo. ¡Tengo ganas de matar a ese tipo!

Él le dice que ya se ha aburrido de sus juegucitos de niña ingenua que él no se traga. Le dice que Sue va por la vida calentando pollas y luego se hace la estrecha. Ella le contesta que su trabajo es solo bailar y seducir con el baile y que en ningún momento debería haber pasado lo que pasó entre ambos en el reservado y que, si pasó, fue porque ella no estaba en facultad de decidir. Ella le pide que por favor desista de pedir más reservados con ella si lo que quiere es llegar más lejos de un simple baile de seducción. ¡Bien Sue! ¡No le has dejado avasallarte! Y, aunque él le jura que no dejará de intentarlo, respiro un poco aliviado por la negativa de Sue y decido salir de su whatsapp.

Pero veo que tiene la aplicación de Facebook también y siento curiosidad por averiguar su nombre, de modo que entro, pero sólo para mirar el nombre, lo prometo.

Suzanne Daniela Simón...

Salgo rápidamente de su Facebook y grabo ese nombre a fuego en mi cabeza. Claro, Simón debe ser su apellido verdadero. Su padre es de Cuba, ¿no? No creo que haya muchos Allen allí. Suzanne Daniela Simón... No está mal. Suena exótico. Como ella.

Guardo su móvil en mi chaqueta, me visto con mi jersey favorito y bajo éste me coloco una camiseta básica negra de Armani, me coloco mis Levi's preferidos, mis botines negros de piel y mi cazadora negra de cuero. ¡Ya estoy listo! Llamaré a Arthur.

- ¡Bennett! ¿En serio vas a ir a ver a las chicas al Caribbean Blue?

- ¡Sí! ¿Tú te apuntas o no?

- ¡Claro! No voy a entenderte jamás. Primero juras que no vas a dejar a Sue por nada del mundo, después es todo demasiado para ti, después vas a verla como si tal cosa y quieres volver con ella... ¡Nos vas a volver locos a todos! – Me río.

- Necesito mi tiempo de adaptación, sólo eso. Pero no creo que pueda dejarla escapar. Ya lo he intentado y ha sido una mierda. Bueno, ¿estás listo? Paso a por ti en veinte minutos.

- ¡Estoy más que listo!
- Estupendo, voy para allá.

Cuarenta minutos después Arthur y yo estamos entrando en el Caribbean Blue con toda la normalidad del mundo. Casi no me lo puedo creer viniendo de mí.

Megan está de camarera de nuevo y me saluda amable, aunque a Arthur le dedica una mirada fiera. Nos sirve una copa a cada uno y se retira de nuestra mesa con rapidez. Arthur y yo brindamos por mi nueva oferta laboral y me felicita una y otra vez por la gran oportunidad que me ha sido dada.

El espectáculo comienza y sobre el escenario al principio sólo se ve a Mary junto a dos chicas más que no conozco sobre un sofá. Hacen una coreo bastante provocativa en la que las dos chicas acaban desnudando a Mary y azotándole en el trasero sobre el sofá. Veo a Arthur relamerse al mirarla.

- Te gusta la chica, ¿eh? – Asiente con vehemencia.
- Hacía mucho que una mujer no me fascinaba tanto.
- ¿Has hablado con Carl ya? – Arthur niega con la cabeza. – No lo dejes más.
- ¿Has hablado tú con Sue de que estás casado? – Se venga conmigo.

- No, no he tenido ocasión. Además, yo ya no estoy enamorado de mi mujer. Me casé enamorado, pero sobre todo forzado por las circunstancias, y jamás la amé como a Sue. Pero ni ella está aquí y si volviera no cambiaría en nada nuestra situación.

Las luces vuelven a apagarse y yo doy un largo trago a mi copa porque presiento que aquí viene mi tigresa. Y no me equivoco. La canción de “Young and Beautiful” de Lana del Rey comienza a sonar y veo aparecer a Sue con un minúsculo vestido dorado sobre el escenario, sentada en una silla, de perfil al público. Su baile provocativo comienza en solitario sobre la silla levantando sus preciosas piernas y rozando con la yema de sus dedos todo su cuerpo. Es increíble ver como es capaz de serpentear su cuerpo de esa manera tan delirante. Todos los hombres de la sala enloquecen. Y me he fijado bien en todos ellos. Babea por mi chica.

Sue se levanta de la silla y arranca su vestido de su cuerpo, quedando en una sexi y minúscula combinación interior dorada. Se lanza sobre una barra de pole que hay a un lado y se engancha a ella de un salto con una sola pierna mientras crea figuras imposibles con su cuerpo en el aire al tiempo que gira sobre la barra. Es impresionante. ¡Qué ganas tengo de tenerla para mí en el reservado! Tengo que convencerla de que puedo con esto y con cualquier cosa con tal de no perderla.

Baja de la barra y dos chicas se le acercan, le despojan de las pocas prendas que lleva y la llevan hasta una cama que hay en mitad del escenario. Comienzan a atar cuerdas a sus extremidades y la tumban en la cama. Ella comienza a retorcerse sensualmente sobre la cama y las chicas atan las cuerdas a los cuatro postes, dejándola con la movilidad bastante reducida. Aun así, ella se mueve, ¡vaya que si se mueve! Y consigue que yo y que todos los aquí presentes tengamos una erección de campeonato. Las otras dos chicas se desnudan también y dan todo un espectáculo

lésbico rozándose con sus cuerpos contra el cuerpo atado de Sue. ¡Guau! Miro a Arthur y está a punto de darle un ataque al corazón. Como a mí. Tengo muchísimo calor. Las bailarinas besan sus pechos, su vientre... ¡oh joder! Ya me siento incómodo en esta silla sin poder moverme. Sé que está simulando, porque ya la conozco bien, pero aparenta sentir un placer increíble con esa expedición a su cuerpo. La adoro...

La música termina y se apagan las luces y todo el público aplaude en pie, incluidos Arthur y yo.

- ¡Joder Bennett! ¡Tu chica es impresionante! – Me dice Arthur con toda sinceridad.

- Sí, lo es. – Y yo estoy consiguiendo sentirme orgulloso de ella y hasta cómodo en este lugar.

Las luces vuelven a encenderse de golpe, pestañeo sorprendido y veo a Sue en medio del escenario con todo su cuerpo rodeado de lazos rojos que malesconden sus partes más nobles. ¿Ya va a actuar de nuevo? Tiene un micrófono en la mano. No sabía que ella hablara durante la función.

- Para el próximo número pido la participación de un voluntario. – Dice. Me pongo en pie sin dudar. Pero claro, no soy el único.

De repente veo al poli ese del infierno en primera fila en pie frente a Sue, dedicándole una mirada lasciva. Sue lo mira. ¡Ni se te ocurra, Sue! Luego veo que Sue me mira a mí y yo le advierto con una mirada fiera. Me lanza una sonrisa traviesa y acto seguido le tiende la mano al poli de mierda. ¡No me jodas, Sue! ¡Esto es venganza sucia! Gruño en voz alta sin darme cuenta hasta que Arthur me coge del brazo para tranquilizarme. ¡Mierda!

El poli sube al escenario y le pega un repaso frente a frente. Ella parece mirarle con furia y superioridad. Yo estoy a punto de subir y arrancarle a ese cretino la cabeza. Sue empuja al poli hasta sentarlo en la silla desde la que había empezado su actuación y pide música. ¡Esa maldita está haciendo esto por gusto, para hacerme sufrir! ¡Este número no estaba planeado! Y no me queda más remedio que tragarme mi maltrecho orgullo y la venganza de Sue desde mi silla, sin poder moverme. Es lo que ella ha querido. Es el castigo que ha escogido para mí.

- Siéntate Bennett. – Me pide Arthur. Lo miro y sé que puede ver en mis ojos mis inseguridades, pero mi amigo consigue que lo obedezca y me siento. Trago para ver si el nudo de mi garganta desaparece. Sigue ahí. Y Sue también, frente al malnacido ese.

Una música burda que trata de ser sensual comienza a sonar y Sue empieza a bailar sobre aquel hijo de puta, restregando su trasero sobre el paquete del poli. Me estoy poniendo verde.

- ¡Eh Bennett, tranquilo! – Me dice Arthur.

- Voy a matar a ese cabrón. – Mascullo cuando lo veo sobar las tetas de mi chica.

- Es sólo un espectáculo, amigo.

- Ese cabrón es peligroso, Arthur. No tienes ni idea de cuánto. Ya te contaré algún día. – Arthur apoya su mano en mi hombro, como para darme fuerzas ante lo que estamos viendo. El

maldito poli del infierno va desliando cada uno de los lazos que cubren el bonito cuerpo de Sue poco a poco y, en una ocasión, hasta lame una de sus nalgas. Voy a vomitar. Pero tengo que demostrarle a Sue que puedo con esto, yo puedo. Esta es su venganza, tengo que asumirla como tal y, de hecho, yo fui más allá con Ivonne.

- Ya está acabando, relájate Bennett. – Me pide mi amigo.

- Estoy bien. – Le digo con una sonrisa amarga. No lo estoy, pero es normal. Estoy recibiendo mi castigo, ¿no?

Sue se queda completamente desnuda y, después de hacer un par de movimientos despiadados sobre el poli ese, sale del escenario dejando al tipo mareado de lujuria sobre la silla en el escenario.

El tío de Sue pide un aplauso y yo finalmente me destenso y suelto los reposabrazos de mi silla que apretaba con fuerza y ni siquiera me daba cuenta de que lo hacía.

Veó al poli bajar tambaleándose del escenario. Está borracho, creo. Y se dirige hasta la recepción. Menos mal que no me ha visto. Y sé lo que va a pedir. Va a pedir a Sue en un reservado, pero ella hoy está reservada para mí. ¡Ja!

Y me río aún más fuerte cuando lo veo montando un numerito al recepcionista porque está encabezado con llevarse a Sue a un reservado. ¡Jódete, maldito! ¡Ella hoy será para mí y ya me encargaré de que no se vaya contigo nunca más como sea!

Al fin me sereno cuando veo que se lo llevan por escándalo y me relajo.

Arthur y yo nos tomamos un par de copas más mientras vemos otros dos pases más. Ya no veo más a Sue en el escenario. De todos modos, no cabe duda de que el plato fuerte ha sido su actuación. Tampoco vemos más a Mary, así que Arthur y yo nos relajamos un poco y charlamos de nuestras cosas con algo de tranquilidad.

- ¿Estás más tranquilo?

- Sí, Arthur. Ya estoy bien. – Me recoloco en mi silla y me convenzo de lo que digo. – Pero pronto estaré mejor. – Sonríó a mi amigo y me devuelve la sonrisa.

A las once de la noche nos hacen pasar a los reservados. Hoy ha sido bastante pronto para lo habitual. Arthur también ha pillado uno para ver a Mary, al parecer. Sí que se está pillando por ella. Me alegra por él en parte porque no se ha enamorado en la vida y creo que se está perdiendo demasiado. Aunque me apena por Carl.

Reconozco el pasillo apenas alumbrado de los reservados cuando nos guían a Arthur y a mí por ellos. Me despido de mi amigo cuando a él lo hacen pasar a uno de ellos. El mío está situado dos puertas más adelante.

La habitación en la que estoy hoy es igualita a la que estuve la vez anterior, pero esta vez es verde. Me han vuelto a recordar las normas al entrar y yo he asentido como un niño bueno.

Mientras espero a mi bailarina privada me sirvo una copa de champan cortesía de la casa.

En cuanto me la sirvo y me doy la vuelta Sue está frente a mí, con cara de depredadora y creo que sigue bastante enfadada. Cierra la puerta de un portazo y le da a reproducir al equipo de música. “Purple Rain” de Prince comienza a sonar. Me quedo petrificado al ver su seriedad.

Sin mediar palabra me empuja hasta dejarme sentado en una silla. Intento no amedrentarme demasiado y mantenerle la mirada y ella fija el verde de sus ojos en mí, como si de un láser se tratase me traspasa. Comienza su baile primero en la barra de pole que hay en el centro de la habitación. Bebo poco a poco mientras la observo. Lleva un camisón de seda púrpura que poco a poco va resbalando sobre su piel hasta caer al suelo. Suspiro al ver el diminuto tanga plateado que lleva y sobre sus pezones únicamente unas piedrecitas brillantes que cubren sus botones rosados. ¡Un momento! ¡Se ha puesto las joyas que le regalé! Es buena señal, ¿no? ¡Oh, nena gracias! Es demasiado bonita. Se acerca a mí y me muerdo los labios, se abre de piernas sobre mí y me susurra al oído.

- Recuerda que no puedes tocarme.

- No seas así, Sue. – Le pido levantando la mano hacia ella.

- Shhh, ¡quieto! O llamaré a los de seguridad. Sólo eres un cliente más, ya sabes. – Se está vengando de nuevo de mí. Vuelvo a suspirar.

- Está bien, me quedaré quieto.

- Eso es, mientras yo diga será así y sólo me tocarás cuando yo diga y con lo que yo te diga. – Me dice con mirada malévola mientras roza su minúsculo tanga contra mi entrepierna. Esto comienza a ser emocionante y muy excitante. – Levanta las manos. – Hago caso y ella me quita el jersey y la camiseta, dejando mi torso desnudo. Con su lengua comienza a dibujar mis pezones. Mmm.

- ¿De verdad no puedo tocarte ni un poco? – Pongo voz de niño bueno. Me niega con la cabeza más que divertida. – Eres mala...

- Si quieres puedes quitarte los pantalones y los calzoncillos. – Me dice. Miro a la cámara de seguridad instintivamente.

- Diles que la apaguen. – Pido.

- No. Vas a estar vigilado. Pero si no quieres quitártelos no importa. – Se sienta sobre mí dándome la espalda y dejándome una maravillosa visión de su culo frotándose contra mi polla. Me desabrocho los pantalones apresuradamente y me los bajo junto a los calzoncillos. Ella se levanta un poco para dejarme espacio para hacerlo y al levantarse se desprende del minúsculo tanga, agachándose frente a mí y dejando una visión todavía más espectacular de su trasero. Vuelve a sentarse sobre mí cuando ya me siento liberado de la presión de la ropa y se restriega con endiablada destreza sobre mi erección. – Puedes besarme. Te dejo que me toques sólo con tus labios. Me dice girando la cara hacia mí. No pierdo el tiempo y la beso con toda la lujuria del mundo.

- Mmmm, Sue, por lo que más quieras, déjame tocarte.

- No, yo te tocaré. – Suspiro. Comienza a restregar su sexo cada vez más contra el mío.

Siento su humedad. Dios mío si sigue moviéndose así me voy a correr. Sin pensarlo le agarro las tetas desde atrás. – ¡Estate quieto o llamo a seguridad! – Aparta mis manos de un manotazo. ¡Dios, qué frustrante! Y excitante al mismo tiempo, he de admitir.

- Sue, si sigues así yo...

- Por ser tú te dejo que te corras. Pero sólo por ser tú. – Me dice. ¡Oh, menos mal! Sigue con su rozamiento y cuando la escucho gemir a ella también pierdo el control y eyaculo sobre ella mordiéndome los labios para no gritar.

- ¡Dios Sue! – Digo casi sin aliento.

- ¿Le ha gustado, señor? – Se da la vuelta y se sienta sobre mí de nuevo, pero de frente. La miro obnubilado.

- Me encantas. Siempre me encantas. – Le beso en los labios porque me ha dado permiso para hacerlo. Ella responde a mi beso y vuelve a rozarse contra mí. La entiendo. Ella no ha llegado al clímax y debe estar muy excitada. – Déjame que te compense. – Le pido y parece evaluar la situación.

- Sólo con tus labios. – Me insiste. No me queda otra que obedecer. Así que con mis dientes despego uno de los adhesivos llenos de pedrería que tapan su pezón izquierdo y luego hago lo mismo con el derecho. Comienzo a chupar sus pechos con ganas y ella echa la cabeza hacia atrás y sigue restregándose contra mí. Vuelvo a notar otra erección. Sigo empleado en su pecho y ella cada vez gime más.

- Déjame metértela. – Suplico otra vez más que acalorado. Chasquea la lengua para dejarme claro de nuevo su negativa. Gruño. Me levanto del asiento y ella se agarra a mi cuello y con sus piernas a mi cintura para no caerse.

- ¿Qué haces? – Pregunta mientras la llevo a la cama y me agacho para depositarla ahí con cuidado de no tocarla. – No vamos a follar, Jamie.

- Ya lo sé, bruja. Ya me lo has dejado claro. – Se suelta de mí y se deja caer en la cama. – Pero me has dejado usar mi boca, ¿no? – Digo mientras comienzo un reguero de besos que van desde su vientre hasta su sexo. Grita cuando atrapo su clítoris con mi lengua.

- ¡Dios! Mmmmmmmmm. – Aplasta su boca con sus manos para no gritar tan fuerte como desearía. Está muy húmeda. Este juego le está excitando tanto como a mí. Sigo empleado en su sexo con mi lengua mientras que con mi mano me acaricio mi miembro, que está a punto de explotar otra vez. - ¡Ahhhh Jamie! – Grita apretándome del pelo. – ¡Eddie, apaga, apaga! – Ordena al chico de las cámaras que en seguida obedece. Sin embargo, me apuesto mi nuevo sueldo de un mes a que tiene que tener también un calentón de campeonato con lo que ha visto. – Ahhh, sí, sigue. – Me pide y yo obedezco. Grita con todas sus ganas al llegar al orgasmo y yo me levanto para colocarme sobre ella mientras sigue gimiendo sin cesar.

- Déjame entrar en ti, te lo imploro. – Con la respiración acelerada me observa y asiente levemente con la cabeza. Aprovecho y entro de golpe en su cuerpo. Ella vuelve a tener una recreación de su reciente orgasmo y yo estallo en su interior al sentir el fuerte estímulo de las

sacudidas de sus músculos. Grita mi nombre y yo el suyo y caigo sobre su cuerpo sin fuerzas.

- Al final te has salido con la tuya. – Me dice frustrada.

- No puedes pretender ponernos a los dos de esta manera y que nos quedemos con las ganas.
– Vuelvo a intentar besarla, pero me aparta la cara. – ¡Terca!

- ¿Me has traído mi móvil? – Me separa de malas formas y se levanta para ponerse el camisón de seda y protegerse de algún modo de mí.

- Sí. – Me levanto, rebusco en mi chaqueta y se lo doy. – ¿Has terminado por hoy o tienes más trabajo? – Pregunto y ella me mira ceñuda. – Sólo te lo digo por si quieres que te espere para llevarte a casa. – Me defiendo.

- Espérame aquí. – Me dice con sequedad. Ella desaparece de la habitación y yo comienzo a vestirme, llamo a Arthur y le digo que me voy con Sue, él me dice que se quedará un rato más con Mary y se volverá a casa en el coche de ésta.

Dejo a Sue en su casa y por el camino he notado que está cada vez más enfadada.

- ¿He hecho algo malo? – Le digo cuando paro frente a su casa.

- No. No has sido tú. He sido yo. – Me contesta bruscamente sin mirarme y decidida a salir del coche. La freno con mi mano.

- ¿Tú por qué? – Quiero entender.

- Porque me prometí que no caería contigo otra vez y lo he hecho. – Contesta cargada de rabia. Suspiro.

- Nos deseamos mucho, Sue. No podemos evitar lo que ha pasado y menos en unas circunstancias como esas. ¿Quieres que no vaya más a tu trabajo? – Pregunto y ruego para que no me diga que no vaya más.

- ¿No vas a juzgarme de nuevo por mi trabajo?

- Ya te he dicho que no. Pero no quiero que hagas con otro lo que has hecho conmigo. Eso sería demasiado para mi corazón.

- ¡Sabes que no lo hago! – Se defiende. – ¡Pero no he podido evitarlo contigo! ¡¿Ves?! ¡Por esto no quería que sucediera! Vas a pensar que me dedico a follarme a desconocidos en el reservado! ¡Y tú sí que te follas a la estúpida tetas de plástico de tu oficina!

- No pienso eso de ti, Sue. Confío en ti. Y te vuelvo a pedir perdón por lo de Ivonne. – Le acaricio y le miro con sinceridad.

- ¿Qué has dicho?

- Que te vuelvo a pedir perdón, mi amor.

- No, eso no. Antes. – ¿Eso era lo que necesitaba oír de mí?

- Que confío en ti, Sue. Plenamente. – Su boca se abre y pestañea con rapidez. – Es la

verdad, Sue. Ahora conozco y comprendo más tu historia. No voy a juzgarte y sé que no podrás confiar en mí si no lo hago yo en ti. Y créeme que lo hago, Sue. Confío en ti. – Comienza a llorar y se tapa el rostro. – ¿Qué pasa? – Le agarro de la barbilla para que me mire.

- Deseaba tanto oírte decir eso... Y ahora, la que no confía en ti soy yo. – Mierda.

- Me apartaré de ti si es lo que quieres. – Digo cabizbajo. Ya está. Lo he intentado todo, pero la he cagado hasta el fondo con lo de Ivonne.

- Dame tiempo para pensar. Te llamaré mañana o... pasado mañana. – Me da un bonito beso en los labios y sale del coche. Espero que mañana sea un día más esperanzador.

Y la vida tiene vida propia

El lunes me levanto renovado. Creo que las cosas pueden ir mejorando poco a poco y yo con ellas. Es nuestra obligación vivir las cosas que nos han tocado vivir y afrontarlas y lidiar con ellas como se pueda, pero siempre con ganas y con energía. Nada puede ir bien sin eso. Y sé que me dije que no podría vivir con la realidad de Sue, pero ya vi que no es así, que con lo que no puedo es con su ausencia en mi vida. Ella ha sido mi motor y mis energías este último mes y medio de mi vida. Ella ha sido la que me ha devuelto el empuje. Un empuje que sentí que me arrebatan cuando me robaron la otra parte de mi vida que me hizo una vez soñar con un mundo mejor. Pero ahora ya sé que ella está bien y que volverá, al menos la vida debería ser justa con eso. Está viva. Hay esperanza.

Me levanto y lo primero que hago es llamar a Norton. Me dice que la negociación de Sussie ha avanzado considerablemente durante el fin de semana, pero, que los rebeldes que tienen a mi mujer en su poder piden un rescate de un millón de libras para dejar ir a Sussie. ¡Joder, un millón de libras! Sé que dispongo en el banco de unas trescientas mil libras, pero me falta demasiado para llegar al millón. Pero, si firmo el contrato con Bio Nature podré afrontar un préstamo y lo haré, aunque me endeude de por vida, porque la vida de Sussie está en mis manos y es mi responsabilidad traerla de vuelta y darle un futuro.

Norton también me informa que ha encontrado información sobre Sue, como le pedí. Me pide otro buen pico por la información que tiene sobre ella, treinta mil libras para ser exactos. Pero me deja tiempo para que medite si quiero o no gastarme ese dinero. Ya lo pensaré. Le dije a Sue que confiaba en ella y debería hacerlo si es que lo que quiero es recuperarla.

Pero un millón de libras más el millón y medio que le queda por pagar a Sue... es mucho dinero. Aunque lo primero será afrontar el desembolso del rescate de Sussie.

Me ducho y me intento deshacer de los pensamientos negativos con la ducha. No pasa nada Bennett, es sólo dinero. Sussie no se merece una vida así, entre tanto dolor y guerra y mi obligación es protegerla de todo eso. Saldrás adelante, Bennett. Sobre todo, si consigues recuperar a Sue.

He quedado con mi hermana Brigitte en una cafetería cercana a mi clínica para hablar con ella de todo lo concerniente a su nuevo contrato y a su nueva posición en la clínica. Pero no quiero aparecer hoy por la clínica y hacer frente a la mirada inculpatoria de Ivonne. Me da mucha vergüenza por cómo me comporté con ella. Ya lidiaré con esa culpa en otro momento.

Brigitte entra dando saltitos de alegría y se encarama a mi cuello en cuanto me ve.

- ¡Jamie! – Me besa con entusiasmo. – Jamás pensé que me alegraría tanto de verte, hermano. – Me hace sonreír. Porque sí, he vuelto a sonreír. Creo que mi relación con Sue tiene solución, lo vi ayer en sus ojos. Creo que también voy a darle su oportunidad de vivir a Sussie. Y creo que mi futuro laboral puede mejorar sustancialmente.

- Yo me alegraré de verte en cuanto dejes de babearme, mocosa. – Me burlo de Brigitte.

Ella está pletórica y muy feliz. – ¿Estás preparada para este reto?

- ¡Más que preparada! Gracias por confiar en mí, hermano.

- Te lo has ganado tú solita, Brigitte. Durante los años que estuve ausente te has encargado de maravilla de todo. – Le explico brevemente en qué consistirá su labor y ella toma nota en su libreta de corazoncitos y purpurinas de todo lo importante que le digo. – Y eso es básicamente lo que necesito de ti. Pero yo seguiré yendo a la clínica al menos una vez en semana para guiarnos hasta que todo se convierta en cotidiano. – Finalizo mi exposición.

- Genial. Ahora hablemos de otros asuntos. – Me dice y frunzo el ceño. – Cuéntame cómo te va con Suzanne. – Me pide. Carraspeo y fijo mi mirada en algún punto incierto. – ¡Vamos! ¡No es tan difícil! Soy tu hermana pequeña, pero te aseguro que sé más de mujeres que tú. – La miro y evalúo su respuesta. Tiene razón. Quizá no me venga mal un poco de consejo femenino. Pero primero voy a ver qué piensa ella en general de mi historia con Sue.

- ¿Qué piensas tú de ella?

- ¿Yo? ¿Y eso qué más da? Yo no tengo interés en tirármela.

- No seas borrica y contesta. Eres mi hermana. Alguna opinión tendrás al respecto de mi relación con Sue, ¿no? Al menos yo siempre me he mojado en opinar sobre todas tus relaciones. – Le acuso.

- Sí, y nunca te he pedido tu opinión porque nunca era constructiva.

- Pues yo sí lo hago.

- Está bien. ¿Quieres que te sea sincera? – Asiento con prudencia, aunque la formulación de esa pregunta me ha dejado en duda. ¿Quiero que lo sea?

- Por lo que he conocido a Suzanne, parece una mujer lista, viva, bastante independiente e indiscutiblemente guapa y atractiva. – Se me infla el pecho y no puedo esconder mi sonrisa al oír todo eso de mi chica por boca de mi hermana. – Ahora bien, es bastante terca, reservada con su vida privada, bastante desconfiada y tiene una realidad bastante negra. Y eso que no la deja ver al completo. – Cómo la ha clavado. Recuerdo la primera vez que la atendí en mi consulta, la mirada tan desconfiada que me dedicó. – Si es un entretenimiento para ti para sacarte de la rutina, vale. Pero si quieres...

- Estoy enamorado de ella. – Corto a mi hermana en seco. Ella me mira con sus azules ojos sorprendidos. Nunca había confesado sentimientos de este tipo a nadie de mi familia. Siempre me avergonzó. – Bastante, diría yo.

- ¿Estás seguro, James? – Asiento. – Y, para alguien como tú, ¿es posible mantener una relación con alguien como Suzanne? – Supongo que mi hermana no ha dicho eso con mala intención, pero no me ha gustado nada.

- ¿Qué significa eso de “alguien como yo”? Acláramelo, por favor.

- Tú... bueno, tus amigos y tú sois un poco... a ver, cómo te lo digo...

- ¿No pretenderás llamarme de nuevo machista? – Comienzo a enfadarme. Ella se yergue.

- ¡No pienso discutir con el jefe! – Levanta las manos en son de paz.

- ¡Ah, no! ¡Ahora mismo somos hermano mayor y hermana menor! ¡Y te exijo que me aclares ese punto! – Le señalo con el dedo. ¡Se hace la loca la muy imbécil! – ¡Brigitte, suéltalo ya o le digo a mamá que tú rompiste su arlequín de porcelana china adrede porque te daba grima!

- ¡Oh, eso sí que es maduro! ¡¿Chantajos infantiles, James?! – Se pone a la defensiva. Yo me cruzo de brazos. No pienso claudicar.

- ¡Dímelo!

- ¡Está bien, pero mi contrato se mantiene! Pues verás, tú y tus amigos habéis sido siempre un poco selectivos con las mujeres. – Me quedo mirándola fijamente sin mostrar sentimiento alguno. Quiero dejarla exponer su punto de vista. – Si eran demasiado inocentes, eran las idóneas para el compromiso. Pero, si por el contrario, eran decididas y abiertas en el sexo, nunca pasabais de la tercera noche con ellas. Corrígeme si me equivoco.

- Puede que fuera así antes. – La cara de autosuficiencia de mi hermana me quema. – Pero hace mucho que no soy así.

- ¿Ah no?

- No. Hace dos años prácticamente que no sé lo que es tener una relación de ningún tipo con mujeres. – Brigitte agacha la cabeza porque sabe de qué hablo. – Y, aunque alguna vez me haya acostado con alguna en este tiempo, ha sido más por buscar un abrazo o calor humano que por cualquier otra necesidad. Porque me daba miedo ir más allá por culpa de lo que he vivido.

- Y has ido a escoger a la más complicada de todas para hacerlo...

- No la he escogido, Brigitte. Sue y yo nos cruzamos y desde el primer momento nos atrajimos como dos imanes.

- Entonces, es la apropiada, James, no necesitas mi aprobación. Esas cosas se saben. – Asiento más tranquilo al escuchar su afirmación. – Espero que ella sea capaz de comprender tu situación. – Agacho la mirada. – ¡¿No se lo has contado?! ¡James!

- No he tenido ocasión.

- ¡Ella tiene derecho a saber que estás aún casado si tiene una relación contigo! ¡¿Cómo puedes ser tan egoísta?! ¡No es justo para ella y tú lo sabes bien! – Aguanto su sermón como puedo.

- Técnicamente, ahora mismo no estamos juntos. La pifíe porque la dejé y le dije que no podría aguantar su trabajo. – Me encojo de hombros y sé que ahora viene su regañina de nuevo.

- ¡¿Lo ves?! ¡Tú no eres capaz de aguantar una relación con una mujer independiente y luchadora como Suzanne!

- ¡¿Ahora desnudarse frente a borrachos calenturientos es ser independiente y luchadora?!

- ¡Ja! No tienes remedio... ¿Qué es entonces ella para ti? ¿Un trofeo?

- No... tienes razón. Escucha, estoy haciendo grandes esfuerzos por comprenderla, porque no quiero perder a Sue por nada del mundo, pero Brigitte, me cuesta, mucho. – Digo y mi voz suena a una llamada de auxilio.

- Ella te contó lo de su trabajo, sin rodeos. Tú le debes la misma responsabilidad, James. – Me cuesta mucho aguantar la regañina de mi hermana pequeña, y más cuando se pone así, con su dedo acusador.

- Ella me lo contó porque no tenía más remedio, Brigitte. Arthur lo sabía, tú lo sabías, ¡todos lo sabían!

- Pues seguís empatados. Yo sé que estás casado, Arthur sabe que estás casado, ¡todo el mundo que te conoce sabe que estás casado! – Trago saliva. – Tienes que decirle la verdad. Tienes que contárselo todo si quieres que tu vida realmente vuelva a cobrar sentido junto a esa mujer. Sé muy bien que llevas dos años viviendo vida de soltero y que has ignorado tu estado civil porque tu mujer te abandonó de la forma más cruel del mundo, pero ahora las cosas han cambiado y tú mismo me has dicho que puede que Sussie vuelva.

- Lo sé, lo sé. – Me froto la frente estresado.

- Pues habla con ella, James.

La conversación con mi hermana finalmente me estresa más que otra cosa. La dejo en la puerta de la clínica y decido y a pasear un rato en solitario. Tengo mucho en qué pensar.

Por el camino, miro mi móvil de vez en cuando. Sue dijo que hoy me llamaría... o mañana... No me hagas esperar mucho, Sue. Dame una maldita oportunidad de arreglarlo todo.

No me llama en todo el día. Yo, que quiero respetar sus tiempos, decido ir después de comer a mis clases de boxeo y descargar un poco allí. Así a lo mejor no pienso tanto en ella.

Como siempre, mi entrenador, Joe, se burla de mí cuando paso tiempo sin entrenar. Pero hoy no me molesta en absoluto. Sólo pienso en Sue. Quiero que me perdone y quiero pasar todo el tiempo que pueda golpeando al saco para darle más tiempo a mi diosa para escribirme. Sólo quiero que cuando termine aquí y me dirija a mi taquilla, ver que tengo algún mensaje o llamada perdida de ella.

Pero no hay suerte. Me está olvidando... ¿o no? No, no puede ser después de lo que hicimos ayer mismo en el reservado. Aunque luego estaba tan distante... Me ducho en el gimnasio y froto mi cara con el agua para despejarme. Sue... perdóname...

Por la noche, en casa, me hago un sándwich para cenar y miro un poco de televisión. Pero no me despego del móvil ni un segundo. ¿Debería escribirle yo? Creo que sí.

No sé qué decir para no estropear lo que ya está más que estropeado. Así que le mando una canción por whatsapp. "I've been loving you", la versión de Seal. Yo sé que hoy no trabaja, así que puede leerlo enseguida. Y lo hace. ¡Está en línea! ¡Dios! ¡Estoy temblando como un adolescente!

“Hola” Me escribe. ¡Me ha escrito! Cojo aire.

“Hola” Respondo precavido. No sé de qué humor está.

“Bonita canción, gracias. ¿Te ha recordado a mí?”

“Todo me recuerda a ti, Sue. Quiero que vuelvas.” Digo sin más rodeos. **“Dime qué tengo que hacer.”**

“Tengo que pensar. No estoy segura de ser lo que tú necesitas.” ¿Sigue pensando eso con todo lo que le he repetido que la amo y la adoro?

“Eres eso y más. Créeme.”

“Hablares en otro momento. Ahora estoy con un amigo que hace tiempo que no veo.” ¿No será el gilipollas ese de Albert? ¿Estoy a punto de ir a averiguarlo! Mejor no. Si voy y la veo con él será peor. Pero, ¿y si decide vengarse de lo que yo hice follándose a otro como ella dijo? ¡Ay no! ¡Eso me mataría! Pero si voy y lo veo entonces no podré obviarlo.

“¿Es más guapo que yo?” Decido apelar al chantaje emocional.

“Jajajaja. Estás tonto.”

“Bien, eso significa que no. Y apuesto a que tampoco te adora como yo.” No contesta, pero sigue en línea. **“Te echo de menos. Quiero verte.”**

“Hoy no puede ser y mañana trabajo.” Contesta con frialdad.

“Puedo ir a verte al trabajo.”

“¿Olvídate de llevarme al reservado otra vez! No hemos vuelto, James. Y no quiero flaquear más. Además, mañana tengo ya cerrado el reservado.” ¡Maldita sea! ¡¿Con el hijo de puta ese del poli?! ¡Seguro!

No aguanto más y le doy a llamar a Sue. Me cuelga. ¡No voy a desistir! Vuelvo a llamar.

- James, ¿qué quieres? – Habla bajo. Como escondiéndose de nuestra conversación.

- ¿Con quién estás, Sue? ¡Como sea el estúpido ese de Albert pienso ir a partirle la cara!

- ¡Tú no vas a partir la cara a nadie y yo no tengo por qué darte respuesta a esa pregunta!

- ¿Y el reservado? Es con el poli ese, ¿verdad? ¡Dime la verdad! – Me he puesto de pie y comienzo a dar vueltas por mi salón con los nervios destrozados.

- ¿Ves como no puedes llevar una relación normal conmigo? – ¡Joder! Cálmate Bennett. Cuenta hasta diez.

- No es verdad, sólo me preocupo. – Intento sonar tranquilo. No colará, lo sé.

- No lo hagas. En mi trabajo estoy protegida. – En ese momento me viene a la mente el abuso sexual del poli a Sue.

- ¡Ja! ¡Permíteme que lo dude!

- Aquello no volverá a pasar porque Eddie y todos están advertidos de que no ha sido voluntario. – En ese momento oigo la voz de un hombre llamarla. Era verdad, está con otro. Mi ánimo se desploma y no sé qué decirle.

- Bueno, entonces cuídate. No te molestaré más. – Cuelgo. Tengo ganas de estrellar mi teléfono contra el suelo, pero me entra un whatsapp y me refreno.

“Ven mañana a recogerme a la una de la madrugada.” Me escribe Sue. Eso es positivo, ¿no? O a lo mejor pretende mandarme a la mierda de una vez y a la cara. Tengo que ser persuasivo. Y, sobre todo, tengo que verla una vez más.

“Ok.” Escribo secamente. Ya bastante faldero estoy siendo.

Me meto en la cama y golpeo la almohada. ¡Menuda mierda! ¡El entrenamiento de hoy no ha servido para nada! Sé que voy a pasar otra noche de pena. Aunque al menos, desde el sábado hasta aquí he dormido bien, gracias a la cercanía de Sue.

No he mentido. Es una noche horrible. Más que ninguna otra. Porque no paro de imaginármela en los brazos de otro hombre y eso me está asfixiando y quemando por dentro. Y, lo peor de todo, es que no puedo hacer nada. Más que esperar a que el día de mañana pase lo más rápido posible y que se detenga cuando ella aparezca y esté de nuevo junto a mí. Ya no tengo potestad alguna para ir y exigirle que no sea de nadie más, sólo mía. Porque... la he perdido.

Pero voy a recuperarte, Sue, cómo sea.

Alineando planetas

No sé si me estoy volviendo loco, cursi hasta el infinito o débil de narices. Hoy le he enviado un ramo de rosas rojas a Sue y una nota para intentar ablandarla un poco. Mi esperanza también es que, si ha dormido con otro, el tipo se dé cuenta de que su corazón ya está ocupado; por mí.

En la nota le decía de nuevo lo que ya sabe.

“Sue,

Mis días sin ti son demasiado tristes. Te echo de menos y espero que me perdones algún día. Tienes el “reservado” de mi corazón sólo para ti.

James Bennett”

Lo único que tengo por ahora es un whatsapp de ella con un simple **“Gracias por las flores”** y yo he intentado continuar la conversación preguntándole qué tal estaba, pero ni se ha dignado a contestar. A lo mejor me está consiguiendo olvidar. A lo mejor todo lo contrario y no está bien, como yo no lo estoy sin ella. Las probabilidades de diferentes opciones crecen cuanto más pienso en ello y ya me duele la cabeza de tanto pensar.

A media mañana agradezco una llamada de mi hermana porque tiene un problema de papeleo en la clínica y me dirijo hacia allí. Aunque tenga que enfrentarme a Ivonne y a su enorme chasco conmigo, al menos estaré entretenido por unas horas.

El camino a la clínica es un tormento. Hoy se ha puesto a nevar de lo lindo y el tráfico en un caos.

No me equivoco. Cuando llego a la clínica lo primero a lo que tengo que enfrentarme es a la mirada de rencor de Ivonne. He sido injusto con ella. En un primer momento me evita y yo me acerco a su mostrador con la cabeza gacha.

- Ivonne, siento mucho lo del otro día. Estaba pasando un mal momento. No debí...

- ¡Pues yo no lo siento! – Me interrumpe y se pone en pie con los brazos cruzados. ¡Joder, nunca la había visto así! Me deja planchado. – Llevaba soñando con ese maldito momento más de tres años y pensé que por fin te habías fijado en mí y que podríamos intentar tener algo más que una mera relación profesional. Pero no sólo no me llamas, sino que cuando te llamo yo estás con otra. ¡Un día después de haberme follado a mí! – Miro a todos lados asustado por si alguien nos oye.

- Shh, baja la voz, Ivonne. – Le digo tratando de no sonar muy agresivo.

- ¿De modo que sólo he sido el polvo del viernes? ¿El sábado tocaba otra?

- No es cualquier otra. Es mi novia... bueno ahora no estamos, pero volverá. Habíamos discutido y yo actúe como un imbécil, Ivonne, lo siento.

- ¿Tú novia? ¿La stripper esa? ¡Pues qué bien! ¡Un doctor prestigioso como tú debería buscarse a alguien a su altura! ¡No una donnadie como esa! – Es la primera vez que Ivonne me habla así y la verdad me disgusta muchísimo que se meta en donde no la llaman.

- ¡Tú no sabes nada de ella! – Al fin me pongo de los nervios y vuelve la Ivonne que yo conozco. Decide callar y agachar la cabeza. Y yo, tras ver su reacción, procuro no ser tan duro con ella, la culpa de toda esta mierda es mía. – Por favor, perdóname. No debería haberte pedido salir si iba a estar pensando en otra.

- ¿Y te vas de la clínica para no verme a mí? – Mierda, ¿está llorando?

- ¡No! ¡Claro que no! – Le cojo de las manos. – Me han ofrecido una oportunidad muy buena en Bio Nature y quiero intentarlo. Pero a ti no te faltará el trabajo aquí. – Maldita sea, sigue llorando. ¿Qué hago? – Ivonne...

- Llevo muchos años enamorada de ti, James. Y no sé cómo quitarte de mi cabeza. – Y más llanto. ¡Por dios! ¡¿Por qué se me pegan todas las locas?! ¿Muchos años enamorada de mí? ¡Si apenas hemos hablado de nada que no sean las consultas y los temas de la clínica! ¡Si no me conoce de nada ni yo a ella tampoco!

- Lamento oír eso, Ivonne. Yo estoy muy enamorado de Suzanne y voy a luchar por ella. – Menos mal que mi hermana sale de la que hasta hoy ha sido mi consulta y me saluda con entusiasmo al verme allí. ¡Me has salvado, hermanita! Le doy un fuerte abrazo y me meto con ella en la consulta.

- ¡James! Menos mal que has venido ya. ¿Puedes entrar un momento en la consulta? Necesito que me expliques ciertas cosas que tienen que ver con el papeleo.

- ¡Claro! – Creo que nunca me había alegrado tanto de ver a mi hermana. – Discúlpame, Ivonne. – Le digo mientras se suena escandalosamente la nariz. Ella asiente y oculta su rostro, pero por la cara con la que de repente me mira mi hermana creo que ha notado su malestar. ¡Maldita sea! ¡Otro interrogatorio!

- Pasa. – Me dice mi hermana sujetando la puerta y dedicándome la mismísima mirada que me dedica siempre mi madre cuando me regaña.

- Voy a echar de menos esto. – Digo mirando a mi alrededor. Cuando mis ojos vuelven a Brigitte está con los brazos cruzados y de morros. – ¡Qué!

- ¿Te has follado a mi secretaria? – Qué directa es.

- Ha sido un error que...

- ¡Y tanto que ha sido un error! ¡¿Qué cojones te pasa en la mente?! ¿No estabas enamorado de Sue? – Me paso la mano por el pelo nervioso.

- Sí, ya te lo he dicho.

- ¿Y entonces a qué viene esto?

- Fue una chiquillada.

- ¡Es una gamberrada! ¡¿La usaste para vengarte del trabajo de Suzanne?!

- Mira Brigitte. La consulta no es el mejor lugar para hablar de estos temas. – Contesto cansado y me siento en la silla de los pacientes. En ese momento entra Arthur sin llamar.

- He oído que el hombre de oro ha venido a visitar. – Dice alegre, pero su rostro cambia al ver el de Brigitte. – ¿Qué le has hecho a mi nueva jefa? – Suspiro.

- Nada...

- ¡Mi hermanito se ha tirado a la secretaria! ¡Y dice estar enamoradoísimo de Suzanne! ¡¿Te parece coherente?! – ¿Por qué narices mete a Arthur en esto? Quiero protestar, pero me ignoran ambos. – Aunque a bueno se lo he ido yo a preguntar... Eso le pasa por tener amigos como tú.

- ¡Eh! ¡Yo le dije que no se la cepillara! – Se defiende Arthur.

- ¡Pues será la única vez! – Continúa la fiera de mi hermana.

- Tampoco es tan grave, mujer. Él y Sue ya no están juntos. Ambos pueden tirarse a quien les plazca.

- ¡Vaya, genial! – Grito exasperado levantando los brazos. – Guárdate tus comentarios, maldito. Y tú, Brigitte. ¿Quieres que te ayude con eso o me voy?

- No. Tú ahí. Quieto. – ¡Será mandona!

- Luego hablamos, Artie.

- Vente a cenar a mi casa el viernes por la noche. He invitado a Carl. Quiero hablar con él y arreglar las cosas. Mary también quiere hablar con él. – La invitación de mi amigo me hace pensar.

- ¿Y para qué quieres que vaya yo?

- Me vendrá bien que vengas e intercedas entre Carl y yo. Tú siempre has sido el más imparcial. Me importa mucho Mary, quiero que esto funcione. – Mi hermana se queda sorprendida por escuchar algo así de Arthur y yo sonrío ante su confesión. ¡Por fin lo admite!

- Allí estaré. – Le confirmo con una sonrisa. Arthur me guiña y sale de la consulta. Brigitte ya está en la que ha sido mi silla en el escritorio y sigue mirándome con mala cara. – Lo arreglaré, Brigitte. No tengo intención de herir a nadie más. – Suspira. – Centrémonos en lo que he venido a hacer.

Por fin deja los mohines a un lado y se relaja un poco conmigo. Le explico las dudas que tiene y una hora después estoy ya saliendo de la clínica. Al volver a pasar por el lado de Ivonne al salir, creo que la he vuelto a ver llorar. No me gusta nada verla así.

Decido ir a hacerle una visita sorpresa a mi madre, ahora que por fin tengo tiempo libre y mientras necesite una distracción para pasar las horas muertas hasta que vaya a recoger a Sue al trabajo.

Me recibe con una enorme sonrisa y me alegro de haber venido al ver mi premio en su

rostro.

Almorzamos juntos, aguanto su interrogatorio y le cuento por encima un breve resumen de mi vida los últimos meses. Sobre Sue... bueno, sólo le digo que es más joven, que está estudiando y que estamos haciendo frente ahora mismo a nuestra primera pelea de novios. Ella vuelve a recordarme que estoy casado, pero yo sé que se alegra de verme recuperar la ilusión de nuevo.

A las once de la noche ya no sé qué más inventarme para perder el tiempo y me encuentro entrando en el Caribbean Blue yo solito.

Justo cuando entro la actuación de la sala común acaba de terminar y, aquellos que tienen cerrado un reservado, se dirigen al suyo a encontrarse con sus diosas particulares.

Intento no pensar en que Sue estará ahora mismo en uno de esos enseñando su cuerpo desnudo a otro hombre y provocándole una erección de vértigo, pero es como eso que dicen siempre los psicólogos “Si te digo que no pienses en un elefante, en ese mismo instante comienzas a pensar en un elefante”. Así que decido tomarme una copa de whiskey doble mientras espero. Solo. Porque hoy no veo por aquí ni a Mary ni a Megan.

Algunos hombres a mi alrededor comentan y alaban la actuación que acaban de ver. Yo prefiero haber llegado tarde. Sí, ya sé que he dicho mil veces que puedo sobrellevar el trabajo de Sue, pero eso no implica que esté contento y dando saltitos de alegría. Si trago con todo esto es porque creo que la recompensa merece la pena y porque yo tampoco soy exactamente un regalito para Sue ni para ninguna otra mujer.

Una camarera muy mona me da conversación por un rato y poco después me presenta a un compañero suyo. ¡Es Eddie! Le pregunto si no se supone que debería estar controlando las cámaras de los reservados y me dice que hoy está cubriendo ese turno su primo Morgan. Según él, las chicas están en buenas manos con su primo.

Al cabo de un rato Eddie al fin me reconoce.

- ¡Eh! ¿No eres tú el tipo con el que sale Sue? – Me dice y parece contento de conocerme. Sonrío tímidamente. Eddie ha visto más de lo que me gustaría de mi intimidad con Sue.

- Sí, bueno, estamos arreglando diferencias.

- ¡Eres afortunado! ¡Muchos hombres pagan auténticas fortunas sólo por verla bailar y desnudarse!

- Espero que sólo haga eso. – Digo y miro a Eddie. Quiero que suelte algo de lo que sabe sólo él que sucede en los reservados, pero si pregunto directamente no soltará prenda.

- Bueno, en el caso de Sue es muy raro que vaya más allá. Ya sabes las reglas, ellas tienen que consentir el contacto. – Asiento y lo miro fijamente, quiero que siga contándome. – Y ella... bueno. Ella es muy desconfiada para eso. Sólo la he visto hacerlo contigo y con otros dos clientes más. Pero de eso hace ya tiempo. – ¿Dos? ¡Dios, muero por saber quién es el otro! Porque ya sé que uno es el poli.

- Sí, Nico era uno de ellos, ¿no? – Eddie se sorprende de que yo lo sepa. Sue es muy

reservada para hablar de su privacidad, a pesar de su trabajo.

- Ajá. – Mierda, no dice nada más. – Bueno señor Bennett, ha sido un placer conocerlo. Cuídeme a Sue. – Me estrecha la mano. Se va... y no voy a poder sonsacarle nada más.

A las doce y media mi teléfono vibra en mi pantalón. Lo saco y veo que tengo un mensaje de Sue.

“He acabado antes. Han tenido que echar al tipo del reservado por borracho. Si no has llegado todavía avísame cuando lo hagas y te espero en la puerta trasera, la del personal.” Me dice y la sigo sintiendo fría y distante.

“Estoy aquí, voy hacia la puerta trasera.” Escribo y me termino lo que queda de mi bebida de un trago. Veremos qué me encuentro.

La nieve está empezando a amontonarse sobre el pavimento y cuesta andar sobre ella. Hace un frío de espanto, pero sobre todo el frío que siento más potente en mi interior es el del miedo. Tengo mucho miedo a que Sue haya decidido finalmente poner fin a todo esto por culpa de mi metedura de pata.

Llego a la puerta trasera y comienzo a dar saltitos y a frotarme los brazos para combatir el frío. Pocos minutos después se abre la puerta y veo a Sue salir con un minúsculo vestido plateado y un abrigo de pieles sintéticas mientras se despide de alguien con la mano. Le sonrío. Ella hace una mueca rara. Maldita sea.

- Hola. – Dice cuando se acerca a mí y me da un beso en la mejilla. – ¿Dónde tienes el coche? Estoy helada. – Le señalo con la mano y me quedo en silencio a su lado todo el camino al coche.

- ¿Qué tal ha ido el día? – Pregunto cuando ya estamos llegando para ver si se ablanda un poco. Se encoge de hombros.

- Normal. – Dice sin mirarme.

- Estás muy guapa. – Cada día sueño más ridículo y desesperado. Pero parece que ella sonrío.

- Escúchame, James. Lo he pensado bien y no creo que pueda pasar por alto todo. – Me dice a dos metros del coche. Me paro en seco y mi corazón también. Ella se detiene al notar que yo lo he hecho y me mira al fin.

- ¿Me estás diciendo que se acabó definitivamente?

- James, esto no debería haber llegado nunca tan lejos. – Me dice y veo la amargura en sus ojos mientras clava el puñal de sus palabras en mi corazón. – Mírate. Estás desquiciado por culpa de lo que soy y de mi situación. Sé que tú no eres así y no puedo con la responsabilidad de saber que desde que sabes de mi trabajo ha desaparecido el hombre alegre y feliz que conocí.

- Sue, créeme, yo era de todo menos alegre y feliz hasta que te conocí. – Digo en un hilo de voz clavando mis ojos en los suyos. Ella respira hondo.

- Pero no eres capaz, Jamie. Y yo no quiero odiarme más de lo que ya lo hago. Tengo que seguir para adelante como sea.

- Lo he comprendido, Sue.

- Hace mucho frío, sigamos hablando en el coche. – Dice girándose y evitando mi mirada.

Pero al llegar al coche casi se resbala por culpa del hielo y la sujeto para que no se caiga. Ella se agarra instintivamente de mi cuello y yo, debilitado por su cercanía, le beso con furia estampándola contra el coche y apretando mi cuerpo contra el de ella. Ella responde. Gime en mis labios y tira de mi pelo. Yo la aprieto contra mi erección y ella, sin pensarlo, levanta una pierna para enroscarla a mi cadera. ¡Dios! ¡Es mi droga!

Nuestras lenguas se enlazan. Ella muerde mi labio inferior y yo gimo por la mezcla del placer y el dolor de tanto extrañarla.

- Jamie para...

- De acuerdo. – Digo y me controlo como puedo, separándome de ella un poco. Ambos nos miramos con la respiración entrecortada. Sue recoloca su vestido y eso le sirve como distracción para no tener que mirarme. – Madame. – Le digo al abrirle la puerta del coche. Ahora sí sonrío al entrar.

La primera parte del camino está muy silenciosa, pero noto como sus ojos me observan mientras conduzco. Escucho un pequeño suspiro de sus labios y la miro.

- ¿En qué piensas? – Le pregunto. Ella sacude la cabeza.

- Prefiero que tú no lo sepas.

- ¿Por qué? ¿Tan malo es? – Hago pucheros y ella se ríe de esa forma tan bonita. – Echaba de menos esa risa. – Le digo y ambos nos miramos con ternura.

- Mira hacia la carretera. – Me ordena y vuelve a quedarse en silencio hasta que llegamos a su barrio y paro mi coche.

- Me gustaría que te vinieras a mi casa esta noche. – Le digo intentando que no suene tan desesperado como yo lo estoy. Ella vuelve a suspirar.

- No es buena idea.

- ¡Joder, Sue! ¡¿Nunca me vas a perdonar?! ¡Admito que metí la pata, pero creí que te había perdido para siempre! No estábamos juntos y actué cargado de rabia y de desesperación.

- Te he perdonado, Jamie. Es sólo que... – Me quedo sin respiración. Por favor no vayas a decir que ya no sientes lo mismo. Siento un nudo en la garganta y creo que tengo la mirada vidriosa. – Estos días he pensado mucho en todo. Y he llegado a la conclusión de que esta relación no puede llevarnos a nada bueno.

- ¿Por qué has sacado esa conclusión? – Pregunto contenido. Necesito oírlo. – Si ya no sientes lo mismo por mí entonces lo entenderé. – De repente veo la mirada de Sue llena de miles

de sentimientos y no sabe por cual empezar. Ay dios...

- Los sentimientos... esos son los que nos han metido en todo este lío. – Dice con una triste sonrisa mientras me acaricia el rostro. Bennett, aguanta el llanto, no seas blandengue. – Jamie, no sólo hace falta que dos personas se quieran para que sean felices. Y en nuestro caso eso es precisamente lo que ha pasado. Tú no has sabido encajar mi realidad y yo no sé cómo encajar en la tuya. Venimos de dos realidades opuestas que no son complementarias en absoluto. – La cara de Sue se llena de lágrimas y, sin darme cuenta, yo también libero unas cuantas.

- Estoy esforzándome. Lo estoy consiguiendo, Sue.

- No puedes decir eso después de que ayer me llamaras hecho una furia preguntándome con quién estaba y con quién tenía cerrado el reservado. – Contesta con una sonrisa irónica en los labios y sacudiendo la cabeza. Tiene razón, pero yo no quiero que la tenga.

- Ayúdame y lo haré. Dime que me sigues queriendo y todo lo demás no importa. – Ahora sueno más serio y más decidido. Es lo único que necesito. Quiero saber si todavía me quiere para que mis ilusiones de volver a ser feliz no se despedacen aquí, esta fría noche de abril.

- Te quiero demasiado, más de lo que había querido jamás a nadie. – Libero un gemido de alivio y suelto todo el aire que tenía contenido en los pulmones. Ya no puedo evitar el llanto y, mucho menos cuando siento sus manos acunar mi rostro y sus labios besar los míos tiernamente. Nuestras lágrimas se mezclan mientras nuestras lenguas también. Se separa, abre los ojos y yo la miro hipnotizado. – Por eso me aparto de ti. Para que seas feliz.

- Así conseguirás lo contrario. – Digo sacudiendo la cabeza.

- También lo hago por mí. Esto me está superando y necesito olvidarte. He llorado tanto desde que decidiste desaparecer que me siento débil, rota y repudiada. No sabes lo que es sentirte abandonado una y otra vez por las personas importantes de tu vida, Jamie. Esa es mi vida. Y necesito protegerme de ese sentimiento aniquilador. Así que espero que lo entiendas y lo respetes. – Hundo mis hombros y la mirada. Asiento. La entiendo. Le he fallado y prometí no hacerlo nunca. Le he hecho un daño irreparable en una persona como ella, con un trauma tan grande como es el abandono de sus seres queridos.

- En ese caso me apartaré. – Pronuncio finalmente resignado. – Esta será mi justa condena por fallarte.

- No te olvidaré. Nunca. – Su voz se quiebra y me obliga a mirarla de nuevo. Jamás la había visto tan triste. Jamás la había tenido tan cerca y a la vez tan lejos. Ni siquiera creo que pueda tocarla. Ya no soy nadie en su vida y, ¡dios! ¡cómo duele eso!

- Yo tampoco. – Prometo con sinceridad.

Su llanto se hace más fuerte al escuchar mi promesa. Finalmente decido abrazarla. La aprieto fuerte contra mi pecho y ella descarga un amargo llanto en él. Eres un miserable, Bennett. Mira lo que le has hecho. Beso su pelo e inspiro con fuerza su dulce aroma por última vez para no olvidarlo nunca. Nunca.

- Tengo que irme. – Se deshace al cabo de un rato de mi abrazo y trata de salir del coche

sin mirarme. Yo estoy tan roto que no puedo reaccionar. Antes de salir, vuelve a girarse por última vez, me da un corto y dulce beso en los labios. – Adiós.

- Adiós. – Le digo al aire que deja tras de sí al salir de mi coche.

Corre hacia su portal y yo sé que no es porque está nevando, corre de mí y de lo nuestro. Corre para protegerse.

Golpeo el volante con fuerza.

Me maldigo.

Lloro.

Lloro con fuerza.

Y borro sin cesar mis lágrimas con las palmas de mis manos. Frotando con fuerza mi rostro para intentar borrar también la tristeza.

Tienes que dejarla ir, Bennett. Ella tiene razón. Y ni siquiera ella sabe cuánta razón tiene al decir que tú le haces daño. Pues ni siquiera conoce mi realidad. No he tenido la oportunidad de decírselo.

Y cuando se entere me odiará más, porque no serán mis labios los que le den la información y no podré explicarle cuál es la verdadera situación de mi realidad.

Arranco el coche y vuelvo a casa más solo que nunca. Parte de mi corazón se ha quedado en la nieve, frente a la casa de Sue.

Nada después de ti

Es viernes.

A pesar del dolor que ha supuesto perder a Sue he conseguido mantenerme en pie y no caer. Me he refugiado un poco en el boxeo y he ido a entrenar duramente durante estos días, aprovechando que tengo unos días libres hasta que el lunes vaya a firmar mi nuevo contrato con Bio Nature.

También me ha servido mucho la conversación que tuve ayer con Arthur. Él está enamorado de Mary y ambos quieren darle una oportunidad a su relación. Arthur viene de un mundo similar al mío y Mary pertenece al mundo de Sue. Si la cosa entre ellos dos funciona, entonces podría demostrarle a Sue que entre nosotros dos también funcionaría. O al menos, me lo demostraría a mí mismo, y cogería de nuevo impulso para luchar por Sue.

Ahora mismo carezco de ese impulso. No he sabido nada de ella en estos días porque me niego a llamarla ni a asediarla. Ella me dijo que yo era la causa de sus actuales males y, hasta que no me convenza a mí mismo de que eso no es así, no volveré a buscarla.

Pero he pasado horas mirando su whatsapp y mi corazón se me iba a salir del pecho cada vez que la he visto en línea. Tampoco me ha hablado y no sé cómo estará. Si estará aliviada por su decisión de olvidarme y lo estará poco a poco consiguiendo. O si, por el contrario, estará tan triste como yo.

El tiempo también está loco. Lleva nevando como jamás he visto de nevar en mi ciudad desde que Sue terminó definitivamente con lo nuestro. Es como si el frío de mi corazón se hubiese extendido al exterior.

Después de tres horas de entrenamiento duro en el pequeño gimnasio que tengo en casa, me ducho y pongo rumbo a la casa de Arthur, antes de la hora prevista, porque hoy se ha anunciado la tormenta de nieve del siglo para esta noche y no quiero que me pille en la carretera. Así que aprovecho que ahora mismo no está nevando y me meto en el coche.

Al llegar a casa de Arthur veo que sólo está él en casa. Me abre la puerta y me hace quitarme los zapatos y el abrigo en la entrada.

- Hola Artie. – Le saludo con un abrazo.

- ¡Eh! ¡Bennett, estás otra vez más fuerte! – Sonríe levemente. – Nos vendrá bien si Carl se pone tonto.

- ¡No pienso pegarle a un amigo de la infancia, Artie! ¡Así que intenta que esto salga bien! ¿Dónde está Mary? – Digo mirando a todos lados.

- Vendrá luego. Pasa. ¿Quieres un vino? – Asiento. Nos sentamos en su lujoso salón y Arthur sirve dos copas de vino.

- Cuéntame qué tal va la clínica sin mí. – Le pido.

- ¡Oh, muy bien! Tu hermanita es una fiera. – Sonríó orgulloso de ella. – Ivonne es la que parece que ha comido algo en mal estado. Esa tipa estaba pillada de verdad contigo. Y te la has ido a tirar cuando menos pegaba. – Asiento maldiciéndome.

- Lo sé... ayer me llamó.

- ¿Qué quería?

- Estaba llorando. Decía que quería verme para hablar.

- ¡No vayas a caer en esa trampa, Bennett! Yo conozco bien a las mujeres. Te enredan con sus lágrimas y acabas metiendo la pata otra vez. – Lo miro ceñudo.

- Que no te escuche Brigitte decir esas cosas de las mujeres o te hará la vida imposible en la clínica. – Le amenazo. – No voy a quedar con ella, tranquilo. No tengo nada más que decir.

- Pues mejor. Porque si no tendrás muy jodida la tarea de recuperar a Sue. – Suspiro.

- Ya no hay nada que hacer en ese tema. – Le informo y me doy cuenta de que era mucho más llevadera la pérdida de Sue cuando sólo estaba en mi cabeza y no lo convertía en palabras. – ¡Oh joder! ¡No sé cómo la voy a olvidar, Artie! – Me cubro la cara con las manos.

- Tranquilo. – Arthur me sonrío y me acaricia el hombro. ¿Por qué parece que no cree lo que digo? Yo sé que es así. En ese momento llaman a la puerta. Arthur mira su móvil y creo que es para ver la hora. – Será Carl. Abre tú, Bennett, voy a ir sirviendo yo algo de picoteo. – Me levanto y arrastro mis pies hasta la puerta de la casa de Arthur.

Al abrir mis ojos tienen que pestañear varias veces para confirmar que no es una ilusión. En la puerta están Mary, Megan y... Sue. Ella también me mira extrañada al verme allí. Miro hacia donde está Arthur y veo que esconde una sonrisa en los labios. ¿Nos ha hecho una encerrona? ¡Joder, gracias Artie! Vuelvo a mirar a Sue.

- ¡Vaya, qué sorpresa! – Mary y Megan entran como si tal cosa y me dan cada una de ellas un beso. Se descalzan y se quitan el abrigo y entran sin más rodeos. Sue se queda un poco noqueada por mi presencia. – Hola Sue.

- ¿Qué haces aquí? – Pregunta bajito y mira también en dirección a nuestros amigos. Sí, nos han hecho una encerrona. Me encojo de hombros.

- Arthur me ha invitado. Es mi amigo, ¿sabes?

- No sabía que vendrías. – Parece furiosa. Entra al fin y se quita los zapatos y el abrigo. Yo le ayudo, pero ella intenta evitar que la toque. ¿Por qué está tan enfadada? Cuando se fue el otro día no parecía enfadada, más bien triste. – ¿Tú estás bien? – Me pregunta cortante. ¿Qué se supone que tengo que contestar a esa pregunta? ¿Está así porque no la he llamado suplicándole? Me dejó muy claro que mi presencia era dañina para ella.

- Estoy. – Contesto evaluando su reacción. – ¿Y tú?

- Jamie, si esto es una trampa ideada por ti...

- ¡Eh! ¡Yo no tenía ni idea de que vendrías! – Me defiende levantando las manos. – Además, ¿no se supone que a estas horas tú estás trabajando?

- ¿No lo sabes? – ¿Cómo? ¿A qué se refiere?

- Explícate. – Le exijo con seriedad. Ella mira a todas partes y parece nerviosa. – ¡Sue! ¡Estoy aquí! Mírame. ¿Te vas a ir?

- No he venido aquí a hablar de eso. – Se separa de mí y yo la sujeto del brazo.

- ¡Dímelo! – Ella me mira de forma amenazante.

- ¡Suéltame! – Me habla con rencor.

Me entran ganas de acorralarla contra la pared y follármela salvajemente delante de todos para que entre de una vez en razón y sepa que nuestros cuerpos no pueden vivir alejados.

- ¡Hola Sue! – Arthur entra en la conversación y se posiciona entre los dos. Llamamos a la puerta. – Toma, ¿te apetece un vino? – Le da una copa a Sue que sigue mirándome con rabia, como yo a ella. – Abre la puerta, Bennett. – Me ordena mi amigo y sé que lo que quiere es evitar roces entre Sue y yo. Me doy la vuelta y hago caso antes de cometer cualquier otra tontería. Al abrir veo a Carl y me doy cuenta de que ya ha empezado a nevar con ganas.

- Hola Carl. – Digo con residuos de mi molestia en la voz.

- Hola tío. – Me saluda mi amigo y me da un abrazo. – ¡Eh! ¿Qué hacen aquí las chicas? – Los ojos de Carl hacen chiribitas al ver a Mary, aunque se oscurecen cuando presencia el beso que ésta le da a Arthur. – Creo que es mejor que me vaya. – Dice enfadado y dándose la vuelta.

- ¡Eh! ¡No te vayas! – Le agarro del brazo. Carl me mira encolerizado.

- ¡No me apetece una mierda ver a esos dos comiéndose los mocos! – Señala a Arthur y Mary, ella se acerca a la puerta en busca de Carl.

- Vamos, Carl, entra. Tenemos cosas que hablar y hay cosas que tú tienes que saber. – Le dice Mary. – Además, está nevando muchísimo. Así no puedes conducir. – Carl entra de mala gana, se descalza, se quita el abrigo y se dirige al salón, donde están todos ya sentados. Miro a Sue, que me está dedicando una mirada de enfado que no entiendo. ¿Qué cojones le pasa? ¡Estoy haciendo lo que me ha pedido; dejarla en paz! Intento ignorar su mirada y me siento junto a Carl. Necesitaré apoyo en todo este tema. Mary comienza a hablar cuando ya estamos todos sentados.

- Arthur y yo os hemos reunido aquí hoy a todos porque sabemos que se está hablando de nuestra historia a nuestras espaldas y preferimos ser nosotros los que os expliquemos las cosas tal y como están sucediendo entre Arthur y yo. – Arthur coge de la mano a su chica para mostrar su apoyo. Cómo lo envidio ahora mismo. – Vosotros todos sois una parte importante en nuestras vidas y no queremos malos entendidos. – Echo un rápido vistazo a Sue y veo que está bebiendo sin parar de su copa de vino. Se la acaba y vuelve a rellenársela. Está nerviosa. ¿Es por mí?

- ¿Nos has reunido para decirle a todos que mi querido amigo de la infancia, Arthur, se está follando a la chica que estaba conmigo? ¡Pues déjame decirte que eso ya lo sabemos todos! –

Grita Carl enfurecido. Yo intento aplacarlo sujetándole del hombro.

- Carl, no ha sido así. – Se defiende Arthur. – Mary y yo intentamos frenar nuestra atracción mutua y lo hicimos por ti. Pero ha sido imposible porque no se puede negar el amor. Y hemos decidido luchar por el nuestro, a pesar de las adversidades. – Jamás pensé que Arthur hablaría alguna vez en su vida así del amor. Suspiro al notar la mirada de Sue clavada en mí. No me atrevo a mirarla de vuelta. Si yo no he seguido luchando es porque ella me pidió que no lo hiciera.

- Por mi parte está todo olvidado. – Añade Megan. Todos la miramos. Ella comenzó un idilio con Arthur cuando Carl lo comenzó con Mary y también tendría motivos para enfadarse. – Me lo pasé muy bien contigo, Arthur, pero no estaba enamorada. Así que me alegro por vosotros.

- Gracias Megan. – Dice Arthur. – Carl. No quiero que nuestra amistad se rompa, colega.

- ¡Ah, ¿no?! ¡Pues ya es tarde!

- Carl tío, déjalo pasar. – Interfiero yo finalmente. – Arthur está enamorado de verdad.

- ¡¿Y yo qué, Bennett?! ¡Jamás había estado con una mujer así! ¡No es justo! ¡Él es mi amigo!

- Te comprendo, Carl. Pero cuando una mujer te dice que no quiere seguir, tienes que respetarlo y apartarte. – Digo y vuelvo a sentir la mirada de Sue clavada en mí. – De lo contrario, la dañarás y te odiarás por ello. – Carl se bebe de un trago dos copas de vino y todos lo miramos asustados. Si se pone borracho complicará las cosas. – Para un poco. – Le quito la tercera copa de vino.

- ¡Joder, Bennett! ¡Yo quiero seguir teniendo ese tipo de sexo salvaje! ¡Ahora no sé cómo renunciar a él!

- Sé de qué hablas. – Dice Megan. Carl y ella comienzan a hablar sobre lo importante que es el sexo para ambos. Arthur y yo nos miramos y llegamos a la misma conclusión. Estos dos deberían tener un revolcón y eso les ayudaría bastante a no martirizarse demasiado con todo esto.

Arthur es el primero en levantarse y se lleva a Mary a la cocina. Después me levanto yo y les sigo. La última en unirse es Sue. Pero hemos conseguido dejar a Megan y a Carl solos en el salón con una botella y media de vino para ellos. Lo demás vendrá solo. O eso creo.

- Ojalá se entiendan. – Dice Arthur abrazado a Mary. – Nos ayudaría a todos mucho.

- Creo que están en el buen camino. – Añado.

- No entiendo para qué estoy yo aquí. – Habla Sue, que se ha colocado frente a la ventana y observa la incesante nieve caer.

- Quería hablar con todos. – Aclara Mary.

- Pues ya está todo dicho. Debería marcharme. ¿Me llevas, Mary? – ¡No! ¡No te vayas! De pronto el estruendo de un trueno nos sobresalta y Sue grita. Se ha ido la luz. – ¡Joder! ¡¿Qué ha sido eso?! – Escucho la voz de Sue asustada. Saco el móvil de mi pantalón y enciendo la linterna.

- Tranquila, es la tormenta. – Digo desde mi posición sin atreverme a acercarme a ella. Vuelve la luz y miramos todos a nuestro alrededor. Fuera está cayendo la nevada del siglo. – Creo que va a estar complicado salir de aquí durante unas horas. – Digo pensando en voz alta.

- Deberíais quedaros esta noche. – Comenta Arthur. – No creo que sea prudente conducir hoy. – Sue y yo lo miramos y nos miramos el uno al otro. Creo que no te queda opción, nena. Vas a tener que pasar la noche conmigo.

- ¿Y dónde tienes previsto que durmamos? – Pregunta Sue. Vuelve a sonar otro trueno y Sue grita. – ¡Maldita sea! – Se abraza a sí misma y yo contengo la risa. – ¡No tiene gracia! – Me grita.

- No, no, no la tiene. – Digo apretando mis labios.

- Podéis quedaros en el sótano. Jamie, ya sabes que está acondicionado para invitados y hay dos sofás convertibles en cama de matrimonio. – Miro a Sue y le muestro una amplia sonrisa.

- Vale, pero yo pienso dormir con Megan. – Alega Sue. Ya veremos...

- Por cierto, creo que estoy escuchando gemidos. – Digo. – Nos quedamos todos en silencio y en efecto se escuchan los gemidos de Carl y Megan provenientes del salón. Miro a Sue con picardía y con la mirada le digo: “Lo siento, nena. Creo que Megan ya se ha elegido acompañante para esta noche.”

- ¡Eh! ¡No me jodas! – Arthur va hecho una furia hasta el salón y yo lo freno.

- No los interrumpas, tío.

- ¡Es mi puto sofá de diseño, Bennett! ¡Ni siquiera follo yo ahí! ¡Que se vayan al sótano! – Arthur se suelta y se va directamente para el salón. – ¡Vosotros dos! ¡Idos al sótano, par de calenturientos! – Se escucha la risa ahogada de Megan desde la cocina y las maldiciones de Carl. Pero obedecen. Mary comienza a reírse con fuerza y Sue no parece tan entretenida con la situación. Arthur vuelve. – Bueno, esos dos ya tienen distracción para esta noche. Nena, tú y yo ya somos libres. – Arthur le da un apasionadísimo beso a Mary que me hace hervir de celos. Carraspeo y trato de no mirarlos. Busco un lugar en el que enfocar la vista y me cruzo con los ojos de Sue. Arthur carga en sus brazos a Mary y desaparecen de nuestra vista. Se van a su habitación.

Nos quedamos solos Sue y yo.

- Bueno pues...

- Llévame a casa, James. – Me dice con un tono muy borde. Alzo las cejas.

- ¿Tanto te molesta mi compañía?

- ¡Sí!

- ¿Por qué? – Pregunto yo también molesto. – El otro día me dijiste que me habías perdonado. Que el motivo por el cual me querías lejos de ti es porque piensas que somos incompatibles. ¡¿Ahora qué cojones te pasa?! – Me acerco a ella y le acuso con el dedo.

- ¡A mí no me hables así!

- ¡Pero tú si puedes tratarme como te dé la gana, por lo que veo!

- ¡¿Cómo te he tratado yo?!

- ¡Estás siendo una borde y lo sabes!

- ¡Porque estoy enfadada! – Me planto frente a ella y la miro con toda mi furia. – No te acerques más. – Me dice esta vez con la voz más suave y con miedo en la mirada.

- No te voy a comer. Dime qué he hecho ahora para que estés tan enfadada conmigo. Y no me separaré de ti hasta que lo digas. – Vuelve a tronar de nuevo y se produce un nuevo corte de luz. Sue grita y, sin pensarlo ni darse cuenta se abraza a mí. Yo me quedo inmóvil. No sé si devolverle el abrazo porque podría provocar que me cruzase la cara.

- ¡Mierda! ¡Que pare ya!

- No va a parar en toda la noche. – Digo con voz ronca y finalmente la abrazo. Ya no puedo aguantarme más.

- ¡Suéltame! – Me grita tras varios minutos en mis brazos cuando vuelve la luz. Levanto las manos. – Quiero irme ahora mismo de aquí. – Esta puñetera loca me saca de mis casillas. ¿Con la que está cayendo? La sigo hasta la puerta de la casa intentando hacerla entrar en razón.

- Sue, nos mataremos. Espera a mañana y podremos irnos. – Le digo sujetándola del brazo.

- ¡No quiero pasar la noche contigo! – Se suelta de mí y sale a la calle. La sigo desesperado.

- ¡Joder Sue! ¡No me trates como si fuese una escoria! ¡Te lo pido por favor! – Ella se para y me mira.

- No estoy haciendo eso.

- Lo estás haciendo y... duele. Sé que no merezco una jodida oportunidad contigo, pero tampoco merezco tanto desprecio.

- ¡No seas chantajista!

- ¡Dime qué te pasa! – Ella niega con la cabeza. – ¡¿Por qué no?! ¡Serás cabezota!

- No tengo ganas de hablar más del tema. La decisión está tomada.

- Está bien, me lo has dejado claro. Y creo que lo he respetado. Pero, ¿podemos NO hablar del tema dentro de la casa del dichoso Arthur? Hace un frío de cojones y nos estamos mojando. Tú ya estás empezando a tener los labios morados. – Se gira sobre sus pies y entra en la casa sin decir nada más. La sigo mientras suspiro mirando al cielo. ¡Dame fuerzas!

Dentro de casa vuelve a tronar y a irse la luz. Enciendo de nuevo la linterna del móvil. Nos quedamos un buen rato en la cocina esperando que vuelva la luz, pero esta vez no parece que quiera volver. La escasa luz de la linterna de mi móvil me deja ver que Sue está tiritando. No hay luz y por lo tanto la calefacción ha dejado de funcionar. Yo también estoy muerto de frío.

- Tendríamos que quitarnos la ropa, estamos mojados. – Sue me fulmina con la mirada.

- ¡Ni lo sueñes! – Gruñe.

- ¡Esta bien! ¡Haz lo que quieras! ¡Yo me voy al sótano a taparme con las jodidas mantas! – Me desnudo frente a ella que trata de mirar para otro lado y dejo mi ropa mojada junto a la entrada de la casa. Vuelvo a pasar frente a ella completamente desnudo. – Buenas noches. – Le digo con un tono muy molesto y me dirijo hacia el sótano, desde el que emanan toda clase de gemidos de Carl y Megan ¡Perfecto! ¡Justo lo que necesitaba! – Perdón. – Digo al entrar en el sótano. Joder, sí que gritan estos dos. Se lo deben estar pasando de miedo. Otro trueno suena con fuerza y retumba en toda la casa. Oigo un correteo y la voz de Sue que grita asustada.

- ¡James! ¡No me dejes sola! – Entra en el sótano y ve a Arthur y Megan follando como salvajes. Después me ve a mí completamente desnudo y enfadado entrar en la cama.

- Si no quieres estar sola tendrás que compartir cama con este malnacido. – Digo enfadado señalándome. Ella suspira y se acerca resignada. – ¡Ah, no! ¡Con la ropa mojada ni se te ocurra entrar! – Pone los ojos en blanco y comienza a desnudarse. Al fin se mete en la cama junto a mí, pero me da la espalda.

- Buenas noches. – Dice de mal humor.

- Buenas noches. – Me pongo yo de espaldas también. Es imposible conciliar el sueño con estos dos follando como conejos al lado y con Sue desnuda en mi cama. ¡Esta es la situación más surrealista de toda mi jodida vida! Otro trueno suena y Sue se da la vuelta para agarrarse a mí.

- Tengo miedo. – Me susurra para explicarme el porqué de su acercamiento.

- No pasa nada. – Digo esta vez más sereno. Su piel me serena. La abrazo. – Relájate y duerme anda.

- Esto es muy raro. – Dice abrazada al fin a mí con los gemidos de estos dos de música de fondo.

- Y que lo digas. Nunca he compartido cama con una mujer que me odia tanto mientras escuchamos follar a dos majaras.

- Yo no te odio. – La luz de un relámpago me deja ver su cara. Lo dice de verdad.

- Entonces, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás así conmigo?

- Pues... que no quiero caer contigo otra vez.

- Lo sé. Pero lo estoy respetando, ¿no?

- Te echo de menos...

Mi corazón bombea con fuerza al oír eso. ¿Qué debería hacer? Muero de ganas por besarla y hacerla mía, pero no quiere caer otra vez conmigo. Lo tiene muy claro. O a lo mejor no tanto y por eso está así. Creo que lo que le pasa es que está en conflicto consigo misma. Apoya su cabeza en mi pecho y rodea mi cintura con una de sus piernas. Ufff, acaba de rozar mi erección.

- James... – Me riñe con una risita escondida.

- Lo siento. No puedo evitarlo. – Me voy acostumbrando a la oscuridad y veo que gira su cara hasta mirarme. Sus dedos repasan mis pectorales. Me tenso muchísimo. – Si sigues así yo...

No me deja terminar la frase. Ataca mis labios con los suyos y yo gruño volviéndome loco entre besos. Me giro hasta ponerme sobre ella y enlazo sus dedos en los míos inmovilizando sus brazos a ambos lados de su cara. Beso su cuello, sus pechos, la devoro. Ella gime y, sin capacidad alguna de poder evitar lo que voy a hacer, la penetro con todas mis ganas mientras la miro a los ojos.

- ¡Ahhh, Sue! – Ella no habla. Sólo gime y me abraza con sus piernas. No podría parar aunque me lo implorara. Al menos no lo hace y eso da rienda suelta a mi locura y obsesión por esta mujer. – Te quiero, te quiero, te quiero. – Susurro mordiendo sus labios y embistiéndola con devoción. Suenan más truenos, pero ella ya se ha olvidado de su miedo. Sólo existimos los dos.

- Jamie...

¿Y qué hay de nosotros?

Ha sido una noche extraña y mágica. No he parado de hacerle el amor a Sue hasta que las fuerzas me han fallado. Y no hemos dicho nada más. No era el momento. Hoy ya tendré que volver a hacer frente a su decisión de alejarse de mí o, si por el contrario, al fin ha cambiado de opinión, tendré que demostrarle que soy capaz de todo por ella.

Me separo un poco de ella y gruño en sueños. Me tiene completamente inmovilizado con su cuerpo, sus brazos, sus piernas, toda ella está aferrada a mí con fuerza. Abre un ojo y me ve.

- Buenos días. – Digo en un susurro y sonriente. Carl y Megan se dieron otro festival anoche y siguen durmiendo. Creo que los unos nos animamos a los otros al escuchar nuestros respectivos gemidos.

- Buenos días. – Ella también sonrío. Me acerco para besarla y al ver su tensión acabo besándole la punta de la nariz. Ella vuelve a sonreír. – Qué voy a hacer contigo...

- Quererme. – Me encojo de hombros.

- Eso no es difícil. Lo difícil es entenderte. – Me muerdo la lengua para no decirle que a ella sí que no hay quien la entienda. Pero no quiero arruinar su buen humor.

- Tendré que buscar algo de ropa para ambos. – Le robo un beso en los labios cuando la pillo desprevenida y me levanto rápidamente antes de que tenga tiempo de golpearme.

- ¡Eres un abusador! – Grita divertida.

- Shhh, no grites. Un abusador y encima desnudo. Te cojo las bragas prestadas. – Digo al mirar a mi alrededor y solo ver la ropa de Sue tirada en el suelo. Ella se aplasta la boca para no reírse con fuerza. – Voy a ver si encuentro algo de ropa por ahí.

- ¿Con esa pinta? – Asiento.

Salgo del sótano y escucho murmullo en la cocina.

- Buenos días. – Saludo a Mary y a Arthur. Mi amigo me mira horrorizado y Mary se desternilla de la risa.

- Bennett, deberías cambiar de marca de calzoncillos. – Dice Arthur chistoso.

- Lo sé. Me veo demasiado irresistible con estos. Necesito algo de ropa seca, Artie. Para Sue y para mí.

- ¡Sírvete tú mismo! Sabes dónde está mi vestidor. Cualquier cosa con tal de no verte con esas pintas por mi casa. ¡Me van a sangrar los ojos! – Le dedico una sonrisa amplia.

- No le hagas caso. – Dice Mary. – ¡Estás buenísimo Jamie! – Arthur le da un codazo a su chica. – ¡Au! ¡Es verdad! Hasta con bragas de mujer. – Mary me guiña y le devuelvo el gesto.

- ¡Tápate ya, perverso! – Me grita Arthur mientras me dirijo a su vestidor. Saco un par de pantalones de chándal y un par de sudaderas. Arthur me espera en la puerta para cotillear. – Veo que el encuentro con Sue ha sido productivo. – Me dice mientras me quito las bragas de Sue y me visto antes de salir de nuevo a la cocina.

- No ha ido mal. – Digo sin entusiasmo. – Gracias por prepararlo.

- No pareces lo feliz que deberías.

- Pues no sé, Artie, follamos como salvajes durante la mayor parte de la noche, pero no hemos hablado de volver. – Termino de ponerme la sudadera y salgo del vestidor. Arthur me sigue hasta la cocina. – ¿Ha vuelto la luz? Muero por un café.

- He llamado a la compañía eléctrica. Hay cortes por toda la zona. Lo están reparando. Y volviendo al tema, si habéis follado significará que estáis al menos más cerca de la reconciliación.

- Con esa mujer nunca se sabe, Artie. Cuando parece que está más cerca se aleja y viceversa. Voy a llevarle ropa seca. Ahora vengo. – Arthur asiente y vuelvo a bajar al sótano. Sue está enroscada a la almohada cuando llego y me mira con ternura.

- ¿Has conseguido algo para mí? – Pregunto. Yo tiro la ropa que le he traído a los pies de la cama y me subo a la cama, colocándome sobre su cuerpo. El nórdico nos separa, pero noto su cuerpo bajo el mío.

- Te he traído un ginecólogo insaciable. – Le doy otro beso robado. Ella se mueve bajo mi cuerpo como una lagartija y se ríe.

- ¡Deja que me vista, idiota!

- Mmmm, así no. Tienes que llamarme amo y señor.

- ¡Estúpido chantajista! – Dice sin apenas contener la risa.

- Respuesta incorrecta. Prueba otra vez. – Vuelvo a robarle otro beso. Ella se queja muerta de la risa y oímos el gruñido de Carl al que no estamos dejando descansar. Sue y yo nos miramos y apretamos los labios para no reírnos.

- Por favor. – Susurra divertida.

- Bueno, eso está un poco mejor. – Le doy un último beso y me levanto para darle la ropa que le he traído. Se viste bajo el nórdico. ¡Como si no estuviera más que acostumbrada a desnudarse frente a todo el mundo!

- ¿Ha vuelto la luz? – Niego con la cabeza. – Yo debería irme antes del mediodía. – Dice con tristeza. – Tengo un tren que coger. – Me quedo mirándola preguntándome si es cierto que se va a ir. No puedo consentirlo. No dice nada más y, cuando está poniéndose la sudadera, aprovecho su falta de visión y la cojo en volandas, subiéndola a mi hombro como un saco de patatas. Ella grita. – Ahhh ¡Qué haces! ¡Suéltame! – Le doy un manotazo en una nalga mientras subo las escaleras del sótano con ella a cuestas.

- ¡Calla, escandalosa! – La llevo hasta el salón, mientras Arthur y Mary nos observan entretenidos. Cierro la puerta del salón y la dejo en el suelo.

- Eres un canalla. – Protesta sin un ápice de enfado en su rostro.

- Entonces, ¿es verdad? ¿Te vas?

- No, no me voy a ninguna parte. Sólo tengo que arreglar unos asuntos. Mañana estaré de vuelta. – Respiro aliviado. – Y necesito estar en Victoria Station antes de las cinco.

- Bueno, queda bastante tiempo para las cinco. Podemos comer aquí todos juntos y yo te llevo después.

- ¡No pienso ir a Victoria con estas pintas! – Protesta al mirarse. Yo la veo igual de preciosa que siempre.

- Pasaremos por tu piso a las tres y después te llevo a Victoria. – Añado. Ella suspira.

- Vaaaale. – Intenta salir de mi alcance y la sujeto del brazo.

- ¡No hemos terminado! – Protesto.

- ¿Y ahora qué? – Se pone en modo autoprotección.

- ¿Sigues queriendo alejarte de mí? – Vuelvo a probar suerte. Si me dice que sí esta vez me apartaré de verdad o me volveré loco. Pero no dice nada. Agacha la cabeza. – Sue, dímelo. Será la última vez que te lo pregunte. – Me mira hecha un mar de dudas.

- Maldita sea, Jamie. ¿Por qué me pones tan difícil olvidarte?

- Sue, ya me estoy quedando sin fuerzas para todo esto. ¡Me vas a volver loco! Dime lo que quieres y yo lucharé con todas mis fuerzas por hacerlo. Bien sea estar contigo bien sea separarme de ti. – No creo que de esto último sea capaz, pero he echado un órdago como último recurso.

- No lo sé. No sé qué es mejor. ¡Ya no sé nada! Estoy muy confundida. – Comienza a dar paseos por el salón de Arthur.

- Esto es agotador. – Me quejo y me siento en el sofá igual de perdido que cada vez que hablo con esta mujer.

- Te lo diré mañana. – Me dice al fin. La miro.

- ¿Por qué mañana y no hoy? No entiendo nada.

- Porque cuando estoy contigo no puedo pensar con claridad, Jamie. – De repente comienzan a pitar todos los aparatos electrónicos de la casa y Arthur aparece por el salón.

- ¡Chicos, ha vuelto la luz! ¿Quién quiere un café? – Sue y yo levantamos la mano.

Decido abandonar el tema de conversación con Sue en ese momento y me dirijo a la cocina. Hacemos el desayuno Arthur y yo mientras Mary y Sue cuchichean sobre nosotros. Carl y Megan se unen a nuestro desayuno minutos después. Carl parece renovado y se le ha olvidado por completo el enfado con Arthur.

Después de desayunar y echar un buen rato de conversaciones, decido llevar a Sue a su casa y yo irme a la mía. Hoy por fin ha salido el sol y según la información de tráfico las principales carreteras han sido despejadas de nieve y están abiertas al tráfico.

Por el camino a casa de Sue siento que su actitud ha cambiado conmigo. Ya no me habla con enfado ni crispación, sino que pasamos el camino a su casa bromeando y riéndonos de lo sucedido anoche con Carl y Megan. Según ella, Carl gime como un gato en celo y eso me causa mucha risa. Cuando le pregunto sobre cómo lo hago yo se pone toda colorada y eso me resulta conmovedor en ella. A veces, la máscara de mujer dura, atleta, fuerte y decidida de Sue cae y deja ver tras ella una chica dulce, asustadiza y frágil. Creo que en realidad ella es todo en uno. A veces es luz a veces sombra. Y eso me enamora.

También se ríe y muchísimo de la estampa que le he ofrecido esta mañana al ponerme sus bragas. Dice que no olvidará esa imagen nunca.

Al dejarla en su casa se despide de mí con un tierno beso en la mejilla. Yo me he ofrecido a esperarla y llevarla a Victoria Station, pero no quiere y no voy a presionar. Ya no sé si pensar que está más cerca o más lejos de mí.

En mi casa me tiro a la cama agotado por todo y me quedo dormido durante largas horas.

El sábado y el domingo pasan y no tengo noticias de Sue. Yo tampoco le escribo ni le llamo. Ya no puedo hacer más de lo que he hecho.

Lo único que tengo es un mensaje de voz en el teléfono de casa de Norton que quiere que el lunes vaya a su oficina para tratar el tema de Sussie.

El lunes también tengo que ir a mi nuevo trabajo y firmar el nuevo contrato.

Así que el domingo pasa sin pena ni gloria y sobre todo con la angustiada compañía del silencio de Sue.

Volver

El lunes me despierto y me siento renovado. He conseguido dormir más o menos bien las dos últimas noches, puede que sea porque sentí a Sue otra vez receptiva, o puede que por el agotamiento que llevo encima de tanto pensar en todo.

No sólo está esa mujer del demonio en mi cabeza, también tengo en mi mente a Sussie, aunque intente evitar ese tema y no dejarme llevar por el entusiasmo de que pueda finalmente salir todo bien, necesito seguir creyendo que sé vivir la vida sin la posibilidad de que ella vuelva y dejar de sentirme responsable por ello. También estoy preocupado por dar la talla en mi nuevo trabajo.

Roberta, mi asistente, me prepara un desayuno de reyes y cuando me lo acabo todo, me pongo la chaqueta, entro en mi coche y pongo rumbo a Bio Nature para firmar mi nuevo contrato.

En la central de Bio Nature me recibe Steve Green en la sala de conferencias con el modelo de contrato ya preparado. También me dice que existe la posibilidad de hacer un segundo contrato adicional para impartir cursos formativos en la Universidad de Cambridge muy bien pagados. Nada más y nada menos que doscientas mil libras por curso, cuya duración es de mes y medio cada uno. Acepto más que encantado, aunque en mi vida he dado clases de nada. Pero creo que me las podré apañar. Necesitaré cualquier aliciente económico en el que me pueda refugiar para hacer frente a todos los gastos que se me presentan por delante.

Todo sale sobre ruedas y firmo mi contrato con muchas ganas. Joe Monroe aparece justo antes de irme para felicitarme por mi decisión y para darme algunos manuales de políticas laborales de la empresa para que me los lea durante esta semana. Mi incorporación oficial a la plantilla se hará el lunes siguiente.

Salgo de la central de Bio Nature más que pletórico. Necesito compartir la noticia con alguien y me gustaría que ese alguien fuera Sue. Pero no quiero presionarla más o me mandará a la mierda y me añadirá a la lista de acosadores a los que evitar.

Así que finalmente le mando un whatsapp a mi hermana y a Arthur y decido hacerles una visita por mi clínica; la clínica Amber.

Cuando llego Ivonne, desde su mostrador, me dedica una mirada que me remueve la lástima por dentro. Me acerco a ella y deposito un café mocha en su mesa, como sé que a ella le gusta.

- Buenos días Ivonne. Café mocha te gustaba, ¿verdad? – Le digo con sonrisa amable.

- Ehhh, sí. – Titubea. – Gracias doctor Bennett.

- No hay de qué. Tú me has traído el café muchas veces a mí. – Le guiño. – Voy a pasar a ver a mi hermana. ¿Está ocupada?

- No, doctor Bennett, pase, pase. – Me dice muy nerviosa.

- Gracias, hasta luego Ivonne.

- Hasta luego doctor.

Llamo a la puerta y asomo la cabeza por la que ha sido mi consulta. Veo a mi hermana comiendo un cruasán y cuando me ve se levanta y viene hacia mí con entusiasmo.

- ¡Felicidades tontorrón! – Me dice mi hermana sacudiéndome la cabeza.

- ¡Joder, Brigitte, no me despeines! ¡Estás cogiendo las manías más feas de mamá! – Protesto y me siento en la silla de los pacientes. Suspiro al mirar a mi alrededor. Le sienta bien la bata blanca a mi hermana, ahora que la miro bien. – Ahora ya sí que sí puedes hacer de las tuyas con tu super agenda rosa. – Ella se ríe.

- Te regalaré otra a ti.

- ¡No gracias! – Sacudo con mi mano. – ¿Qué tal las cosas con Mat?

- ¿En la cama te refieres? – Hago un gesto de disgusto. ¡Le encanta provocarme con eso!

- Mejor hágame de mamá o de tu perro Brandon.

- Pues todos bien. – Arthur entra en la consulta sin llamar a la puerta.

- ¡Hombre Bennett! ¡Por fin me libraré de ti! – Me levanto y nos abrazamos. – Parecemos novios siempre juntos. – Me río. – Creo que un poco de separación le vendrá bien a nuestra relación. Así te cogeré con más ganas. – Me da un manotazo en el culo.

- No me tientes o te besaré. – Le advierto.

- ¡Ni se te ocurra! Ya sabes que la única Bennett follable de aquí es tu hermana, pero la muy tonta se ha echado novio. – Mi hermana sacude la cabeza disimulando una risa. ¡Sí, hermana, este hombre es un desvergonzado! Le doy un manotazo en el hombro a Arthur.

- ¡Artie, mucho cuidado con mi hermanita pequeña!

- Tú hermanita pequeña los tiene muy bien puestos para defenderse de un impresentable como yo. – Ambos se sonríen. – Los tiene mejor puestos que tú.

- Bueno, entonces, ¿podréis sobrevivir sin mí?

- ¡Ya estás estorbando aquí, jefe! – Me dice Arthur.

- ¡Eso! ¡Déjanos trabajar! – Añade mi hermana.

- ¡Muy bien, muy bien! ¡Qué os jodan a los dos! Ya celebraremos en otro momento. – Le doy un beso a mi hermana y otro a Arthur y me voy. Ivonne vuelve a mirarme con ojitos cuando paso por su lado y yo sonrío. Mejor dejemos esta relación así, sólo en su mente.

El resto del día lo paso leyendo los manuales en mi casa y... extrañando a Sue. Pero no quiero presionarla. El sábado lo último que me dijo fue que me llamaría ella cuando pensara en todo lo nuestro. Espero que no decida abandonarlo todo.

Me encierro en la habitación de mi despacho que tengo en casa mientras dejo a Roberta por sus anchas haciendo las tareas domésticas.

Echo de menos mis clases de boxeo... pero ahora mismo tengo mucho trabajo entre manos. Ya las retomaré cuando pueda.

A las seis de la tarde un piterío de coches me saca de mi concentración en los manuales y escucho que aporrean la puerta de casa. Cierro el manual que tengo entre las manos y cuando me levanto para preguntar a Roberta que quién narices es veo entrar en mi casa a Arthur, Tim, Carl, Liz, Megan, Mary, Sue y hasta mi hermana con Mat en tromba, y vienen a por mí en avalancha. No entiendo nada...

- ¡Vamos picha brava! – Me dice Arthur tirando de mí.

- ¡Eso, vamos! – Me dice Carl también. Las chicas parecen muertas de la risa mientras que me empujan por las espaldas hasta hacerme salir de casa.

- Pero, ¿a dónde? – Pregunto confundido.

- ¡Pues a celebrar tu nuevo puesto! – Dice Tim.

- ¿Cómo? ¿Pero a dónde? ¿Y tú no deberías estar de luna de miel?

- ¡Pues vamos todos al Caribbean Blue! Y la luna de miel la haremos la semana que viene. ¡Así que andando! – No entiendo nada. ¿Tim va a llevar a su mujer al Caribbean Blue? ¿Y tengo que estar allí con mi hermana y su novio? ¡Oh, no!

- ¿Estáis todos locos? – No puedo zafarme de ellos y consiguen meterme en uno de los coches a la fuerza.

Además, me han conseguido esposar las manos a mis espaldas. Estoy en la parte trasera del coche de Arthur con Sue a uno de mis lados y mi hermana al otro. Delante está Mat de copiloto y Arthur al volante.

- Lo que estamos es deseosos de celebrar. ¿Listo? – Me pregunta Arthur.

- ¡No! – Me quejo tirando de las esposas. Sue y mi hermana se ríen de mí. – Estáis flipados. ¿Pueden acaso entrar allí mi hermana y Liz? – Le pregunto a Sue. – Ese lugar se supone que es para hombres, no para mujeres, ¿no?

- En los reservados puede entrar cualquiera mientras que pague. Y es allí donde vamos. Tus amigos han pagado un reservado de los más caros para ti, y Megan, Mary y yo actuaremos hoy sólo para vosotros. – Dice Sue más que contenta. Me pierdo un segundo en su sonrisa. ¿Me ha perdonado ya? Luego sacudo la cabeza.

- ¡No quiero verte desnudarte delante de mi hermana pequeña! – Protesto. – Me da igual que te vea el resto del mundo, nena, pero delante de mi hermana no. – Gruño.

- Ella no tiene nada que yo no tenga. – Se queja mi hermana.

- ¡Oh, Brigitte, calla por dios! – Pongo los ojos en blanco.

- ¡No fastidies la fiesta! – Me regaña Sue. – No va a ser nada demasiado picante. – Me acaricia el rostro y yo me lanzo a sus labios al tenerlos tan cerca. – ¡Ehhh! – Se aparta.

- ¡Sí, lo sé, no hemos vuelto! – Vuelvo a protestar.

- Si te portas bien hoy quizá...

- ¡¿Qué?! – Me quedo congelado. – ¿De verdad, nena? – Ella asiente con una risita nerviosa. Yo vuelvo a besarla como puedo, tirando de las esposas que me han puesto porque quiero abrazarla y apretarla contra mí, pero no consigo deshacerme de su prisión. – ¡Mierda! ¡Soltadme! – Todos se ríen de mí. – ¡No tiene gracia, manada de locos! Nena, anda, suéltame. – Le suplico a Sue besuqueando su cuello. Ella me agarra de la cara para alejarme.

- No. Hoy mandamos nosotros. – Suspiro. Me encanta ver esos ojitos verdes otra vez chispeantes de alegría y de vida. Sé que va a perdonarme. Lo sé. Sé que lo que siente por mí es tan inmenso como lo que siento yo por ella.

- Te quiero. – Aprovecho para decirle. Ella me sonrío más que feliz y me da un lento y casto beso en los labios.

- Y yo a ti. – Susurra en mis labios mirándome con esos increíbles ojos verdes.

- ¡Ay, qué monos! – Mi hermana jode el momento dando saltitos y palmitas como una colegiala.

- ¡Brigitte, no me jorobes el momento! – Le regaño. – Mat, ¿cómo la aguantas?

- ¡Porque soy muy buena en la cama! – Contesta la boba de mi hermana para molestarme. Resoplo. Todos vuelven a reírse de mí.

- ¿Vamos a celebrar o vais a reiros de mí torturándome? – Pregunto y no obtengo respuesta.

El resto del camino hacia el Caribbean Blue lo paso intentando no desesperarme demasiado con las personas más importantes de mi vida. Al menos Sue está a mi lado y, además, está más sonriente y radiante que nunca. La amo.

Prisionero

Llegamos al Caribbean y no sólo estoy esposado, sino que también me han vendado los ojos. Suelto todo tipo de maldiciones por la boca y sólo consigo que todos se rían a carcajadas de mí. ¡Esta me la van a pagar!

No sé a dónde me llevan, pero el sonido del show en la sala común es ensordecedor desde donde estamos. Sin embargo, escucho la voz de Sue y de Mary a mi lado, así que supongo que ellas no actúan hoy en el show común. Al menos una buena noticia.

Entramos en una habitación y al cerrarse la puerta todo ruido externo queda aislado. Siento un montón de manos asiéndome de todos lados. Tiran de mí y me quitan las esposas. ¡Por fin! Pero no... ¡¿Qué coño?! ¡Me han esposado ahora a una barra de pole!

- ¿Qué vais a hacer, tarados?

- Tú disfruta. – Creo que ha sido Carl quien lo ha dicho.

Comienza a sonar “No ordinary love” de Sade.

Siento una mano que desabrocha la cremallera delantera de mi jersey, dejando mi torso al aire.

- ¡Woo, hermano, qué bueno estás! – Dice la imbécil de mi hermana.

- ¡Cállate, tonta! – Le grito. ¡Joder! Siento una mano agarrarme el paquete. Me tenso muchísimo y escucho la risa de mis amigos.

Carraspeo al sentir un trasero pegarse a mi entrepierna. ¿Será el de Sue? Después doy un repulso al notar la húmeda lengua de alguien lamerme un pezón. Oigo risitas a mi alrededor, creo que son de Mary, Megan y Sue que revolotean en torno a donde estoy esposado.

- ¡Eh! – Grito cuando noto una mano desabrochándome los pantalones. – ¡No, no!

- Shhh. – Siento una boca frente a la mía que me ordena que esté callado. Esa sí que es Sue. La muerdo instintivamente y ella lanza un gritito. ¡Es ella! ¡Te pillé!

Me quitan las deportivas, los calcetines y los pantalones. Ahora estoy en calzoncillos y con el jersey abierto. ¡Qué bien! ¡Y a merced de estas brujas! Mis amigos se lo están pasando de lujo. Lo único que hago es escuchar sus risas, que al menos me despistan de tener una erección de campeonato. Porque las tres Caribbean brujas no muestran merced alguna conmigo y se restriegan una y otra vez contra mi entrepierna, lamen mi cuello, mis orejas, muerden mi labio inferior y se ríen. ¡No es divertido!

Una de ellas me pone un vaso en los labios y vierte champán en mi boca. Tengo que beber muy rápido para que no se derrame por mi cuerpo, pero al final algo de champán cae por mi pecho y siento al menos dos bocas lamerme el pectoral. Mmmm, me excitaría y mucho si no me pusiese tan nervioso el público que sé que me está observando.

Ahora siento que me están empujando de los hombros hacia abajo. Quieren que me siente y no me queda más remedio que obedecer. Me siento en el suelo y apoyo mi espalda a la barra de pole a la que estoy esposado.

Noto como una de las chicas se sienta sobre mí y comienza a moverse con poca compasión sobre mis muslos. ¿Quién es? No parece Sue. ¡No, no, Bennett, no te empalmes! Joder, ya está la cosa a medio camino. La chica, que creo que es Megan, se levanta y ocupa su lugar otro cuerpo sobre mí. Se mueve con maestría y vuelve a verter champán sobre mis labios. Bebo rápidamente. Unas manos me recorren seductoramente los pectorales desde mi espalda mientras la amazona que se contonea sobre mí se mueve cada vez con más brío. ¡Creo que es Sue! ¡Y creo que estoy muy empalmado! Y la cosa empeora cuando la tercera de las brujas comienza a lamer una de mis orejas.

Constato que la que está sobre mí es Sue cuando me besa. Reconocería su beso en cualquier circunstancia. La beso y gimo. ¡Me están poniendo malísimo!

- Sue, nena, echa a todos los demás y quédate tú conmigo. – Le pido y ella suspira contenta en mis labios al comprobar que la he reconocido.

- ¿No te lo estás pasando bien?

- Mmmm, me estáis torturando. – Pongo voz de niño para apelar al chantaje emocional. – Yo también quiero celebrar. Pero sólo contigo. – Me besa con fuerza.

- Te quiero, idiota. Aguanta sólo un poquito más. – Gruño. – Un poquitito sólo.

El final de la actuación se me hace eterno. Siento la húmeda lengua de Sue enredada en la mía. Manos tocándome los pectorales, lenguas en mi cuello y mis orejas y más manos sobre mi polla. ¡Joder! ¡Me va a dar un ataque de los buenos!

Al final termina la jodida canción y lleno de todo el aire que puedo mis pulmones. Se han separado de mí y puedo relajarme un poco. Echo la cabeza hacia atrás y trato de pensar en viejas gordas y feas para quitarme esta horrible excitación de encima. Pero comienza otra vez a cantar Sade “By your side” y me echo a temblar. ¡Más no, por favor!

Siento una mano sobre mi pecho y me tenso rápidamente. ¿¡Es que estas arpías no tienen piedad!? De repente me doy cuenta de que está todo en silencio y que no noto tanta presencia femenina a mi alrededor. Los labios de Sue me besan con suavidad como el terciopelo. Miro hacia arriba, de donde proceden sus besos instintivamente, aunque continúe con los ojos vendados.

- Sue... No seas más cruel. – Le imploro.

- Ya estamos solos. Relájate.

- ¡Joder, al fin! ¡Quítame las esposas! – Ruego. Quiero tocarla.

- Empezaré quitándote esto. – Dice al quitarme la venda de los ojos. Parpadeo, aunque la luz en esta habitación es tenue y no me daña excesivamente la vista. Está en ropa interior frente a mí. Y me mira con ternura.

- ¿Dónde están los demás? – Pregunto aturdido.

- Bebiendo y divirtiéndose en un reservado de aquí al lado.

- ¿Han cogido dos reservados?

- La ocasión lo merece. – Me dice guiñándome.

- Es sólo un trabajo nuevo. No es para tanto. – Intento quitar hierro al asunto.

- Es un trabajo muy importante. Y tú y yo tenemos algo más que celebrar. – Me dice sentándose de nuevo sobre mí. Se me desvía la mirada a su escote sin pensarlo.

- ¿Ah sí? Muero por saber qué es.

- Que quiero ser parte de tu vida y que yo también tengo una oferta nueva de trabajo que lo hará más fácil. – Abro los ojos sorprendido.

- ¡¿Qué?! ¿Cuál? ¿Dónde? ¡No importa! ¡¿Vas a volver conmigo?! ¡Oh, nena! ¡Gracias! ¡Gracias! – Le beso con fuerza y ella sonríe en mis labios. – No te defraudaré, lo prometo, lo prometo. – Su risa contagia su felicidad. – Pero dime. ¿De qué trabajo se trata?

- En el hotel Saoma. Un hotel nuevo de lujo a las afueras de Londres, me encargaré de la animación, pero será un espectáculo más visual y artístico. Nada erótico. – Me agarra del pelo y me besa con fuerza. Estoy sin habla. – Dime que te alegras, anda.

- ¡¿Que si me alegro?! ¡Es fantástico, nena! ¡No podría ser más feliz! Pero si echas de menos esto, siempre podrás practicar conmigo. – Le digo con una sonrisa más que verdadera. Estoy pletórico.

- De hecho, ahora mismo pienso hacerte una exhibición privada de lo que se va perder a partir de ahora el resto de la humanidad y disfrutarás sólo tú. – Se pone en pie frente a mí. – No te muevas. – Me advierte. Yo asiento embobado observando ese cuerpo tan escultural.

Y, de pronto, comienza a bailar sobre mí, en la barra de pole. Se contonea por encima de mi cabeza. Está boca abajo y desciende hasta que sus labios alcanzan a los míos. Nos besamos. Es muy sensual. Después se gira y vuelve a descender sobre mí. Esta vez tengo frente a mi rostro su mayor tesoro escondido tras la fina tela de un tanga negro. Lo muerdo suavemente. Varios giros más en el aire y se deja caer sobre mí de nuevo. Me besa. Se frota contra mi cuerpo.

- Creo que ya has visto demasiado. – Me vuelve a poner el antifaz en los ojos.

- ¡Qué! ¡No!

- Shhhh. – Me sella los labios con un dedo. Lo muerdo y se ríe. Me quita los calzoncillos.

¡Ay, dios! ¡Ya sé lo que viene ahora! En efecto, siento el beso de sus labios sobre mi tremenda erección y comienza a chupar con ansias. Grito. Es lo único que puedo hacer. Cegado de visión y maniatado a una barra lo único que me queda es la voz y el sentido del tacto, que está al doscientos por ciento activado gracias a la privación de todo lo demás.

Arqueo mis caderas cada vez que siento que su boca se aproxima a mi miembro para

hacerlo más profundo y placentero. ¡Esta mujer me va a matar!

Entonces para y yo gruño. ¿Dónde se ha metido? ¡¡¡Joder!!! Noto su fulminante humedad cuando me introduce en ella de repente. Grito con fuerza y comienza a moverse, implacable, sobre mí. Siento sus besos, el roce de sus manos y creo que me voy a morir ahora mismo.

- Córrete conmigo. – Me pide entre beso y beso. Y no hacía falta porque ya estoy en medio de un clímax de lo más intenso. Gruñendo como un loco.

- ¡Dios, Sue!

- Ahhh. – Grita ella también al llegar al orgasmo. Ha sido brutal. Al fin siento que mis manos quedan liberadas, me quito rápidamente el antifaz y la abrazo con fuerza.

- ¡Te tengo maldita! – La tiro al suelo y la atrapo con el peso de mi cuerpo. Ella se ríe a carcajadas. – Ríete, pero esta me la vas a pagar. – Vuelvo a besarla por todos lados. Sigue sin dejar de reírse. La miro serio. – Sue, perdóname por todo.

- Ya sabes que estás perdonado. – Contesta con sinceridad. – No vuelvas a hacerme algo así.

- Te juro que no.

Nos vestimos y nos dirigimos al otro reservado, donde nuestros amigos están haciendo toda una fiesta. Yo no desenlazo mis dedos de los dedos de Sue en ningún momento de la noche y cuando al fin nos vamos, no me cuesta nada convencerla para que se venga a dormir conmigo a casa.

¡Sue ha vuelto a mi vida! ¡No puedo ser más feliz!

Feliz

Despertar al lado de ella, con su maraña de piernas y brazos por mi cuerpo, es sencillamente maravilloso. Lo supe desde el primer día que dormí a su lado, y ahora que he pasado casi tres semanas extrañándola lo sé todavía más.

Me levanto con sigilo, para no despertarla, y me dirijo a mi despacho. Tengo que seguir estudiando los manuales de Bio Nature. Además, tengo que comenzar a negociar préstamos con los bancos. Necesito conseguir ese millón de libras como sea para pagar el rescate de Sussie.

He concertado un par de citas para mañana miércoles. No puedo esperar mucho más. No quiero que todo se tuerza en el último momento.

También siento mucha tentación por pagarle a Norton las treinta mil libras que me pidió por la información que consiguió de Sue, aunque no sé si puede dañar en algo nuestra relación ahora que por fin la tengo de vuelta, y eso me hace dudar. Quizá sólo le pague para tenerla en mi poder, por si algún día pudiera resultarme útil. Debería hacerlo si quiero ayudarla. Ella nunca me va a dejar hacerlo. Es demasiado terca y, aunque ya no tenga la presión del dichoso trabajo suyo en el Caribbean Blue acechándome por la mente, todavía no sé ni ella misma sabe cómo le irá en el nuevo trabajo y si quiere seguir estudiando es mucho dinero lo que tiene que desembolsar para ello también.

Ya lo pensaré.

Lo primero es conseguir el préstamo para todo eso.

Una hora después Sue aparece por mi despacho enfundada en una de mis camisetas, que le queda enorme, pero a la vez sensacional. Al levantar la vista de mis manuales la veo ahí, en el marco de la puerta, observándome con mirada pícara y mordiéndose los labios. Ufff, me la desayunaría ahora mismo. ¿Cómo puede esta mujer encenderme a estos niveles con una simple mirada?

- ¡Eh! ¡Buenos días! – Me levanto enseguida al verla y me acerco para estrecharla entre mis brazos y darle un enorme beso.

- Buenos días doctor. ¿Qué haces aquí y no en la cama conmigo?

- Estudiar un poco los manuales de Bio Nature. – Digo acariciando su rostro con la yema de mis pulgares. – Si este trabajo me sale bien podré hacerme cargo de muchos gastos. ¿Quieres desayunar? Estaba esperando a que te levantas para desayunar juntos. – Ella asiente. Ignoro el bulto de mis pantalones y me la llevo de la mano a la cocina, en donde está Roberta revoloteando. Ya se conocen porque Sue vino a buscarme a casa varias veces cuando yo pasé la gran crisis del trabajo de Sue. Ahora al fin puedo respirar tranquilo en ese tema. – Buenos días, Roberta.

- Buenos días, James. Señorita...

- Ella es Suzanne, mi novia. – Le informo a Roberta con una sonrisa que no me cabe en la

cara. Sue me sonríe del mismo modo.

- Buenos días, Suzanne. – Saluda Roberta amablemente. –  Quieren café y tostadas? – Ambos asentimos. – Bien, siéntense. Se lo preparar  ahora mismo. – Roberta se pone a ello y yo me llevo a Sue para que se siente a mi lado en la mesa de la cocina.

- Cuéntame de tu nuevo trabajo. – Le pido.

- Pues, no me pagan tanto como en el Caribbean, pero no est  nada mal y es algo más artístico y más tranquilo. Creo que irá bien. – Dice encogiéndose de hombros con poco entusiasmo.

- Entonces,  por qué no te alegras?

- Tendr  que renunciar a algunas cosas, pero sobrevivir . – Me dice con una sonrisa que busca más que me calme que otra cosa. Respiro hondo.  Est  haciendo esto por mí? Quizá no he sido tan claro con ella sobre que estoy dispuesto a respetar cualquier decisión personal que haga sin juzgarla por ello.

-  Qu  est s estudiando, Sue? – Ella agacha la cabeza. Esto no me gusta.

- Nada. No voy a seguir. – Mierda.  Lo intento otra vez?

-  Por qué no?  No te gusta lo que estudias?

- Pues s  que me gusta, Jamie. Pero, mejor no hablemos de los motivos. – Me sonríe con mucho esfuerzo.

- Sue, si es cuestión de dinero...

-  Jamie, todo en esta vida es cuestión de asqueroso dinero! – No puedo estar más de acuerdo. – Pero si vas a volver a ofrecerme el tuyo, la respuesta sigue siendo no. –  Qu  terca es! Quiero replicar, pero me sella con un dedo. – No, no insistas.

- Sue, es sólo dinero.

-  He dicho no!

- Dime al menos qué es lo que estudiabas.

- Prefiero no darte la tentación de interferir en ello. – Me sonríe con picardía.

-  Puedo ser muy persuasivo! – La cojo en volantas y la siento sobre mis piernas. Ella grita, y más aún cuando comienzo a hacerle cosquillas.

-  Para, para! – Se retuerce. Decido soltarla y esta conversación con ella finalmente me convence de comprarle a Norton el informe que ha conseguido sobre Sue. Voy a pagar su deuda y voy a pagar sus estudios. Ella merece las mismas oportunidades que han tenido mis amigos, familiares o yo mismo en la vida.

Pasamos el día juntos. Decido llevarla a comer a un restaurante muy bueno y que tiene unas vistas preciosas. Para eso, ella me obliga a pasar antes por su apartamento para poder ponerse

algo “decente”. Ella seguiría siendo la más hermosa hasta con una bolsa de basura.

En el restaurante vuelvo a intentar sutilmente demostrarle que no tiene que renunciar a sus aspiraciones por mí.

- ¡Esto está delicioso! – Comenta contenta al llevarse un trozo de carne a la boca. Me alegra la vida cuando la veo tan entusiasmada.

- Como tú. – Sonríe como una niña. – Tenemos que hablar, Sue. – Ahora se vuelve seria. Mierda. Esa frase suena siempre amenazante. Pero es la verdad, tenemos que hablar.

- ¿Sobre qué? Por favor no saques el tema de tu secretaria. Estoy haciendo grandes esfuerzos por obviarlo. – Agacho la cabeza avergonzado. – He preferido pensar que lo hiciste como una forma torpe de intentar superar el shock que supuso para ti saber todo.

- No. No quiero hablar de eso. – Le dedico media sonrisa tímida. – Sólo quería superar tu pérdida y conseguí lo contrario y sentirme aún más miserable. Quiero hablar de ti.

- ¿De mí? – Se sorprende. – ¿Qué pasa conmigo? – Ella se tensa en su silla. Tiene miedo. Siempre ha tenido miedo al abandono. Jamás lo haré de nuevo. Cojo su mano.

- Que quiero que seas feliz, Sue. – Le digo mirándola a los ojos con total sinceridad. Ella frunce el ceño.

- Soy feliz contigo. Jamás tuve la intención de romper del todo contigo. Sólo quería que meditases sobre lo que pasó. No dudes de mí, por favor.

- No dudo de ti. Pero, quiero saber si has cambiado de trabajo sólo por mí y si eso supone para ti renunciar a cosas importantes de tu vida. Porque si es así estoy en la obligación de hacer que mi amor por ti no suponga un obstáculo en tu vida y ayudarte, Sue. Permíteme ayudarte, por favor. – Carraspea y agacha la mirada. – Sue, háblame. Cuéntame qué es lo que deseas de la vida y lucharemos juntos para que tus aspiraciones no sean jamás inferiores a las mías.

- Ya te he dicho que no quiero que tú te salpiques de mis problemas. Son sólo míos.

- Son míos cuando la persona a la que amo y con quien quiero compartir mi vida no es completamente feliz. – Me mira extrañada. – Una persona es completamente feliz únicamente cuando la persona que está a su lado también lo es, Sue.

- Tú odiabas mi trabajo. – Inquieta herida.

- Lo sé. Pero el problema era mío, no tuyo. Y sigue siéndolo. No te voy a negar que me siento aliviado de que lo hayas dejado, pero algo en mi interior me dice que estoy siendo egoísta y desconsiderado si con todo esto te obligo a renunciar a cosas. No te pedí que dejaras tu trabajo cuando te pedí una segunda oportunidad, Sue.

- Me lo pediste en varias ocasiones antes de dejarme. – Bebe de su copa de vino y su mirada refleja resentimiento al recordar mi petición.

- E hice mal. Pero todo me pilló por sorpresa y sobre todo muy desubicado. Me he equivocado, Sue. Confío en ti, nena. – Le digo y aprieto su mano en la mía. Ella observa el gesto y

después me mira incrédula. – Lo digo en serio y tienes que creerme.

- Meditaré sobre ello. – Contesta fríamente y distante.

Dejamos la conversación y terminamos de almorzar tratando temas más divertidos y menos profundos.

Después paseamos por Picadilly y tomamos un helado. Hoy hace un día estupendo. La primavera a veces es imprevisible, como Sue.

Por la noche la llevo a su apartamento y ceno con ella y las chicas, porque Megan y Mary no trabajan en el Caribbean Blue ese día, ellas descansan tres días a la semana, así como también será el nuevo trabajo de Sue y me parece un horario más razonable. También nos acompaña Arthur, que parece que le ha dado fuerte con Mary y no la deja ni a sol ni a sombra. ¡Por fin lo veo en modo romántico! Ahora seré yo quien se burle de él. Y, supuestamente, Carl al final se ha decidido a echarse a un lado, aunque Arthur dice que cree que todavía hay tensión. Pero se le pasará. Siempre hemos sido muy amigos y no pueden acabar estos dos enfadados por temas de faldas. Además, según dice Megan, ha vuelto a quedar con Carl y ambos tienen intención de seguir viéndose.

Durante la cena Megan coquetea conmigo más de lo normal y me hace mucha gracia la cara de asesina de Sue, pero simplemente me he dado cuenta de que Megan es así. También coquetea con Arthur y apostaría el cuello a que lo haría con cualquier espécimen masculino que se le cruzase. Pero debido a la metedura de pata que he tenido con Sue al liarme con Ivonne, sé que lo que tengo que hacer ahora es que confíe en mí. Por eso no desenlazo sus dedos de los míos en ningún momento. Y cuando lo consiga de nuevo le hablaré de Sussie, lo prometo. Pero tengo un par de días para hacerle sentirse de nuevo cómoda a mi lado y que olvide mis horribles cagadas con ella. También tengo que conseguir el préstamo para el rescate de Sussie, antes de poner el tema sobre la mesa.

Pasamos una velada muy divertida, en la que Sue marca su terreno conmigo en todo momento. Es un alivio ver que no soy el único que siente celos. No obstante, a mí los celos me han hecho cometer grandes tonterías con Sue.

Lo único que me resulta un poco raro y puede que hasta alarmante, es que el móvil de Sue no ha parado de sonar en ningún momento y ella no ha querido contestar. He visto en la pantalla que en algunas ocasiones se trataba de su tío, o al menos pude leer Rodrigo Simón, y he supuesto que era él. Puede que quiera hacer que Sue vuelva al Caribbean Blue, ella era la estrella principal del show general y seguramente su partida cree un descenso importante de los ingresos. Pero no voy a pensar en eso ahora. Ella ha decidido marcharse de allí y sé que lo ha hecho por mí.

No obstante, lo que más me ha alarmado han sido las llamadas de un número que Sue no tenía registrado y que sin embargo no quería atender. Eso me hace pensar que puede que ella sepa de quien se trata y que no haya querido contestar frente a mí por temor a mi reacción.

Pero no es hoy el día para tratar tanto tema perturbador. Ella ha decidido darme otra oportunidad y nuestra segunda parte como relación de pareja comienza hoy, así que estoy decidido a basarla esta vez en la confianza y en la libertad individual. No quiero que ninguno de los dos

sienta que nos limitamos el uno al otro, sino más bien lo contrario.

Cuando ya es bastante tarde, decido despedirme y poner rumbo a mi casa. Mañana tengo asuntos que resolver y, aunque me cueste un mundo despegarme de Sue en estos momentos, no quiero que se entere de cuáles son mis planes.

Quiero hacer algo por ella, estoy decidido.

Al salir de su apartamento Sue me da un beso de esos que te deja con ganas de más y me voy bastante tenso en dirección a mi coche, pero me sobresalto al ver un Ferrari rojo dar vueltas por el barrio. ¿Será el poli corrupto ese de nuevo? Sacudo la cabeza y decido ignorarlo. Arthur está con las chicas, él me dirá si ve algo raro.

El miedo roba tu libertad

Es miércoles. No me gusta nada levantarme solo, me pone de mal humor. ¿Así he estado durante dos años? He debido ser insoportable. Echo de menos a Sue en todo lo que hago y no sé si es bueno o malo. No me gusta ser dependiente y no quiero ser posesivo. Así que es un ejercicio de autocontrol que estoy llevando a cabo ahora que ya sabemos que nos amamos y respetamos y que eso es básicamente lo importante de toda relación. Pero no puedo evitar llamarla nada más levantarme.

- Mmmm. – Me responde la muy perezosa. Siempre duerme hasta tarde y eso es una ventaja para mí, porque siempre que me despierte a su lado la veré junto a mi cuerpo dándome su calor.

- Buenos días, perezosa. – Digo entre risas.

- Mmmmdías. – Masculla.

- Si estuviese ahí te despertaría en décimas de segundo.

- ¿Por qué no te quedaste? – Me dice con una voz infantil. – Yo quería que te quedaras.

- Tengo cosas que arreglar hoy. – Le informo sonriente al escuchar sus palabras de anhelo mientras me pongo la chaqueta para salir ya de casa.

- ¿Qué cosas? – Pregunta preocupada.

- Papeleo del nuevo trabajo y también del contrato de mi hermana en mi clínica, nada importante. – Miento porque todavía no he encontrado la ocasión perfecta para tratar el tema de Sussie.

- ¿Vas a volver a ver a la Ivonne esa? – Me sorprende su pregunta cuando ya estoy entrando en mi coche.

- Sue, no volverá a pasar algo así ni con Ivonne ni con otra, créeme, por favor. Después pasaré por tu apartamento para verte, nena. – Le digo.

- ¿Y si no estoy aquí? – Sigue a la defensiva. Suspiro.

- Te buscaré y te encontraré. Aunque te escondas debajo de las piedras. – Creo que sonrío al otro lado del teléfono. – Te quiero, fierecilla. Tengo que dejarte, voy a conducir.

- Pórtate bien. – Dice sólo.

- ¿Y dónde está mi “yo también te quiero”? – Protesto.

- Yo también te quiero, engreído. – Dice riendo al fin abiertamente.

- Bueno, puedes mejorarlo. Otras veces me has llamado Dios y ha sonado más acorde a las circunstancias, pero esta vez me conformaré con esto. – Ella vuelve a reír.

- ¡Eres un sinvergüenza!

- No, perdón, soy TU sinvergüenza. Luego te veo. Un beso.

- Un beso. – Y cuelga mientras escucho su suspiro al otro lado del teléfono.

Casi una hora después estoy en el banco donde solía trabajar mi padre como director. Hoy el tráfico está imposible. Loreen, la nueva directora, me atiende con amabilidad porque ella y mi padre eran grandes amigos desde la juventud. Por eso es mi primera opción para el pedir el préstamo. Le digo que quiero tres millones de libras esterlinas y Loreen me mira como si me hubiese salido un alien de la boca. Me exige un motivo y un aval. Como motivo le digo que al fin tengo en mis manos el rescate de Sussie y como aval pongo mi casa y mi nueva nómina en Bio Nature. Loreen consigue que me aprueben el préstamo con rapidez, le doy las gracias encarecidamente y le pido como favor personal que no le diga nada a mi madre sobre el préstamo.

Media hora después estoy en la oficina de Norton. Entro decidido y le estrecho la mano. Él me indica con la suya que me siente.

- Señor Bennett, la operación rescate está avanzando más rápido de lo que creíamos, pero su mujer se muestra muy testaruda con algunos términos. No sabemos si es por alguna presión externa de alguno de los que le dan cobijo allí. – Me informa Norton.

- Ella no ha sido nunca así. No la reconozco en absoluto. – Confieso intranquilo pasándome las manos por el pelo. – Cuando la conocí era una estudiante de arte responsable y entregada. Siempre fue muy inocente y nunca me dio la más mínima impresión de que simpatizara con el extremismo islámico. ¡Yo lo habría visto venir, maldita sea!

- Tampoco nosotros hemos encontrado ninguna evidencia de que lo hiciera en nuestra investigación hasta que se casó con usted, señor Bennett.

- ¿Quiere decirme que se radicalizó después de nuestro matrimonio? – Pregunto sorprendido.

- Eso parece, señor.

- No lo puedo creer... y no lo vi... – Pienso en voz alta con la mirada perdida en el suelo. – Sé que no fui el marido diez, pero la quería y ella debía saberlo. Éramos demasiado jóvenes y nos casamos de forma precipitada forzados por las circunstancias. Es lógico que no saliera como en las películas. Además, eso no es motivo para hacerme lo que me está haciendo. ¡No lo es! ¡Se fue y me abandonó sin siquiera decirme que no era feliz o que intentásemos arreglarlo! ¡Se fue y se llevó mi vida con ella! ¡Se llevó...

- Cálmese señor Bennett. Está a punto de recuperarla. – Me pide Norton. Yo me freno en seco para no acabar una vez más desquiciado por la situación. – Con suerte tendrá a su mujer de frente en menos de un mes y podrá cerrar usted mismo la negociación.

- ¿Qué? ¿Yo? – Doy un salto hacia atrás sentado en la silla.

- Sí, es lo que quería informarle. Su mujer insiste en que sea usted mismo el que vaya a Líbano si quiere terminar la negociación. Quiere que sea usted la que vaya a recogerla. – Inhalo con fuerza. Yo no sé si sabré cerrar esta negociación con ella, a solas.

- Yo... ahora mismo tengo una nueva relación. Ya he pasado página a lo que viví con ella y no creo que pudiera perdonarla nunca de todos modos. – Confieso como quien confiesa sus pecados en un confesionario católico.

- Ah, ¿sí? Bueno, eso no me lo había dicho...

- Ya... lo sé. Pero no sabía cómo marcharían las cosas con mi mujer ni con mi nueva pareja. Ha sido todo muy extraño y precipitado. Yo ya había perdido toda esperanza de salvar mi matrimonio bastante tiempo atrás. – Me levanto nervioso y comienzo a dar vueltas por la oficina.

- Pero usted no debe decírselo a su mujer. Ella debe pensar que usted todavía la ama a ella. ¿Me entiende? Después ya haga lo que quiera cuando Sussie sea libre. – Le miro aturcido y asiento. Ella debe pensar que todavía la amo... la amo... la amo... Me froto la cara. Me estoy agobiando.

Esa mujer fue demasiado importante para mí. ¡Maldita sea, me casé con ella! Pero, honestamente, jamás sentí algo la mitad de intenso que lo que siento por Sue. Aun así, tengo que zanjar este asunto y tengo que aclarar las cosas con mi mujer, frente a frente. Quiero que me diga a la cara por qué me hizo lo que me hizo.

- Está bien. Iré yo mismo a por ella. – Confirmando y Norton sonríe. – Pero acelere esto, Norton. – Le señalo con el dedo. – Un mes es demasiado tiempo, necesito poner mi vida en orden de una maldita vez.

- Lleva esperando dos años este momento, señor. Sólo será un mes más.

- ¡Es mucho! ¡Joder! ¡Quiero que todo esto acabe ya!

- Está bien, está bien. Hablaré con mi contacto en el Líbano y le diré que acelere el proceso.

- Ah, por cierto. Aquí tiene los treinta mil dólares que me pidió por la información que le pedí. – Deposito un cheque sobre su mesa. Norton me mira y coge el cheque. – Y el millón de libras que piden por Sussie.

- Perfecto. – Se gira sobre su silla, abre una cajonera y saca un sobre marrón bastante grande. Me lo tiende con una sonrisa de satisfacción pintada en la cara. – Aquí tiene su información, señor Bennett. – No sé por qué tengo esta maldita sensación cuando cojo el sobre con la información de Sue ni por qué me siento como un criminal. Pero lo cojo y lo guardo bajo mi abrigo, junto a mi corazón.

- Gracias Norton. Espero su llamada con noticias positivas con respecto a lo de Sussie.

- Haré lo que esté en mis manos. – Me estrecha la mano. – Estamos en contacto.

Cuando me meto en el coche siento que el sobre que me ha dado Norton me quema las manos al sostenerlo frente a mí. Y, a pesar de que una vocecita muy insistente en mi cabeza me pide que no lo abra, ignoro la vocecita y abro el sobre.

Me convengo a mí mismo de que sólo voy a ojearlo por encima hasta dar con la información que necesito.

“El sujeto: Suzanne Allen, nacida como Suzanne Daniela Simón.

Hija de: una contorsionista llamada Silvie Chardo (nacionalidad francesa) y de un faquir llamado Rodrigo Simón (nacionalidad cubana).

Edad: 26 años.

Instrucción: Estudios inconclusos en la universidad de farmacología.

Estado civil: Divorciada.

Antecedentes: No tiene antecedentes policiales. Nacionalidad inglesa adquirida a través de matrimonio de conveniencia con el sujeto que responde al nombre de Albert Allen. El progenitor Rodrigo Simón tiene causas abiertas en cuatro países por trata de blancas, se desconoce relación con su progenitor desde hace 10 años. La progenitora Silvie Chardo falleció hace 13 años. Ante tal hecho, la custodia de Suzanne Daniela Simón pasó a su padre al que se le denegó tres años después por repetitivas denuncias de su hija abriendo causas de abusos de índole económica y maltratos hacia la menor por parte de Rodrigo Simón, causas que no han sido probadas y han sido archivadas por haber prescrito.”

Tengo que parar un momento y coger aire ante la saturación de información que tengo en mi poder. ¿Matrimonio de conveniencia? ¿Con Albert precisamente? Supongo que si lo consideraba su amigo lo vio como un método rápido y sencillo de regularizar su estancia aquí. Pero... ¿y las denuncias a su padre? ¿Abusos económicos? ¿De qué tipo? ¡Dios, Sue, ¿qué te han hecho?! Me frote la cara y decido no leer más por ahora e ir directamente hasta donde pone sus datos bancarios. ¡Bien Norton! ¡Los has conseguido! Es todo cuanto necesito por ahora. Voy a buscar a mi chica. Necesito darle un fuerte abrazo tras haber leído cierta información sobre su vida privada. Y lo haré por sorpresa.

Pero cuando llego a su casa Megan me abre la puerta y me dice que no está y que no sabe dónde se encuentra. Me imagino que no tardará, así que decido esperarla por la zona. Mary me invita a pasar y a esperarla en el apartamento, sin embargo, declino su invitación, porque creo que no le gustaría mucho la idea a Sue de encontrarme a solas con Megan en su apartamento. Así que decido esperarla tomándome un café en alguna cafetería cercana desde donde pueda observar cuando llega.

Me pido un café y me siento en una mesa junto a una ventana desde la que se observa perfectamente la entrada al edificio de Sue. Estoy nervioso, muy nervioso. Sue y yo nos ocultamos demasiadas cosas y creo que eso podría ser un inconveniente cuando todo explote de una forma u otra. Pero por otro lado también nos uniría saber que ambos sabemos lo que es pasarlas realmente mal.

No paro de suspirar y de mirar mi móvil, por si tengo algún mensaje de ella o una llamada. Pero por ahora no la voy a llamar yo. Preferiría darle una sorpresa cuando llegue.

Pero, de pronto, algo capta mi atención. Es una voz conocida que proviene del asiento que está tras de mí. No puedo verla porque el respaldo de madera del asiento doble en el que estoy

sentado es grande, pero apostaría mi huevo izquierdo a que esa es Sue. Su acento es inconfundible. Me tenso y permanezco a la escucha.

- Albert, ya parecías más tranquilo. No me digas que vas a empezar otra vez a rondarme. – ¡Albert! ¡Está con el maldito de Albert! Su voz suena serena y no enfadada como debería.

- Sólo estaba preocupado por ti, Sue. Te vi muy afectada cuando el tipo ese te dejó. – Mierda, va a aprovechar mi torpeza para llevársela a su terreno. – Ese tipo no sabe cómo tratar a alguien como tú, Sue. Él no es de los nuestros y no puedes hacerte la tonta ante eso.

- Albert, déjalo. Hemos vuelto. – Dice ella con voz cansada.

- ¡Sue no te hagas esto, por el amor de dios! ¡Te vas a meter en problemas! – ¿Qué? ¿Por qué? Sue no dice nada y mucho me temo que el idiota ese la está convenciendo. – Seguro que te dejó por tu trabajo. ¡Seguro que no sabe nada de tu situación! Sabes todo lo que yo he hecho por ti, Sue. Volvería a hacerlo sin mirar atrás. Volvería a casarme contigo, aunque no me quisieras e intentaría hacerte sentir la mujer más dichosa de la tierra. Y no te juzgaría jamás por lo que tú eres. – Tengo ganas de levantarme y matarlo. Pero me aguanto como puedo para seguir escuchando.

- He dejado el Caribbean, Albert. – Contesta Sue en un hilo de voz.

- ¡¿Qué?! ¡¿Por ese tipo que apenas conoces?! ¡¿Y con qué coño piensas pagarle a Nico toda la pasta que le debes?! – No me jodas. ¿Es al poli corrupto a quien Sue le pidió el dinero? ¡Esto es el colmo! ¡¿Y de dónde saca ese cabrón tanta pasta?! No sé si quiero saberlo... – ¡Sue, nos estás poniendo en peligro a los dos por tu estúpida historia de amor que tiene los días contados! ¡Yo di la cara por ti y te avalé con mi casa, Sue! – ¡Perfecto! ¡¿Qué más me queda por saber?! – ¡No agaches la cabeza, Sue! ¡Sabes que se lo debes y tienes que cumplir o nos meteremos los dos en grandes problemas! ¡Nico es colega mío, pero es peligroso joderle! ¡Lo sabes! Dios. ¿Ves? Me necesitas a mí para protegerte.

- Tengo otro trabajo. Pagaré lo que debo. No te meteré en problemas, Albert. Puedo con esto yo solita.

- Joder, Sue... ¿Podemos confiar Nico y yo en ti?

- ¡Tú y ese jodido asqueroso abusasteis de mí, Albert! ¡No te atrevas a dudar de mi palabra! – Estoy al borde de un colapso mental, pero si me meto ahí la cosa acabará muy muy muy mal.

- Sue, no fue así... Sabes que te quiero. Que siempre te he querido. ¡Sue, yo sí me casé contigo por amor! ¡¿Qué querías?! Hice lo que estaba en mis manos para que me correspondieras.

- ¡¿Que no fue así?! ¡Me drogaste, Albert! ¡Y yo confiaba en ti! ¡Y tú sabías que me casé contigo por los papeles! Por dios, Albert. Lo habíamos hablado cientos de veces. Te dije que yo no sentía por ti nada más que una bonita amistad. ¡Amistad que te cargaste haciendo lo que hiciste!

- Yo sólo quería que te desinhibieras y dejases a un lado tanta cabezonería de que no debíamos mezclar el trabajo y el placer. ¡Yo te gusto, Sue, lo sé! Antes de que te... bueno, antes de que te suministrara aquel fármaco tú y yo habíamos tenido sexo consentido. ¡Tú querías y yo

quería! ¡Eso no me lo puedes negar! Sólo quería que no te distanciaras de mí por no saber afrontar que te gustaba de verdad. – Eso sí que es bueno.

- ¡No es verdad, Albert! Bueno, no te voy a negar que cuando llegué a Londres me gustabas un poco. ¡Pero era sólo porque no tenía a nadie más y me sentía protegida por ti! ¡Pero me traicionaste, Albert! ¡Me drogaste, abusaste de mi estado y le diste la posibilidad a Nico de hacerlo también!

- ¡Y jamás me perdonaré por ello! Jamás pensé que él haría algo así... lo siento... Sue... Te dejé en un reservado con él, sí, pero estabas vigilada. ¡Ese hijo de puta me prometió que jamás te tocaría! ¡Que respetaría mis sentimientos! Y créeme, si no fuera por lo peligroso que es y por toda la información que tiene de ti y de mí lo habría matado en aquellos momentos. Pero he hablado con él y está arrepentido.

- Lo hizo, Albert. Abusó de mí. ¡Y lo hiciste tú también! Fin de la conversación. Ahora no quiero volver a pensar en eso Albert.

- Sue, si me dieras una oportunidad...

- No sigas por ahí, Albert. Tú y yo sólo somos amigos y me duele la boca de decírtelo. – Mi sangre hierve. ¿Amigos? ¡Debería denunciarlo!

- Joder... Maldita sea, Sue. Está bien. ¿Quieres librarte de mí? ¡Estupendo! – Ahora la voz del soplapollas ese suena amenazadora. – Sólo dime que le pagarás a Nico el dinero que le debes. Nico me ha llamado, ¿sabes? Está muy cabreado porque tu noviete ese ha conseguido que tú ya no le hagas más espectáculos privados. Dice que a él le gusta sólo contigo, Sue. Dice que tú ya le conoces y sabes lo que a él le gusta. Que sabes sus particularidades y ha prometido no ponerte la mano más encima. – Este hijo de puta pretende hacerla caer en el abismo de nuevo. No pienso permitirlo. Relájate Bennett. Aguanta unos minutos más. – Me ha dicho que te diga que te condonará un tercio de la deuda si el domingo que viene le haces un privado en su casa. – Aprieto los ojos y pido al cielo para que la respuesta de Sue sea negativa.

- ¡¿Estás loco?! – Ufff. – ¿Y tú dices estar enamorado de mí? ¿Quieres que me meta en la boca del lobo? ¡No me creo una mierda de sus buenas intenciones! ¡Ya me he tragado ese cuento antes y mira lo que pasó!

- Sue, no te voy a dejar sola, yo estaré allí para vigilarte. – ¡Ja! ¡Él! ¡Él la va a proteger! Voy a matar a este maldito, lo voy a matar. – ¡Y claro que estoy enamorado de ti! ¡Lo sabes de sobra! Por eso mismo no quiero que te metas en problemas con Nico. ¡Sue, todo esto lo estoy haciendo por ti!

- Voy a pagar, Albert. Lo haré como pueda. Y, además, el domingo trabajo. Dile a Nico que se busque otra distracción. – Creo que Sue se levanta y yo me remuevo nervioso en mi silla. ¿Qué hago? Me van a ver. Disimulo haciendo como que tengo una conversación por teléfono y que me acabo de sentar. – Cuidate Albert. – Dice Sue y de repente me ve sentado. Nuestras miradas se cruzan y ella se queda con la boca abierta. Mira a Albert y luego a mí. Albert y yo nos dedicamos miradas de profundo rencor. Aguanta Bennett. – ¡Jamie! ¿Qué haces aquí? – Hago como el que termina una conversación telefónica y apago el teléfono.

- Nena, he venido a verte. – Me levanto. Hay mucha tensión en el ambiente. Quiero matar a alguien, pero no a Sue. Aguanto el tipo. – Quería tomarme un café mientras te esperaba y qué casualidad que te veo con... tu amiguito. – Señalo a Albert con desdén.

- ¡Eh! ¡No vayas a darme la brasa otra vez! Sue ha sido la que me ha llamado. – Se defiende el muy cretino.

- Ya veo...

- ¡Mi amor! – Sue se abalanza a mis brazos y yo la abrazo por no liarme a hostias. – Sólo quería aclarar unos asuntos con él, nada más. – Me dice nerviosa.

- ¡Eh! Confío en ti, nena. – Le digo con una sonrisa forzada y besándola con pasión. A ver si así se da cuenta el estúpido ese que sobra. Albert suelta una risa incrédula, lo fulmino con la mirada y se da media vuelta para largarse, sacudiendo la cabeza por el camino. Me tenso muchísimo. Lo mataría si pudiera.

- Jamie, aquí. – Sue me guía la mirada hasta la suya de nuevo para calmarme. – No significa nada para mí. Sólo tú. – Me besa con ganas. Suspiro en sus labios.

- No me gusta ese cretino. ¿De qué hablabais? – Farfullo.

- Algún asunto pendiente. No volverá a molestarnos. Créeme, Jamie. – Sue me oculta cosas y no puedo recriminárselas porque yo a ella también. Y ahora siento más miedo aún de revelar todo. Se me está complicando la cosa con ella y para más inri, ahora que la tengo en mis brazos sólo pienso en follármela como un loco. Ese es el poder que tiene sobre mí.

- Vámonos. – Le digo secamente.

- ¿A dónde? – Pregunta confundida.

- A mi casa. Quiero hacértelo hasta que perdamos el sentido. – Respondo fríamente. Si mañana se irá a su nuevo trabajo y no la veré en cuatro malditos días tengo que aprovechar el tiempo. Ella abre la boca sin saber que decir y yo aprovecho su silencio para tirar de ella. – Vámonos ya.

Salimos de la cafetería y la llevo a tirones hasta mi coche. Ella sube sin saber qué decir y mirándome un tanto asustada por mi brusquedad.

Arranco el coche y me pongo a toda velocidad en poco tiempo.

- Deberías ir más despacio. – Me pide.

- Tengo prisa. – Respondo sin mirarla.

- ¿Por qué estás tan tenso? – Pregunta asustada por si he escuchado algo de su conversación con el capullo ese. No pienso revelárselo. Tengo más ventaja sobre todo si me reservo la información para mí. Eso lo he aprendido con la vida. La información es un arma muy poderosa y sólo hay que desvelarla para que actúe en tu beneficio, nunca en tu perjuicio. Sue me acaricia el muslo mientras conduzco y siento mi piel arder por la rabia y la impotencia mezclado con la ambrosía de su tacto. No contesto. Pongo mi mano sobre la suya y la guío poco a poco hasta

mi sexo. Ella suspira al notar mi dureza. La miro. – ¿Es eso lo que necesitas? – Asiento. Lo que necesito es descargar tanta rabia y frustración interna. Siento entonces su mano acariciar mi polla por encima de los pantalones y comienzo a respirar con brusquedad. Acelero y en pocos minutos ya estoy en la carretera que me lleva a las afueras de la ciudad.

- Vas a volverme loco. – Suspiro cuando siento sus dientes mordiendo mi oreja. Ya no puedo controlarme más. de repente doy un volantazo y me desvío de la carretera principal.

- ¿Qué haces? – Pregunta Sue asustada. Yo desabrocho mi cinturón de seguridad y me abalanzo sobre ella, devorando sus labios, introduciendo mis manos por debajo de su camiseta y apretando sus senos con fuerza.

- Sue, quítate los pantalones. – Ordeno sin aliento.

- Nos van a ver. – Responde entre risitas nerviosas.

- Aquí no nos ve nadie. Haz lo que te digo. No puedo más. – Le ayudo tirando de sus pantalones. Ella al fin reacciona cuando la he desnudado de cintura para abajo y me ayuda a desabrochar mis pantalones, porque mi impaciencia no me deja atinar. De repente siento sus labios chupar mi polla con dureza y yo gimo con fuerza y le aprieto del pelo. – ¡Oh, nena! ¡Sí! – Impulso mis caderas para entrar más en su boca. Es delicioso. – ¡Para! – Clamo cuando veo que pierdo el control. – Quiero estar dentro de ti. – Echo mi asiento para atrás y levanto a Sue de la cintura para colocarla sobre mí. Entro en ella de una. – Ohhh. Estás muy mojada. – Sue grita ante la intromisión y echa la cabeza hacia atrás. Levanto su camiseta y se la quito por la cabeza, pero se la mantengo a la altura de los codos sujetando sus brazos a su espalda. Me muevo con rabia hacia arriba para embestirla, sujetando sus caderas.

- ¡Ah, Jamie! ¡Dios, deja que me acostumbre! – Suplica y me avivo más.

- Aquí sólo voy a estar yo a partir de ahora, ¿entendido? – Sue me mira y sigue gimiendo con fuerza. – Me da igual a qué te dediques, haré lo que haga falta para mantenerte a mi lado y a salvo, pero sólo te poseeré yo, ¿me oyes? – Mascullo entre dientes. Ella asiente mirándome sin poder articular palabra. Sé que estoy siendo implacable, pero lo necesito. Mordisqueo uno de sus pezones que están a la altura de mi boca y ella grita. – Grita, nena. Siente las ganas de ti que tengo. Te necesito. – No pienso parar hasta vaciarme en su interior y vaciar mi rabia también. ¡Estoy cansado de piedras en el camino! Debería ser todo tan simple como que nos amamos y nos necesitamos.

- ¡Ahhh! – Su grito es desgarrador y me obligo a frenar. No quiero hacerle daño. Siento el sudor en mi frente a causa del calor interno y la necesidad extrema que siento en mi interior por liberarme con su cuerpo. Pero consigo refrenarme apretando los ojos y soltando el aire de mis pulmones entre los dientes. – No pares. – Me suplica con la voz ronca. Abro los ojos y me encuentro con su mirada ardiente. Se contonea sobre mi miembro y yo gruño. – Por favor, no pares.

- No quiero hacerte daño. – Sigo intentando controlarme, aunque cada vez me es más complicado.

- No lo harás, tranquilo. – Me acaricia y no sé si creerla. Quizá quiere sólo satisfacerme

para hacer que me calme. Pero más ganas que yo de que eso ocurra no creo que tenga. Necesito gritar, pegarle a alguien o correrme como un loco en Sue. Cualquiera de esas tres cosas me valdría, sobre todo la última. – Nadie me lo ha hecho nunca como tú. – Dice y me hace volver a sus ojos. Me besa y comienza a marcar ella el ritmo sobre mí. Yo gimo en sus labios. – No dejes de hacerlo. Te amo. – Sus palabras me dan un poco de calma y la beso con amor, descargando un suspiro en sus labios.

- Párame si ves que es demasiado, ¿entendido? – Le pido entre gemidos y comienzo a acompañarla en su ritmo. Ella asiente en mis labios.

Vuelvo a subir el ritmo y lo hago sin despegar esta vez mis labios de ella. Es mi refugio, donde hayo paz, y en sus labios puedo sentir también su amor. Ella gime en mis labios y yo muerdo y saboreo los suyos. ¡La quiero tanto! ¿Es eso posible en tan poco tiempo? ¿Puede una persona llegar a convertirse de la nada en imprescindible para ti? En mi caso así ha sido con Sue y, puede que por falta de cordura o de consciencia por todo lo estrepitoso de lo que nos rodea, pero yo personalmente creo que más bien era falta de amor, pasión y de vida que yo sentía abriéndose paso en mi carne hasta que ella se cruzó en mi camino.

Gracias al cielo ella es consciente de mis necesidades en estos momentos y, cuando ya consigue acostumbrarse a mi intromisión en su cuerpo me susurra al oído “dame más” y ya me pierdo. Es en ese momento cuando la embisto con toda mi rabia y con todas mis malditas fuerzas hasta que el alarido de Sue al llegar al orgasmo me arranca de mis entrañas un tremendo orgasmo que hace que pierda la noción del tiempo y del espacio y que mi rabia interior se disipe hasta convertirse en calma y paz.

Apoyo mi frente en su pecho. Me falta la respiración. Ella acaricia mi pelo y besa mi coronilla. Después me abraza con fuerza. Necesito tanto a esta mujer y lo bello que despierta en mí... yo beso su pecho, su cuello y me voy recomponiendo por el camino hasta topar con su verde mirada.

- Lo siento. – Me dice. Yo me quedo observando su maravilloso rostro. Lo sujeto entre mis manos como un trofeo y venero cada detalle de él. Sus pequitas, su nariz respingona, sus gruesos labios, su felina mirada.

- Tienes que hablarme, Sue. – Le suplico. – Tienes que aprender a que no habrá nadie más dispuesto en esta tierra a hacerte feliz que yo. – Intenta esquivar mi mirada y le obligo a mantenerla. – No te escondas de mí. Dime qué te pasa, nena. Dime qué necesitas. Yo pondré el mundo a tus pies.

- No te merezco. – Dice sacudiendo la cabeza.

- ¿Cómo puedes tan siquiera decir eso después de lo estúpido que he sido y mis tremendos errores? – Me alarmo. – ¿Te has visto bien? – Ella sonrío con tristeza.

- Sólo te parezco bonita. Tus errores fueron provocados por mí. Por toda la locura que me rodea. Quise odiarte y culparte por ellos. Quise alejarme de ti y darte la posibilidad de encontrar alguien mejor y que se adecúe más a tu mundo. Pero Jamie, estoy jodidamente enamorada de ti. – Las lágrimas comienzan a resbalar por su precioso rostro y yo me apresuro a borrarlas con besos.

- Eres mucho más que eso. Eres una valiente, superviviente, luchadora, aunque no te voy a negar que también preciosa mujer. Vente a vivir conmigo. – Digo sin pensar. Ella me observa como si fuese un psicópata. – Por favor... – Lo he dicho sin pensar, pero me he dado cuenta al hacerlo que es lo que realmente deseo. Podría protegerla, cuidarla y hacerla mía a todas horas.

- Estás colgado. – Se ríe y llora a la vez.

- Bueno, eso es por tu culpa. Así que tienes que estar cerca de mí para cuidarme. ¿Qué me dices?

- Lo pensaré. – Responde con una sonrisa. Por ahora me basta. Creo que quiere decirme que sí, pero necesita antes consultarlo con su almohada. Así que pongo en marcha el coche de nuevo con una sonrisa en mi cara.

Por el camino ella se va vistiendo. Me mira de reojo y le devuelvo la mirada cómplice con una sonrisa. Todavía no te has librado de mí por hoy, Sue. Quiero más.

Los demás

Aquel día, al llegar a casa con Sue, volvimos a tener sexo en mi habitación, pero en esa ocasión fue más sosegado y tierno. Después comimos juntos y tras el almuerzo, ella se encerró en mi habitación de deporte, donde tengo mi saco de boxeo y las pesas, para entrenarse. Yo me sumergí en la lectura de los manuales de Bio Nature durante un rato y después entrené también junto a Sue.

Mientras yo daba puñetazos a mi saco, ella estiraba y ejercitaba su maravilloso cuerpo haciendo posturas imposibles. Intentó enseñarme algunas de ellas, según dice Sue, tengo bastante flexibilidad y dominio de mi cuerpo y podría ser un buen atleta. Al final no me pude resistir y acabe haciéndoselo como un bestia otra vez sobre el banco de abdominales. O al menos empezamos allí, con nuestros cuerpos sudorosos enredados, y acabamos bajo la lluvia de mi enorme ducha.

Al llegar la noche ambos caímos rendidos en poco tiempo. Me encanta dormir abrazado a Sue. Es el mejor momento para volverse posesivo sin parecer un obseso, aunque lo soy. Pero cuando la abrazo para dormir ella siempre emite un sonidito de placer que me encanta y noto como su cuerpo se relaja y se amolda a mi contorno, como dos piezas de puzle que encajasen perfectamente.

Hoy por la mañana por primera vez ha sido ella la que se ha levantado antes que yo y me ha despertado con sus besos y sus caricias. Ojalá siempre pueda despertarme así.

Pero hoy se va durante cuatro largos días a su nuevo trabajo. Es un hotel grande y lujoso a las afueras, y tiene la ventaja de que le ponen una habitación allí durante los días que trabaja, que son de jueves a domingo.

A decir verdad, no me siento cómodo con ese nuevo trabajo tampoco. Está lejos, no conozco a sus compañeros ni el tipo de clientela que va a ese lugar, y lo peor de todo es que me mantendrá alejado de Sue cuatro jodidos días a la semana.

Al menos, en el Caribbean, conocía a Mary y a Megan, sabía que estaba fuertemente vigilada por Eddie y sus cámaras, y su tío estaba también al tanto de todo. Además, existía la posibilidad de que volviese a casa para dormir conmigo. Ahora no. Ahora durante cuatro días no sabré nada de ella ni de lo que le ocurre allí. No me gusta. ¿Quién me iba a decir que echaría de menos su trabajo en el Caribbean?

Pero tengo un plan. Un plan que tengo que llevar a cabo sin que ella se entere y cuando resuelva lo del rescate de Sussie.

- Mmm buenos días. – Le digo besuqueando uno de sus pezones.

- Jamie... no sigas. Tengo que irme pronto para recoger mis cosas. Y luego tengo un tren que coger para ir a trabajar. Hoy es el primer día y quiero estar pronto para hacerme con el sitio. – Dice con pocas ganas de que pare.

- Yo te llevo, nena. – Me ofrezco. Así de camino sabré dónde está metida los días que no la vea. – No te preocupes por eso. – Ahora beso sus labios y me coloco sobre ella.

- Debería aprender a decirte que no alguna vez. ¡Ahhh! – Su voz suena desafiante, pero se le olvida todo en cuanto entro en ella y comienzo a hacerle el amor. Es una buena forma de empezar el día, enredado en Sue.

Desayunamos juntos, nos duchamos juntos y nos arreglamos ambos en mi baño a la vez. Más enamorados que nunca. Podría acostumbrarme a esto. Compartir mis horas con ella. Formar una familia... Espera, espera, Bennett. No vayas tan rápido. Antes de eso deberías hablar con ella de ciertos asuntos.

Pasamos por su casa a por sus pertenencias y por el camino a su nuevo trabajo vuelvo a insistirle en el tema de venirse a vivir conmigo.

- Sue, nena. De verdad me gustaría que te vinieses a vivir conmigo. – Ella me mira contenida.

- Apenas hace dos meses que nos conocemos.

- Y ya sé que eres la mujer de mi vida. – Abre los ojos.

- ¿Lo dices en serio? – Parece sorprendida. ¿Es que acaso no ha visto todo lo que me he arrastrado por recuperarla?

- ¡Claro! – Agarro su mano. – ¿Qué me dices? – Parece nerviosa. – No quiero controlarte Sue, no pienses que lo digo por eso.

- No, no pienso eso. – Agacha el rostro.

- Entonces, ¿qué pasa? Si no quieres todavía sólo tienes que decírmelo.

- ¡Sí que quiero! – No entiendo nada. – Sólo déjame resolver algunos asuntos antes. No quiero que te salpiquen. – ¿Lo dice por la deuda que tiene con el poli? Ella no sabe que lo oí, cuando hablaba con Albert. Ni tampoco que tengo el dinero y estoy dispuesto a saldar su deuda. Y lo haré en breve. Así que no le doy importancia.

- Está bien. Dejemos el tema para cuando vuelvas. – Digo para que se serene. Y ya no hablamos más del tema en todo el camino.

Llegamos al hotel Saoma.

¡Es una pasada! Elegante, clásico a la vez que moderno, pero todo en armonía y consonancia.

Sue me presenta al director del hotel como su novio y el tipo me mira de arriba abajo. Pero al final me dedica una sonrisa. Cuando le indica a Sue que le siga para mostrarle su estancia en el hotel decido despedirme y poner rumbo a casa.

- Vendré a recogerte el domingo. – Le doy un fuerte beso.

- Terminaré a las once y media. No sé si será muy tarde. – Me dice con vocecita tierna

enredada en mi cuello.

- Aquí estaré a las once y media. Te quiero nena. – La beso con fuerza.

- Te quiero nene. – Repite ella. Le doy un último beso y entro en mi coche para volver a casa.

Los cuatro días que paso sin ella son lentos y espesos, pero tengo tarea de sobra entre mis manos. Me dedico a pasar los días absorto en la lectura de los manuales de Bio Nature. Las técnicas innovadoras que usan para detectar el cáncer de mama me llaman mucho la atención y, como no tengo ninguna distracción a mi alrededor, me concentro bastante en todo lo que leo.

Las únicas distracciones que he tenido han sido las llamadas que Sue me ha hecho en los descansos de su nuevo trabajo. Parece contenta en parte, pero creo que ella también piensa como yo que pasar tantos días a la semana alejados en el comienzo de una relación tan pasional como la nuestra es difícil.

Yo, por mi parte, lo único que quiero es que la semana que viene me llame Norton diciéndome que los que tienen a mi mujer ya han aceptado el rescate y que puedo disponer del resto del dinero del préstamo con libertad. Cuando así sea iré a hacerle una visita al jodido poli con el dinero que Sue le debe y le sumaré intereses si así consigo que me prometa que la dejará de perseguir.

El domingo, cuando recojo de nuevo a Sue por la noche en su nuevo trabajo, nos besamos como si llevásemos sin vernos meses y después en casa le hago el amor durante dos largas e intensas veces y venero su cuerpo como si fuese el altar de mis rezos.

Es lunes por la mañana. Me despierto y beso a Sue, que duerme a mi lado. Hoy es mi primer día en Bio Nature. Estoy nervioso por empezar y mostrar a mi nueva empresa mi talento y mi entusiasmo por mi trabajo.

Sue abre sus ojitos y me regala una de sus bonitas sonrisas.

- Buenos días doctor Bennett.

- Buenos días preciosa. Duerme. – Beso su frente.

- ¿Te vas ya?

- Sí, quiero llegar a tiempo. ¿Te veré aquí cuando vuelva? – Pregunto deseando oírle un sí.

- ¿Puedes recogerme en mi apartamento? Tengo que hacer mis maletas. – Abro la boca.

- ¡¿Eso quiere decir que te vienes a vivir aquí, conmigo?! – Grito eufórico. Ella se ríe como una niña.

- Sí. – La cojo y la levanto de la cama de un movimiento y la abrazo con fuerza.

- ¡Al fin te tengo! – Ella grita ante la sorpresa. Sonrío feliz y la beso con fuerza. – ¿Te he dicho que te amo?

- Sí, doctor. Y yo te amo a ti. Demasiado. – Sus labios se funden con los míos y me siento tan pletórico que podría cantar a los cuatro vientos.

- Pues te recogeré allí, nena. ¡Gracias por hacerme tan feliz! – De pronto su gesto cambia y se pone serio. – ¿Qué? ¿Qué pasa?

- Hay cosas de mí que debería contarte y que espero que no hagan que cambies lo que sientes por mí cuando las oigas. – O nena, lo mismo te digo. Pero yo ya sé todo de ti. Soy yo quien tendría que darte mil explicaciones. Pienso mientras la observo embobado.

- Nada cambiará lo que siento por ti. Espero lo mismo de ti. – Digo y frunce el ceño.

- ¿Hay algo de ti que yo no sepa?

- Lo hay. Y encontraremos el momento para hablar de todo ello. Pero primero tendremos que celebrar que vendrás a vivir conmigo. – Sonrío para darle tranquilidad.

- Está bien. – Me acaricia el rostro y la deposito en el suelo. – Supongo que esa charla podrá esperar unos días más. lo que importa es que nos amamos, ¿no?

- Así es brujita. – Vuelvo a besarla y me obligo a separarme o me enredaré. – Tengo que irme. Te llamaré cuando salga del trabajo.

- Suerte en tu primer día, mi amor.

Me voy de casa con una amplia sonrisa en el rostro y convencido de que nuestro amor hará que todo nuestro pasado no se interponga entre nosotros.

La jornada en mi nuevo puesto pasa rápido. El trabajo y el método que usan en Bio Nature me resulta apasionante. Me han enseñado todas las instalaciones y he alucinado, en especial con el laboratorio de las fecundaciones in vitro. El jefe de laboratorio, Bill, parece un tipo agradable con el que creo que me llevaré bien. Hemos almorzado juntos en el restaurante para los trabajadores y me ha detallado la información más importante a tener en cuenta de las instalaciones. Incluso me ha invitado a ir a cenar a su casa con Sue como acompañante para presentarme a su mujer y a sus hijas. Me cae bien enseñada.

Para ser mi primer día creo que tengo bastante trabajo. Me han encargado que supervise el resultado de quince citologías y trece mamografías.

Cuando estoy sumergido en todo eso y bastante concentrado porque dentro de una hora acabará mi turno y no quiero demorarme demasiado en volver a casa, la puerta de mi oficina se abre y Janina, la mujer de mi jefe, hace aparición y se acerca hasta mi escritorio con una sonrisa traviesa en los labios. Va enfundada en un ceñidísimo y muy elegante vestido burdeos marcando sugerentemente sus curvas. Trago saliva y me pongo en pie, porque su presencia aquí me hace sentir nervioso.

Es muy guapa, guapísima, y lo peor de todo es que creo que lo sabe. No es para nada mi estilo de mujer, porque no soporto las mujeres que usan su atractivo físico para conseguir todos sus caprichos, pero he de admitir que sería demasiada tentación llegar a un punto en el que la tuviera demasiado cerca. Por eso creo que lo mejor será marcar la distancia. No sólo porque

jamás le haría algo así a Sue. Antes me arrancaría los ojos que volver a traicionarla. Pero además de todo eso, ella es la mujer de mi jefe y no quiero problemas.

- Hola Bennett. – Saluda con su acento del este y se sienta sobre mi escritorio, frente a mí. Yo doy un paso atrás.

- Hola señora Monroe. ¿Qué tal está?

- ¡Por favor, James! ¡Llámame Janina! – Junta los labios como señal de que espera que le salude con un beso. Me acerco y le doy uno rápido. Aunque ella me atrapa del cuello y hunde su nariz en él. ¡Oh, no! – Qué bien hueles. ¿Armani? – Asiento con cautela. – Me gustan los hombres que huelen tan bien. Me dan ganas de clavar mi nariz en sus cuellos. – Comenta con aire de inocencia, aunque su mensaje está lleno de promesas oscuras. Yo me tensó y doy un paso atrás.

- Ajá. Bueno, creo que voy a por un café. – Comento intentando no parecer todo lo nervioso que estoy en realidad. Necesito una excusa para separarme de esa arpía.

- ¿Te he molestado? – Me giro al llegar a la puerta para intentar decirle que no. No quiero situaciones tensas con la mujer de mi jefe. Pero al girarme la veo sentada sobre mi escritorio medio recostada sobre él. Suspiro.

- No. No, para nada. Pero Janina, tengo mucho trabajo pendiente y es mi primer día aquí. Me gustaría cumplir con mi tarea en condiciones. – Ella sonrío y se levanta al fin de mi escritorio. Viene directa hacia mí y al llegar a mi altura, me sujeta de la corbata y me mira con fiereza a los ojos. Trago saliva.

- En ese caso no te molestaré. – Me planta un beso seductor en la mejilla, sonrío con malicia y sale de mi oficina.

Maldita sea. Esto era justo lo que menos necesitaba ahora mismo. Por muy atractiva que sea no me gustan ese tipo de personas. Pero no puedo ser brusco con la mujer de mi jefe y no quiero problemas. ¿Cómo coño me la quito de encima? Porque sé que este juego sólo acaba de comenzar para ella.

Termino a toda prisa con el papeleo y llamo a Sue antes de salir de la oficina. Si tengo la mala suerte de encontrarme a la mujer de mi jefe al salir de ella, a lo mejor ser testigo de una conversación afectuosa con mi novia le hace dar un paso atrás en sus intenciones.

Para mi gran alivio no la veo en ninguna parte de las instalaciones y me relajo un poco. A lo mejor han sido cosas mías y no es cómo yo me lo imagino. Relájate Bennett. Estás dónde querías y el trabajo te gusta.

Al llegar al apartamento de Sue ella me recibe tirándose a mis brazos y dándome un bonito beso. Parece que está tan ilusionada como yo con que se venga a vivir conmigo.

Mi alegría se disipa un poco cuando veo las cinco enormes maletas que tendré que meter de alguna manera en mi coche, y no sé cómo. Mi coche parece más grande de lo que es, en realidad es más deportivo que espacioso.

- Nena, ¿qué llevas ahí? ¿los cadáveres de un pueblo entero? – Digo escandalizado. Ella se

ríe. Yo me rasco la cabeza tratando de pensar cómo meter todo eso en mi coche.

- Ahí tengo mis trajes de las actuaciones. – Me dice señalando una enorme maleta. – En esa otra llevo los artilugios que uso en mis actuaciones. En esa de ahí llevo mi ropa de verano y en la de al lado la de invierno. La última está llena de apuntes y libros que... bueno, no sé si volveré a necesitar. – Dice con nostalgia y yo sé que se refiere a los libros y apuntes con los que suele estudiar, así que le sonrío con todo mi rostro y trato de transmitirle optimismo así.

- ¡Estupendo! Entonces son todas necesarias. – Me cargo con dos maletas que pesan como si estuviesen rellenas de plomo y salgo con ellas hacia la calle, en dirección al coche. Ella me sigue arrastrando una que tiene ruedas. Abro el maletero del coche y francamente no sé qué cojones hacer con todo esto. – Ahora me maldigo por no haberme comprado un coche fúnebre. – Digo frustrado. Sue se ríe y me besa con dulzura.

- Si quieres puedo dejar algo en casa. – Frunzo el ceño.

- Nena, ésta ya no es casa, así que ayúdame a ver cómo demonios metemos todos tus cadáveres aquí y no hay más que hablar. – Nos ponemos manos a la obra justo cuando aparecen Arthur y Mary, que, al parecer, vienen de hacer una pequeña compra en el supermercado.

- ¡Vaya Bennett! ¡Has pasado de ser un prestigioso ginecólogo a un simple botones! – Se burla mi amigo de mí y yo lo carbonizo con la mirada. – Lo que hace un buen par de tetas.

- ¡Deja de joder y ayuda, capullo! – Le apunto con el dedo.

- ¿Al final es cierto que te vas? – Le pregunta Mary a Sue haciendo pucheros. – Te voy a echar mucho de menos. Tendremos que buscar a alguien para poder hacer frente a los gastos, pero tú serás irremplazable, amiga. – Las chicas se abrazan mientras Arthur y yo nos peleamos porque él dice que es mejor poner las maletas horizontales y yo en vertical.

- ¡Que no, zoquete, que así no entran! ¡¿No lo ves?! – Digo enervado.

- ¡A que te quedas tú solito con los muertos estos! – Me amenaza Artie y yo inspiro para no perder los nervios.

- Mejor tráete tú las dos maletas que faltan.

- ¡¿Cómo?! ¡¿Dos maletas más?! – Arthur está igual de sorprendido que yo. Asiento y Sue levanta los hombros en señal de inocencia. – Bennett, tengo una idea. Invítanos a Mary y a mí a cenar a tu casa y te ayudo a llevar el resto de equipaje en mi coche. – Propone mi amigo cuando vemos que es imposible meter más de las tres maletas que tenemos frente a nosotros en mi coche. Las chicas dan palmitas, emocionadas ante la idea.

- Me parece estupendo. – Digo por fin aliviado. – Gracias Artie.

Al final lo conseguimos y llevamos todo el equipaje de Sue a mi casa. Hacemos entre todos una cena improvisada y reímos y charlamos de nuestras cosas durante un buen rato, hasta que Arthur y Mary se despiden para irse a casa a dormir.

El túnel

Pasan los días y me resulta muy fácil habituarme a la maravillosa presencia de Sue en mi casa. Hemos adquirido el ritual de despertarnos juntos los días que ella está en casa y no en el hotel donde trabaja, nos duchamos juntos y jugueteamos bajo el agua, hacemos el desayuno juntos y nos despedimos con un beso de película antes de irme a Bio Nature.

Por las tardes, cuando llego de trabajar, entrenamos juntos en mi pequeña sala de gimnasio y sigo practicando ejercicios que Sue me está enseñando, algunos de ellos complejos. Sobre todo acrobacias en pareja, en las que lo único que tengo que hacer es sujetar a Sue desde el suelo con mis manos, mientras ella hace equilibrios sobre mis manos o sobre mis pies. Tengo fuerza más que de sobra para hacerlas, pero requiere de mucha concentración mantener la firmeza para evitar que ella caiga al suelo.

Han sido unos días mágicos, aunque la ausencia de Sue cuando se va a su nuevo trabajo sigue siendo difícil para mí. quedarme solo de repente durante cuatro largos días me entristece.

He estado llamando a Norton insistentemente para que me dé una fecha para lo de Sussie. Con una fecha real en el horizonte me será mucho más fácil abordar ese tema con Sue. Actúo mil veces mejor bajo presión. Porque me está resultando tremendamente complicado sacarle el tema sin saber si será algo real u otro intento infructuoso de liberarla. Y mucho me temo que he aprendido a vivir alejado de esa que fue mi realidad hace tiempo.

Hace dos días que Norton me ha dicho que la cosa se está complicando a última hora, que uno de los rebeldes que custodian a mi mujer se ha revelado y no está seguro de querer liberar a Sussie. Oír eso me ha vuelto a partir el alma. No por el millón de libras que le di a Norton para el rescate y que puede que vuelva a perder, sino porque si esta vez vuelve a fallar mi desesperado intento de sacarla de allí, tendré que aprender a rendirme, aunque eso no esté en mis genes y aunque jamás debería hacerlo. Pero no sé qué más hacer. Ya lo he intentado todo y necesito seguir en pie.

Llevo dos días con el carácter agriado a causa de esa conversación con Norton y sé que Sue lo nota por cómo me mira. He vuelto a evitar el tema con ella y no le he contado la verdad. me escudo en que mi motivo para guardar silencio es que ella tampoco me ha contado nada sobre el préstamo que el poli le concedió, ni que estuvo casada con el gilipollas de su amiguito Albert para conseguir la nacionalidad británica. Así que, si ella decide callar, yo tengo el mismo derecho a ello, ¿no?

Pero hoy jueves, antes de salir en dirección al trabajo, Sue me sorprende con una pregunta que no comprendo.

Me estoy poniendo la chaqueta para salir y le doy un beso rápido, quizá despistado en mis pensamientos sobre el tema de Sussie, cuando Sue lanza su pregunta con sus verdes ojos clavados en el azul de los míos.

- ¿Hay otra, James? – ¡Qué! ¿Cómo puede pensar tal estupidez? ¿Y por qué siempre que se

pone tensa me llama James?

- ¡Sue! ¡Por el amor de dios! ¡¿Qué tontería estás diciendo?!

- Te lo estoy preguntando. Y tú me vas a responder antes de salir por esa puerta y dejarme aquí, encerrada todo el día hasta que me vaya para el trabajo, pensando que te estás follando a otra mientras yo estoy haciendo todos los esfuerzos por ser digna de ti. – Su mirada se vuelve vidriosa y yo me tenso.

- ¡Eh, nena, no! – Le acaricio el rostro y le beso un ojo, después el otro, la nariz y finalmente los labios. Sigue tensa, aunque un poco menos. – Jamás habrá otra que no seas tú. ¿Por qué piensas eso de mí?

- Estás muy raro desde hace unos días. – Se encoge de hombros y finge indiferencia. Pero tiene ganas de llorar, ya la conozco. – No juegues conmigo, James. – Sonríe al escuchar mi nombre en sus labios.

- ¿Eres consciente de lo mucho que te amo, tonta? Tengo... un problema que me ronda, sólo eso. – Vuelvo a besarla con ternura.

- Cuéntamelo. – Me tenso y doy un paso atrás. La asustaré.

- Ahora tengo que irme a trabajar, nena. Cuando estemos más tranquilos. Es largo y necesito tomarme mi tiempo. Esta noche...

- ¡Jamie, hoy trabajo en el Saoma! ¡Lo sabes! – Se pone otra vez tensa, pero al menos vuelvo a ser Jamie.

- Sí, cariño, lo sé. El domingo cuando te recoja del hotel hablaremos. Te contaré mis preocupaciones y tú a mí las tuyas. – Le advierto con el dedo. Con ese comentario he conseguido amansar la fiera de Suzanne Allen, porque sabe que también tiene cosas que contarme. – O mejor, ¿qué tal si me paso por tu trabajo el sábado y me quedo en el hotel hasta el domingo que volvamos a casa? Así tendremos tiempo para hablar y estaremos en un terreno neutral.

- Mejor no. – Ahora el sorprendido soy yo. – No te molestes, Jamie, pero no quiero tratar un tema tan delicado en mi trabajo. Además, no quiero dar pie a que se entrometan en mi vida privada.

- Tienes razón. El domingo entonces iré a por ti y hablaremos de todo en casa. – Le doy un último beso y ella al fin sonríe un poco. – Llámame de todos modos cuando hayas llegado al hotel. – Digo mientras salgo por la puerta.

- Lo haré. Te quiero. – Me dice desde la puerta de casa.

- Y yo nena. – Contesto con una sonrisa mientras entro en el coche.

En el trabajo nuevo ya me siento a mis anchas. Bill, el jefe de laboratorio, se ha convertido indudablemente en mi mejor colega del trabajo. No he visto a Janina más que un par de veces por aquí, y no se ha detenido a hablar conmigo, sólo me ha saludado con una sonrisa coqueta, pero poco más. Tampoco yo he dado pie a ningún acercamiento, porque siempre que la he visto he

tratado de estar ocupado con algo y siempre rodeado de personas.

Así que todo marcha más que bien.

Pero hoy hay mucho trabajo y muy importante, así que a la hora de comer me recluyo en mi oficina.

Me estoy comiendo un sándwich de atún mientras leo un informe del laboratorio acerca de unas pastillas anticonceptivas para hombres sobre las que mi nueva empresa está trabajando y, estoy tan entusiasmado leyendo el informe y lo encuentro tan apasionante que no me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor. ¡Es tan innovador! ¡Y yo voy a ser parte de esto si se consigue!

- Tiene que ser muy interesante lo que tienes en tus manos. – Siento el inconfundible acento del este de Janina en mi oreja y doy un repullo en mi asiento.

- ¡Janina! Hola, no te oí entrar. – Maldición, otra vez encerrado con ella. – ¿Y Monroe? Necesito hablar con él de un asunto. – Le pregunto por su marido como excusa para salir de esa encerrona. Me levanto y decido irme. Pero me sujeta del brazo para que no lo haga.

- No está, ha salido a cerrar algunos cursos con la universidad de Cambridge. Creo que está pensando en ti para algunos. – Me dice recorriendo mi pecho con su dedo índice por encima de la camisa. Mierda. Me tenso mucho, muchísimo.

- Janina, no. – Le digo intentando no ser hiriente pero firme, mientras le agarro la mano.

- Vamos James, ¿vas a decirme que no te gusto? – Utiliza esa mirada de femme fatal que enredaría a cualquiera.

- Estoy muy enamorado de mi novia. No podría pensar en hacer algo así con nadie, por muy atractiva que sea ese alguien.

- ¿En hacer qué? – Se acerca más a mí. ¡Maldita sea! ¡¿Cómo cojones paro a la mujer del jefe?! – ¿Qué es lo que no puedes hacerme pero que sin duda estás pensando hacerme? – Ahora repasa mis labios con el dedo índice. Tengo que frenar esto ya o esta mujer me complicará la vida.

- Lo único que tengo en mente hacer es mi trabajo. Y quiero hacerlo bien. No me lo pongas complicado, te lo ruego, Janina.

- Podría convencerte de muchas maneras. Pero espero que no tenga que llegar a nada de eso. – Me dice mientras se gira sobre sí misma dándome la espalda y contonea su maravilloso culo hasta mi sillón. Lo acaricia con las manos y me vuelve a mirar.

De pronto se abre la puerta de mi oficina y me quedo de piedra al ver los ojos de Sue mirándome como si yo fuese culpable de algo y después fulmina a Janina con la mirada. Está increíble. Con un traje de pantalón y chaqueta blanco de rayas diplomáticas negras que marca sus curvas imposibles. Maquillada glamurosamente y con una coleta baja. ¡Guau Sue!

- ¡Mi amor! ¡Qué alegría verte aquí! – Voy rápidamente hasta el refugio de los brazos de Sue.

Ha sido mi salvación, aunque seguramente tendré que darle muchas explicaciones de la

presencia de Janina en mi oficina. Creo que Sue nota mi nerviosismo e incomodidad con la presencia de Janina, porque me abraza y me besa como si no hubiera un mañana. ¿O está marcando su terreno?

- Hola nene. Quería hacerte una visita sorpresa antes de irme a trabajar. – Dice y parece relajada. No sé si será así, pero yo me alegro tanto de verla ahora mismo que no sé cómo agradecerle su presencia. – ¿Tienes un ratito para mí?

- ¡Claro! Todos mis ratitos son tuyos. – La beso. – Mira cariño, ella es Janina, la mujer del jefe. Janina, ella es la mujer de mi vida, Sue. – Janina se acerca, le dedica una amarga sonrisa y una mirada de asco y le estrecha la mano.

- Encantada. Nos vemos, James. – Me dice con sequedad y sale de la oficina. Sue me mira esperando explicaciones. Yo me rasco la cabeza.

- Lo siento. Creí que no me iba a poner en un aprieto, pero lo ha hecho. – Confieso. Sue me mira al principio sin entender bien mi mensaje, pero al final asiente y comprende bien lo que le quiero decir.

- Quiere trincarte...

- No parecía ser así, pero ahora tengo la impresión de que sí.

- ¡Voy a hablar con esa puta! – Sue quiere salir tras Janina, pero la freno. – ¡Suéltame Jamie! ¡¿Es esa zorra la que te tenía así conmigo?! ¡Suéltame para que le diga cuatro cosas!

- ¡Nena! ¡Es la mujer de mi jefe! No puedes montarle un escándalo en los pasillos de la empresa de su marido. Además, me echaría en el acto. – Me tenso. Necesito este trabajo. Necesito hacer frente al préstamo de tres millones de libras que he pedido para el rescate de Sussie y para saldar las deudas de Sue.

- ¿Vas a permitir entonces que te chantajee? ¡Porque eso es lo que hará para conseguir que te acuestes con ella! – Grita desquiciada. ¿Enserio cree que esa mujer sería capaz de algo así? – ¡Jamie, no te hace falta tragar esta mierda! ¡Tienes tu propio negocio, puedes vivir bien con lo que ganabas en tu clínica! – Dice enfadada. Si ella supiera...

- Mi amor, la frenaré. Confía en mí. – Beso a Sue y el sonido de su gemido en mis labios me relaja. – Estás impresionantemente sexi hoy, ¿lo sabías?

- Fóllame.

- ¡¿Qué?! – Me sorprende.

- Que me folles. No quiero irme de aquí pensando que esa bruja va a intentar seducirte y yo estaré lejos. Tú eres sólo para mí. – Dice con rotundidad. Miro a todos lados. ¿Debería hacer eso en el trabajo? Sé que no. Pero su petición me ha puesto a mil por hora. Sue se tira a mis brazos y se desabrocha la chaqueta, bajo la que sólo lleva un impresionante sujetador de encajes negro.

- Nena... – Titubeo mientras siento sus dedos en mi bragueta. Pero la perversión en su mirada me hace sonreír. Al final le respondo con el mismo entusiasmo y la aprisiono contra la

puerta de mi oficina. – Eres una loca insensata. – Le acuso entre risas mientras devoro su cuello.

Sue se descalza y me agacho para quitarle los pantalones y las braguitas. Acto seguido me levanto y desde mi altura tengo que mirarla hacia abajo para clavar mi mirada ardiente en la suya. Está jadeando y yo fuera de sí.

La acojo en mis brazos, elevando sus piernas que enrosca en mi cintura al tiempo que la penetro hasta el fondo aplastando su espalda contra la puerta.

Para evitar que nuestros gemidos nos delaten atrapo sus labios en los míos y continuo mi ataque sin piedad.

- Me vuelves loco. – Susurro.

- No serás de nadie más, Bennett. – Me advierte jadeante.

- Jamás. ¡Dios, no puedo más! – Hago acopio de todas mis fuerzas para esperarla y llegar al orgasmo con ella, pero la condenada se contonea sobre mi miembro de una manera delirante. – Sue... para, no puedo. ¡Ahh! – Y en lugar de parar acelero más el ritmo y me vuelvo a pegar a sus labios. Estoy a punto de correrme. Entonces siento que Sue explota a mi alrededor y por fin me dejo llevar. – Joder. – Intento no gritar. Ella apoya su cabeza en mis hombros sin aliento.

- El domingo, cuando me recojas, hablaremos. – Me recuerda sin siquiera mirarme. Creo que le martiriza pensar en la parte que me oculta.

- Sí mi amor. – Sujeto su cara en mis manos y la beso con delicadeza. – Ahora vístete anda. Ya has marcado tu territorio, gatita. – Bromeo y al fin la vuelvo a ver sonreír ante mi comentario.

- No me gusta esa mujer.

- Ni a mí.

Sue se viste y yo la acompaño hasta las puertas de las instalaciones.

- Te veo en unos días. – Se despide mientras me besa. – Tengo que irme ya o no llegaré a coger el tren de las tres.

Ese día vuelvo al trabajo sin más irrupciones. Sólo me encuentro con Janina una vez en la cafetería de las instalaciones cuando voy a por un café. Nos saludamos con formalidad y yo vuelvo a mi oficina.

Por la noche, salimos Carl, Arthur y yo a tomarnos una cerveza. Nada muy extenso, lo suficiente para ponernos al día. Carl y Arthur por fin han limado sus asperezas. Carl tiene un idilio con Mary, nada serio, pero bastante satisfactorio por lo que cuenta. Lo que me sorprende es oír a Arthur decir que está intentando ayudar a Mary a recuperar la custodia de sus dos hijos y que hasta tiene planes de proponerle irse a vivir con él si la cosa sigue bien. ¿Arthur? ¿Viviendo con una mujer? ¿Y con dos niños? ¡Qué coño han hecho con mi amigo! Aunque la verdad es que me encanta su repentino arrebato de responsabilidad, no dejo de apiadarme de Mary por tener que soportar a este insensato y sus tonterías.

Sue me llama cuando ya estoy en el coche de vuelta a casa y le cuento las novedades. Ella

se sorprende tanto como yo y se alegra de la ayuda que Arthur le proporciona a su amiga a recuperar su vida. Llega incluso a decir que es toda una muestra de amor por parte de Arthur. ¿Por qué demonios es ella tan terca para permitir que yo la ayude?

Lo que no sabe es que yo, gracias a esa conversación con ella y con Arthur, he tomado la decisión de ir a buscar al poli ese este mismo fin de semana, aprovechando la ausencia de Sue, y voy a saldar su deuda con ese individuo y también la que ella tiene con la universidad. Y lo voy a hacer de una vez por todas y sin consultárselo.

Además, he pedido dinero de sobra en el préstamo que hice por si tengo que aumentar la cantidad que necesito para el rescate de Sussie. Y, si tengo que pedir más y entramparme hasta las cejas, pues lo haré.

Sue también me dice lo mucho que me ama durante nuestra conversación. Me llena el pecho escucharle decirme algo así. Yo también se lo hago saber. Aunque no sé si las palabras son suficientes para que entienda lo muchísimo que significa ella para mí.

También me hace saber que está preocupada por la mujer de mi jefe. A mí también me preocupa la actitud de esa mujer, pero no se lo digo. No quiero preocuparla más.

Si odio es porque amo

El viernes, antes de llegar a las instalaciones de Bio Nature, me paso por el banco y saco un millón setecientas mil libras, que guardo como si fuese una bomba en mi maletín.

En mi nuevo puesto de trabajo, el día comienza tranquilo con respecto a problemas y a buen ritmo con respecto a tareas que voy consiguiendo terminar. Cada día me resulta más fácil y me encuentro más cómodo en mi puesto. Termino varios informes con rapidez y hago varias anotaciones para algunos proyectos, para que tengan en cuenta los de laboratorio y, de nuevo acercándose la hora de comer, Janina vuelve a entrar en mi despacho, aunque esta vez estoy alerta y la escucho entrar. Se está convirtiendo en un verdadero incordio.

- Hola señora Monroe. – Saludo de mala gana y marcando las distancias. Ella cierra la puerta, me dedica una mirada envenenada y se acerca hasta mí. Me estresa su presencia. – Dígame, ¿qué desea? – Me levanto.

- James. – Susurra mientras se va acercando con la mirada clavada en el suelo. – James, James, James. Hasta tu nombre suena sensual en mis labios. – Suspiro y miro al techo. ¡Dame fuerzas con esto!

- Señora Monroe, yo...

- Shhh. – Tapona mi discurso con su dedo en mis labios. No quiero que me toque y no sé cómo salir de esta. – Llevo varias noches fantaseando contigo, ¿sabes? – De repente noto su mano sobre mi pantalón, en la entrepierna, y doy un paso atrás.

- ¡Para! – Le cojo la mano y le muestro abiertamente mi enfado. – Por favor, no me pongas en una situación tan incómoda. No quiero poner en peligro mi trabajo.

- ¿Y crees que yo sí quiero poner en peligro mi matrimonio y mi status? ¡Vamos James! ¡Nadie se enterará! Estás medio excitado, no lo puedes negar. – Atrapa mi cuello con sus manos y me besa sin previo aviso. Me separo.

- No quiero hacer esto, Janina. Por favor, olvídate de mí. – Suplico mientras desenlazo sus manos de mi cuello. – Y no estoy para nada excitado. – Me separo y me doy la vuelta. Comienzo a tirarme del pelo porque no sé cómo lidiar con ella.

- ¿No me deseas? – Su voz suena lastimera. – He visto cómo me miras, James...

- Eres muy atractiva, mucho. Pero Janina, en este momento de mi vida estoy resolviendo problemas, no creándome más. – Digo tratando de ser convincente y apelando a sus sentimientos, si es que tiene. – Y tener algo contigo sería un problema y de los gordos para mí.

- ¡No diré nada! – Me pide acercándose de nuevo y yo retrocedo de nuevo.

- No. – Digo esta vez con más firmeza y seriedad. – No va a pasar. Así que olvídale y déjame trabajar. – Su rostro pasa de la tristeza al enfado al sentirse rechazada.

- Está bien. Tú lo has querido. Acabarás suplicándome a rastras que te folle salvajemente. – Se gira sobre sus talones y se va.

Mierda. Esto no pinta bien. ¿Eso es una jodida amenaza? Paso parte de la tarde encerrado en mi oficina y al final decido hacerle una visita a Monroe, mi jefe.

- ¡Hombre James! – Me saluda alegremente al verme entrar en su despacho.

- Hola. – Le muestro una sonrisa cansada. Llevo todo el día dándole vueltas a cómo quitarme a su jodida mujer de encima.

- ¡Chico, enhorabuena! Veo que te has adaptado rápidamente a las exigencias de la empresa, que no son pocas.

- Joe, yo quería hablar contigo acerca de los cursos de la universidad. ¿Sabes si podría haber alguno para mí a la vista?

- ¿Qué pasa? – Se levanta alarmado. – ¿No estás a gusto aquí? Tu trabajo es demasiado importante para dejarlo sin atender muchacho.

- ¡Oh, no, no, no! ¡Estoy encantadísimo con mi trabajo! De hecho, podría llevármelo conmigo y hacer los informes desde la universidad, en mis ratos libres. Pero me hace falta el dinero, me avergüenza admitirlo, pero es así. Estoy planeando pedirle matrimonio a mi chica. – Miento porque es lo primero que se me ha ocurrido para hacerle ver mi urgencia por apartarme de este lugar por ahora, hasta que Janina, su mujer, se aburra y se busque otro entretenimiento distinto a mí.

- ¡Eso es otra cosa! – Me abraza y me da unas palmadas en la espalda. – ¡Enhorabuena, Bennett! ¡Te nos casas! – Sonríe con timidez. Ojalá pudiera eso ser cierto.

- Bueno, aún no se lo he pedido. – Digo pasándome la mano por el pelo.

- Sin duda dirá que sí. – Vuelve a sentarse y examina unos papeles que tiene en su escritorio. – Mi mujer dice que eres muy atractivo y yo sé que eres muy responsable. ¡Un buen partido! – ¿Su mujer? ¿Esa loca le habla de mí? – Pues mira. Tengo cerrado un curso con la universidad de Cambridge sobre métodos anticonceptivos. – Me dice mirando entre sus papeles. Después me mira a mí. – Es un curso de un mes y medio, tendrías clases en la universidad de lunes a viernes y se te pagaría doscientas mil libras por ello. ¿Te interesa?

- ¿Cuándo empieza? – Pienso en qué hacer con Sue. Si pago sus estudios podría retomarlos y podría compartir con ella esa experiencia, lejos de Janina y sus ataques. Tengo que ponerme ya manos a la obra para saldar las deudas de Sue.

- Es muy precipitado. En dos semanas. Bill el de laboratorio iba a hacerlo, pero él no estaba muy animado con la idea. Estamos a punto de sacar la píldora anticonceptiva para hombres y, si conseguimos eso, sus honorarios serán mucho mayores, además que es lo que le gusta. ¿Crees que en dos semanas podrías estar preparado para hacer tú el curso, James?

- Podría. Sólo necesito dedicar tiempo a los manuales. – Monroe se levanta y coge una carpeta. Me la tiende.

- Todo tuyo. Aquí tienes el temario que impartirás. Si quieres, podrías tomarte estas dos semanas de trabajo en casa. Desde allí también puedes hacer los informes que te he pedido, y, por lo que veo, tienes todo bastante adelantado. – Joder, qué alivio siento al oír eso.

- ¡Genial! Me pondré ahora mismo con ello.

- ¡Estupendo! – Monroe me tiende la mano y yo se la estrecho. Ambos nos sonreímos. – Me has quitado un gran peso de encima con ese curso, James. – No sabe el peso que me ha quitado él a mí al darme permiso para apartarme durante dos meses de su maldita esposa.

- No se arrepentirá, señor.

Cojo la carpeta, voy a mi despacho, la meto en mi maletín y cojo mis cosas con rapidez. Quiero salir pitando para casa.

Estoy nervioso por todo, pero en especial lo estoy porque no sé cómo va a reaccionar el poli ese cuando lo vea.

Por la noche extraño a Sue y a su abrazo. Me llama cuando ya estoy en la cama para informarme de que ya ha terminado su jornada por hoy y para decirme que está durmiendo sola, en una enorme cama de cuatro postes y con una combinación de ropa interior muy provocativa. ¡Será jodida!

- Nena, no me tientes o me levanto de la cama ahora mismo y me presento en el hotel sólo para follarte como un loco. – Se ríe.

- No, antes tenemos que hablar. Y no creo que tú te aguantases las ganas. – Gruño.

- ¿Y tú sí?

- Lo haría sólo porque me muero por saber qué me ocultas. – Trago saliva.

- Pues creo que somos dos.

- Por eso es mejor esperar hasta el domingo y no tener ese tipo de charlas en mi trabajo.

- Me quieres, ¿verdad? – Pregunto asustado. No quiero que huya de mí cuando lo sepa todo.

- Sabes que sí. ¿A qué viene eso? No me ocultas nada demasiado turbador, ¿no? – Joder. Si tú supieras, pequeña...

- Hablaremos el domingo. Recuerda que te quiero, que te deseo y que eres mi gran pilar. – Suspiro. Ella permanece en silencio hasta que por fin habla.

- Yo también te quiero, te deseo y te necesito. No lo olvides tú tampoco.

- No nena.

Nos cuesta un mundo despedirnos, a pesar de que sólo en dos días nos veremos, pero ambos sabemos que de esa conversación podemos salir más reforzados o, por el contrario, completamente alejados.

El sábado lo paso encerrado de nuevo en el despacho de mi casa, repasando el temario del

curso que voy a impartir y, sobre todo, terminando a contrarreloj todos los informes de Bio Nature. Quiero estar lo más libre posible de trabajo cuando vuelva Sue. Pero no paro de mirar el maletín con más de millón y medio de libras en su interior.

Al final me levanto de mi asiento, cojo el maletín y me meto en el coche en dirección a la casa del jodido poli, Nico, creo que se llama.

Cuarenta minutos después estoy llamando a su puerta. Insisto una y otra vez, pero al final me convengo de que no hay nadie en casa. Hago una llamada a Norton, mi detective privado.

- Hola Bennett, ¿en qué puedo ayudarte?

- Norton. ¿Puedes conseguirme el teléfono de tipo?

- Seguro. ¿Tienes su nombre o su dirección o algo? – Le digo la dirección exacta en la que me encuentro y el nombre de pila del sujeto. También le digo que es policía. – Es suficiente. En veinte minutos como mucho te lo mandaré por SMS. Por cierto, pásate el lunes por mi oficina, hay novedades con respecto al caso de Sussie. Tu mujer quiere hablar contigo y parece que se están relajando al fin las tensiones. – ¿Mi mujer? ¿Conmigo? Ufff, ahora no quiero pensar en eso.

- Perfecto. El lunes hablaremos de eso. Espero tu mensaje con el número que te he pedido.

Me pongo a dar paseos por la avenida de arriba abajo y vuelta a empezar, dándole vueltas a mi completa existencia, hasta que mi móvil vibra. ¡Te tengo! Registro el número y pulso la tecla de llamar. El corazón se me va a salir del pecho. A la tercera llamada contesta el tipo.

- ¿Quién es? – Reconozco enseguida su desagradable voz.

- Hola Nico. Soy James Bennett, yo soy...

- ¡Sé quién eres, capullo! ¡¿Cómo has conseguido mi número?! ¡¿Qué cojones quieres?!

- Estoy en la puerta de tu casa. He venido a pagarte la deuda de Sue. – Digo mirando hacia el cielo. No habla. – Tengo todo el dinero. Sólo dime dónde y cuándo nos vemos.

- ¿Estás de broma? ¿Tienes un millón y medio de libras contigo? – Joder. Comienzo a mirar a mi alrededor y decido meterme en el coche y echar el pestillo. Puede que sea un blanco apetecible y a la vista. Arranco y dejo que el móvil se conecte al bluetooth del coche. Decido moverme y ponerme en un lugar poco visible.

- Sí, lo tengo y quiero saldar la jodida de Suzanne contigo cuanto antes. Así que dime de una maldita vez dónde y cuándo nos vemos.

- Mira, no estoy seguro de querer saldar toda su deuda aún. Tenía ciertos planes con ella. – Me dice con voz más amigable cuando se da cuenta de que puedo resolverle la vida en un plis plas.

- ¡¿De qué cojones estás hablando?! ¡Tú no tienes ningún plan que hacer con mi novia!

- ¿Dónde está Sue? Llevo días tratando de contactar con ella. Déjame hablar con la chica y llegaremos a un acuerdo que nos convenga a los tres. Un millón y medio es mucha pasta tío,

incluso para un milloneta como tú.

- ¡No voy a negociar con el cuerpo de mi novia! ¡¿Lo entiendes?! – Grito encolerizado y golpeo el volante. – Así que o coges el maldito dinero o me llevaré a Sue bien lejos de aquí y no podrás volver a reclamarle ni un céntimo jamás.

- Espera un momento, amigo. ¿Sabe tu querida Sue que su padre ha vuelto y que está en la cárcel? Yo sé que el tipo ha intentado ponerse en contacto con su hija. – Mi mente sufre un colapso. Entonces recuerdo que vi la llamada de su padre en el móvil de Sue un día cenando en su antiguo apartamento con Arthur, Mary y Sue. ¿Qué quiere ahora ese impresentable de Sue? – Yo puedo sacarlo de la cárcel si arregla una actuación privada conmigo y te rebajará el precio de la deuda a un millón trescientas mil libras, ¿qué te parece?

- Me parece que ese señor se puede pudrir en la cárcel. No hay trato. Toma el dinero y deja en paz de una maldita vez a Sue o yo también moveré mis contactos. – Le amenazo.

- ¡Tío! ¡Te estoy pidiendo una maldita vez con ella nada más! ¡Joder! ¡Esa tipa me conoce bien y sabe lo que me gusta! – Aprieto los ojos y trato de no dejarme llevar por la ira. Está bien, no hay trato. Hablaré con Norton para que busque todo lo que pueda sobre este cabrón y lo mandaré a prisión.

- Adiós Nico.

- ¡Eh! ¡Espera! ¡Está bien! Pero hoy no. Mañana. – No entiendo nada. ¿Qué quiere hacer hoy? A lo mejor pensará ir al Caribbean Blue a buscar a Sue, menos mal que ya no está allí y no la encontrará.

- Mañana o nada. – Tengo que zanjar esto antes de que Sue vuelva. Antes de hablar con ella de nuestros asuntos pendientes...

- Mañana. Yo te llamaré y te diré el sitio y hora.

- Está bien. – Cuelgo y vuelvo a llamar a Norton. Me contesta enseguida.

- ¿Has tenido algún problema con la información que te he mandado?

- No, gracias Norton. Quería pedirte un favor. Te lo pagaré, claro está.

- No te preocupes Bennett. Dime qué necesitas.

- ¿Conoces a algún poli que no le amedrenten los asuntos sucios?

- ¡Ja! ¡Claro! De esos está el mundo lleno, Bennett.

- ¿Conoces a alguno de tu confianza?

- Sí, tengo un buen amigo que me suministra información por dinero. Es un buen tipo, es de mi confianza y ejerce de detective privado de vez en cuando. ¿Por? – Le cuento mi situación brevemente.

- Así que mañana necesitaré a alguien que avale que la deuda de Sue va a ser saldada y que ejerza presión en ese tipo para que no me extorsione.

- Comprendo. Me he tomado la libertad de investigar un poco sobre ese sujeto, Bennett. Su nombre completo es Nicolas Rolland y por lo que he visto de ese tipo trafica con drogas y también se le ha relacionado con trata de blancas. Está cesado de la policía desde hace tiempo, pero usa sus influencias, aunque no es nadie demasiado peligroso, al menos no tanto como para intimidar a mi amigo. Pretende serlo, pero es sólo un fantasma que presume de lo que no es. No lleva gorilas encima, sus secuaces suelen ser drogadictos a los que vende droga. – Automáticamente pienso en el tal Albert. Por eso serán tan amigos. – Pero, sí, es mejor que no vayas solo. Voy a llamar a Ben Stewart, él te guiará. No creo que te cobre mucho y es bueno. Además, es de mi total confianza. Le hablaré bien de ti.

- Bien. Habla con él y si puedo contar con él, pásame el número. Le pagaré lo que diga.

Pongo rumbo a mi casa con un mal presentimiento en la cabeza. Hoy todavía no he hablado con Sue, pero ahora mismo debe estar en mitad de su función en el hotel, así que la llamaré a media noche, en cuanto termine.

De camino a casa recibo otro SMS de Norton diciéndome que su amigo ha accedido a ayudarme y me pasa su número de teléfono.

En cuanto aparco lo guardo en la memoria de mi dispositivo.

Como sé que va a ser imposible concentrarme en nada, decido ponerme a dar puñetazos a mi saco de boxeo y a hacer ejercicio físico hasta que llegue la hora de llamar a Sue.

Con la música de los Red Hot Chili Pepper a todo volumen pienso en que ahora estoy más convencido que nunca que tengo que librar a Sue como sea de la sombra de ese poli de mierda que de un modo u otro siempre está rondando sobre nuestras cabezas. Norton dice que no es peligroso, pero yo sé que está obsesionado con Sue, y eso no puede ser bueno. Jamás podría fiarme de un poli corrupto, traficante, asiduo a un club de sexo que además se ha aprovechado de una mujer drogada para abusar de ella. Me gustaría arrancarle la cabeza de un puñetazo, pero me complicaría la vida bastante. Así que golpeo con más fuerza el saco imaginándome que es él.

Por otro lado, pienso en lo que ha dicho Norton sobre mi mujer. De repente dice que ha habido un giro y que quiere hablar conmigo. ¡Conmigo! ¿Podré aguantar las malditas ganas de gritarle a esa malnacida que por qué me abandonó cuando más la quería? No fui un marido modelo, pero ella tampoco fue la esposa de libro. Podríamos haber solucionado todo como adultos y me habría ahorrado tantos años de sufrimiento... Porque la amaba. De otra forma distinta y bastante menos intensa de la que amo a Sue, pero fue mi primer gran amor y le entregué mi inocencia a ella.

Era algo más tranquilo. Ella era una dulce e inocente chica que me ofreció su ingenuidad a cambio de quitarme la juventud a base de preocupaciones que vinieron después de nuestro matrimonio.

¡Y ahora quiere hablar conmigo! ¡Después de dos años desaparecida sin una maldita argumentación de por qué hizo lo que hizo! Porque yo sabía que ella mantenía viva su fe en el Islam, pero lo respeté, y jamás fue algo tan férreo como para irse a formar parte del Estado Islámico. ¡Yo lo habría visto! Aunque supongo que durante mucho tiempo estuve demasiado

centrado en mi clínica y no tuve tiempo de verlo. ¡Era lógico! ¡Estaba comenzando mi propio negocio! Todo el mundo sabe lo complicado que son los comienzos de un nuevo negocio. Y si lo llevé a cabo fue para darle un futuro digno a nuestra familia.

Pero ella aprovechó la soledad a la que le desterré por pasar tantas horas en mi nueva clínica radicalizándose y alejándose más y más de mí. ¿Tengo culpa yo de eso?

Pasé un verano entero buscándola hasta que supe que se fue a Siria. Traté de contactarla, incluso volé hasta allí. Fue imposible. El ejército que le dio cobijo jamás me lo permitió. Y ahora quiere hablar conmigo.

Pues hablaremos, “cariño”.

Errores

Son las diez de la noche cuando mi móvil suena y me saca de mi nube de recuerdos negativos sobre el banco de abdominales. Reconozco el número de teléfono como el número del hotel Samoa, donde trabaja Sue, y me extraño. Ella siempre me llama hacia las once y media o doce, que es cuando termina la función, pero estará en un descanso y habrá sentido la necesidad de hablar conmigo. Me alegra muchísimo, yo también necesito oír su voz para relajarme.

- Sue, cariño. Me alegra que hayas llamado.

- ¿Señor Bennett? – Una voz de un tipo que no reconozco me saluda desde el otro lado del auricular y me extraño. – ¿Es usted?

- Ehhh, sí. ¿Quién es? – Pregunto mientras me seco el sudor con una toalla.

- Señor Bennett, lamento mucho molestarle a estas horas de la noche, pero Suzanne nos dio este número en caso de emergencia. – Se me activan todas las alarmas. – Soy Theo, el jefe de recepción del hotel Saoma.

- ¡¿Le ha pasado algo a Sue?! – Pregunto asustado.

- No lo sabemos. Ha desaparecido en el descanso de su actuación y tratamos de llamarla al móvil, pero lo tiene apagado. – De pronto me siento caer en un abismo.

- ¡¿Qué?! ¿Han mirado en su habitación? ¿Han mirado por el hotel?!

- Sí señor. No está en su habitación. El recepcionista del turno de noche dice que cree que la ha visto salir con un hombre y que no parecía encontrarse bien. Habíamos pensado que era usted... – ¿Qué? ¿Un hombre? Automáticamente pienso en el desgraciado de Nico. No puede ser otro. ¡Maldita sea! Por eso no quiso que saldara la deuda de Sue esta tarde. No... ¿Qué coño quieres de ella, desgraciado? ¡Te voy a matar!

- Gracias por avisar. Le llamaré en cuanto tenga noticias de Sue. – Digo con sequedad y cuelgo sin más tiempo que perder. Automáticamente y con el pulso acelerado llamo a Ben Stewart, el poli con contactos en el inframundo que me aconsejó Norton, mi detective.

- Señor Bennett. – Me saluda y ya sabe quién soy. Norton le habrá hablado de mí y le habrá dado mi información, quizá para que sepa que soy de fiar. – ¿Cómo está? Me llama por una transacción con Nico Rolland, ¿no? Estaba esperando su llamada.

- ¿Señor Stewart? Buenas noches. Le llamo porque me acaban de llamar del hotel Saoma porque mi chica ha desaparecido y estoy casi seguro que es ese Nico Rolland, quien se la ha llevado. – Digo con el corazón a mil por hora y con unas inmensas ganas de llorar. – Dígame que puede ayudarme a dar con ella ahora mismo, se lo suplico. Le pagaré lo que haga falta. Por favor... no tengo a nadie más a quien recurrir.

- Ehhh... ¿Desaparecido señor?

- ¡Sí, maldita sea! ¡Eso he dicho! Por favor, ayúdeme a dar con ella.

- Es posible que se haya ido por su voluntad...

- ¡No, joder! ¡Sue nunca haría algo así! – Grito más fuerte de lo que debería a causa de la desesperación. – Escúcheme. Soy de fiar. Estoy seguro que Norton le habrá hablado de mí. Sé lo que digo ¡joder! Se la ha llevado ese tipo, estoy seguro.

- Pues Norton me ha hablado de usted, señor. Mire, yo no hago esta clase de trabajos, tengo necesidades familiares que cubrir, pero trato de no embarrarme demasiado. Mi carrera como policía podría verse en un apuro.

- Stewart. Mire. – Me froto la frente bastante estresado. – No tengo a nadie más a quien pedir semejante locura. Por favor, se lo suplico. La vida de la mujer que amo está en peligro. No tengo tiempo que perder y no voy a darle ese tiempo para que ese bastardo lo use en destrozarla. Estoy seguro que entenderá lo que le pido.

- Lo entiendo... Maldición. – Farfulla. – ¿Está seguro que la tiene ese sujeto? – Le explico aceleradamente la última conversación que tuve con Nico y lo que me ha dicho el jefe de recepción del Saoma. – Ya veo, todo parece apuntar a que sí y según ha averiguado Norton, ese hombre está obsesionado con su chica. Además de que tiene muchos frentes abiertos con sus antiguos compañeros policías.

- Dios mío... Si le ha hecho algo, yo... yo... No. No ha tenido tiempo todavía. – Comienzo a pasearme por mi casa y a tirarme del pelo. Pero necesito mantener la mente fría. Necesito recuperar a Sue y traerla de vuelta sana y salva. Cojo las llaves de mi coche. – No tengo tiempo que perder, Stewart. Estoy saliendo ahora mismo hacia la casa de ese desgraciado. Dígame si puedo contar con usted o si no llamaré a la policía directamente, aunque dudo mucho que me crean de primeras y se dirijan hacia allí directamente. ¡Seguro que me interrogarán hasta el alba y después será cuando comiencen su búsqueda! No puedo darle ese preciado tiempo al capullo de Rolland. Así que solo estoy yo para enfrentarme a ese sujeto. ¡Por favor, ayúdeme! ¡Estoy desesperado! Le pagaré lo que sea. – Le escucho suspirar.

- Le veo allí en veinte minutos. Tengo la dirección.

- Genial, gracias. ¡Mil gracias! – Sale un gemido de dolor de mi garganta. Entro en mi coche, arranco y salgo disparado hacia la casa de ese bastardo. ¡Por favor, si hay alguien ahí arriba que no le haya pasado nada a Sue!

- No me las dé. Serán cien mil libras si conseguimos salvar a la chica, parar a ese capullo y mandarlo entre rejas. Tengo muchos amigos del cuerpo de policía que estarán más que contentos de que detengan a ese imbécil. ¡Pero hará lo que yo le diga!

- ¡De acuerdo, lo que diga! ¡Le pagaré lo que sea! ¡Pero encuéntrela!

- Allí nos vemos.

Piso el acelerador con todas mis ganas y trato una y otra vez de llamar a Sue, pero su móvil está apagado. Escucho su voz diciendo que deje un mensaje después de la señal y al escuchar su voz me derrumbo y comienzo a llorar como un niño. ¡Joder Sue!

Llamo al jodido Nico del infierno y no contesta la llamada.

Quince minutos después estoy en Notting Hill. Dejo mi coche de cualquier manera y salgo disparado hacia la puerta del hijo de puta ese. Golpeo con fuerza.

- ¡¡¡Nico!!! ¡¡¡Nico!!! ¡Ábreme joder! – Grito y lloro al mismo tiempo. – ¿Qué le estás haciendo? ¡Suéltala! ¡Suelta a Sue, por lo que más quieras! ¡La policía viene de camino! ¡¡Suéltala!! – No escucho ni un solo movimiento dentro y me desespero aún más. Maldita sea, ¿dónde está Stewart? Tengo que llamar a la policía, no puedo esperar más. Espero que no me tomen por loco. Saco el móvil con un pulso terrible.

- Quítese del medio, Bennett. – Oigo una voz a mis espaldas. Al girarme veo una mole de dos metros de piel muy oscura y con gafas de sol que comienza a dar patadas a la puerta de la casa de Nico.

- ¿Stewart? – Pregunto amedrentado.

- El mismo. – Consigue derribar la puerta a la quinta patada. – Veamos. Voy a entrar. Si usted va a hacerlo también póngase detrás de mí y no haga una gilipollez. – Asiento. Saca una pistola y me señala el interior de la vivienda. Entramos en la casa y tras recorrerla de arriba abajo constatamos que está completamente vacía.

- Maldición, ¿dónde cojones se la ha llevado! – Pateo la puerta de la casa.

- Podemos rastrear su móvil si es que lo tiene encendido. – Me dice Stewart al salir de la casa de Nico de nuevo y sacar su móvil del bolsillo. – Pero tendremos que esperar hasta que mi colega Jack nos dé las instrucciones. Es tarde y a lo mejor lo pillamos dormido.

- ¿Es otro poli?

- Lo es. Es un cerebritito con la informática.

- ¡Creo que sé quién puede saber dónde está! – Mi mente comienza a pensar por fin. Saco mi móvil y llamo a Albert. ¡Joder, no contesta! Vuelvo a insistir. – ¡Joder! ¡Mierda, mierda! – Grito, pateo y lloro al tercer intento al ver que no contesta.

- ¿A quién llama? – Me pregunta Stewart al verme tan nervioso.

- Albert Allen. Él es amigo de ese hijo de puta y él trató de convencer a Sue hace unas semanas de hacer una actuación privada para ese hijo de puta de Nico Rolland.

- ¿Sabe dónde vive ese Albert?

- No estoy seguro, pero creo que por Covent Garden. – Le digo a la mole oscura intentando hacer memoria. Las primeras veces que vi a Sue fue por el Roadhouse que hay en Covent Garden, cuando ella aún compartía piso con ese subnormal.

Stewart hace una llamada.

- Sí, Albert Allen. Mira a ver si hay algún Albert Allen que viva por Covent Garden. – Dice la mole a su interlocutor y yo no paro de mirar mi móvil. Los minutos pasan y no tengo noticias de

ella. Me va a dar un infarto. – ¡Estupendo! Sí, ese debe ser. Gracias Jack. – Stewart cuelga el teléfono y me mira. – Vamos Bennett. ¿Tiene su coche cerca? – Le señalo mi Audi que está mal aparcado junto a nosotros. – Bien, entre. Yo conduciré.

Stewart conduce como si estuviese en la carretera del infierno, mucho más rápido que yo. Suelta unas cuantas maldiciones en voz alta mientras conduce mi coche conmigo al lado y me pone más nervioso. Llegamos a la dirección que su contacto le ha dado resoplo aliviado al ver en la acera aparcado el Ferrari rojo de Nico.

- ¡Están aquí! ¡Para, para! – Grito e intento salir con el coche todavía en marcha. Stewart para y deja el coche sobre la acera.

- Voy a tener que pedir refuerzos porque no sé qué nos vamos a encontrar ahí, Bennett.

- Me da igual, pídelos si quieres, pero yo voy a subir. – Stewart saca una pistola de algún lugar de sus pantalones y se pone frente a mí.

- No se haga el héroe y sígame a mí. – Me dice con mala cara. – Maldita sea, Norton me dijo que sólo tenía que acreditar que una deuda había sido saldada. – Maldice mientras nos acercamos al portal donde se supone que vive Albert.

- Le he dicho que le pagaré lo que haga falta. – Protesto. – Yo tampoco pensaba que la cosa se pondría tan fea.

- Ya no es cuestión de dinero, Bennett. Está en juego la vida de su chica. ¡Maldita sea! Y por mucha falta que me haga el dinero y muy tentador que sea no puedo eludir mi jodida responsabilidad como esta. No podemos hacer esto solos. ¡Joder, si metemos a la poli en esto van a sospechar de mí! Pero no nos queda de otra.

- Haga lo que tenga que hacer. ¡Joder, le pagaré más si quiere! – Stewart me mira de arriba abajo y después llama al portero electrónico de otra vivienda diferente.

- ¡Policía, abra! – Abren en el acto. Después llama a su contacto. – Jack, mira esto tiene mala pinta. Llama a central y dales mi dirección. Diles que necesito refuerzos. Hay una mujer blanca joven retenida al parecer contra su voluntad por el capullo de Nico Rolland y no está solo. Sí, sí, ese hijo de puta al final va a ser trincado. ¡Sí, nada me gustaría más, Jack! Estoy dentro del portal, me dirijo a la vivienda. Mándame a la jodida policía. ¡Ok, perfecto! – Cuelga y me mira. – Ya vienen refuerzos. Tenemos que subir por las escaleras o podrían sorprendernos a la salida del ascensor. – Asiento a todo lo que me dice, pero me impaciento porque quiero subir ya. Saca otra arma de sus pantalones y me la tiende. La miro confuso. – Sólo apriete el gatillo si la cosa se pone fea. – La cojo con un pulso terrible. – Bien, subamos. La vivienda está en la tercera planta.

Subimos con apremio, pero con sigilo. Y llegamos a la puerta de la vivienda del dichoso Albert. Se escuchan gritos en su interior. Stewart me advierte que esté callado para escuchar y tratar de averiguar cuánta gente hay en el interior de la vivienda.

- ¡Joder Nico, está convulsionando! ¡Tienes que llamar a la ambulancia! – Escucho la voz de Albert y tengo que aplastarme la boca con la mano para no gritar. Aprieto los ojos.

- ¡Algo pasa, tenemos que entrar! – Susurro con más fuerza de lo que quiero. Stewart me

hace un gesto con el dedo para que me calle.

- ¡Maldita zorra! ¡Me vas a causar más problemas de lo que me esperaba! – Grita Nico. – ¡Para! ¡Para de sacudirte, maldita sea! – Miro a Stewart aterrado. ¡A qué cojones está esperando!

- ¡Nico, llama a la jodida ambulancia! – Albert llora. Dios si esta mole oscura no hace algo ya voy a tener que entrar yo, aunque no sepa cómo.

- Joder, no. Tenemos que irnos o nos pringarán. Vámonos y llamemos cuando estemos lejos. – Dice Nico.

- ¡¿Estás loco?! ¡Va a morir!

- ¡Stewart, por el amor de dios! ¡Algo le pasa a Sue! – Me fulmina con la mirada y de repente mira su móvil. – ¡Tenemos que entrar!

- Ya están aquí los refuerzos. Péguese a la pared. – Me dice y yo lo hago. Llamo a la puerta.

- ¡Maldita sea! – Grita Nico. – ¿Has llamado a alguien, imbécil?

- No. – Niega Albert. – ¿Quién es? – La voz de Albert suena preocupado.

- Soy el vecino de abajo. – Dice Stewart pegado a la pared con el arma apuntando hacia la puerta por si se abre.

- ¡Váyase, maldita sea! – Joder. Stewart pone los ojos en blanco, blasfema y resopla.

- Tú lo has querido. ¡Policía, abra! – Dice finalmente Stewart.

- ¡Joder! ¡Me cago en la puta! – Oigo como grita Nico.

- ¡¿Qué haces?! ¡Te vas a matar! – Grita Albert. – ¡No puedes irte y dejarla así!

- ¡Albert, abre por lo que más quieras! – Grito con todas mis fuerzas y comienzo a sacudir la puerta.

- ¡Échese a un lado, maldita sea! – Me regaña Stewart. En ese momento la puerta se abre y veo la cara de Albert completamente descolocada. Mi mirada se choca con la de él.

- ¡¿Dónde está?! – Le suplico con la mirada vidriosa. Ahora mismo no voy matarlo, sólo quiero dar con Sue.

- Sálvala, por favor. – Dice con ojos aterrados. Stewart y yo entramos en la vivienda. Stewart se acerca directamente a la ventana que hay abierta y yo comienzo a dar vueltas por la casa gritando en nombre de Sue hasta que llego a una habitación y me encuentro a Sue desnuda, atada, convulsionando y echando espuma por la boca.

- ¡¡¡Sue!!! ¡Sue, mi amor, mírame! ¡¡Joder!! ¡¡Joder!!! – Tiro la pistola que tengo en la mano, me lanzo a la cama y me pongo sobre ella. Golpeo su cara para hacerla reaccionar. Busco mi móvil con las palpitaciones de mi corazón en la garganta. No me gusta nada lo que veo. Llamo a emergencias apretando la mano de Sue en la mía. – ¡Por favor, una ambulancia para Covent Garden 17, 3ºB! Mi novia está convulsionando y echa espuma por la boca.

- De acuerdo, ya va de camino. ¿Qué le sucede? Dígame si ha ingerido algo que no debería haber ingerido. ¿Algún alucinógeno? Es crucial que nos lo diga para que podamos informarle de la asistencia que debe usted llevar a cabo hasta que la ambulancia llegue.

- ¡No lo sé! ¡Albert! ¡¡Albert!! – Grito, pero ese condenado ha debido escapar. – Está drogada, pero no sé qué le han dado. ¡Por favor, dígame qué hacer! – Suplico llorando mientras contemplo a Sue convulsionar.

- Póngala de lado. A lo mejor las convulsiones son por vómito que le obstruye las vías respiratorias. – En seguida hago lo que me dice y veo que tenían razón. Sue comienza a expulsar fluidos por la boca y parece que vuelve a respirar algo mejor. Me levanto de un salto y me sitúo frente a ella. Parece que me ve, pero sus pupilas están muy dilatadas. – Señor, me informan que la ambulancia ya está abajo. Van hacia arriba. ¿Está la puerta abierta de la vivienda?

- Sí, sí. – Digo sin soltar la mano de Sue y mientras la observo asustado. Comienza a poner los ojos en blanco. – Nena, soy yo, Jamie, estoy aquí. No me dejes, te lo suplico. – Le digo en un lamento sin saber qué más hacer.

- ¡¿Han llamado a una ambulancia?! – Escucho una voz en la lejanía.

- ¡Sí, aquí! ¡Dense prisa! – Grito a pleno pulmón. Unos segundos más tarde veo entrar a una chica y un chico con la indumentaria de la ambulancia en la habitación en la que estoy con Sue. Me separan de mi chica y comienzan a estudiar sus signos vitales. Stewart entra tras ellos y se queda patidifuso al ver a Sue en ese estado.

- Joder. – Dice. Yo comienzo a llorar desesperadamente mientras observo cómo le meten a mi chica un tubo por la boca y le inyectan algo directamente al esternón. Siento la mano de Stewart posarse en mi hombro. – Tranquilo, estará bien. – Asiento sin poder articular palabra. Quiero creer que así será y que no he llegado demasiado tarde. – Nico ha sido detenido y Albert también. – Lo miro y aprieto la mandíbula. – Sé que desearía que me los hubiera cargado, pero no ha podido ser.

- Sólo dime que ese hijo de puta no saldrá de prisión en una buena temporada. – Le pido.

- Tranquilo, yo me encargaré. – Los de la ambulancia suben a Sue en una camilla y le colocan un respirador. Me acerco a ella.

- ¡Sue! ¿Cómo está? – Suplico información a esos médicos mientras pasan por mi lado.

- Débil. Ha sufrido una sobredosis de algún tipo de droga y la tenemos que llevar al hospital para terminar de hacerle un lavado de estómago.

- ¡Voy con ustedes! – Bramo persiguiendo la camilla que lleva a Sue. Stewart intenta detenerme.

- Va a tener que declarar, Bennett. Y yo también. Así que por lo que más quiera no revele nada de lo que habíamos pactado usted y yo. – Me dice al oído. – No me meta en líos, recuerde que le estoy ayudando.

- No lo haré. – Sacudo la cabeza. – Testificaré lo que haga falta, pero desde el hospital. No

voy a separarme de Sue. Tranquilo, confíe en mí. – Stewart asiente y me acompaña hasta mi coche.

- Déjeme llevarlo yo, Bennett. No está en situaciones de conducir. – Dice entrando en mi coche. Yo le dejo hacer todavía aturdido. Me siento en la parte del copiloto y froto mi frente intentando borrar los pensamientos tan desastrosos que la acorralan. – Se pondrá bien, Bennett. Tranquilo.

- ¡Dios mío, que así sea! – Miro hacia el techo.

- Escuche, la policía me ha preguntado por qué estaba yo con usted. – Me dice con cautela, evaluando mi reacción. – No voy a cobrarle nada por el trabajo si contesta que usted y yo somos amigos y nos estábamos tomando algo juntos cuando usted recibió la llamada del hotel diciéndole que su novia había desaparecido. Dígame que lo hará, Bennett. Si recurro a este tipo de trabajos es porque tengo que mandar ayuda económica a mi familia en Nigeria y con mi sueldo no me llega.

- Tranquilo Stewart. Eso diré. Y le pagaré, claro está, por su trabajo. Le pagaré el doble si Sue sobrevive, porque será gracias a usted. – Stewart me mira de reojo incrédulo. – Pero quiero que me ayude a hundir a Nico Rolland y a Albert Allen. – Le pido con fiereza. – Aunque Sue salga de esta sin daños serios.

- No se preocupe por eso Bennett, Rolland tiene muchos enemigos en el cuerpo policial, créame. Y llevaban tras su pista desde hace meses. Desde que le cesaron de la policía.

- Y yo que pensé que seguía ejerciendo y que la policía no hacía nada...

- Ha sido escurridizo, sólo eso. Pero estaban tras su pista.

Por el camino al hospital llamo a Mary y le informo de lo ocurrido. Da un grito y comienza a llorar cuando me pregunta por el estado de Sue y yo le confieso que no sé si saldrá de esta. Dice que se lo dirá a Arthur y a Megan y quedamos en vernos en el hospital.

En cuanto llegamos al hospital, justo detrás de la ambulancia, me lanzo corriendo justo detrás de la camilla que lleva a Sue, pero me cortan el paso cuando la veo entrar en quirófano. ¡Mierda!

Renacer

Varias horas en la sala de espera de un hospital, volviéndome loco al imaginar qué haría si Sue no sale de esta.

Ya he contestado a todas las preguntas de la policía y me han corroborado que harán lo posible por meter a Nico y a Albert presos todo el tiempo posible. Mary y Megan no paran de llorar y de dar vueltas a mi alrededor. Arthur y Carl están a mi lado y me dan su apoyo, que me resulta insuficiente para llevar todo esto con sensatez.

Finalmente, un médico sale y me dice que Sue está bien y que está descansando. El alivio que siento es indescriptible. Sobre todo, cuando dice que sus constantes están bien y que sólo necesita descansar, pero que el lunes, si todo sigue así, le darán el alta. Pido entrar a verla, pero dicen que será mejor dejarla descansar esta noche.

Stewart también está en la sala de espera conmigo y, cuando escucha que Sue se encuentra bien, me da un abrazo amistoso y se despide de mí para irse a descansar él también.

- Hazme sólo un favor más, Stewart. – Le pido. Me mira esperando a que le diga qué tengo en mente. – Quiero ver a Nico. Quiero que me lleves a donde está. – Frunce el ceño. – Sé que tú puedes colarme. Tengo que hablar con ese hijo de puta.

- Está bien. ¡Eres un jodido, Bennett! – Resopla. Me despido de mis amigos que dicen que se quedarán allí en la sala de espera por si hay nuevas noticias de Sue y por si despierta y pregunta por alguien.

Me meto en mi coche y dejo a Stewart que me lleve a la comisaría en la que tienen a Nico Rolland apresado.

- Creo que si sigue así me va a tener que poner un salario, Bennett. – Bromea Stewart.

- No descarto tener que contratar seguridad personal. – Digo sin ganas de bromear.

- Cuente conmigo. – Lo miro y me sonrío. – Me cae bien. – Sonrío con pocas ganas. – Y tiene unas amiguitas muy explosivas. – Pongo los ojos en blanco. Pero la ronca risa de esa mole oscura me hace sonreír al final de verdad.

- Sí, las Caribbean girls son unas preciosidades... Aunque ninguna como mi chica.

Stewart aparca mi Audi frente a la comisaría y ambos entramos en las instalaciones después de que él enseña la placa a varios compañeros. Se acerca a un mostrador y habla con un poli, mientras yo observo la escena desde la distancia y con la mente enfocada en lo que quiero hacer.

- Ven conmigo, Bennett. – Me dice al fin. Ya no me habla de usted, supongo que porque ambos defendemos la tesis de que somos amigos desde hace tiempo frente a la policía. Me lleva hasta una celda en la que veo a Nico recostado en un camastro mirando al techo. Mi sangre hierve. De pronto me mira y se levanta.

- ¡Tú! – Dice. – ¡Escucha, yo no le he hecho nada a tu novia! ¡Esa tipa vino a mi casa a que le invitara a unos tiritos y se puso mala, fin de la historia! – Quiero arrancarle la cabeza.

- Podría creerte si no conociera a Sue. – Digo con una serenidad que no tengo. – O si no hubiera grabaciones tuyas sacando a Sue en mal estado de su trabajo en el Saoma. – Miento porque sé que esas grabaciones deben existir. Funciona. Nico abre la boca y no sabe qué decir.

- Escúchame amigo. Dame la mitad de la deuda de Sue y estamos en paz. Yo no le pediré jamás nunca nada y no volveréis a saber de mí. – Pide el engendro ese acercándose a los barrotes. Le dedico una sonrisa de asco.

- La deuda de Sue ya ha sido saldada. Desde que decidiste poner su vida en peligro para cobrártela tú mismo con su cuerpo. – Aprieta los labios.

- ¡Eso no es así! ¡Yo no fui! ¡Fue Albert! ¡Soy poli, capullo! ¡¿Crees que vas a poder joderme?! ¡Estás muy equivocado! ¡Te joderé yo a ti! – Stewart se acerca a mí y no puede evitar intervenir.

- Tú ya no eres poli ni eres nada más que una sucia rata pestosa de alcantarilla. Yo sí soy poli, y trabajaré junto a Bennett para que no salgas de aquí nunca, capullo. – Disfruto muchísimo con la cara de pavor que pone Rolland.

- Vas a dejar pasar la deuda de Sue si no quieres que salgan a la luz varias grabaciones del Caribbean Blue en donde abusas sexualmente de chicas drogadas, u otras donde apareces vendiendo drogas a sus clientes. Vas a dejar pasar la deuda de Sue si no quieres pasar el resto de tu vida entre rejas. – Digo mirándole con fiereza. – Vas a dejarla pasar si no quieres que me ponga a investigar quien es tu familia para hacerle lo que le has hecho tú a ella.

- ¡Está bien, maldita sea, tú ganas! – Golpea con todas sus ganas los barrotes.

- No tengo mucha fe en tus palabras, así que me buscaré las amistades adecuadas para que las cumplas. – Stewart me aprieta un hombro para hacerle saber a ese malnacido que él me apoyará. Cada minuto que pasa me cae mejor. Me giro con la intención de irme.

- ¡No te preocupes, ni muerto me acercaría a esa puta de nuevo! ¿Me has oído? ¡Sólo es una puta! ¡Una puta! – Escucho sus gritos a mi espalda y hago acopio de todo mi control para no volver a girarme.

Dejo a Stewart en la dirección que me ha dicho y nos despedimos con un abrazo. Me dice que cuente con él para cualquier cosa que necesite y yo le digo lo mismo. También le doy mi dirección para que pase por mi casa a por su dinero en cuanto a Sue le den el alta. Después, pongo rumbo de nuevo al hospital.

Cuando llego allí, consigo que al fin el médico me deje pasar a la habitación de Sue si prometo no molestar. Arthur, Carl y las chicas se vuelven a casa bajo petición mía. Yo les mantendré informados. Según el doctor ya ha pasado el peligro y gracias al cielo no llegaron a propasarse esas dos ratas con Sue. El médico piensa que porque el efecto de la metadona (que es la droga que le suministraron) se debió hacer patente muy rápidamente y quizá esos dos engendros se asustaron por ello.

Ya está fuera de peligro, pero ha estado al borde de la muerte. Me siento junto a su cama y le agarro la mano.

- Mi amor, casi te pierdo para siempre. – Beso sus dedos.

Pero el latir de su corazón resonando en las máquinas y el subir y bajar de su pecho al respirar me serenán y sin darme cuenta entro en un profundo sueño.

En mis sueños vuelvo al piso de Albert y aporreo sin cesar su puerta, gritando el nombre de Sue, reviviendo de nuevo la angustia de no saber si llegaré a tiempo.

- Jamie. ¡Jamie! ¡¿Qué pasa?! – Es La voz de Sue. Me despierto de golpe. Me mira aterrada y mira todos los tubos que tiene en su cuerpo. – Jamie, ¿qué ha pasado? ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estamos? – Oh, dios. ¡Qué alegría tan enorme verla de nuevo hablar y mirarme! ¿Ya es de día? ¿Cuántas horas he dormido?

- Mi amor, tranquila. Estamos en el hospital. – Acaricio su pelo y le dedico una sonrisa apaciguadora. – Estás bien. ¡Oh, dios, estás bien, Sue! – La beso con fuerza y se me escapa un gemido de emoción en sus labios.

- ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí? – Su voz suena ahora más serena. Pero sigue preocupada.

- Nico y Albert te drogaron y te llevaron del Saoma. – Abre la boca sorprendida, pero no dice nada. – Me llamaron del hotel y me dijeron que habías desaparecido en extrañas circunstancias. Fui a buscarte y gracias al cielo te encontré antes de que esos dos hijos de puta te dejasen morir por sobredosis. – Ahora ya no puedo contener las lágrimas. La miro y no me creo que siga aquí, conmigo. El cielo me ha dado otra oportunidad.

- ¿Es eso cierto? – Asiento sin poder hablar mientras siento como las lágrimas resbalan por mi cara. – No llores, me has salvado. – Intenta limpiar mis lágrimas con sus manos, pero me derrumbo y acabo llorando como un niño sobre su vientre. – Shhh, no llores mi amor. Lo siento...

- ¿Lo sientes? – Me levanto de golpe. – ¡Nena, tú no tienes la culpa de nada! ¡Esos dos malnacidos pagarán lo que te han hecho! – No puedo parar de llorar.

- Sí lo hice. Nico fue quien me dejó el dinero, Jamie. – Confiesa y agacha la mirada. Y ella no sabe que yo todo eso ya lo sé. Eso y mucho más. – Yo solía pagar parte de esa deuda con mis actuaciones. Por eso no lo alejé antes de mí. – Me mira con los ojos llenos de lágrimas. – Porque tenía miedo de cómo podría reaccionar si no lo hacía. Tenía miedo de que hiciera algo a alguien que yo quisiera, como a ti. – Me acaricia.

- Tu deuda ya está saldada. Yo mismo he hablado con él, Sue. No tienes nada más que temer. Está preso y lo va a estar por una larga temporada. Y no se te ocurra pedir perdón por nada, tú sólo has intentado sobrevivir. – Ella me dedica una triste sonrisa.

- Ese era mi gran secreto. Ahora te toca a ti decirme el tuyo. – Respiro con fuerza.

- Cuando vuelvas a casa, mi amor. Cuando estés fuerte te lo contaré todo. Todo.

- Nada me alejará de ti, lo sabes, ¿verdad? – Tira de mi cuello para que la bese y lo hago con lentitud y recreándome en sus labios.

- Nada. Nunca.

La huída

Sue no quiere esperar a que le den el alta el lunes y hoy domingo, firma el alta voluntaria. Para ello ha tenido que pelearse fuertemente conmigo, con Mary y hasta con mi hermana que ha venido a verla. Ella dice que está bien y, como es la mujer más terca que hay encima de la tierra, no existe posibilidad de debate al respecto.

Así que ahora mismo estoy sentado en mi coche con Sue a mi lado, y me niego a mirarla o vería lo enfadadísimo que estoy con su decisión. Lo que no sabe es que en casa va a estar igual que en el hospital y si hace falta la voy a esposar a la cama para evitar que se mueva.

- ¿No vas a mirarme en todo el camino? ¿Tan fea estoy? – Pregunta con voz de inocente y yo resoplo. – Jamie, estoy bien, y estaré mucho mejor en casa, contigo. – Me acaricia la cara.

- ¡No se te ocurra chantajearme emocionalmente, Suzanne! – Le recrimino. – Si el doctor dice que tienes que estar en reposo deberías hacerle caso. Para eso es un profesional.

- Puedo estar en reposo en nuestra cama. ¡Me iba a dar el alta mañana, mi amor! No estoy enferma ni nada por el estilo.

- ¡Has tenido una sobredosis por metadona! – Le grito furioso.

- Estaré bien contigo, doctor Bennett. – Suspiro.

- Tienes que llamar al hotel y decirles que estás bien y que no vas a volver. – Sue abre la boca para replicar. – ¡Ni se te ocurra llevarme la contraria en eso! ¡No pienso ceder! – Le apunto con el dedo y pongo mi rostro más amenazador.

- ¡Jamie!

- No Sue, ya no tienes deuda del infierno que pagar y no vas a estar exhibiéndote por ahí tú sola con tanto depredador suelto.

- Tengo que pagar la universidad. – Dice en un hilo de voz. Creo que al fin no está muy convencida de llevarme la contraria en este tema.

- Bueno, eso ya veremos cómo lo resolvemos. – Ahora mismo tengo casi dos millones de libras en casa que finalmente no tendré que usar para pagar la deuda de Sue. Estoy seguro que mañana lunes podré buscar un hueco para ir a pagar la deuda que tiene con la universidad y dejarle un fondo para el resto de asignaturas que le queden.

- No me lo vas a pagar tú, Jamie. – La fulmino con la mirada.

- ¡Quieres dejar de ser tan cabezota! ¡Nunca me vas a dejar ayudarte o qué! ¡¿Tiene que volver a pasar una desgracia como esta para que te des cuenta de que yo soy la persona de la que más te puedes fiar?! – Ella sonrío. ¡Está loca! ¿De qué demonios se ríe ahora? – No tiene gracia Sue. – Aparco el coche frente a mi casa y la miro lleno de desesperación.

- Cásate conmigo. – Me dice y me quedo sin aliento.

- ¿Qué? – Casi no me sale la voz del pecho. Ella me dedica una sonrisa tímida.

- Cástate conmigo y haré lo que quieras para hacerte feliz. Pero no quiero alejarme de ti jamás y ahora ya no tengo obstáculos que lo impidan. Ya no tengo que sentirme que no soy suficiente para ti. – Se quita el cinturón de seguridad y se lanza sobre mí. Yo estoy todavía en shock. – James Bennett, te amo con todo mi ser y sé que tú me amas a mí también. – Me besa. Sigo sin respirar. – Déjame ser tu esposa y ser una persona mejor junto a ti. Tú me haces creer que puedo serlo. Di algo...

- Yo... yo... – Mi cabeza da vueltas. Me falta el aire. Es lo que había soñado desde hace tiempo y no puedo decirle que sí porque... estoy casado. Y no lo sabe. Y no puedo cambiar mi estado civil hasta que todo esto acabe. Pero, ¿acabará alguna vez? Si digo que sí significará que me he rendido para siempre.

- ¿No quieres? – Se separa de mí un poco para evaluar mi estado.

- Es lo que más deseo en este mundo.

- No pareces muy convencido. – Su mirada se oscurece y su sonrisa se esfuma. Acaricio su rostro. Este divino ser quiere casarse conmigo. Debería ser el hombre más dichoso de la jodida tierra y simplemente no puedo, porque no puedo decirle que sí.

- Tenemos que hablar primero, mi diosa. – La beso.

- James, ya te he dicho que nada me separará de ti. – Suspiro. Ya veremos.

- De todos modos, prefiero que debatamos este asunto cuando no queden huecos que rellenar entre tú y yo. – No se me olvida que ella también ha estado casada y que fue un matrimonio de conveniencia y... con Albert. Esa es excusa más que de sobra para mí para mantener mi silencio, otra vez más.

- Vale. – Dice al final con tristeza y se levanta de mi regazo coge las llaves de casa que tengo en mis manos y sale del coche sin mirar atrás. Si la dejo ir así es porque estoy completamente en shock con lo que acaba de suceder.

Sue entra en mi casa y poco después reacciono yo al fin, salgo del coche y la sigo. Al entrar voy directamente a mi habitación y no la veo allí. Escucho el grifo abierto de la ducha y me dirijo al baño con miedo a enfrentar a su mirada verde y decepcionada. A través del espejo sus ojos se encuentran con los míos. Pero rápidamente aparta la vista, se quita la ropa y se mete en la ducha.

- Sue... oye yo no... no pienses lo que no es. – Digo abatido. Me siento sobre una banqueta y escondo mi cabeza entre las manos.

- Supongo que algún día confiarás en mí como lo hago yo en ti. – Me levanto y la miro a través de la mampara de la ducha. Estoy a punto de soltarlo. Lo sé.

- Yo ya confío en ti como tú en mí.

- No lo creo, Bennett. Yo ya no te oculto nada. – Dice mientras se enjabona sin mirarme y con una frialdad pasmosa teniendo en cuenta que hace unos minutos me ha pedido matrimonio.

- ¿No?

- No.

- Quizá el hecho de que estuviste casada con Albert no lo consideras nada. – Se gira y me mira con estupefacción.

- ¿Y cómo sabes tú eso?

- ¡Mejor pregúntate por qué no lo sé antes! – Grito encolerizado. – ¡No me pidas algo que tú no estás dispuesta a darme! – Sue aprieta los labios. Mierda, la he herido. ¡Pero es la verdad! ¡Estoy furioso! He estado dispuesto a perdonarlo todo. A obviarlo todo. Ha aceptarlo todo. Sólo por ella. Porque no puedo vivir sin su amor. Pero si quiere de verdad casarse conmigo debería tomarse su propuesta con más seriedad.

- Eso no tuvo ningún significado para mí. – Se defiende y agacha la mirada.

- Para mí sí. – Vuelve a mirarme.

- Fue supervivencia. Ese matrimonio nunca fue un matrimonio de verdad.

- ¿Segura Suzanne? ¿Por qué entonces no me lo contaste? – Abre la mampara de la ducha y se enfunda en una toalla. Acto seguido se pone tan cerca de mí que oigo su respiración acelerada. Ambos nos matamos con la mirada.

- Dime cómo sabes tú eso.

- Lo sé y punto.

- ¡Dímelo!

- ¿Querías a ese hijo de puta? ¿Has sentido alguna vez algo por él? – De pronto suelto algo que no sabía que mi cabeza tenía rondando de un lugar a otro desde hace semanas. O quizá desde siempre.

- ¡Te he dicho mil veces que no! ¿Cómo me encontraste, James? Yo nunca te dije donde vivía Albert y la policía me ha dicho que me encontraste allí. – Trago saliva.

- Te encontré, ¿no? Te salvé la vida. Ese cabrón casi te la quita.

- ¿Me has estado siguiendo? ¿Es eso lo que confías en mí? – Su mirada se ha vuelto fiera. Ahora soy el cazador cazado.

- No te he seguido, Sue. Hice sólo uso de mis contactos.

- ¿Y qué contactos son esos? – Estoy acorralado. El miedo comienza a apoderarse de mí. Si le cuento que tengo un documento que he pagado y que dice todo de ella me matará. Piensa rápido, Bennett.

- ¡Sí! – Digo.

- ¡Sí qué! – Me grita a escasos centímetros de mi cara.

- ¡Sí voy a casarme contigo! – Abre la boca para rebatir y rápidamente la agarro de la cintura y le planto un beso fiero y lleno de rencor. Ella lucha para soltarse, pero se lo impido. Le quito la toalla y la levanto para subirla sobre el lavabo.

- ¿Qué haces? – Susurra tratando de recordar su enfado conmigo.

- Follarte. – Contesto abriéndole las piernas. – Follarte con todo mi amor y como nadie nunca lo hará. Porque eres mía, Sue. – La penetro sin dejar de mirarla y ella suspira en mis labios. Aprieto sus nalgas y me adentro más. – Te quiero de una forma inhumana. Y sí, me voy a casar contigo y tú serás mía para el resto de tu vida. Pero no todavía, nena. – Ella comienza a gemir en mis labios conforme entro y salgo de su cuerpo.

- No es justo. – Protesta en un susurro.

- ¿El qué, nena?

- Que me manipules así. – Cruza sus piernas en mi cintura y comienza a moverse sobre mí, pero noto la debilidad de su cuerpo y me paro. – No... – Se queja y me besa con pasión.

- Estás débil mi amor. – Respondo a sus besos más que excitado y acaricio su rostro y su pecho. La beso por todas partes.

- Te deseo... no pares. – Suplica y vuelvo a mirar a sus ojos. Continúo entonces el ataque que comencé contra su cuerpo pero más calmado y sin dejar de mirarla.

Nos corremos así, mirándonos, besándonos y acariciándonos con devoción, amor y toda la pasión que dos cuerpos son capaces de sentir uno por el otro. Porque esa mujer y yo estamos hechos para amarnos así, de una forma salvaje, desgarradora y puede que nociva si ese amor impide que seamos sinceros por miedo.

Rendida tras el orgasmo, la levanto entre mis brazos y la llevo a la cama. Acaricio su bello cuerpo enroscado al mío hasta que siento que se duerme entre mis brazos.

Entonces, cuando ya me siento libre de su interrogatorio, suspiro y trato de relajarme mientras miro el techo de mi habitación y pienso en todas las cosas que tengo que contarle y no sé cómo empezar.

Va a ser realmente doloroso volver a recordar todo lo que viví con mi mujer a la que también amé con todo mi ser. Quizá no como a Sue, no, nada que ver. Con ella fue todo más convencional. Yo venía de ser un auténtico casanova, un mujeriego en toda regla. No había mujer que se me resistiera por aquella época y rara vez decía que no ante la posibilidad de llevarme a alguna a la cama. Pero ella simplemente no quería porque su religión se lo impedía y eso sólo la hacía más apetecible para mí. Todo un reto para alguien como yo.

Cita tras cita con esa exótica mujer de ojos almendrados y oscuros que me hacían perder la razón, lo único que conseguía era robarle algún beso y unas pocas caricias. La deseaba con todo mi ser. Era el caramelo prohibido para un niño hambriento.

Cuando me confesó su amor me sentí victorioso. Y al fin la convencí para demostrarle el mío con mi cuerpo. Lo demás vino todo precipitadamente. Sin darme cuenta me encontré casado,

abriendo un negocio, comprando una casa y tomando responsabilidades para las que no estaba nada preparado.

Y, aunque la amé, ese amor resultó no ser lo suficiente fuerte para darme cuenta de que me estaba alejando de ella y comenzamos a hacer una vida independiente el uno del otro cada vez más alejados de nuestro punto de origen. Un año después creo que nos dimos cuenta los dos de algo clave. Recuerdo aquella cena navideña en compañía de mi familia en la que mi mujer y yo nos miramos y nos dimos cuenta de que éramos dos desconocidos que ya no tenían nada más en común que nuestra unión familiar. Vi el terror en sus ojos al darse cuenta. Sobre todo, cuando constató que yo también lo vi. Ella supo entonces que me había perdido. Porque me había enamorado de alguien que simplemente ya no existía, o puede que nunca existiera y sólo me enamorara de una ilusión que había creado mi mente.

Nunca sentí esto que siento cuando miro a Sue. Nunca tuve ese miedo a perderla que tengo por perder a Sue. Nunca.

Con Sue ha sido todo lo contrario. Yo venía de una época de sequía femenina. De miedos internos y de inseguridades personales. Ella me sedujo con su cuerpo desde el principio y con su alma poco después. Ella se ha introducido en mi piel y en mi ser y forma parte de mí como si fuera un órgano vital más de mi organismo. No se ha ido alejando sino más bien fundiendo más y más en mí. No ha ido convirtiéndose en una desconocida, sino que cada minuto a su lado abro una nueva capa que me acerca cada vez más al fondo de su alma.

- Te amo con locura, pequeña. – Le digo a su cuerpo durmiente y le beso la frente. Después cierro los ojos y dejo que el sueño por fin me domine.

Se acabó

Es lunes. Me levanto de golpe al tener un sueño infernal y un minuto después tengo una llamada de Norton en mi móvil. Como si fuera una señal del destino.

Me levanto porque Sue está completamente dormida y necesita descansar. Yo también necesito privacidad para esta conversación.

- Buenos días Norton. – Saludo mientras me pongo unos calzoncillos y salgo de la habitación. Roberta, mi asistente, me mira horrorizada y yo me disculpo con una sonrisa y me meto en mi despacho. – Dime.

- Hola Bennett. Stewart me ha contado la aventura...

- Sí. – Suspiro. – Ya está todo bajo control. Tengo que pagarle.

- Puedes hacerlo hoy. Vendrá a mi despacho y necesito que tu vengas también. La liberación de Sussie es algo inminente Bennett. – Se me corta la respiración. Los ojos se me inundan. Sussie...

- ¿Seguro? – Casi no me sale la voz del cuerpo.

- Sí, tu mujer quiere hablar contigo hoy mismo y por la noche estarás volando en dirección al Líbano. Me he tomado la libertad de reservarte un pasaje. Volverás en tres días si todo sale como lo esperado. Stewart podría volar contigo, se lo he comentado y parece dispuesto. Te vendrá bien protección personal Bennett.

- Joder, Sue... – Me paso la mano por el pelo. Ya no puedo dilatar más esta conversación.

- ¿Quieres seguir adelante o no?

- Sí, sí, claro que quiero. Es sólo que tengo que hablar con mi chica antes.

- ¿Aún no se lo has contado? Has dejado pasar demasiado tiempo.

- Lo sé, lo sé. No ha hecho más que complicárseme la cosa.

- Bennett. En una hora y media recibiré la llamada de los que tienen a tu mujer custodiada. Tienes que venir. Ella quiere hablar contigo.

- Está bien. Allí estaré. – Digo con el ánimo desplomado.

- Hasta dentro de un rato entonces. – Norton cuelga y no miro al techo. Ya está. Esto es lo que querías Bennett. Sue tendrá que digerirlo.

Me levanto, tomo un café cargado y me ducho. Treinta y cinco minutos después estoy vestido y preparado. Cojo las llaves de mi coche, el maletín lleno de dinero y mi móvil y me acerco a mi asistente.

- Roberta, si Sue despierta dile que he ido a resolver papeleo. Que volveré en poco más de

una hora.

- Sí señor.

- Y sobre todo que no haga esfuerzos. Tiene que descansar.

- Descuide señor.

Entro en mi coche y antes de llegar a la oficina de Norton me paso por el banco en el que Sue tiene su cuenta. Me pasan a la oficina del director cuando comunico mi intención de saldar la deuda de Sue con su crédito universitario. El director se muestra más que contento con mi intención y más aún cuando le digo que quiero meter un fondo más en su cuenta para gastos universitarios. Lo único que pido a cambio es que si ella pregunta jamás revele mi identidad. Sino más bien le diga que la misma universidad es la que le concede la ayuda por sus buenas marcas.

Resuelto este tema me dirijo a la oficina de Norton.

Al entrar veo a Stewart y a Norton enzarzados en una conversación que creo que tiene que ver conmigo.

- Buenos días. – Saludo con pocos ánimos. No sé cómo va a acabar todo esto. Mi viaje al Líbano, el rescate de Sussie, la conversación con mi mujer, la conversación con Sue...

- ¡Bennett! – Stewart me saluda con un abrazo que le devuelvo. Me sonrío aún más cuando le doy un sobre con doscientas mil libras. – Aceptaré toda esta pasta si me dejas ir contigo al Líbano. – Me dice.

- Stewart, es peligroso. – Le informo. – La última vez que fui casi me matan. Quiero que lo sepas.

- Está todo bajo control. – Dice Norton. – Siéntate Bennett, pronto llamarán. – Me siento y me aflojo la corbata que siento que me obstruye las vías respiratorias. – No te preocupes, ella se ha mostrado participativa. Ha debido pasar algo para que sienta por fin que debe hacer esto... – El teléfono interrumpe el discurso de Norton y me quedo mirando al aparato con terror. – Norton. – Contesta. – ¡Sí! – Me hace un gesto con la mano para decirme que es ella. ¡Por dios, no estoy preparado! ¿Qué le digo? No paro de respirar con profundidad. – Sí, aquí está. Pásenme con su mujer. ¿Qué? ¡Dijo que quería hablar con él en persona! Sí, sí, mañana estará él en persona para recibir a la chica. – Aprieto los ojos. ¡Oh, por todos los santos, no lo puedo creer! No es verdad. No lo es. – Ajá. Entiendo. Sí, sí. Se lo haré saber. – Norton cuelga y yo no comprendo nada. ¿No quería hablar ella conmigo?

- ¿Qué sucede? – Me pongo en pie.

- Tranquilo. Todo está bien. Pero ella ahora mismo no puede hablar. Dice que te llamará a tu número personal en unas horas.

- ¿Qué? ¿En unas horas? ¡Tengo que volver con Sue! ¡Tengo que hablar con ella antes de todo esto! – Me dirijo a la puerta con intención de salir.

- Bennett, tendrá que estar en Heathrow en cinco horas si quiere acabar con este episodio de

una vez por todas.

- ¿Cinco horas? ¡Joder!

- Querías acabar cuanto antes con esto, ¿no? Me pediste que lo agilizara. Si dices ahora que no todo se irá a la mierda, Bennett.

- No, no, allí estaré. Me voy. Dale mi teléfono personal si no lo tiene. ¡Que me llame ya de una maldita vez y acabemos con esto!

- Te veo en Heathrow Bennett. – Me dice Stewart. Asiento y me voy.

En el coche de vuelta a casa escucho una llamada a mi teléfono móvil y doy un salto.

- ¡Bennett! – Respondo tenso.

- Mi amor, ¿dónde estás? – Es Sue.

- Cariño ya voy a casa. Tenía que resolver una cosa de la clínica. No tardo.

- Vale. Oye, perdóname por lo de ayer. Te debo mi vida y todo lo que soy. No quiero presionarte para casarme contigo, Jamie. Sólo quería que supieras que estoy dispuesta a todo por ti.

- Nena, yo deseo con todas mis fuerzas casarme contigo, de verdad. Voy a casa. Hablaremos de todo. Espérame. Te lo contaré todo y espero que comprendas mis motivos y el porqué de mi silencio este tiempo. Pero no dudes que te quiero con todo mi ser.

- Te espero. – Cuelga y suspiro una y otra vez. Tengo que llegar pronto.

Llego y salgo del coche a toda prisa. Entro en casa y veo a Roberta limpiando.

- ¿Dónde está Sue? – Suena el teléfono de casa. Lo ignoro.

- Está en el baño señor. – Me abro una cerveza y me siento en el sofá para poner en orden mi cabeza.

- Roberta, tómate el resto del día libre. – Digo.

- ¿De verdad, señor?

- Sí, necesito quedarme con Sue a solas. – Roberta obedece sin rechistar y cinco minutos después se ha ido.

- ¿Y Roberta? – Escucho a Sue a mi lado. Abro los ojos y está guapísima vestida con unos vaqueros y una camiseta blanca entallada.

- Nena, siéntate. Tenemos que hablar. – Frunce el ceño.

- Tanta prisa tan repentina... ¿a qué se debe? – Sigue de pie sin moverse. Vuelve a sonar el teléfono de casa.

- Es mejor hacerlo ya. Siéntate.

- Están llamando. – Me dice seria.

- Que llamen. Necesito hablar contigo.

- ¿Qué pasa?

- Siéntate y te lo contaré todo. – El teléfono de casa insiste en sonar. Finalmente voy a levantarme para contestar, pero Sue se me adelanta y yo la dejo contestar para tomar unos minutos más para pensar en cómo voy a afrontar esta conversación.

- ¿Hola? – Le escucho decir mientras la miro y me vuelvo a dar cuenta de cuántísimo quiero a esta mujer. – ¿Cómo? Se ha equivocado. – ¿Quién coño es ahora? Me bebo la cerveza de un buche y me levanto en dirección a Sue. Ella me mira sin comprender. – ¿La mujer de James? ¡Está de coña, ¿no?! – Se me cae el botellín de cerveza de la mano. Sue me mira y comprende. Reacciono después de unos segundos y corro hacia el teléfono, se lo arranco de las manos a Sue y contesto.

- ¡Jasmina! – Se escucha el silencio. – Jasmina, soy yo. Háblame, te lo suplico. Dime que está todo bien. – Mi pecho palpita con fuerza. Me sudan las manos. Me hormigean las piernas. – Jasmina, tienes que hablar conmigo. ¿Dónde estás? ¿Dime dónde tengo que ir? – Un gemido me sorprende. Es Sue. Está traspuesta escuchándome y entonces vuelvo a percatarme de su presencia. Se tapa la boca con las dos manos y yo no puedo atenderla en estos momentos. Me siento dividido, pero esta conversación es demasiado importante y llevo esperándola demasiado tiempo. Sue va retrocediendo poco a poco alejándose de mí.

- James, tienes que venir por ella. – Escucho a Jasmina llorar. Sue se da la vuelta y sale despavorida de casa llorando y gritando. ¡Mierda! Ahora no puedo pensar en ella. Tendré que dejarla ir y que piense de mí lo peor por unas horas hasta que pueda hablar con ella y explicarle todo. – Ella tiene que salir de aquí. – Dice Jasmina. Me vuelvo a enfocar en la conversación con mi mujer.

- ¿Dónde está mi hija, Jasmina? ¿Dónde está Sussie? ¿Le ha pasado algo? Por favor, dime que está bien. – Comienzo a llorar desesperadamente. – Dime dónde tengo que ir e iré.

- Te la llevarás para siempre, ¿verdad? – Lloro y sé que ella sabe que sí.

- Ese no es lugar para una niña de cuatro años, Jasmina. Ella necesita una vida. Si la quieres devuélvesela. No lo hagas por mí si no quieres. Pero hazlo por Sussie. Hazlo por nuestra hija. Ella tiene que vivir, Jasmina. Ni tú ni yo seremos jamás felices si a ella le ocurre algo. ¡Te lo suplico!

- Ella está bien, pero...

- ¡¿Pero qué?!

- Ven por ella, James. Te la daré. No pondré obstáculos. Pero júrame por lo más sagrado que la cuidarás.

- ¡Joder Jasmina! – Lloro desesperadamente. – ¡Es mi pequeña, maldita sea! ¡Haré lo que haga falta! ¡Llevo luchando dos años por ella! ¡Te juro que no lo hago por mí! ¡Te juro que

renunciaría a ella si supiera que allí ella sería feliz y estaría mejor sin mí! ¿Por qué me la quitaste así? ¿Por qué me causaste tanto dolor? ¿Tanto me odias?

- No James, yo siempre te quise. Pero tú no eres el hombre para mí. Quise darle a nuestra hija la vida eterna, la salvación de ese mundo impuro y de pecado en el que vives. – Bufo, pero me muerdo la lengua. El pecado es condenar a tu hija a la miseria como ha hecho ella. Mi pecado ha sido simplemente luchar por sobrevivir y por sentirme vivo y eso sólo lo ha conseguido Sue. Mierda Sue...

- Jasmina te prometo que haré lo que me pidas por Sussie, pero dámela. Ella tendrá más oportunidades aquí, a salvo. Lejos de la guerra, Jasmina, por lo que más quieras.

- Sólo júrame que le hablarás bien de mí. – El llanto amargo de esa mujer casi hace que me apiade de ella.

- Te lo juro. – Miento. Sé que no le voy a hablar a mi hija mal de su madre. Simplemente nunca se la volveré a nombrar. Pero tiene que volver de una vez. Mi pequeña Sussie. Quiero que vuelvas. – Lo juro por mi honor. Lo juro.

- Nos vemos en unas horas James. – Cuelga.

Yo me quedo unos minutos más con el teléfono en la mano sobre mi oreja hasta que me dejo caer al suelo y lloro. Llora con todas mis fuerzas y apoyo mis manos sobre la tarima flotante de mi piso. Sin fuerzas. Si consigo traerla todo este calvario habrá valido la pena, incluso perder a Sue, si es que ha decidido tras esto que no quiere volver a saber de mí.

Pero con Sue siempre tendré tiempo de recuperarla. Y sé que viviré para intentarlo, pero primero necesito a mi pequeña conmigo.

No lo puedo creer.

Sussie...

Vas a volver conmigo mi amor.

No lo creo.

No puedo con tanta emoción.

EPÍLOGO

Me levanto como puedo del suelo y voy a mi habitación para coger los bártulos necesarios para este viaje. El viaje más importante de toda mi vida.

Todavía no he intentado llamar a Sue. Sé que no me saldría la voz del cuerpo. Cuando ya tengo mi maleta lista y estoy en la puerta de casa me doy cuenta de que las llaves de mi coche no están donde las dejé y... mi coche tampoco. Sue... ¿Sabe conducir?! Entonces la llamo. Aprieto los ojos cuando me doy cuenta de que tiene el móvil apagado. Cierro la puerta de casa y llamo a un taxi. No me queda otra.

Por el camino, en el taxi, continúo llamándola una y otra vez. Sigue apagado. Al final decido dejarle un mensaje de voz.

- Mi amor, lamento la forma en la que te has enterado, pero pensaba contártelo yo mismo. Mi matrimonio está muerto desde hace años, muchos años, lo único que me ha hecho mantener ese lazo matrimonial era la esperanza de que así recuperaría a mi hija Sussie más fácilmente. – Titubeo. – Mi abogado, bueno, el abogado de la familia, así me lo dijo. No es fácil sacar a un niño de un país como en el que está mi pequeña sin los papeles en regla. Dios, Sue, espero que escuches este mensaje y me dejes aclarártelo todo en persona. Ahora tengo un vuelo que coger para recuperar a mi hija, por fin. Una hija que pensé que había perdido hace mucho tiempo. – Se me rompe la voz. – Te quiero nena, no lo olvides, ¿vale? Lucharé por lo nuestro. Dame una última oportunidad. Oh... mierda Sue. – Me froto la cara al pensar en que la he cagado de nuevo con ella, pero bien. Y todo lo que me costó recuperarla la primera vez que me dejó... – No me dejes, ¿vale? Te compensaré. – Finalizo ahí mi mensaje. Llamo a mi hermana.

- ¡Hola tú! ¿Cómo está Sue? – Me muerdo el labio.

- Brigitte, voy para el aeropuerto de Heathrow.

- ¿Y eso?

- Acabo de hablar con Jasmina hace un par de horas. – Mi hermana se queda en silencio. – Voy a por Sussie. ¡Sí, al fin! ¡Voy a por mi pequeña Brigitte! – Lloro de felicidad y de ansiedad al mismo tiempo. – Di algo. – Mi hermana comienza a llorar también y ambos lloramos y reímos a la par.

- Tráenosla Jamie.

- ¡Sí! ¡¡¡Sí!!! Va a volver Brigitte. Te iré contando.

- Cuídate hermano. Te quiero, os quiero a los dos. A mi niña del alma y a ti, con todo mi ser.

- Para Brigitte, me vas a hacer convertirme en una llorona. – Mi hermana vuelve a reír. – Por favor, no me regañes, pero si pudieras hablar con Sue y explicarle mi situación... ella no quiere hablar conmigo.

- Tranquilo Jamie. – Agradezco que no comience a regañarme por no habérselo contado antes.

- Gracias, te quiero tonta.

- Y yo.

Llego al aeropuerto con una hora de antelación y decido esperar a Stewart tomándome un café en una cafetería. Llamo a Arthur y le explico la situación. Me dice que hablará con Mary y que entre todos harán entrar en razón a Sue. También está pletórico.

Cuando Stewart llega me abrazo a él con fuerza, a pesar de que lo conozca de poco he compartido momentos muy intensos con ese hombre y necesito un jodido abrazo en estos momentos.

Una hora después estoy en el avión que me pone rumbo a la otra parte de mí que me falta. Podría regalar todo en mi vida y sería el más feliz si sólo me quedara con Sue y con mi hija para siempre.

¿Cómo estará? ¿Habrá cambiado mucho? ¿Me reconocerá? ¿Llorará mucho la ausencia de su mamá? ¿Me querrá? ¿Se acordará de que tiene un papá? Un papá que la amó con locura desde el minuto cero en que sus manitas apretaron mis dedos. Recuerdo que solía dormirla tumbándola sobre mi pecho cuando era una recién nacida mientras le contaba tonterías. La sola vibración de mi voz la relajaba y caía fulminada en minutos. Jasmina me regañaba porque decía que la estaba acostumbrando a los brazos.

Recuerdo que su primera palabra fue papá, y los gritos de felicidad que yo lancé aquel día. Intenté grabarla en video, pero la muy maldita se negó a decirlo mientras la grababa.

Recuerdo su mirada ambarina, su pelo dorado. Recuerdo hasta su olor. Mi niña amada. Estoy deseando volver a verte y no separarme de ti nunca más.

CONTINUARÁ...

Caribbean Love

Silvia Cruz

“Si te pregunto por el amor me citarás un soneto, pero nunca has mirado a una mujer y te has sentido vulnerable, ni te has visto reflejado en sus ojos. No has pensado que Dios ha puesto un ángel en la tierra para ti, para que te rescate de los pozos del infierno.”

ÍNDICE

[Recuerdos](#)

[Volver a verte por primera vez](#)

[Arrancarte de mí](#)

[Atrapado](#)

[Coraza de mantequilla](#)

[Pasos en falso](#)

[Recuérdame](#)

[Demencias](#)

[Estrategias](#)

[Los elegidos](#)

[Mía](#)

[Pruebas](#)

[Lo que importa](#)

[Precipitaciones](#)

[Dentro o fuera](#)

[Despertar](#)

[Turbulencias](#)

[Castigos](#)

[La peor de las brujas](#)

[Arder en tu infierno](#)

[Pilares](#)

[Sentirse en casa](#)

[Mi mundo a tus pies](#)

[Después de ti nada](#)

[Mi sangre](#)

[EPÍLOGO](#)

[El resto de nuestras vidas](#)

Recuerdos

(5 años atrás...)

¡Al fin he terminado la maldita universidad! Esta noche voy a celebrarlo como es debido. Los chicos quieren que salgamos hasta el alba a beber y a intentar llevarnos a alguna chica a la cama. Yo, la verdad, tengo otros planes con Jasmina. No me importa salir un rato con ellos y beber primero, eso me dará más determinación para llevármela por fin a la cama. ¡Esta mujer se me está resistiendo bastante! Y, me gusta demasiado como para rendirme ahora.

Sé que algo siente por mí porque se pone muy nerviosa cuando estamos a solas. Me mira con sus ojos avellana tímidos y me pone ojitos. Yo sé que siente atracción sexual por mí, ¡vamos, a estas alturas reconozco eso en una mujer! Ese rubor cuando me mira le delata. Y la forma con la que pasa su lengua por sus labios. Cómo acaricia sus manos para intentar transferirse calma. Esta noche Jasmina es mía.

He aceptado que su religión es férrea ante el contacto humano si no hay un contrato matrimonial de por medio que lo avale, pero yo no voy a llegar a ese punto con alguien con quien no sé si soy sexualmente compatible o no. Y sólo hay una forma de averiguarlo.

Estoy en uno de esos bares para universitarios con mis amigos Arthur, Carl y Tim y estamos bebiendo como cosacos. Voy a echar de menos todo esto. Todas las fiestas universitarias, nuestros retos absurdos, nuestras conquistas en grupo. Sé que ahora me toca vivir una etapa nueva en mi vida y que tendré que demostrarme a mí mismo y al resto del mundo que existe sensatez en mí. Mis padres esperan que su único hijo varón les deleite con un futuro prometedor frente a sus narices.

Jasmina también puede tener un futuro brillante si así lo quiere. Es una de las mentes más lúcidas en la carrera de arte y tiene una visión prometedora de ese mundo. Pero me preocupa que sus aspiraciones personales no parecen tan acordes con sus posibilidades, que son inmensas.

Hoy no va a ser el día que hablemos de ello. Ya habrá tiempo si lo nuestro continúa hacia adelante. Porque no me gustaría acabar en una relación de dependencia de ningún tipo.

Pero lo primero es lo primero Bennett. Llévatela a la cama y evalúa después las posibilidades.

- ¡Bennett! ¡No te lo vas a creer, pero he conseguido quedar después con las mellizas Sawyer para hacer un trío! – Me dice Arthur y yo espurreo la cerveza cuando lo oigo. ¡Qué cabrón con suerte!

- ¿En serio?

- Tío eres un cabrón. – Rechista Tim con cara de derrotado. Desde hace un par de años sale con una chica muy simpática llamada Liz y sé que en el fondo le pesa no poder compartir con nosotros nuestras aventuras de solteros.

- ¡Eh! ¡Vas a necesitar ayuda! – Sugiere Carl. Arthur le mira con mala cara.

- ¡Si quisiera que me las ahuyentaras llamaría a un guarro como tú! ¡La última vez que hice un trío contigo llevabas los calcetines rotos y te olían los pies a bicho muerto, Carl! – Tim y yo nos reímos a carcajadas. Es verdad, Carl es muy dejado. – Vente tú Bennett, temo no ser suficiente para esas dos brujas. – Me pide.

- Otro día seguro. Hoy tengo una virgen que desvirgar. – Confieso con aire triunfador. Mis amigos me miran sorprendidos.

- Tío, no te vayas a tirar a una cría. – Protesta Carl. – Eso no está bien.

- ¿Qué dices tú, mongolo? – Interfiere Arthur. – Bennett se refiere a la morita esa con la que ha quedado últimamente. Jasmina era, ¿no? – Asiento sonriente. – Sí que está buena.

- ¡¿Es virgen?! – Se sorprende Carl. – Guau, esa tipa está como quiere y no es tan niña. ¿Cuántos tiene? ¿Veintiuno?

- Veintitrés. – Digo. – Soy cuatro años mayor que ella. Y, me tengo que ir ya señores, mi polvo me espera. – Termino lo que queda de cerveza en mi vaso y me despido de mis amigos.

Media hora después estoy dentro de mi Opel Corsa bajo la ventana de Jasmina esperándola. No se hace esperar. Lleva un vestido bonito, pero que es bastante ancho y esconde su cuerpo como puede tras él. Me saluda tímida al entrar en el coche. Le robo un beso y se escandaliza. Pero ya me da igual. Creo que he tenido demasiada paciencia con ella. Si me gusta y le gusto besarnos es una de las cosas más bonitas que podemos hacer, ¿no? De hecho, al final termina dejándose besar y enredando sus manos en mi pelo. Creo que hasta la he oído gemir.

- James, vámonos de aquí. Si mi hermano nos ve besándonos se va a enfadar. – Me pide y yo arranco mi coche rápidamente.

- ¿Qué le has dicho para que te deje salir esta noche conmigo? – Pregunto ya por el camino.

- Que vamos al hospital a ver al hijo de una amiga mía que ha nacido esta noche. – Sonríe traviesa. Se tapa la boca y me hace reír.

- Bueno, lo que podemos hacer es practicar cómo se hacen los niños. – Abre los ojos de par en par. Tengo que intentarlo al menos. Si cueela, cueela.

- ¿Es eso lo que tienes en mente? – Se tensa.

- Jasmina, tú me gustas, mucho. No tiene nada de malo que te lo demuestre de todas las formas humanas. – Acaricio su mano.

- Pero sabes que eso va en contra de mi religión, James. – Al fin llegamos al descampado al que quería llegar. Apago el motor de mi coche y la miro.

- ¿Te gusto, Jasmina? Porque tú a mí me encantas. – Pregunto serio. Esto no va a resultar. Ni siquiera me mira. – Háblame, por favor. Sabes que no me interpondré entre tú y tu religión, pero aquí solo estamos tú y yo. En este coche, bajo este cielo, tu cuerpo, el mío y lo que sentimos el uno por el otro. – Qué poético, Bennett. Creo que surte efecto. Jasmina me mira y sonrío.

- Estoy enamorada de ti. Mucho. – Ehh eso es más de lo que me esperaba. Me lanzo a sus labios y los beso con suavidad. Ella gime en mi boca y me empalmo enseguida.

Creo que las expectativas que llevo madurando de ella en mi mente hacen que mi nivel de testosterona esté por las nubes. Jamás una mujer se me había resistido tanto. Acaricio sus labios, sus mejillas y voy descendiendo lentamente mi mano por su cuello hasta llegar a su pecho. No dice nada, así que continúo masajeándolo. Sólo contiene la respiración.

- Eh, tranquila. No voy a hacerte nada malo. – Bajo mi mano sin parar de mirarla y llego hasta el borde de su vestido. Lo subo lentamente hasta elevarlo por su cintura y veo que aprieta los muslos por temor. Los acaricio haciendo circulitos sobre ellos. – Shhh, no estés tan tensa. Déjame quererte. – Susurro en sus labios. Ella se rinde en ese mismo momento y deja de luchar contra su cuerpo. Se abre de piernas para mí e introduce su delicada lengua en mi boca. ¡Oh sí!

Es inexperta, pero me resulta delicioso. Introduzco mi mano por sus bragas y me deleito en la apabullante humedad que bordea su sexo. Está tan hambrienta o más que yo. Por eso ha vencido la pasión a la férrea lealtad a su religión.

Sin pensarlo dos veces hundo dos dedos en su interior y Jasmina comienza a gemir muy fuerte en mi boca. ¡Oh, estoy a cien! Antes de que se corra me retiro, desabrocho la bragueta de mis pantalones y me pongo un condón. Ella me mira asustada. Será el primer pene que ha visto seguro.

- Shh, tranquila. – Me coloco sobre ella y echo su respaldo hacia atrás. – Seré bueno. – Asiente sin decir nada. – ¿Tienes miedo? – Pregunto ante su cara de estupor. Joder, ¿debería parar?

- No, hazlo. – Pide. Suspiro y me voy introduciendo lentamente en ella sin parar de besarla y acariciarla. Quiero que se sienta protegida y segura entre mis brazos.

Está muy tensa así que decido ayudarla a relajarse levantándole el vestido hasta arriba, liberando uno de sus pechos y mordisqueándolo tortuosamente. Al fin se relaja y llega al orgasmo muchísimo antes de lo que me imaginaba. Antes que yo. Así que me apresuro a no dilatar mi éxtasis mucho más o podría acabar dolorida.

Me dejo ir y echo mi cabeza en su pecho. Ella sigue sin poder hablar.

- ¿Estás bien, Jasmina? – Le pregunto mientras salgo de su interior. Ella sonrío como nunca y asiente.

- Ahora soy tuya y tú mío. – Vaya. No me esperaba tanta celeridad. Tendríamos que hablar de eso. Pero ahora no. Para ella ha sido un momento muy especial en su vida y tengo que estar a la altura. La beso.

- Me gustas mucho. Creo que me estoy enamorando de ti. – Confieso porque así lo siento y ella necesita escucharlo. Sonríe y comienza a llorar. Me asusta cuando me abraza con tanta fuerza.

Lo que nunca me imaginé sería que a partir de ese día Jasmina se convertiría en una mujer hambrienta de sexo. Aunque nunca quiere intentar nada fuera de lo tradicional, no para de buscarme para tener sexo en cualquier parte del mundo. Eso es lo que hace estimulante el sexo con

ella. No es muy experta, se corre demasiado pronto y casi no me deja calentar en los preliminares, pero hacerlo en sitios prohibidos donde podemos ser pillados infraganti lo convierte en un juego estimulante.

Lo único que me preocupa es que casi nunca me da siquiera tiempo a ponerme el condón y casi me obliga a no usarlo. Tengo control sobre mis eyaculaciones, pero no cuando me acorrala y me prohíbe correrme fuera de ella. Cosa que últimamente está empezando a hacer y en un par de ocasiones me ha sido imposible evitarlo.

Llevamos así ya dos meses y el juego que comenzó como algo divertido, apasionante y emocionante está comenzando a enfadarme porque yo todavía tengo muchos planes para mí como para frenarlos todos de golpe por la llegada de un hijo inesperado.

Por otra parte, aunque estoy enamorado de esta mujer que me tiene por completo a su merced y soy incapaz de decirle que no cuando me busca, me preocupa que en realidad sé muy poco de ella y de su mundo y que quizá me he creado una imagen de ella un poco irreal en mi cerebro.

Lo que me gusta de Jasmina es que sea valiente y que haya decidido tomar las riendas de su sexualidad a pesar de las prohibiciones de su cultura, pero por alguna extraña razón a veces pienso que está intentando algo diferente a eso conmigo.

La testosterona por las nubes, la ilusión de mi primera relación seria y el nuevo proyecto que tengo en mente sobre mi propia clínica ginecológica me tienen demasiado eufórico para darme cuenta de lo que realmente pasa hasta que, una noche, Jasmina me llama llorando y me dice que necesita verme. Quedamos en un restaurante a las afueras de Londres. Ni que decir tiene que dejo todo lo que tengo en mis manos para buscarla.

Llego al restaurante y ella me espera ya sentada en una mesa. Cuando la veo tiene cara de haber llorado todo el día.

- Eh, mi amor, ¿qué pasa? – La beso y me siento frente a ella.

- James. Tengo algo importante que contarte. – No me mira. ¿Qué le pasa?

- Pequeña, mírame. ¿Qué pasa? ¿Vas a dejarme? ¿He hecho algo malo? – Es la primera vez en mi vida que me siento tan vulnerable ante una mujer. Ella clava los ojos en mí.

- Estoy embarazada. – No puedo respirar. No. No puedo. No puedo hablar tampoco. No puedo pensar. Dios... No puedo pestañear siquiera. – Por favor, no huyas James.

- ¿E... estás segura?

- Sí. – Suelto todo el aire de los pulmones. – Tenemos que casarnos, James. Si no mi familia me matará. Me harán cosas horribles y yo... tengo miedo. – Comienza a llorar desesperadamente y yo no sé qué cojones decir. ¿Casarme? ¿Ya? Llevamos apenas saliendo unos meses. Tengo muchos proyectos que pensaba hacer primero. No digo que no quiera hacerlo... ¿quiero? No sé. Un hijo... Un hijo mío. Joder, ¿yo padre? ¿Puedo hacerlo? Bueno, pueda o no tendré que hacerlo. Si voy a tener un hijo tendré que aprender a marcha forzada a ser padre. – Di algo. – Me pide.

- Tú... ¿lo has hecho a propósito, Jasmina? – No quiero creerlo, pero esa idea me ha rondado la mente desde el principio. – ¿Es porque te he desvirgado yo?

- James, nadie habría querido casarse con una mujer desvirgada. – Dice agachando la cabeza. – Y tú me quieres y yo a ti, ¿no? – Vuelve a mirarme pidiendo perdón.

- Sí, pero no puedes decidir mi vida así, de esta manera, Jasmina. – Estoy en shock. Me gustaría poder enfadarme más con ella, pero no quiero empezar a relacionarme así con la futura madre de mi hijo. – ¿Por qué no me comentaste que el tema matrimonial era tan importante para ti? Podríamos haber esperado a tener hijos cuando hubiésemos estado preparados.

- ¿Vas a dejarme? – Sus ojos se humedecen.

- No. No puedo hacer eso. Te quiero, aunque no sé si tanto como para casarme en apenas unos meses contigo. – Pienso en voz alta y ella frunce el labio.

- Aprenderás a hacerlo. De eso trata el matrimonio. – Me dice y la observo pasmado.

- ¿El matrimonio va de aprender a amarse después de casados? No lo veo igual, Jasmina.

- Voy a tener este hijo contigo o sin ti. Sin ti él y yo estaremos desprotegidos y correremos cientos de desgracias para sobrevivir, pero lo haremos. – Jasmina se pone en pie para irse y yo la sujeto de la mano.

- No, no te vayas. Nos casaremos.

- ¿Estás seguro?

- Sí, es la primera decisión como padre que he de tomar. Y ya está tomada.

Desde en ese día en adelante mi vida se precipitó abruptamente.

Conocí a la familia de Jasmina, o bueno, más bien los saludé con la mano, porque los únicos con los que podía comunicarme era con Jasmina y su hermano Hamed, porque eran los únicos que hablaban inglés.

A mi padre casi le da un infarto cuando le digo que voy a casarme con una chica que ni conoce porque la he dejado embarazada y mi madre me cruza la cara directamente de una hostia. Días después se le pasará porque estará más preocupada en qué modelito usar para la boda que por lo que le sucederá a la pobre criatura que lleva Jasmina en su vientre con mi sangre. ¡Dios esto es una locura!

Mi hermana no le da importancia. Hace dos años que vive en Oxford donde estudia la misma carrera que yo he estudiado y no sabe lo precipitado que ha sido todo.

El único que me comprende es Arthur, que está indignado porque está convencido de que Jasmina me ha hecho una encerrona con lo del embarazo. Yo no quiero pensar en ello porque si no se me desmoronarían todos los planteamientos positivos que me he obligado a tejer en mi mente. Ella me quiere, yo la quiero, vamos a casarnos y a formar una familia. Punto y final. No puede ser tan desastroso, ¿no?

Pero lo es.

Sobre todo, después de la boda.

Jasmina se niega a tener sexo conmigo estando embarazada y yo me refugio en mi nueva clínica para no pensar en mis necesidades físicas. Ella va a la mezquita a verse con sus amigas para no estar sola día tras día. Y yo me vuelvo una persona apática y aburrida lentamente.

Mi vida mejora cuando al fin veo los ojitos de mi pequeña Susan Amber Bennett. Jamás olvidaré ese día. El día en que me convertí en un gigante. En el papá de la cosa más bonita que ha pisado la tierra. Sussie tiene una sonrisa de esas que para camiones, huracanes, ciclones y derriba montañas.

La vida sexual entre Jasmina y yo no mejora después de tener a nuestra hija, yo lo achaco a su depresión postparto y ella me culpa a mí de que ya no me excita hacerlo con ella porque lo único que me excitaba era hacerlo en lugares prohibidos, pero ahora, al hacerlo en nuestra casa, siempre en la misma cama, he dejado de verle el morbo. Puede que tenga razón, pero es que ella también ha sido siempre demasiado fría.

Tampoco le perdono que deje a nuestra hija todo el día sola con unos y con otros. Yo la tengo todo el tiempo que puedo conmigo, incluso la llevo a la clínica, pero a veces no puedo y tengo que dejarla con mi madre, que gustosa se queda cuidándola. Jasmina pasa demasiado tiempo en la mezquita con sus amigas y me parece muy bien, pero yo tengo que llevar todo el trabajo y también el cuidado de mi hija que ya tiene un año y ya va dándose cuenta de que su mamá no le hace mucho caso. Ya ha pasado tiempo de sobra para que haya superado su depresión postparto.

Mi hermana también viene cada fin de semana para ver a Sussie todo lo que puede. Está tan enamorada de esa niña como yo lo estoy.

Cada día noto algo diferente en mi pequeña y me apasionan esos cambios tan significativos. Sus primeros dientes, sus primeras carcajadas, ver crecer sus tirabuzones del color de la miel. Y jamás olvidaré su primera palabra; papá. Casi me da un patatús cuando le estoy dando la papilla en su sillita y escucho su tierna vocecita pronunciar mi apelativo.

- Vamos Sussie, come o llegaremos tarde para la comida de navidad en casa de la pesada de tu abuela. Prrrrrrr. – Hago con la cuchara mientras le hago el avioncito para que coma. Ella suelta una de sus preciosas carcajadas y yo no puedo evitar reírme con ella. – ¡Jasmina, date prisa o llegaremos tarde! – Le grito a mi mujer que lleva arreglándose una hora.

- Papá. – Oigo alto y claro de mi hija. Abro los ojos.

- ¿Qué has dicho?

- Papá. – Repite. – Prrrrrr. – Hace lo mismo que le he hecho yo con la cuchara y me espurrea toda la papilla en la cara y en la camisa.

- ¡Ohhh jojojo, pequeñaja! – Saco mi móvil para grabarlo. – ¡Dilo otra vez!

- Prrrrrr. – Mierda, no lo va a decir la condenada ahora que la grabo. Pero sí que me llena de papilla el móvil y ahora también la corbata.

- ¡Ahh! ¡Niña saboteadora de trajes! – Quito la cámara de mi móvil y veo que tengo un mensaje de Ivonne, la nueva secretaria de mi clínica. Me manda una foto con un beso y me desea feliz navidad. Joder, qué buena está. No me importaría hacerle un favor. ¿Qué estoy diciendo? Jamás había pensado en otra mujer desde que estoy con Jasmina. Pero desde hace unas semanas me fijo en todas. Ivonne, además, me pone ojitos constantemente. Tanta falta de sexo me está matando. Guardo el móvil y sacudo la cabeza. – ¡Ven aquí, niña del infierno! – Levanto a mi hija y le hago cosquillas en la barriguita con mi boca. Se muere de la risa. – ¿Te parece bonito ponerle a papá el traje lleno de papilla ehh?

- ¡Jajajaja! ¡Papá! – Vuelve a decir. La sujeto frente a mí y la miro embelesado.

- Te amo pestosa. Mmmm aquí huele a caca de las buenas. – Arrugo la nariz y le doy un beso papilloso.

- ¡James! ¡Te has puesto perdido! – Me regaña Jasmina a mi espalda, al girarme la veo y no lo creo. ¿Lleva puesto velo? Y una túnica más propia de una mesa camilla que de una bella y joven mujer como ella.

- No importa, me cambiaré. – Ambos nos miramos extrañados de no encontrarnos en nuestras miradas. No reconozco últimamente a mi mujer. Y tengo que admitir que he empezado a fantasear con otras mujeres. Con todas las mujeres que se me cruzan, para ser exactos. Ella me mira como si viera el pecado en mis ojos. Dejo a Sussie en su silla. – ¿Tú ya estás lista? – Ella asiente. – Bien, voy a cambiarme de camisa y corbata. Hay que cambiar también a Sussie.

A partir de ese día no recuerdo haber tenido una conversación con Jasmina que durase más de cinco minutos. No sé de qué hablar con ella, ni siquiera de nuestra hija. Ella no habla de Sussie. No habla de mí. Ni siquiera habla de ella ni de lo que hace fuera de casa.

Sé que debería intentar pasar más tiempo con ella, pero, sin embargo, hago lo contrario. Me da repelús su presencia últimamente y hago planes constantemente con mis amigos y con mi trabajo y siempre que puedo me llevo a Sussie. No lo quiero reconocer, pero prefiero que mi hija no pase demasiado tiempo con su madre. Y sé que eso no es bueno.

Lo único que se me ocurre pensar es que estamos pasando una mala racha, pero han pasado seis meses desde esa primera vez que la vi con el velo y ahora cada día lo lleva haga lo que haga, hasta para estar en casa.

Una noche, harto de esta situación, le hago un masaje a mi mujer y consigo echar con ella un polvo razonablemente bueno. Creo que es un buen comienzo y me duermo con esa sensación en el pecho.

Pero al despertar ella no está en casa, y lo peor de todo, es que Sussie tampoco. Llamo a su hermano y no contesta. Llamo a sus amigas y nadie sabe nada. Finalmente llamo a la policía cuando veo que llega la noche y no sé nada de Jasmina ni de mi hija.

A partir de ahí el silencio y la sombra de la pérdida perpetua se apodera de mí. Un inmenso vacío en mis brazos al no poder abrazar a mi pequeña ni saber qué ha sido de ella me fractura el corazón haciéndolo añicos.

Mi padre enfermó, mi madre comenzó a medicarse contra la depresión, mi vida se tornó en un infierno y lo único que me acompañaba era el silencio de mi mujer y la incertidumbre de no saber cómo estaría mi pequeña. ¿Tendrá frío? ¿Hambre? ¿Se acordará de su papá? ¿Dónde cojones estaba!

Contraté a un tal Norton como detective privado y tres largos meses después de que Jasmina desapareciera con mi hija, me llegó de su mano la información de que estaba cerca del Líbano.

Sin pensármelo volé a su encuentro y estuve cerca de encontrarla, pero unos encapuchados me bloquearon la entrada en la frontera y me advirtieron que me alejara de mi mujer y de mi hija si no quería que las violaran y las trocearan. Todo esto con cuatro rifles apuntando a mi cabeza. Indefenso y paralizado por el pavor de comprender que había perdido a mi hija, la luz de mis días, para siempre, y que si no quería ponerle en más peligro del que ya estaba lo mejor era que renunciara a ella, me volví a casa hundido y aniquilado.

Al volver a casa todo fue a peor. Mi padre sufrió un infarto ante la noticia de que no volvería a ver a su nieta en la vida y murió en el acto. Tras el entierro de mi padre quemé todo lo que tenía en casa de Jasmina y de Sussie. Me rendí. Lo único que conservé de mi hija era un zapatito converse rosa que llevo colgado de mi coche.

Mis días se volvieron noche. Al principio bebí hasta perder el sentido y caer en redondo dormido sobre cualquier superficie que tuviese a mano. No comía, no salía, ni siquiera iba a trabajar. Menos mal que mi hermana se hizo cargo de mi clínica justo después de terminar sus estudios y mi madre venía a llevarme a la cama cuando me encontraba dormido por el suelo, por la mesa o en la ducha. Me hacía de comer, me limpiaba la ropa y me abrazaba y besaba sin cesar.

El primer año fue más duro de lo que cualquier humano pudiese imaginarse. Intenté ponerme en contacto con Jasmina, pero jamás pude conseguirlo.

El segundo año fue poquito a poco mejorando. Al menos conseguía pasar semanas sin beber. A veces hacía de comer. Incluso comencé a quedar con mujeres. Aunque no conseguía culminar mis relaciones sexuales con nadie durante los primeros meses. Pero el tiempo va borrando recuerdos, aunque algunos quedan grabados a fuego en nuestro cuerpo. Y cuando ya había pasado un año y medio desde que Jasmina se fue me acostumbé a su ausencia y también a la de Sussie, aunque jamás me rendiría ni dejaría de buscarla. Pero aprendí a vivir con la posibilidad de que a lo mejor nunca la recuperaría.

Las mujeres que pasaron por mi cama fueron un manchurrón confuso en mi mente. Hasta que llego ella...

Sue...

Volver a verte por primera vez

Durante los dos vuelos que hemos tomado Stewart y yo hasta llegar a este lugar del inframundo apenas hemos cruzado palabra. Al principio yo me negaba a hablar. Cerré los ojos y volví a recrear en mi cerebro los pocos recuerdos que guardo en mi mente de los dos años que viví al lado de mi pequeña Sussie. El tiempo y mi esfuerzo por evitar recordarla han borrado la mayoría, pero han quedado unos pocos imposibles de borrar y bastante emotivos a los que al fin recurro sin miedo. Porque una cosa tengo clara; volveré con Sussie entre mis brazos esta vez o no volveré. Sé que Stewart tiene un arma consigo.

Mi acompañante lleva dormido toda la segunda parte del camino. Así que seguimos sin hablar.

Sólo conversamos cuando esperábamos en la cola para entrar en el avión. Le pregunté que qué le había empujado a acompañarme, porque no podía ser sólo el dinero. Él me confesó que perdió a su mujer por culpa de una guerrilla en Nigeria y que allí aún tiene a sus dos hijas a las que hace la friolera de quince años que no ve. Así que creo que se ha tomado mi tema como algo personal con lo que poder resarcirse. Yo le prometí que en lugar de dinero le ayudaría a traer a sus hijas de vuelta. Sé que él tampoco ha perdido la esperanza. A pesar de que cuando llegó a Londres se casó con una londinense e hizo una nueva familia, sigue pensando en la que un día dejó. Y sé que si se hizo policía fue precisamente para ayudarse en su misión.

Hemos llegado al Líbano casi veinticuatro horas después desde que tomamos el primer avión en una vieja ranchera manejada por guerrilleros del ISIS armados hasta las cejas. No les tengo miedo. Ya me habrían matado hace horas si hubiesen querido hacerlo. Sé que Stewart tampoco. Pero me mira con mala cara. Está claro que no es un viaje de placer.

La ranchera aparca en mitad de una explanada y nos hacen bajar a gritos en una lengua que ni Stewart ni yo comprendemos. Al bajar, veo que a lo lejos hay otra. El polvo levantado a causa del aire me daña los ojos y los froto para poder ver bien lo que tengo ante mí.

Hay más guerrilleros y una persona vestida de negro de arriba abajo. Tiene algo en las manos. Es una niña. ¡Sussie! Doy varios pasos adelante en su dirección. Un guerrillero me grita y me frena. Me dice algo ¡Joder, no te entiendo! Hace un gesto que interpreto como que coja a la niña y vuelva justo aquí. Miro a Stewart.

- Tú tienes el maletín con el dinero. No se lo des a estos tipos hasta que Sussie y yo estemos aquí sanos y salvos. – Le ordeno.

- Descuide Bennett. Traiga a la niña y volvamos de una vez. Estos tipos me están poniendo de los nervios. – Me giro y comienzo a dar pasos en dirección a Sussie.

Tengo miedo, mucho miedo, pero no voy a mirar atrás. La persona cubierta con lo que ahora identifico como burka comienza a andar también en mi dirección con Sussie en brazos. ¿Es Jasmina? Por dios, qué estás haciendo con tu vida.

Poco a poco nos acercamos y cuando apenas estamos a un metro de distancia ella suelta a

Sussie en el suelo y se levanta el burka para poder ver a su hija por última vez. No puedo ver el rostro de mi hija aún. Está asustada y llora apretándose contra el cuerpo de su mamá.

- Sussie...

Jasmina le dice algo en árabe a mi hija que asiente. Me señala y entonces me mira. La carita de mi pequeña se gira hacia mí y clava en mis ojos su asustada mirada. Mi pequeña asiente. Yo caigo de rodillas y no puedo creer que al fin la tenga delante de mí.

- Sussie... mi amor. Soy papá. – Lloro. Sussie mira de nuevo a su madre que esta vez le habla en inglés.

- Ve con papá. Sé buena y recuerda lo que te he enseñado.

- Mami. Jaufan. – Dice mi pequeña. Miro a su madre.

- Dice que tiene miedo. Hebduo on, habibi. Tranquila, cariño. Ve con papá. – Sussie obedece y comienza a andar hacia mí. Está mugrienta y con la cara llena de mocos de haber llorado. Yo le dedico la mejor sonrisa de mi vida y abro mis brazos para abrazarla. Se acerca con miedo y cautela.

- Sí, mi amor. Soy papá. – Me observa de frente y aún no me atrevo a abrazarla. Toca mi cara, mira mis ojos. – ¡Oh, dios al fin te veo! ¡Te quiero tanto!

- Pa. Pá. – Dice y me reconoce. Ahogo un gemido y siento todas las lágrimas del mundo atragantándose en mi garganta. Asiento sin poder hablar. – Papá. Habibi. – Me abraza y yo me derrumbo entre sus manitas. La aprieto contra mi pecho con fuerza y me siento morir de alegría y alivio. Todavía huele un poco al bebé que perdí.

- Sussie, mi Sussie. Mi amor. Mi vida. Has vuelto. – Jasmina se levanta envuelta en llanto y nos mira por última vez.

- Cuídamela, James. Te estoy entregando lo único que tengo en esta vida. – Me levanto con Sussie entre mis brazos sin dejar de besar sus bracitos y su cabecita.

- Te prometo por lo más sagrado que nuestra hija será feliz, Jasmina. Pero no lo haré por ti. No te debo nada. Lo haré por ella porque es lo que más quiero en este mundo y le entregaría hasta la última gota de mi sangre.

- No sabes cuánto te he querido. – Dice y aguanto las ganas de abofetearla. Me giro con Sussie por fin en mis brazos. – Siempre te querré, James.

- Lamento no poder decirte lo mismo, Jasmina. Cuídate. – Digo sin mirar atrás. Mi hija llora entre mis brazos al ver a su mamá alejarse de ella y me parte el alma. Jamás me perdonaré haberle dado una madre así a mi hija. Pero al menos, ahora podré darle una vida más o menos digna. Llego a la ranchera con Sussie en brazos, Stewart le da el maletín con el dinero a esos tipos y nos llevan de vuelta al aeropuerto.

No me separo de mi hija en ningún momento. Ella no para de mirarme y creo que sigue asustada. ¿Qué pasará por su cabecita? ¿Será consciente de que ha perdido a su mamá? Espero

que no y espero que con los años se olvide de ella para siempre. Por lo que a mí respecta desde hoy Jasmina está enterrada en lo más profundo y, en cuanto pise tierra londinense con mi hija de la mano, voy a hacerla desaparecer de mi estado civil también.

En el aeropuerto me resulta inmensamente complicado comunicarme con la azafata a la que le pido un billete de avión para mi hija y trato de explicarle que viajará conmigo, que soy su padre. Lo único que hace en su mal inglés es pedirme papeles y yo le muestro mi identificación, los papeles de mi matrimonio con Jasmina y la partida de nacimiento de Sussie. La muy hija de puta dice que no es suficiente. A gritos le exijo hablar con un policía. Finalmente dejo a Sussie con Stewart un momento para poder hablar con un policía a solas. Sussie y Stewart se miran con cara rara y me cuesta un mundo dejar a mi hija esos minutos mientras la escucho llorar mi nombre.

- Señor, no puede sacar a una menor sin identificación del país. – Me dice el policía que habla mejor inglés.

- ¡Es mi hija! ¡Mi mujer me la robó hace dos años y al fin la he recuperado!

- ¿Tiene cómo demostrar lo que dice?

- ¡Claro! Espere. – Busco en mi maletín todos los papeles que llevo conmigo. Saco infinidad de denuncias que puse por desaparición de mi hija y de su madre en Londres. – Mire. Mire todo eso.

- No es suficiente. – Sacude la cabeza.

- ¡Qué! Escúcheme. Acabo de pagar un millón de libras por el rescate de mi hija. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para darle una vida digna y si no me deja salir del país con ella y llevarla de vuelta a casa le juro por lo que más quiera que me volaré la tapa de los sesos aquí mismo.

- ¿Un millón de libras ha dicho? – Me mira con interés. Ya lo entiendo. Abro el maletín, he traído más dinero por si era necesario. Pero creo que no voy a darle a este cabrón todo lo que tengo por si acaso.

- No me queda mucho. Tengo cincuenta mil libras más aquí. Si las quiere sólo tiene que falsificarme unos papeles para mi hija Sussie. – Me mira de arriba abajo.

- Dígame el nombre completo de su hija.

- Susan Amber Bennett.

- Espere aquí. – Me dice y se mete en una oficina. Suspiro y vuelvo junto a mi hija que sigue llorando. Stewart me la devuelve encantado.

- Tome su culebra. No ha parado de patalarme y me ha llenado de mocos mi jersey Armani. – Se queja la mole negra de mi amigo y yo me río mientras vuelvo a coger a mi hija en brazos.

- Eh, ya estoy aquí mi amor. Ya está, pronto volveremos a casa.

- Papá. – Dice y apoya su cabecita en mi hombro. Ese simple gesto para mí ahora significa un mundo. Siento que se funde en mí y que podría permanecer con ella así el resto de mi vida.

Media hora después vuelve el policía. Saco las cincuenta mil libras de mi maletín que le prometí, pero esta vez no suelto a Sussie.

- Señor Bennett, hemos encontrado los papeles de su hija. Ya puede abandonar el país. Que tenga un buen viaje. – Los cojo y le doy la mano, depositando en ese gesto las cincuenta mil libras en su mano.

- Gracias agente.

Stewart, Sussie y yo nos volvemos hacia la oficina de la compañía aérea para sacar por fin el billete de Sussie. Stewart lo hace maldiciendo por todo el camino lo corrupta que es la policía en este país. Tiene gracia viniendo de él.

Al fin subimos al primer avión, de vuelta a casa. Sussie duerme todo el camino sobre mi pecho y yo no dejo de acariciarla y besarla todo el camino.

- Vas a pillar una infección, Bennett. Esa mocosa está de mierda hasta las cejas. – Me dice Stewart en una ocasión.

- Sí, va a haber que hacerle un limpiado a fondo.

Veinticuatro horas después estamos llegando a Heathrow y yo estoy a punto de desfallecer de sueño. Llamamos a un taxi que primero deja a Stewart en su casa y, después de despedirme de él con un fuerte abrazo, nos lleva a Sussie y a mí de nuevo de vuelta a casa.

Ha sido el mejor viaje de mi vida. De verdad que lo ha sido. James Bennett ha resucitado del todo al recuperar a su pequeña Sussie y también sin duda por tener en la otra parte de su corazón a la mujer que más ha amado en el mundo; Suzanne Allen. A ella le debo la mitad de mi vida y la otra mitad a mi pequeña.

Ahora toca idear un plan para recuperar a Sue. La necesito en mi vida y ahora más que nunca. Quiero ser feliz junto a esa mujer y junto a mi hija. Quiero creer que la vida me ha dado una segunda oportunidad y que podré finalmente tener la familia que siempre he soñado y con la persona adecuada. Deseo pensar que Sue será capaz de amar a mi hija casi tanto como yo, porque ella también perdió a una madre y sabrá empatizar con mi pequeña. Necesito a Sue en todo esto, necesito su apoyo, sus besos, su amor y... hacerla mi esposa. Tendremos más hijos. Hijos que se criarán junto a su padre y a su madre que se quieren y se respetan de verdad.

Todo eso es mi sueño y creo que puedo hacerlo realidad.

Pero al llegar a casa se me abre un boquete en el pecho al ver que Sue ha estado allí y se ha llevado todas sus pertenencias de casa. Ha dejado mi coche en la puerta, las llaves del coche y sus llaves de casa sobre la mesa y no hay ni una mísera nota de adiós, ni nada de nada.

Trago el nudo de mi garganta y evito pensar en ello ahora mismo. Tengo que recuperar el tiempo perdido con Sussie.

Estoy demasiado agotado y mugriento. Mañana iré a buscar a Sue. Iré a su casa, a su trabajo, donde haga falta.

Tiene que volver.

Al día siguiente lo primero que hago al levantarme es llamar a Sue por teléfono, pero su teléfono sigue apagado.

Llamo a Arthur y a Mary y me dicen que no saben nada de ella.

En ese momento comprendo que ha huido. Le he hecho daño y ha huido. Seguramente me odie y sé que no va a ser fácil recuperar su confianza.

La primera semana con Sussie en casa se pasa rapidísima. Está tan alucinada por todo el lujo y caprichos que tiene que no se acuerda demasiado de su mamá. Sólo por las noches, a veces la oigo llorar y acaba metiéndose en mi cama, abrazándose a mí y repitiendo sin parar la palabra “Jaufan” o algo así. Ya he aprendido que significa miedo. Yo le canturreo algo para hacerla dormir y sigue funcionando. La vibración de mi voz sigue apaciguándola. Pero me duele en el alma verla sufrir por su mamá.

Aún no he ido con mi hija a ver a mi madre ni a mi hermana ni a nadie. Primero quería recuperar yo con ella algo de tiempo perdido y también que se habituara a esta vida nueva, lejos de aquella tierra de guerra y polvo y de su mamá. Pero se va adaptando bien y, aunque su lenguaje en inglés es bastante limitado, se expresa con facilidad.

No puedo expresar lo feliz que me siento de verla reír de esa forma, comer con tantas ganas. Todo le parece riquísimo. No pone impedimentos a nada de lo que le pido y he descubierto que le apasiona dibujar y que lo hace increíblemente bien para una niña tan pequeñita como lo es ella.

Lo único que cada día me va consumiendo la felicidad es que no he logrado dar con Sue ni sé qué ha sido de ella. Nadie lo sabe. Su número de teléfono ya no existe. Ni Mary ni Megan saben nada de dónde está. No volvió al Saoma por lo que me han dicho y tampoco lo ha hecho al Caribbean Blue.

Las noches, especialmente, son un infierno por culpa de su ausencia.

Estoy muy preocupado y aterrado de pensar que ha desaparecido ahora ella y no sé por dónde seguir buscándola. Me haría tanta falta ahora mismo junto a mí... Pero supongo que yo también le fallé cuando más falta le hacía.

Esta noche, mi octava noche durmiendo con Sussie, el que llora soy yo. Llora en silencio para no despertar a Sussie y lo hago roto de dolor por dentro. Jamás experimentaré con nadie todo ese amor, pasión y devoción que experimenté con Sue cada maravilloso minuto que la tuve en mis brazos.

Sue, quiero volver a verte. Necesito que me dejes explicarte todo. Necesito que comprendas que era demasiado doloroso para mí hablar de todo esto. Ahora no tengo miedo a contártelo todo. Ahora que Sussie ha vuelto junto a mí.

La siguiente semana cada día estoy más triste por las noches y me cuesta muchísimo dormir. Joe Monroe, mi jefe, me ha llamado para decirme que ha escuchado en las noticias algo sobre mí y Sussie. Por lo visto, la prensa se ha hecho ahora eco del secuestro de mi hija y el desenlace de todo. Me ha dicho que ha pospuesto el curso que voy a dar en la universidad un par de semanas para dárme las libres y poder así disfrutar de mi hija un poco de tiempo más. Se lo agradezco en el alma.

También he arreglado al fin los papeles del divorcio con Jasmina y la custodia de Sussie está en trámites de ser resuelta. Además le he encargado a Norton que se encargue de traerle a Stewart a sus hijas de Nigeria, que yo sufragaré todo gasto. Y que me mantenga al tanto.

Le he buscado un colegio nuevo cerquita de mi trabajo y comenzará a ir cuando yo comience a dar el curso en la universidad de Cambridge.

Al fin he ido a visitar a mi madre y lo he hecho por sorpresa. Ni ella sabía que yo iría a verla y mucho menos que iría con Sussie de la mano. Casi se muere cuando la ve. Mi madre y mi hermana me secuestraron a mi hija durante una noche de viernes entera y, aunque me costó separarme de mi pequeña, aproveché para quedar con Arthur en un bar e intentar desahogarme un poco.

- ¡Bennett! – Arthur me da uno de esos abrazos que te desmontan. – ¡Lo has conseguido, tío! ¡Has recuperado a Sussie! – Creo que hasta Arthur está a punto de llorar. Asiento con alegría.

- Ya está aquí, Arthur. Ha sido una jodida odisea, pero ha vuelto. – Arthur me mira sonriente y de repente veo que cambia la cara.

- Pero ahora tienes a la otra jodida destrozándote los nervios, ¿no? – Suspiro. No sé qué más hacer ni dónde seguir buscando a Sue. Llevo casi tres semanas haciéndolo desesperadamente y parece que se la ha tragado la tierra.

- Sé que me vas a regañar por torturarme por ella, pero es que no sabes todo lo que quiero a esa mujer. Y no puedo vivir sin ella, Arthur. – Lo miro suplicando su comprensión.

- Te entiendo – Me extraña su comentario. – Yo tampoco podría vivir sin Mary. – Al fin sabe lo que es el amor este capullo.

- Perdóname. Ni siquiera te he preguntado. ¿Cómo os va?

- Bien, Bennett. Ya hemos recuperado a las niñas, aunque queda un largo camino para terminar con los trámites, y están deseando conocer a Sussie. – Vaya, cómo ha cambiado mi amigo. – De hecho, también queríamos invitaros a Sussie y a ti a nuestra boda, y sé que Mary me va a matar por no dejarme decirte la buena noticia con ella delante, pero no podía aguantar. Tú eres como mi hermano. – Joder. ¿Boda?

- ¡Vaya Artie! ¡Si creyese en los extraterrestres te diría que tú no eres mi amigo de la infancia sino un bicho de esos que ha suplantado su lugar! – Arthur se ríe a carcajadas porque sabe que es así. Suspiro. – Quiero recuperarla, Arthur.

- Volverá Bennett. Ella también te quiere con locura. No he visto pareja que se ame de esa manera en que lo hacéis vosotros dos. Sólo tienes que darle su tiempo para pensar, para

maldecirte y seguro que volverá. Además, ahora estás en todos los periódicos. La prensa se ha hecho eco de la noticia del secuestro y rescate de Sussie y seguro que acabará leyéndolo y dándose cuenta de por qué lo hiciste como lo hiciste.

- Eso espero.

Arrancarte de mí

Tengo que dar las gracias al cielo por devolverme a Sussie, porque ahora mismo es lo único que me pone de buen humor. Esta niña es increíble. Nota cuando estoy mal o estresado y viene a llenarme de besos y abrazos en seguida. Cada vez lo hace con más frecuencia y eso me preocupa, no la he traído para contaminarla con mis problemas sentimentales. Quiero que Sussie sea feliz.

Pero hoy no me siento con fuerzas de nada así que lo que hago es jugar con ella todo lo que puedo, hasta cansarla y cae rendida en su camita enseguida.

Yo me encierro en mi gimnasio para golpear el saco. Ya ha pasado un mes y no sé nada de Sue. Dentro de poco más de tres días comenzaré el curso en la universidad de Cambridge y me gustaría comenzar las clases bastante más serenado de lo que estoy. Pero no puedo. He comenzado a odiarla. Odiar su olor, su recuerdo en mi piel, las innumerables veces que hemos hecho el amor.

¿Cómo puede haber desaparecido así, sin más? ¿Cómo puede obviar todo lo que hemos vivido juntos esos cuatro intensos meses? ¿De verdad le resulta tan fácil olvidarme? ¡Si me había pedido que nos casásemos! Y yo he soñado con eso cada noche desde que volví con Sussie.

En estos momentos mi única preocupación es Sue y hasta hace una semana que volviese junto a mí.

Pero ahora estoy enfadado, frustrado y me siento abandonado de la peor de las maneras, exactamente igual que hizo Jasmina. Se ha ido sin dejar un maldito jodido rastro.

Al principio le pedí a Norton que la buscara. Pero después decidí que no. Que si ella no quiere ser encontrada así será. Si me ha olvidado ya, entonces yo también puedo hacer eso. Y, aunque sé que eso no es posible, sin embargo, ahora es todo lo que quiero. Relegar el recuerdo de su amor a algún lugar del olvido de mi mente. Todo eso pienso mientras golpeo el saco sin cesar.

Después de un buen rato me siento en el banco de abdominales completamente aplacado y más sereno, hasta que me encuentro con unas bragas de Sue a mi lado y entonces vuelvo a caer en el abismo.

Hemos hecho el amor de una forma intensa y apasionada en todos los rincones de esta casa, y me duele, ¡joder si me duele! recordar cada impetuoso minuto vivido entre sus brazos.

Sé que sonará grosero, pero no puedo evitar aspirar el olor que todavía desprende esa pequeña prenda íntima de su pasión y deseo que un día sintió por mí, y que, sin duda, ya no siente si es capaz de vivir un jodido día más sin mí, cuando yo estoy completamente destrozado por su pérdida.

Eso hace que mis ojos vuelvan a humedecerse de tristeza.

No puedo seguir así. Tengo que desterrar a Sue de mi mente. Como sea.

Y, aunque ya estoy convencido de que haré todo lo que esté en mis manos por olvidar a Sue y lo haré por Sussie y por ser el padre que ella merece, las noches siguen siendo una tortura. Su

aroma está desapareciendo de la que fue nuestra habitación y su hueco vacío en mi cama me quemaba hasta el infinito.

¿Dónde estás Sue? ¿Piensas en mí?

Es viernes y me despierto de mejor humor. He conseguido dormir algo más esta noche. Creo que debí haberme planteado olvidar a Sue mucho antes. A estas alturas ya estaría más o menos bien. O de eso me convengo.

Desayuno con mi hija que se ha ganado por completo también a Roberta y la visto con uno de esos vestidos pastelosos que le ha comprado mi madre.

Tengo que vestirla más moderna, me digo a mí mismo.

Después la subo al coche y nos ponemos rumbo a la clínica. Antes de llegar damos un paseo por las calles londinenses y comemos un helado. Hace un bonito día de mayo.

Sussie cada vez habla más y mejor el inglés. Es una niña muy inteligente y viva.

Me la llevo a un parque para que juguete y llene de mierda el feo vestido que le compró su abuela. Es lo que mejor saben hacer los niños y así me dará una excusa buena para tirar esa ñoñada a la basura.

Correteamos juntos y después nos sentamos a tomar un refresco sobre la hierba.

- Papi. – Me dice mi hija.

- Dime cariño.

- ¿Eres feliz? – Me sorprende su pregunta. Todavía no tiene ni cinco años y ya habla con madurez de los sentimientos.

- Claro mi amor. Soy inmensamente feliz de tenerte de nuevo junto a mí, churretosa. – Le hago cosquillas y la beso. – Mis días son alegres desde que has vuelto. – Ella se pone triste. – ¿Qué pasa Sussie? Díselo a papá.

- Entonces, ¿mamá estará triste? – Se me hace un nudo en la garganta.

- No Sussie. Mamá ha elegido esa vida y ha elegido una vida mejor para ti. Así ella también será feliz, sabiendo que a ti no te faltará de nada. – Sussie suspira.

- ¿Ya no tendré nunca más una mami? – No puedo evitar que la imagen de Sue se cruce por mi cabeza ante esa pregunta.

- Ven, vamos a visitar al tío Arthur y le invitamos a comer pizza, ¿vale?

- ¡Pizza! – Sussie da un salto de alegría y me alegra haber sorteado su tristeza y sobre todo su pregunta. Pero en mi cabeza sigue pululando.

Llegamos a la que ha sido mi clínica desde que supe que Sussie vendría al mundo e Ivonne nos recibe con una gran sonrisa a ambos.

- ¡Doctor Bennett! ¡Qué alegría verlo! Felicidades por haber conseguido traer de vuelta a su hija. – Dice sonriente. Le sonrío de vuelta. – He leído las noticias. Es usted un padre coraje. ¿Así que tú eres la princesita Sussie? – Le dice a mi pequeña agachándose a su altura. – Eres preciosa.

- Gracias señora. – Contesta Sussie sin soltar mi mano. – Papi dice que esto es suyo. Papi dice que aquí trabaja tío Arthur. Papi dice que vamos a comer pizza. ¡Pizza! ¡Pizza! – Grita mi pequeña dando saltitos. Yo la cojo en brazos.

- ¡Sí, pequeño monstruito devorador de pizzas! – Le hago cosquillas con mi nariz en la barriguita y su risa resuena en toda la clínica.

- ¿Te apetece venir a cenar a casa con Sussie? – Me sorprende Ivonne. – Vendrá mi hermana con mis sobrinas y estoy segura que se llevarán bien con Sussie. – ¿Me apetece? Bueno, sería un buen principio para olvidarme de Sue definitivamente. Si comienzo a hacer mi vida seré más feliz, Sussie me verá más feliz y por lo tanto ella también será más feliz. Los niños son el reflejo de su entorno.

- Me parece estupendo. Gracias por la invitación Ivonne.

- ¿He oído a un bichejo revoloteador por ahí? – Arthur aparece y comienza a hacerle travesuras a mi hija, que ríe sin cesar. Su risa es la mejor música que he oído.

- ¡Tío Arthur! ¡Vamos a comer pizza! ¡Vamos, vamos! – Sussie tira de su mano con impaciencia. – ¡¡Vamos!! – Grita frustrada al ver que no puede tirar de él.

Todos reímos.

- ¡Dame un segundo, impaciente! ¡Me tengo que quitar la bata por lo menos! Bennett, sin duda esta diabla es hija tuya. Tiene el mismo apetito devorador de su padre.

Athur, Sussie y yo comemos juntos en el italiano cercano a la clínica, el mismo en el que Sue y yo hablamos de intentar ser pareja meses atrás.

No puedo quitármela de la mente, pero lo disimulo bien y disfruto a mi manera de la compañía de mi hija y mi mejor amigo.

Hasta que la conversación cambia.

- Jamie, esto... ven a cenar a casa esta noche. – Me dice y lo noto nervioso.

- ¿Para qué? – Pregunto y suelto el trozo de pizza que tengo en la mano.

- Sue ha vuelto. – Suelta sin más preámbulo. Me quedo mirándolo sin poder reaccionar. – Creo que quiere hablar contigo. Ha leído las noticias y...

- Yo no quiero hablar con ella. – Sentencio y me obligo a comer para no tener que hablar más de ella.

- ¿Qué? Jamie, tú jamás has estado tan enamorado en tu vida y no me digas que ya la has

olvidado porque yo sé que eso es imposible. Amas a Sue con la misma fuerza que amas a Sussie y no te has rendido jamás hasta que has recuperado a tu hija.

- Sussie es mi responsabilidad. Sue es mayorcita y ha decidido abandonarme. Tal y como lo hizo Jasmina. Exactamente igual, Arthur. Además, he quedado para cenar con Ivonne.

- ¿Vas a follarte otra vez a Ivonne?

- ¡Arthur Morris! ¡Cállate! – Le señalo a mi hija indignado.

- Ups, lo siento. Pero escúchame, Bennett. Entiende que para Sue fue un golpe duro saber que estabas casado de esa forma. Tú también habrías pensado lo peor.

- ¿Ahora la defiendes a ella, Artie? – Me enervo. – Claro que me habría enfadado, le habría gritado, puede que le hubiera dicho cosas terribles, pero no la habría abandonado sin oír su explicación. Así como no lo hice cuando supe que había estado casada con Albert, ni cuando supe que pagaba al poli con espectáculos privados, ni muchas más cosas, Arthur. Ella no me ama ni lo hará jamás como la amo yo a ella. Y fin de la historia. He decidido olvidarla, porque no quiero volverme loco y que mi hija viva un infierno a mi lado.

- Lo que quieras Bennett. Pero sé que te arrepentirás.

Sé que Arthur no insiste más porque sabe que estoy viviendo un infierno. ¡Y joder! ¡Tengo razón!

Aunque no puedo negar que me pone de los nervios que me den la razón como a los tontos y me hace cuestionarme en parte si puede que mi amigo tenga razón.

¡No la tiene!

Sé fuerte Bennett. Hazlo por Sussie.

El resto del día lo paso ocupado jugando con Sussie y explicándole cómo será su colegio nuevo. Está ilusionada. Es buena señal.

Por la noche mi hija y yo cenamos en casa de Ivonne, con su hermana y sus sobrinas y parece que hacen migas enseguida. Me alegra ver que Sussie es bastante sociable.

Pasamos un rato agradable hasta que la hermana de Ivonne y sus hijas se van.

Sussie se ha quedado dormida en el sofá de tanto estímulo como ha vivido hoy e Ivonne me invita a la última copa mientras que recogemos juntos la mesa.

- Tienes una hija preciosa, James. – Me dice con sinceridad.

- Lo es. Es maravillosa. Me alegro no haberme rendido con ella. – Vuelvo a pensar en Sue. Con Sue me he rendido y no sé si me alegro de ello.

- ¿Piensas en ella? – Me despierta de mis pensamientos. Miro a Ivonne. ¿Tanto se me nota? No es buena señal. Sé sincero, Bennett. Ivonne no es tu juego.

- A veces. Pero he decidido olvidarla. – Respondo lo más sincero que puedo.

Aunque odio tener que sacar ese tema, y más cuando se trata de acercarme a otra mujer y rehacer mi vida.

Ivonne me quita la copa de las manos y se acerca a mis labios para besarme.

Me dejo besar.

Hace mucho que no siento un gesto así y lo he necesitado mucho.

Poco a poco el beso se intensifica y comenzamos a manosearnos con poco tacto.

- Mmm, no sé si es buena idea. – Me separo al recordar la última vez que hice algo así para olvidar a Sue.

- Ya. Bueno, tenía que intentarlo. – Sonríe con tristeza y se encoje de hombros.

- No me refiero a que no pase nunca, pero ahora mismo no, Ivonne. No estoy preparado y no quiero complicarme la vida. – Miro a Sussie dormidita y en paz. – No puedo hacerle eso a mi hija. Me necesita entero y de una sola pieza.

- Ella tiene más de lo que la mayoría de los niños tienen, James. Y tiene un padre ejemplar. – La miro sorprendido por sus palabras. – Y tú tienes una vida que vivir. Cuando Sussie sea mayor también tendrá la suya. – Es la primera vez que creo que esta mujer dice algo que me convence de verdad. Tengo una vida que vivir, y... necesito a Sue en mi vida.

- Me tengo que ir. – Digo rápidamente pensando que quizá Sue siga en casa de Arthur y pueda verla.

Quiero verla.

Necesito verla.

¿Qué hago yo aquí?

- ¿Vas a correr a sus brazos? – Me dice cuando cojo en brazos a Sussie.

Sé sincero Bennett.

- Bueno... No lo sé. – No soy capaz de admitir con palabras lo muchísimo que necesito a Sue, ¿por qué? Algo está cambiando en mí y no sé qué es. – Ahora mismo estoy improvisando con mi vida. Sólo sé que volveremos a vernos, Ivonne. Pero tengo que andar a mi propio ritmo. – Le doy un rápido beso en los labios.

- Vale. – Dice algo más complacida y me abre la puerta de la calle. – Ya sabes donde vivo. Si necesitas algo, lo que sea, cuenta conmigo.

- Gracias. – Le sonrío y me voy con Sussie en mis brazos.

Es increíble lo que duele que una mujer con la que apenas he tenido trato se preocupe tanto por mí y no lo haga Sue.

Comienzo a conducir hacia casa de Arthur. Quiero verla. Necesito verla. La necesito igual que siempre. Joder. No ha menguado lo más mínimo lo que siento por esa mujer.

Aparco frente a su casa y veo luz en la cocina. Miro a mi hija, que duerme como un tronco en la parte trasera de mi coche.

A través de las cortinas de la cocina de Arthur se vislumbra una silueta. ¿Será ella? ¡Dios! ¿Estará ahí? ¡Tengo que ir! Tengo que verla y decirle lo mucho que la necesito en mi vida...

¿Qué estás haciendo Bennett? ¡Sal de aquí!

Tengo que recuperar el autocontrol.

Sue no te quiere en su vida. Si quisiera volver habría vuelto. Sabe dónde encontrarme.

Miro de nuevo hacia atrás y veo a Sussie completamente dormida. No puedo hacerle esto. Si entro ahí con mi pequeña en brazos y lo que Sue tiene que decirme no es lo que yo quiero escuchar, entonces conseguiré sentirme aún más miserable como padre.

Arranco el coche, acelero y pongo rumbo de nuevo a mi casa.

Está bien. Lo he conseguido. Si no la veo podré soportarlo. Es mejor así.

Decido acostar a Sussie en mi cama, con el pretexto de que no quiero que se despierte y descansa mejor, aunque, en realidad, no quiero dormir solo. Esa es la verdad.

Atrapado

He pasado un fin de semana de pena. Sé que Arthur me ha llamado y yo he evitado contestar el teléfono. Me he venido a casa de mi madre a pasar el fin de semana, porque tampoco quiero que me busque y me envenene la cabeza con palabras de un amor que por parte de Sue no existe. No puedes querer a una persona y dejarla así, como ella me dejó.

Y tampoco estoy preparado para escuchar que me ha olvidado. Quizá sea eso de lo que me protejo más. Esa realidad será más llevadera si la ignoro. Si mantengo vivo nuestro amor aunque sea en mi recuerdo.

Sólo he atendido la llamada de mi ya buen amigo Stewart diciéndome que ya tiene a sus hijas de vuelta y que no sabe cómo agradecerme ese regalo. Para mí es tan buena noticia como para él. Es un buen hombre y me ha ayudado a recuperar lo más valioso que he tenido en mi vida. Le debía como mínimo lo mismo.

Paso el fin de semana jugando con Sussie, Brigitte y Brandon, el perro de la loca de mi hermana.

Me doy cuenta de que un perro le vendría genial a mi hija y puede que a mí también. Le encanta Brandon y parece que a Brandon también le encanta Sussie.

Es una imagen muy tierna la de Sussie correteando con el palo de Brandon en la mano. La muy cabezota no quiere tirárselo y el perro corre como un condenado detrás de Sussie intentando agarrarlo.

Brigitte y yo estamos sentados en la hierba riéndonos ante la bonita estampa.

- ¿Has hablado ya con Sue? – Me sorprende mi hermana y yo la fulmino con la mirada.

- ¡Tú no! ¡He venido aquí huyendo de ella, no me jodas Brigitte! – Mi hermana suspira y pone los ojos en blanco.

- Creo que quiere hablar contigo.

- ¡¿Has hablado con ella?! – El corazón me da un vuelco. – ¿Qué te ha dicho?

- No soy yo quien tiene que contártelo. – Mierda. Eso no suena bien.

- ¡Yo no quiero verla!

- ¡Tienes que hablar con ella! Creo que os debéis una explicación el uno al otro.

- ¡¿Para qué?! ¡Ahora de qué me sirve! ¡Me he comido yo solito su abandono, un viaje de mierda, un estrés increíble, noches en vela de mi hija llorando, preguntándome por su madre, asustada, yo he llorado cada noche pensando en ella y extrañándola! ¡¿Y ahora que por fin mi hija y yo estamos bien quiere venir?! ¡Perfecto!

- Tú no estás bien, Jamie.

- ¡¿Ah no?!

- No.

- ¡¿Por qué no, a ver?!

- Porque jamás habías amado en tu vida igual a alguien. – Me quedo callado. – ¿A que no me equivoco?

- Amo a mi hija mucho más. – Me defiendo.

- No es lo mismo. Son amores distintos.

- No la necesito. – Vuelvo mi mirada al césped.

- ¿Estás seguro? ¿Cuánto darías por volver a sentir lo que sentías en sus brazos? – Esa pregunta abre una grieta en la armadura que llevo construyendo desde hace semanas en mi corazón que hace que se desintegre en el acto.

- No me hagas esto, Brigitte. – Imploro. – No sabes lo duro que es. No me desarmes. Necesito estar fuerte para Sussie.

- ¿Quieres enseñarle a tu hija a ser una cobarde? ¿A huir de los sentimientos y a no enfrentar las cosas importantes de la vida? ¡Genial! ¡Adelante!

- No voy a volver con Sue. Ahora ya es demasiado tarde. Fin de la historia. – Me levanto y me meto en la casa de mi madre sin mirar atrás. Necesito estar solo. Y, sin duda, lo que no necesito es un machaque emocional como éste.

Me recluyo en la que fue mi habitación antes de irme de casa, casarme con Jasmina y convertir mi vida en una auténtica basura.

Esa noche vuelvo con Sussie a mi casa más triste de lo que he estado en mucho tiempo. Tanto que de nuevo le digo a mi hija que duerma conmigo.

Ella me acaricia con su manita al ver mi rostro cubierto de tristeza. Hasta que el sueño le vence y se queda dormidita junto a mí.

Sue, tú también la amarías si la conocieras. Sussie es la mejor hija del mundo. Sería tan feliz con un hermanito... Para, Bennett. Te prometiste superarlo.

Beso la frente de mi hija y me obligo a dormir. Mañana empezaré las clases en la universidad. El dichoso curso sobre anticonceptivos.

No sé a qué hora me consigo dormir, pero finalmente lo hago y sueño con Sue y con mi hija. Los tres somos felices. Ya soñé una vez con eso al principio de conocer a Sue, pero Sussie era más pequeña en aquel sueño.

Por la mañana no puedo evitar estar de mal humor y Sussie está nerviosa porque es su primer día de cole. Le dejo elegir su ropa para ese día tan importante y casi muero de la risa cuando veo que ha elegido un vestido más pomposo todavía que el que le puse el otro día. Al final tendré que rendirme ante la pomposidad.

Le lavo los dientes, le peino y desayunamos juntos en la cocina, mientras voy resolviendo preguntas que me hace como si en el cole nuevo hay monstruos, o si la profe tiene magia y mil disparates más. Yo decido fomentarle el mundo mágico y de la inocencia que todavía tiene a pesar de lo que ha vivido con su madre y le digo que las profesoras no sólo tienen magia, sino que también son hadas y cuidan a los niños.

- Entonces, ¿tú eres un hada, papi? – Me sorprende su pregunta y casi espurreo el café. – Tú vas a trabajar de profe, ¿no?

- ¿Tengo yo pinta de hada, pequeña mocosa? – Se ríe y hace que me ría. Al final consigue cambiarme el mal humor.

En el colegio le explico un poco a la profesora el estado del que viene mi hija, aunque ya están sobre aviso, y le pido por favor que me llame si cualquier cosa sucede con ella, sea cuando sea. Me voy un poco intranquilo y sé que ya no veré a mi hija hasta las cinco de la tarde, hora en que la recogeré del colegio ya que ella comerá allí y tendrá un par de clases extraescolares en las que la he apuntado para poder compaginar la vida de padre con el trabajo. Sé que el taller de pintura le encantará. Y también sé que me será complicado este día. Es el primer día desde que Sussie volvió a mi vida que pasaré tantas horas sin ella y su tierna inocencia dejándola en manos extrañas.

En la universidad de Cambridge me reciben como si fuera una eminencia del mundo de la farmacología anticonceptiva. Me han dado hasta un despacho para mí.

Mi horario será de nueve de la mañana a doce del mediodía, dos horas de descanso para comer y para tutorías y de dos a tres y media prácticas en laboratorio con los estudiantes.

Entro en el aula que me han asignado más que nervioso, con mi maletín en la mano y tratando de recordar todo lo que tengo preparado para esta primera clase.

El aula es enorme, pero no hay tantos alumnos como para llenar la grada, que es de forma semicircular y escalonada.

Tomo posición en el centro del aula y me presento.

Algunos de estos alumnos no son mucho menores que yo, pero aun así mantengo el tono de autoridad. Les digo mi nombre, les hago un breve resumen de lo que veremos durante el curso y les expongo cuál será el horario y los materiales que deberán traer durante el mes y medio que dure.

He conseguido vencer el miedo escénico si no miro a los alumnos, así que doy mi primera hora y media de clases mirando las diapositivas que les voy mostrando y explicando a la vez.

Para este primer día he hecho un breve resumen de todos los anticonceptivos que existen, en los que iremos ahondando poco a poco.

Cuando llego al aro anticonceptivo recibo la primera pregunta.

- Profesor Bennett. Entonces eso es igual que la píldora, ¿no? ¿Qué diferencia existe?

- ¿Cuál es su nombre? – Le pido al alumno que ha preguntado. Me gusta hablar de tú y así los iré conociendo.

- Henry Brown, profesor.

- Henry, es la misma composición, pero al no ser por vía oral la cantidad de hormonas es mucho menor que la de la píldora, porque no hay peligro de mala digestión de la misma. Se absorbe por contacto con la zona local y eso lo hace diferente en la posología. ¿Alguna otra pregunta? – Todos niegan.

Continúo explicando algunos métodos más hasta que llego a la inyección anticonceptiva.

- Profesor Bennett. ¿Cada cuánto hay que aplicar la dosis de esa inyección? – Escucho su voz desde algún lugar. No puede ser. Sue... me giro acojonado porque sé que me voy a tener que enfrentar a su imagen. No la veo. Levanta la mano. – Aquí. Soy Suzanne Allen, profesor Bennett. – Dios, Sue.

Con un jersey de rayas azules y blancas, un descuidado recogido bastante sensual y mordisqueando su lapicero me mira y me quedo petrificado. Sue... mi Sue. Mi diosa.

- Cada tres meses, Suzanne. – Respondo con seriedad y me vuelvo a girar hacia las diapositivas. Pero ya no sé ni lo que digo.

Las piernas me tambalean. El pulso se me acelera. ¡Está aquí! Siento su mirada en mi espalda y se me olvida lo demás.

Supongo que no habré dicho ninguna locura durante el resto de la clase, porque nadie ha vuelto a interrumpirme para preguntarme o para pedirme que aclare algo. Menos mal.

A las doce, al fin suena la campana del final de clase y yo sé que podré recluirme en mi despacho y pasar estas dos horas como pueda para asimilar que Sue va a ser mi alumna durante un jodido mes y medio. ¿Puede el destino ser más cabrón?

- Es todo por hoy. Os veré en el laboratorio a las dos. – Recojo a toda prisa, pero mi plan de escape se ve frustrado cuando siento su presencia frente a mí. Delante de mi mesa.

Levanto la vista y efectivamente. Ahí está. Comienzo a respirar con rapidez.

No estaba preparado para esto.

- ¿Podemos hablar Jamie? – Me dice poniéndome ojitos. ¡Oh, maldita bruja! ¡Todavía tienes ese poder sobre mí!

- ¿De qué desea hablar señorita Allen? – Digo con profesionalidad y esperando sobre todo a que el resto de alumnos abandonen el aula.

- Jamie, creo que esto es una señal de que deberíamos hablar. Sé que tú también lo has buscado. – ¿Qué?

- Te equivocas. No tengo nada que hablar contigo. – Sueno más seguro de lo que estoy. – Ha sido una jodida broma del destino encontrarte entre las alumnas de mi clase.

Sue abre los ojos de par en par ante mi aparente frialdad. Es la primera vez en mi vida que le hablo así y en mi mente sonaba más liberador de lo que realmente lo está siendo.

Quiero besarla con todas mis fuerzas y me odio por ello.

- James, escucha lo que tengo que decirte, por favor.

- ¿Qué quieres, Sue? – Le miro con rencor y realmente lo siento. La odio por hacerme tan débil.

- No me odies, por favor. Perdóname por cómo me fui. Pero deberías haber hablado conmigo, Jamie. Creo que omitir que estabas casado era un dato bastante importante para nuestra relación, ¿no crees?

- Suzanne, no tiene ningún sentido que saquemos esta conversación ahora mismo. Yo no te conté cosas por motivos que tú te has negado a escuchar. Tú no me contaste cosas a mí. Decidiste abandonarme y yo he continuado con mi vida. Se acabó.

- ¿Ya me has olvidado, James? – Pregunta con ojos llorosos.

¡Tendrá cara!

- ¡Ja! ¿Sabes? ¡Tiene mucha gracia que preguntes eso! – Recojo mis bártulos evitando mirarla. – No, en realidad no la tiene.

- Esa no es una respuesta, Jamie. – Mi móvil comienza a sonar sobre mi mesa y me maravillo al ver que es Ivonne la que me llama. ¡Chupate esa! La cara de Sue no tiene desperdicio al leer ese nombre. – Perdona un segundo, señorita Allen. – Le digo mientras contesto a Ivonne delante de sus narices. – Hola, sí, estoy en el descanso. ¿Esta noche? Bueno, no creo que pueda, pero veré lo que puedo hacer. Sí, de acuerdo. Adiós Ivonne. – Mantengo la conversación sin dejar de mirar a Sue a los ojos. Tratando de mostrarle toda la indiferencia que no siento por ella.

- ¿Estás con esa? – Pregunta y parece ofendida.

- No. Es sólo una amiga. Pero no creo que deba darte explicaciones a ti de lo que hago o no hago con mi vida. Tú te fuiste y no diste señales de vida.

- ¡Joder, Jamie, estabas casado!

- ¡Tú también lo estuviste y yo no corrí despavorido al enterarme! – Grito apuntándole con el dedo.

- ¡Lo estuve, pero ya no lo estaba! ¡Y yo no me casé enamorada, ni tuve hijos, ni...!

- ¡No metas a mi hija en esto! – Le apunto con el dedo. – ¡Ella es la única razón por la que continué casado! ¡Para poder recuperarla! ¡Pero tú no quisiste escuchar esto en su momento, así que no voy a contártelo ahora! Discúlpame. – Digo encolerizado pasando por su lado y saliendo del aula.

Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no girarme, abrazarla y comérmela a besos. Pero ella no se lo merece y no voy a arrastrarme más por esa mujer.

Durante las dos horas de descanso en mi despacho constato que sigo enamorado como un estúpido de Suzanne y que me va a resultar insoportable tener que decirle una sola vez más que no quiero saber nada de ella.

Al menos he sido capaz de escupirle mi rabia una maldita vez. Al menos pasará estas dos horas pensando que me ha perdido y después, cuando tenga una mísera oportunidad, me acercaré a ella y le suplicaré que vuelva conmigo, porque no sé cómo seguir sin sus endemoniados besos, sus caricias, su piel.

Al llegar al laboratorio al principio me siento aliviado de no verla allí. Pero después me siento morir sólo por volver a verla. No ha venido... quiere evitarme. Quizá sea lo mejor. ¡Joder, menuda prueba de la vida! ¡Qué graciosa es cuando quiere!

Termina mi jornada y voy a por mi hija al colegio. Declino la invitación de Ivonne porque sé que no voy a ser una compañía agradable hoy.

Mi hermana viene a casa a ver a Sussie y a jugar con ella y lo agradezco en el alma. Necesito estar solo con mis demonios.

Coraza de mantequilla

El martes vuelvo a verla en clase. Pero esta vez evita mi mirada. Yo, sin embargo, me deleito en su imagen. Paso las tres horas de clase intentando evitarlo, pero mis ojos la persiguen sin permiso.

Sigue siendo la mujer más perfecta para mis ojos y sigo muriendo de ganas por volver a hacerla mía.

Suena la campana y me desinflató al ver que Sue simplemente recoge sus cosas y se larga. Ya no intenta hablar conmigo. Bueno, no seré yo quien la busque. Esta vez no.

Hoy decido almorzar en la cafetería de la universidad y allí la veo de nuevo. Está sentada en la parte externa, al aire libre, sola y parece pensativa. Con mi mirada recorro la piel de sus brazos que queda al descubierto por una pequeña blusa de mangas cortas, sus preciosas piernas enfundadas en unos leggings negros cruzadas. Pero de pronto, Henry, un chico de mi clase, se sienta junto a ella y comienza a darle conversación.

Me muero de celos al verla sonreír por lo que ese tipo le dice. Seguro que se la come con la mirada. Sue es la mujer más hermosa que haya pisado la tierra.

Ella ni siquiera sabe que estoy aquí y yo finalmente, al sentirme ignorado, me levanto y me voy para mi despacho.

En el laboratorio estoy de mal humor y lo pago un poco con mis alumnos, sobre todo con los que se equivocan en las prácticas.

Sue se ha sentado al lado de ese gilipollas de Henry y no paran de hablar.

- Os sugiero a ambos que cerréis el pico si queréis aprobar el curso. – Les digo al pasar por su lado, justo a espaldas de Sue, y me recreo unos segundos en su aroma. Ella me mira confundida. Pero asiente.

La semana pasa así. Sue llega a clase, se sienta junto a ese imbécil, yo intento evitar mirarla y fracaso estrepitosamente.

En la cafetería, también, se sientan juntos cada día y yo no puedo evitar hundirme en la miseria.

Siempre acabo pagando mi sufrimiento con ella en las horas de laboratorio. Y ella me mira de esa forma que parece decirme que sufre al ver mi comportamiento con ella, pero no sabe qué hacer para enmendar su error conmigo. Desde luego enamorarte de otro y dejarme para siempre sin ti no es la forma, Sue.

He investigado sobre su expediente académico. Parece ser que durante el mes que ha estado ausente se ha puesto las pilas para terminar con las asignaturas de la carrera que le quedaban y sólo le queda terminar el curso que yo mismo imparto y un par de exámenes más para licenciarse en farmacología. Eso no me ha aliviado, sino que por el contrario me ha hecho sentirme peor

conmigo mismo. Ella no ha estado con otro. Se ha refugiado en los estudios para superar nuestra ruptura y me alegra mucho haber contribuido a su mejora académica habiéndole pagado su deuda con la universidad. Aunque eso nunca lo sabrá.

El fin de semana lo paso con mi hija y con Arthur y Carl. Mi pequeña sí parece feliz con su nueva vida y su nuevo colegio. Ha hecho amigos muy rápidamente y la profesora dice que está impresionada de lo bien que se comunica ya en inglés. Parece ser bastante inteligente. Estoy orgulloso de ella. Su profesora también me ha sugerido que fomente los idiomas con ella, ahora que es pequeña. Que no pierda el árabe que sabe de su mamá, porque eso le abrirá puertas en el futuro.

Si Sue estuviera en casa le diría que le hablara en español, o francés, pero no está...

¿Qué debo hacer? Quiero que vuelva. Sigo queriéndolo a pesar de todo.

El lunes, de vuelta a la universidad, decido comportarme más amable con ella. Y con todos en general. Pero sobre todo con ella y trataré finalmente de mantener la conversación que ambos nos debemos.

Las tres horas de clase pasan endiabladamente lentas, porque sé que quiero hablar con ella y estoy decidido a hacerlo. Quizá he sido muy radical y no he comprendido su postura. Quizá la he comparado con la hija de puta de mi ex mujer y no es para nada como ella.

Al final el timbre suena. La veo recoger sus cosas rápidamente.

- Señorita Allen, ¿puede venir? – Me mira sorprendida. Se levanta y viene hacia mí. ¡Dios Sue, necesito besarte!

- Dígame, profesor Bennett. – Dice frente a mí. Está nerviosa y se enrolla sus dedos para no pensar en ello.

- ¿Qué haces después de clase?

- ¿Cómo? – Le ha sorprendido. ¿De verdad creía que la había olvidado? Si no sé vivir sin ella.

- Dime Sue.

- Bueno, yo...

- ¡Sue, cariño, vamos a la cafetería! – Oigo gritar a Henry y frunzo el ceño. ¿Cariño? La fulmino con la mirada.

- ¡Voy Henry! ¡Un segundo! – Grita ella. Me mira y parece sorprendida al ver mi estupor.

- ¿Me estás pidiendo hacer algo juntos?

- Déjalo, no tiene importancia. – Recojo mis cosas y vuelvo a huir de ella.

- ¡Jamie! – Me grita antes de que pueda salir. Me giro. – No entiendo...

- Haz tu vida, Sue. Yo haré la mía.

- Eso intento, pero yo...

No la dejo terminar, salgo y doy un portazo tras de mí. Me encierro en mi despacho y comienzo a llorar como un condenado. Llamo a Ivonne.

- ¡James! ¿Qué tal?

- Quiero verte, esta noche. – Le digo sin más preámbulo.

- Vaya, bueno. ¿Quieres venir a mi casa? ¿O voy yo a la tuya?

- No, no, iré yo a la tuya. – Digo sorbiéndome los mocos. Así si tengo que escapar porque me arrepienta de lo que voy a hacer al menos podré hacerlo más fácilmente. No sería bonito echarla de mi casa en mitad de la faena. – Pero tengo que llevar a mi hija, espero que no te moleste.

- No, para nada.

- Vale, hacia las siete estaré allí.

- ¿Te pasa algo?

- No, no. Chao. – Cuelgo y vuelvo a llorar como un niño.

Siento que llaman a la puerta de mi despacho, pero hago como que no estoy y no contesto.

Si es Sue no quiero que me vea llorar por ella otra vez.

Durante la hora y media de laboratorio me centro en otros alumnos que tienen dificultades e ignoro a Sue y a su amiguito por completo. Pero al terminar Sue es la que viene hacia mi mesa.

- James, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan raro? He respetado que no quieras hablarme, pero hoy tú me has buscado y no me...

- Señorita Allen si necesita una tutoría tendrá que solicitarla en las horas de tutoría. Ahora mi turno ha acabado y tengo que ir a recoger a mi hija al colegio.

- ¿Qué cojones te pasa? ¿Por qué me odias tanto? – Miro a mi alrededor y me alivio al ver que los demás alumnos ya se han ido. – He metido la pata, lo sé, y sé que tengo que pagar por ello. Pero tú también la metiste conmigo.

- ¡Sue, cariño, vamos al bar de la esquina, vente! – Dice el tal Henry al asomar la cabeza por la clase y yo lo fulmino con la mirada. Desaparece en el acto.

- ¿Cariño? ¿Estás con ese niñato?

- ¡Eh, no lo insultes! ¡No lo conoces y no es un niñato! Además, él es...

- ¡No lo conozco, pero sé que es un imbécil! ¡Sólo hay que verlo!

- Jamie, no es...

- ¡¿Te lo has follado, Sue?! ¿Te folla como yo lo hacía? – Me acerco más a ella sin pensarlo.

Mi cuerpo se siente igual o más atraído que nunca a esa mujer.

- No...

- No. Y nadie lo hará. – Le estrello un beso en los labios cargado de rabia, deseo y anhelo de su piel. ¡Madre mía, cuántos siglos sin sentir sus besos! Sus labios se enredan en los míos con la misma hambre. Gime y yo gimo en sus labios. La levanto entre mis brazos y la subo a la mesa del laboratorio. – Necesito poseerte, una maldita vez más. – Suplico. Ella suspira. La echo hacia atrás y levanto su jersey. ¡Dios, su pecho! ¡Moría por volver a saborearlo! Me agacho y atrapo un pezón entre mis dientes, mientras restriego mi entrepierna en la suya. A pesar del pantalón siento su calor y la veo rendida al roce de mi piel otra vez. – ¿Te has olvidado de lo que se sentía?

- No... – Gime. De pronto escuchamos a las limpiadoras y Sue se incorpora rápidamente, yo también. Me mira y se ríe con esa risa suya tan traviesa y arrebatadora. Yo suspiro. – Tengo que irme profesor. Llámame cuando quieras hablar de verdad. – Me deja un papelito en la mano y me da un rápido beso en los labios. Después desaparece. ¿Qué estoy haciendo?

Miro el papel. Es su nuevo número de teléfono.

¿Debería llamarla? ¡No! ¿Debería olvidarla! Y para eso he quedado con Ivonne esta noche.

Pasos en falso

A las cinco de la tarde recojo a Sussie del colegio. He tenido que correr más de la cuenta porque el episodio vivido con Sue me ha hecho llegar apurado de tiempo.

No paro de darle vueltas a lo débil que me hace esa mujer. Si ella no se hubiese separado y se hubiese ido, yo jamás lo habría hecho y me hubiesen pillado cepillándome a una alumna en las instalaciones de la universidad. ¡Un despido garantizado! ¡Me cago en mi vida! ¡¿Qué hago con esa mujer?! ¿Ahora tengo que soportarla viéndola con su nuevo cariñito?

Me llevo a Sussie a un parque cerca de mi casa para que juegue un poco y se canse. Espero que se quede dormida en casa de Ivonne y pueda echar al menos un polvo de “me estoy olvidando de Sue” con ella.

¡Sí, ya sé que es una gilipollez y que acabaré cagándola posiblemente más! Pero, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Lamentarme por los rincones que Sue ya me haya olvidado y yo siga aquí sin poder arrancármela de mi corazón?

¡Ni de coña!

A las seis de la tarde me ducho, ducho a Sussie y nos vestimos para ir a casa de Ivonne. A Sussie parece gustarle la idea. Así que eso me anima más.

A las siete y cuarto estamos en casa de Ivonne que nos recibe a ambos con la cena ya preparada y vestida de gala. Yo solo voy con mis vaqueros, mi jersey favorito y mis zapatillas deportivas, y Sussie igual, pero a ella no parece indicarle nada raro.

Cenamos los tres e Ivonne y yo nos reímos mucho con algunas palabras inventadas por Sussie. Todavía no domina el inglés al cien por cien. Tiene días en los que parece que sí, y días en los que se inventa las palabras porque seguramente todavía es duro para ella comunicarse en ese idioma. Pero está avanzando a pasos agigantados y yo me siento de lo más orgulloso de mi pequeña.

Después de la cena, Ivonne pone en la tele una película infantil que capta toda la atención de Sussie, y media hora después está completamente dormida en el sofá de Ivonne.

Ella me mira y sabe que es el momento. Se levanta y va a por una botella de vino. Sin preguntar me sirve una copa y se sirve ella otra. Se sienta junto a mí.

- Veo que sigues soltero si me has llamado a mí para quedar esta noche. – Ivonne va directa al grano.

- Sí, sigo soltero. – Sonrío, pero me queda muy forzado el gesto.

- Sigues pensando en ella, ¿no?

- No te voy a mentir, Ivonne, esta vez no. Estoy jodidamente enamorado de esa mujer. – Ivonne resopla y agacha la cabeza. – Pero lo nuestro terminó y tengo que olvidarla. – Vuelve a mirarme.

- ¿Me estás usando para olvidarla?

- Te lo estoy contando todo, Ivonne. Si no lo hiciera te usaría, pero tú conoces a la perfección cuál es mi situación y tú puedes elegir entre acercarte a mí o alejarme. Y yo respetaré tu decisión sea cuál sea.

- Quisiera que me amaras a mí. – Se acerca lentamente y deposita un suave beso en mis labios. – Nada me haría más feliz que saber que James Bennett es capaz de amarme. – Vuelve a besarme y yo me dejo hacer.

De pronto siento su mano en mi entrepierna y, por un momento me tenso. Pienso en Sue y en que me gustaría que fuese su mano la que masajeara mi polla como ella sabe hacerlo. Ella conocía cada centímetro de mi cuerpo. Sabía hacerme vibrar con sólo una mirada. Pero el tacto de Ivonne también me excita y de repente me encuentro lanzándome sobre ella y devorando sus labios.

En cierto modo, sus besos mitigan mi dolor por la pérdida de Sue un poco, aunque no del todo, pero sirven como anestesia momentánea. Así que decido ir más allá y meto la mano por debajo de su diminuto vestido hasta alcanzar su sexo. Está húmedo y gime en cuanto introduzco mis dedos por debajo de sus bragas. Noto como comienza a desabrochar mi pantalón sin separarse de mis labios y no sé si pararla o no.

Me dejo llevar.

- Papi. – Mierda. Me separo rápidamente de Ivonne y me cierro la bragueta.

- ¡Ehh, Sussie! ¿Qué pasa mi amor?

- Si tú quieres a Tue, ¿por qué la besas a ella? – Me señala a Ivonne y yo me quedo perplejo. ¿Tue? ¿Está hablando de Sue? ¿Hasta mi hija me viene con eso?

- ¿Tú cómo sabes eso, renacuaja? – Pregunto intrigado.

- Lo oí de tío Arthur y de ti cuando comimos pizza. Y también te lo dijo tía Brigitte. – Maldición, los niños están pendiente a todo.

Me recompongo como puedo y miro a Ivonne que sé que está viviendo un momento horrible.

- Lo siento Ivonne. Mi hija tiene razón y tenemos que irnos. – Me levanto y cojo a Sussie en brazos. – Vamos a casa, campeona. Tenemos que descansar que mañana hay cole.

- Sussie, papi también puede querer a otras mujeres. – Se defiende Ivonne.

Yo le lanzo una mirada de desaprobación. Mi hija no debe estar metida en todo esto.

Ivonne lo capta y se calla mientras nos acompaña a la puerta.

- Adiós Ivonne. – Esta vez le beso en la mejilla. – Gracias por todo.

- ¿Volveré a verte?

- Te llamaré. – Digo sólo. Y desaparezco de allí con mi pequeña en brazos. – Creo que me

acabas de salvar de hacer una idiotez, pequeña polilla. – Sussie me mira y sonrío.

- ¿Es buena Tone?

- ¿Quién?

- ¡Tone! ¡Tone! – Me señala el edificio de Ivone cuando salimos de él.

- ¿Ivonne?

- ¡Claro papi, Tone! – Me río.

- Es buena, sí.

- Pero no es la mujer de papi, ¿no?

- No mi amor, la mujer de papi eres tú. – Le beso y la echo en el coche. – Duérmete anda. – Por el camino a casa me siento muy cansado de tanto vaivén emocional, del olvido de Sue, de la poca atracción que siento por Ivonne y me gustaría que me atrajese más para poder desterrar lo que siento por Sue. Entra una llamada por el bluetooth del coche. – Bennett. – Contesto con voz de amargado.

- ¡Eh! ¡Dónde estás! – Escucho a mi hermana preguntar. – Hemos ido a tu casa a ver a la peque y no estabas.

- Vengo de casa de Ivonne. – Digo en un suspiro.

- No... ¿te has vuelto a tirar a mi secretaria? – Pongo los ojos en blanco.

- No, no me la he tirado. – Miro hacia atrás y agradezco ver a Sussie dormida. – Sussie lo ha impedido. Me preguntó que por qué la besaba si yo quiero a Sue. ¿Puedes creerlo? Mi hija de cuatro años acaba de darme una lección increíble sobre el amor.

- ¿En serio ha dicho eso? ¿Le has hablado de Sue?

- No, pero ha escuchado hablar de ella. Los niños son increíbles, Brigitte, lo captan todo.

- Ya veo. ¿Y qué le has dicho? ¿Le has dicho que su papá es un cobarde que no piensa luchar por la mujer que ama?

- ¡Estúpida, no soy ningún cobarde!

- Sea como sea te has rendido con Sue.

- No. – Susurro. – Es ella la que lo ha hecho y se ha echado novio. Y no le ha importado restregármelo por las narices. – Siento un nudo en el estómago al decirlo.

- ¿Sue? ¿Novio? ¿Pero qué dices? – Mi hermana se ríe.

- Sí, no te lo vas a creer, pero estoy dándole clases en Cambridge y ahora está saliendo con uno de mis alumnos.

- James, no creo que...

- ¡Pero no lo voy a permitir! ¡No voy a permitir que me olvide! ¡Suzanne Allen va a tener que demostrarme que es fuerte de verdad porque voy a ir a por ella.

- ¡¿Vas a ir a por Sue?! ¿Sólo porque se ha echado novio? ¡Bueno, pues genial hermanito! Por cierto, te llamaba porque mañana voy a ir a recoger a Sussie yo al colegio. Quiero pasar la tarde con mi sobrina, ¿vale?

- Vale, vale...

- Qué poca emoción.

- ¿Has escuchado lo que te he dicho? ¡Sue se ha echado novio, en mis putas narices, Brigitte! – Mi hermana suelta una carcajada. – ¡¿Te hace gracias?! ¡No tiene ni puta gracia!

- No, perdona. Pero si al menos gracias a eso comienzas a despertar, bienvenido sea el dichoso novio de Sue.

- ¡Esa se va a enterar!

- ¡Así me gusta! Bueno, te dejo. Mañana recojo a Sussie, recuérdalo.

- Sí, sí. – Mi hermana corta la conversación y yo sigo maldiciendo en voz alta a Sue. – ¡Es increíble! ¿Verdad que es increíble, Sussie? – Le digo a mi hija, aunque sé que está dormida. – Ella haciendo su vida, tan normal, como si yo nunca hubiera existido. Ahora parece la alumna modelo y estoy seguro que ese novio suyo no sabe ni una mierda de lo que ella era hasta hace unos meses. ¡Ja! ¡Pero yo no soy imbécil! ¡Yo he visto y he sentido su rendición cuando la he besado hoy! ¡Esa estúpida no me va a olvidar así como así! ¡La lleva clara si cree que eso va a ser así!

Cuando llego a casa meto a Sussie en su cama. No es que no me apetezca dormir con mi hija, me apetece y mucho. Pero ni quiero acostumbrarla a ello ni a mí tampoco. Y, además, necesito hacerme una paja vengativa como agua de mayo. Mi cuerpo está muy frustrado y mi mente enfadada.

Creo que una buena paja me relajará. Pero eso sí, no pienso pensar en Sue. ¡Por nada del mundo me voy a recrear en esa mala víbora, traicionera y destroza corazones que me tiene malo de los nervios!

Me tumbo en mi cama completamente desnudo, cierro los ojos y me imagino un lugar erótico.

¡Mierda, el cuarto de reservados del Caribbean Blue no! Bueno, al menos no estoy imaginándome a Sue. Me imagino a una rubia, eso, una rubia con rizos. ¡Con una máscara! Así no tendré que esforzarme en no ponerle su cara. Una sensual y delicada máscara de encajes negros y diamantes.

Lleva lencería de cuero y se contonea como una diabla por la barra de pole. Yo la miro sediento de sexo desde mi silla, estoy desnudo y muy empalmado. Veo como restriega su sexo por la barra y me acaricio la polla imaginándome que es ella la que se restriega por su preciada humedad. Ella se acerca sigilosamente, con paso seguro y acentuando la curva de su cadera. Llega hasta mí, se agacha y lame mis labios cual gata salvaje.

Yo la sujeto con fuerza del cuello para que no se separe y le meto la lengua hasta el fondo. Es mi fantasía y aquí no tengo prohibido tocar.

Nos besamos con salvajismo, con lujuria, con ardor. Le arranco las bragas y el sujetador y la clavo en mí abriendo sus piernas con mis brazos. Sin más dilación. Entrando en ella de una estocada. Ella grita. Yo también. Y se mueve... se mueve como a mí me gusta, se mueve como ella. Con su cabeza hacia atrás y aullando como una loba. Yo la empalo con desesperación.

- Sue...

Suspiro su nombre y ella me mira. ¡Esos ojos verdes! Se quita la máscara y la peluca y, justo en el momento cumbre de mi ansiado orgasmo, mi imaginación decide jugarme una mala pasada haciendo que me corra ante la imagen de la diosa de mis antes sueños y ahora pesadillas. Es Sue.

Grito fuerte al llegar al orgasmo. Joder. Ha sido bestial. ¡Mierda, y lo he puesto todo perdido!

Me levanto de la cama y busco unas servilletas para limpiar todo el desastre y después me vuelvo a meter en la cama. Mirando al techo.

Me estoy volviendo loco.

¿Qué me has hecho, joder?

No soy capaz de ser feliz ahora que tengo lo que más ansiaba en toda mi vida; mi hija.

No soy capaz de ser persona ni de volver a creer en que mi vida tendrá remedio si me falta su luz.

Odio esto.

Odio llorar constantemente. Yo nunca he llorado. Sólo cuando perdí a Sussie. Pero eso era distinto. Algo demasiado fuerte. ¿Quién no lo habría hecho? Pero, por una mujer... por una relación de apenas unos meses... ¿es posible que la ame tanto?

Maldita sea.

Oigo un gemido y miro a mi lado. Sussie está junto a mí llorando.

- ¡Eh! ¿Qué le pasa a mi niña del alma? – Me levanto y la cojo en brazos. – ¿Jaufan? – Le pregunto por si es miedo. Algunas palabras árabes las sigue empleando sin saber diferenciarlas del inglés. Niega con la cabeza. – ¿Entonces?

- Quiero mami. – Joder. Otra vez no.

Creí que lo tenía superado. Las dos primeras semanas aquí en casa con Sussie fueron un horror por la noche porque siempre se acordaba de la condenada de Jasmina. Pero últimamente tenía tanto estímulo externo que no lo hacía. Mi hija llora y me parte el alma.

- ¡Eh! ¡No llores mi amor! ¡Ven aquí! ¿Quieres dormir con papá? – Asiente mientras sorbe sus mocos. – No llores, por favor. Mamá está bien y tú estás bien, ¿a que sí? – Me tumbo a su lado

y la arropo mientras la miro cara a cara.

- Sí papi. Pero quiero ver mami.

- Mami te quiere, pero no puede venir. Aunque no te ha olvidado, estoy seguro. – Jamás pensé que acabaría hablándole bien a mi hija del monstruo de su madre. Pero sería inhumano no hacerlo ahora mismo. – Seremos felices, Sussie. ¿Tú eres feliz con papá? – Mi hija asiente y se sorbe los mocos otra vez. – Yo soy inmensamente feliz contigo, mi amor.

- Entonces, ¿por qué llorabas, papi? – Me deja noqueado.

- Porque papi también ha perdido a otra persona muy importante. No tanto como tú, claro está, pequeña polilla. – Le doy con mi dedo en la nariz y al fin se ríe. – Pero era importante. Muy importante. – Suspiro y abrazo a mi hija.

- ¿Tue? – Vuelvo a suspirar.

- Sí, Sue.

Le canturreo un poco y se queda dormida entre mis brazos en décimas de segundo.

Entiendo su tristeza. Ella también ha perdido a alguien muy importante. Mi hija y yo tenemos el corazón hecho trizas y no podemos evitar que la tristeza nos acompañe a menudo.

Recuérdame

El martes tengo que tragar con la indiferencia de Sue y con ser testigo de cómo se hace mieles con ese imbécil. Aunque a la hora de comer no la veo por el restaurante y no llega a la clase del laboratorio. Quien sí lo hace es su amiguito, que parece un imán de mujeres y siempre está rodeado de alguna.

Por la tarde voy a mis olvidadas clases de boxeo y hasta mi entrenador se sorprende de lo violento que estoy.

No me relajo hasta que Brigitte me trae de vuelta a Sussie y cenamos juntos.

Mi hija me cuenta que ha conocido a una amiga de mi hermana que según ella se llama Tanne, aunque seguramente no tenga nada que ver su verdadero nombre con el que le ha bautizado mi hija. Pero dice que hace magia y parece emocionada con su nueva amistad.

El miércoles y jueves Sue toma asiento en la parte menos visible del aula, y, aunque al principio es un alivio para mí, no dejo de sentir su mirada envenenada en ningún momento dirigida hacia mí.

En el laboratorio se sienta con su amiguito y me ignora por completo.

Yo aprovecho cualquier excusa para acercarme a ella y poder sentir su presencia más cercana.

La semana pasa y yo estoy muy perdido. No quiero hacerle caso, pero tampoco quiero que ella deje de una vez atrás todo lo que vivimos juntos.

Me duele reconocer que llevo varias noches durmiendo gracias a que me masturbo pensando en ella.

El viernes llego a clase y maldigo a todo lo que existe cuando veo a Sue vestida con una falda de tubo negra entallada y una blusa blanca con un tremendo escote y sentada en primerísima fila. ¿Lo hace a propósito? Casi no puedo centrarme en lo que estoy explicando y ella no para de mirarme fijamente. La verdad, preferiría que no lo hiciera.

Cuando suena el timbre que anuncia que la clase ha terminado recojo mis cosas con rapidez. No quiero mirar como Sue se deshace en risas con Henry y algunos compañeros más otra vez.

Al final cojo fuerzas e intervengo.

- Señorita Allen, ¿puede venir a mi despacho un momento? – Sue me mira, se despide de sus compañeros, haciendo especial hincapié en su despedida con Henry y viene hacia mí.

- Vamos. – Me dice dispuesta.

- Vamos. – Salgo del aula y siento su presencia tras de mí.

Al llegar a mi despacho abro la puerta y le indico que entre con la mano. Ella entra con

chulería y se sienta sobre mi mesa. Yo cierro la puerta y la miro bastante enfadado. Me acerco poco a poco.

- Dime Jamie. ¿De qué quieres hablar?

- Sue, deja de coquetear en clase con mis alumnos, por favor.

- ¿Qué? ¡No estoy coqueteando!

- ¡No me grites! ¡Y no me tomes por tonto! Sabes perfectamente el efecto que tienes sobre los hombres. – Le acuso con el dedo. Ella me agarra de la corbata y tira hacia que choco con su cuerpo. Está abierta de piernas sobre mi mesa con la falda enrollada sobre sus muslos.

- ¿Qué efecto tengo? – Pregunta acercando sus labios a los míos. Yo comienzo a hiperventilar y no puedo apartar mis ojos de sus labios.

- Sue, no me hagas cogerle manía a mis alumnos. No puedo ser un buen profesor así. – Digo con mucho esfuerzo mientras siento como ella acaricia con sus labios mi rostro.

Cierro los ojos. Su perfume embriaga mis sentidos. Estoy perdido.

- Me gusta esa barba de varios días. Es muy sexi. – ¿Sexi? Sólo estoy hecho un dejado.

- No quiero que estés con ese. – Digo sin pensar cuando sus labios se ponen a escasos milímetros de los míos. – No quiero que estés con nadie.

- ¿Quieres que esté contigo? – Sí.

- No. – Mi boca dice lo contrario a lo que pienso. Sus verdes ojos se clavan en los míos.

- ¿No?

- No quiero volverme loco, Sue. No quiero hacerle eso a mi hija. – Su mirada se vuelve líquida y creo que tiene ganas de llorar. ¿Por qué le he dicho eso? ¿Si le dijera que volviera lo haría? Pero creo saber por qué lo he hecho. Necesito que ahora sea ella la que luche por recuperarme. – Estaba decidido a olvidarte, pero verte con ese... me mata. No quiero que lo desees. No quiero que desees a nadie más.

- Te echo de menos. – Acaricia mi rostro y aprieto los ojos. Al abrirlos veo su cara llena de tristeza.

- Yo a ti también. – No puedo resistirlo más y acabo besándola con toda mi alma puesta en ese beso. Enredando su pelo en mi mano y muriendo de ganas por entrar en ella una maldita vez más.

- Hazme el amor, Jamie. – Me susurra en los labios. Y no soy capaz de decirle que no. La aplasto contra mi boca con ansias y comienzo a desabrocharle la camisa, lo mismo que ella hace con la mía. Me descontrolo al ver su pecho desnudo y sobre todo al sentir el tacto de su piel sobre la mía, dibujando mi pectoral. – Jamie... – Jadea mi nombre.

- Sue... no vas a olvidarte de mí. – La levanto para quitarle las bragas y ella desabrocha la braguita de mi pantalón. – Tú eres mía. Recuérdalo. – Sue está tan impaciente como yo.

Me mira mientras sujeta mi sexo con su mano y lo conduce directamente a la entrada de su vagina. Sin dejar de mirarnos entro en ella y ambos liberamos un gemido desgarrador de placer.

¡Cuánto la he necesitado! Ella se aferra a mis nalgas para impulsarme más contra su cuerpo. Comienzo a avivar el ritmo en su interior siendo consciente de nuevo de que sentirla así es una de las cosas más maravillosas que he vivido en la vida. Aprieto la mandíbula y me esfuerzo en alargar nuestra agonía para disfrutar este efímero momento lo máximo que mi cuerpo y mi autocontrol me permita.

Pero no puedo.

Mis ansias de Sue superan lo razonable.

La poseo con rabia, con ímpetu, con el hambre de ella acumulada durante demasiados días. Semanas. Siglos.

Nuestros gemidos suben de nivel.

- Sí, sigue Jamie, no pares. – Me besa apasionadamente. No podría parar ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

Se aferra a mi cuello y comienza a moverse sobre mí como sólo ella sabe hacerlo.

Voy a morir de placer.

La sujeto del culo para ayudarla.

- Dios, Sue...

- Córrete. Córrete conmigo. – Me pide y mi cuerpo le obedece en el acto. Gritando su nombre y ella el mío. Quedándonos rendidos y sin respiración. Mirándonos sin saber qué hacer tras algo tan intenso. Yo necesito mucho más que una demostración carnal de atracción por mí. Me separo y comienzo a vestirme. – ¿Qué haces?

- Vístete Suzanne. Si alguien nos ve así me echarán y a ti te expedientarán.

- Jamie, estamos en tu despacho. Nadie va a entrar sin llamar. – Me estoy poniendo realmente nervioso y quiero huir de ella y de su atracción.

Pero eso no se lo quiero confesar.

- Vístete.

- Está bien, pero mírame.

- Cuando te vistas. – Me giro y me pongo de espaldas a ella mientras me abrocho la camisa. – Suzanne, lo que ha pasado ahora...

- ¡Vamos! ¡No me vengas con que estás arrepentido! – Se pone delante de mí y me grita ofendida. – No me intentes hacer creer que sólo me has usado para entretenerme. Jamie, tenemos que hablar te guste o no. Admito que he sido una cobarde y que me aparté de ti cuando más me necesitabas, pero fue muy traumático para mí. – Me grita nerviosa. ¿Traumático para ella? ¿Se ha

echado novio! ¡Ya! – Quise arreglar las cosas contigo cuando me di cuenta de lo que realmente habías vivido. Para eso me apunté en este jodido curso, maldita sea, para tener la oportunidad de hablar contigo, de arreglar las cosas. Porque sabía que me odiarías y no estarías dispuesto a escucharme. Pero eres tan... ¡te estás comportando como un auténtico capullo! Y sé muy bien que sigues sintiendo algo por mí. ¡No te hagas!

- ¡¿Y eso importa?! ¡A ti desde luego no te ha importado para echarte novio y restregármelo por la jodida cara como si yo fuera de piedra o algo así! ¡Y parece que tampoco te importa una mierda lo que sienta ese chico por ti si vienes a calentarle la polla a tu profesor como si nada y a follártelo sin escrúpulo ninguno sobre su escritorio y luego ir a calentarle la polla a él! ¡Yo tampoco soy tu entretenimiento, Suzanne! ¡Olvídate de esa idea! – Los ojos de Suzanne se abren incrédulos ante lo que digo y justo cuando me doy cuenta de que he ido demasiado lejos con mis palabras siento que me cruza la cara de una bofetada con todas sus fuerzas y sale de mi despacho llorando como una condenada. Dejándome sólo, confundido y con un tremendo picor en la cara. – Joder, me he pasado.

Se suponía que tenía que hacer que recordara lo que siente por mí y dejase a ese tipo. No que iba a mandarla derechita a los brazos de ese desgraciado.

La has cagado, Bennett.

Pero todavía siento su olor en mi piel. Los labios hinchados por sus besos. La piel caliente y el pecho palpitante.

Y... se ha dejado sus bragas tiradas en el suelo. Las cojo y las guardo en mi maletín como un trofeo. Después, cuando la vea en el laboratorio, le pediré perdón.

¡Maldita sea, siempre acabo pidiendo yo perdón! ¡¿Y quién me lo pide a mí por todas las noches que he pasado llorándola y extrañándola?!

Durante la hora y media de laboratorio no veo a Suzanne por ninguna parte y me pregunto si la habré herido tanto como para odiarme por mis palabras.

Estaba enfadado, muy enfadado.

Y, además, sigo sintiéndome abandonado.

Salgo al pasillo un segundo y tras pensarlo mucho, muchísimo, marco en mi móvil su número para llamarla.

- ¿Qué quieres? – Su voz suena como si estuviese llorando.

Mierda. ¿Por qué me siento tan terrible?

- Sue, tienes clase ahora y no puedes faltar tanto. – Intento no sonar muy duro.

- No me encuentro bien, profesor.

- Sue, perdona lo que te dije. No quería herir tus sentimientos así. ¿Sigues en el Campus?

- Sí. – Parece más calmada.

- ¿Sigues enfadada conmigo? – Me ablanda muchísimo su tonito de voz tan triste.

- Sí, mucho.

- Pues ya somos dos. – Creo que sonrío y yo también. – Estoy muy enfadado contigo. Mucho. Pero quiero que apruebes este curso y quiero que acabes tus proyectos.

- James, siento mucho haber desaparecido así. Sé que tú y tu hija no me necesitáis a vuestro lado. Yo sólo sería un problema. – Suspiro. – Pero me hubiese encantado intentarlo.

- Sue, no es momento para hablar de esto. Tengo una clase entera esperándome en el laboratorio. Donde tú deberías estar ahora mismo.

- No me importa. Al fin estamos hablando. Dime. ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Vas a seguir odiándome para siempre?

- No te odio, Sue. Pero no puedo perdonar lo que me has hecho sentir durante este mes y medio. – Ella llora. – No te voy a perdonar sobre todo si no vas a ser mía sino de otro. Eso quieres, ¿no? Que te perdone para sentirte por fin libre de mí y follarte a cualquiera sin sentir remordimientos por ello. Para que puedas rehacer tu vida sin mí y sin mirar atrás. ¡No estoy dispuesto a permitirte ni a hacértelo tan fácil! – Joder Bennett, otra vez te estás alterando y tentando tu suerte con ella. Pero no puedo, simplemente no puedo olvidarlo todo y suplicarle que vuelva para que me diga que no, que quiere a otro. Me hundiría a mí mismo con esa actitud. Y... aun así... no quiero perderla. No quiero rendirme.

- Sacas conclusiones equivocadas, James. Pero serás tú solito quien se dé cuenta de todo por ti mismo. Nos vemos el lunes. Chao. – Cuelga.

¿De verdad tengo que aguantar hasta el lunes sin verla? Entro en el laboratorio y me pongo de los nervios al ver a Henry, el amiguito de Sue, más que cariñoso con otra alumna de clase.

¡Siempre te han gustado los estúpidos, Sue! ¡Como yo! Pero yo al menos sabía el valor de lo que tenía en mis manos cuando estaba con ella.

Termino la clase intentando ser agradable con los alumnos y creo que lo consigo, porque al final de clase algunos de ellos me invitan a tomar algo con ellos en un bar que está cerca del Campus y acepto pensando que a lo mejor puede que vaya Sue.

Mi hermana se quedará con Sussie hoy otra vez, así que no tengo prisa por volver.

En el bar tomo unas copas, me distraigo, pero busco a Sue por todos lados y no la veo. A quien sí veo es al Henry ese bailando con unas y otras como si tal cosa. ¿Lo habrá dejado con Sue? Ojalá.

Si es así voy a seguir castigándola un rato más.

De camino a casa conduzco con muchas ganas de ver a mi pequeña y pasar un buen rato con ella. Llamo a mi hermana para comunicarle que ya estoy de camino y me pide que deje a Sussie esa noche con ella en su casa, que no pasan demasiado tiempo juntas. Yo no me puedo negar, aunque me sentiré muy extraño durmiendo solo en casa.

Así que llamo a Arthur y le propongo hacer una quedada de amigos. Él se encarga de llamar a Carl y a Tim y quedamos en un bar del centro para tomar unas cervezas juntos.

Cuando llego ya están allí Carl y Tim a los que me alegro enormemente de ver. Los abrazo y me pido una cerveza para acompañarlos con la suya. Ambos me preguntan por Sussie y se alegran enormemente de que haya conseguido recuperar a mi hija.

En ese momento llega Arthur y se apunta a la conversación y a la cerveza.

Sabía que no podría evitar el tema de Sue y no tardan en preguntar por ella.

Les explico brevemente que no he sabido nada de ella durante el primer mes de Sussie de vuelta a mi hogar y el infierno que ha supuesto para mí afrontar todo este cambio de vida sin su presencia ni su apoyo. Les cuento que no ha sido hasta que he comenzado a impartir un curso en la universidad de Cambridge cuando por fin he podido verla. Me enfermo cuando les cuento que ella intentó hablar conmigo como si nada y que pretendía que la perdonase sin más y, tras mi negativa, pocos días después, comienza un idilio con un alumno mío.

- ¡¿Os lo podéis creer?! ¡Esa estúpida pensaba que la iba a perdonar a la primera de cambio! ¡Debería haberme demostrado mucho más! ¡Debería haberme suplicado una y otra vez, como yo sí que lo hice con ella cuando la cagué! – Mis amigos me miran incrédulos.

- No puedo creer lo que me cuentas, Bennett. – Me dice Tim.

- Ya, ni yo. Pero es así... Y, ni siquiera así consigo quitármela de la mente. La odio. Odio el efecto que tiene en mí.

- Yo creo que estás sacando las cosas de tiesto, Jamie. – Me dice Arthur y le dedico una mirada envenenada.

- ¡Sé muy bien lo que mis propios ojos han visto, Artie!

- ¿Y qué se suponen que han visto? – Se hace el listillo.

- Se sientan juntos. ¡Siempre están juntos! Cada vez que intento hablar con ella ese capullo aparece para decirle que la espera en el bar. ¡La llama cariño! ¡¿Qué es eso, a ver?!
- Bueno, sí que parece que...

- ¡Pues no lo va a conseguir! ¡No mientras me tenga a mí delante de sus narices! ¡No voy a consentirle que me haga un infierno mi trabajo por el que he luchado tanto, entre otras cosas para pagarle sus jodidos estudios y su maldita deuda! ¡Esa despiadada no me va a hacer tragar con eso! ¡Si yo no puedo continuar sin ella no es justo que ella sí pueda hacerlo sin mí!

- ¿Y qué piensas hacer para evitar que rehaga su vida? – Pregunta Arthur.

- ¿No me crees capaz? Pues hoy mismo me la he follado en mi despacho.

- ¡No me jodas! – Gritan todos.

- ¿Qué te dijo después? – Pregunta Carl. Entonces pienso en algo que me dijo.

- Me dijo que si se fue así es porque enterarse de todo fue muy traumático para ella. ¡Ja! ¡Traumático para ella, dice! Y que cuando se dio cuenta de su error se apuntó al curso que YO imparto para solucionarlo. ¿Cómo? ¡Pues follándose a otro! ¡Es de verdad esa la forma, señores? – Mis amigos niegan con la cabeza. – ¡Pues eso mismo pienso yo!

- Jamie, de verdad no me creo que seas tan estúpido, amigo. – Dice Arthur. No entiendo por qué dice eso. – Sabes lo que Sue siente por ti y está claro que no se ha olvidado de ti si se ha inscrito precisamente en el curso que tú impartes y está claro que lo ha hecho para buscarte y para enmendar sus errores, que sabe que ha cometido contigo. – Lo escucho atentamente sin saber a dónde quiere llegar a parar. – Sue no es tonta y creo que tú lo sabes. Ella te conoce bien, aunque no tanto como yo, pero lo suficiente como para saber que tú no la aceptarás de nuevo en tu vida ahora que no estás solo y tienes a tu pequeña Sussie por fin de vuelta, si no te demuestra previamente que su vuelta no supondrá un obstáculo para tu hija. Creo que Sue sabe perfectamente que tú no la aceptarás de vuelta si tú la consideras un peligro para Sussie.

- ¡Por supuesto que no lo haré! – Bramo.

- Y ese es tu debate interno, querido amigo. Por un lado te mueres de ganas porque ella vuelva contigo y por otro te atemoriza pensar que será algo negativo para Sussie el hecho de que lo haga. – Arthur tiene razón. Es eso exactamente lo que siento. Y es eso lo que me hace que tenga la sensación de volverme loco. – Creo que ella intenta demostrarte que ha mejorado su vida antes de suplicarte volver. Pero esa es sólo mi hipótesis.

- Arthur. Sólo tenía que insistir un poquito más. Yo no soy tan fuerte para decirle que no y ella lo sabe. Pero ahora... ¿Sabes? Recuerdo todo lo que tuve que arrastrarme para que perdonara mi desliz con Ivonne, y sólo fue una maldita vez que estuve con ella. ¿Qué debería hacer yo ahora que se echa novio y me lo restriega por la cara? Aunque hoy vi al tipo en el bar donde quedan los estudiantes después de clase y estaba bailando con otras. Sue no estaba por ninguna parte. Es posible que se haya arrepentido. Creo que ha dejado al tipo. Pero el daño ya está hecho.

- Entonces déjame entenderte. No quieres volver con ella, pero tampoco quieres que te olvide, ¿no es así? – Miro al suelo. – No sé amigo, ese castigo sí que me parece severo. Si quieres olvidarla de verdad, ¿qué mejor forma que dejarla ser feliz con otro? – Eso escuece y Arthur lo sabe.

- Eso no me haría para nada feliz.

- Porque en el fondo quieres que vuelva.

- Quiero que quiera hacerlo. Pero no ha hecho una mierda por luchar por mí, Arthur. – Otra vez esa conocida humedad en mis ojos. – ¡Yo lo di todo por ella, maldita sea!

- ¡Eh, tranquilo Jamie! Está bien. Confío que el tiempo pondrá todo en su sitio.

- No quiero hablar más de ese tema, por favor. Ni yo mismo sé que quiero. – Pido a mis amigos aparcar el tema de Sue y seguimos hablando de otras cosas.

Tim parece encantado con su vida de casado y él y Liz están buscando su primer hijo. Carl y Megan siguen viéndose de vez en cuando, aunque según él no hay amor de por medio en su

relación, sólo atracción sexual. Arthur da la noticia de su futuro matrimonio y alega que su repentina prisa es porque así facilitará las cosas para que las hijas de Mary puedan quedarse definitivamente con ellos. Me parece que es algo que le honra.

Al volver a casa la soledad se cierne sobre mí.

Pienso en las palabras de Arthur y pienso en que a lo mejor está en lo cierto y Sue está haciendo esto para buscar una reacción en mí. A lo mejor piensa que la única manera de que me rinda a ella es volviéndome loco de celos y creo que lo está consiguiendo.

Ya no me apetece volver a ver a Ivonne. Después del polvo que echamos hoy Sue y yo sobre mi escritorio no me apetece tener que entregarme a otra mujer que no sea ella. Y eso me deprime. Porque Arthur puede estar equivocado y Sue puede que esté haciendo esto para vengarse de mí por no haberle dicho a tiempo que estaba casado.

Recuerdo que me pidió matrimonio...

Y no entiendo cómo ha podido cambiar todo tanto.

Me tumbo en mi cama y miro al techo pensando en ella. Entonces mi móvil suena. Lo miro y no lo creo. Tengo un mensaje de Sue.

Demencias

Se me acelera el pulso, me pongo a sudar y contengo la respiración hasta que lo leo.

“¿Estás con la tetas de plástico?” Pestaño un par de veces. ¿Ahora me viene con estas? ¿Cree que me he estado viendo con Ivonne?

Está en línea, esperando mi contestación. No lo voy a hacer. Tendrás que probar de tu propia medicina con esto de los celos, Sue.

Vuelve a vibrar mi móvil en mi mano. Sonrío. Aguanta Bennett.

No, no puedo. Leo su siguiente mensaje.

“¡Ten valor y admítelo!” No sé por qué demonios piensa eso. Es ella la que tiene novio, ¿no? ¿Por qué me pide explicaciones? **“¿Y me acusas a mí de olvidarte con otro?”** Gruño al leer esto. ¡No quiero que esté con otro!

“Quizá deberías preguntarle a tu amiguito qué he hecho hoy. He estado en el bar donde estaba él, por cierto, él no parecía echarte mucho de menos ¿Qué quieres de mí, Sue?” Escribo y resoplo. Sólo dime que me quieres. Dime que vuelves a ser mía. Dímelo, y ahora mismo iré a buscarte. Estés donde estés.

“No estoy hablando de mi amiguito. Estoy hablando de TU amiguita. ¿Estás con ella?” Vuelvo a sonreír. Esto tiene que significar que aún le importo.

“Puede, pero esa información no es algo que a ti te incumba ¿Estás tú con ese imbécil?” Me tenso tanto que incluso me levanto de la cama.

“¿De verdad te importa?” Te maldigo Sue. ¡Claro que me importa! ¡Me importas tú y mucho! ¡Demasiado!

“No me importa una mierda con quién estés” Escribo enfadado sobre todo conmigo mismo.

“Ah, ¿no? Bueno, eso lo veremos” Me muerdo el labio al leer este último whatsapp de Sue.

No. No, no, no, no. ¡Ni se te ocurra hacerme eso!

Aprieto los ojos, intento calmarme y controlar mi respiración. No puedo. Ya está acabando con mi paciencia. Al final hago lo pero que podía hacer. La llamo.

Tarda un infierno en contestar.

- ¡¿Qué?! – Contesta de mala gana. – Espero que no hayas interrumpido tu estupendo polvo para hablar conmigo.

- ¿Qué pretendes, Sue? ¡Deja de volverme loco!

- ¡¿Qué pretendes tú?! ¿Estás con esa? ¡¿Por qué no contestas de una vez?! Hazme el favor de decírmelo de una vez y hacerme todo esto más fácil.

- ¿Sabes con quién no estoy? ¡Contigo! ¿Y sabes por qué? ¡Porque me has dejado, has desaparecido y cuando al fin te tengo de frente estás con otro!

- ¡Y te atreves tú a echarme en cara eso! Cada vez que tú y yo tenemos un problema corres a los brazos de la tetas de plástico esa! – Comienza a llorar y yo me quedo mudo. – ¿Qué estás haciendo, Jamie? Escucha, sé que me equivoqué al irme así. Pero tú te equivocas también al intentar borrar lo que decías sentir por mí reemplazándome inmediatamente. Tendríamos que haber hablado como adultos, ¡yo lo intenté, maldita sea! Pero tú ya habías decidido reemplazarme por otra. Ahora ya lo has matado todo. Ahora ya no existe la posibilidad, James. ¡¿Por qué lo has hecho?! – Lloro. No. No me digas eso.

- ¡Sue! ¡Habías desaparecido!

- ¡¡¡No!!! ¡Estaba tomándome un tiempo para pensar en todo y para poner las cosas en su sitio contigo! Necesitaba meditar, James. Necesitaba poner mi cabeza en orden. ¡Por el amor de dios, Jamie, me enteré que estabas casado por una jodida llamada telefónica que se suponía que yo no debía coger! Cuando me fui casi muero del dolor. ¿Te has parado a pensar en eso, James? ¿Te has parado a pensar cómo me sentí? – Sus palabras me oprimen el pecho. – ¡No! Y tampoco que volví a casa, ¡sí, volví! Esperé durante dos días sola y abandonada a que volvieras para hablar y no lo hiciste. No supe nada de ti. No sabía nada más que tu ESPOSA te había llamado y que tú le preguntabas insistentemente que dónde estaba. Habías corrido directamente a sus brazos sin pensar en mí. ¡Ni siquiera intentaste evitar que me fuera! Dime, ¿qué habrías hecho tú? – Me quedo sin respuesta. – ¡Habla James, dilo! – Lloro llena de rabia y yo comienzo a darme cuenta de que he sido un hijo de puta. – Habla porque será la única ocasión que tengamos. No estoy dispuesta a seguir sintiéndome culpable si no eres capaz de asumir tu parte. ¡Qué habrías hecho tú, James!

- Sue, no puedo... yo, no sé...

- ¡Pues no te atrevas entonces a decirme con quién puedo o no puedo estar! Adiós James. – Cuelga y yo me quedo en la misma posición durante un buen rato. Mirando a la nada. Sin saber bien qué acaba de pasar.

Vuelvo a llamarla. No contesta.

¡¡¡JODER!!!

Un nuevo intento. Nada.

Quiero estrellar el teléfono contra el suelo, pero en lugar de eso, me contengo y le escribo un mensaje.

“Sue, yo también quiero creer que lo nuestro tiene solución” Lo lee y no contesta. Y yo sé que estará llorando aún. Llena de rabia, así como llevo yo todo este tiempo. Debería haber hablado con ella cuando surgió la oportunidad. Ahora los dos estamos llenos de amargura y rencor. Ahora los dos nos sentimos abandonados y reemplazados injustamente. **“Sue, no estoy**

con Ivonne. No estoy con nadie.” Sigue sin contestar, aunque está en línea. La vuelvo a llamar. ¡No contesta! **“¡Sue, contéstame o te las verás conmigo el lunes!”**

“¡Déjame en paz y vete con esa furcia!” ¡Estupendo! ¡Ahora yo soy el malo del cuento!

No me gusta admitirlo, pero he encontrado algo de razón en sus palabras.

Cuando Jasmina me llamó ni siquiera me fijé en su reacción, que seguro estaría reflejando un inmenso estupor. No pude siquiera evitar que se fuera.

Tengo que volver a hablar con ella.

“¡No seas terca y cógeme el maldito teléfono!” Vuelvo a llamarla y sigue sin contestar. ¡Ufff, la ataría a la cama y le echaría un polvo vengativo con toda mi rabia!

“¡No quiero!” ¡Ya está bien de rogar Bennett!

“¿Y puedo saber por qué no quieres?” Estoy a punto de decir una burrada, lo sé. Está escribiendo. Al menos por aquí se comunica conmigo.

“Porque sigo como una estúpida enamorada de ti y no quiero estarlo” Siento en mi pecho una enorme sensación de alivio y algo muy parecido a la felicidad que ella me hacía sentir. Me quiere... **“Ya no hay oportunidad de arreglarlo, James. Has elegido irte con otra y yo también. Así que adiós.”** La felicidad ha durado tan poco que apenas la he saboreado unos segundos.

Acaba de admitirlo. Está con otro. Se ha desconectado. No quiere intentarlo. No quiere escuchar lo que sea que quiero decirle.

Me ha dejado. Ya es definitivo. He perdido a Sue.

¿Has escuchado alguna vez la canción de Alicia Keys “Try sleeping with a broken heart”? Bueno, pues esa canción describiría exactamente lo que llevo sintiendo cada noche desde que Sue se fue de mi vida.

Especialmente esta noche, en la que todo lo nuestro ha quedado reducido a cenizas.

El sábado llamo a Norton para pedirle que siga a Sue. Quiero saber dónde vive. Dónde está. Qué hace. Quiero saber si es verdad que está rehaciendo su vida sin mí.

No se va a librar de mí tan fácilmente. No soy de los que se rinden y he decidido dejar mi orgullo a un lado. Hay ciertos asuntos en la vida que merecen la pena ser afrontados con humildad y menos orgullo. Sue es uno de ellos.

Al menos tengo un mes entero para volverla loca, como ella hace conmigo. Usaré las clases y la cercanía obligatoria a mi presencia que ella solita se ha impuesto para demostrarle que ella también sería desdichada sin mí.

Pero no me puedo quedar un sábado entero en casa, sin Sussie, sin Sue, y desquiciándome pensando en cómo puedo recuperar lo perdido.

De modo que llamo a mi hermana y le pido que se quede hoy con mi hija de nuevo. Necesito tiempo para pensar en mis acciones. Y comenzar a actuar.

- Brigitte, necesito que te quedes hoy con Sussie. Dime que puedes, por favor.

- ¿Qué vas a hacer, James? ¡Ni se te ocurra pedirme eso para irte con Ivonne! – ¡Otra con lo mismo!

- ¡Brigitte, yo no estoy con Ivonne! – Me defiendo. ¿Qué le pasa a todo el mundo? ¡Sólo le he dado dos besos y nos hemos manoseado un poco, sí, pero enseguida me he despegado de ella y he salido corriendo! Creo que voy a tener que tener una conversación con esa mujer. – Creo que ya te lo he dicho.

- No es eso lo que dice Sussie. – Frunzo el ceño. – Tu hija dice que Ivonne y tú sois novios. Dice que Ivonne le ha dicho que te quiere y que va a ser una buena mamá para ella. Los niños siempre dicen la verdad, James. No creo que estar escondiendo algo así te beneficie. – ¡Esa mujer está tarada! Pero no quiero decirle a mi hermana que su secretaria se ha inventado todo eso y que la eche antes de poder hablar con Ivonne y aclararlo todo.

- Bueno, arreglaré este malentendido. Dime una cosa, Brigitte, ¿has hablado con Sue? Porque ella tiene la misma teoría que tú y no sé de dónde la ha sacado.

- Ehhh, hablé hace unos días. Lo siento, no te lo dije, la llamé y... bueno hablamos. Pero yo no le he dicho nada de esto, James. Ella fue quien me dijo que había sido testigo de una conversación telefónica entre tú e Ivonne y dice que presencié cómo aceptabas una invitación para ir a cenar con ella a su casa. – Mierda. Es verdad. Eso lo hice como venganza. Me pellizco la base de la nariz mientras pienso en qué hacer para arreglar este lío.

- ¿Qué más te dijo?

- Que estaba intentando recuperarte, Jamie. – Suspiro y miro al cielo.

- ¿No te ha dicho que ella se ha echado novio también? Porque eso lo encuentro bastante incompatible con la idea de recuperarme, la verdad. Por favor, dime todo lo que te dijo, necesito saber qué piensa realmente.

- Supongo que prefirió omitir esa parte con la hermana de su ex. Pero si te vio salir otra vez corriendo a los brazos de esa tonta, supongo que se debatiría entre irse con otro o darte una patada en los huevos y decidió la opción menos agresiva.

- Hubiera preferido la patada en los huevos... Anoche hablé con ella y parecía más que enfadada. Pero estos días atrás no estaba así. Ella no pensó mal de mí cuando hablé con Ivonne frente a ella. Me preguntó sobre si tenía algo con ella y le dije que no. Sé que me creyó, lo vi en su rostro. Así que alguna información nueva debe ser la causante de que esté pensando lo contrario.

- Ehhh, bueno... no me metas a mí en esto, Jamie. Habla con Ivonne. Seguro que sabrá por qué.

- Eso haré. ¿Vas a quedarte entonces con Sussie?

- ¡Claro! Mi sobrina es una grata compañía, no ha salido al tonto de su padre.

- Brigitte...

- Trata de arreglar este embrollo, hermanito. Creo que merece la pena. Sue ha demostrado ser más que una mujer valiente y... te quería de verdad. Adiós James. Mañana te llevo a Sussie.

En cuanto cuelgo el teléfono vuelvo a sentirme miserable. Tengo que hablar con Ivonne.

Norton me llama y me dice que por ahora ha averiguado que Sue está trabajando de camarera en una cafetería del centro durante las tardes de los fines de semana. Supongo que es un trabajo de subsistencia mientras termina los estudios.

Voy cercándote, Sue.

Elaboro un plan de ataque al que mis amigos se apuntan.

Dos horas después Arthur, Carl, Tim y yo estamos entrando en el bar donde Sue trabaja de camarera. La veo de lejos, pero ella no me ve ni a mí ni a los chicos, porque está atendiendo una mesa. Sonríe ante la expectación. Se va a poner hecha una furia.

Nos sentamos y esperamos hasta ser atendidos.

- Eres un maldito cabrón, Bennett. – Arthur se ríe y sacude la cabeza cuando ve que me estoy divirtiendo de lo lindo con mi plan. – ¿No puedes buscarla de una forma normal?

- Ella no es normal. Nunca lo ha sido. – Confirmo mientras observo a mi diosa apuntando la comanda de algún cliente en su libreta.

Hasta con delantal está exquisita. Sólo con un delantal estaría mejor... mmmm... mi mente vuela rápido.

Sue se acerca a nuestra mesa mientras continúa escribiendo. Aún no nos ha visto.

- Hola, ¿saben qué van a tomar?

- Hola, sí. Póngame una como usted, señorita Allen. – Mis amigos ahogan una risa. Sue levanta la vista sorprendida y se choca con el azul de mis ojos. Sonríe.

- ¿Qué cojones haces tú aquí, James? – Dice furiosa, nerviosa, mientras mira a su alrededor, para comprobar si su supervisor la observa, seguramente. – ¿Qué hacéis? Si venís a ponerme en un aprieto no tiene gracia.

- Venimos a tomar un café, ¿no podemos? – Le digo con mi mejor gesto de chulería.

Me fulmina con la mirada y me aguanto la risa.

- ¡Eres un gilipollas!

- Pues este gilipollas quiere un café solo grande. ¿Qué queréis el resto de gilipollas? – Les pregunto a mis amigos.

- ¡Ellos no son gilipollas, tú sí! – Contesta Sue enervada y a punto de darme una bofetada.

Nos miramos con rabia. Yo con la rabia acumulada de todos los besos que le debo y ella a mí, ella... no lo sé.

- Yo quiero una cerveza. – Dice Arthur. – Al parecer el café es de gilipollas. – Todos vuelven a reír y Sue echa humo por los orificios nasales.

Apunta la comanda mientras sacude la cabeza y yo la observo divertido con los brazos cruzados.

- Yo también. – Añade Carl.

- Y yo. No me apetece ser gilipollas hoy. – Bromea Tim.

Anota el pedido de todos poniendo los ojos en blanco. Después los mira a todos evitándome a mí.

- Vale, ¿algo más, principiantes de gilipollas?

- Yo estoy servido. – Dice Arthur encogiéndose de hombros. Los demás dicen lo mismo.

- Yo quiero una cita con la camarera. – Digo yo. Si las miradas matasen yo ya estaría más que aniquilado por la de Sue. – ¿Verdad que es guapa? – Pregunto a mis amigos sonriente.

- Mucho. – Dicen todos a la vez.

- Es lo más bonito que han visto mis ojos. – Intento decir con suavidad. Sue aprieta los labios negándose siquiera a sonreír.

- Lo siento, tengo novio. – Me dice la muy jodida. – Búscate una con tetas de plástico que te aguante tus tonterías. – Intenta irse y le sujeto del brazo para impedirlo. Ella vuelve a mirar a todas partes y cuando se cerciora de que su jefe no nos ve se vuelve a mí. – ¡Suéltame!

- Lo siento, pero no voy a soltarte. – Me pongo en pie frente a ella. Levanta la cabeza para mirarme y parece que no se cree lo que estoy haciendo. – No te volveré a soltar, Sue, olvídate de eso.

- ¿Qué pretendes? ¿Quieres que me echen de mi trabajo? – Dice malhumorada intentando no levantar la voz.

- Quiero que vuelvas conmigo. – Digo esta vez más serio.

- Lo siento. Ya te he dicho que tengo novio. Estoy bien con él y no me apetece dejar una relación de confianza y respeto por una mentira. – Eso ha sido como una patada en la boca del estómago.

- Eso está muy bien, pero tú no lo quieres a él.

- ¿Ah no? – Achina sus bonitos ojos verdes para dedicarme una mirada de desprecio. Pero se le ve todavía más guapa.

- No. Tú me quieres a mí.

- ¡Eres demasiado presuntuoso!

- Vas a tener que verme todos los días, Sue. Y vas a tener que demostrarme que de verdad no me quieres si quieres que desaparezca. – Comienza a respirar aceleradamente. Mira mis labios. Creo que con ganas de besarme o puede que de abofetearme. Después vuelve a mis ojos. No dice nada. Se suelta de mi agarre y se da la vuelta en dirección a la barra.

- Bennett, no tienes término medio. O la ignoras o la asedias. – Comenta Arthur mientras la veo alejarse a toda prisa.

- Nunca debería haber dejado pasar tanto tiempo sin que hablásemos. – Respiro con fuerza y me siento. – Y si ella se niega a escucharme tenéis que ayudarme, por favor. – Mis amigos me miran confundidos. – Sabéis que mi vida no ha sido fácil. Sabéis lo que me ha costado recuperar a Sussie y ahora sé que también necesito a Sue en mi vida. – Todos asienten. – Os propongo algo.

Todos me escuchan detenidamente mientras les digo lo que tengo en mente.

Sue viene un par de veces más a traernos las bebidas y la cuenta y cada vez que lo hace trato de intimidarla un poco, pero no me paso demasiado porque sé que está trabajando.

Así que, cuando mis amigos se van, yo decido esperarla en la calle para hablar con ella a solas.

Estrategias

Cuando al fin la veo salir de la cafetería comienzo a andar tras ella sin que se percate de mi presencia. Y, al perder de vista la cafetería y estar seguro de que no la voy a poner en un aprieto frente a su trabajo, por fin llamo su atención.

Aprovecho que ha parado el paso para buscar algo en su bolso.

- No mentí cuando dije que estás muy guapa. – Digo en su espalda, acercándome todo lo que puedo. Ella mira hacia atrás inmediatamente y parece horrorizada de verme tan cerca. Da un paso atrás. – Te dije que no te ibas a librar de mí.

- ¡James! ¡No tiene gracia! ¿Has venido para ponerme en un aprieto en el trabajo? ¿Quieres hacerme pagar así tu enfado conmigo? – ¿Qué? ¿Cómo puede pensar esa barbaridad de mí?

- He venido para que vuelvas conmigo. – Digo con firmeza dando un paso más y acercándome a ella tratando de reducir el odioso espacio que nos separa lo máximo posible. – Tú y yo nos necesitamos, Sue. – Está temblando ante mi proximidad. Levanto mi mano y acaricio su rostro. Veo en su gesto que está a punto de rendirse cuando cierra los ojos para saborear el contacto. – Sue... mi Sue... – Me acerco lentamente hasta que mis labios rozan los suyos y suspiro. Ella tiene la respiración muy acelerada. – Déjame entrar de nuevo en ti. – Le beso con lentitud, resbalando mi lengua por sus labios. Ella no se mueve. Está paralizada. Pero mantiene cerrados los ojos ante el contacto y los aprieta. – Déjame arreglarlo. – Le pido aferrando su rostro con ambas manos y dejándome llevar en el beso.

Nuestras lenguas chocan y se entrelazan con calma y con la intensidad del anhelo que ambos nos tenemos.

Pero de pronto ella interpone su mano en nuestro contacto. Abre los ojos y su mirada verde se clava en la mía.

- No puedo. No puedo. – Sacude la cabeza. – No confío en ti. Volverás a repudiarme por cualquier otra cosa y no puedo permitirte una vez más. Ya me has hecho todo el daño que podías. No te permitiré hacerme más. Además, he quedado con mi novio y no quiero llegar tarde. Adiós James. – Se gira y se va.

La observo alejarse de mí mientras intento tragar el nudo que tengo en la garganta.

¿Cómo arreglo esto? Sé lo terca que es y no me va a dejar intentar arreglar todo este asunto, así como así. Sé que va a intentar encontrar toda traba posible.

Pero si he renunciado a pasar este bonito sábado con mi hija tengo que aprovecharlo en mi otra prioridad. Así que me dirijo a casa, me ducho, me afeito, me coloco mi jersey favorito sobre mi camiseta negra Armani, me echo perfume, pico algo de comida y cojo mi coche. No sé dónde buscarla, pero sé que ahora ella tiene una relación con un tipo y sé a qué bar sale el tipo con sus amigos, porque ya me invitaron a ir allí hace unos días mis alumnos.

Así que si Sue va a ir a verse con el tipo ese quizá los encuentre en el dichoso bar.

Cuando estoy frente a la puerta del bar intento serenarme cómo puedo. Tengo que estar preparado para ver algo que quizá no me guste nada. Sé que si veo a Sue besándose con ese desgraciado me va a dar un ataque de testosterona y voy a querer lincharlo, pero tengo que controlarme y ser inteligente. Nuestra felicidad pende de un hilo.

Cojo aire y entro. El bar está atestado de gente. Reconozco a algunos de mis alumnos entre la muchedumbre. Un par de alumnas, de hecho, vienen a saludarme más alegres de la cuenta cuando me reconocen. Creo que están un poco bebidas. Yo les sonrío y las saludo con amabilidad. Pero he venido a otra cosa. Me acerco hasta la barra para pedir un whiskey doble mientras barro con mi mirada todo el local. ¿Dónde estás, Sue?

No consigo verla y ya me he acabado la primera copa. Así que pido otra. Pero esta segunda copa decido tomármela mientras doy un paseo por la pista de baile a ver si la veo. A ella le gusta bailar y lo hace mejor que nadie.

Entonces veo a Henry. Está bailando con una chica de una forma bastante sensual. Y esa no es Sue. Miro a su alrededor y no hay rastro de Sue. El tipo restriega su entrepierna sin el mínimo tacto por el trasero de su víctima y yo estoy a punto de ir a partirle la cara a ese desgraciado, cuando, de repente, veo que otro chico se le acerca y le da un beso a Henry en la boca de los de película. ¡¿Es gay?! Sí, no cabe duda. ¡Y Sue lo sabe!

¡Sue, eres una cabrona! ¡¿Me has hecho creer que tenías novio para darme celos?! ¡Ja! ¡Ésta me la vas a devolver! Me termino la copa mientras contemplo más que contento la escena que está dando Henry con su chico y, en cuanto la acabo, decido irme. Con una inmensa sonrisa en el rostro.

Esto quiere decir que no está todo perdido. Si no quisiera nada conmigo me lo diría tal cual. Conozco a Sue y no se anda con rodeos. No se habría esforzado en darme celos.

Al llegar a casa le escribo un whatsapp.

“Nena, nuestra cama está muy vacía sin ti. Vente.” En seguida veo que está en línea y comienza a escribir.

“¡Déjame en paz, estoy con mi novio!” Contesta y me hace sonreír. Sea donde sea que estás, estás sola y, ahora, pensando en mí.

“¿Estás con Henry?” Pregunto para cerciorarme de que estamos hablando de la misma persona.

“¡Claro! ¡Y estamos a punto de echar un polvo, así que no lo estropees!” Contesta esa arpía del infierno. Está bien, sigamos el juego.

“Supongo entonces que estarás tan húmeda como lo estabas cuando yo acariciaba tu precioso cuerpo.” No contesta, pero sigue en línea. Debe estar maldiciéndome, seguro. **“Muero por volver a acariciar tu sexo y escucharte gemir mi nombre en tus labios”** Digo y continúo con mi provocación. **“Muero por entrar en ti, lenta y deliciosamente, y después fuerte, muy fuerte. Mientras me arañas y gritas que siga, hasta que te corras y me corra contigo.”** Joder,

me estoy poniendo durísimo de sólo imaginarlo.

“James, para.” Me pide. No creo que quiera que pare.

“¿Quieres que pare ahora? Estoy tan excitado que te lo haría como un loco, Sue. Y tú no me puedes negar que te mueres por que eso pase”

“¿No tienes a Ivonne para consolarte?” Me imagino su cara de furia mientras escribe ese mensaje y me río.

“Ya te dije que no tengo nada con ella. En la única mujer que pienso es en ti.” Vuelvo a intentar convencerla.

“Pues yo estoy pensando ahora en otro hombre. Así que búscate otro entrenamiento”
¡Si la conoceré bien! Sé lo terca que puede llegar a ser y que no me lo piensa poner fácil.

“Vale, aunque será difícil encontrar a alguien tan maravillosa como tú. Buenas noches preciosa” Sé que ahora mismo estará gritando todo tipo de insultos al teléfono. Pero si no se quiere bajar del burro, tengo que intentarlo de otra manera.

Los elegidos

El domingo por la mañana voy a recoger a mi pequeña a casa de mi hermana y por el camino recibo una llamada de Arthur pidiéndome que vaya a almorzar a su casa, que está todo preparado, y que no desvele a Mary por nada del mundo que él me ha confesado que se van a casar.

Mi pequeña Sussie me recibe con un fortísimo abrazo.

- ¡Ehhh! ¡Aquí está mi bichejo! – La cojo en brazos y le hago cosquillas en la barriguita. – ¿Qué tal te ha ido con la loca de tu tía? – Le pregunto. Mi hermana mientras nos observa encantada con la estampa.

- Muy bien, papi. ¡Ayer y el viernes jugué con Tanne! Es mi nueva mejor amiga. – Miro a Brigitte extrañado.

- ¿Quién narices es Tanne, Brigitte? – Mi hermana sale de su ensoñación y responde.

- ¡Oh! ¡Una amiga de la universidad! No la conoces.

- Ah. Bueno, ¿te apetece ir a casa del tío Arthur a comer, pequeñaja? – Le pregunto a mi hija.

- ¿Pizza? – Pregunta entusiasmada.

- No lo sé, pero sea lo que sea estará riquísimo. – Sussie asiente encantada y la meto en el coche, en su sillita. Después le pongo su música favorita en la radio, que no es otra que Rock. Si su madre lo supiera... le daría un patatús. Me vuelvo a mi hermana.

- Jamie, Sussie ha dormido mal porque decía que le dolía la barriga. – Me informa. – Aunque esta mañana se ha despertado bien.

- ¡Oh! Bueno, la llevaré al médico el lunes. – Mi hermana asiente. – Sue no está con nadie. – Digo confiado.

- Ah, ¿no? – Pregunta curiosa. – ¿Cómo lo sabes?

- Lo sé. Y sé que está enfadada porque piensa que yo estoy con Ivonne o... al menos que he estado con ella.

- ¿Y de verdad que no ha sido así? – Me pregunta mi hermana con los brazos cruzados en modo “mamá regañona”.

- Te he dicho por activa y por pasiva que no, Brigitte.

- ¿Y qué piensas hacer con Sue?

- Primero convencerla de que está equivocada y después recuperarla. – Mi hermana me muestra una gran sonrisa.

- Será complicado.

- Con Sue todo es complicado. – Me encojo de hombros. – Pero me quiere y yo a ella. Así que no podrá evitar caer en mis redes. Sólo tengo que ser listo. ¿Sabes tú algo que yo no sepa? – Pregunto intrigado. Conozco la cara de mi hermana cuando me oculta algo.

- Ehhh... no... Suerte con Sue. – Me desea mi hermana mientras me besa en la mejilla y nos despedimos.

Por el camino a casa de Arthur mi hija y yo vamos cantando a pleno pulmón la canción de “Nothing else matters” de Metallica. La amo. Es la mejor hija del mundo. Se le ve feliz y relajada. Una niña feliz. Como siempre debería haber sido.

Entonces una llamada telefónica entra por el bluetooth del coche.

- Bennett. – Contesto.

- James, ¡hola! – Escucho la voz de Ivonne por los altavoces del coche. – Me preguntaba si tienes planes hoy, por si te apetece que cenemos juntos...

- Hola Ivonne. Lo siento, no puedo. – Respondo algo distante.

- ¡Tone! ¡Tone! – Dice mi hija.

- ¡Hola Sussie! Tengo ganas de verte a ti y a tu papá. – No me gusta nada el matiz de relación que está tomando esta conversación.

- Escucha Ivonne. Hoy no puedo, pero sí que me gustaría quedar contigo para aclarar ciertas cosas. Creo que tenemos que hablar.

- Eh... de acuerdo. – Comenta dubitativa. – ¿Pasa algo?

- No, no. Sólo que creo que tenemos que aclarar ciertos asuntos. Te llamaré.

- Vale, adiós. – Se despide con tristeza.

- Adiós.

- Papi, ¿Tone ya es tu novia? – Pregunta mi hija, la miro por el espejo retrovisor.

- No, cariño. Ivonne nunca ha sido tal cosa.

- Ella dice que va a ser tu novia.

- Ese quizá sea su deseo. Pero papá está enamorado de Sue y quiere que Sue sea su novia. ¿Qué opinas de eso, pequeña?

- Papi, yo quiero conocer a Tue.

- La vas a conocer en un ratito, mi amor. Pero es importante que sepas que papá no tiene nada de nada con Ivonne.

- Tu le diste besitos papi. Yo te vi. – Mierda.

- Fueron besitos de amigos, Sussie.

- Me duele la barriga papi. – Sussie hace un gesto de molestia mientras la miro por el retrovisor.

- ¿Te sientes mal? – Maldición. – Si te sientes mal nos vamos ahora mismo al hospital y listo. – Sussie sacude la cabeza indicando que no. No tiene mal aspecto.

- No papi. Vamos a ver a tito Arthur. – Supongo que no será nada. A lo mejor gases.

Doy la conversación por zanjada cuando estoy llegando a casa de Arthur. Decido aparcar el coche en un lugar poco visible, porque sé que si Sue sabe que estoy aquí correrá despavorida.

He preparado esta encerrona gracias a Arthur. Él ha convencido a Mary de reunirnos a todos los amigos para anunciar su boda y Sue estará allí. Quiero que Sussie y ella se conozcan. Creo que es una parte indispensable si quiero recuperar a Sue. Tengo que saber si son capaces de entenderse o no.

Llevo a mi hija de la mano y respiro con fuerza mientras llamo al portero electrónico. Al entrar en el jardín veo que Arthur está a punto de volverse loco. Está preparando la barbacoa, gritándole a las hijas de Mary que no corran alrededor del fuego y preparando la mesa en la que comeremos.

- ¡Vaya! ¡Estás hecho todo un padre de familia, Artie! – Me burlo.

- ¡Bennett! ¡Por fin alguien que me pueda ayudar! Ven aquí y ocúpate tú de la mesa, por lo que más quieras. ¡Hola Sussie! – Mi hija corre hasta Arthur y se le echa a los brazos.

Se besan y después le presenta a las hijas de Mary. Mia y Sarah, que son un poco mayor que Sussie. Pero en seguida se ponen las tres a jugar y a revolcarse por el césped. Yo me acerco para ayudar.

- ¿Y Mary? ¿Y... bueno, los demás?

- Mary ha ido a recoger a Sue en mi coche. – Me guiña. – Carl como siempre llegará cuando hayamos acabado de comer y Tim y Liz vienen de camino. Ya me han avisado. Cógete una cerveza si quieres. – Le hago caso.

- Entonces... Sue viene, ¿verdad? – Digo tratando de parecer despreocupado mientras bebo de mi botellín de cerveza.

- Sí, tranquilo. Pero no quiero gritos delante de las niñas. – Me dice apuntándome con el dedo. Lo miro de arriba abajo. Con ese delantal que lleva parece toda una señora mayor.

- Artie, estás perdiendo tu sexapil. – Gruñe.

Nos ponemos manos a la obra. Enseguida llegan Tim y Liz y nos ayudan. En diez minutos está todo preparado. Sólo falta que llegue Sue...

Charlo con mis amigos tranquilamente. Hace un bonito día de comienzos de comienzos de verano y se puede estar muy cómodamente en mangas cortas.

Sussie conoce a Tim y a Liz, que se enamoran en el acto de mi hija. Sue también lo hará, lo sé. Es una niña adorable. Pero, ¿qué voy a decir yo si soy su padre?

Estoy jugando con Sussie revolcándome por el césped con ella cuando se abre la verja de la casa de Arthur y veo aparecer a Mary con Sue. Sue se queda de piedra al verme con mi hija encima de mí llenándome la cara de babas.

Sue...

- ¡Tanne! – Oigo gritar a mi hija. La miro confundido. ¿Tanne? – ¡Tanne, Tanne! – Sussie se levanta y se tira a los brazos de Sue.

No entiendo nada... ¿mi hermana ha estado quedando con Sue para que conozca a mi hija? ¿Por qué cojones no me ha dicho nada?!

Sue le da un abrazo de película a mi hija y yo me quedo petrificado. ¡Esto sí que es una sorpresa!

- ¡Hola, pequeñaja! – Sue la levanta en sus brazos y le da un enorme beso. – ¿Qué haces tú aquí? – Pregunta Sue, pero me mira a mí, así que supongo que la pregunta va dirigida a mí. Sé que ella no sabía que estaría yo aquí.

Me levanto y me limpio el césped que se me ha quedado en la ropa y me acerco a ella.

- Hola Sue.

- ¿Tue? – Dice mi hija. – No papi, ella es Tanne. Tanne. – Sue se ríe al escuchar su nombre pronunciado por los labios inocentes de mi hija.

Tanne... Suzanne... ¡claro!

- ¡Está bien, mandona! Pues hola, Tanne. – Sonríe haciéndome el niño bueno. Sue mal esconde una risa. – ¿Verdad que es guapa Tanne, Sussie?

- Sí. Es mi mejor amiga. – Sussie abraza a Sue y es la imagen más maravillosa que he visto en mi vida. Se me llena el pecho de emociones increíbles.

- No sabía que estarías aquí. – Suelta a Sussie finalmente en el suelo.

- Ve a jugar con Mía y Sarah, Sussie. – Le digo a mi hija que obedece. Entonces dedico toda mi atención a Sue. ¿Te has preocupado por conocer a Sussie a pesar de lo gilipollas que he sido? ¡Te amo! – Veo que ya os conocéis.

- Coincidió con ella un par de veces que fui a ver a Brigitte. – Se encoje de hombros sin atreverse a mirarme. Yo sigo alucinado mirando a la mujer más maravillosa de la tierra. – Quería conocerla. Es una niña estupenda. – Intenta escapar de mi mirada y de mi presencia, pero se lo impido cogiéndola del brazo.

Esta mujer realmente me quiere. Ha estado intentando demostrármelo todo este tiempo. Quizá se asustó cuando supo lo de mi matrimonio y salió corriendo. ¿Quién no lo haría? Pero después ha intentado demostrarme lo mucho que me quiere conociendo a mi hija, buscándome en

mi trabajo, advirtiéndome que no estuviera con nadie más porque... me quiere.

- Es maravillosa y tú también. – Al fin me mira. – Te quiero Sue. Te quiero con toda mi alma. – Y ahora no me cabe la menor duda de que tú a mí también.

- Ella fue la que me dijo lo de Ivonne. – Dice con rostro severo. Trago saliva.

- Mi hija fue testigo de un beso que Ivonne me dio. Sólo eso. Supongo que para un niño de cuatro años eso significa un mundo.

- Me dijiste que sólo erais amigos. – Me recrimina.

- Y es lo que somos. Bueno, colegas. Sue, Ivonne no significa nada para mí. Tú y Sussie lo sois todo. – Veo que quiere creerme en su mirada, pero le cuesta. – Sue, quiero que vuelvas. – Acaricio su rostro y su mirada verde transparente traspasa mis retinas y se funde con el azul de mis ojos.

Ella también quiere. Su mirada es una súplica para que le dé las razones y las fuerzas suficientes para hacerlo. Voy a besarla, no aguanto las ganas.

- ¡Tanne! ¡Tanne! ¡Mira lo que hago! – Sussie tira de ella y hace que se separe de mí.

- ¡A ver! – Sussie hace una voltereta en el suelo y Sue aplaude haciendo un teatro de estar impresionada.

¿No es la imagen más bella que has visto en tu miserable vida, Bennett? Las dos mujeres de mi vida disfrutando juntas.

Carl y Megan llegan justo a tiempo cuando empezamos a comer.

No aparto mi mirada en ningún momento de Sue, que está con las chicas hablando de sus cosas, pero en su aparente normalidad sé que está nerviosa por tenerme tan cerca. Lo sé por el jugueteo incesante de sus dedos con su pelo.

Sus largas piernas enfundadas en un ceñido pantalón vaquero se mueven de un lado a otro.

Lleva una blusa blanca un poquito transparente que le sienta increíble. Como todo lo que se ponga.

Alguna vez sus ojos se cruzan con los míos y, aparta la mirada ansiosa sacudiendo la cabeza.

Cuando le estoy dando de comer a Sussie veo que recibe una llamada al móvil y se aparta para poder mantener su conversación en intimidad. ¿Quién cojones es? ¡Muero de celos! ¿Será verdad que está viéndose con alguien y no es el tal Henry? A lo mejor lo de Henry sólo ha sido una maniobra de despiste. ¡Maldita sea, quiero averiguar quién la llama! ¡Y por qué se esconde!

Pero en lugar de eso me enfado por culpa de mi maldita imaginación y evito mirarla durante un tiempo.

Aunque yo sé bien que el tiempo se me agota y necesito un acercamiento. Hoy mismo. Ya.

Mía

Sé que Sue no es tonta y ha notado que me he vuelto distante y frío desde que mantuvo su conversación. Y lo sé porque ha intentado capturar mi atención jugueteando con mi hija. Esas dos parecen que han hecho una buena amistad a mis espaldas. Tengo que llamar a mi hermana y mandarla a la mierda por no contarme algo así. Aunque también tengo que darle las gracias por ello...

Y lo hago cuando Arthur y Mary nos invitan a entrar a su casa y nos dicen que vayamos al salón, porque tienen una noticia que darnos.

Yo me hago el rezagado y me quedo en el jardín unos minutos más para llamar a Brigitte.

Contesta en el acto.

- ¿Qué pasa hermano?

- Hola. ¿Sabes qué? He conocido a Tanne. – Le digo con un tono de voz que deja entrever que estoy irritado.

- ¡Ah! – Dice mi hermana sin saber qué más añadir.

- ¡Brigitte, por qué cojones no me has dicho que Sue había ido a conocer a mi hija! ¡¿Por qué si sabes todo lo que estoy pasando por ella y por su pérdida?!

- Para empezar hermanito, tú no querías saber nada de Sue hasta hace ¿cuánto? ¿un día? ¿dos? ¿o puede que sólo unas horas? – Miro al cielo y resoplo. – Además, ella me pidió que por favor no te dijera nada.

- ¡Soy tu hermano Brigitte, por el amor de dios!

- Y ella es mi amiga.

- ¡¿Desde cuándo?! ¡¿Qué me he perdido en este tiempo, Brigitte?!

- Mira James, Sue vino a la consulta un par de veces. Primero para hacerse un test de embarazo porque se le olvidó la segunda inyección. – Doy un respingo. – Tranquilo, era negativo y le suministré la segunda inyección. Me visitó cuando pasó lo de Sussie y sé que venía buscando respuestas. ¡Le conté todo, hermano! Tú habrías hecho lo mismo. ¡¿Quién te crees que le calmó y le explicó tu postura? ¿Quién piensas que le propuso que fuera a buscarte y le dijo cuál era el curso que tú impartías? – Estoy alucinando. – Pero ella necesitaba un tiempo para recomponerse de todo. ¡Y tú no hiciste más que cagarla cuando al fin la tuviste delante!

- ¡Bueno, ya lo sé! ¡Estoy tratando de solucionarlo, ¿vale?! Dime una cosa. ¿Fuiste tú la que le aconsejaste que me diera celos con otro? – Mi hermana se queda callada. – ¡Habla Brigitte!

- ¡Pues sí! Al ver que creyendo eso habías reaccionado al fin, le dije que lo hiciera. ¡Y conseguí que despertaras de una vez! ¿Sabes? Te has convertido en una persona llena de miedos, James, no te reconozco. Sólo te mueves cuando no te queda más remedio y estás a punto de

perderlo todo. Esa mujer te quiere de verdad y lo único que haces es herirla.

- ¡También la he rescatado de una más que probable muerte por sobredosis y he pagado sus estudios! – Me defiendo.

- Sí, desde la distancia del anonimato. ¡Ella piensa que los estudios se los ha pagado su padre, James! ¡Y hasta se ha planteado perdonar a ese bastardo por ello! – Miro hacia la casa en busca de Sue aterrorizado con lo que oigo.

- Joder, lo que menos necesita Sue es volver a relacionarse con ese malnacido. Que yo sepa está en la cárcel.

- Ha salido. Y la llama constantemente. Yo creo que quiere aprovecharse de ella. Tengo que dejarte, Jamie. Carl y yo vamos a entrar en el cine.

- Vale, vale. Oye... gracias. – Al fin y al cabo, mi hermana ha conseguido que me acerque a Sue de nuevo.

- No me las des y recupérala.

Entro en la casa de mi amigo y llego al salón. Sue me mira nerviosa. Yo tomo asiento justo al lado de ella, en el sofá.

- ¡Bueno, ahora que estáis todos tenemos algo que anunciaros! – Comienza Mary más que contenta. Miro la mano de Sue que se acaricia el muslo. Yo hago lo mismo con el mío y nuestras manos se rozan. Me mira y la miro. Gira la mirada. – ¡Arthur y yo vamos a casarnos! – Grita Mary emocionada.

- Sí. – Añade Arthur. – Sé que es todo muy precipitado. De hecho, la boda será en dos semanas, el sábado. – Todos gritamos sorprendidos. ¿En dos semanas? ¡Joder qué prisas! – Sí, sé que es todo muy precipitado, pero nos urge. – Ambos se miran enamorados y se cogen de la mano. – Y queremos que sea una ceremonia íntima. Sólo con nuestros amigos más cercanos y nuestros familiares. Será en casa de mis padres. – Nos informa Arthur.

Los chicos y yo nos hacemos los sorprendidos. Megan da un grito y Sue abre la boca alucinando. Después vuelve a mirarme. Recuerdo cuando me pidió que le hiciera mi mujer. Mía. Para siempre. Agacho la mirada porque me siento un perdedor en estos momentos. Sussie corre a mis brazos y me refugio en la dulce carita de mi hija para no tener que mirar la desilusión del rostro de Sue.

- ¡Enhorabuena! – Gritan todos y comienzan a dar besos a la futura pareja. Yo, con la excusa de que Sussie se está quedando dormidita en mis brazos los felicito desde la distancia.

Arthur saca una botella de vino para brindar y todos parecen de lo más felices. Todos menos yo. Me excuso para ir a acostar a Sussie en la cama de Arthur y Mary mientras todos siguen celebrando la buena noticia.

Acuesto a mi pequeña y acaricio su frente.

- Al menos te tengo de vuelta, amor mío. – Le digo al cuerpo inconsciente de Sussie. –

Duerme tranquila. Nada ni nadie te volverá a hacer daño mientras me quede un aliento de vida. – Beso su frente.

- Jamás pensé que serías un padre tan maravilloso. – El exótico acento de Sue me llama desde el marco de la puerta. La miro. Miro a Sussie.

- Ella vino al mundo sin planearlo y nunca pensé que podría querer tanto a alguien. Estoy tan feliz de haberla recuperado... Pero ha perdido algo muy importante en su vida y yo también. – Miro a Sue todavía enfadado por todas las cosas que me he imaginado de su conversación telefónica. Voy hacia la puerta. – Dejémosla descansar. – Digo al pasar por su lado.

- James. – Me llama y sin poder evitarlo me giro y la miro expectante. – No soy suficiente para ti. – Dice con la mirada vidriosa. Levanto las cejas sin creerme lo que dice. – He intentado demostrarte y demostrarme que puedo serlo. Pero, te veo con tu hija y sé que yo nunca estaré a la altura de lo que ella y tú necesitáis. – Le dejo continuar, porque quiero saber qué le ha hecho llegar a esa absurda conclusión. – ¿Sabes? Me siento muy confusa con todo. Hemos hablado de matrimonio y he tenido que enterarme por los periódicos de lo que sin duda habrá sido lo más importante de tu vida. – Agacho la cabeza, avergonzado. Pero al menos estamos hablando. Necesito hablar y sacar todo lo que tengo dentro y ella también. – Todas esas cosas que leí de tu mujer son terribles, James. Lamento mucho lo que sufriste.

- Exmujer, Sue. Ya he arreglado el divorcio. – Asiente.

- Crees que he huido de ti, pero no ha sido así. Te he visto ir al parque con tu hija. Os he visto paseando, jugando, comiendo helado... – ¿Estaba tan cerca? ¿Por qué no habló conmigo? – Y me sentí poca cosa. Quería volver a tu vida. Quería demostrar que soy lo que tú y Sussie merecéis. Pero, al volver, me dejaste muy claro que no lo soy. Sé que te has visto con Ivonne, no me lo niegues. – Doy un par de pasos adelante para acercarme a ella.

- Ivonne me ha ofrecido su amistad cuando más solo me sentía. Yo he sido muy sincero con ella y le dije lo que sentía por ti. No te voy a negar que trató de hacerme cambiar de opinión y me besó Sue, pero no pasó nada más.

- Pero habría pasado si yo hubiese tardado más en aparecer, ¿verdad? – Maldigo su pregunta y mi determinación de ser sincero de una vez por todas. Las mentiras sólo han traído dolor a mi vida. Tanto las mentiras como el miedo a la verdad.

- Sue, te he buscado por cielo y tierra, he puesto hasta a un investigador privado detrás de tu pista. No sabía nada de ti y pensé que no volvería a verte. Estaba tan frustrado y furioso que no pensaba con claridad.

- Eso significa que sí... habrías llegado más lejos. – Ahora la que pasa por mi lado para escapar de mí es ella. Pero no se lo permito. Le agarro de un brazo y la encierro en el baño, echando el cerrojo tras de mí.

- ¡Deja eso ya! ¡Estamos aquí! ¡Este es nuestro momento, Sue! – Me aferro a su rostro y le beso con salvajismo. Ella lucha contra mi beso y creo que comienza a llorar.

- ¡No! ¡Suéltame! – No lo hago y comienzo a deslizar mis manos por su cuerpo.

- Te amo, te deseo, con todas las malditas fuerzas de mi ser. Sue, no me apartes más. – La beso con desesperación. Agarrando con una mano su cuello y con la otra su culo para pegarla más a mí. Deslizo mis labios por su oreja y su cuello y es cuando comienza a gemir. – Dios, Sue, tú también me deseas. No me digas lo contrario. – Comienzo a desabrochar su blusa y ella acaricia mis brazos con sus dedos. Me mira.

- Debería detenerte.

- No, no deberías. Deberías dejar que entrase de nuevo en ti de todas las maneras posibles. – Introduzco mis manos por las copas de su sujetador y libero sus pechos por encima del mismo.

Me agacho y succiono uno de sus pezones con hambre. Ella se aferra a mi pelo y tira de él con fuerza a la vez que gime de intenso placer. Hago lo mismo con el otro pezón y cada vez está más rendida. Después desabrocho sus pantalones sin parar de mirarla y me agacho para poder quitárselos. Ella me ayuda zafándose de los tacones que lleva.

- Nuestros amigos están ahí fuera, Jamie. – Se muerde el labio cuando me ve agachado y arrodillado frente a ella. Muerdo su sexo por encima de las bragas de encaje negro y echa la cabeza para atrás muerta de placer. Le quito las bragas y con mi lengua tanteo y busco el centro de sus pasiones. Hago círculos a su alrededor y lo succiono. Ella gime sin control. – ¡Dios, James, vas a acabar conmigo! – Está cada vez más tensa y eso sólo puede significar que está a punto del orgasmo. Introduzco dos dedos en su sexo y ella se tapona la boca con una mano para aguantar los gritos como puede. – ¡Ah! ¡Jamie! ¡Me voy a correr! – Y lo hace mitigando vagamente sus gritos en su mano. Me pongo en pie y saboreo su sabor de mis dedos mientras ella sigue sin respiración.

- Eres exquisita. – Me desabrocho la bragueta y la cojo en brazos hasta que la subo al lavamanos. – Necesito estar dentro de ti. – Entro de una vez en su interior y ambos gritamos.

¡Joder! Está caliente, húmeda y resbaladiza. Está deseosa de mí tanto como yo de ella. Casi sin fuerzas, pero siento que los músculos de su sexo vuelven a tensarse a mi alrededor. Con todas mis fuerzas entro y salgo de Sue mientras que con una mano agarro su melena y la otra su barbilla para poder besarla con salvajismo. Vuelve a tener un orgasmo y lo grita en mis labios. Eso me vuelve todavía más loco y la embisto con más fuerza aún.

- ¡Ah! ¡James! ¿Qué me estás haciendo?

- Amarte, Sue. Hacerte saber que eres mía. De nadie más.

- ¡No pares, por lo que más quieras!

- ¡Dime que me quieres!

- ¡Ah! ¡Jamie!

- ¡¡Dímelo!! – Continúo con mi salvaje tortura y siento que vuelve a tener otro orgasmo más y yo me vacío en su interior liberando un gemido desgarrador de intenso placer.

Está completamente agotada y con su cabeza apoyada en mi hombro.

- Sue, quiero que sepas que eres todo cuanto Sussie y yo necesitamos. – Levanto su barbilla. Me mira asustada. – Créeme.

De pronto sacude la cabeza y se separa de mí para vestirse.

- James, tienes que dejar de hacernos esto.

- ¡Sue! ¡¿Qué tengo que hacer para que me creas?! – Le agarro del brazo y le pido desesperado.

- Tengo que pensar. – Pestañea. – Tengo novio y esto no es lo correcto.

- ¡Oh, no me vengas con que Henry es tu novio! ¡Sé muy bien que es gay! – Sue abre los ojos y se suelta de mí ofendida. Sabe que le he pillado su mentira.

- ¡No, no es él! – Comienza a vestirse y yo me quedo inmóvil.

- ¿Es con quién hablabas antes? ¡¿Quién cojones es?! – Grito hecho una furia.

- ¡Para ya, James! ¡Es más fácil para los dos que lo dejes pasar!

- ¡¿Eso quieres?! ¡¿Quieres que te olvide?! – Suspira.

- No...

- ¿Quién es, Sue? – Siento que mis músculos se llenan de rabia.

- ¡Es mentira, ¿vale?! Al principio sólo quería ponerte celoso para que volvieras a mí. Pero con los días me he dado cuenta de que nos hacemos daño siempre, Jamie. – Vuelve a mirarme y contiene el llanto.

- Es mucho más doloroso para ambos que no volvamos a vernos, Sue. ¿No lo ves?

- Puede. Tengo que pensarlo, Jamie. Pero no puedo pensar con claridad cuando te tengo delante. No quiero dar otro paso en falso contigo y que me vuelvas a hacer el corazón añicos.

- No he hecho nada, Sue. Ivonne y yo no hemos tenido nada. Lo único que he hecho ha sido extrañarte desde el día que desapareciste de mi vida. – Comienza a llorar y la abrazo. Se deshace en llanto en mis brazos.

- Y yo a ti, estúpido. Pero...

- ¿Pero qué, Sue? ¿Qué me ocultas? ¿Qué te sucede? – Niega con la cabeza. Respiro hondo mientras la aprieto contra mí y miro su triste rostro. – Te quiero tanto...

- Yo a ti también. – Me abraza con fuerza y yo beso su pelo. – Pero tengo que pensarlo bien. Tengo que estar convencida puedo con esto. De que realmente puede funcionar. – Me mira con la cara llena de lágrimas. Hay algo que no me cuenta y tengo que averiguar qué es.

- No te dejaré escapar, Sue. – Beso sus lágrimas y ella suspira.

Escuchamos ruido fuera y decidimos salir del baño antes de que los demás se den cuenta de que estamos los dos encerrados en él.

Pruebas

Vamos por separado hacia la cocina que es donde están los demás.

- ¡Eh, aquí estáis! – Nos dice Arthur. Sue y yo nos miramos con complicidad. Ella aguanta la risa y yo le sonrío sin rodeos. – Teníamos algo que deciros a los dos.

- Sí, queremos que seáis los padrinos de nuestra boda. – Nos pide Mary a Sue y a mí. Sue y yo nos miramos sorprendidos.

- ¡Genial! – Digo yo.

- Yo... no sé... – Titubea Sue.

- ¡Vamos, eres mi mejor amiga, Sue! – Interviene Mary. – Quiero que seas tú en un día tan especial.

Creo que acepta porque no le queda más remedio. Mary hace palmitas de alegría y ella y Arthur se dirigen a la puerta para despedirse de Tim y Liz que ya se van.

- Seremos los padrinos, ¿no es genial? – Le digo al oído acercándome a Sue por la espalda. Da un respingo al sentir mi aliento en su cuello y lo beso antes de que se separe del todo. – No me temas, no te voy a comer.

- Es eso precisamente lo que me produces; miedo. – Confiesa.

- No te haré nada más que darte lo mejor de mí, Sue. – Acaricio su rostro.

- He oído ya eso antes. – Suspiro. – Si supieras que...

- ¡Ey, chicos! Megan y yo también nos vamos. – Nos interrumpe Carl y lo fulmino con la mirada.

- ¿Me puedo ir con vosotros? – Dice Sue y yo le advierto a Carl que le diga que no con un gesto.

- Ehhh... es que nosotros vamos para el sentido opuesto. ¿Puedes llevarla tú, Bennett? – Sue me mira y resopla.

- ¡Claro! – Le sonrío. Así podré averiguar dónde está viviendo ahora.

- Bueno... si no queda más remedio.

- ¿Quieres irte ya? Si quieres cogeré a Sussie y nos vamos.

- Sí, por favor. – Está deseando huir de mí. Pero, al menos, tendremos unos cuantos minutos a solas en el coche.

Voy a la habitación de Arthur y cojo a mi pequeña en brazos, que sigue inconsciente. Nunca la vi dormir tanto y tan profundamente. Con mucho cuidado la llevo y le digo a Sue con la

cabeza que me acompañe hasta el coche. Arthur y Mary nos despiden con la mano para no despertar a Sussie y Arthur me guiña. ¡Gracias amigo! Creo que estoy en el buen camino con Sue.

Acomodo a Sussie en su sillita y le pongo el arnés de seguridad. Beso su frente y me siento en el asiento del conductor. Sue entra después y me mira raro.

- ¿Qué? – Sacude la cabeza. – ¡Dímelo!

- ¡No! – Gira su mirada hacia la ventana y veo que se ha puesto roja como un tomate. Le agarro de la barbilla para que me mire.

- Dímelo. – Muero por volver a besarla y lo hago. Sólo un pequeño beso para que no se sienta presionada y vuelvo a mirar a sus ojos esperando mi respuesta.

- Es que... yo... – Parpadea y parece que interrumpe algún tipo de planteamiento. – Es muy sexi verte ejercer de padre. – Confiesa y me deja perplejo. ¿Sexi? ¿De verdad? Sonrío.

- Al fin tengo yo algo sexi. Siempre jugué en desventaja contigo en ese aspecto. – Sue mira mis brazos y con un dedo acaricia uno de ellos.

- Eso no es para nada cierto. – Ahora es ella la que se acerca a mí y me besa de una forma que hace que me deshaga por dentro.

Unos largos segundos de paraíso en sus labios y se separa dejando escapar lentamente mi labio inferior de los suyos. Apoya su frente en la mía.

- Vuelve. – Suplico.

- ¿De veras crees que es lo mejor con todo lo que ha pasado?

- No tengo la más mínima duda. – Vuelve a separar su mirada de la mía y escribe su nueva dirección en mi GPS.

No quiere hablar de ello y Sue no es así. Hay algo que le concome por dentro y no sé cómo hacer para que me lo cuente. La observo en silencio, pero ella mira hacia la ventanilla.

Arranco el coche y pongo rumbo a donde esa máquina con voz de mujer me indica.

Durante la primera parte del trayecto permanecemos en silencio, pero siento su mirada sobre mí. Sobre mis brazos, sobre mis labios.

- Sussie piensa que su mamá se olvidó de ella. – Interrumpe el silencio con esa desgarradora afirmación. La miro más que preocupado. – ¿Lo sabías?

- ¿Te ha dicho eso mi hija?

- Sí. Deberías hablar con ella del tema. No es bueno que sienta algo así.

- Lo sé. – Presiono con fuerza el volante. – Yo tampoco quiero que se sienta así. Incluso he tenido que hablarle bien del monstruo de su madre intentando evitar que se sintiera abandonada por ella. Pero no tenía ni idea de que sentía algo así.

- Es su madre, Jamie. Es normal que la quiera. – Me alegra que me vuelva a llamar Jamie.

La miro con una tímida sonrisa en el rostro.

- Esa mujer ha hecho cosas horribles con la vida de su hija. No merece mi perdón ni el de mi hija.

- De todos modos, todo el mundo puede llegar a ver sus errores y cambiar. Hasta yo estoy planteándome perdonar a mi padre, ¿sabes? – Mierda, tengo que decírselo.

- Sue, tu padre no fue quien pagó tu deuda universitaria. – Me mira escandalizada.

- ¿Cómo sabes...? ¡¿Tú?! ¡Lo hiciste tú! ¿Cómo pudiste...? ¿Por qué no me lo dijiste? – Joder, otra pelea.

- Quería ayudarte. – Me defiendo.

- Pero... ¿por qué no me lo dijiste? ¡Casi me vuelvo loca pensando qué había pasado ahí! Decían en el banco que era la universidad, pero la universidad nunca hace nada así. – Dice pensando en voz alta.

- Sue, quería ayudarte y no quería que sintieras que me debes nada, porque no me lo debes. Tú me has ayudado a algo mucho más importante que eso. Me has dado fe en el amor, en la vida y en creer que un futuro mejor puede existir. También me dejaste muy claro que no querías mi ayuda económica y no quería que te enfadaras, como sabía que pasaría cuando lo supieras. Cuando lo averiguaras sería inevitable la pelea entre tú y yo, y, aquí la tienes. – Suspiro resignado porque sé que ahora me va a gritar hasta el infinito. La voz del GPS me informa que hemos llegado y paro mi coche. Tomo fuerzas y me giro para enfrentarme a su mirada encolerizada, pero, sorprendentemente, me encuentro con una mirada tierna y una sonrisa preciosa.

- Eres un cabezota. ¡Testarudo!

- Creo que ahí también me gana usted, señorita Allen. – Se acerca a mí y yo a ella. Le beso con ternura. – Sólo quiero lo mejor para ti. Siempre lo he querido. Aunque me haya equivocado en las formas alguna vez, pero no ha sido esa mi intención. – Vuelvo a besarla.

- Papi, ¡¿Tanne es tu novia?! – Nos sorprende Sussie. Sue y yo nos reímos ante la simpática irrupción de mi hija. Miro a Sussie.

- Estoy en ello, Sussie. Ayúdame, pequeña, por favor. – Le guiño y Sue me golpea el hombro.

- ¡Sí, Tanne, sí! Papi, pero, ¿tú no quieres a Tue? – Sue me mira sorprendida.

- Sí, Sussie. Pero Tue y Tanne son la misma persona.

- ¡Hala! Tanne, papi es bueno. Papi es muy muy guapo. – Nada mejor que la visión que tiene tu hijo de ti.

- Eso es verdad Sussie. Lo pensaré. – Dice Sue sonriente mirándome a mí. Coge la manita de Sussie y la besa. – Hasta pronto Sussie. Adiós Jamie. – Me dice a mí y vuelve a besarme. Sé que eso significa que va a volver y mi pecho explota de felicidad extrema. – Tengo que irme. Henry y su novio están esperándome para cenar juntos. – Confiesa la condenada con una risa. Le

ha salido genial la jugada de los celos.

- ¿Vives con ellos?

- Sí. – Acaricia mi rostro y se va. Yo me quedo hecho un mar de suspiros.

- Papi, ¿estás bien? – Miro a Sussie.

- ¡Genial! ¡Pocas veces he estado mejor! Vámonos a casa, mi amor.

Aparco en casa y Sussie y yo salimos cantando del coche en dirección a nuestro hogar. Al llegar a la puerta de casa me quedo congelado al ver allí a Ivonne.

- ¡Tone! – Saluda mi hija y yo contemplo la escena desde la lejanía. – Papi y yo hemos estado con Tanne. Tanne va a ser la novia de papá, ¿sabes? – Ivonne me mira con furia.

- Hola Ivonne. ¿Qué haces tú aquí?

- ¿Tanne es quien yo creo que es? – Pregunta dolida.

- Sí. – Contesto. Ella lanza un quejido y comienza a llorar. – Oye, yo no te mentí nunca sobre mis sentimientos. Yo...

- ¡Dijiste que ibas a olvidarla!

- Dije que lo intentaría.

- ¿Cómo? ¿Yendo a buscarla? ¡Creí que entre tú y yo estaba empezando a haber algo, James! – Maldición. ¿No puede haber un maldito día que sea bueno por completo?

- Ivonne. Tú y yo no tenemos nada. ¡Sólo nos hemos besado un par de veces! Además, tampoco quiero que metas en la cabeza de mi hija cosas que no existen.

- Entonces, ¿esto es un adiós definitivo? – Mi móvil comienza a vibrar en mis pantalones. ¡Oh, no, Sue! No puedo contestar ahora.

- Lo siento, Ivonne.

- ¡Otra vez vuelves a usarme! ¡Eres un cabrón!

- Ivonne. Yo he sido más que sincero contigo. No me hagas esto. – Sue vuelve a llamarme. Miro el teléfono y dudo en cogerlo o no. Pero, de un segundo a otro, Ivonne me lo ha quitado de las manos y contesta. ¡Oh, no, no, no, no! – ¡Hola! – Grita. – Suzanne, ¿verdad? ¡Quiero que sepas que...!

- ¡Ivonne, qué cojones haces! ¡Déjala en paz y a mí también! – Grito como un condenado y le arranco el teléfono de las manos. – ¡Vete de una jodida vez de mi casa o llamaré a la policía! – Cojo a mi hija en brazos y entro en mi casa. Sin mirar atrás cierro la puerta de casa en las narices de Ivonne. Miro al cielo y me dispongo a contestar a Sue aún con mi pequeña en brazos. – Lo siento. No la esperaba aquí. Perdona esta escenita.

- Parece que llamo en mal momento. Será mejor que hablemos en otra ocasión. – Dice Sue y sé que debe estar enfadadísima.

- ¡No, no! No cuelgues. Siento mucho lo que ha ocurrido, de verdad. Estaba esperándome en la puerta de casa. Yo...

- No importa, James. – Otra vez lejanía. ¡Maldita sea!

- ¡Sí, sí que importa! No permitas que esa mujer se interponga, Sue. No es nada para mí. – Suelto a Sussie en su camita y salgo de su habitación para poder hablar mejor con Sue. Me asomo por la ventana y me alegra no ver a Ivonne fuera. – Pero, por otro lado, ha sido mejor así. De este modo me he evitado tener que hablar con ella más adelante. Porque tenía que hacerlo, tarde o temprano. Creo que ella se ha imaginado cosas entre los dos que no son así.

- James, ¿te das cuenta de que tú eres el único que no ve lo que ha pasado entre Ivonne y tú como algo importante? Sussie, tu hermana, la propia Ivonne... todos piensan que entre tú y ella había algo más. ¿Cómo puedo creerte?

- Todos pensáis lo que una niña de cuatro años ha escuchado de esa loca. Pero ninguno de vosotros hacéis el mínimo esfuerzo por escucharme a mí, ¡maldita sea! – Ahora el enfadado soy yo. – Así que decide. ¿Vas a creerla a ella o a mí? – Sue calla. – ¡Dime! ¡Porque ya no sé qué más hacer para defenderme de esa mujer y sus desvaríos! ¡Y estoy empezando a ponerme muy nervioso con todo!

- ¿Podemos hablar mañana en el descanso de clase en tu despacho?

- Preferiría que vinieras y hablar esta noche en mi cama, la verdad. – Sue ríe.

- Quizá mañana por la noche, si nuestra conversación de mañana resulta fructífera para ambos. Quisiera explicarte algo... – Se me detiene la respiración.

- ¡Vale! – Digo sin más.

- Entonces mañana te veo. Que descanses y sueñes con cosas bonitas... me gustaría que soñases conmigo. – Muerdo mis labios.

- Es lo que hago cada día. Esté dormido o despierto. Buenas noches, nena. – Hacía tanto tiempo que no la llamaba así que me suena a gloria.

- Buenas noches. – Dice con dulzura.

- Mañana te veo. – Suspiro y cuelgo.

Lo que importa

La vida a veces te sorprende y te da lecciones sobre el aspecto de las cosas y su contenido real. Sue siempre ha sido una mujer bella a la que admirar, pero más a allá de su belleza externa yo sólo veía peligro y una vida superficial y fría a su lado. La verdad es que es todo lo contrario. A veces el aspecto de las cosas no se corresponde con su interior, otras sí. Y, el físico, es sólo el envoltorio del verdadero regalo, que se encuentra en el interior de la persona. Y el interior de Sue ha resultado ser una auténtica joya.

Creo que es la primera noche que duermo bien y con una sonrisa en meses y es gracias a que cada vez tengo más cerca la posibilidad de traerla de nuevo a mis brazos. Únicamente tenía que pasar una prueba; Sussie. Y la ha pasado con nota.

Verlas a las dos hoy jugando, abrazándose y sonriéndose ha sido de las cosas más bonitas que he experimentado en mi vida. Tan bonito como el día que vi a Sussie por primera vez. Tan bonito como el día que por primera vez Sue me dijo que me amaba.

Duermo plácidamente y sueño con mis princesas cuando escucho un quejido extraño. Rápidamente me incorporo de la cama y salgo corriendo a la habitación de Sussie.

- ¡Sussie! – Encuentro a mi hija vomitando sobre su camita. – ¡Oh, dios mío! – Corro hacia ella. Comienza a llorar cuando al fin para, pero otra arcada le sorprende y vuelve a vomitar. – Mi amor, ¿qué te pasa? – Mi cuerpo tiembla. Estoy acojonadísimo. – Sussie, ¡Sussie! – Me siento impotente mientras la veo vomitar sin cesar. Al fin termina y vuelve a llorar. Se ha puesto perdida así que la cojo en brazos y me la llevo a la ducha. Ella llora y apoya su cabecita sobre mi pecho por el camino. – Dios mío, estás ardiendo. – Está bien, tranquilo Bennett. Y sobre todo tranquiliza a Sussie. Cuando llego a la ducha abro el grifo del agua y compruebo que esté a la temperatura adecuada.

- Papi. Estoy mal. – Me dice mi pequeña con carita triste.

- Lo sé mi amor. No te preocupes, ¿vale? Papi va a hacer lo que haga falta para que te pongas buena. – Ella asiente. Vuelve a vomitar. ¡Oh, joder! ¡Si no le queda nada en el estómago! Se retuerce y llora y yo no sé qué demonios hacer para que se sienta mejor. Cuando termina le quito la ropita y la meto en la ducha. – Vamos cariño. Vamos a darte una duchita y después vamos al hospital.

La ducho a toda prisa, le seco el pelo y la visto con lo primero que veo. Yo también estoy lleno de vómito, así que me quito la ropa y me froto rápidamente con una toalla húmeda. Cojo una muda de ropa para Sussie por si acaso y yo me pongo un chándal, el primero que pillo. Cojo a mi pequeña en brazos y la meto en el coche.

- Papi, ¿qué me pasa? – Lloro mientras le abrocho el arnés.

- Nada mi amor, te ha sentado mal la comida, pero te vas a poner bien. No te preocupes, ¿vale? – Acaricio su carita y le beso en la frente. Sigue ardiendo y yo estoy muy preocupado.

- Quiero que mami esté aquí. – Me dice con una cara muy triste.

- Está super papi que tiene muy buenos amigos médicos. – Sonríó tratando de ocultar mi tristeza. Ocupo mi lugar en coche y comienzo a conducir hacia el hospital.

Son las cinco y media de la mañana, Brigitte despierta en una hora y media más o menos, pero no puedo esperar. Así que decido llamarla. Su novio Mat trabaja como médico en el Royal Hospital, con suerte estará allí. Suena varias veces y no contesta. ¡Contesta, joder!

- ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas a estas...?

- ¡Joder Brigitte! ¡Voy al hospital con Sussie! Dime que está Mat de guardia, por favor. – Mi voz suena tan desesperada como yo.

- ¡Qué pasa, Jamie! – Grita alarmada.

- No grites, está puesto el manos libres y Sussie te escucha. Ha vomitado tres veces y tiene mucha fiebre. – Le informo mientras miro por el retrovisor para ver su estado.

- Jamie, tranquilo. Mat está allí. Lo llamaré ahora mismo para avisarle de que vas. Pero tiene pinta de una simple indigestión. Nada grave. No seas alarmista. – Pero en ese momento veo por el retrovisor que Sussie se desmaya. ¡Mierda! ¡Mierda!

- ¡Sussie! ¡Sussie, mi amor! ¡Mírame!

- ¡Qué pasa James! ¡Joder!

- ¡Maldita sea, Brigitte, ha perdido el conocimiento! No sé si parar.

- No, James. Ve directo al hospital. Voy a llamar a Mat ahora mismo. No pierdas los nervios.

- Vale. Vale. Voy a acelerar. – Me digo a mí mismo más que histérico. Mi hermana cuelga. – Sussie, mi amor. Háblame, te lo imploro. – Veo que levanta la cabecita y me mira con los ojos casi vueltos.

- Papi. Mi barriga. – Comienza a vomitar de nuevo y yo maldigo a todo lo que hay en la tierra.

Piso el acelerador y unos minutos después estoy en la maldita puerta del hospital. Salgo cagando leches y cojo a mi hija en brazos. En seguida veo a Mat junto a mí. Sé que se alarma cuando ve a Sussie lánguida y con los ojos medio vueltos, pero me dice que no me preocupe, que está en buenas manos. La sube en una camilla y corre hacia el maldito interior del hospital. Una enfermera del infierno me intercepta en el camino y me pide que espere en la sala de espera.

- ¡No me da la maldita gana! ¡Esa es mi hija, joder!

- Muy bien, señor. Pero no puede pasar. – Me dice con cara de amargada. Yo me tiro del pelo y comienzo a andar haciendo círculos sobre mí mismo.

Mi hermana llega al poco y me abrazo a ella hecho un manojito de nervios. Llora con amargura. Como jamás en mi vida.

- Tranquilo hermano. Verás que no es nada.

- Si le pasa algo me muero, Brigitte.

Pasa una endiablada hora y no sabemos nada. La jodida hora más larga de toda mi vida. He dejado de pasear y estoy sentado con la cabeza hacia arriba mirando el techo. Al fin veo venir a Mat y Brigitte y yo nos ponemos en pie.

- ¡Mat! ¡Dime cómo está! – Le imploro.

- Tranquilo James. Le estamos poniendo sueros y está mejor. Pero tenemos que hacerle pruebas. Puede ser algún tipo de bacteria que trajese de donde quiera que ha estado viviendo. No creo que sea una indigestión. – Respiro con dureza.

- Dime que se va a poner bien.

- ¡Eso Mat! – Dice Brigitte que ha dejado de contenerse y ha comenzado a llorar.

- Sí. Bueno. Tiene que permanecer en cuidados intensivos. Pero ahora mismo parece que hemos conseguido controlar el vómito y le ha bajado la fiebre.

- ¡Déjame entrar, Mat! ¡Déjame estar con mi hija! – Le ordeno.

- No puedo ahora mismo, James. Le están haciendo pruebas y hasta que no tengamos los resultados está en aislamiento.

- ¡Maldita sea, Mat! ¡Déjame estar con mi hija! – Grito enfurecido. Mi hermana trata inútilmente de calmarme y Mat me aprieta de los hombros.

- Vamos a hacer lo que haga falta para que Sussie se ponga bien cuanto antes y vuelva contigo a casa, cuñado. Confía en mí. – Comienzo a llorar. Me siento tan impotente sin poder siquiera cogerle de la mano. – En cuanto puedas entrar te avisaré.

- Está bien. Pero la quiero de vuelta a casa Mat. Haz lo que sea.

Mat se va con la promesa de hacer lo que esté en sus manos y mucho más y yo me vuelvo a dejar caer en el sofá. Jamás me he sentido tan inútil. Mi hermana me aprieta del hombro.

- Se va a poner bien.

- Si su madre no me la hubiera entregado, mi hija ahora mismo estaría al borde de la muerte en aquel lugar de mala muerte, Brigitte. – Digo poniendo en palabras mis temores.

- Pero está aquí, contigo. Que es donde tiene que estar. Y su padre va a salvar a su hija, con la ayuda de mi estupendo novio. Voy a llamar a Arthur para decirle que no iré a trabajar hoy. – Dice mi hermana, asiento y se va para poder hacer su llamada.

En ese momento recuerdo que yo no he avisado en la universidad. Así que llamo al rector y se lo cuento. Después me acerco a una máquina expendedora y me saco una bebida energética. Tengo que mantenerme despierto. El cansancio de la desesperación ya comienza a hacerme mella.

Mi hermana y yo quedamos en que no le diremos nada todavía a mi madre o le dará un

infarto con lo exagerada que es.

Pasan dos densas horas y Mat vuelve. Nos dice que creen haber dado con la bacteria que le ha producido la enfermedad. Dice que Sussie ahora mismo está dormidita y que no ha vuelto a vomitar. Que la fiebre no ha desaparecido, pero está más baja. Dice que si sigue evolucionando así en dos horas más podré entrar a verla. ¡Dos horas más!

Entre tanto recibo un whatsapp de Sue mandándome al cuerno por no haber aparecido por la universidad. Me acusa de haber pasado la noche con Ivonne y de ignorarla. ¡Lo que me faltaba! La llamo porque no tengo ánimos de ponerme a discutir por whatsapp. Me cuelga tres veces y desisto de seguir intentándolo. Ya tendré tiempo de sacarle los colores con sus estúpidos e infundados celos.

Arthur me llama.

- ¡Bennett! ¡Cómo está la pequeña!

- Parece que mejor. Pero yo aún no estoy nada tranquilo hasta que no la vea. – Le informo pellizcándome la nariz.

- ¿Estás con alguien? ¿Quieres que vaya?

- Está Brigitte conmigo. Menos mal. Porque con todo lo que estoy viviendo ahora mismo le habría arrancado la cabeza a alguien. ¿Puedes creerte que Sue cree que no he ido a la universidad porque piensa que he pasado la noche con Ivonne?

- ¡¿Qué?!

- Así, como te lo digo. La he llamado para explicarle. Pero no se ha dignado ni a cogerme el teléfono. ¡Es lo que más necesito ahora! – Veo aparecer a Mat de nuevo y me pongo en pie rápidamente. – ¡Tengo que dejarte, Arthur! ¡Viene el médico!

- ¡Vale! ¡Mantenme informado! – Cuelgo.

- ¡Mat! ¡Qué pasa!

- ¡Cariño, cómo está Sussie! – Pregunta mi hermana.

- Ya puedes pasar, James. – Me informa con una sonrisa. – Sigue estable. Pero por favor, no la sobre excitéis.

- ¡No, no! ¡Dónde está! – Clamo. Mat me guía por el camino.

Cuando llegamos me abre la puerta de la habitación y me quedo en shock cuando veo a mi pequeña llena de tubos y máquinas por todos lados.

- Está sedada para que descanse. – Me dice. Yo lo miro con miedo. – Estas horas son muy importantes, James. Si ves algo raro pulsa el botón que tiene junto a la cama enseguida. – Asiento. No puedo hablar o lloraré. Mi hermana entra sin esperar un segundo más y coge la mano de Sussie. – Voy a ir a hablar con los de laboratorio a ver si tienen unos resultados que pedí. – Nos dice Mat. Se va y yo me acerco lentamente a mi hija.

- Te vas a poner bien, pequeña. – No puedo evitar las lágrimas y me tiro finalmente sobre ella llorando como un niño. – Sussie. Ponte bien. Hazlo por papi. – Beso su mano.

- James. Voy a por un café. ¿Quieres uno? – Pregunta mi hermana mientras me acaricia la espalda. Niego con la cabeza. – No tardaré. – La escucho salir.

- Por favor, si hay alguien ahí arriba que me cure a mi niña. No puedo perderla ahora. No. – Por más que trato evitar el llanto es una pérdida de tiempo. Escucho entrar a mi hermana pasado un rato y yo sigo en la misma posición. – Joder, Brigitte. Quiero que despierte ya. Esto es una jodida tortura. Quiero que abra los ojos. – Siento la mano de mi hermana en mi espalda.

- Soy yo. – Escucho la voz de Sue y me doy la vuelta enseguida. Aprieta los labios y me mira avergonzada. – Lo siento.

- ¿Cómo...?

- Me ha llamado Arthur. ¿Cómo está? – Pregunta dirigiéndose hacia Sussie. La coge de la mano y le da un beso. Yo me levanto para dejarle acercarse a Sussie. – No me querían dejar entrar, pero el doctor Green ha sido muy amable.

- Es el novio de mi hermana. – Digo y ni yo mismo reconozco mi voz. – Gracias por venir Sue. – Ella me mira y me acaricia la cara.

- Se va a poner bien. – Digo que sí con la cabeza intentando convencerme. – Sí, Jamie. – Se pone de puntillas y me besa la frente. Después toma asiento junto a Sussie. – ¿Verdad que sí, pequeña? Tienes que enseñarle a papi las piruetas que te he enseñado. – Miro a Sue y siento calma gracias a su presencia. – Perdóname.

- Has venido. Es lo que importa. – Me acerco a las dos y me siento en un sillón que hay junto a la cama de Sussie, cogiendo en mi mano la de mi hija. Sue se acerca a mí y se sienta en mi regazo. Me mira a los ojos.

- No estés tan triste. Sue te quiere con locura y se pondrá bien. Está contigo. Con el mejor padre del mundo. – Me abraza y acaricia mi pelo. Me siento mucho más relajado con ella aquí, entre mis brazos.

Sin darme cuenta, sus caricias en mi pelo hacen que me relaje, me quedo dormido y al despertar Sussie está despierta y hablando con Sue y mi hermana. Me pongo en pie de inmediato.

- ¡Sussie, mi amor! – Mi hija sonrío con debilidad. Sigue pálida, pero tiene mejor aspecto.

- Está bien, hermano. – Me dice Brigitte. La miro. – Dice Mat que esta noche le dará el alta y podrá irse a guardar reposo a casa.

- ¡Oh, gracias al cielo! ¡Mocosa, no vuelvas a darme otro susto así! – Le recrimino a mi hija con lágrimas en los ojos de felicidad.

Sussie poco a poco va dando muestras de ir mejorando y por fin me relajo del todo. Ha pasado el peligro. Mi hermana y yo llamamos a mi madre para informarle y la mujer se pone de los nervios. Mi hermana decide ir a recogerla para traerla al hospital y ver a Sussie.

Sue aprovecha cuando Sussie duerme para estudiar un poco en la mesa que hay en la habitación y yo llamo a Monroe, mi jefe, para explicarle bien lo que ha sucedido. Gracias al cielo lo comprende perfectamente y me dice que no me preocupe, que esta semana me pondrá un sustituto.

Poco después recibo una llamada de Norton.

Precipitaciones

- Hola Norton. ¿Qué tal todo?

- Hola Bennett. Tengo noticias para ti. – Miro a Sue que está muy concentrada en sus estudios y decido salir de la habitación para no molestar.

- ¿Qué sucede? – Pregunto curioso.

- Tu exmujer ha fallecido. – Sus palabras son como una jarra de agua fría sobre mí. No es que sienta tristeza, pero tampoco puedo alegrarme. Además, no puedo evitar la pregunta.

- ¿De qué?

- Las únicas informaciones que he recibido al respecto son que padecía de vómitos severos y fiebres altas. – Se me hace un nudo en el estómago. – Ha sido muy dramático al parecer.

- Norton, estoy en el hospital con Sussie porque ha pasado toda la noche vomitando y con fiebre. – Digo en un hilo de voz.

- ¡Oh! ¡¿Está bien Sussie?!

- Sí, sí, ya está fuera de peligro. Al parecer entre esta noche y mañana le darán el alta. ¿Cómo has sabido lo de Jasmina? ¿Tu informador sigue en el Líbano? Pensé que había vuelto.

- Esa es la otra parte de la historia. Si no estás sentado te sugiero que lo hagas, Bennett. – Le hago caso y me siento en uno de los asientos que hay fuera de la habitación de Sussie. – Hammed, el hermano de tu exmujer, se ha puesto en contacto conmigo para comunicarme la noticia. Al parecer ha averiguado que te trajiste a Sussie y quiere recuperarla.

- ¡¿Qué?! ¡No puede hacer eso! ¡Yo soy su padre! – Grito como un condenado.

- Lo sé Bennett. Y legalmente no tiene nada que hacer. Pero no me fio de ese tipo y te sugiero que contrates seguridad personal durante un tiempo, hasta que resolvamos esto.

- Mierda. Hablaré con Stewart. ¡Mantenme informado de todo, Norton! ¡No quiero sorpresas desagradables! Tengo dinero, Norton. Sabes que no debes escatimar por eso.

- Tranquilo, te mantendré al tanto de todo. – Cuelgo y entro en la habitación. Miro a mi hija totalmente aterrorizado.

¿Cómo le explico que su madre ha muerto? ¿Cómo le protejo del loco de su tío materno? ¿Cómo hago para que esta pesadilla termine?

- ¿Qué pasa, Jamie? – Me dice Sue y salgo de mi trance.

- Nada. – Respondo con una sonrisa forzada.

Ella se da cuenta de mi falta de convicción y cierra sus apuntes. Se levanta y se acerca a mí. Me mira preocupada. Ambos miramos a Sussie.

- ¿Está todo bien son Sussie? – Pregunta bajito para que sólo yo lo oiga.

- Sí, sí, no es nada que ver con su estado de salud. – Vuelvo a mirar a Sue y trago saliva. Necesito un abrazo. El suyo. Ella parece leerme la mente y me lo da. Su calor y su dulce aroma me suponen un gran estímulo para aplacar un poco la ansiedad.

En ese momento el torbellino de mi madre hace aparición y entra en la habitación.

- ¿Dónde está mi niña? – Corre despavorida a la cama donde está Sussie. Mi pobre hija no tiene fuerzas ni para hablar. Mi madre la abraza con fuerza.

- ¡Mamá, está delicada! ¡Ten cuidado! – Protesto. Sue da dos pasos atrás cuando me escucha decir mamá, pero yo la sostengo de mi mano para que no se separe del todo de mí.

- ¿Está fuera de peligro? – Pregunta dando besos a la frente de Sussie. La maldigo con la mirada por hacer ese tipo de preguntas frente a mi hija.

- ¡Sí, mamá! ¡Deja de montar un escándalo frente a Sussie!

- Perdona hijo. – La mirada de mi madre se posa en la mano que tengo cogida a Sue. Mira a Sue y sonrío. – Hola preciosa. Soy Elisabeth Bennett, la madre de este maleducado. – Me señala.

- Eh, perdón. Sue, nena, esta es mi madre. Mamá, ella es Sue. – No necesita más explicación. Todo el mundo en mi familia sabe quién es Sue. Creo que hasta mis tíos de Escocia lo saben gracias a la discreción de mi madre.

- ¡¡Sue!! ¡Al fin te conozco! ¡Qué guapísima eres! – Le da un sonoro beso en la mejilla y Sue se pone roja como un tomate. Sonríe y se encoje de hombros. – ¡Así que esta es tu novieta! – Pellizca la mejilla de Sue. Tengo ganas de soltar una carcajada ante la cara de estupor de Sue.

- Yo...

- Sue y yo no estamos juntos, mamá. – Mi madre pone una mueca exagerada de desolación. – Pero estoy intentando que cambie de opinión. – Miro a Sue que me sonrío tímidamente y agacha la mirada.

- ¡Chica! ¡Mi hijo está perdidamente enamorado de ti! ¡Dale una oportunidad! Mi James es muy bueno, muy guapo y muy trabajador. – Tengo que reconocer que la mujer es bastante cómica y... que me quiere demasiado. Aunque no me guste la forma tan exagerada que tiene de demostrarlo. Pero es mi madre y es maravillosa. Entonces repara en mi aspecto. – ¡Pero James! ¿¿Qué haces en chándal?! – Se tapa la boca demostrando estupor. Resoplo. – Y ni siquiera te has afeitado...

- Mamá. Anoche tenía a Sussie desfalleciendo en mis brazos. Me puse lo primero que pillé y salí cagando leches al hospital con ella.

- ¡Esa boca! – Sue está aguantando la risa como puede y yo ya comienzo a ponerme nervioso con mi madre.

- ¡Mamá, para!

- ¿Qué pare? ¡No señor! ¡En el hospital no me puedes vetar la entrada! ¡Ya que me tienes prohibida la entrada a tu casa aquí vas a tener que aguantarme! ¡Y me pienso quedar todo el tiempo cuidando a mi Sussie! – Ahora mira otra vez a Sue y le habla a ella. – Es muy guapo y muy trabajador hija, sí, pero a veces es un descastado. Seguro que ha sido un estúpido contigo y por eso lo has dejado.

- ¡¡Mamá!! – Protesto. Sue no aguanta más la risa y descarga una tremenda carcajada. – Sue, acompáñame a la cafetería, por favor. Mamá, vigila tú a Sussie. – Le digo con mala cara. Pero necesito tenerla lejos de Sue ahora mismo. Le cojo de la mano y tiro de ella para sacarla de allí.

- Tú madre es muy graciosa. – Me dice por el camino. Pongo los ojos en blanco.

- Es muy graciosa cuando no es tu madre. Como madre es un grano en el culo. – Respondo. Sue y yo entramos en el ascensor. Ella me mira y sigue aguantando la risa. – Deja de reírte de mí, bruja. No sabes lo que es aguantarla.

- Tienes suerte de tenerla. Una madre es muy importante. – Me deja callado con esa respuesta. Yo agacho la mirada.

- Es verdad. – Se abre el ascensor y vuelvo a tirar de ella con mis dedos entrelazados en los suyos.

- ¿Me vas a decir que te ha pasado antes? – Pregunta cuando llegamos a la cafetería. Allí veo a mi hermana sentada en una mesa con Mat.

- Sí, te lo contaré a ti y a mi hermana. Ven, sentémonos con ellos. – Sue me sigue sin rechistar.

- Hola. – Saluda mi hermana más tranquila porque seguro que Mat le ha dado buenas noticias con respecto a Sussie. Mira mi mano enlazada a la de Sue.

- ¿Habéis vuelto? ¡Qué bien! – Otra tan entrometida como mi madre.

- No sé si hemos vuelto. Eso pregúntaselo a esta condenada. – Le digo a mi hermana mientras separo una silla para que se siente Sue y tomo asiento junto a ella. Brigitte mira a Sue esperando su respuesta. Igual que yo.

- Eh, creo que no es el momento de hablar de eso. – Me regaña Sue. – Cuéntame qué pasa, Jamie. – Inquieta Sue y yo resoplo. Mi hermana y Mat me miran intrigados.

- Me ha llamado mi detective privado. – Digo fijando la mirada en algún lugar de la mesa. – Jasmina ha muerto. – Escucho un gemido de sorpresa de todos. – Parece ser que de lo mismo que ha atacado a Sussie. – Levanto la mirada. – Hamed, el hermano de Jasmina, ha sido quien ha contactado con mi detective para decírselo. – Sue me mira horrorizada.

- ¿Qué dices, James? – Exclama mi hermana.

- Lo siento. – Me dice Sue cogiendo mi mano. La miro. – No sé si seguías sintiendo algo por ella, pero imagino que sí si decidiste casarte con esa mujer. – Frunzo el ceño.

- ¡¿Qué?! –

- Mi hermano y Jasmina se casaron porque ella estaba embarazada y su religión prácticamente le obligaba. – Me defiende mi hermana. Sue agacha la mirada y esconde sus manos.

- No siento nada por esa mujer desde hace mucho. Ya ni siquiera desprecio. Pero es la madre de mi hija y me tocará explicárselo. – Digo algo molesto. – La cuestión es que Hammed quiere quitarme a mi hija. – Continúo. Mi hermana se pone a gritar.

- ¡No puede! ¡Tú eres su padre!

- Lo sé. Tengo que resolver ya lo de su custodia. No me fio nada de esa gente. Mi detective dice que es prácticamente imposible que eso suceda. Pero...

- ¿Qué necesitas para tener ya la custodia? – Me pregunta Sue y parece tan asustada ante la noticia como mi hermana y yo.

- Supongo que tendrán que venir los de asuntos de menores a casa de una vez y evaluar la situación en la que vive mi hija y firmar el maldito papel, ¡yo que sé! Lo único que quiero es que esto se resuelva cuanto antes.

- No le digas aún lo de Jasmina a Sussie, James. – Me pide mi cuñado. – Está débil y es mejor que se recupere primero.

- Estoy tan cansado de vivir ocultando cosas... – Suspiro y meto mi cara en mis manos. Sue agarra una de ellas y me acaricia. Le sonrío con ternura. – Mat, dime que pronto podré volver a casa con mi hija. – Le pido a mi cuñado.

- Si todo va bien esta tarde le daré el alta e iré yo personalmente a tu casa a hacerle el seguimiento.

- ¡Oh, gracias al cielo! – Clamo levantando las manos. – Estoy tan cansado que me dormiría ahora mismo sobre esta mesa.

- Voy a hacerle ahora mismo el chequeo para ver si os podéis ir cuanto antes. – Dice Mat mientras se levanta. Me da un fuerte abrazo.

- Perfecto. Gracias cuñado. Por cierto, la loca de tu suegra está en la habitación. Así que vas avisado. – Le digo. Sue se ríe y mi hermana sacude la cabeza.

- Voy a ver a ver a Sussie y después me iré a casa. – Dice mi hermana que también me abraza y me da un sonoro beso. – Después te llamo.

- Hasta luego Brigitte. – Se van y Sue y yo nos quedamos solos en la mesa de la cafetería del hospital. Sue me mira como queriendo decirme algo con esa verde e intensa mirada. Por mi mente vuelan muchos recuerdos en sus brazos. – Qué preciosa eres. – Pienso en voz alta. Ella sonrío con timidez. – ¿Quieres comer algo? – Asiente.

Vuelvo a cogerle de la mano y la llevo hasta la barra. Ambos cogemos un sándwich y un refresco. Pago y volvemos a la mesa.

Comienzo a devorar el sándwich y me doy cuenta de que estoy hambriento y que no he comido nada en muchas horas. Y ya son las tres de la tarde.

- James... – Susurra Sue para llamar mi atención. La observo y reconozco esa mirada recorriendo mis brazos. Pero su voz suena seria y agacha la mirada. Esto pinta mal.

- ¿Qué? – Pregunto con miedo. Niega con la cabeza. – Mírame, Sue. Dime qué piensas. – Coge aire y parece que también coge fuerzas.

- Cuanto más te conozco más absurda y perdidamente enamorada me siento de ti, James. – Me dice mirándome con profundidad. Yo lleno mis pulmones de aire y me quedo atónito. – Más de lo que jamás pude llegar a imaginar. – Su mirada se vuelve vidriosa y emocionada. – Pero tengo miedo, mucho miedo a dejarte entrar en mi vida otra vez. – Suelto el aire poco a poco.

- Te entiendo. – Digo con comprensión. – No puedo obligarte a hacerlo. No puedo pedirte que me des más de lo que me has dado. Pero, si existe una mínima duda, una mínima posibilidad de que vuelvas, haré lo que sea por luchar por ti y por lo nuestro. Sólo dime qué debo hacer. Porque estoy dispuesto a todo, Suzanne. – Ahora soy yo quien le coge la mano. – Yo también te amo con todas mis fuerzas. – Me sonrío, pero después retira su mano y esconde su mirada.

- Tendrás que darme tiempo. No soy muy hábil para lidiar con este tipo de sentimientos y no sé hacerlo mejor, Jamie.

- Te daré todo el tiempo que necesites si me prometes que lucharás por volver a mí. Si me prometes que te esforzarás por comprender y asimilar que te amo con locura y que tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Pero no me pidas que te dé tiempo para ver cómo te alejas de mí y yo te pierdo. – Vuelve a mirarme y yo me acerco un poco más a ella. – No puedo ni quiero permitir que eso suceda. Dime qué te pasa Sue. Te conozco bien y sé que hay algo ahí dentro que te preocupa. – Digo mientras le toco la sien. – ¿A qué le estás dando tantas vueltas?

- No puedo responderte a eso ahora mismo. – Es muy frustrante lo hermética que es esta mujer para dejarse querer.

Resoplo.

- ¿Qué soy para ti, Sue?

- ¿Ahora mismo? – Asiento. – Mi amigo. – Abro los ojos. Me siento herido, muy herido.

- Tu amigo...

- Entre tú y yo todo terminó de forma bastante dramática y desagradable. Y después... – Se defiende y compruebo tristemente que sigue luchando por odiarme con sus palabras. – He pasado el último mes y medio odiándote y tratando de olvidarte. Sintiendo que había estado viviendo una mentira a tu lado. Y créeme que ahora mismo me gustaría dejar a un lado toda esa sensación y tirarme a tus brazos, pero no sé cómo. – Escucho con atención sus palabras sin siquiera parpadear. Hasta que siento que está esperando que diga algo.

- Yo he podido. Y, ¿sabes por qué? Porque te quiero de verdad.

- No te atrevas a dudar de mis sentimientos. – Dice enfadada.

- No dudo de lo que sientes por mí. Dudo de la magnitud de lo que sientes. Dices que me

quieres, pero tienes miedo a intentarlo. Está bien, yo siento exactamente lo mismo. Pero es mucho mayor el miedo que siento de no volver a tenerte entre mis brazos nunca más. De que al final aparezca alguien por tu vida que te haga olvidar lo que sientes conmigo y yo pase a la historia. Tengo más miedo de acabar compartiendo la única vida que voy a tener con la persona equivocada. Porque no hay nadie, Sue, nadie en este mundo, que me haga sentir lo que tú me haces sentir. – Ahora la que está sin palabras es ella. Me levanto. – Voy a ir a ver a Sussie y ver si puedo llevármela ya a casa. Estoy agotado y temo que no podré ni conducir si me hacen esperar mucho más.

- Yo puedo acompañarte... – Dice y la miro sin comprender. – Si quieres...

- ¿A casa? – ¿Me está pidiendo venir a casa? ¿Con Sussie y conmigo? Ella dice que sí con la cabeza y parece un poco asustada. – ¿Te quedarías con nosotros esta noche? – Pregunto ilusionado.

- Sí. Sólo si quieres. No estás en situación de conducir así y necesitarás ayuda con Sussie, hasta que mejore. Pero si no lo ves bien...

No dejo que continúe. Tiro de su brazo y la acerco a mí todo lo que puedo. Después le doy un rápido y fuerte beso en los labios.

- Gracias. Me hace mucha falta tu ayuda. Vamos. Regresemos a la habitación. – Tiro de su mano y la saco de allí antes de que me diga cualquier otra cosa que suponga un impedimento a su proposición.

Conociéndola, sé que lo ha dicho sin pensar y puede que se esté arrepintiendo ahora mismo. Pero para mí es mucho el saber que voy a pasar con Sue toda una noche. Y, espero que en mi cama. Tengo un plan...

Dentro o fuera

Sue conduce mi coche y vamos camino a casa. Yo voy en la parte trasera del coche con mi pequeña en brazos y trato de amenizarle el camino.

- Has resultado ser muy mala mascota, Sussie, la próxima vez me compraré un conejo. ¡O un cangrejo! Así si se pone malo lo cocino y me lo como. ¡Me encanta el cangrejo! – Hago una mueca exagerada y mi hija se ríe.

- ¡A mí también me gusta! – Añade Sue y me sonrío por el espejo retrovisor.

- ¡Pues un cangrejo la próxima vez! ¡Decidido!

- ¡Papá! ¡No! Yo soy mejor que un cangrejo. – Protesta Sussie aguantando la risa.

- ¿Es que acaso sabes mejor? ¡Déjame ver! – Le hago pedorretas en la barriguita y ella se ríe. Aunque no tiene fuerzas todavía, se le ve mucho más animada.

Llegamos a casa y Sue me dice que hará algo de cenar mientras yo acuesto a Sussie en su camita. Tengo una pequeña discusión con mi hija porque dice que quiere comer, pero en el hospital me han dicho muy claro que no puede tomar más que unos batidos vitamínicos que me han dado allí, al menos hasta mañana por la mañana.

Así que le pongo el pijama, le leo su cuento preferido (un monstruo viene a verme) y le canturreo un poco hasta que cae dormida. Le doy un beso en la frente y salgo despacio de la habitación. Me dirijo a la cocina y sonrío al ver la maravillosa estampa: Sue descalza, cocinando con un moño alto y ataviada sólo con sus braguitas de algodón y una camiseta interior blanca de las mías.

Me ve justo cuando se está relamiendo un dedo para probar lo que está haciendo.

- He hecho una crema de calabacines y he puesto una pechuga al horno. – Me informa con una gran sonrisa. Me acerco lentamente a ella sujeto su rostro y lamo la comisura de su boca para limpiar un resto de crema de calabacines.

- Delicioso. – Veo que cierra los ojos como respuesta al beso que espera que le dé, pero decido jugar sucio y me separo de ella.

- ¿Quieres una copa de vino? – Pregunto mientras abro una botella. Me observa de arriba abajo. Encoge los hombros. – Sé que no eres muy de vinos, pero este te gustará.

- Está bien.

- Yo pondré la mesa. – Decido que comeremos en el salón, en la mesita frente al sofá, así podremos ver una película mientras tanto.

Sue sirve la comida y comenzamos a comer.

La crema está deliciosa.

- ¿Te gusta? – Pregunta cuando me escucha hacer ruiditos de satisfacción. – No sabía si te gustaría... es una receta de mi madre. – La observo encandilado.

- Exquisita. Casi tan rica como tú. – Me sonrío con picardía y yo miro hacia otro lado cuando la veo lamer la cuchara de esa forma tan sugerente. ¡Ella también quiere jugar!

- Voy a por un poco de agua. – Dice y se levanta frente a mí. Dejándome extasiado ante la visión de sus largas piernas desnudas frente a mis narices. – ¿Quieres tú también?

- Eh, no, gracias. – Vuelvo a intentar desviar mis ojos de ella. Cuando vuelve me mira ceñuda al comprobar que me he quitado la camiseta. – Me he manchado. – Digo. Finjo desinterés y levanto los hombros. Yo también sé jugar. Vuelve a sentarse junto a mí y sé que me observa de reojo.

- Mmmm. – Su sensual voz suena ronca mientras mastica un trozo de carne. La miro y me maldigo por hacerlo cuando la veo lamerse los labios con los ojos cerrados. – Está muy rico...

- Eh... sí. – Contesto distante. – Creo que al final sí que querré agua. – Me levanto y ella me observa moverme con detenimiento. Me está gustando este juego.

Vuelvo a sentarme a su lado y continúo comiendo. Al terminar, ambos nos agazapamos en el sofá. Cada uno en su sitio. Aunque, al final ella se rinde y apoya su cabeza en mi pecho fingiendo tener frío. Yo la abrigo con mi brazo.

- ¿No tienes frío con tan poca ropa? – Me dice. Levanto una ceja.

- Tú tampoco estás muy vestida. – Sonrío con picardía y le devuelvo la sonrisa mordéndome el labio.

- Prefiero el calor humano al de la ropa. – Me desafía acercando su rostro al mío. ¡Oh, no voy a caer, pequeña! Vas a tener que sufrir si quieres de mí esta vez.

- Yo te daré calor. – Añado intentando disimular el nerviosismo de su cercanía mientras froto su brazo. – Gracias por quedarte. Aunque, mañana tienes que ir a clases.

- Estoy segura de que el profesor me dará esa falta como justificada. – Sonrío.

- Está justificadísima. – Beso su mejilla. Sue gira la cara antes de poder retirar la mía y me encuentro con sus labios. ¡Maldita! No puedo evitar saborearlos mínimamente enganchándome a su labio inferior. Pero rápidamente tomo el control, suspiro y me separo. – Esta película tiene buena pinta. – Digo mientras carraspeo.

- ¿No te apetece mejor besarme que ver una película? – La miro de reojo. Mierda. Vuelve a estar muy cerca.

- Me apetece. Pero sólo soy un mero amigo tuyo, ¿verdad? – Ella abre los ojos. Al cabo de varios segundos asiente y se vuelve para mirar la película, sin separarse de mí. Es fuerte. Muy fuerte. Yo ya me habría tirado a su cuello si no fuese porque esta vez no quiero ser yo quien presione.

- ¡Está bien! ¡¿Qué quieres?! – Pregunta media hora después al ver que mi posición corporal

no ha cambiado lo más mínimo. Es más, me estaba quedando dormido.

- ¿Yo? No entiendo...

De repente Sue se incorpora en su asiento y se coloca sobre mí a horcajadas. Quiero hablar, pero su lengua invade mi boca con salvajismo y se aferra a mi pelo con fuerza. Me tenso al notar como se frota conmigo hasta provocarme una erección de infarto. Y... no sé qué debo hacer. Sólo sé lo que mi cuerpo me pide, y me pide apretarle de ese culo tan maravilloso contra mí. Así que eso hago. Pero no es suficiente.

Cuando siento su delicada lengua por mi cuello un escalofrío recorre mi espina dorsal. La quiero mía. Ya.

Le quito torpemente la camiseta que lleva y me llevo uno de sus pechos a la boca. Mientras siento como se endurecen sus pezones por el acoso de mi lengua, ella sigue apretando mi pelo con sus manos y su sexo contra el mío. Me vuelve loco. Después me centro en el otro pecho, pero no duro mucho.

La miro, sé qué es lo que quiere, lo mismo que yo. La levanto entre mis manos y la llevo a mi habitación. Por el camino sigue devorando mis labios con erótica destreza, entre gemidos y suspiros.

No hay tiempo para más preámbulos. La suelto en la cama, le quito las bragas, me deshago de lo que me queda de ropa y me sitúo sobre ella, sin dejar de mirarla. Es el animal más deseable de la tierra.

No decimos palabra, pero tampoco dejamos de decirnos lo mucho que nos deseamos con los ojos. Me vuelve a besar y, al hacerlo, levanta sus caderas en busca del ansiado contacto, que no tarda en llegar. Sólo unos segundos más me demoro en sus labios y en recorrer su cuerpo con mis manos y, de un único movimiento, entro en ella, entro en Sue.

Aprieta mis brazos y hasta me araña ahogando un gemido largo e intenso, echando su cabeza hacia atrás.

- Mírame. – Le pido esforzándome en poder hablar. Lo hace.

Quiero ir despacio esta vez. Quiero recrearme en cada gesto suyo de placer, en cada roce de su cuerpo. Siento su sexo palpitante alrededor del mío y creo que voy a desfallecer de placer. Me cuesta todavía admitir que la necesite tanto.

- Jamie...

Suspira en mis labios.

- ¿Qué mi amor?

- Te quiero sólo para mí. No me dejes.

- Soy tuyo. Ahora y siempre.

Abandono el control finalmente. Con un beso severo y cargado de rabia le aviso de que voy

a subir el ritmo y lo hago de forma implacable. Ella grita y yo gimo. En sus labios, en su cuello, impregnándome de su aroma. Dios... huele a erotismo. La amo, la deseo, la quiero sólo para mí.

La señal de que está a punto de llegar al orgasmo viene cuando siento sus dedos hincados en mi espalda y sus gritos se hacen más contundentes. En ese momento doy rienda suelta a mi cuerpo y ambos llegamos a un devastador orgasmo exactamente a la vez.

No recuerdo mucho más. Creo que pierdo la consciencia en décimas de segundo, pues estoy francamente agotado. Pero siento el calor del cuerpo de Sue alrededor del mío, de eso soy consciente.

Despertar

Siento un calor asfixiante. Mi cuerpo está inmovilizado y casi me cuesta respirar. Algo oprime mi pecho. ¿Dónde estoy? ¿Qué pasa?

Al abrir un ojo, veo a Sue enroscada a mí por un lado y a mi hija Sussie por el otro, casi subida encima de mí. ¿Cuándo se ha venido a mi cama? ¡Menudas dos acaparadoras! Sonríe ante la tierna estampa. Siguen profundamente dormidas.

Tengo que hacer malabares para no despertar a Sue y retirar el brazo que tengo atrapado bajo el peso de su cabeza. Casi lo tengo dormido, aunque lo dejaría así para siempre. Pero lo necesito para comprobar si Sussie tiene fiebre y me alegra ver que no.

Sue abre los ojos al notar la falta de calor que una parte de mi cuerpo le proporcionaba y sonrío al ver a Sussie sobre mí.

- ¿Desde cuándo está aquí?

- No lo sé. – Confieso y me levanto con cuidado con Sussie en mis brazos. – Tengo que buscar la forma de que se quede en su cama toda la noche. – Decido llevar a Sussie de vuelta a su cama.

- ¡Eh! – Me llama Sue desde la cama cuando llego a la puerta. Me vuelvo hacia ella. – ¿No deberías ponerte algo? Tu asistenta no es de piedra. – Protesta con su bonita cara ceñuda. Me miro.

- Ups, no me di cuenta de que estaba desnudo. Se me olvidó que anoche abusaste de mí. Ayúdame a ponerme el pantalón de chándal, por favor. – Le pido con un gesto de disculpa por tener a mi pequeña en brazos.

Ella resopla y se levanta de la cama, totalmente desnuda. ¡Qué buena está la condenada! Se lo haría ahora mismo si no tuviera a la intrusilla de mi hija en brazos.

Se agacha frente a mí para ayudarme a meter mis piernas por los pantalones y, al subirlos por ellas, se detiene en la parte favorita de mi cuerpo impresionada por las dimensiones que ha alcanzado al verla desnuda, agachada, frente a mí.

- Estás muy tenso. – Dice con una diabólica sonrisa cuando ya está en pie frente a mí y, deliberadamente, acaricia mi polla mientras me coloca bien la cinturilla de los pantalones.

- Me pregunto por qué será. – Le robo un rápido y corto beso y me separo de esa endiablada mujer, porque con Sussie delante no puedo llevar a cabo mis intenciones con Sue.

Dejo a mi hija en su cama con mucho cuidado de no despertarla y voy en dirección a la cocina, donde dejé por última vez mi portátil.

- Buenos días, señor. ¿Cómo está la niña? – Me pregunta Roberta al verme, un poco avergonzada al verme desnudo de cintura para arriba.

- Mucho mejor, Roberta. Gracias. – Me siento y abro el portátil. Veo que Roberta pone un café y unas tostadas frente a mí. – Roberta, hoy somos dos desayunando en casa. – Le informo y me mira con una sonrisa contenida en el rostro. Cada vez nos conocemos más y ella ha sido testigo de varias idas y venidas de mi relación con Sue.

- ¿La señorita Suzanne? – Me pregunta intentando disimular su alegría. Voy a responder que sí, pero la voz de Sue me interrumpe a mis espaldas.

- ¿Es que hay más en la lista de posibles acompañantes nocturnas? – Dice con un tonito de irritación mezclado con celos que se me antoja delicioso. Me giro y sonrío. Me fulmina con la mirada.

- Veo que has vuelto a convertirte en la señora Bennett. Qué alegría. – Me levanto le cojo con fuerza de la cintura, la aprieto contra mí y le beso. Ella me golpea como protesta, pero no se separa. – Buenos días, cariño. Tenemos algo pendiente. – Susurro en su oído.

- ¡Eres insufrible! – Me acusa.

- Le preparo su café y sus tostadas enseguida, señorita Suzanne. – Dice Roberta escondiendo una risa.

- No te preocupes, Roberta. Yo puedo. – Dice Sue separándose de mí y acercándose a mi asistenta. – Habría que preparar caldo de pescado blanco para Sussie. Estoy segura de que cuando se despierte estará hambrienta. El médico dice que es lo único que puede tomar durante el día de hoy. – Miro perplejo a Sue. Realmente parece mi esposa. ¿No es precioso?

- Vale señorita Suzanne. Entonces sacaré una merluza que hay en el congelador. – Le obedece Roberta.

- Además, habría que llevar a la lavandería las sábanas, colchas e incluso cortinas de su habitación. Al parecer no es contagioso, pero es mejor evitar que se produzca. – Continúa Sue dando instrucciones.

- Sí, señora. – Contesta Roberta. ¿Soy sólo yo o Sue está ocupando voluntariamente el lugar que más deseo darle en mi vida? Creo que ella ha notado que lo ha hecho cuando me mira de repente, me ve sonreír y sacude la cabeza.

- Al menos, ese es mi consejo. – Dice avergonzada y se sienta junto a mí.

- Roberta, hágale caso a la futura señora Bennett. – Comento. Roberta y yo nos miramos y aguantamos la risa y Sue se pone colorada.

- Creo que para que eso suceda tendríamos que volver a ser novios primero, James. – Otra vez se distancia. ¡Qué hago con ella!

- Bueno, pues dime. ¿Quieres que volvamos a serlo o no? – Le pregunto dejando a un lado los rodeos. Ella abre la boca para hablar, pero la cierra sin decir nada. Vuelve a abrirla. La miro expectante.

- Papi, tengo hambre. – La vocecita de Sussie nos interrumpe. ¡Mi hija es tan oportuna como

lo es mi madre! No se puede negar que son parientes. Sue aprovecha la ocasión para escabullirse de mi pregunta y corre a cogerla.

- ¡Buenos días princesa! – Le dice cogiéndola en brazos. – ¿Cómo te encuentras?

- Bien, pero tengo hambre. – Echa su cabecita sobre el hombro de Sue. Sigue débil. Me acerco a ellas.

- ¿No le vas a dar un beso a papi de buenos días? – Mi hija me mira con mirada tierna y levanta su cabecita para darme un beso.

- Papi, quiero ver a mami. – De repente su carita se pone triste, muy triste, y yo me siento morir.

Sé que cuando uno está enfermo la primera persona en quien piensa es en su madre. ¿Qué le digo? Debo tener muy mala cara, porque Sue decide responder por mí.

- Mami no puede venir, preciosa. Pero papi y yo vamos a cuidar de ti juntos y, cuando te pongas buena, vamos a ir a un parque de atracciones juntos, ¿te parece? – Mi ánimo cambia automáticamente al escuchar nuestro nuevo plan en familia.

- ¿Qué es parque de taticiones, Tanne? – Pregunta mi hija. Sue se hace la sorprendida exageradamente.

- ¡¿No sabes lo que es?! Pues es un lugar muy chulo y muy mágico. Pero tienes que ponerte buena del todo primero para poder ir. Ven, vamos a la cama y cuando esté lista tu comida te la llevaré, ¿vale? – Sussie asiente y Sue se la lleva de nuevo a su habitación en brazos. Me quedo mirando la puerta cuando desaparecen pensativo.

- Señorito Bennett. Me alegro que la señorita Suzanne y usted hayan vuelto. – Me dice Roberta y yo la miro con cara de póquer.

- Hemos vuelto, ¿verdad? Yo diría que sí... – Roberta me mira raro. – Aún no ha dicho que sí. – Le explico encogiéndome de hombros. – Y con Sue nunca se sabe. Algo le pasa...

- Señor está claro que ella se muere por poder decirle que sí. Pero a lo mejor necesita que le recuerde los motivos. – Roberta tiene razón. Si Sue está aquí es por algo.

Cuando Sue vuelve a la cocina vuelve a tomar asiento a mi lado y continúa desayunando. La miro todavía ensimismado. Cuando se da cuenta me mira y frunce el ceño.

- ¿Qué? – Pregunta extrañada. Roberta carraspea y se disculpa diciendo que tiene que salir a tender la ropa. Sé que quiere decirme que aproveche la ocasión.

- Sue, quiero que vuelvas. Te quiero. – Digo con seriedad. Ella traga y me mira con igual seriedad, pero no habla. – Deberías decir algo.

- No creo que debiéramos...

- ¡Sue, joder! ¡Deja de castigarme de una jodida vez! – Me levanto y me planto frente a ella. Giro su taburete hasta ponerla de frente a mí. Me mira sorprendida. – ¡Tú me quieres, maldita sea,

y yo a ti también! ¡¿Qué más tengo que hacer?!

- Jaime yo...

- ¡No! ¡No se te ocurra decirme que son cosas mías!

- ¡¿Me quieres escuchar, cabezota?! – Me dice con una expresión que mezcla la irritación y la burla. Decido callarme. – Hay cosas que tú no sabes. – Lo sabía. Sabía que me ocultaba algo. – Además, para tomar esa decisión deberíamos esperarnos al menos a que acabe el curso que estás dando. Sí, quiero volver contigo. No hay nada que desee más. Pero tenemos que hablar primero de todo y ahora mismo soy tu alumna, Jamie. Si en la universidad se enteran de que estamos juntos te expedientarán y a mí me podrían quitar las asignaturas de este año, Jamie... piénsalo.

- Joder, no había pensado en eso. – Confieso rascándome la cabeza. Ella sonrío, se levanta y me besa rápidamente.

- No hay ninguna prisa. Vamos a tomárnoslo con tranquilidad esta vez y a hacerlo bien.

- Dime qué te pasa Sue. Porque lo de la universidad es una nimiedad. Nadie tiene que enterarse. – Respondo a sus besos. Ella me mira y sé que tiene ganas de decírmelo, pero aprieta los labios para evitarlo.

- No... nadie puede enterarse. – Me besa. – Te deseo tanto... – Ha pensado en voz alta. La levanto entre mis brazos con la firme intención de llevármela a la cama.

- ¡Papi! ¡Tengo hambre! – Oímos a Sussie que grita desde su habitación. Sue se ríe. Yo resoplo.

- ¡Ya va Sussie! – Gritamos Sue y yo a la vez.

- Voy a ver si está ya el caldo. – Me informa Sue zafándose de mis brazos.

Está bien, ahora que sé uno de los motivos por los que se resiste a volver definitivamente conmigo me relajo un poco. Sobre todo, porque sé que no es porque haya dejado de sentir por mí. Me quiere y me desea. Igual que siempre. Aunque Sue es experta en encontrar motivos para huir de lo que ella considera un peligro de exponerse a un nuevo abandono.

Turbulencias

Mat mi cuñado vino a hacerle una visita a Sussie, momento que aprovechó Sue para despedirse e irse a su nuevo apartamento con la excusa de tener trabajo pendiente. Tampoco puedo secuestrarla aquí y mañana tendrá que ir a clases.

Mat me informa de que Sussie evoluciona perfectamente y que en dos días más volverá a ser la niña alegre y revoltosa de siempre. Eso me alivia hasta el infinito.

Durante los días que estoy en casa cuidando de Sussie recibo la visita de mi madre, mi hermana, Arthur, Sue e incluso Joe Monroe, mi jefe de Bio Nature, acompañado de la peligrosa de su mujer. Me tenso muchísimo al verla de nuevo y evito posar mis ojos sobre ella por todos los medios.

Monroe parece un buen tipo y está preocupado por mi situación. Desde que supo la historia sobre el secuestro de mi hija por parte de su madre ha sido más que considerado conmigo, teniendo en cuenta que no llevo mucho tiempo trabajando para él. Parece que eso le ha ayudado también en su reputación, porque el caso del secuestro de Sussie ha salido durante un tiempo en todos los medios de comunicación y en todos ellos se ha alabado mi postura de padre coraje. Mi hermana y mi madre hasta han hecho entrevistas para la radio, porque yo no estaba en disposición de atenderlos.

Monroe me hace saber que desde que la noticia estalló han subido un 30% las fecundaciones in vitro en la clínica porque las clientas dicen fiarse mucho más de unos profesionales que se toman tan en serio la tarea de ser padres.

Escucho atento todo lo que me cuenta Monroe mientras tomamos unas cervezas en mi salón. Sussie juega con unos muñecos que mi jefe le ha traído como regalo junto a nosotros, sobre la alfombra y Janina no deja de repasarne con la mirada. Yo no la miro, pero la siento y me pone muy muy nervioso.

Llaman a la puerta y le digo a Roberta que atienda a la nueva visita. Mi casa últimamente parece una feria de congresos. Me sorprende muchísimo cuando veo a Ivonne aparecer por la puerta del salón. Me levanto y voy a saludarla. Me mira tímidamente.

- Ivonne...

- Hola James. He sabido lo de Sussie y quería saber cómo estaba. – Ivonne mira a mi hija y sonrío al verla jugar. – Me alegro que esté mucho mejor, ¿verdad que lo está?

- Sí, gracias por venir. – Me acerco y le beso en la mejilla. Ella suspira y siento que aspira mi aroma. – Siéntate. – Le indico con la mano. – ¿Quieres tomar algo?

- Una cerveza está bien. – Dice mientras toma asiento junto a Sussie que la saluda con cariño.

- Bueno Bennett, Janina y yo nos vamos. – Se despide mi jefe tendiéndome la mano.

- Espero tenerte pronto por la oficina. – Dice Janina mientras me besa la mejilla con una sonrisa diabólica. Le dedico una sonrisa forzada.

Roberta también aparece con su ropa de calle y me informa que ya ha terminado por hoy. Me despido de ella hasta mañana. Se van todos y me quedo a solas con Ivonne y mi hija.

- Bueno, ¿qué tal estás? – Pregunto sin saber qué otra cosa decirle. Ella me mira con tristeza.

- Tu hermana está haciendo un gran trabajo en la clínica. – Responde.

- Oye, lamento haberme puesto así contigo la última vez que te vi. Quiero que entiendas que quiero intentarlo con Sue. – Atajo porque realmente es lo único que tengo que hablar con ella.

- ¡Eh! ¡He venido en son de paz! – Bromea ella alzando las manos. – Supongo que al menos podemos mantener la amistad, ¿no?

- ¡Claro! – Aseguro aliviado. Si no quiere nada más puedo relajarme al fin.

- He traído algo para Sussie. – Ivonne saca una bolsita que contiene un vestido de princesa. Mi hija le da las gracias emocionada. Yo le sonrío.

- No tenías que hacerlo. – Se encoje de hombros. – ¿Te apetece cenar algo? Roberta ha dejado comida hecha para tres meses. Porque últimamente nunca se sabe cuántos seremos para la cena. Recibo más visitas que la reina.

- ¡Claro! – Contesta contenta.

Primero acuesto a Sussie que está ya dando bastantes signos de estar agotada y después descorcho una botella de vino, vierto un poco en un par de copas y sirvo un par de platos de asado que ha hecho Roberta sobre la mesa de la cocina.

- Mmm ¡Qué rico! – Dice Ivonne y creo que su mirada brilla más de la cuenta al decirme eso.

- Sí, Roberta cocina muy bien.

- ¿Dónde está Suzanne? – Me pregunta Ivonne. La verdad es que hoy no ha venido en todo el día y llevo preguntándome lo mismo durante horas, pero no he tenido tiempo de llamarla con tanta visita.

- No sé. – Intento contestar despreocupado. – Ha venido estos días después de sus clases para ayudarme con Sussie, pero cuando lo ha hecho estaban mi madre y mi hermana también y supongo que habrá pensado que estamos en buenas manos.

- Supongo que no habrá podido hoy. – Me dice tratando de sonar simpática, pero su simpatía me escuece. Me hace pensar que lo dice por apiadarse de mí por estar colgado de la chica equivocada.

- Sí, supongo. – Contesto con nerviosismo. Me siento incómodo.

- Bueno James, gracias por la cena. Me alegro que podamos seguir teniendo una relación

cordial. – Dice mientras se termina el vino de su copa. Sonríe, o, al menos, me esfuerzo por hacerlo. Me levanto para acompañarla a la salida y, por accidente, Ivonne tira mi copa de vino al poner la suya sobre la mesa, salpicando mi camisa del rojizo líquido. – ¡Oh, dios, lo siento mucho! – Exclama avergonzada.

- No te preocupes, ha sido un accidente. – Le digo con amabilidad mientras me voy desabrochando la camisa y la acompaño a la salida.

- Dame la camisa, te la llevaré a la tintorería. – Me dice abochornada.

- No, de verdad, no te preocupes. – Tiro la camisa al suelo y abro la puerta de la calle. – Gracias por visitarnos. – Los ojos de Ivonne me recorren el torso sin querer y doy un paso atrás. Cuando se da cuenta pestañea y sale de mi casa sacudiendo la cabeza, pero de repente choca con alguien y cae al suelo. ¡Mierda!

- ¿Qué haces tú aquí? – Pregunta Sue con mala cara. Me busca con la mirada y abre los ojos y la boca al verme sin camisa. ¡Joder!

- Sue, Ivonne ha venido a ver a Sussie, pero ya se iba.

- ¿A ver a Sussie? – Pregunta cruzándose de brazos. Uffff... ahora viene tempestad.

- Bueno, adiós James. – Ivonne huye con el rabo entre las piernas y me deja solo ante el peligro.

- Sue, ha sido sólo una visita inofensiva. No tienes que pensar cosas que no son. – Le digo persiguiéndola por mi casa. Ella mira la mesa y ve los restos de la cena, después ve mi camisa en el suelo. Yo miro hacia arriba implorando un poquito de misericordia conmigo.

- ¿Y dónde cojones está Sussie? – Vuelve a cruzarse de brazos y me mira con cara de diabólica.

- Dormida, Sue. Ivonne vino, le dio un regalo a mi hija y quiso aliviar tensiones conmigo. Le ofrecí algo de cenar y accedió. – Le cuento todo como si fuese un asesino confesando su crimen mientras le señalo la mesa en la que Ivonne y yo hemos cenado.

- ¿Y para aliviar tensiones te desnudas?

- No... Nena, me tiró sin querer un poco de vino y me la quité, sólo eso. – Me acerco para intentar acariciarla, pero ella retrocede ante mi acercamiento. – ¡¡Sue!!

- Mejor me voy. Lamento haber estropeado tu velada. – Dice hecha una furia dirigiéndose hacia la calle. Yo la intercepto agarrándola de un brazo.

- ¡Nena! ¡Por favor! ¡No veas cosas que no existen!

- ¡No me llames nena! – Madre mía, tiene un enfado de los de campeonato.

- Sue, lo que te he contado es la verdad.

- Te creería si no me la hubieses pegado con esa estúpida una y otra vez.

- Mi amor...

- ¡Suéltame! – Me grita cuando intento besarla. Resoplo. – Si quieres desahogarte tendrás que hacerte una paja, porque a mí no me tocas. – Sale de mi casa hecha una furia. Y yo le sigo.

- ¡Sue, joder, créeme! – Grito exasperado.

- ¡Me gustaría saber qué cara se te quedaría a ti si me vieras medio desnuda cenando en mi casa con un tipo al que me follé cuando tú y yo terminamos! – Me recrimina.

- ¡¿Qué querías, que la echara?! – Levanto las manos frustrado. – ¡Sue, ha venido a ver a mi hija y de forma totalmente cordial!

- ¡Genial! ¡Pues yo también venía a eso! Y en vista de que Sussie ya está dormida me voy. – Sue se gira y se va. La llamo a voz en grito un par de veces más y me ignora.

Me vuelvo a mi casa más que enfadado. “¡Por qué cojones me lo pones tan jodidamente difícil!” Grito al cielo enfadado. “¡¿No tenía bastante con lo jodida que ya es ella de por sí?!”

Castigos

Es sábado. Sussie está totalmente recuperada, así que el lunes volveré a mi trabajo en la universidad y mi hija al colegio. Ahora el que está enfermo soy yo. Enfermo de rabia, enfado y celos descontrolados.

El jueves, cuando Sue se fue así, decidí ignorar su estúpido enfado, me metí en la cama y me dormí después de golpear a la almohada unas cuantas veces.

El viernes no aguanté las ganas y la llamé a la hora a la que sabía que estaría saliendo de la universidad. No contestó. No iba a llamarla más porque sabía que sería inútil. Así que le escribí un whatsapp **“Sue, deja de culparme de cosas que no existen y llámame de una jodida vez. Necesitamos hablar.”** Como bien sabía, tampoco obtuve respuesta a mi whatsapp ni a los siguientes que le siguieron sucesivamente. Aunque puede que mi tono no fuese nada conciliador, he de admitir.

La noche del viernes la pasé en vela pensando que otra vez se estaba distanciando de mí y que no sabía nada de ella, dónde estaba, con quién, qué estaría haciendo... Esta mujer es desquiciante. ¡Tengo ganas de ir a buscarla, arrastrarla hasta mi casa y esposarla al cabecero de mi cama para decirle unas cuantas cosas sin que tenga la posibilidad de huir! Estoy cansado de su testarudez. ¡Estoy hasta los huevos!

Pero hoy sábado no me pienso quedar de brazos cruzados y tengo claro una cosa; Sue me va a oír, le guste o no. No tengo más paciencia a la que recurrir y ya estoy cansado de que mi vida no sea más que un ir y venir de emociones difíciles de gestionar.

He dejado a Sussie con mi madre y he quedado con Arthur para salir a tomar algo. Sé que Sue va a salir esta noche con Mary porque Arthur me lo ha confesado y sé dónde estarán. El mismo maldito bar en el que se lo hice por primera vez en el baño de mujeres. Sue no tienes escapatoria...

- Bennett, para de beber. – Me pide Arthur. Aún estamos en la cervecería que hay cerca del bar en el que supongo Mary y Sue están dándolo todo. Miro a Arthur con cara de entierro mientras me bebo la pinta de cerveza que tengo frente a mí de un solo trago. – ¡Tío te has tomado ya como ocho! ¡Para un poco!

- ¡No quiero! – Me doy cuenta de que mi voz suena bastante cómica. – Tengo que relajar este puto estrés como sea. Después iré a ver a esa diabla y se enterará de con quien está jugando. ¡Eso haré!

- Baja la voz y la mano, Bennett, estás dando el espectáculo. Ven anda, vamos a buscarlas ya antes de que te pongas peor.

Me levanto, me pongo mi abrigo y sigo a Arthur por la calle. Mi amigo me mira como si le preocupara que me cayese al suelo en cualquier instante, pero no estoy tan borracho como para eso. Sólo estoy un poco. Estaré sin duda bastante pedo si continúo bebiendo.

Así que al entrar en el bar y dirigirnos a la barra yo solo pido una botella de agua. Arthur me mira aliviado. Desenrosco mi botella y enseguida veo a la maldita de mi novia, o amante, o lo que cojones sea en mitad de la pista de baile. Lleva un modelito bastante provocativo; un vestidito muy corto y muy sensual plateado. Y se contonea feliz en mitad de la pista sin importarle una mierda el hecho de que tres buitres le estén acechando y restregándose contra ella por todos lados. Doy un largo trago a mi botella de agua a la par que la observo mientras suena la canción de “Titanium” de Sia. Mi cara no debe de ser la de la amabilidad personificada por el modo en el que me mira Mary, que se ha dado cuenta de que Arthur y yo hemos llegado.

Mary mira a Sue y comprende el motivo de mi malestar cuando es testigo como uno de esos buitres la coge por la cintura y la pega contra su cuerpo sin piedad. Sue parece intentar zafarse de él entre risas. De pronto cae al suelo y vuelve a reír. Se acabó. Voy a por esa maldita.

- Bennett, no hagas una tontería. – Me pide Arthur. Lo miro con frialdad.

- Descuida. – Me dirijo hacia Sue que sigue en el suelo intentando levantarse, más que borracha.

Dos tipos la ayudan, pero se separan en cuanto me ven aparecer con cara de asesino. Sue da las gracias y cuando ve la cara de los chicos se gira para ver el porqué de su estupor y me ve. Se tapa la boca.

- Jamie... Yo... sólo bailaba. – Se excusa. Le cuesta mantenerme la mirada cuando ve que estoy a punto de ebullición. – Esto... he bebido un poco. ¿Hoy no has quedado con doña tetas de plástico? – Me dice abrazándome por el cuello intentando calmarme con su diabólica mirada de inocente. Yo sigo igual de cabreado y fulminándola con la mirada. Sobre todo, al ver la clase de borrachera que lleva, con ese minúsculo vestido y esa pinta tan apetecible. – No me mires así, James. Sólo estaba divirtiéndome. Sé que estás endemoniado porque no te he respondido estos días, pero estaba enfadada, ¿vale? ¡Y lo sigo estando! Pero... me gustas tanto... – Definitivamente tiene una borrachera de campeonato para que me diga todas esas cosas. Si Sue estuviera en sus cabales ahora mismo me mandaría a la mierda como siempre. Mira a mis labios con profundidad y trago saliva ante esa mirada ardiente. Me besa, aunque yo no se lo devuelvo. Tengo unas ganas locas de darle lo que esta bruja se merece. – Eh, oye, yo no... – Le cojo del brazo y me la llevo a la fuerza al lavabo de mujeres. – ¡Jamie, qué haces! Me haces daño. – Protesta por el camino. La ignoro. Entramos en el baño y varias mujeres cuchichean sorprendidas. La encierro en un habitáculo y cierro el pestillo tras de mí. Vuelvo a fulminarla con la mirada. – Jamie, yo no he hecho esto a propósito. Yo...

No le dejo terminar. Estoy tan enfadado que nada de lo que diga me va a calmar. Le doy la vuelta y la aprisiono de cara contra la pared.

- Cállate, maldita diablo. – Le digo al oído con rabia mientras levanto su vestido y bajo sus bragas con una mano. Con la otra la mantengo sujeta de la melena para que eche su cabeza hacia atrás. – ¿Te diviertes jugando conmigo?

- No yo...

- Shhhh. Por lo que he visto esta noche estás más que decidida a buscar un polvo. – Me

desabrocho la bragueta del pantalón. – Habrá que complacer a la señorita Allen. ¿Te sirvo yo? Espero que sí. – Acaricio su sexo cuando ya he liberado el mío y sonrío en su oreja al notar que se humedece rápido ante mi contacto.

- Jamie... yo no estaba buscando... te deseo sólo a ti... – Su voz suena como un intenso gemido que intenta controlar.

- ¿Me deseas? ¿De verdad?

- Ahh sí...

Cada vez está más húmeda por la acción de mi caricia.

- ¿Ahora mismo, nena?

- Sí... ahora...

Saboreo un instante con satisfacción el hecho de que me haya dado permiso para hacer lo que voy a hacer. Jamás podría tocarla si no supiera que desea que lo haga. En ese momento la penetro de golpe y eso le obliga a callar.

- Shhh. No pretendas hacerme creer que estoy ciego. – La embisto con salvajismo y Sue comienza a gemir muy fuerte. La silencio con una de mis manos y continúo clavándome en su cuerpo con violencia. Sus gemidos ahogados en mi mano me encienden más. – Quieres volverme loco, ¿no es así? Disfrutas retándome, desquiciándome, jugando conmigo. – Siseo en su oído. – Te has equivocado conmigo, Sue. Si vas a desaparecer de mi vida hazlo de una jodida vez, pero llévate este recuerdo de lo que un día tuvimos. – Siento los espasmos de su orgasmo alrededor de mi polla y entonces me corro en su interior con ganas. Salgo de Sue, me abrocho la bragueta y salgo del baño sin mirar atrás.

- ¡Eh! ¿Dónde estabas? – Me pregunta Arthur al salir.

- Me voy. – Digo simplemente y salgo del maldito bar escuchando un sinfín de preguntas de mi amigo a mis espaldas, que no pienso contestar.

Cuando llego a casa me bebo la media botella de vino que dejé sin terminar de la vez que cené con Ivonne.

Mi teléfono suena mientras bebo. Es Sue. No contesto. Todavía no he descargado toda la rabia que siento dentro y no tengo ganas de decirle alguna barbaridad. Vuelve a insistir y sigo sin contestar. Ahora te toca a ti probar de tu dichosa medicina, cariño.

Cuando estoy lo bastante borracho para dormirme sin pensar más en esa tortura de mujer me arrastro hasta mi cama. Sue sigue llamando insistentemente, así que apago el móvil y me meto en la cama. Caigo fulminado y me duermo en pocos minutos.

Siento unos golpes roncós. ¿Será mi cabeza? Tengo un dolor de cabeza inmenso por la maldita resaca. Otros golpes. ¡Joder, que pare! ¡Me va a estallar la jodida cabeza! Escucho unos gritos. ¿Sue? Me incorporo y miro el reloj de mi mesita de noche. ¿Las cuatro de la madrugada?

No llevo ni una hora durmiendo. “¡Abre de una puta vez, Jamie!” Escucho gritar a Sue desde la calle cuando me voy acercando a la puerta de mi casa en calzoncillos y con los pelos enmarañados. Abro y trato de enfocar mis ojos en ella, pero lo veo todo borroso. Aún tengo una borrachera de campeonato.

- ¡Qué quieres! – La enfrento.

- ¡Por qué demonios te has ido! ¡No me has dejado hablar! ¡No te ha importado una mierda lo que tenía que decirte!

- ¡No se te veía muy preocupada por decirme algo! ¡Más bien se te veía disfrutar bastante de mi ausencia mientras bailabas con esos subnormales! – Grito. Sue me dedica una mirada de rencor y entra en mi casa sin más. – Sue, ¿qué haces? Son las malditas cuatro de la madrugada, estoy borracho y no me apetece una mierda ahora mismo ponerme a discutir. – Digo mientras cierra la puerta.

- ¡Ah pues a mí sí! ¡Y en vista de que tú sí que puedes venir y hacer conmigo lo que te plazca y cuando te plazca, yo también lo haré!

- Haz lo que quieras, yo me voy a la cama. – Digo y me pongo en dirección a mi habitación. Me tiro a la cama bocarriba y me tapo la cabeza con la almohada.

- ¡Eres un gilipollas! – La escucho gritar cuando entra en mi habitación.

- Genial. Pero este gilipollas necesita dormir.

- ¡Pues no vas a hacerlo hasta que no te diga todo lo que tengo que decirte! – Me grita y de repente la siento sobre mí. Quito la almohada que me cubre la cara y la veo sentada a horcajadas sobre mí, con su vestidito plateado y con cara de perro rabioso. Me río. Me da por reírme y no puedo parar. – ¿De qué te ríes, ridículo? – Coge una almohada y comienza a golpearme. Me cubro como puedo.

- ¡Está bien, está bien! ¡Habla, joder! – Me rindo. Ella se queda un buen rato mirándome sin decir nada. – Estoy esperando, Sue. Espero que tengas algo realmente conmovedor preparado.

- ¿Te la has follado? – Me sorprende. Sé muy bien a qué se refiere. Pongo los ojos en blanco. – ¡No hagas mohines y contesta!

- ¡No! ¡Claro que no me he follado a Ivonne! Pero, ¿qué más da lo que yo diga si tú ya me has condenado? – Me mira dudosa.

- Me vas a volver loca...

- ¡¿Yo?! ¡Tú eres quien va a hacerme perder la poca razón que me queda! – De repente Sue estrella sus labios contra los míos.

¿Está llorando? Pero no puedo comprobarlo. Sue me besa con una pasión descontrolada, me agarra del pelo y gime en mi boca cuando abro mis labios para responder a su ataque. Me aferro a su rostro con fuerza y ambos comenzamos a gemir cuando ella empieza a restregarse contra mí. Se separa de mis labios un momento y, sin decir nada más, palpa con su mano hasta

liberar mi polla e introducírsela hasta el fondo. Con una mirada encolerizada. Abro la boca al sentir su abrazo carnal.

- Dios Sue... – Gimo y me aferro a sus caderas para ayudarla a avivar el ritmo. Aunque el que ella ha impuesto es del todo salvaje. Me vuelve a besar con rabia.

- Te odio. – Me dice pegada a mis labios y vuelve a invadirme la boca con su pérfida lengua. Sé qué quiere decir. Lo mismo que yo. Odia ser tan débil con lo nuestro. Odia amarme de este modo tan enfermizo. Exactamente igual que yo.

- Yo también te odio. – Digo apretándola con fuerza hacia mí cada vez que entro en su interior.

- Ahhh. – Gime al sentir como la colmo echando su cabeza hacia atrás. Vuelve a mirarme. – Eres un estúpido. – Vuelve a besarme.

- Mmmm. Sí... Dios nena, sigue. – Siento su caricia extrema de una forma impresionante. Me araña, me tira del pelo, gime en mis labios loca de placer. – Vóy a correrme Sue...

- Mmmm, y yo. Te odio Jamie...

- Y yo...

Nuestros labios y lenguas se mezclan en un aullido silencioso y nos corremos los dos a la vez mientras presiono sus caderas para hincarme en ella hasta el fondo hasta vaciarme por completo. Después deja caer su peso sobre mí y esconde su cara en mi cuello.

- Creo que me has quitado la borrachera. – Susurro. Siento su risita en mi cuello.

- Tú me estás quitando la sensatez. – Ahora levanta su rostro en busca del mío.

- Sue, tienes que confiar en mí, maldita sea. Te dije que no me...

- Shhh. – Me besa. – Está bien.

- ¿Qué? ¿Me crees? – Frunzo el ceño.

- Sí, te creeré. Porque sé que no serás tan estúpido de intentar mantenerme a tu lado si hay algo turbio de lo que tenga que enterarme, porque ahora ya sabes cómo reaccionaré si me entero. – Resoplo.

- Eres una maldita. – La giro hasta ponerla a mi lado y la aprieto contra mí.

- Ya somos dos, doctor Bennett. Nos hemos escapado del mismo infierno. Por eso nos atraemos tanto.

La peor de las brujas

¿Pensáis que ya estaba todo arreglado con Sue? Eso es porque no la conocéis como yo. Esa maldita bruja del infierno ha debido hacer un máster con el mismísimo Satanás.

“Oficialmente” creo que hemos vuelto, pero sin volver. ¿Qué cómo es eso? Pues yo te lo explico. Se basa prácticamente en que Sue sigue haciendo lo que le da la maldita gana. Esta semana que he vuelto a la universidad y mi hija al colegio, durante las horas de clase, Sue ha actuado como una alumna distante y responsable. Hasta ahí todo bien y comprensible, pues ninguno de los dos quiere poner en peligro nuestro compromiso con la universidad. Pero en el descanso para comer no era necesario irse con sus amiguitos de clase y dejarme solo en la cafetería, ¿no? ¡Vamos, yo al menos lo creo así! También se ha encargado de visitar a Sussie cada tarde con la compañía de mi hermana y mi madre. ¡Como todos comprenderéis no me voy a follar a Sue con mi madre en casa o cualquiera aguantaría los gritos de la mujer! Ella lo sabe y por eso llega con ellas y se va con ellas. ¡Me tiene quemadísimo! ¿Es que no quiere volver? ¡Porque si lo que quiere es evitarme debería decírmelo y dejarme olvidarla de una puñetera vez! Pero, ¿cómo olvidas a alguien como ella?

Al final he decidido ignorarla también. Cuando llega con mi madre y mi hermana para hacer la rutinaria visita, desde el miércoles en adelante, lo que hago es responderle encerrándome en mi despacho y no salir de ahí hasta que ese trío me anuncia que se van.

Así tiene que estar uno con ese bicho. Y sólo así conseguí que el jueves viniera a buscarme a mi despacho. Abrió la puerta sin siquiera llamar. Levanté la vista de los apuntes que estaba preparando para la universidad y, cuando vi que era ella, continué leyendo como si nada.

Sue cierra la puerta y se acerca hasta mi mesa. Y no es hasta que se sienta frente a mí con las piernas abiertas que la miro. Y me esfuerzo en mirarle sólo a los ojos.

- ¿Necesitas algo? – Le digo. Ella sonríe. Mantenemos la mirada un largo rato.

- Me gustaría quedarme esta noche contigo. – Dice. Trago saliva. Esta mujer va a acabar conmigo y con mis nervios. ¡Vamos Bennett, dile que no! ¡Dile que estás cansado! ¡Ten cojones!

- Ehmmmm, si quieres. – Me encojo de hombros. ¡Seré estúpido! Intento seguir leyendo o al menos hago como que lo estoy haciendo. Lo único de lo que he sido capaz es de intentar aparentar indiferencia. Pero no creo que haya colado.

- ¿Estás muy enfadado? – Inspiro con fuerza. La miro.

- Ajá.

- Bien. Así será más emocionante la reconciliación. – Dice la muy hija de puta, se levanta de mi mesa, me planta un beso y se va.

¡¿Le divierte a esa arpía del inframundo enfadarme?! Me está provocando para que me vuelva un bestia cuando la lleve a la cama. ¡Eso es lo que quiere! ¡¡Ja!! No sé cómo lo haré para

seguir una relación con ella y que no me vuelva majara del todo, pero es lo que quiero. Cada día lo quiero más y más. La deseo demasiado. Que sea mía, para siempre, sólo mía. Pero Sue es perversa y le divierte jugar con mi salud mental para llevarme al límite. ¿No es excitante? ¡Por eso la quiero y la odio tanto a partes casi iguales! Ella es lo más emocionante que hay en mi vida y, aunque tenga que empezar a dar clases de yoga o algo similar para controlar el impulso asesino que a veces despierta en mí, hace que mi vida sea del todo emocionante. Y, a pesar de eso, no cambiaría todo lo que me hace sentir por nada del mundo.

Roberta se va y poco después mi madre y mi hermana anuncian también su marcha. Yo salgo a despedirlas y veo a Sue con una de mis camisetas puestas y un moño alto, preparando algo de cena para Sussie y para nosotros. No se me escapa su mirada pícaro de soslayo y yo le dedico la mía más altanera al pasar por su lado.

- Me encanta esta chica para ti, James, hijo. – Me susurra mi madre en la puerta. Yo me giro y sonrío al ver a mi bruja en la cocina. Ahora mismo parece un angelito. Sólo yo sé lo que se esconde tras esa angelical fachada. – Se ve que es una mujer de armas tomar. – Cuánta razón tiene mi madre. – No la dejes escapar. – Me besa.

- Adiós mamá. Adiós Brigitte. – Beso a mi hermana.

Vuelvo a entrar en casa y miro a Sue con toda mi malicia mientras paso por su lado. Ella se relame el dedo conteniendo una de sus famosas risas pícaras.

Traigo a Sussie para cenar. Aunque es temprano, todavía ando un poco obsesionado con que Sussie descansa bien. Le damos la cena entre Sue y yo y mi hija parece disfrutar bastante de nuestra reunión de tres. Qué alivio siento al ver a Sussie comer otra vez tan bien. Verla tan sana. Tan viva. Un escalofrío me recorre la espina dorsal al recordar que casi la pierdo para siempre.

Sue está hoy del todo decidida a descolocarme. Ahora ha adoptado el rol de la esposa entregada y se deshace en mimos con mi pequeña. ¿A qué estará jugando ahora?

Llaman al timbre de la puerta. Me levanto para abrir y dejo a Sue en la tarea de darle de comer a Sussie. Al abrir, una mujer de unos cincuenta años y un hombre de no más de treintaicinco muy bien vestidos me sonrían con una sonrisa ensayada. No tengo ni idea de quiénes son.

- Buenas tardes, ¿qué desean? – Les digo.

- ¿Señor Bennett? ¿James Bennett? – Pregunta la mujer. Yo asiento. – Somos de asuntos sociales. Venimos a hacer una inspección para ver en qué condiciones se encuentra la pequeña Susan Amber Bennett. – Frunzo el ceño. – Es un requisito indispensable para que le concedan la custodia, señor. – Me aclara. – Sabemos que su hija ha pasado por varios momentos catalogados de posiblemente traumáticos. ¿Podemos pasar?

- Ehh, sí, claro, pase. – Titubeo. Le muestro el camino con mi mano. Sue mira hacia la puerta un poco nerviosa. Creo que ha escuchado quienes son.

- Buenas tardes. – Saluda la mujer que es quien lleva la voz cantante.

- Buenas tardes. – Saluda Sue. – James, voy a ponerme algo de ropa decente. ¿Te ocupas tú de la cena de Sussie?

- Claro.

- Así que tú eres Sussie. – Le dice la mujer a mi hija yo me siento junto a mi hija en modo protector. Sussie sonrío con la boca llena de comida. – Hola preciosa. Me llamo Margaret y él es John. – Señala a su acompañante que sonrío a Sussie y anota algo en una libreta.

- Hola Magague y John. – Responde Sussie. – ¿Sois amigos de papi?

- Algo así. Venimos a hacerte algunas preguntas. – Sussie mira a la mujer extrañada. Yo estoy hecho un flan. Sue vuelve a aparecer y me siento más que aliviado de verla. Es como si con su presencia no me sintiera en desventaja. Se acerca a nosotros en silencio. – ¿Qué tal estás viviendo con papi? – Pregunta la mujer.

- Muy bien. Papi es muy bueno. Papi me lleva al parque y tengo una habitación sólo para mí. Y muuuuuchos juguetes y libros. – El tal John apunta de nuevo en su libreta y yo suspiro un poquito.

- Eso suena muy bien Sussie. ¿Sabes dónde está mami? – Me tensó y me pongo en pie. La mujer me mira y le digo que no con la cabeza. Todavía no he tenido esa charla con mi hija. Ella asiente y comprende.

- Mami me quiere, pero no puede venir. – Dice mi hija. – Echo de menos a mami. – Sussie muestra un enorme gesto de tristeza y yo maldigo a esa estúpida mujer por hacerle esto a mi hija. ¿No tiene bastante con lo que ha sufrido?

- Mami te quiere también, Sussie. – Le dice Sue a mi hija acariciándole la espalda y dándole un sentido beso en la frente. Yo la miro cautivado.

- Disculpe, ¿usted es...? – Pregunta la mujer intentando sonar amable. Sue y yo nos miramos sin saber cómo contestar a esa pregunta.

- Es Tanne. Mi mejor amiga. La novia de papi. – Responde mi hija resolviendo la pregunta. ¡Joder! ¡Espero que a Sue no le dé por negarlo ahora! No sabría cómo resolver la situación.

- ¿Tanne? – Pregunta la mujer extrañada al oír ese nombre.

- Discúlpeme, soy Suzanne. – Contesta Sue aguantando la risa y tendiéndole la mano a la mujer. – Pero Sussie me llama Tanne.

- Encantada. ¿Usted y el doctor Bennett tienen entonces una relación? – El tal John vuelve a apuntar en su libreta. Miro a Sue.

- Eh, sí. Llevamos seis meses juntos. – Suspiro aliviado. Técnicamente es cierto. Si contamos nuestras idas y venidas... Sonríe como un bobo. Margaret me mira. Gracias Sue...

- Ya veo... y, ¿se conocieron...?

- Yo era paciente suya. – Ataja Sue.

- ¿Tiene trabajo, Suzanne?

- Ehhh, estoy terminando mis estudios de farmacología y tengo un trabajo a tiempo parcial para poder combinarlo con mis estudios. – La verdad es que nunca me había alegrado tanto como ahora mismo de que Sue no siga trabajando en el Caribbean Blue. Ahora mismo habría sido un hándicap en toda regla.

- Ah, estupendo. Deduzco entonces que es bastante más joven que el doctor Bennett.

- Sólo siete años. – Intervengo al fin poniéndome en pie y posicionándome junto a Sue, un poco a la defensiva. – Sue tuvo que dejar sus estudios apartados durante un tiempo y yo me encargué de ayudarle a que los retomara.

- Papi, tengo sueño... – Interrumpe mi hija. Miro a la mujer.

- Tranquilo. He terminado con ella. Sólo necesito hacerle un par de preguntas más a usted y estaremos listos. Así que buenas noches, Sussie. – Le dice la mujer a mi hija con una sonrisa. El tal John también se despide con la mano.

Intento demorarme lo mínimo en acostar a Sussie y no dejar a Sue sola ante el peligro con esa gente.

- Buenas noches, cariño. Que descanses. – Beso a mi hija.

- Buenas noches, papi. – Me besa y le cubro con las sábanas.

Por el camino de vuelta a la cocina voy oyendo la conversación que mantienen Sue y los intrusos.

- ¿Vive usted aquí, Suzanne? ¿O sólo viene de vez en cuando? – Cuando llego el tal John está listo para apuntar. Sé que van a querer que les muestre la ropa de Sue en mi armario para demostrarlo. Mierda. ¿Qué decimos?

- Ehhh, sí. – Contesta Sue titubeante.

- Bueno, ahora mismo no, cariño. – Me acerco a Sue y le beso la frente para demostrar cohesión entre los dos, sentándome a su lado. La tal Margaret me mira extrañada. – Sue vive aquí, pero ahora mismo tiene un apartamento alquilado cerca de la universidad en donde pasa la mayoría de los días entre semana, para poder desplazarse más fácilmente. También para darle más tiempo de adaptación a Sussie con todo este cambio.

- Ah, bien. Eso está muy bien. – Contesta la mujer. Sue me mira y comprende por qué he dicho eso. – Y usted tiene un nuevo trabajo en la clínica Bio Nature. Pero mantiene su clínica privada...

- Sí. Me va muy bien en mi nuevo trabajo. – Obvio el hablar sobre que estoy impartiendo un curso en la universidad. – Mi hermana es quien dirige ahora mi clínica.

- Está bien, señor Bennett. Seamos francos. – Inspiro el aire con fuerza, aguardando el veredicto de la tal Margaret, que tiene el futuro de mi hija y el mío propio en sus manos. Sue me abraza por los hombros para proferirme fuerza. – Su exmujer ha fallecido y eso le concede a usted automáticamente la custodia completa de su hija, Susan Amber Bennett. Sobre todo, porque

ustedes tres ya se ven como una familia y eso es un punto muy positivo en el informe. – Suelto todo el aire de los pulmones aliviado. Sue me da un beso en la sien. – Pero, según tengo entendido, hay algún miembro de la familia materna que está interesado en tener un régimen de visita. Así que tendrá que fijarlo según lo estime oportuno. – ¡Qué! Intento levantarme más que enfadado, pero Sue me detiene sujetándome del brazo.

- ¡Estará usted de broma! ¡Si se refiere a Hammed, el hermano de Jasmina, ese malnacido no volverá a acercarse a mi hija Sussie en lo que le queda de vida! ¡¿Sabía usted que mi hija fue secuestrada por su madre y su familia durante dos largos años?! – Grito enfurecido. La mujer me mira asustada y el hombre toma notas mientras en su libreta. – ¡¿Sabía que pagué un maldito millón de libras para poder traerme a mi hija de vuelta?! ¡Eso es lo que valía la vida de mi hija para ellos! – Siento la mirada alucinada de Sue a mi lado. Sí, esa parte del rescate no la conoce. Margaret se aclara la garganta.

- No, no lo sabía. Sabía que su exmujer y usted pelearon por la custodia de su hija...

- ¿Pelemos? ¡No, señora! ¡Ni siquiera hablamos de separarnos! ¡Simplemente un día se fue y desapareció llevándose a mi hija al maldito Líbano para enrolarse al puto Estado Islámico!

- James, tranquilo. – Me susurra Sue al oído.

- ¡No puedo estar tranquilo, joder! – Vuelvo a gritar desesperado. No puedo permitir que ese sujeto se lleve a Sussie de nuevo. Sé que lo hará. – Un momento... Si me estáis diciendo lo del régimen de visitas... ¿Quiere decir que el desgraciado de Hammed está en Londres? – Mi mente comienza a trabajar muy deprisa.

- Ehhh, sí, eso parece. – La fachada de tipa dura de la tal Margaret acaba de caérsele cuando es consciente del daño emocional que podría suponer ese sujeto en nuestra vida. – Tranquilo doctor Bennett. Hablaré y expondré el caso que usted me señala. ¡Tom! ¡Anota ahí que no es conveniente que reciba visitas de su familia materna! – Aprieto los ojos y pido al cielo para que así sea. – No le molesto más, doctor. – Ambos se levantan y nos tienden la mano. – No se preocupe, yo me encargaré de elaborar el estudio y tendré en cuenta lo que me ha dicho para elaborar el informe. Usted trate de reunir todas las pruebas que pueda para demostrar eso que dice y presentarlas a la fiscalía de menores.

- No tienen más que leer la prensa...

- Señor Bennett. La prensa sensacionalista no es algo de rigor para nosotros. – Me dice la mujer cuando ya hemos llegado a la puerta. Le abro la puerta para que salgan de una vez y la fulmino con la mirada. Ella agacha la mirada.

- Supongo que no lo es. Pero la verdad sí. Y yo pienso demostrar todo lo que digo. Buenas noches señores.

Me despido de la desagradable visita. Cierro la puerta y me dirijo hacia el salón. Allí me siento en el sofá desplomando todo mi peso sobre él. Vuelvo a sentir la sensación de llevar toneladas de peso sobre mis hombros. Sussie... No voy a permitir que te vuelvan a arrebatar tus derechos, tu infancia ni tu vida...

Sue se acerca hasta mí con paso inseguro. En sus manos lleva dos copas de vino. Me tiende una. Sí, me vendrá bien una copa. Le dedico una triste sonrisa de agradecimiento y me acerco el líquido a la boca, dándole un trago consistente. Suspiro.

- Jamie, no te preocupes, nadie te apartará ya de Sussie. – Dice para tranquilizarme y se sienta junto a mí. Le miro intentando tener fe en lo que dice. Sue acaricia mi pierna y me sonrío. – Eres el mejor padre del mundo. Sussie está en buenas manos.

Le miro fijamente y no soy capaz de decir nada. Soy el mejor padre del mundo... según ella. Pero no soy lo bastante hombre para que vuelva conmigo.

- ¿Qué? ¿Por qué me miras así, Jamie? – Me pregunta. Me bebo lo que me queda de vino de la copa y me levanto. Sue me mira sin comprender. Me quito la camiseta, los pantalones y la ropa interior hasta quedarme completamente desnudo frente a ella. Ella traga saliva al verme así.

- Me voy a dar una ducha, lo necesito. – Digo y desaparezco de su vista.

Me imagino que Sue se habrá quedado algo perpleja por mi reacción, pero necesito escapar de ella en estos momentos. Era eso o abalanzarme sobre ella como un poseso y follármela con toda la rabia de mi alma. Aún lo sigo necesitando, pero no quiero ser yo quien la busque esta vez. Necesito una maldita señal de la vida que me diga que sigue teniendo sentido estar tan perdidamente enamorado de esa mujer, sobre todo en estos momentos.

El agua tibia no consigue atenuar para nada mi ansiedad por más que froto mi cara en ella. Aprieto los ojos mientras la dejo caer sobre mí y, de repente, siento su presencia en mi espalda. No sé cuándo ha entrado en el baño, pero la siento ahí, pegada a mi piel. Acaricia mis brazos y yo suspiro.

Arder en tu infierno

Y, sin mediar palabra, me giro hasta ponerme de frente a Sue y la contemplo con los ojos cargados de lujuria.

Está desnuda, resbaladiza, húmeda, preciosa. Me mira asustada sin comprender bien qué es lo que pasa por mi mente en estos momentos. Creo que finalmente lo entiende bien cuando sus ojos alcanzan mi erección. Abre la boca y vuelve a mirarme a los ojos. Veo también su deseo en ellos. Entonces siento su deliciosa mano acariciando mi polla.

- Vas a acabar conmigo, Sue. – Gruño acercándome más a ella, sintiendo las llamas atravesar mi piel, traspasar mi mirada.

Ella quiere replicar, pero no le dejo. Ataco a sus labios sin piedad y agarro con fuerza su melena para hacer el contacto más denso. Con mi otro brazo la levanto sosteniendo una de sus piernas. Ella grita ante la sorpresa.

La estrello contra la pared del baño y muerdo sus labios, enredo nuestras lenguas en un baile demencial y bebo su alma en ese beso desgarrador. Y, sin pensarlo más, me hundo en su preciado cuerpo hasta el infinito. Todo lo que me permite mi cuerpo. Ambos gemimos.

- Oh, eres tan adictiva. – Susurro en sus labios mientras continúo con mis fieras embestidas. Sue se mueve sobre mí como sólo ella sabe y yo estoy a punto de explotar de lujuria. – Dime qué cojones quieres de mí, Sue. Dime qué tengo que hacer para que te rindas de una vez y seas mía, sólo mía, para siempre. Porque yo soy todo tuyo, nena. – No puede hablar. Sé que está perdida en mi ataque y yo no pienso detenerme para dejarle hablar.

- Jamie... – Susurra entre gemidos.

- Dime. Dímelo, te lo ruego. – Gruño mientras continúo embistiéndola sin piedad. Sujeto su mandíbula, obligándola a mirarme. – Dímelo Sue.

- Te... te amo, Jamie. – Dice con miedo. ¿Qué demonios me oculta? Ya me empieza a asustar.

- Y yo nena. – Confieso y devoro sus labios.

Tres embestidas más y Sue se corre gritando mi nombre. Segundos después la sigo yo clamando el suyo. Y poco a poco descendemos el ritmo hasta acabar abrazados bajo el agua de la ducha. Sue me abraza con fuerza y apoya su cabeza en mi pecho, escondiéndose de mi mirada. Yo aguardo a su ansiada confesión. Sé que éste es el momento y ella debe saberlo también, porque está más que nerviosa.

El silencio reina durante unos minutos, abrazados, hasta que escucho la voz temblorosa de Sue.

- Cuando te fuiste en busca de Sussie y me quedé aquí pensando en que te habías ido a buscar a una esposa, la cual ni siquiera sabía que existía... me... yo, me di cuenta de que se me

olvidó ponerme la inyección anticonceptiva y... – Se detiene. ¿Eso es lo que le pasa? ¿Se asustó porque pensó que estaba embarazada? ¡Es completamente lógico! Busco su mirada y levanto su barbilla para que me mire.

- Tranquila Sue. No ha pasado nada. – Sonríe. Pero en sus ojos veo el miedo más profundo. – No... Sue. No pasó nada, ¿verdad? – Sus labios tiemblan. Me mira horrorizada.

- Estaba embarazada, Jamie. – Sue pone en palabras lo que me estaba temiendo.

- ¿Estabas...? – Casi no me sale la voz del cuerpo. Sue agacha la cabeza.

- Aborté. Tenía miedo. – Confiesa sacudiendo la cabeza. Me recorre un escalofrío por la espina dorsal, pero soy incapaz de mover un solo músculo. – Tú... habías desaparecido. ¡Dios tenías mujer e hija! – Comienza a llorar y suelta una irónica risa, aunque sigue siendo incapaz de mirarme. Yo estoy completamente en shock. – Sé que pensarás que soy una maldita. – Comienza a llorar agónicamente y esconde su cara entre las manos. ¿Pienso eso de ella? – Sé que creerás que fui egoísta por tomar esa decisión sin contar contigo. Pero no podía... yo... no sabría ser una buena madre, Jamie. Estaba sola... asustada... tú te habías ido... ¡Tenías tu propia familia! – Al fin me mira y creo que su miedo se acrecienta al ver mi estado de estupor. – Yo no sé ser madre, Jamie. Sería terrible. Te veo a ti, con Sussie y... pienso que jamás podré ser la mitad de lo que eres tú con ella. – Tengo una maraña de sentimientos bombardeándome el pecho y las sienes en estos momentos. Y sé que debería hablar, pero no puedo.

Estoy viendo a la mujer que amo con toda mi insulsa alma confesándome que nunca se verá siendo la madre de mis hijos. Y no es que necesite ser padre de nuevo, pero resulta que ya lo soy, que tengo una hija. Una hija que es lo más importante para mí y es mi responsabilidad mayor en esta vida. Y mi hija no tiene madre. No podría pedirle a Sue que hiciera de madre de mi hija, no, pero... es lo que desearía... Hacer una familia con mis dos grandes amores. Es todo cuanto he soñado y... es un sueño imposible para Sue.

No sabría decir a cuál de las dos mujeres de mi vida amo más. Son amores distintos y demasiado profundos. Tan profundos que ahora mismo los siento como clavos punzantes en mi pecho. Pero tengo muy claro a quién de las dos elegiría si tuviera que hacerlo, y no es a Sue.

- Di algo... – Me suplica clavando una mirada de ruego en mis aterrorizados ojos. No puedo sostenerle la mirada y agacho la cabeza. – Lo siento... Lo siento mucho. Sé que no podrás perdonarme. Sé que no merezco tu perdón. – Sue sale de la ducha y comienza a secarse mientras llora agónicamente frente a mí. Y yo lo único que puedo hacer es observarla sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo, que continúa aturdido. – Créeme Jamie, te amo con todo mi ser. – Me dice con el rostro cubierto de lágrimas. Sigo petrificado.

Conociendo a Sue, interpretará mi silencio como mi condena por lo que ha hecho, porque sale del baño con su ropa en la mano sin mirar atrás. Dejándome solo, aturdido y descorazonado. ¿Qué se supone que debo pensar? ¿Qué debería decir? No lo sé, estoy confundido, muy confundido. No era esta la forma en la que había planeado mi acercamiento a Sue.

Lo cierto es que no estoy seguro de ser alguien para condenarla por lo que ha hecho. No puedo hacerme cargo de cómo se habrá sentido en una situación como la que ha vivido, pensando

en que yo la había engañado y había vuelto con mi mujer y mi hija, habiéndome esperado sin saber dónde estaba, esperando un hijo nuestro en su vientre, asustada hasta la muerte... No. No soy capaz de condenarla por ello, pero tampoco soy un ser ajeno a esta situación y no sé dónde nos coloca todo esto ahora mismo. ¿Puedo tener la relación que soñaba tener con ella sabiendo lo que ahora sé? ¿Ha querido decirme que el hecho de que Sussie exista en mi vida es el impedimento definitivo para que ella desee tener una relación conmigo?

Escucho el estruendo de la puerta de la calle que me indica que Sue acaba de salir. Se ha ido, y es posible que sea lo mejor. Me hace despertar del trance y consigo mover mis pies y salir de la ducha.

Froto mi cara con la toalla y me miro en el espejo.

Veo unos azules ojos asustados, muy asustados, tremendamente asustados.

Necesito respuestas, pero no sé a qué preguntas.

Porque la realidad es que sé lo mucho que Sue me ama y lo muchísimo que la amo yo a ella. Pero el amor no siempre es suficiente. Eso ya lo viví una vez. Y por culpa de aquello perdí a mi hija durante dos años y casi la habría perdido para siempre si no la hubiese recuperado a tiempo. Así que no voy a titubear ante lo evidente; tengo que proteger a Sussie.

Salgo del baño y decido hacer un par de llamadas.

La primera está destinada a cubrir mi principal prioridad: mi hija.

- ¡Hombre, Bennett! ¡Mi blanquito preferido! ¿Cómo estás?

- Hola Stewart. Bien...

- No sueñas tan bien, amigo.

- Sólo estoy cansado. Oye, quería preguntarte si sigues dispuesto a trabajar como mi asistente de seguridad personal. Necesito urgentemente uno y me gustaría que fueras tú. No confío en nadie más.

- ¡Claro Bennett! Puedo pedir un permiso en el trabajo... ¿Sería por mucho tiempo?

- No lo sé, espero que no.

Le resumo brevemente mi situación con respecto a Hammed, el hermano de Jasmina y Stewart me promete que me ayudará con ese tema y empleará algunos contactos que tiene en la policía para quitarme de en medio a ese bastardo cuanto antes. Fijamos un precio y acordamos que empezará a trabajar conmigo el domingo, justo después de la boda de Arthur.

La boda... la dichosa boda en la que Sue y yo seremos los padrinos... Quizá debería tomarme estas horas para pensar bien en todo.

Eso hace que antes de realizar mi próxima llamada me decida por hacer otra previa. Llamo a mi jefe, el señor Monroe, y le pido que me busque sustituto para mañana en las clases de la universidad. No quiero enfrentarme a Sue todavía. No hasta estar preparado. No hasta desenredar

la maraña de mi cerebro.

Después llamo a mi hermana.

- Hola tonto. – Contesta en el acto.

- Buenas noches, Brigitte. – Respondo con sequedad.

- ¡Eh! ¡Qué te pasa!

- Tú sabías que Sue esperaba un hijo mío, ¿verdad? – Digo sin rodeos.

- Ya veo que al fin ha sacado fuerzas para contártelo... Espero que no hayas sido muy duro con ella.

- Sí, me lo ha contado, o algo así. – Digo con la mente totalmente ida.

- James, yo no era la indicada para contártelo. Es algo entre vosotros dos. Ella no estaba preparada y estaba muy asustada con todo. Pero si algo sé es que Sue te ama con locura. He sido testigo de cómo lloraba amargamente porque pensó que te había perdido para siempre. He visto en sus ojos el dolor inmenso por lo que consideró tu traición.

- Brigitte... no sé qué hacer. – Confieso abatido, hundiendo mi cabeza en mis manos.

- ¡Dios James, esa mujer está loca por ti! ¡No creas por un instante que lo que ha hecho ha sido fácil para ella! ¿Qué habrías hecho tú?

- No lo sé... no lo sé... Puede que lo mismo que ella. Pero... ella me ha confesado que no quiere ser madre, Brigitte, y yo tengo una hija. Siento como si me estuviera pidiendo que eligiera entre ambas y sabes muy bien que jamás abandonaré a Sussie por nada del mundo.

- No te está pidiendo eso, James. Te está simplemente planteando sus miedos de no saber si estará a la altura.

- Brigitte... me lo ha dicho ella. Y después se ha ido. Me ha dejado con su terrible confesión, me ha dicho que jamás estará a la altura de lo que yo quiero con ella y se ha ido.

- ¿Y qué piensas hacer, Jamie?

- Hablaré con la almohada. Y ya veré. – Digo derrotado. – Buenas noches. – Cuelgo.

En la cama doy vueltas toda la noche. No hayo descanso y cada minuto que pasa estoy más perdido.

A las cuatro de la madrugada recibo un whatsapp de Sue.

“Por favor, no me odies. Te amo tanto.” Me escribe y yo no encuentro el mensaje apropiado para responderle. Así que dejo el teléfono en la mesita de noche y decido dormirme cuando al fin he tomado una determinación sobre qué hacer con lo nuestro.

Es preferible que le diga todo lo que tengo que decirle cara a cara, cuando esté más sereno y ella también.

Pilares

El viernes pasé todo el día en casa jugando con mi hija y tratando de pensar lo menos posible en Sue. Ya tengo claro cuál es la solución a toda esta locura y prefiero no pensar demasiado para no arrepentirme. Sólo me escabullí un par de horas para adquirir mi nuevo amuleto de la suerte.

Ella me ha llamado, y yo no he respondido a su llamada. Seguramente al no verme en clase habrá pensado que he desechado cualquier intento de hablar con ella del asunto. No es el momento.

Pero hoy es sábado y no tengo otra opción que enfrentarme a ella en la boda de mi mejor amigo en la cual somos ambos los padrinos.

Termino de colocarme la corbata del traje y, gracias al cielo que mi hermana ha decidido venir a ayudarme a arreglar a Sussie, porque yo sería incapaz de hacerle ese peinado y esos moños a mi hija. El resultado es espectacular, Sussie parece un ángel caído del cielo, pero yo hago una mueca de frustración al verla e imaginarme teniendo que hacer yo todo eso solo con mi hija.

- Estás guapísimo. – Me dice mi hermana al verme. – A Sue se le van a caer las bragas cuando te vea. – Miro a mi hermana y trato de no expresar nada con mi rostro. – No me mires así, sé que te mueres por verla tú también.

- En parte sí. Pero por otro lado sé que debe estar más que preciosa y será doloroso tener que guardar esa última imagen de ella así.

- No seas negativo, Sue habrá meditado también sobre lo vuestro. Seguro que se ha dado cuenta de que no podéis vivir el uno sin el otro. – Agacho la mirada y la enfoco en mi corbata para distraerme del escrutinio de los ojos de mi hermana. – Y tú también lo sabes.

- Todo cuanto quería en la vida era recuperar a mi hija, y lo he hecho. Lo demás será complementario si es que es posible que suceda.

- Tu hija es pequeña, James, pero un día crecerá y hará su vida. Tú necesitas la tuya propia. – Miro a mi hermana. – Además, Sussie también necesita un referente materno y...

- Ya te he dicho que Sue no tiene esa intención. Mejor dejemos el tema. Eso no es algo que podamos decidir tú ni yo. Sólo Sue. Vámonos o llegaremos tarde. – Me giro y doy la conversación por zanjada. Cojo mi móvil, las llaves de casa y las del coche y salgo por la puerta con mi hermana y mi hija. – ¿Quién llevará a mamá a la boda, Brigitte?

- Mat lo hará.

- Perfecto.

Por el camino hacia la casa de los padres de Arthur los nervios van devorando mis entrañas poco a poco. Sé lo que tengo que decirle a Sue, pero no sé cómo va a reaccionar a eso ni cuál será

su respuesta. Es evidente que una respuesta negativa reducirá para siempre nuestra relación a cenizas. Así que, quizá por eso tenga la sensación de que éste es el día más importante de mi vida.

La casa de los padres de Arthur ha quedado fenomenal. A pesar de que será una ceremonia pequeña e íntima no han escatimado en gastos para convertir la lujosa mansión en un lugar mágico y encantador.

En cuanto entro veo el altar, decorado de numerosas flores blancas, y, sobre él, al jefe de ceremonias, a mi amigo Arthur y... a Sue.

Palidezco ante su impetuosa presencia. Enfundada en un sofisticado, largo, brillante y ajustado vestido color salmón la ninfa más bella del universo me mira y hace que se me caiga el mundo a los pies. Lleva el pelo atrapado en un medio recogido y... ¡oh! ¡Lleva los pendientes y el collar que le regalé! Dios, cuánto la amo. Sé fuerte Bennett.

Le pido a mi hermana que se haga cargo de mi hija y ella asiente y se dirige hacia su asiento asignado, junto a Mat y mi madre. Yo me dirijo hacia el altar con sigilo y con un nudo en la garganta.

Siento la mirada penetrante de Sue, aunque yo trato de mirar a mi amigo Arthur, que parece emocionado y bastante contento de verme aparecer. Al llegar le doy un fuerte abrazo con el que Arthur se emociona.

- Estoy muy feliz de verte así, capullo. – Le digo mientras palmeo su espalda durante el abrazo.

- Gracias Bennett. Te debo tanto, amigo...

- ¡Eh, no me llores encima que me manchas el traje! – Bromeo. – Ojalá seas tan feliz como mereces. Yo también te debo mucho, Artie. – Digo agarrándole de los hombros y conteniendo el jodido llanto que amenaza con salir. – Hoy es un día muy feliz para todos los que te queremos. Aunque para las mujeres de Londres hoy muere el soltero más picha brava de toda la ciudad. – Arthur ríe y yo con él. Después me giro para saludar a Sue. Está mirándome con esos ojitos de corderito abandonado que tan buen efecto surten en el chantaje emocional. Le dedico media sonrisa. – Hola Sue. Estás preciosa. – Beso su mejilla. – Como siempre. – Le digo en el oído y ella se estremece.

- Tú... también estás muy guapo. – Dice tímidamente.

- Gracias. Me alegra oír eso. He llegado con el propósito de dejar de estar soltero cuando salga de esta boda. – Le informo colocándome bien la corbata y barriendo con la mirada la zona de los invitados. – Espero encontrar entre esta gente a la afortunada. – Vuelvo a mirar a Sue y veo que me dedica una mirada envenenada. No puedo esconder mi sonrisa de satisfacción.

- Pues que tengas suerte. – Se gira y se coloca en su lugar. Yo hago lo mismo.

- Gracias, espero que sí la tenga. Voy a salir a esperar a la novia. – Le dedico un guiño a Sue y salgo de la casa de los padres de Arthur.

El coche de Mary hace aparición enseguida. Abro su puerta y le ayudo a salir mientras la

contemplo ensimismado. Está preciosa.

- Hola padrino. – Me saluda feliz.

- Hola futura Señora Morris. Estás deslumbrante. – Le beso en la mejilla.

- Gracias. – Se ríe nerviosa. – ¿Vamos?

- ¡Vamos!

Comienza la música nupcial que nos indica que la novia acaba de llegar y que la ceremonia va a comenzar. Me yergo mientras llevo a Mary del brazo hasta el altar.

No se me escapa la mirada de devoción que le dedica Arthur y eso me hace sonreír. Arthur es como mi hermano. Es, ha sido y será uno de los pilares de mi vida. Juntos hemos vivido de todo; bueno y malo. Nos hemos peleado, hemos reído, hemos llorado y siempre, siempre, hemos estado unidos.

No voy a olvidar sus hazañas con toda la cantidad de mujeres que han pasado por su vida por mucho que se case. No olvidaré la de veces que me ha llamado en mitad de la noche para que fuera a recogerlo cuando se follaba a una madurita casada y al marido le daba por aparecer por casa antes de lo previsto sin previo aviso. Una vez tuvo que salir por la ventana desnudo y con la ropa en la mano y esa noche decidió que ya no se follaría más a esa mujer.

Tampoco olvidaré la vez que, cuando Carl, Tim, Arthur y yo compartíamos piso de estudiantes, Arthur se coló en la habitación de Carl en mitad de la noche, mientras Carl estaba tirándose a una brasileña muy sexi, para hacer un trío con ellos. Los gritos de Carl al ver a Arthur desnudo y la bofetada que le plantó en la cara la brasileña a Arthur resonaron en todo el vecindario. Fue muy gracioso.

Como esas mil historias más. Compadezco en parte a Mary. Siempre he pensado que Arthur como pareja es un desastre. Pero como amigo es el mejor y si Arthur se siente amigo de su casi esposa entonces Mary está en buenas manos.

Durante toda la ceremonia siento la mirada de Sue clavada en mí. Yo me resisto a devolvérsela.

Únicamente no puedo evitarlo cuando Arthur y Mary dan el sí quiero y, durante un breve espacio de tiempo que parece una eternidad, los verdes ojos de Sue se cruzan con el azul de los míos. La siento apagada. Pero es normal. Ha confesado su secreto. Un secreto que lo ha cambiado todo y que ha precipitado las cosas.

Los invitados aplauden. Entre ellos veo un montón de caras conocidas. Carl y Tim silban y lanzan gritos. Mi madre llora como una magdalena, igual que la madre de Arthur.

Bajamos del altar Sue y yo, uno junto al otro, justo después de los novios, que se dirigen a hacer su baile nupcial.

- ¿Has encontrado ya a la mujer que buscabas? – Me pregunta Sue en voz baja e intentando disimular su mal carácter.

- Todavía no he tenido tiempo, Sue. – Me hago el interesante mirando hacia los invitados. En ese momento veo a Beth, la hermana pequeña de Arthur que vive en Bristol y ha venido para la ceremonia. Beth es como mi hermana pequeña y me guiña al verme.

- Pues parece que la morenita esa está interesada en ti. – Me dice Sue refiriéndose a Beth. Aguanto la risa.

- Está muy buena. Hablaré con ella. – Sue suelta un bufido y hace un ademán de escabullirse. La agarro del brazo. – ¿Qué narices te crees que haces? – Le digo más serio de lo que pretendía. Me sorprende ver que tiene la mirada vidriosa y está a punto de llorar.

- Ya se han casado. Me voy. – Me dice escupiendo sus palabras.

- No te vas a ninguna parte. Es la boda de tu mejor amiga. – Esta vez sí pretendo sonar fiero y lo hago.

- No quiero verte. Quiero estar lejos de ti. – Sus palabras me hieren.

- ¿Ahora soy yo el malo? ¡Ja! ¡Genial!

- No. La mala soy yo. La puta soy yo. La pérdida soy yo. Los dos lo sabemos, no tienes que hacerte la víctima. Y no tiene sentido que me quede aquí para que me lo recuerdes con tu desprecio. – Dice riéndose sin ganas. Yo aguanto el tipo y continúo mirándola con desdén.

- Pero soy yo quien merezco que me digas que no quieres verme y que quieres estar lejos de mí.

- Te escribí, ¡y no contestaste! Te llamé, ¡y no contestaste! ¿Para qué quiero estar cerca de ti si lo nuestro ha muerto? ¡Dime! – Sus lágrimas salen de la cárcel de sus ojos y yo sigo imperturbable. – Ya me has dejado claro que he arruinado toda opción de poder arreglar lo nuestro, pero tenerte junto a mí lo hace más complicado, James. Quiero irme.

- Bueno, pues te guste o no, eres la madrina de la boda y yo el padrino y ahora mismo tenemos que hacer el baile de los padrinos. – Le informo con toda la tranquilidad del mundo mientras tiro de su mano hasta llevarla a la mitad de la pista de baile.

Ella me sigue aturdida y cuando la suelto en mitad de la pista mira hacia todos lados buscando una salida que no ve. Todo el mundo nos mira y hace un coro a nuestro alrededor esperando que dé comienzo a nuestro baile. Vuelve a mirarme con cara de cachorro abandonado. Yo sonrío con malicia y la agarro de la cintura hasta atraerla a mí.

- Jamie...

- Baila nena. – Le digo al oído. – Baila y escucha lo que tengo que decirte, porque será la única vez que lo diga. – Sue contiene la respiración. La canción de “Hallelujah” de Alicia Keys comienza a sonar y los invitados aplauden mientras yo balanceo a Sue entre mis brazos. – Sigues siendo un imán para mí, aunque no quiera.

- Si no quieres entonces tendrías que dejar que me fuera. – Me pide, pero su cuerpo se pega más al mío.

- No sin antes decirte lo que tengo que decirte, Sue.

- No hace falta. Lo he captado. No merezco que contestes mis llamadas ni a mis mensajes. ¿Qué significa eso? Fácil; no quieres saber más de mí.

- Tenía que pensar bien lo que quiero decirte. – Digo en su cuello mientras aspiro su aroma.
– No quería dejarme llevar por el enfado tan tremendo que sentía.

- ¿Ya no estás enfadado? – Susurra.

- ¡Oh, sí que lo estoy! Estoy enfadado conmigo mismo por no haber estado a tu lado en un momento tan importante. – Sue contiene la respiración, se separa un poco de mí para mirarme a los ojos. Parece no creer lo que le digo. – Así es. Muy enfadado.

- ¿No estás enfadado conmigo por haber abortado sin decírtelo? – Se sorprende.

- Sue, ese hijo era de los dos. Pero no podemos ser buenos padres de nuestros hijos si no estamos ambos convencidos de querer tenerlos. Esa fue, seguro, una dura decisión que tomaste como madre. Es tu cuerpo, es tu vida y es tu futuro. No soy nadie para marcarte el ritmo. No te pediré jamás que tomes una decisión tan trascendental en tu vida si no estás segura de querer hacerlo.

- Tú... ¿no quieres ser padre? – Se para.

- Sue, baila. Todos nos miran. – Tiro de ella hacia mí y continúo meciéndola. – Nena, yo ya soy padre. Y lo seré hasta el día en que me muera. Y sé que tú no lo has decidido así, pero Sussie está en mi vida y es mi mayor responsabilidad. No quiero prescindir de ti, me siento hueco y vacío sin ti, pero no puedo obligarte a ser la madre de Sussie ni a que tomes responsabilidades con mi hija que tú no desees tomar. Por eso entiendo que prefieras que todo lo nuestro acabe aquí.

- ¡James! ¡Yo no quiero eso! – Vuelve a separarse de mí y me grita en voz alta con las manos alzadas. Todos nos miran, pero no me importa. Sue y yo necesitamos zanjar esta conversación de una vez por todas.

- ¿Y qué es lo que quieres, Sue?

- ¡Te quiero a ti! Quiero a Sussie como si fuera algo mío, muy mío, porque es tuya y amo todo lo que venga de ti. Pero yo no soy la mujer perfecta que un hombre de bien, como tú, merece. ¡Mírame! ¡Sabes de dónde vengo! ¡Sabes cuál es mi realidad! ¡Maldita sea, casi muero de sobredosis si no es por ti! – Miro aterrado a mi alrededor y veo la cara de mi madre horrorizada por lo que ha escuchado.

- Sue, baja la voz...

- No, James. – Lloro. – ¡No soy una drogadicta! – Explica a la audiencia que mira alucinada.
– No, pero me he rodeado siempre de las personas equivocadas. Hasta que llegó él. – Me señala.
– Me enseñó que la gente buena existe. Que el amor incondicional también. Que puedes ser una persona trabajadora, un amante excepcional, una pareja fiel y un padre devoto. ¡Todo eso eres tú y yo no soy nada! ¡Nada! ¡¿Qué cojones hago yo a tu lado, James?! ¡¿Qué puedo yo aportarte o aportarle a Sussie?!
– Me señala.

- ¿Has terminado ya? – Pregunto aguantando la serenidad que me comienza a faltar. – Sue, tú no lo has tenido tan fácil como yo. Tu padre te abandonó, tu madre murió cuando tenías trece años y fuiste tú quién la cuidó hasta el último de sus alientos. Las personas que te han rodeado no han sido las mejores porque la vida no te ha dado mejores opciones. Pero ahora la tienes. Me tienes a mí y todo lo que soy y tengo. Y quiero ponerte el mundo a tus pies. Si tú me dejas y me aceptas a mí y a Sussie en tu vida. – Saco el amuleto que adquirí ayer de mi bolsillo, suspiro al mirarlo y acto seguido hincó mi rodilla en el suelo. – Sue, no soy perfecto, tú tampoco. ¿Quién lo es? Lo que sí sé es que no soy nada sin ti y que tú me haces feliz. Muy feliz. Si me aceptas a mí y a mi hija en tu vida, quiero que te cases conmigo para poder seguir compartiendo cada minuto de mi vida junto a la única mujer que he amado de verdad y que siempre amaré. – Los ojos de Sue me miran con incredulidad. Parpadea cuando le muestro la sortija que con mucho mimo he elegido. La gente murmura a nuestro alrededor y se escuchan varios gritos. – Dime algo, Sue.

- Yo... Jamie, ¿lo dices en serio?

- ¡Claro, nena! – Sonrío.

- ¡Maldito loco del infierno! – Se tira a mis brazos y hace que me caiga y ella cae conmigo, encima de mí.

Todo el mundo grita. Sue llora y me besa por toda la cara en el suelo. Me hace reír su reacción.

- ¿Eso es un sí? – La abrazo de la cintura y beso sus labios.

- ¡Sí, sí, sí! – Lloro y río a la vez. Me giro en el suelo y me tumbo sobre ella para besarla más arduamente. Todos aplauden. – James, nos están mirando. – Se río.

- Somos la puta envidia de los aquí presentes ahora mismo, nena. – Le doy un beso más, me levanto y le ayudo a levantarse. Después vuelvo a abrazarla y apretarla contra mí. – Tú eres todo lo que necesito, Sue. Mi hija y tú. – Sue llora con fuerza y suelta unos pequeños hipidos muy cómicos. – ¿Estás bien nena? – Asiente.

- Te quiero tanto... Te amo y amo a Sussie, no lo dudes nunca. Me habéis dado lo que nunca he tenido; una familia de verdad. – Me confiesa cuando al fin consigue articular palabra. Suspiro más que aliviado. – Y lucharé para no defraudaros.

- ¿Defraudarnos? – Sonrío. – Sue, has cuidado de mí y de mi hija con más amor que nadie. – Acaricio su rostro.

En ese momento un sinfín de personas comienzan a venir para felicitarnos, entre ellas mi pequeña Sussie que se abraza al cuello de Sue y ambas lloran emocionadas. Yo tengo que controlarme mucho para no acabar igual que esas dos lloronas.

Mi madre también se acerca entre lágrimas y me abraza.

- ¿Estás seguro de querer volver a casarte, hijo? – Me dice mientras me abraza.

- Mamá, Sue es realmente la mujer destinada a ser mi esposa. – Le digo sonriente. Ella asiente y se suena los mocos en una servilleta.

- Oye, pero hijo, no se drogará, ¿no? – Me río.
- No mamá, eso fue sólo un accidente. Tranquila, a Sue ni siquiera le gusta beber. – Le digo sujetándola del hombro.
- Vale, porque ya tenía bastante con que le gustase hacer striptease. – Abro la boca perplejo.
- ¡¿Te lo ha contado la estúpida de Brigitte?! ¡Me la voy a cargar! – Intento ir en busca de mi hermana, pero mi madre me detiene.
- ¡James! ¡Soy tu madre! ¡Nadie va a querer más la felicidad para ti que yo! ¡Tú eres padre, deberías saberlo! – Pestañeo aturdido.
- ¿Desde cuándo lo sabes? – No puedo evitar recordar la charlita que le dio mi madre a Sue en el hospital cuando Sussie estaba internada.
- Tu hermana me lo contó hace mucho. – Pongo los ojos en blanco.
- Mamá, Sue no es una cualquiera, ella lo ha tenido difícil y...
- ¡James! ¡Soy tu madre, pero antes de nada soy mujer! No voy a condenar a esa muchacha por buscarse la vida. – Me sorprende mi madre. Ahora ya sé a quién ha salido el grano del culo de mi hermana al ser tan reivindicativa. – Tu hermana me ha contado lo muchísimo que esa mujer te ama. Yo he visto con mis propios ojos cómo cuida de ti y de mi pequeña Sussie. Sé que está terminando la universidad gracias a ti, y eso te honra, hijo mío. – Mi madre me acaricia el rostro. – Os hacéis más fuertes y más grandes el uno al otro. Sólo puedo desearte la mayor de las felicidades, cariño. – Al final la tonta de mi madre hace que se me escapen dos lágrimas y la abrazo emocionado.
- Gracias mamá. Sé que seré muy feliz con Sue y mi hija. – Mi hermana llega en ese momento y me abraza también con lágrimas en los ojos.
- ¡Enhorabuena tontorrón!
- Gracias estúpida. – Abrazo con fuerza a mi hermana. Mat le sigue.
- Ya sabía yo que si tenías mis genes no podías ser tan anormal de dejar pasar así como así al amor de tu vida. – Continúa mi hermanita querida con la guasa.
- ¡Vale ya, petarda! – Le apunto con el dedo. Mat se ríe y mi madre regaña a mi hermana. – Me voy a buscar a mi “prometida”. – Digo más que feliz cuando veo a Sue acorralada por una docena de personas con mi hija en brazos. Pero por el camino Arthur me intercepta.
- ¡Ven aquí, cabronazo! – Me da un fuerte abrazo al que respondo con el mismo ímpetu. – Tenías que robarme el protagonismo el día de mi boda, ¿no Bennett?
- Tío, no ha sido esa mi intención. – Levanto las manos en actitud inocente. – Pero tenía que aprovechar el momento.
- ¡Vamos tonto! ¡Sólo has hecho este día más memorable! – Vuelve a abrazarme. – Me

alegre muchísimo por los dos.

- Gracias Artie. Voy a buscar a Sue. – Me dirijo hacia dónde está mi futura esposa y la abrazo por la espalda, depositando un tierno beso en la cabecita de Sussie que está recostada en su cuello. – Aquí estáis. – Sue me mira emocionada. – Ven aquí, ratoncito. – Le digo a Sussie cogiéndola en brazos.

- ¡Papi! ¡Tanne y tú os vais a casar! – Me dice mi hija alegremente.

- Sí, pequeñaja. ¿Te gusta la idea? – Sussie asiente feliz. – Eres la mejor. – Vuelvo a besarle y mi hija me abraza con fuerza.

- Vente Sussie, la abuela quiere que te sientes con nosotras. – Viene mi hermana y se lleva a mi hija para darnos algo de privacidad a Sue y a mí. Yo se la entrego agradecido. Sue me está mirando y se muerde el labio. – ¿Qué? – Me acerco a ella sonriente y la abrazo. – ¿Qué está pensando esa cabecita? – Ella rodea mi cuello con sus manos y me mira como si fuese una aparición divina. Me vuelve loco.

- Eres malvado. – Frunzo el ceño.

- ¿Por querer casarme contigo?

- No, por decirme que venías buscando pareja. – Sonrío. Ella sacude la cabeza. – Me lo había creído. Pensé que venías con la intención de vengarte de mí.

- Te dije la verdad. Vine soltero y me voy prometido. No tengo intención ni motivos para vengarme de ti, preciosa. – Beso sus labios con lentitud. – Lo único malvado que pienso hacerte son travesuras en la cama. – Digo en un tono de voz más bajo. Se ríe. – Y la verdad, echo de menos tus travesuras también.

- Puedo compensarte con un striptease. – Me dice con cara pícaro. – Hace mucho que no hago uno.

- Mmmm, suena interesante. – Sue me besa y muerde mi labio inferior. – Tenemos que hablar de la boda, nena. Yo quiero hacerte mía cuanto antes. No quiero darte más oportunidades para que te me escapes.

- ¿Nos casaremos en la casa? – Vuelve a morderse el labio. Está muy emocionada.

- No. Pon tú la fecha y yo pondré el sitio.

- ¿No vas a decirme dónde? – Sonríe curiosa.

- Nop. – Sacudo la cabeza. – Ese será mi secreto.

- ¿Y cómo llegaré a mi boda?

- Llegarás. Te lo puedo garantizar.

Sentirse en casa

Después de una bonita y emotiva boda vuelvo a casa con Sue y Sussie. Volver con las dos es maravilloso. Le da una perspectiva nueva a mi hogar.

Siempre pensé que mi casa era demasiado grande para una persona sola. La verdad era que cualquier lugar me habría resultado demasiado grande para una persona sola. Porque realmente lo que me venía grande era la soledad.

Siempre he sido una persona luchadora y he tenido muy claro cuáles eran los pasos a seguir en mi vida para llegar a tener éxito: mi carrera universitaria, casarme, tener hijos, tener un bonito hogar... Sin embargo, eso no te garantiza del todo el éxito. A pesar de haber hecho todo correctamente, de la noche a la mañana me vi abandonado por la que entonces era mi esposa, perdí a mi hija y quedé inhabilitado emocionalmente para ejercer mi carrera profesional.

Jamás una persona como yo habría escogido a alguien como Sue para buscar solidez y estabilidad, sin embargo, es la única persona que ha conseguido que sienta que puedo conseguir todo eso a su lado.

Cargo a Sussie en brazos, pues se ha quedado dormida, y entramos a casa Sue y yo cogidos de la mano. Dejo a mi hija en su cama, después de quitarle la ropa, le doy un beso y la arropo. Me sorprende ver a Sue detrás de mí que se agacha para darle otro beso en la frente. La observo emocionado.

- Ven. – Me dice tendiéndome la mano. Sonrío y se la doy.

- Conozco esa mirada...

- ¿Sí? – Ahora intenta poner mirada de inocente.

- Sí, quieres abusar de mí. – Intento imitar su inocencia. Se carcajea de mí y me lleva hasta la cocina. Va directa hasta la nevera y saca un bote de nata. – Uhhh, esto se pone interesante. – Me acerco a ella y le beso, pero ella me aparta con una mano.

- Este es mi juego, nene. Yo mando.

- ¿Quieres torturar a tu futuro esposo?

- Ajá, eso es lo que quiero. Por hacerme creer que pretendía reemplazarme por otra. – Sue pone su mano sobre mi pecho y me empuja a través de la cocina, después a través del salón y yo me dejo hacer más que curioso.

Abre la puerta que da al jardín trasero y me indica con su mano que quiere que salga. Sonrío y obedezco.

- ¿Quiere abusar de mí en el jardín trasero, futura señora Bennett? Eso es exhibicionismo...

- Shhh. – Me manda a callar y me empuja de nuevo hasta que caigo sentado en el sofá balancín del jardín.

La luz de una intensa luna llena baña su figura y con ese vestido y esa sonrisa maliciosa está simplemente preciosa. Se desata el moño del pelo y balancea su pelo que cae en cascada sobre su pecho. Desabrocha su vestido y lo deja caer al suelo. Casi me da un ataque de corazón cuando veo el conjunto de lencería que lleva debajo. Negro, transparente y adornado de lentejuelas plateadas en las partes más eróticas.

- Dime que no te habías puesto algo así pensando en que volverías a casa sin mí. – Gruño. – Dime que no te has puesto eso pensando en irte con otro a casa esta noche. – Le señalo de arriba abajo y hiervo de celos. Ella sonríe.

- Shhh. – Se acerca hasta mí y desabrocha mi corbata. Trago saliva. – Yo también tenía planes de no volver soltera. – Me aclara mientras anuda la corbata alrededor de mis ojos.

- ¡Eh! ¡Quiero verte! – Protesto.

- Todavía no. – Siento sus delicadas manos desabrochar mi camisa. Después mi pantalón. Levanto mis caderas para facilitarle la tarea de quitarme los pantalones. – Vaya, futuro esposo, pareces excitado. – Ambos sonreímos. – Túmbate. – Me vuelve a empujar hasta que caigo tumbado bocarriba sobre el sofá balancín. – Ahora toca el postre. – De pronto siento que acerca algo a mi boca.

Mmm, esta dulce, es nata. Chupo y descubro que detrás está escondido su pezón. Chupo con fuerza y la escucho gemir. Lo mordisqueo un poco y repite la misma acción con el otro pezón.

- Cada día estás más deliciosa. – Se separa de mí con una risita traviesa. Estoy tentado de levantarme y hacerla mía de una vez por todas, pero cuando pretendo levantarme algo me frena. Siento algo en mi entrepierna algo frío y doy un repulso. Después siento la boca de Sue succionarme con fuerza. – ¡Joder! – Le agarro del pelo y me enredo en él mientras siento la dulce excursión de su lengua en mi polla. – Sue... por dios...

- Ahora sí. Mírame. – Se levanta y me quita la corbata de los ojos.

Pestañeo y veo a mi diosa todavía en lencería, con sus pechos asomando por encima de las copas del sujetador. Me siento y contemplo la erótica escena. Alargo las manos para coger las suyas y atraerla hacia mí, que sin rechistar se sienta a horcajadas sobre mí.

- No tienes ni idea lo que pienso hacerte...

- Estoy deseando verlo. – Sonríe mientras aferra mi sexo para introducirlo en ella, apartando sus braguitas a un lado.

Gruño mientras la contemplo emitir un aullido al sentir que la colmo, echando la cabeza hacia atrás. Me aferro a sus caderas con una mano para apretarla contra mí y con la otra a su cuello para conducir sus labios a los míos.

- Te amo. – Me mira y es toda lujuria.

- Te amo.

Siento como su lengua surca mi boca y sus manos se aferran a mi pelo y arañan mi piel. Ella

es la única capaz de hacerme adorar la locura. La locura que significa ella para mí. Esa dulce locura que haría que lo dejase todo por esta mujer.

Se mueve sobre mí en círculos y me hace enloquecer.

- Eres mía.

- Y tú mío.

- Siempre.

Comienza a moverse más rápido y me aferro a su precioso culo para ayudarlo a impulsarse. Introduzco uno de mis dedos en su culo y sus gritos suben de nivel. ¡No puedo más!

Cuando siento los músculos de su vagina contraerse alrededor mía me dejo llevar y me corro en su interior gritando su nombre mientras ella se dejar llevar también.

- Gracias por este día, Jamie. – Susurra en mi cuello. Beso su hombro.

- Tú eres quien me ha hecho el hombre más feliz. Vámonos a la cama. – Me levanto con ella en brazos y la llevo a la que ya es nuestra cama.

Allí vuelvo a hacerle el amor de todas las maneras y de todas las posturas que soy capaz de imaginar.

Entre sus gritos de placer siento que soy el hombre más dichoso y afortunado de la tierra. Ella es mi otra mitad, ella es la única que me complementa, me completa, me llena y al fin he conseguido que acepte ser mi mujer.

Esposada a mi cama, desnuda y conmigo encima haciéndole el amor a ese precioso trasero llega a un descomunal orgasmo y hace que yo explote en uno intensísimo y agotador.

Tras esto me dejo caer sobre ella fulminado. Sólo soy consciente de que me pide que la desate y eso hago, aunque casi no recuerdo cómo.

Caigo rendido en un profundo sueño con Sue abrazándome con piernas y brazos. Me siento inmensamente relajado y feliz así.

Mi mundo a tus pies

El domingo al despertar, Sue se llevó un buen susto al encontrarme hablando con Stewart acerca de cómo quería que llevase la vigilancia de mis dos mujeres. Ella no sabía nada al respecto y tuve que explicarle que la situación es bastante delicada y que no me fio nada de la familia de mi difunta exmujer para que al final permitiera tener seguridad ella también.

Stewart ha traído consigo a un sobrino de su actual mujer, Rowan, para más apoyo con la vigilancia. Un jodido atractivo chaval de unos veintiséis años que se ocupará de la vigilancia de Sue. Ella se rio mucho al ver mi cara cuando Stewart me decía que él prefiere hacerse cargo de mi vigilancia personal y la de Sussie, porque sabía bien que me incomodaba mucho tener que dejar a solas a Sue con ese guaperas.

Stewart ha pedido una excedencia en el trabajo de cuatro meses para hacerse cargo personalmente de mi seguridad personal y eso es algo que le tengo que agradecer. Aunque sé que cobrará bastante más conmigo que en su trabajo, pero conmigo trabajará las veinticuatro horas.

Les he cedido una de las habitaciones para invitados que tengo en mi casa para que hagan uso de ella como si estuvieran en su propia casa y el domingo mismo se instalaron en ella.

Hablé también con Norton por teléfono, mi detective privado, que me hizo un breve repaso de la situación. Me dijo que tiene constancia de que Hammed está instalándose en Londres desde hace unos días y que está ocupándose de traerse algunos “amigos” del Líbano. Norton piensa lo mismo que yo, que son sus matones a sueldo para tratar de hacerse con la suya y llevarse a Sussie con él de nuevo. No pienso permitirlo. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Lo peor del domingo fue la discusión con Sue cuando le pedí que no fuera a trabajar a la cafetería donde ahora trabaja. Ella estaba reacia porque decía que ya había pedido el sábado libre y que si seguía así la echarían. Traté de convencerla de que no necesita ese trabajo ahora mismo y que yo me haré cargo de sus gastos hasta que ella tenga un trabajo de verdad, pero fue una conversación inútil. Al menos conseguí que ese domingo no fuese a trabajar. Aunque esa noche me castigó sin sexo.

Así que el lunes, cuando tenemos que volver a la universidad Sue y yo, decido que Stewart se quede en los alrededores del colegio de mi hija mientras ella esté allí. Y, aunque insistí en que Rowan también se quedara con él, Stewart ha insistido mucho en que no podemos estar Sue y yo sin vigilancia, pues podrían intentar extorsionarme con mi propia persona o con Sue para conseguir su objetivo, que les entregue a Sussie.

Así que ahora mismo vamos en mi coche Sue y yo en dirección a la universidad y Rowan es quien conduce, con su sistema de comunicación interna conectada a Stewart.

Sue y yo vamos en la parte trasera del coche, yo aferro su mano y ella resopla mientras mira por la ventana.

- Nena, créeme que esta situación me incomoda tanto o más que a ti. – Me mira y pone los ojos en blanco.

- Yo creo que exageras.

- No sabes cómo se las gastan esos, Sue. No voy a darle la oportunidad a Hammed de hacerme daño con las dos personas más importantes de mi vida.

- Mi amor, ¿cómo va a saber el tal Hammed que tú y yo estamos juntos si ni siquiera en la universidad lo saben? – Le dedico el mismo gesto serio que uso cuando regaño a mi hija. – ¡Está bien! ¡Está bien! – Levanta las manos. – Pero sigo pensando quedar con mis amigos de vez en cuando. – Frunzo en ceño.

- Cuando todo esto haya pasado. – Sue me dedica una mirada escandalizada.

- ¿Vas a tenerme recluida en casa? – Suspiro.

- No. Voy a tomar precauciones y, cuando haya conseguido solucionar la situación, podrás hacer tu vida normal. No soy un hombre posesivo, Sue. – Ella levanta las cejas. – ¡Eh! ¡No lo soy! ¡Creo que he sido más que comprensivo con todo lo que a ti respecta!

- ¿Con todo lo que a mí respecta? ¿Me estás echando algo en cara, James? – Cuando voy a replicar Rowan me interrumpe.

- Señor, ya hemos llegado a la universidad. – Lo miro.

- Bien, aparca ahí. – Le señalo el parquin del profesorado. – Y tú y yo hablaremos después de esto. – Le digo a Sue. Rowan aparca y salimos del coche. Sue toma un camino diferente al nuestro. – ¡Eh! ¡A dónde te crees que vas! – Se gira y me mira confundida.

- Jamie, no podemos dejar que nos vean juntos aquí. – Me señala.

- Rowan, ve con ella. Siéntate en clase junto a Sue y no la dejes sola ni para ir al baño. – Me giro y me dirijo a la entrada del profesorado y dejo a Sue protestando, pero obedeciéndome.

Sólo serán dos semanas que tendré que disimular en la universidad y después no tendrá más remedio que no separarse de mí ni a sol ni a sombra mientras todo esto no se resuelva.

Durante las tres horas de clase matinal siento la mirada de inconformismo de Sue dirigida a mí. Pero la ignoro por completo. Yo sé bien con qué clase de personas estoy tratando.

Rowan obedece mis órdenes y no se despegas de ella ni siquiera para ir al baño.

Cuando la clase matinal termina, veo que Sue intenta salir de clase dedicándome una mirada envenenada.

- Señorita Allen, ¿puede venir? – Le pido mientras los demás alumnos van abandonando el aula. Ella resopla y se dirige hasta mi escritorio.

- Dígame señor. – Me contesta altanera. Sé que lo de señor va más bien a colación con la cantidad de órdenes que le estoy dando y no por ser su profesor. Sonrío.

- Almuerza conmigo, nena. – Susurro dedicándole una de mis sonrisas más irresistibles.

- Dirás contigo y con tu matón a sueldo. – Me dice seria.

- Voy a darle estas dos horas libres a mi matón. Así podremos tener intimidad en mi despacho. – Ella suspira.

- Iré a pedir la comida. – Me dice. – ¿Qué quieres tú?

- Lo dejo en sus manos, señorita Allen. – Le doy un billete de cincuenta y ella lo coge de mala gana. Con la cabeza le doy la orden a Rowan de que la siga.

Yo cojo mis cosas y me dirijo a mi despacho, donde espero ansioso a que venga Sue. Pocos minutos después llama a la puerta.

La abro con una sonrisa y me encuentro a Janina, la mujer de mi jefe. ¡Qué cojones hace ésta aquí!

- Hola James. – Entra sin que la invite y yo la miro confundido. Decido no cerrar la puerta del despacho o tendré que hacer frente al terremoto de Sue en breve.

- ¿Qué haces tú aquí? – Pregunto de mala gana y ella me sonrío sentándose sobre mi mesa.

- Pasaba a saludar.

- Janina, por favor vete de aquí, mi prometida está a punto de venir. – Le indico con mi mano que salga.

- ¿Sabes en la universidad que tu prometida es tu alumna? – Gruño. Cierro la puerta y me acerco a ella.

- Está bien, ¿qué cojones quieres? – Le digo con cara de perro rabioso.

- Follarte. – Contesta sin pestañear.

- Lo siento, eso no va a ser posible. Así que, si no te importa, déjame en paz, Janina. – Ella suspira.

- Entonces probaré con otra cosa menos comprometida. – La miro expectante. Ella me dedica una mirada lastimera. – Necesito que hables con Joe y le digas que estoy profundamente enamorada de él y que no puede dejarme. – Abro los ojos sorprendido.

- ¿Cómo?

- James, he tenido sexo con algún que otro trabajador de Bio Nature y uno de esos bastardos me ha grabado y me ha tratado de extorsionar. Pensé que estaba de broma, pero le ha enseñado el video a Joe y me ha pedido el divorcio. – Comienza a llorar como una niña. Yo estoy perplejo y en el fondo aliviado. Si esa mujer desaparece de Bio Nature será un jodido alivio para mí. – Por favor, sé que Joe confía mucho en ti. Te pagaré lo que quieras, pero no puedo divorciarme de él. ¿Qué haría yo?

- Janina, no me interesa tu dinero. No voy a meterme en asuntos que nada tienen que ver conmigo, lo siento. Ambos sois mayorcitos y deberíais intentar arreglar las cosas como adultos. Si Joe considera que no puede perdonar tu traición, entonces yo no tengo nada que opinar al respecto. – Janina se levanta y coge el cuello de mi camisa en un puño para acercarme más a ella. Contengo

la respiración.

- Entonces diré en la universidad que te follas a tus alumnas.

- Adelante. Yo le diré a Joe que intentas extorsionarme. – Janina lame mis labios y yo trato de separarme, pero se aferra a mí con más fuerza. – ¡Para!

- Fóllame una sola vez y no diré nada. Eres el hombre más irresistible que he conocido.

- ¡No voy a tocarte, joder! ¡Suéltame! – Le agarro de las dos muñecas.

- Deja en paz a mi hombre o te juro que te destrozo la cara esa llena de botox a puñetazos. – Escucho la voz de Sue en la puerta. Janina y yo nos giramos al oírla. Sue parece poseída por el mismísimo satanás. Rowan me mira preguntándome qué hacer.

- Tranquila, nena. – Le digo a Sue y me dirijo a ella para sujetarla.

- ¿Tranquila? ¡Voy a matar a esa puta!

- Shhh nena. No grites, estamos en la universidad. – Susurro en su oído tratando de calmarla con mi voz. – Rowan, lleva a la señora Monroe donde te diga. – Le ordeno. – Señora Monroe, esta conversación está terminada. Haga lo que tenga que hacer, que yo haré lo mismo en consonancia a sus actos. – Janina me mira de arriba abajo con asco.

- Te echarán de aquí y lo sabes. – Dice al pasar por mi lado. Sue intenta golpearla, pero yo la sujeto. Janina se ríe de Sue y estoy a punto de golpearle la cara.

- Como ves, ni siquiera te tocaría a pesar de tus chantajes. – Le suelto con rabia. – Tengo pruebas de tus intentos de chantajes sexuales, Janina. En la universidad no creerán a nadie como tú y lo único que harás es obligarme a demostrar quién eres y caer aún más bajo de lo que ya lo has hecho. – Miento. No tengo ninguna prueba, pero sé que ella pensará que es posible que sí si ya ha visto que otros la han grabado. Me mira asustada.

- Cabrón. – Me dice y sale de la oficina.

- Rowan, llévala y asegúrate de grabar todo lo que ella diga. Dile a Stewart también que averigüe cómo puedo cubrirme las espaldas si decide descubrir mi relación con Sue en la universidad. – Rowan asiente y va en busca de la arpía de Janina. Sue respira con dureza y la siento temblar entre mis brazos. Cierro la puerta de mi despacho. – Eh, tranquila nena. No dirá nada si no quiere salir más perjudicada. – Me mira llena de rabia.

- ¿Por qué la has dejado entrar a tu despacho? – Me sorprende.

- Entró sin pedir permiso, nena.

- ¡Si vuelve a acercarse esa o la tetas de plástico a ti las sacudo a hostias! – Grita enervada. Aguanto la risa. – ¡No te rías, James! ¡No tiene gracia! – Le beso con ternura.

- Mi amor, no deseo a nadie más que a ti. – Vuelvo a besarla. – ¿No confías en mí? – Me hace un mohín. – Sue, te amo, lo sabes de sobra.

- Quiero que nos casemos el mes que viene. – Dice con carita de niña buena y me

sorprende. – Cuando el curso y los exámenes hayan acabado.

- Está bien. – Sonríó y le acaricio el rostro. Ella me besa apasionadamente y su beso hace que me hierva la sangre.

Después acaricia mi entrepierna con una de sus manos, comienza a desabrochar mi bragueta y, después de hacerme una maravillosa felación, acabamos follando sobre la mesa de mi escritorio.

Después de ti nada

La semana transcurre más o menos igual. Stewart se ocupa de la vigilancia de Sussie mientras Sue y yo estamos en la universidad. Rowan nos escolta a Sue y a mí y nos acabamos reuniendo todos cuando Sue y yo vamos a recoger a Sussie al colegio.

Gracias a los contactos de Norton he conseguido al fin tener la custodia íntegra de Sussie, sin ningún tipo de régimen de visitas aplicable, pero eso no me relaja. Uno de los días que Sue y yo nos dirigíamos a la universidad, Rowan tuvo que desviarse bastante porque pensaba que un vehículo nos seguía. También he recibido una postal a casa con remitente desconocido de alguien que dice que sigue mis pasos. Sé que es Hammed. Stewart ha intentado ponérselo en conocimiento a algunos amigos polis, pero dicen que no hay pruebas suficientes de que sea él y que puede tratarse de alguna broma. A mí todo me huele a mierda.

No logro estar tranquilo. No puedo relajarme. Ni siquiera tras una larga sesión de sexo con Sue soy capaz de dormir profundamente. Me he vuelto un lunático y cualquier ruido que escucho durante la noche me hace levantarme de un salto y salir corriendo a la habitación de Sussie.

Creo que Sue al fin comienza a ser consciente del peligro cuando se da cuenta de mi estado de histeria.

He hablado con mi hermana y Mat para que se vayan a vivir una temporada a casa de mi madre y les he puesto vigilancia también a ellos cuando Brigitte me contó que un coche la seguía hasta el trabajo y que tuvo que ponerse incluso en peligro para despistarlo.

Esto es de locos.

Llega el fin de semana y sé que me costará otra pelea con Sue para que se quede en casa. Es sábado y sé que ya está un poco amargada de estar recluida en casa. De hecho, lleva todo el día huyendo de mí diciendo que tiene que estudiar y terminar el trabajo del curso que imparto, del que sólo queda una semana para que termine.

- ¿Qué haces, Sue? – Le pregunto al entrar en la habitación y ver que está allí, vistiéndose. Me mira de mala gana.

- Vestirme. – Dice tan tranquila mientras se coloca unos pantalones.

- No vas a ir a ningún sitio. – Le ordeno con mirada fiera.

- Te equivocas. Voy a trabajar.

- ¡Qué! – Esta mujer va a acabar con mis nervios. – ¡No! ¡No vas a ir a ningún sitio! – Me acerco y le quito la camiseta que tiene entre las manos y la tiro a la cama. Pone los brazos en jarra.

- ¡Claro que voy a ir!

- ¡Sue! ¡Ya sabes que estamos en el ojo de mira! ¡No vas a ir a trabajar mientras yo no

resuelva esta situación! – Le apunto con el dedo.

- ¡No estamos en el ojo de mira! ¡Tú estás en el ojo de mira! – Me acusa con el dedo también. Trago saliva. Tiene razón. Quizá deba mantenerla apartada de mí hasta que esto acabe.

- Está bien, recoge tus cosas. – Le digo resignado. Ella alza una ceja sin comprender. – Te vas a tu piso hasta que todo esto pase. Menos mal no te has traído mucho. – Digo mientras me acerco al cajón donde Sue guarda las pocas pertenencias que ha traído consigo por ahora.

- ¡No! – Me grita cuando ya he llegado al cajón. Me vuelvo y la miro. – ¡No, no me pienso ir a ningún lado, imbécil! – Me cruzo de brazos exasperado. – Soy tu futura mujer y soy la encargada de Sussie junto contigo. Voy a ser algo parecido a su madre y voy a ser tu mujer. No me pienso ir y dejaros a los dos así. – ¿Quién entiende a esta mujer? – Pero tampoco quiero que nuestra relación se joda por culpa de la presión de tu cuñadito del alma.

- ¡Ex cuñado! – Aclaro.

- Exacto. Eso mismo. – Vuelve a coger la camiseta y a ponérsela.

- Sue... por favor. No me hagas esto más complicado. – Me acerco a ella, rodeo su rostro con las manos y le beso. Me mira resignada.

- Está bien. Llamaré al maldito trabajo y diré que lo dejo. – Dice, aunque no suena nada convencida. Ella no sabe nada de la postal que he recibido ni de la persecución que sufrió mi hermana y no se lo diré para no alarmarla de verdad. Pero tampoco quiero que piense que aquí no pasa nada.

- Si te vas a quedar conmigo y con Sussie tendremos que ir a por tus cosas. – Susurro en sus labios.

- ¿Tendremos? ¿Vamos a salir por fin? – Parece ilusionada.

- Me refería a Stewart y yo. – Suspira. – Nena, necesito a alguien que se quede con Sussie mientras. Y Rowan no parece hecho para ser niño. – Se ríe al fin.

- No, con esa cara de estreñido no lo es para nada.

- Pues voy a avisar a Stewart ahora mismo y vamos a por tus cosas. – Beso su frente. Ella asiente. – Gracias nena.

- No es justo. Deberías ser menos guapo. Siempre acabo haciendo lo que quieres. – Protesta con una cara muy infantil.

- ¿No me digas? ¿Quién es el que lleva tres noches castigado sin sexo? – Se ríe la condenada. – ¿Me castigarás esta noche otra vez? – Beso sus labios con erotismo y los dibujo con mi lengua. Introduzco mi mano por debajo de sus pantalones hasta alcanzar su sexo. Ella gime. – Espero que no. – Noto su humedad y me estremezco. Se ha castigado así misma también para castigarme a mí.

- Creo que mi ropa puede esperar un poco. – Dice mientras me empuja y caigo sobre la cama.

Se quita los pantalones y se sube sobre mí. frotándose contra mi dureza. ¡Joder, quiero entrar en ella YA! Aprieto su culo para acercarla más a mí mientras me bebo sus besos.

- Papi, Tanne, ¿qué hacéis? – ¡Joder! Sue se levanta de un brinco y vuelve a ponerse los pantalones rápidamente mientras yo escondo mi erección de los ojos de mi hija poniéndome un cojín encima del pantalón.

- ¡Eh! ¿Qué haces aquí, renacuaja?

- Quiero ir a ver a la güela. – ¡Otra no! Resoplo. Sue se ríe cuando comprende mi desesperación.

- Ven Sussie. Vamos a practicar piruetas. – Dice Sue mientras coge a Sussie en brazos y sale de la habitación. Pero antes de salir me sonrío y me guiña. ¡Se me ha escapado! Le tiro el cojín en protesta y lo esquiva riéndose.

Hablo con Stewart para que me acompañe al apartamento en el que vivía Sue con sus compañeros de universidad para recoger sus cosas. Sue me ha pedido que les diga a los chicos que yo sólo soy un amigo y que le estoy ayudando a mudarse a casa de su tío. Pero estoy más que convencido de que a estas alturas de curso entre los alumnos correrá todo tipo de rumores entre Sue y yo. No me importa. Lo único que me importa es que se case conmigo de una vez.

Le pido a Rowan que cuide con atención a mis chicas mientras Sue me pone los ojos en blanco. ¡Qué testaruda es! La estrecho en mis brazos, le beso apasionadamente y le pido que ponga de su parte. Ella me promete que no se moverá de casa. Que lo más lejos que iré es al jardín trasero para hacer piruetas con Sussie.

Por el camino al antiguo apartamento de Sue, Stewart me dice que se alegra mucho de verme tan bien. Me sorprende el comentario, porque a pesar de que estoy muy feliz viviendo con Sue, esa mujer también consigue ponerme de los nervios muy a menudo, sobre todo desde que tengo que convencerla para que se quede en casa por los motivos evidentes.

Stewart me confiesa que ha escuchado una conversación telefónica de Sue con alguna amiga en la que le dijo que está loca por mí y que quiere casarse conmigo cuanto antes. Y que hasta se ha planteado tener hijos en un futuro conmigo. Esa confesión sí que me pilla por sorpresa. La verdad es que me entristecía mucho tener que renunciar a tener más hijos con ella, pero si hubiera tenido que hacerlo lo habría hecho por ella. Porque ya tengo todo lo que necesito con mi hija y con ella en mi vida.

Aprovecho el camino para hacer unas llamadas y comenzar los preparativos de nuestra ansiada boda. Parece que lo voy a tener fácil y cuento con el apoyo de algunos apoyos indispensables para poder hacer la boda que tengo en mente.

Hago una breve llamada también a Sue para informarle que nos casaremos en un mes y medio. El once de julio. Y que vaya escogiendo el vestido y avisando a los invitados que quiera tener presentes. Ella grita emocionada.

Sue, como siempre, tiene más pertenencias ella sola que una familia con cinco hijos, dos perros y un gato. Menos mal que ya estaba al tanto y hemos venido con el todo terreno de Stewart.

El pobre se queda conmocionado al ver la cantidad de cosas que tenemos que cargar. Yo me encojo de hombros y me disculpo.

Tardamos casi una hora en cargarlo todo y, cuando ya estamos metiendo los últimos bultos en el coche, Stewart recibe una llamada de Rowan.

- Dime Rowan. – Miro a mi amigo y ahora guardaespaldas y veo que hace un gesto de horror. – ¡Qué! ¡¿Dónde están?! – Las alarmas de mi cuerpo se activan.

- ¡Qué pasa! – Grito. Stewart me mira horrorizado, pero no me contesta. Me paso las manos por el pelo. – ¡Dime qué cojones pasa!

- ¡Escucha, rodea la verja y trata de acceder al jardín trasero! – Le quito el maldito teléfono a Stewart, completamente histérico.

- ¡Dime qué pasa Rowan, maldita sea!

- Señor, he escuchado una explosión fuera, frente a la casa. He salido a comprobar qué era y dos encapuchados han aprovechado y han entrado en casa. Alguien me golpeó la cabeza desde la espalda y caí al suelo. Señor, no he podido impedir que entren. – El terror más profundo me recorre la espina dorsal.

- ¿Dónde están ellas...

- Las dejé en el jardín trasero. Voy a intentar saltar la verja.

- ¡Ve ya, maldita sea! – Me subo al coche y Stewart arranca rápidamente.

- ¡Señorita Sue! ¡Señorita Sue! – Escucho a Rowan llamar a mi prometida. Le tiendo mi teléfono a Stewart.

- Llama a la policía. ¡Ya! – Me obedece.

- Señor, oigo a la señorita Sue. – Me informa Rowan mientras escucho a Stewart dar la dirección de mi casa a la policía.

- ¡Sácalas de ahí! – Entonces oigo un ruido. Creo que es debido a que el teléfono de Rowan ha caído al suelo. – ¡Rowan! ¡Rowan! – Escucho el llanto de mi hija a lo lejos y la voz de Sue.

- ¡Rowan, llévatela! ¡Ponla a salvo! – Dice Sue. Luego la oigo gritar. ¡Mierda!

- ¡¡¡Rowan, joder!!! ¡Dime qué pasa! – Grito al móvil.

- Ven, tranquila. – Escucho a Rowan hablándole a mi hija. Después lo oigo volver a hablarme por el teléfono. – Perdón señor. Tuve que soltar el teléfono. ¡Tengo a su hija! Voy a ponerla en un lugar a salvo.

- ¿Dónde está Sue, por dios? – Las lágrimas comienzan a llenarme los ojos. – Joder Stewart, corre, por lo que más quieras. – Le pido a mi amigo.

- Está dentro, señor. Me ha pedido que saque a la niña y ha ido a buscar un escondite.

- ¡Por el amor de dios! – Escucho el llanto amargo de mi hija y comienzo a volverme loco.
– ¡Joder! ¡Por qué las dejaste solas! ¡¡¡Joder!!!

- Bennett, pásamelo a mí, yo le daré las instrucciones. – Me dice Stewart.

Lo miro aterrado y le doy el teléfono. Él lo conecta al manos libres del coche.

Yo recupero mi teléfono y, en un acto de desesperación, llamo a Sue. No contesta.

- Vamos nena. ¿Dónde estás?

- ¡Rowan! ¡Dime si escuchas a la policía! – Grita Stewart.

- ¡Sí! ¡Sí! ¡Veo dos coches de policía acercarse a la casa!

- ¡Ve hacia allí y dales a Sussie! – Grito yo. Intento aguardar la compostura, pero estoy a punto de perder los nervios y me resulta casi imposible.

Al fin reconozco los alrededores de mi casa. Stewart pisa a fondo el acelerador y para justo al lado de los coches de la policía. Mientras tanto hemos escuchado por el manos libres como Rowan informaba a la policía de lo sucedido. Todavía no ha parado el coche cuando yo ya estoy saliendo de él y corriendo en dirección a mi casa. Un policía me intercepta.

- ¡Pare ahora mismo!

- ¡Mi prometida está ahí dentro! ¡La tienen como rehén! – Grito enervado.

- ¿Y quiere ponerla aún más en peligro, amigo? Déjenos a nosotros. – El policía consigue paralizarme. Veo que coge un megáfono. – Salga ahora mismo con las manos en alto y suelte a la chica. Vienen refuerzos de camino. – Miro a mi alrededor y veo tres coches más de policía aparecer.

- ¿Dónde está mi hija? – Pregunto aturdido. El policía me señala el coche en el que Rowan está con Sussie. Me acerco. – ¡Mi amor! ¿Estás bien? – Beso la frente de Sussie y ya no puedo evitar que dos lágrimas se me escapen.

Sussie dice que sí con la cabecita, pero en sus ojos refleja un intenso miedo. Me maldigo por dentro. Miro hacia mi casa. Ahí está Sue. ¿Qué le estarán haciendo?

- Perdone señor. Sólo quise salir a ver qué pasaba. – Me dice Rowan apenado.

- Tranquilo. Esto es culpa mía, de nadie más. – Mi móvil comienza a vibrar en mi bolsillo. Es una llamada de un número que no conozco. Contesto con la esperanza de que sea Hammed. – ¿Sí? – Digo titubeante mirando de frente a mi casa.

- Quiero a la niña. – Dice solamente.

Aprieto los ojos. Un policía me mira y me pregunta quién llama. Asiento para darle a entender que es él, que es quien tiene a Sue.

- Hammed. Suelta a Sue. Ella no tiene nada que ver con esto. Hablemos como hombres. – Digo mientras el policía me lleva del brazo al interior de uno de los coches patrulla.

Activo el manos libres como me pide el agente.

- La soltaré cuando me devuelvas a Susan. No tienes mucho tiempo. Mis hombres están dentro de tu casa con tu nueva mujercita. Si tardas más de media hora se la follarán y la matarán delante de tus narices.

- ¡Dios, Hammed! ¡No!

- No uses el nombre de tu dios en vano, cuñado. Guárdatelo para cuando tengas que enterrar a la chica si no haces lo que te digo. – Miro al poli y me dice con gestos que le pregunte a dónde la he de llevar. ¡No pienso llevar a Sussie a ningún lado! Niego con la cabeza. Vuelve a insistir. Cierro los ojos mientras formulo mi pregunta.

- ¿Dónde tengo que ir?

- Piccadilly Circus. Media hora.

- ¡¿Cómo sé que Sue está bien?! – En ese momento aparece Stewart corriendo con su móvil en la mano diciendo que Sue está al otro lado. ¡Sue!

- Te llamaré en cinco minutos desde otro móvil, cuñado. Más te vale que contestes. – Hammed cuelga. Yo cojo rápidamente el teléfono de Stewart.

- ¡Sue! ¡Mi amor! ¡Dime que estás bien!

- Jamie... – La voz de Sue suena aterrada. Joder. Joder. – No le des a Sussie. – Me dice llorando. Mi mundo se viene abajo. ¿Cómo voy a darle a ese engendro a mi hija? ¿Pero cómo voy a dejar a Sue con esos hijos de puta? – Es tu hija. No la abandones como hizo mi padre... – Suena un golpe y Sue grita. ¿La han golpeado?

- ¡Sue! ¡Nena!

- Danos a la niña o muere. – Suena la voz de un hombre. Escucho gritar a Sue de fondo.

- ¡No la toquéis, por lo que más queráis! – Lloro desesperado. Miro al policía que tengo al lado que me pide que le dé el teléfono. Lo hago con muchas dudas.

- Escuche. La policía está rodeando la vivienda. Si suelta a la chica ahora mismo no habrá represalias y todo acabará en un susto. Pero si, por el contrario, le pasa algo a la joven, nos obligarán a tomar acciones más feas. – El poli me devuelve el teléfono. – Ha colgado. Dice que le llamará un tal Hammed a usted. Escuche, seguramente no durará la conversación más de dos minutos para evitar que le rastreen el móvil, y después se deshará de él. Tiene que convencerle de que queden los dos solos para hablar. Le pondremos un rastreador a usted y podremos saber en qué lugar está en cada momento. – Asiento. Mi móvil vuelve a sonar. – Dígale que no puede entregar a su hija hasta que no tenga garantías de que su chica está a salvo. – Vuelvo a asentir más que acojonado.

- Hammed. – Contesto. – Dónde estás.

- No te lo voy a decir. Estás con la poli. Quiero a Sussie. Ven con ella a Piccadilly Circus y te daré las instrucciones desde allí. Ponte en un lugar visible.

- Iré con Sussie, Hammed. Pero sólo te daré a Sussie cuando tenga la constatación de que Sue está sana, salva y libre.

- ¡No estás en disposición de dar órdenes!

- Te la daré, Hammed. – Digo maldiciéndome por dentro. – Pero cuando tus hombres suelten a Sue. Es lo justo.

- Tienes veinticinco minutos. – Cuelga. Miro al poli.

- Tengo que ir con mi hija... No quiero ir con Sussie allí...

- Bennett, yo iré contigo y con Sussie. – Me dice Stewart. – No la perderé de vista en ningún momento.

- Es un señuelo, señor Bennett. – Me dice el poli. – Habrá más agentes vestidos de paisano a su alrededor.

Con un miedo infernal, me dirijo a Piccadilly Circus en mi coche con mi hija y Stewart. Phil, el poli de antes, me llama por teléfono y me dice que dos coches negros que me siguen son de la policía también. Me han colocado un localizador en un zapato. También un chaleco antibalas fino debajo del jersey. Llevo a Sussie en mis brazos en la parte trasera del coche y sólo pido al cielo que esto se resuelva de la mejor de las maneras.

Llegamos a Picadilly y Stewart, Sussie y yo nos colocamos en un lugar visible, siendo conscientes de que la policía también observa cada paso que damos.

Recibo otra llamada.

- ¡Te dije que vinieras solo con la niña! – Me grita Hammed. – ¿Quieres que mate a la chica?

- Precisamente ha venido mi amigo para garantizarme que no te lleves a Sussie hasta que hayas liberado a Sue, Hammed. Dime dónde estás y hablaremos de tus visitas a Sussie. – Propongo.

- ¡Ja! ¡Mis visitas! Entra en la boca de metro que tienes frente a ti y coge el primer vagón que pase. – Me dice y cuelga. ¡Mierda!

- Stewart. Cuida a mi hija, por lo que más quieras. No dejes que se la lleven. – Le digo a mi amigo.

- ¿Dónde vas, Bennett?

- Tengo que coger el metro. – Stewart pone mala cara. – Tranquilo. Tú sólo ocúpate de que ni a Sue ni a Sussie les pase nada, por favor. – Mi amigo asiente. Beso a mi hija con fuerza. – Quédate con Stewart y haz todo lo que te diga.

- Tengo miedo papi. ¿Dónde está Tanne? – Dice Sussie haciendo pucheros.

- Papi va a hacer que tú y Suzanne estéis bien, ¿vale? Confía en papi. – La vuelvo a besar y me dirijo a la boca de metro.

Mi sangre

Entro en el vagón y miro a mi alrededor asustado hasta la muerte. No veo ninguna cara conocida. El vagón se pone en marcha y de pronto siento un objeto punzante en mi espalda.

- Hola cuñado. Cuánto tiempo. – Oigo el acento indiscutible de Hammed susurrándome en la oreja, justo detrás de mí.

- Hammed. Suelta a Sue, por lo que más quieras. – Suplico intentando girarme para mirarlo.

- Shhh. Quietecito. Mira hacia adelante. Vamos a hacer una cosa. Tú vas a llamar a tu amiguito para que se vaya y deje a Sussie solita donde está y yo llamaré a mis amiguitos para que suelten a tu putita. Aunque no te merezcas tener a otra mujer después de lo que le hiciste a mi hermana.

- ¿Lo que yo le hice? ¡Hammed, ella me abandonó!

- ¡Tú le quitaste a su hija! ¡Se murió de la pena!

- No, Hammed. Murió de una bacteria estomacal. Sussie estuvo a punto de morir de lo mismo. Sino fuera porque la llevé a tiempo al hospital habría muerto también. – Miro a mi alrededor y veo dos hombres leyendo el periódico que me observan de reojo. ¿Serán polis? Opto por pensar que sí y me siento un poco más seguro. También trato de confiar en Stewart y en que hará lo que tenga que hacer para mantener a Sussie a salvo. – Está bien. Llamo a mi amigo. Llama tú a los tuyos y suelta a Sue. ¿De acuerdo? – Hammed hace una llamada.

- Salid al jardín delantero con la chica. – Le oigo decir mientras yo marco el teléfono de Stewart. – Ya está, cuñado, dile a tu amigo que deje a la niña.

- Quiero saber que Sue está bien primero. – Le digo cuando sé que Stewart ha contestado mi llamada. Hammed resopla.

- Pasadme a la chica. – Me pega el teléfono en la oreja para que escuche.

- ¡Jamie! ¡No vayas a darle a la niña...! – Oigo gritar a Sue llorando y me quita el teléfono de la oreja.

- ¿Qué? ¡Qué pasa! – Grita Hammed a sus interlocutores.

- Stewart... – Digo yo a mi amigo que aguarda al otro lado del teléfono.

- Acaban de rescatar a Sue, me lo están comunicando por el pinganillo. – Me dice mi amigo y suspiro aliviado.

- Llévate a mi hija ahora mismo de ahí. ¡Corre! – Grito y escucho un disparo. Un dolor aplastante me oprime un costado y me impide respirar.

Mi cuerpo se desploma al suelo y de pronto, los dos hombres del periódico se lanzan sobre Hammed y lo reducen. Cuando lo esposan uno de ellos viene hacia mí.

- ¿Está bien? – Me levanta el jersey y se percata que la bala ha quedado frenada por el chaleco antibalas.

Pero la presión que siento en el costado es tal que apenas puedo todavía respirar.

Hammed me mira desde el suelo, esposado y tumbado bocabajo y me lanza maldiciones en su idioma.

Stewart me llama.

- ¡Stewart!

- ¡Bennett! ¿Estás bien?

- Sí, sí. ¿Cómo está mi hija?

- Está bien, Bennett. Tranquilo. – Suspiro aliviado mientras salgo del vagón con la policía delante de mí llevando a Hammed esposado. – Hemos reducido a dos tipos más que venían con tu ex cuñado. Un tercero se ha escapado.

- Bien. Lleva a Sussie a casa. Yo voy para allá. – Veo que me entra una llamada de Sue. ¡Oh, dios! – ¡Te veo en unos minutos Stewart! – Cuelgo a Stewart y contesto a Sue. – ¡Sue! ¡Mi amor! ¡Cómo estás! ¡Dime que esos cabrones no te han hecho nada!

- Jamie... mi amor... estoy bien. ¿Cómo está Sussie?

- Tranquila, está a salvo. Voy para casa. – Sue llora.

- No tardes, necesito un abrazo tuyo.

- Te daré todos los abrazos del mundo, nena. ¿De verdad estás bien? ¿No te han hecho nada? – Comienzo a llorar como un imbécil ahora que ha desaparecido la tensión y mi ánimo se relaja.

- Estoy bien. Ya ha pasado.

- Sí, ya ha pasado... Te amo nena. Más que a nada en este mundo. Si te hubiera pasado algo yo...

- Mi amor ya pasó. Vuelve a casa.

Tengo que pasarme primero por la comisaría de policía para poner la denuncia contra Hammed, que ingresa directamente en prisión junto a sus amiguitos por intento de homicidio y retención de Sue contra su voluntad. Un policía me informa de que ya han dado con el amigo de Hammed que se había dado a la fuga y me relajo un poco al escuchar esto.

Hablo con Stewart y le doy el resto del día libre a él y a Rowan. Ahora mismo no creo que necesitemos más vigilancia y quiero un poco de intimidad al llegar a casa. Él también está conforme y quedamos en que volverá el domingo por la noche.

Después me voy a casa en un taxi.

Por el camino a casa pienso en lo que podría haber ocurrido hoy y no puedo evitar

sentirme en parte culpable. Nunca debí dejar que Jasmina se alejase tanto de la realidad de su familia, que éramos Sussie y yo. Pero ya nada se puede hacer y tampoco sé si podría haberlo evitado yo solo.

En cuanto pongo un pie en casa Sue y Sussie vienen a mi encuentro y los tres nos damos un fortísimo abrazo. Todos lloramos, en parte asustados, en parte aliviados por volver a estar juntos y a salvo. Encojo un poco la cara de dolor al ver que Sue tiene un ojo un poco morado, pero ver su sonrisa frente a mí y sentir sus dulces besos me alivia demasiado.

Durante la cena, cuando ya hemos acostado a Sussie, apenas probamos bocado. Nos miramos y creo que siente la misma incredulidad que yo siento al pensar que lo peor ya ha pasado y que estamos a salvo. Sigo sintiendo que el peligro nos acecha y no sé por qué. Va a ser muy complicado que me vuelva a sentir relajado dejándola ir sola a algún lado.

Miro su ojo morado y ella se percata.

- Estoy bien. – Me dice. – No te tortures.

- Podrían haberte...

- Podrían, pero no pasó. Ven. – Me coge de la mano y hace que me levante de la silla. Me guía hasta el salón, me empuja para que me siente en el sofá y se sienta ella sobre mí. Acaricia mi rostro y la miro embobado. – Pronto estaremos casados y felices. Ahora tenemos que intentar disfrutar de todo eso. ¡Te obligo a que te ilusiones por nuestra boda! – Dice y al fin me hace sonreír. Me besa y la aprieto contra mis labios.

- Salvaste a mi hija. – Pienso en voz alta. – La salvaste a ella antes que a ti misma. Si la hubieran cogido a ella en vez de a ti ahora mismo la situación sería muy diferente.

- Jamás habría permitido que la cogieran, mi amor. – Vuelve a acariciarme. – Deja de pensar en eso. El tipo ese está preso y sus amiguitos también. Ya tienes la custodia de Sussie y tú y yo vamos a casarnos y a hacer una familia juntos. – Vuelvo a sonreír.

- ¿Me has quitado ya el castigo? – Pregunto mientras introduzco mi mano por debajo de su camiseta y alcanzo su pecho. Ella gime en mis labios.

- De hecho, te obligo a satisfacerme sexualmente ahora mismo. – Al fin sonrío de oreja a oreja, la cargo en brazos y me dirijo con ella hasta la habitación.

- Será un placer, futura señora Bennett.

EPÍLOGO

El resto de nuestras vidas

Estoy en el Caribbean Blue, en el altar improvisado que entre el tío de Sue, Mary, Megan y yo hemos ayudado a diseñar, esperando a mi futura mujer llegar, y me comen los nervios por dentro.

Ella aún no sabe que su limusina la traerá hasta este lugar. Será una sorpresa y espero que grata. He querido casarme aquí porque este lugar forma ya parte de ella y de lo nuestro. Aquí ambos hemos vencido nuestros miedos personales e inseguridades particulares y hemos conseguido que el amor, el respeto y la pasión venza toda clase de barrera social, institucional o convencionalismos. Ella es, con sus luces y sus sombras, la mujer de mi vida y la que espero que acompañe mis días para siempre. Y yo, con mis aciertos y desaciertos, soy el hombre que lucharé por hacerle la persona más feliz sobre la faz de la tierra.

La marcha nupcial suena. Mi hermana, la madrina de mi boda, lanza un gritito.

Eddie, el chico de las cámaras de los reservados del Caribbean Blue y uno de los mejores amigos de Sue, es el padrino de bodas y es quien está esperándola fuera para traer a Sue hasta mí.

Entonces se abren las puertas y la veo. Está ahí, a pocos metros de mí. Vestida de blanco y dorado y, si antes me parecía una diosa, ahora no tengo palabras para describir lo que mis ojos ven. Me mira, sonrío y sacude la cabeza. Sé que es porque le parece una locura el lugar que he escogido para casarnos. Pero, esa es precisamente la palabra que mejor describe nuestra relación: una locura. Una hermosa, intensa y pasional locura que no quiero que acabe nunca, jamás. Y, si alguna vez Sue y yo tenemos que dejar este mundo, quiero que nuestra historia quede plasmada por escrito para que otros puedan llegar alguna vez a sentir lo que yo siento al verla.

Está frente a mí, coge la mano que le tiendo para ayudarla a subir al altar y grita de sorpresa cuando tiro de ella para apretarla a mí y darle un profundo beso.

- ¡Espera a que diga que sí al menos! – Dice entre risas. – Si arruinas mi boda no me caso.

- Ya no tienes escapatoria, nena. Si dices que no te encierro en un reservado y te torturo sexualmente hasta que accedas a ser mi esposa. – Le susurro. Me sonrío y al final nos separamos a regañadientes para ocupar nuestras posiciones.

No olvidaré jamás ese día. No olvidaré nuestros votos, ni el beso tan ardiente con el que sellamos nuestro matrimonio, ni a Sussie trayéndonos los anillos. No olvidaré la celebración en la amplia sala del Caribbean Blue, ni la celebración íntima que Sue me ofreció a modo de striptease en uno de los reservados a mí solito, con una sugerente y sexi maya blanca con pezoneras doradas, muy a su estilo. No olvidaré la forma en la que follamos como salvajes en ese reservado, ni la forma en la que dulcemente hicimos en amor después en nuestra cama. No olvidaré cada uno de los días que vivimos juntos en pareja, felices, ni siquiera olvidaré nuestras peleas, que son pasionales y acaban siempre en un sexo de lo más fiero.

Pero si hay algo que no olvidaré nunca será una conversación que Sue y yo tuvimos un año después de nuestra boda.

- Nena, sé que te gusta la lasaña, pero jamás te había visto devorarla de esa manera. – Le digo extrañado. – Da la impresión de que no te alimento...

- ¿Me alimentas? ¡James, trabajo para el departamento de farmacología de Bio Nature y tengo un sueldo igual de bueno que el tuyo! – Se queja.

Desde que Sue es la mejor amiga de mi hermana se ha vuelto tan reivindicativa de las capacidades femeninas como Brigitte. Me encanta. Y también me encanta verla gruñir. Es tan sexi...

- Pues como quieras. Sea como sea, da la impresión de que se alimenta mal, señora Bennett. – Sonrío.

- Es verdad mami, ¿por qué tienes tanta hambre? – Intercede Sussie por primera vez a mi favor. Sue suelta el tenedor y suspira. Nos mira a Sussie y a mí y se acaricia las manos. Ya la conozco bien. Algo le pasa.

- Vamos a ser uno más en la familia. – Dice tímidamente. Yo me atraganto con la cerveza que estoy bebiendo y Sussie me da unas palmaditas.

- ¡¿Cómo?! ¿Otra vez te has olvidado la inyección? – Pregunto estresado. Es la tercera vez que pasa y la segunda vez que se queda embarazada. La primera vez abortó, como me confesó en la ducha aquella vez y, ahora, dice que seremos cuatro...

- No. No la he olvidado. Quiero tener este hijo, Jamie. – Dice y parece contenta. Yo estoy noqueado. – Sé que tú también lo quieres. Tu hermana me lo ha dicho. Y también me ha dicho que no me lo pedirías jamás porque no quieres interferir en esta decisión. – Sigo en shock. Sussie hace palmitas.

- ¡Voy a tener un hermanito! ¡Voy a tener un hermanito! – Me abraza mi hija. Continúo en shock. No puedo despegar mis ojos de Sue que me mira sonriente.

- ¿No va a decir nada, señor Bennett? – Me pide y al fin pestañeo.

- ¿Estás segura de esto? – Asiente y yo muero de alegría. ¡Un hijo fruto de nuestro amor! – Entonces, señora Bennett, creo que tenemos mucho que celebrar. – Me levanto, la agarro de las axilas y la alzo en el aire hasta que su vientre queda a la altura de mi cara y lo beso una vez y otra. Ella ríe y patalea.

- ¡Bájame loco!

No olvidaré ese día, no. Ni la forma tan maravillosa en la que hicimos el amor esa noche, cuando Sussie se durmió. Como tampoco olvidaré cuando Sussie comenzó a llamar mamá a Sue ni las lágrimas de felicidad de mi mujer por ese insignificante y a la vez gigante gesto. Tampoco perderé de mi memoria el día en que Thomas Bennet, mi hijo, llegó a este mundo. Tommy tiene mi mandíbula cuadrada, mi pelo rubio y revoltoso, pero los preciosos ojos verdes de su mami y una sonrisa tan arrebatadoramente bella como ella.

En el primer cumpleaños de Tommy, que celebramos en la mansión de mi madre, Arthur y Mary nos presentaron a Zoey, su hijita de dos meses. Y también vinieron con las dos hijas de Mary que son muy buenas amigas de Sussie.

Tim vino con Liz, su mujer, y con James y Arthur, sus hijos gemelos que tienen un añito y medio y que lucen ese nombre en honor a Artie y a mí. Estoy muy orgulloso de ese hecho, aunque costara una pelea en su momento con Carl, que se sintió desplazado. Pero ahora Liz espera una niña que nacerá en breve y se llamará Carla por él. Así que al final Carl está feliz como todos.

Carl también nos dio una sorpresa. Él y Megan se casarán. Me sorprende porque al principio de esa relación ambos se esforzaron mucho en convencer a todo el mundo de que sólo era sexo.

Al final los cuatro fantásticos hemos encontrado el amor y eso nos ha unido mucho más. Además del hecho de que tres de nuestras esposas son amigas desde antes; nuestras Caribbean Girls.

No paro de mirar a Sue mientras le da de comer a Tommy un trozo de tarta. Es una madre excepcional. Jamás pensé que se le daría tan bien ni que le haría tan inmensamente feliz ese rol. Pero es increíble. Todo lo que hace lo hace con pasión y con entrega, y verla como madre ha ido todavía mucho más allá de la perfección ante mis ojos.

Sussie demanda la atención de Sue durante un momento y me apresuro para ir a hacerme cargo de mi hijo, para que Sue y Sussie puedan hacer la demostración en el jardín de casa de mi madre del número circense que ambas llevan preparando durante meses; una sucesión de piruetas y volteretas nada fáciles. Todos aplauden y Tommy y yo también.

- ¡Bieeeeeen! – Hago palmitas con las manos de Tommy. Mi hijo se ríe con su maravillosa risa que todo lo llena y beso su cabecita.

- Tienes una mujer maravillosa. – Me dice mi madre a mi espalda. La miro y la veo embobada mientras contempla como Sue es la madre perfecta para Sussie.

- Lo es. – Le concedo. – Es la mujer más maravillosa de la tierra. Es mi Caribbean Love.

FIN